

ARCO DE TRIUNFO

Esta famosísima novela es, ante todo, una novela de amor. Amor que pudo ser total, que pudo ser puro, pero que es incompleto y turbulento. Amor y también venganza, que Ravic, el protagonista, logra satisfacer. Jeanne Madou le da el amor. Haake, el verdugo, el instrumento con que la Gestapo tronchó su vida y su carrera, le da la ocasión de vengarse. Lo demás es la vida incierta y sobresaltada del hombre sin nombre, sin origen y sin destino, excepto uno, el más cruel: ser devuelto al horror nazi del que huyó.

- [Erich Maria Remarque](#)
 -
 - [CAPITULO PRIMERO](#)
 - [CAPITULO II](#)
 - [CAPITULO III](#)
 - [CAPITULO IV](#)
 - [CAPITULO V](#)
 - [CAPITULO VI](#)
 - [CAPITULO VII](#)
 - [CAPITULO VIII](#)
 - [CAPITULO IX](#)
 - [CAPITULO X](#)
 - [CAPITULO XI](#)
 - [CAPITULO XII](#)
 - [CAPITULO XIII](#)
 - [CAPITULO XIV](#)
 - [CAPITULO XV](#)
 - [CAPITULO XVI](#)
 - [CAPITULO XVII](#)
 - [CAPITULO XVIII](#)
 - [CAPITULO XIX](#)
 - [CAPITULO XX](#)
 - [CAPITULO XXI](#)
 - [CAPITULO XXII](#)
 - [CAPITULO XXIII](#)
 - [CAPITULO XXIV](#)
 - [CAPITULO XXV](#)
 - [CAPITULO XXVI](#)
 - [CAPITULO XXVII](#)
 - [CAPITULO XXVIII](#)
 - [CAPITULO XXIX](#)
 - [CAPITULO XXX](#)
 - [CAPITULO XXXI](#)
 - [CAPITULO XXXII](#)
 - [CAPITULO XXXIII](#)
 - [F I N](#)
 - [notes](#)
 -
-

Erich Maria Remarque

ARCO DE TRIUNFO

*Para Elendil,
con todo mi cariño*

Título original:
ARCH OF TRIUMPH

Traducción de
SELMA PEREYRA DE CALI MANI

Portada de
ALVARO

Copyright 1945 by Erich Maria Remarque
© Ediciones G. P., 1971
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Depósito Legal: B. 36.860-1971

Difundido por:
PLAZA & JANES, S. A.
Esplugas de Llobregat: Virgen de Guadalupe, 21-33
Buenos Aires: Montevideo, 333
México 5. D. F.: Amazonas, 44, 2.º piso
Bogotá: Carrera 8.ª Núms. 17-41

LIBROS RENO son editados por
Ediciones G. P., Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)
e impresos por Gráficas Guada, S. A.,
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona) — ESPAÑA

CAPITULO PRIMERO

La mujer avanzaba en diagonal hacia Ravic. Caminaba con paso apresurado, aunque extrañamente tambaleante. Ravic reparó en ella sólo cuando se hallaba muy cerca. Vio un rostro pálido de pómulos salientes y ojos algo separados. Estaba inmóvil como una máscara; producía la impresión de estar hundido; y los ojos, a la luz de los focos, tenían tal vidriosa expresión de vacío, que le llamó la atención.

Pasó tan cerca que casi lo rozó. Extendió una mano y la tomó del brazo. La mujer se tambaleó y se habría desplomado si no la hubiese sujetado.

La retuvo fuertemente.

—¿Adónde quiere ir? —le preguntó al cabo de unos instantes.

Ella lo miraba fijamente.

—Suélteme —murmuró.

Ravic no contestó. Seguía cogiéndola con firmeza por el brazo.

—¡Déjeme! ¿Qué significa esto? —la mujer movía apenas los labios.

Ravic tuvo la impresión de que ella no lo veía. Miraba como a través de él, hacia un punto indeterminado en la noche vacía. Él no era sino algo que la retenía y contra lo cual decía: «¡Suélteme!»

Se dio cuenta en seguida de que no era prostituta. Tampoco estaba ebria. Ya no la sujetaba con tanta fuerza. Si la mujer hubiera querido habría podido desasirse fácilmente; pero ni siquiera reparó en ello. Ravic esperó un buen rato.

—¿Adónde quiere ir, de noche, sola, a esta hora, en París? —preguntó luego tranquilamente, soltándole el brazo.

La mujer callaba. Pero tampoco seguía su camino. Estaba como si una vez detenida en su marcha ya no pudiese reanudarla.

Ravic se apoyó en la balaustrada del puente. Sintió la aspereza de la piedra bajo sus manos.

—¿Tal vez allí? —indicó, con la cabeza, hacia atrás, abajo, donde el Sena se deslizaba susurrando sin tregua, con su brillo grisáceo, contra la sombra del Pont de l'Alma.

La mujer no contestó.

—Es demasiado pronto —dijo Ravic—. Es demasiado pronto y hace demasiado frío en noviembre.

Sacó un paquete de cigarrillos y se revolvió los bolsillos buscando fósforos. Notó que habían quedado sólo dos en la cajetilla de cartón y se inclinó con precaución para proteger la llama con la mano, contra la ligera brisa del río.

—¿Me da uno a mí también? —preguntó la mujer.

Ravic se enderezó y le mostró el paquete.

—Argelinos. Tabaco negro de la Legión Extranjera. Probablemente demasiado fuertes para usted. No tengo otros.

La mujer movió la cabeza y tomó un cigarrillo. Ravic le acercó el fósforo encendido... Ella fumó con prisa, aspirando profundamente. Ravic tiró el fósforo por la balaustrada. Cayó como pequeña estrella fugaz en la oscuridad, y se apagó cuando tocó el agua.

Un taxi transitaba lentamente por el puente. El chófer paró. Miró hacia aquel lado y se detuvo un momento; luego prosiguió la marcha a lo largo de la húmeda, negra y lustrosa avenida George V.

Ravic se sintió cansado de pronto. Había trabajado duramente todo el día y no había podido conciliar el sueño. Por eso salió otra vez para tomar un trago. Pero ahora, de golpe, en la fresca humedad de la noche avanzada, el cansancio se desplomó sobre él como una bolsa sobre la cabeza.

Miró a la mujer. ¿Por qué la había retenido, en verdad? Algo le ocurría, era evidente. Pero ¿qué le importaba a él eso? Había visto ya muchas mujeres a las que les sucedía algo, especialmente de noche, por lo común en París, y en esta ocasión, como en aquéllas, no le importaba un comino y sólo quería irse a dormir un par de horas.

—Vuelva a su casa —le dijo—. ¿Qué busca usted en la calle a esta hora? A lo sumo podrá encontrar molestias.

Levantándose el cuello del sobretodo se dispuso a alejarse. La mujer lo miró como si no entendiese.

—¿A casa?—repitió.

Ravic se encogió de hombros.

—A su casa, a su habitación en el hotel, llámelo como quiera. A algún lado. ¿No querrá ser detenida por la Policía?

—¡En el hotel! ¡Dios mío! —exclamó la mujer.

Ravic se detuvo. «Otra vez alguien que no sabe adónde ir», pensó. Debía haberlo previsto. Siempre ocurría lo mismo. Por la noche no sabían adónde ir, y a la mañana siguiente habían desaparecido antes de que uno se despertara. Y entonces sí que ya sabían adónde ir. Era la vieja y barata desesperación de la oscuridad, que con ésta llegaba y se iba. Tiró el cigarrillo. ¡Como si no lo supiese hasta el aburrimiento!

—Venga, vamos a tomar una copita en algún lado —dijo.

Era lo más sencillo. Pagaría entonces, y podría marcharse, y ella que se las arreglara.

La mujer hizo un movimiento vacilante y tropezó. Ravic la sujetó por el brazo.

—¿Cansada? —le preguntó.

—No sé. Creo que sí.

—¿Demasiado Cansada para poder dormir?

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Es lo que ocurre. Venga: yo la sostengo.

Marcharon por la avenida Marceau arriba. Ravic sentía cómo la mujer se apoyaba en él. Se apoyaba como si estuviese a punto de caerse y necesitara un sostén.

Cruzarón la avenida Pierre I de Serbie. Más allá de la intersección con la calle Chaillot, la avenida se ensanchaba y a lo lejos apareció sombría y como suspendida en el cielo lluvioso la mole del Arco de Triunfo.

Ravic indicó una estrecha entrada iluminada, que conducía a una taberna.

—Aquí todavía encontraremos algo.

Era una taberna para conductores de taxis. Unos chóferes y algunas prostitutas estaban allí. Los hombres jugaban a los naipes. Las mujeres bebían ajeno. Examinaron a la recién llegada con rápida mirada. Luego desviaron la vista con indiferencia. La más vieja bostezó ruidosamente; otra empezó perezosamente a maquillarse. En el fondo, un pinche de cocina, de cara malhumorada, estaba echando serrín sobre las baldosas y se puso a barrer el piso. Ravic se sentó a una mesita con la mujer, cerca de la puerta. Era más cómodo; podía luego irse más rápidamente. No se quitó el abrigo.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó.

—No sé. Cualquier cosa.

—Dos calvados —indicó Ravic al mozo, que estaba sin chaqueta, con chaleco, y tenía las mangas de la camisa arremangadas— y un paquete de «Chesterfield».

—No tenemos —declaró el mozo—. Sólo franceses.

—Bueno. Entonces un paquete de «Laurens», verde.

—Verde tampoco tenemos. Sólo azul.

Ravic observó el antebrazo del mozo, sobre el que estaba tatuada una mujer desnuda caminando sobre nubes. El mozo siguió la mirada, cerró el puño y aflojó el músculo del brazo. La mujer bailó impudicamente con el vientre.

—Entonces, azul —dijo Ravic.

El mozo sonrió con sarcasmo.

—Tal vez tengamos todavía verde.

Y se escurrió.

Ravic lo siguió con la mirada.

—Babuchas rojas —dijo— y una bailarina del vientre. Parece que debe de haber servido en la Marina turca.

La mujer colocó las manos sobre la mesa. Lo hizo como si no quisiera levantarlas nunca más. Las manos estaban cuidadas; pero eso no significaba nada. Tampoco lo estaban mucho. Ravic notó que la uña del dedo medio de la mano derecha estaba rota, tal vez quebrada, y que no había sido limada. En algunos puntos el esmalte estaba saltado.

El mozo trajo las copas y el paquete de cigarrillos.

—«Laurens» verde. Encontré todavía uno.

—Ya lo suponía. ¿Estuvo en la Marina?

—No, en el circo.

—Mejor.

Ravic alcanzó la copa a la mujer.

—¡Aquí está! Beba esto. Es lo mejor a esta hora, ¿o prefiere café?

—No.

—Bébalo de un solo trago.

La mujer inclinó la cabeza afirmativamente y vació su copa. Ravic la contempló. Tenía el rostro apagado y macilento, casi sin expresión. Sus labios eran carnosos, pero pálidos; sus contornos parecían borrosos y sólo el cabello era espléndido: de un color rubio natural, luminoso. Llevaba una boina, y debajo del impermeable un tailleur azul. El traje parecía confeccionado por un buen sastre, pero la piedra verde del anillo de su mano era demasiado grande para no ser falsa.

—¿Quiere otra? —preguntó Ravic.

Ella contestó afirmativamente.

Ravic hizo una señal al mozo.

—Otros dos calvados, pero en copas más grandes.

—¿Copas más grandes? ¿Y también más adentro?

—Sí.

—Entonces dos calvados dobles.

—Adivinó.

Ravic resolvió vaciar rápidamente su copa y luego marcharse. Se aburría y estaba muy cansado. Por lo general mostraba mucha paciencia ante los contratiempos; tenía a sus espaldas cuarenta años de vida borrascosa. Pero conocía demasiado situaciones como ésta. Vivía desde hacía unos años en París y por la noche dormía poco; había, pues, mucho para ver.

El mozo trajo las copas. Ravic tomó una del fuerte y aromático aguardiente y la puso cuidadosamente delante de la mujer.

—Beba también ésta. No ayuda mucho, pero caliente. Y cualquier cosa que usted tenga no le dé demasiada importancia. Pocas cosas hay que sigan siendo importantes por mucho tiempo.

La mujer lo miró. No bebió.

—Es así —prosiguió Ravic—. De noche especialmente. La noche exagera.

La mujer seguía mirándolo.

—No tiene por qué consolarme —dijo luego.

—Mejor así.

Ravic buscó al mozo. Estaba harto. Conocía ese tipo de mujeres. «Rusa, probablemente», pensó. No bien llegaban a un lugar, todavía mojadas, ya empezaban a encabritarse.

—¿Es usted rusa? —inquirió.

—No.

Ravic pagó y se levantó para despedirse. En el mismo momento también ella se levantó. Lo hizo sin hablar y con naturalidad. Ravic la miró perplejo. «Bien —pensó— entonces podré despedirme igualmente fuera.»

Había empezado a llover. Ravic se detuvo delante de la puerta.

—¿En qué dirección va usted? —estaba decidido a tomar la dirección opuesta.

—No sé. A cualquier parte.

—¿Dónde vive?

La mujer hizo un movimiento rápido.

—¡Allá no puedo ir! ¡No! ¡No puedo hacer eso! ¡Allá no!

Sus ojos se llenaron repentinamente de salvaje terror. «Habrá refugio —pensó Ravic—. Alguna disputa y se escapó a la calle. Mañana a mediodía lo habrá pensado mejor y volverá.»

—¿No conoce alguien a cuya casa pueda ir? ¿Alguna amiga? Puede hablarle por teléfono desde la taberna.

—No, nadie.

—Sin embargo, a alguna parte tendrá que ir. ¿No tiene dinero para pagar una habitación?

—Sí, por cierto.

—Entonces vaya a un hotel. Hay muchos por aquí, en las calles laterales.

La mujer no contestó.

—A alguna parte tiene que ir, sin embargo —insistió Ravic con impaciencia—. No puede quedarse bajo la lluvia, en la calle.

La mujer se arrebujó más en su impermeable.

—Tiene razón —repuso, como si al fin hubiese tomado una decisión—. Tiene perfecta razón. Gracias. No se preocupe más por mí. A algún lado llegaré. Gracias —cerró el cuello del impermeable con una mano—. Gracias por todo.

Miró a Ravic de pies a cabeza con mirada dolorida y trató de sonreír; pero no lo logró. Luego se alejó bajo la llovizna, sin vacilar, con paso silencioso.

Ravic permaneció en suspenso un instante. «¡Maldición!», refunfuñó, sorprendido e indeciso. No sabía qué era lo que le ocurría —si la desesperada sonrisa, o la mirada, o la calle vacía, o la noche—; sólo sabía que no dejaría ir sola a aquella mujer que, en ese momento allí, en medio de la neblina, parecía un niño extraviado.

La siguió.

—¡Venga conmigo! —le dijo ásperamente—. Ya se encontrará algo para usted.

Llegaron hasta la Etoile. La plaza se extendía delante de ellos, bajo la llovizna grisácea, poderosa e infinita. La niebla era más densa y las calles que se abrían en torno ya no eran visibles. Quedaba únicamente la amplia plaza con los raros y tristes globos del alumbrado, y la bóveda de piedra del arco que se desvanecía agitándose en la niebla como sosteniendo el cielo melancólicamente, y amparando bajo sí la solitaria y pálida llama que brilla sobre la Tumba del Soldado Desconocido, semejante a la última tumba de la Humanidad, en la noche del abandono.

Cruzarón oblicuamente toda la plaza. Ravic marchaba con paso rápido. Se sentía demasiado cansado para pensar. Oía a su lado los pasos fatigados y amortiguados de la mujer, que lo seguía calladamente con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos del impermeable. Una pequeña y extraña llama de vida. Y de repente, en la soledad inmensa de la plaza le pareció por un momento, aun sin saber nada de ella y precisamente por esto, que, de forma inexplicable, aquella mujer le importaba. Le era extraña, como él mismo se sentía, siempre y en cualquier lugar, extraño. Y le pareció que esto la acercaba a él, singularmente más que las muchas palabras o la costumbre desgastadora del tiempo.

Ravic vivía en un pequeño hotel, en una calle lateral de la avenida Wagram, detrás de la plaza de Ternes. Era un viejo caserón bastante ruinoso y que tenía una sola cosa nueva: la enseña sobre la entrada, con la inscripción: «Hotel Internacional».

Tocó el timbre.

—¿Tienen todavía alguna habitación libre? —preguntó al vigilante que le abrió.

El joven lo miró, atontado por el sueño.

—El portero no está —balbuceó finalmente.

—Ya lo sé. Te preguntaba si todavía hay alguna habitación vacía.

El muchacho se encogió de hombros con desesperación. Veía a Ravic acompañado por una mujer joven, pero no comprendía para qué quería otra habitación. No era para eso, según su experiencia, para lo que uno llevaba mujeres consigo.

—La patrona duerme. Me va a despedir si la despierto —dijo, y se rascó con el pie.

—Bueno. Entonces tendremos que ir nosotros mismos a ver.

Dio al muchacho una propina, tomó su llave y precedió a la mujer por la escalera. Antes de abrir su habitación, inspeccionó la puerta vecina. No había zapatos delante. Golpeó dos veces. Nadie contestó. Con cautela trató de hacer girar el pestillo. La puerta estaba cerrada.

—Ayer estaba vacía —murmuró—. Vamos a ver también por el lado de afuera. La habrá cerrado la patrona temiendo probablemente que las chinches se le escapen.

Abrió su puerta.

—Tome asiento un momento —dijo, indicándole un sofá rojo de crin—. Volveré en seguida.

Abrió una puerta ventana que daba a un estrecho balcón de hierro. Trepó por la reja de separación, pasando a la parte de al lado y trató de abrir la puerta. También ésta estaba cerrada. Resignado, regresó a su habitación.

—No es posible. No puedo procurarle aquí ningún alojamiento.

La mujer se había sentado en un extremo del sofá.

—¿Puedo quedarme sentada aquí un momento?

Ravic la observó atentamente. Su rostro estaba desencajado por el cansancio. Daba la impresión de que a duras penas podría levantarse.

—Puede quedarse —dijo.

—Sólo un momento...

—Puede dormir aquí. Es lo más sencillo.

La mujer preguntó no oírlo. Movía lenta, casi automáticamente la cabeza.

—Hubiera podido dejarme en la calle. Ahora... creo que ya no puedo más.

—Yo también lo creo. Puede quedarse aquí y dormir. Es lo mejor. Mañana veremos.

La mujer lo miró.

—No quiero...

—¡Dios mío! —exclamó Ravic—. Sinceramente, usted no me molesta. No es la primera vez que alguien pasa la noche aquí por no saber adonde ir. Éste es un hotel en el que viven refugiados. De modo que casi todos los días ocurre algo semejante. Puede usar la cama. Yo dormiré en el sofá. Ya estoy acostumbrado.

—¡No, no...! Puedo quedarme sentada aquí. Con sólo poder quedarme sentada es suficiente.

—Bien. Como quiera.

Ravic se quitó el sobretodo y lo colgó. Luego tomó una manta y una almohada de la cama y arrimó una silla hasta el sofá. Fue en busca de un albornoz y lo colgó sobre la silla.

—Así —dijo—. Esto se lo puedo dar. Si quiere, puede usar también un pijama. Allí en el cajón hay algunos. Ya no me ocuparé más de usted. Puede usar el baño ahora. Yo tengo algo que hacer aquí todavía.

La mujer movió la cabeza.

Ravic se paró delante de ella.

—El impermeable se lo vamos a quitar —dijo—. Está bastante mojado. Y déme la boina también. Así.

Ella le entregó las prendas. Él puso la almohada en un extremo del sofá.

—Esto es para la cabeza. La silla aquí, para que no se caiga mientras duerme —la arrimó contra el sofá—. Y ahora también los zapatos. Empapados, naturalmente. Buenos para un resfriado.

Se los quitó, sacó de un cajón un par de calcetines de lana y se los calzó.

—Así; ahora ya está pasablemente. En tiempos críticos hay que preocuparse un poco por la comodidad. Vieja regla militar.

—Gracias —dijo la mujer—, gracias.

Ravic entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. El agua corrió en el lavabo. Se desanudó la corbata y se miró distraído en el espejo. Ojos escrutadores, profundamente hundidos en la sombra de las órbitas; rostro enjuto, muerto de cansancio, a no ser por los ojos; labios un tanto caídos por los surcos marcados desde la nariz hasta la boca y, sobre el ojo derecho, la larga cicatriz quebrada que se perdía en el cabello.

En medio de sus meditaciones oyó sonar el teléfono.

—¡Maldición!

Por espacio de un segundo se había olvidado de todo. Solía tener momentos de ensimismamiento como ése. Y además allí, al lado, estaba la mujer.

—¡Voy! —exclamó—. ¿Asustada? —descolgó el receptor—. ¿Qué...? Sí... Bien... Sí... Naturalmente, en seguida... Sí... Voy a ir... Sí. ¿Adonde...? Bien, voy en seguida. Café caliente, cargado. Sí.

Colgó con mucha precaución el receptor y se quedó sentado algunos segundos, meditando, en el respaldo del sofá.

—Tengo que irme —dijo luego—. Urgentemente.

La mujer se puso en pie durante un segundo. Se tambaleó un poco y se agarró a la silla.

—¡No, no...! —Ravic se sintió instantáneamente conmovido ante esa dócil solicitud—. Puede quedarse aquí. Duerma. Tengo que irme por una, dos horas; no sé cuántas... Quédese tranquila.

Se puso el sobretodo. Tuvo un pensamiento fugaz. En seguida lo olvidó. La mujer no robaría; no era el tipo. A ésas las conocía demasiado bien. Tampoco había mucho que robar.

Estaba ya casi en la puerta cuando la mujer preguntó:

—¿Puedo acompañarlo?

—No, es imposible. Quédese aquí. Utilice todo lo que necesite. La cama también, si quiere. El coñac está allí. Duérmase...

Se dio vuelta.

—¡Deje la luz encendida! —dijo la mujer de repente y con precipitación.

Ravic soltó el pestillo.

—¿Miedo? —preguntó.

Ravic le indicó la llave.

—Cierre la puerta en cuanto yo salga. Saque la llave. Abajo hay otra, con la que podré entrar.

Ella sacudió la cabeza.

—No es eso, pero deje la luz encendida, por favor.

—¡Ahí Bueno —Ravic la miró atentamente—. De todas maneras no quería apagarla. Déjela encendida. Sé lo que es eso. Yo también he tenido períodos así.

En la esquina de la calle de las Acacias se le acercó un taxi.

—Lléveme a la calle Lauriston número 14, rápido.

El chófer dio vuelta y dobló por la avenida Carnot. Cuando cruzaban la avenida de la Grande Armée, apareció, a toda velocidad, por la derecha, un pequeño coche de dos asientos. Los dos automóviles hubieran chocado si la calzada no hubiera estado tan mojada y tan lisa. Fue así como la *voitureite*, al frenar, patinó hacia el centro de la calle, yendo a pararse justo delante del radiador del taxi. El cochecito giró como una calesa. Era un «Renault», modelo pequeño, ocupado por un hombre que llevaba lentes y un sombrero negro de copa. En cada vuelta se veía su cara blanca, indignada. Luego el automóvil se estabilizó y se dirigió hacia el Arco, al final de la avenida, como si marchara contra la gigantesca puerta del Hades... semejante a un pequeño insecto verde, desde el cual un puño pálido salía amenazando al cielo nocturno.

El chófer del taxi se volvió.

—¿Vio usted alguna vez algo parecido?

—Sí —respondió Ravic.

—Pero, ¿con semejante sombrero? ¿Por qué tanto correr, con semejante sombrero, y de noche?

—Estaba en su derecho al hacerlo. Iba por la calle principal. ¿Por qué blasfema?

—Naturalmente que tenía derecho. Y por eso justamente blasfemo.

—¿Y qué haría si la culpa hubiese sido de él?

—Yo... blasfemaría también.

—Parece que usted trata de no complicarse la vida.

—Blasfemaría de otra manera —explicó el chófer, y dobló por la avenida Foch—. Con menos asombro, ¿me entiende?

—No. Vaya más despacio en las esquinas.

—Eso quisiera hacer de cualquier manera. Maldita porquería de calle. Pero, ¿por qué me lo pregunta si después no quiere oír nada?

—Porque estoy cansado —contestó Ravic con impaciencia—. Porque es de noche. Por mí también, porque no somos más que chispas en poder de un soplo desconocido. Siga adelante.

—Esto es otra cosa —el chófer tocó su gorra con la punta de los dedos, con cierto respeto—. Esto sí que lo entiendo.

—Diga —inquirió Ravic, a quien asaltó una sospecha—, ¿es usted ruso?

—No, pero leo de todo mientras espero pasajeros.

«No tengo suerte hoy con los rusos —pensó Ravic. Apoyó la cabeza atrás—. Café —pensó—. Café muy caliente y cargado. Tendrán suficiente, espero. Mis manos deberán estar malditamente tranquilas. De otra manera, Veber tendrá que darme una inyección. Pero estarán.»

Bajó el cristal de una ventanilla y aspiró lenta y profundamente el aire húmedo.

La pequeña sala de operaciones estaba iluminada como si fuera de día. Parecía una carnicería higiénica. Baldes con algodones empapados en sangre estaban en derredor; aquí y allá se hallaban diseminados vendajes y tapones, y el rojo de la sangre clamaba alegremente en contraste con toda esa blancura. Veber estaba sentado en la antesala, delante de una mesa de acero barnizada, y tomaba apuntes; una enfermera esterilizaba los instrumentos; el agua borboteaba, la llama parecía silbar, y únicamente el cuerpo colocado sobre la mesa yacía indiferente: a él todo eso no le importaba ya.

Ravic hizo correr el jabón líquido sobre sus manos y comenzó a lavarse. Se lavó con saña, como si quisiera desollarse.

—¡M...! —murmuró entre dientes—. ¡Condenada, maldita m...!

La asistente lo miró con repugnancia. Veber alzó la vista.

—¡Calma, Eugénie! Todos los cirujanos maldicen. Especialmente cuando algo salió mal. Debiera estar usted acostumbrada.

La enfermera echó un puñado de instrumentos en el agua hirviendo.

—El profesor Perrier nunca imprecaba —declaró ofendida—. Y, no obstante, salvó muchas vidas.

—El profesor Perrier era especialista en operaciones del cerebro. La más sutil mecánica de precisión, Eugénie. Nosotros cortamos los vientres. Es otra cosa —Veber terminó sus anotaciones y se levantó—. Buen trabajo, Ravic. Pero contra los medicastros no se puede, al fin y al cabo, hacer nada.

—Sí... a veces se puede.

Ravic se secó las manos y encendió un cigarrillo. La enfermera abrió una ventana con muda desaprobación.

—¡Bravo, Eugénie! —elogió Veber—. Siempre conforme con el reglamento.

—Tengo obligaciones en la vida. ¡No me agradaría volar!

—Muy bien, Eugénie; Y muy tranquilizador.

—Unos no las tienen y otros no las quieren.

—¡Eso es para usted, Ravic! —Veber rió—. Es mejor que nos eclipsemos; Eugénie está por la mañana muy agresiva. De todos modos aquí no hay nada más que hacer.

Ravic se dio vuelta. Miró a la enfermera que tenía obligaciones. Ella devolvió sin temor la mirada. Los anteojos de montura níquelada conferían a su rostro helado un aire inexpresivo. Era un ser humano como él, pero la consideraba más extraña que un árbol.

—Discúlpeme —dijo—. Usted tiene razón.

Sobre la mesa blanca yacía lo que un par de horas antes era todavía esperanza, aliento, dolor y vida vibrante. Ahora era solamente un cadáver sin sentimientos, y aquel autómatas humano, llamado la enfermera Eugénie, que nunca había cometido una falta, lo cubrió y se lo llevó en la camilla. «Son los eternos supervivientes —pensó Ravic—; la vida no quiere a estas almas de piedra, por eso las olvida y las deja vivir.»

—Hasta la vista, Eugénie —dijo Veber—. Duerma a su gusto, hoy.

—Hasta la vista, doctor Veber. Gracias, doctor.

—Hasta la vista —dijo Ravic—. Perdone mis palabrotas.

—Buenos días —contestó glacialmente Eugénie.

Veber sonrió.

—Un carácter de acero.

La madrugada era gris. Los carros de recolección de desperdicios pasaban rechinando por las calles. Veber alzó el cuello de su abrigo.

—¡Qué tiempo más asqueroso! ¿Quiere que lo lleve, Ravic?

—No, gracias. Prefiero caminar.

—¿Con este tiempo? Puedo llevarlo; apenas si alargó el camino.

Ravic negó con la cabeza.

—Gracias, Veber.

Veber lo contempló detenidamente.

—Es raro. Usted todavía se excita cuando alguien se le queda bajo el bisturí. Sin embargo, son ya quince años que está usted en esto y lo conoce.

—Sí. Lo conozco. Y en efecto, no me agito.

Veber se hinchó como pavoneándose delante de Ravic. Su amplio rostro redondo resplandecía como una manzana normanda. Los bigotes negros, bien cortados, estaban mojados por la lluvia y brillaban. En la acera estaba un «Buick», que también resplandecía. En él Veber viajaría cómoda y rápidamente hasta su casa, una casa de muñecas, de color de rosa, ubicada en los suburbios, en cuyo interior había una mujer limpia y resplandeciente, con dos niños limpios y resplandecientes, con una existencia limpia y resplandeciente. Cómo explicarle algo de aquella tensión jadeante que asalta al colocar el cuchillo para el primer corte, al que sigue bajo la ligera presión ésa delgada marca roja de sangre, cuando el cuerpo, bajo las agujas y las grapas, se despliega como mi cotinaje, liberando órganos que nunca han visto la luz, cuando, como el cazador que sigue una huella en la selva, imprevistamente, uno se encuentra —entre tejidos destruidos, grumos, excrecencias, dilaceraciones— frente a aquella gran fiera: ¡la muerte! ¿Cómo era posible explicarle esa lucha, en la que no puede utilizarse más que una delgada hoja y aguja, así como una mano inmensamente segura, o el significado, en medio de aquella blancura deslumbrante y de aquella suprema concentración, del repentino deslizarse de una sombra negra en la sangre —escarnio imponente— que parece embotar el filo del bisturí, volver la aguja quebradiza y la mano pesada? Cuando aquella vida invisible, misteriosa, pulsativa, desaparecía entre las manos impotentes, se descomponía, vestida de un espectral torbellino negro que no podía ser alcanzado ni detenido; cuando un rostro que hacía poco respiraba y era un yo, y llevaba un nombre, se transformaba en una máscara anónima, rígida... Aquella impotencia, sin sentido, rebelde... ¿cómo era posible explicársela...? ¿Y qué había en eso que explicar?

Ravic encendió otro cigarrillo.

—Veintiún años tenía eso —dijo.

Veber secó con su pañuelo las gotas brillantes de sus bigotes.

—Usted trabajó magníficamente; yo no podría hacerlo. Que no se podía salvar lo que echó a perder una curandera, es algo que a usted no debe importarle. ¿Adónde iríamos a parar si pensáramos de otra manera?

—Sí —dijo Ravic—. ¿Adónde iríamos a parar?

Veber se metió el pañuelo en el bolsillo.

—Después de todo lo que le ha pasado a usted debería estar malditamente endurecido.

Ravic lo miró con un asomo de ironía.

—Nunca se endurece uno. Sólo es posible acostumbrarse a muchas cosas.

—Así lo creo.

—Sí. Pero a otras, nunca. Pero es difícil hallar esto. Supongamos que haya sido el café. A lo mejor ha sido el café lo que me mantuvo tan despierto y lo confundimos con excitación.

—El café era bueno, ¿no?

—Muy bueno.

—Entiendo algo de preparar café. Tuve la idea de que usted lo necesitaría; por eso lo hice yo mismo. Era otra cosa que aquel líquido negro que prepara generalmente Eugénie, ¿eh?

—No tiene comparación. Para preparar café, usted es un maestro.

Veber subió a su coche. Arrancó y se asomó a la ventanilla.

—¿En realidad no quiere que lo acompañe? Debe estar terriblemente cansado.

«Es como una foca —pensó Ravic, ausente—. Se parece a una foca llena de salud. Pero esto, ¿qué quiere decir? ¿Por qué se me ocurre? ¿Para qué estar siempre pensando doble?»

—No estoy cansado —contestó—. El café me despertó. Que duerma bien, Veber.

Veber se rió. Sus dientes relucían bajo los bigotes negros.

—No voy a dormir. Voy a mi jardín, a trabajar. A plantar tulipanes y narcisos.

«Tulipanes y narcisos —pensó Ravic—. En cuadros bien medidos, entre caminos limpios y cubiertos de piedrecillas. Tulipanes y narcisos, tormenta color de rosa y de oro de la primavera.»

—Hasta luego, Veber —dijo—. Se encargará usted seguramente de todo lo demás.

—Por supuesto. Lo llamaré todavía por la noche. Los honorarios serán bajos, desgraciadamente. Apenas dignos de mención. La joven era pobre y presumiblemente sin parientes. Eso ya lo veremos.

Ravic hizo un movimiento de repulsa.

—Entregó cien francos a Eugénie. Todo lo que poseía, al parecer. Veinticinco serán para usted.

—Bien, bien —repuso Ravic—. Hasta siempre, Veber.

—Hasta luego; hasta mañana por la mañana, a las ocho.

Ravic prosiguió lentamente a lo largo de la calle

Lauriston. Si hubiese sido verano se habría sentado en un banco en el Bois, bajo el sol matutino, dejando errar la mirada por el agua y el bosque verde, hasta que hubiese cedido la tensión. Luego se habría hecho conducir al hotel y se habría echado a dormir.

Entró en un cafetín, en la esquina de la calle Boissière. Algunos obreros y chóferes de camiones estaban delante del mostrador. Bebían café caliente, en el que mojaban bizcochos. Ravic lo observó un rato. Aquí había vida segura, sencilla existencia, trabajo con los puños hasta agotar las fuerzas, cansancio por la noche, comida, mujer y dormir pesado y sin sueños.

—Un kirsch —pidió.

La muchacha agonizante llevaba alrededor del pie derecho una cadena estrecha, barata, chapada en oro; una de esas necedades de las que se es capaz sólo cuando se es joven, sentimental y falto de buen gusto. Una cadena con una pequeña chapa y la inscripción: *Toujours Charles*, forjada alrededor del pie, de manera que no se pudiese quitar. Una cadena que relataba una historia de domingos en los bosques a orillas del Sena, de enamoramiento y juventud disparatada, de algún pequeño joyero en alguna parte de Neuilly, de noche de setiembre en una buhardilla; luego, de repente, llegó la supresión, la espera, el miedo; *Toujours Charles*, que no daba señal de vida, la amiga que conocía una dirección, la partera en algún lugar, una mesa cubierta de hule, dolor desgarrador y sangre, sangre; un rostro de vieja, alterado, brazos que empujan apresuradamente en un taxi para deshacerse de uno; días de tormento y de ocultamiento, y, finalmente, el traslado al hospital, los últimos cien francos apretados en una mano ardiente y húmeda, y esto; demasiado tarde.

La radio empezó a chillar un tango, acompañando a una voz nasal que cantaba versos idiotas. Ravic se sorprendió repasando una vez más toda la operación. Fiscalizó cada movimiento. Algunas horas antes, tal vez, habría existido alguna posibilidad. Veber le había hecho telefonar. No estaba en el hotel. De modo que la joven había tenido que morir porque él estaba vagando alrededor del puente de L'Alma. Veber no podía hacer tales operaciones. La locura de la casualidad. El pie con la cadena dorada, flojo, torcido para adentro... «Ven a mi barba, brilla la lima llena», lloriqueaba el tenorcito, en fasete.

Ravic pagó y se marchó. Afuera detuvo a un taxi.

—Lléveme al «Osiris».

El «Osiris» era un burdel grande y burgués, con un enorme bar de estilo egipcio.

—Estamos a punto de cerrar —le dijo el portero—. No hay ya nadie aquí.

—¿Nadie?

—Sólo Madame Rolande. Las señoritas se fueron todas.

—Bien.

El portero golpeaba, malhumorado, con sus chanclos sobre el adoquinado.

—¿No quiere hacer esperar al coche? Más tarde no encontrará tan fácilmente otro. Aquí está cerrado.

—Ya me lo dijo una vez. Ya encontraré algún taxi.

Ravic metió un paquete de cigarrillos en el bolsillo del portero y entró, pasando por una puerta angosta por delante del guardarropa, en la gran sala. El bar estaba vacío; producía el efecto acostumbrado de un pequeño festín burgués: risas por el vino derramado, algunas sillas derribadas, colillas de cigarrillos en el piso, y olor a tabaco, a perfume dulzarrón y a epidemis.

—Rolande —dijo Ravic.

Estaba sentada delante de una mesa sobre la que había un montón de ropa interior de seda.

—Ravic —contestó ella sin asombrarse—. Es tarde. ¿Qué quieres? ¿Una muchacha o algo que tomar? ¿O las dos cosas?

—Vodka. Polaco.

Rolande trajo la botella y una copa.

—Sírvete tú mismo. Tengo todavía que ordenar la ropa y anotarla. El coche de la lavandería está por llegar. Si no apunto todo, esa pandilla roba como una bandada de urracas.

Los chóferes, ¿entiendes? Para regalarlo a sus novias.

Ravic inclinó la cabeza.

—Deja tocar la música, Rolande; fuerte.

—Bueno.

Rolande abrió el contacto. La música tronó con timbales y batería en la sala alta y vacía, como una tormenta.

—¿Demasiado fuerte, Ravic?

—No.

¿Demasiado fuerte? ¿Qué era demasiado fuerte? Sólo el silencio. El silencio en el cual se reventaba como en un espacio vacío de aire.

—Terminado.

Rolande se acercó a la mesa de Ravic. Tenía cuerpo macizo, rostro apacible y ojos negros, serenos. El vestido negro, puritano, que llevaba, la calificaba de celadora; la diferenciaba de las casi desnudas prostitutas.

—Toma algo conmigo, Rolande.

—Bueno.

Ravic tomó una copa del bar y sirvió. Rolande le detuvo la botella cuando el vaso estuvo a medio llenar.

—¡Basta! No tomo más.

—Las copas medio llenas son horribles. Deja lo que no quieras.

—¿Por qué? Sería un derroche.

Ravic alzó la vista. Vio el rostro formal y sensato, y sonrió.

—¡Derroche! La antigua preocupación francesa. ¿Para qué ahorrar? Contigo tampoco se economiza.

—Esto aquí es el negocio. Aquello es otra cosa.

Ravic se rió.

—¡Brindemos por aquello! ¿Qué sería el mundo sin la moral del negocio? Mundo de delincuentes, idealistas y haraganes.

—Necesitas una muchacha —dijo Rolande—. Podría telefonar a Kiki. Es buena. Tiene veintiún años.

—¡Ah! Sí. También veintiún años. Eso no es para mí hoy —Ravic llenó otra vez su copa—. ¿En qué piensas, Rolande, antes de dormirte?

—Por lo general, en nada absolutamente. Me siento demasiado cansada.

—¿Y cuando no estás demasiado cansada?

—En Tours.

—¿Por qué?

—Una tía mía posee allí una casa con tienda en la planta baja. La he hipotecado dos veces. Cuando muera —tiene setenta y seis años— conseguiré la casa. Entonces transformaré la tienda en café. Paredes claras con flores; orquesta, tres ejecutantes: piano, violín y violoncelo; en el fondo, el bar. Pequeño y bonito. La casa está en buen barrio. Creo que podré instalar todo con nueve mil quinientos francos, con los cortinajes y las lámparas también. Quiero guardar cinco mil, como reserva, para los primeros tiempos. Y, naturalmente, los alquileres del primero y del segundo piso. En eso pienso.

—¿Naciste en Tours?

—Sí. Pero nadie sabe dónde estuve desde entonces. Y si el negocio marcha, a nadie le importará tampoco. El dinero todo lo cubre.

—Todo no, pero mucho..

Ravic sintió detrás de su frente la pesadez que alejaba cada vez más la voz.

—Creo que tengo bastante —dijo, y sacó algunos billetes del bolsillo—. ¿Te casarás en Tours, Rolande?

—En seguida no, pero sí dentro de algunos años. Tengo allá un amigo.

—¿Vas allá alguna vez?

—Raramente. A veces me escribe. A otra dirección, claro. Está casado, pero su mujer está en el hospital. Tuberculosis. A lo sumo uno o dos años le quedarán todavía, dicen los médicos. Entonces será libre.

Ravic se puso de pie.

—Dios te bendiga, Rolande. Tienes un excelente sentido común.

Ella sonrió sin desconfianza. Pensaba que él tenía razón. Su cara serena no mostraba huella alguna de cansancio. Estaba fresca, como si se hubiese acabado de levantar. Sabía lo que quería. La vida no tenía secretos para ella.

Y era pleno día. Había cesado de llover. Los *pissoirs* se alzaban en las esquinas como pequeñas torres blindadas. El portero había desaparecido. Desvanecida la noche y comenzado el día, multitud de gente apresurada se empujaba ante las entradas del Metro, semejantes a hoyos cavados en la tierra, dentro de los que se precipitaban para ofrendarse a una divinidad oscura.

La mujer se levantó sobresaltada del sofá. No gritó. Se levantó tan sólo por insoportable, reprimido; se apoyó sobre los codos y quedó inmóvil.

—Calma, calma —dijo Ravic—. Soy yo. El mismo que hace un par de horas la trajo aquí.

La mujer respiró de nuevo. Ravic la veía sólo vagamente; la luz de las lamparillas eléctricas encendidas y el alba que se introducía por la ventana, se fusionaban en una luz amarillenta y enfermiza.

—Creo que podemos apagar ahora —dijo Ravic, haciendo girar el conmutador.

Sentía nuevamente los suaves martilleos de la ebriedad detrás de las sienes.

—¿Quiere tomar el desayuno? —preguntó.

Se había olvidado de la mujer y luego había pensado, al tomar la llave, que ya se habría marchado. Se hubiera desembarazado gustosamente de ella. Había bebido bastante: el telón de su conciencia estaba levantado; las cadenas del tiempo se habían quebrado y lo rodeaban, resueltos e intensos, los recuerdos y los sueños. Quería estar solo.

—¿Quiere café? —preguntó—. Es lo único bueno que hay aquí.

La mujer sacudió la cabeza. La observó más atentamente.

—¿Sucedió algo? ¿Vino alguien aquí?

—No.

—Pero algo ha ocurrido, sin embargo. Me está mirando como a un fantasma.

La mujer movió los labios.

—Ese olor —dijo entonces.

—¿Olor? —repitió Ravic, sin comprender—. El vodka, sin embargo no huele. El kirsch y el brandy, tampoco. Y cigarrillos, los fumó usted también. ¿Qué hay en eso para asustarse?

—No quiero decir eso...

—¿Qué, entonces? ¡Dios mío!

—Es el mismo... el mismo olor...

—¡Santo cielo, será el éter! —exclamó Ravic, que, de repente, recordó—. ¿Es el éter?

Ella asintió con la cabeza.

—¿La operaron alguna vez?

—No..., es...

Ravic no prestó más atención. Abrió la ventana.

—Pasará en seguida. Fume un cigarrillo, entretanto.

Entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. Vio en el espejo su rostro. Ya se había quedado así, un par de horas antes. Mientras tanto un ser humano había muerto. No había nada de extraordinario en ello. A cada instante morían millares de seres. Existían estadísticas al respecto. Nada de extraordinario había en ello. Pero para el que se moría lo era todo, y mucho más importante que el Universo entero que seguía su curso.

Se sentó sobre el borde de la bañera y se quitó los zapatos. Todo quedaba siempre igual. Las cosas y su muda coacción. La trivialidad, la estúpida costumbre, en un mundo que se esfuma como un fuego fatuo. La ribera florida del corazón, a orillas del río del amor; pero fuese quien fuese, poeta, semidiós o idiota, cada par de horas lo sacaban a uno de su paraíso para orinar. ¡No había escapatoria! Ironías de la Naturaleza. El romántico arco iris encima de los reflejos glandulares, y el remolino de la digestión. Los órganos del éxtasis diabólicamente formados de manera simultánea para la secreción. Ravic tiró los zapatos en un rincón. ¡Maldita costumbre la de desvestirse! Hasta de eso no había manera de escaparse. Únicamente quien vivía solo lo concebía. Cualquier maldito apego llevaba en sí una obligación. Había dormido a menudo con el traje puesto, para evadirla, pero no era más que un aplazamiento. No había manera de escaparse.

Abrió la ducha. El agua fresca corrió sobre su epidermis. Aspiró profundamente y se secó. El consuelo de las cosas pequeñas. Agua, respiración, lluvia de la noche. Únicamente quien estaba solo las conocía tan bien. Epidermis agradecida. Sangre ligeramente palpitante en las arterias oscuras. Estar echado en un prado. Abedules, blancas nubes veraniegas. El paraíso de la juventud. ¿Dónde habían quedado las aventuras del corazón? Muertas a golpes por las tristes aventuras de la existencia.

Volvió al dormitorio. La mujer estaba acurrucada en un extremo del sofá, con la manta arrollada hasta el cuello.

—¿Frió? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Miedo?

Ella asintió.

—¿De mí?

—No.

—¿De afuera?

Ravic cerró la ventana.

—Gracias —dijo ella.

Miró la nuca que tenía delante. Hombros. Algo que respiraba. Un poquito de vida ajena, pero vida. Calor. Nada de cuerpo rígido. ¿Qué otra cosa podía conseguirse, sino un poco de calor? ¿Y qué más había?

La mujer se movió. Temblaba. Miró a Ravic. Éste sintió cómo la ola refluía. Llegó la profunda frescura sin pesadez. Vino la distensión. Era como si hubiese regresado de las tinieblas de otro planeta.

Todo volvióse, de pronto, simple; el alba, la mujer. Nada más había que pensar.

—Ven —dijo.

Ella lo miró fijamente.

—¡Ven! —repitió él, impaciente.

Se despertó. Tenía la sensación de que lo estaban observando. La mujer ya estaba vestida y sentada en el sofá. Pero no lo veía; miraba por la ventana. Había esperado que se hubiese ido. Le resultaba molesto que estuviese todavía allí. No podía sufrir por la mañana a nadie a su alrededor.

Consideró si debía tratar de seguir durmiendo, pero lo embarazaba que ella pudiese observarlo. Resolvió deshacerse rápidamente de ella. Si esperaba dinero, la cosa era muy sencilla. Y si no, era sencilla también. Se incorporó.

—¿Hace mucho rato que está levantada?

La mujer se sobresaltó y se volvió hacia él.

—No podía seguir durmiendo. Lamento mucho si lo desperté.

—No me despertó.

Ella se puso de pie.

—Quería irme. No sé por qué estoy todavía aquí sentada.

—Espere; estaré listo en seguida. Usted tiene que tomar todavía el desayuno. El famoso café del hotel. Los dos tenemos bastante tiempo para eso.

Se levantó e hizo sonar la campanilla. Luego entró en el baño. Vio que la mujer lo había utilizado; pero todo había sido vuelto a colocar ordenadamente en su lugar, hasta las toallas para fricciones que había usado. Mientras se limpiaba los dientes oyó que llegaba la sirvienta con el desayuno. Se apresuró.

—¿Fue desagradable? —preguntó cuando estuvo en la habitación.

—¿Qué?

—Que la viera la sirvienta. No pensé en eso.

—No. Tampoco ella estaba asombrada.

La mujer dirigió la mirada hacia la bandeja. Era un servicio para dos, sin que Ravic hubiese dicho nada.

—Claro que no. Para eso estamos en París. Aquí tiene su café. ¿Le duele la cabeza?

—No.

—Bien. A mí sí. Pero pasará; pasará dentro de una hora. Aquí tiene *brioche*.

—No puedo comer.

—Sí, puede. Cree solamente que no puede. Haga tan sólo la prueba.

Ella tomó un *brioche*. Luego volvió a dejarlo otra vez.

—No puedo, de veras.

—Entonces tome el café y fume un cigarrillo. Eso es el desayuno de los soldados.

—Sí.

Ravic comió.

—¿Todavía no tiene hambre? —preguntó al cabo de un rato.

—No.

La mujer apagó el cigarrillo.

—Creo... —empezó a decir, y calló.

—¿Qué cree usted? —preguntó Ravic, sin curiosidad.

—Que ahora debo marcharme.

—¿Conoce el camino? Estamos cerca de la avenida Wagram.

—No.

—¿Dónde vive?

—En el «Hotel Verdun».

—Está a pocos minutos de aquí. Puedo enseñárselo afuera. Así aprovecharé para acompañarla delante del portero.

—Sí... pero no es eso...

Calló de nuevo. «Dinero —pensó Ravic—. Dinero, como siempre.»

—Puedo ayudarla fácilmente si se encuentra en apuros. —Sacó su cartera.

—¡Deje eso! ¿Qué significa eso? —exclamó la mujer bruscamente.

—Nada —Ravic volvió a guardar la cartera.

—Discúlpeme —se levantó—. Usted fue... debo agradecerle... hubiera sido... la noche... sola, no habría sabido...

Ravic se acordó, de repente, de lo que había ocurrido. Habría hallado ridículo que ella hiciese de aquello un negocio; pero que ella lo agradeciese no se lo había esperado, y le era mucho más desagradable.

—De veras, no habría sabido... —dijo la mujer. Todavía permanecía indecisa delante de él.

«¿Por qué no se marcha?», pensaba él.

—Pero ahora sabe... —repuso Ravic, por decir algo.

—No —lo miró con franqueza—. Sigo aún sin saberlo. Sé únicamente que tengo que hacer algo. Sé que no puedo huir.

—Eso ya es mucho —Ravic tomó su sobretodo—. La acompañaré hasta abajo.

—No hace falta. Dígame sólo... —vacilaba, en busca de las palabras—. Tal vez usted sabrá... lo que se debe hacer cuando...

—¿Cuándo? —preguntó Ravic al cabo de un momento.

—Cuando alguien ha muerto —balbuceó la mujer, y, de repente, se desplomó. Lloraba. No sollozaba, lloraba solamente, casi sin ruido.

Ravic aguardó a que se tranquilizara.

—¿Ha muerto alguien?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Anoche?

Otra vez movió la cabeza.

—¿Lo mató usted?

La mujer lo miró fijamente.

—¿Qué? ¿Qué dice usted?

—¿Lo hizo usted? Si me pregunta lo que tiene que hacer debe decírmelo.

—¡Murió! —gritó la mujer—. De repente...

Ocultó el rostro.

—¿Estaba enfermo? —preguntó Ravic.

—Sí.

—¿Tenía médico?

—Sí..., pero él no quería ir al hospital...

—¿Estuvo el médico ayer?

—No. Antes. Hace tres días. Lo ha... insultado al médico y luego no quiso verlo más.

—¿No fue ningún otro médico después?

—No conocíamos a nadie. Hace tres semanas, apenas, que estamos aquí. Éste nos lo había procurado el sirviente... y no lo quería más... decía... creía que solo lo haría mejor.

—¿Qué tenía?

—No sé. El médico decía pulmonía... pero él no lo creía... decía: «Todos los médicos son embusteros...» Y además ayer estaba mejor. Luego, de repente...

—¿Por qué no lo llevó al hospital?

—El no quería... decía... que yo lo iba a engañar cuando estuviese ausente... él... usted no lo conoce... no había nada que hacer

—¿Está todavía en el hotel?

—Sí.

—¿Comunicó ya al hotelero lo que ocurrió?

—No. Cuando enmudeció de improviso... y todo quedó tan callado... y sus ojos..., entonces no pude aguantar más y me escapé...

Ravic pensó en la vispera. Se puso a pensar en un momento decisivo. Pero igual para él y para la mujer. Especialmente para ella. Todo había sido igual para ella esa noche, y una sola cosa era importante: que la había superado. La vida consiste en algo más que en carjes sentimentales. La noche en la cual Lavigne se enteró de que su esposa había muerto, la pasó en un burdel. Las prostitutas lo habían salvado. Quien entendía eso, lo comprendía. No existían explicaciones para eso. Pero eso creaba obligaciones.

Tomó el sobretodo.

—¡Venga! Iré con usted. ¿Era su esposo?

—No —respondió la mujer.

El dueño del «Hotel Verdun» era un hombre grueso. No tenía ni un cabello en el cráneo; pero, en compensación, llevaba un bigote negro, teñido, y poseía pobladas cejas. Estaba en la entrada; detrás de él, un mozo, una sirvienta y una cajera, sin senos. No había duda que lo sabía todo ya. Y, en efecto, se enfureció en seguida cuando vio entrar a la mujer. Su rostro se puso colorado y empezó a hacer ademanes con sus pequeñas y gordas manos, henchido de rabia y de indignación, y, como pudo notar Ravic, también de alivio. Al hablar de Policía, de sospechas sobre extranjeros y de prisión, Ravic lo interrumpió.

—¿Es usted provenzal? —preguntó con calma.

El hotelero se detuvo.

—No. ¿Qué significa esto? —inquirió desconcertado.

—Nada —repuso Ravic—. Sólo quería interrumpirlo. Resulta mejor con una pregunta completamente sin sentido. De lo contrario usted habría seguido hablando una hora.

—¡Señor! ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Esta es la primera frase razonable que ha dicho usted hasta ahora.

El hotelero se había serenado.

—¿Quién es usted? —repitió más tranquilo, con la precaución de no ofender, por ningún concepto, a un hombre posiblemente influyente.

—El médico.

El hotelero no vio ya ningún peligro.

—¡Ya no necesitamos médico aquí! —y se enfureció de nuevo—. Aquí necesitamos a la Policía.

Clavó la vista en Ravic y la mujer. Esperaba encontrar miedo, protestas, súplicas.

—Es una buena idea. ¿Por qué no está ya aquí? Usted sabe, sin embargo, que el hombre ha muerto hace algunas horas.

El hotelero no contestó. Sólo seguía mirando con rabia a Ravic.

—Yo le voy a decir por qué —Ravic se le acercó un poco—. Porque usted no quiere escándalo, a causa de sus clientes. Hay mucha gente que se cambia cuando se entera de estas cosas. Pero la Policía debe venir, esa es la ley. Depende sólo de usted hacerlo con discreción. Y ésta tampoco era su preocupación. Usted tenía miedo de que lo hubiesen plantado, dejándolo todo por su cuenta. Eso era innecesario. Además usted temía por el dinero. Le van a pagar. Y ahora, quisiera ver al muerto. Luego me encargaré de todo lo demás.

Ravic pasó por delante del hotelero.

—¿Cuál es el número de la habitación? —preguntó a la mujer.

—El catorce.

—No hace falta que venga. Puedo ir solo.

—No. No quiero quedarme aquí.

—Lo más sencillo es que usted no vea nada más.

—No. No quiero quedarme aquí.

—Bueno, como quiera.

La habitación era baja y daba a la calle. Delante de la puerta se apiñaban dos o tres sirvientas, criados y mozos. Ravic los apartó. La pieza tenía dos camas; en la de junto a la pared yacía un hombre. Estaba allí, amarillo y rígido, como imagen de cera, de negros cabellos crespos, con pijama de seda roja. Tenía las manos juntas. A su lado, sobre la mesilla de noche, había una pequeña Virgen de madera, barata, en cuyo rostro se veían algunas marcas rojas de lápiz labial. Ravic la alzó. *Made in Germany* se hallaba impreso en el dorso. Observó el rostro del muerto; no tenía *rouge* en los labios. Los ojos estaban abiertos a medias; uno más que el otro, lo que daba al cuerpo una expresión de indiferencia, como si hubiese quedado rígido en un aburrimiento eterno.

Ravic se inclinó sobre él. Registró los frascos que había sobre la mesita colocada al lado de la cama, y examinó el cadáver. Ningún rastro de violencia. Se irguió.

—¿Cómo se llamaba el médico que estuvo aquí? —preguntó a la mujer—. ¿No sabe cómo se llamaba?

—No.

La miró. Estaba muy pálida.

—Siéntese allí, vamos. Allí enfrente, en la silla del rincón. Y quédese sentada. ¿Está aquí el mozo que le procuró el médico?

Miró los rostros asomados a la puerta. Todos tenían la misma expresión de horror y codicia.

—François es el encargado del piso —dijo una fregona que tenía asida su escoba como si fuese una espada.

—¿Dónde está François?

Un mozo se abrió paso.

—¿Cómo se llamaba el médico que estuvo?

—Bonnet. Charles Bonnet.

—¿Tiene el número de su teléfono?

El mozo lo buscó:

—Passy 2742.

—Bien —Ravic vio asomar la cara del hotelero—. Ahora vamos a cerrar la puerta de una buena vez. ¿O tiene usted interés, quizá, de que se enteren también en la calle?

—¡No! ¡Afuera todos! ¡Afuera! ¿Por qué se quedan ahí, ociosos, robando el tiempo que les pago?,

Echó a los sirvientes y cerró la puerta. Ravic se dirigió al teléfono. Llamó a Veber y habló un rato con él. Luego marcó el número de Passy. Bonnet estaba en su consultorio.

Confirmó lo que había dicho la mujer.

—El hombre ha muerto —dijo Ravic—. ¿Puede venir usted aquí para extender el certificado de defunción?

—El hombre me echó en la forma más ofensiva.

—¡Ya no volverá a ofenderlo!

—No me ha pagado mis honorarios. Y por eso me ha llamado ávido curandero.

—¿Vendría usted para cobrar su cuenta?

—Puedo mandar a alguien.

—Mejor será que venga usted mismo. De otro modo nunca cobrará su dinero.

—Bueno —dijo Bonnet después de una corta vacilación—. Pero yo no firmo nada antes de ser pagado. Trescientos francos es la cuenta.

—Muy bien. Trescientos. Los recibirá.

Ravic colgó el auricular.

—Siento que haya tenido que asistir a esto —dijo dirigiéndose a la mujer—. No podía ser de otra manera. Necesitamos a ese hombre.

La mujer sacó algunos billetes.

—No importa —contestó—. Eso no es cosa nueva para mí. Aquí está el dinero.

—Hay tiempo todavía. Vendrá en seguida. Se lo podrá dar entonces.

—¿No puede usted firmar el certificado de defunción? —preguntó la mujer.

—No —repuso Ravic—. Para eso necesitamos un médico francés. Sencillamente, el mismo que lo atendió.

Cuando Bonnet cerró la puerta tras sí, se produjo un silencio repentino. Silencio mucho más profundo que el que hubiera provocado una sola persona abandonando la habitación.

El ruido de los automóviles en la calle se volvió más metálico, como si rebotase contra un muro de aire pesado, a través del cual se filtrase trabajosamente. Después del vaivén de una hora antes, él muerto comenzó, ahora por primera vez, a ser presente. Su imponente mutismo llenaba la pobre habitación, y era igual que vistiese un esplendoroso pijama de seda roja. Señoreaba, al igual que señorea un *clown* muerto, porque no se movía más. Lo que vivía se movía, y lo que se movía podía poseer fuerza, gracia y ridiculez, más no la fría majestuosidad de lo que nunca más puede moverse y sí sólo descomponerse. Tan sólo lo acabado la tenía —y el hombre era completo únicamente en la muerte— y sólo por breve tiempo.

—¿No estaba casada usted? —preguntó Rovic.

—No. ¿Por qué?

—La ley. La herencia. La Policía levantará un acta sobre lo que pertenece a usted y a él. Lo que pertenece a usted, usted lo conservará. Lo que es de él, será retenido por la

Policía. Para los deudos que se presentaran. ¿Tiene algunos?

—En Francia no.

—¿Vivió usted con él?

La mujer no contestó.

—¿Mucho?

—Dos años.

Ravic miró en derredor.

—¿No tiene usted ningún baúl?

—Sí... estaban aquí... allá, frente a la pared. Ayer por la tarde, todavía.

—¡Ajá! El hotelero —Ravic abrió la puerta. La fregona de la escoba dio un salto atrás—. Abuelita —dijo—, es usted demasiado curiosa para su edad. Llame al hotelero. La mujer quería protestar.

—Tiene razón —interrumpió Ravic—. A su edad se posee todavía únicamente la curiosidad. Pero llame al patrón.

La vieja masculló algunas palabras, empujó la escoba ante sí y desapareció.

—Lo siento —dijo Ravic—, pero no hay nada que hacer. Parecerá brutal, pero es mejor hacerlo ahora, en seguida. Es más sencillo, aunque usted, tal vez, no lo comprenda de momento.

—Comprendo —repuso la mujer.

Ravic la miró.

—¿Comprende?

El hotelero entró con un papel en la mano. No golpeó a la puerta.

—¿Dónde están los baúles? —preguntó Ravic.

—Ante todo la cuenta. Aquí está. Primero la cuenta; hay que pagar.

—Ante todo los baúles. Nadie hasta ahora se ha rehusado a pagar la cuenta. La habitación sigue todavía alquilada. La próxima vez golpee antes de entrar. Déme esa cuenta y haga traer los baúles.

El hotelero lo miró furioso.

—Usted recibirá su dinero —dijo Ravic.

El patrón se fue, cerrando con violencia la puerta tras él.

—¿Hay dinero en los baúles? —preguntó Ravic a la mujer.

—Yo no... no creo.

—¿Sabe dónde está? ¿En el traje? ¿O no tenía?

—Lo tenía en la cartera.

—¿Dónde está?

—Debajo —la mujer vaciló—... debajo de la almohada; allí la ponía generalmente.

Ravic se levantó. Alzó con cuidado la almohada, con la cabeza del muerto, y sacó de abajo la cartera de cuero negro. Se la entregó a la mujer.

—Saque el dinero y todo lo que pueda ser de utilidad para usted. Pronto. No hay que perder tiempo en sentimentalismos. Usted tiene que vivir. ¿Para qué serviría, si no? ¿Para criar moho en la comisaría?

Miró un minuto a través de la ventana. Un chófer de camión injuriaba, en la calle, a un carretero que conducía un carro verde, arrastrado por dos caballos. Lo insultaba con la plena superioridad que confiere un pesado motor. Ravic se dio vuelta.

—¿Está?

—Sí

—Devuélvame la billetera.

Volvió a colocarla debajo de la almohada. Sintió que estaba más delgada que antes.

—Guarde las cosas en su cartera —le indicó.

Ella obedeció con docilidad. Ravic tomó la cuenta y la examinó.

—¿Pagaron ya alguna vez una cuenta aquí?

—No sé. Creo que sí.

—Esta es una cuenta de dos semanas. ¿Pagaba...? —Ravic vaciló por un instante. Le parecía singular hablar del muerto llamándolo señor Raczyński—. ¿Las cuentas eran siempre pagadas puntualmente?

—Sí. Siempre. Decía a menudo que, en su situación, era importante pagar siempre puntualmente donde se debía.

—¡Ese bribón de hotelero! ¿No tiene usted idea de dónde puede estar la última cuenta pagada?

Golpearon a la puerta. Ravic no pudo evitar una sonrisa. El mozo traía los baúles. El hotelero iba detrás.

—¿Están todos? —preguntó Ravic a la mujer.

—¡Naturalmente que están todos! —gruñó el hotelero—. ¿Qué pensaba usted?

Ravic se acercó a un pequeño baúl.

—¿Tiene la llave de éste? ¿No? ¿Dónde están las llaves?

—En el ropero. En su traje.

Ravic abrió el ropero. Estaba vacío.

—¿Y...? —preguntó al hombre.

El hotelero se volvió hacia el sirviente.

—¿Y...? —repitió con su resoplido.

—El traje está afuera —tartamudeó el sirviente.

—¿Por qué?

—Para cepillarlo y limpiarlo.

—Me parece que ya no hace falta —observó Ravic.

—¡Tráigalo en seguida aquí, maldito ladrón! —exclamó el hotelero con tono grosero.

El criado le dirigió una mirada curiosa, como guiñando, y se fue. Al poco rato el traje estaba adentro. Ravic sacudió la chaqueta, luego los pantalones. Algo tintineó en los pantalones. Ravic vaciló un momento. ¡Qué singular! Manosear los bolsillos de los pantalones de un muerto. Como si el traje también se hubiese muerto. Singular pensar así. Un traje es un traje.

Sacó las llaves y abrió el baúl. Arriba había una carpeta de lona.

—¿Es ésta? —preguntó a la mujer.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Ravic encontró la cuenta en seguida. Estaba saldada. La mostró al hotelero.

—Usted ha calculado una semana de más.

—¿Ah, sí? —replicó el hotelero—. ¿Y el disgusto? ¿La porquería? ¿La agitación? Eso no vale nada, ¿eh? Que a mí me venga otra vez la bills, eso está incluido, ¿eh? Usted mismo dijo que mis huéspedes se me irían. ¡Ese daño es mucho mayor! ¿Y la cama? ¿Y la habitación que tendrá que ser desinfectada? ¿Y la sábana que se ha ensuciado?

—La sábana está ya en la cuenta. Además un almuerzo por veinticinco francos que habría sido servido anoche. ¿Comió usted algo ayer? —preguntó a la mujer.

—No. Pero ¿no podría pagarlo simplemente...? Quiero... acabar pronto.

«Acabar pronto —pensó Ravic—. Conocemos esto. Y luego... el silencio y el muerto. Los cachiporrazos del silencio. Mejor así, aunque sea repugnante.» Tomó un lápiz de sobre la mesa e hizo unos cálculos. Luego devolvió la cuenta al hotelero.

—¿De acuerdo?

El hombre dio una ojeada a la suma final.

—¡Pero no estoy loco!

—¿De acuerdo? —volvió a preguntar Ravic.

—¿Pero quién es usted, al fin y al cabo? ¿Por qué tiene que entremeterse aquí?

—Yo soy el hermano —dijo Ravic—. ¿Conforme?

—Más el diez por ciento de servicio y el impuesto. Nada más.

—Bien —Ravic agregó la cantidad—. Tiene que pagar doscientos noventa francos —dijo a la mujer.

Esta sacó de su cartera tres billetes de un cien y los dio al hotelero y se volvió a marcharse.

—A las seis la habitación tendrá que estar libre. De lo contrario se cuenta por otro día.

—Diez francos de cambio —dijo Ravic.

—¿Y el portero?

—A ése le pagaremos nosotros mismos. Las propinas también.

El hotelero colocó con mal humor diez francos sobre la mesa.

- *Sales étrangers* —murmuró, y abandonó la habitación.

—El orgullo de muchos hoteleros franceses consiste en que odian a los extranjeros de quienes viven —observó Ravic al criado que estaba todavía en la puerta, con cara de propina—. Tome...

El mozo miró el billete antes que nada.

—*Merci, monsieur* —dijo luego, y se fue.

—Ahora falta todavía la Policía y después se lo podrán llevar —dijo Ravic y miró a la mujer. Estaba sentada, callada, en el rincón, entre los baúles, en medio del crepúsculo, que caía lentamente—. Cuando uno está muerto, se le da mucha importancia, cuando vive, nadie se ocupa de uno —miró otra vez a la mujer—. ¿No quiere bajar? Debe haber algo así como una sala de lectura.

Ella negó con la cabeza.

—Puedo ir con usted. Un amigo mío vendrá aquí para arreglar el asunto con la Policía. El doctor Veber. Podemos esperarlo abajo.

—No. Quisiera quedarme aquí.

—No puede hacer nada más. ¿Por qué quiere quedarse aquí?

—No lo sé. Él... no estará ya por mucho tiempo aquí... Y yo estuve, a menudo... no era feliz conmigo. Me ausentaba a menudo. Ahora quiero quedarme.

Lo decía tranquilamente, sin sentimentalismos.

—Él ya no sabe nada de eso —observó Ravic.

—No es eso...

—Bueno. Entonces tomará algo. Lo necesita —Ravic no esperó la contestación. Tocó el timbre. El mozo apareció sorprendentemente pronto—. Traiga dos coñacs grandes.

—¿Aquí?

—Sí. ¿Adónde si no?

—Muy bien, señor.

El mozo trajo dos vasos y una botella de «Courvoisier». Miró hacia el rincón en donde la cama blanca despedía una tenue claridad en el crepúsculo.

—¿Debo encender la luz? —preguntó.

—No. Puede dejar aquí la botella.

El mozo colocó la bandeja sobre la mesa y desapareció, después de haber lanzado otra ojeada hacia la cama, tan rápidamente como había venido.

Ravic tomó la botella y llenó los vasos.

—Beba esto. Le hará bien.

Contaba con que la mujer se rehusaría y que tendría que persuadirla. Pero ella vació el vaso sin titubear.

—¿No hay algo más de importancia en los baúles que le pertenezca?

—No.

—¿Algo que quisiera usted conservar? ¿Que le sea útil? ¿No quiere revisar?

—No. No hay nada adentro. Lo sé.

—¿Tampoco en el baúl pequeño?

—Tal vez. No sé lo que contenía.

Ravic tomó la valija; la colocó sobre la mesa, cerca de la ventana, y la abrió. Algunos frascos, un poco de ropa limpia, algunas agendas, una caja de colores para acuarela, un pincel, un libro y, en compartimento lateral de la carpeta de lona, envueltos en papel de seda, dos billetes de Banco. Los examinó a contraluz.

—Aquí hay cien dólares —dijo—. Tómelos. Con ellos podrá vivir algún tiempo. La valija la pondremos junto con las suyas. Puede haberle pertenecido igualmente a usted.

—Gracias —repuso la mujer.

—Es posible que usted encuentre todo esto horrible ahora, pero es necesario hacerlo. Es importante para usted. Le da un poco de tiempo.

—No me parece horrible. Sólo que no habría podido hacerlo yo misma.

Ravic llenó nuevamente los vasos.

—Tome también esto.

La mujer bebió lentamente el suyo.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella lo miró.

—Ni mejor ni peor. Nada en absoluto.

Él la entreveía, sentada, borrosamente, en la oscuridad. La luz roja de los avisos luminosos se deslizaba fugazmente, cruzándole el rostro y las manos.

—No puedo pensar en nada —prosiguió ella— durante todo el tiempo en que el muerto esté aquí todavía.

Los dos enfermeros de la ambulancia apartaron la manta y arrimaron la camilla a la cama. Luego levantaron el cadáver. Lo hacían con rapidez rutinaria. Ravic estaba muy cerca de la mujer, por si se desmayaba. Antes que los hombres hubiesen cubierto el cuerpo, se inclinó y tomó la pequeña Virgen de madera de la mesa de luz.

—Supongo que esto le pertenece —dijo—. ¿No lo quiere?

—No.

Le entregó la figurilla. Ella no la tomó. Abrió entonces la pequeña valija y la colocó dentro.

Los enfermeros cubrieron el cadáver en un lienzo. Luego levantaron la camilla. La puerta era estrecha y el corredor no muy ancho. Trataron de pasar, pero era imposible. La camilla tropezaba.

—Tenemos que sacarlo —dijo el más viejo—. No podremos pasar por ese ángulo.

Miró a Ravic.

—Venga —dijo Ravic a la mujer—. Podemos esperar abajo.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Bien —dijo Ravic al enfermero—. Haga lo que sea necesario.

Los dos hombres alzaron el cadáver por los pies y los hombros y lo depositaron en el pavimento. Ravic quiso decir algo. Miró a la mujer. Ella no se movía. No habló. Los enfermeros llevaron afuera la camilla. Luego volvieron en medio del crepúsculo y sacaron el cuerpo al corredor tristemente iluminado. Ravic los siguió. Tuvieron que levantar muy alto el cadáver para pasar por la escalera. Sus rostros se congestionaron y se pusieron rojos y húmedos, bajo el peso, y el muerto se balanceaba pesadamente sobre ellos. Ravic los siguió con la mirada hasta que llegaron abajo. Luego regresó.

La mujer se hallaba cerca de la ventana y miraba hacia afuera. En la calle estaba el vehículo. Los ayudantes empujaron adentro la camilla como hace un panadero con su pan en el horno. Luego se colocaron en sus asientos; el motor rugió, como si alguien clamase desde abajo de la tierra, y el coche partió doblando la esquina con una cerrada curva.

La mujer se dio vuelta.

—Debía haberse ido antes —le dijo Ravic—. ¿Para qué tuvo que ver todavía esto último?

—Yo no podía, no podía irme antes que él. ¿No entiende usted eso?

—Sí. Venga. Beba otro vaso.

—No.

Veber había encendido la luz cuando entraron los hombres de la Policía y de la ambulancia. La habitación parecía ahora más grande desde que el cuerpo estaba ausente. Más grande y extrañamente muerta, como si el cuerpo se hubiese ido y hubiese quedado sólo la Muerte.

—¿Quiere quedarse en este hotel? ¿Seguro que no?

—No.

—¿Tiene conocidos aquí?

—No, nadie.

—¿Conoce algún hotel adonde quiera ir?

—No.

—Cerca de aquí hay un hotelito parecido a éste. Limpio y honesto. El «Hotel Milán». Podríamos encontrar allí algo para usted.

—¿No podría ir al hotel en donde... a su hotel?

—¿Al «International»?

—Sí. Yo... es que... yo lo conozco ya un poco... es mejor que otro completamente desconocido.

—El «International» no es un buen hotel para mujeres —dijo Ravic.

«No faltaba más que esto —pensó—. En el mismo hotel. No soy ningún enfermero.» Y luego... tal vez pensaría ella que él tenía ya alguna obligación. Era así.

—No puedo aconsejárselo —dijo él con mayor brusquedad de la que hubiera querido—. Está siempre repleto de refugiados. Es mejor que vaya al «Hotel Milán». Si no le agrada, podrá dejarlo en cualquier momento.

La mujer lo miró. Ravic tuvo la sensación de que ella sabía lo que él pensaba y se sintió avergonzado. Pero era mejor sentir vergüenza por un momento y tener más tarde toda su tranquilidad.

—Está bien —asintió ella—. Tiene usted razón.

Ravic hizo llevar el equipaje en un taxi. El «Hotel Milán» distaba sólo pocos minutos. Alquiló una habitación y subió con la mujer. Era una pieza en el segundo piso, con el empapelado con guirrnaldas de rosas, cama, ropero, mesa y dos sillas.

—¿Es suficiente? —le preguntó.

—Sí. Está muy bien.

Ravic examinó el empapelado, era horroroso.

—De todas maneras parece que es claro —dijo—, claro y limpio.

—Sí.

El equipaje fue llevado arriba.

—Así, ahora tiene aquí todo.

—Sí, gracias. Muchas gracias.

La mujer se sentó en la cama. Su rostro estaba pálido y desolado.

—Debería irse a dormir. ¿Cree que podrá?

—Trataré de hacerlo.

Ravic sacó de su bolsillo un tubito de aluminio y tomó de él algunas pastillas.

—Aquí tiene algo para dormir. Tómelas con un vaso de agua. ¿Lo quiere ahora?

—No, más tarde.

—Bien. Ahora me iré. En los próximos días preguntaré por usted. Trate de dormir cuanto antes. Aquí tiene la dirección de la empresa de Pompas Fúnebres, por si queda todavía alguna diligencia que hacer. Pero no vaya allí. Piense en sí misma. Preguntaré por usted.

Ravic vaciló un momento.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Madou. Jeanne Madou.

—Jeanne Madou. Bien. Lo recordaré.

Sabía que no lo recordaría y que no preguntaría por ella. Pero, puesto que lo sabía, quería salvar las apariencias.

—Será mejor que lo anote —dijo, y sacó un recetario del bolsillo interior—. Aquí, ¿no prefiere escribirlo usted misma? Así es más sencillo.

La mujer tomó el recetario y escribió su nombre.

Ravic echó una mirada, arrancó la hoja y la guardó en el bolsillo del sobretodo.

—Váyase a dormir en seguida —dijo—. Mañana todo aparecerá distinto. Parece tonto y vulgar, pero es así. Todo lo que necesita usted, por ahora, es dormir y un poco de tiempo. Algún tiempo que usted deberá superar. ¿Sabe usted?

—Sí, lo sé.

—Tome dos comprimidos y duerma.

—Sí. Gracias, gracias por todo... No sé qué hubiera hecho sin usted. No lo sé... De veras.

Le tendió la mano. Estaba fría, pero tenía una presión firme. «Bueno —pensó Ravic—. Algo así como una decisión; ya está aquí.»

Salió a la calle. Aspiró el aire, que era húmedo y suave. Automóviles, gentío, dos prostitutas tempraneras en las esquinas. *Brasseries, bistros*, olor a tabaco, a aperitivos y a gasolina, vida fluctuante y apresurada. ¡Qué dulce podía ser, si se la tomaba a la ligera! Levantó la mirada hacia la fachada del edificio. Algunas ventanas iluminadas. Sacó del bolsillo el papelito con el nombre, lo hizo pedazos y lo tiró. Olvidado. ¡Qué palabra llena de horror, de alivio y de fantasmagoría! ¿Quién podía vivir sin olvidar? Pero, ¿quién podía olvidar suficientemente? Las escorias del recuerdo que desgarran el corazón. Sólo cuando ya nada por qué vivir se posee, se es libre.

Se dirigió hacia la Étoile. Una gran muchedumbre llenaba la plaza. Detrás del Arco de Triunfo estaban los reflectores. Iluminaban la Tumba del Soldado Desconocido. Una gigantesca bandera azul, blanca y roja, ondeaba al viento. Era el vigésimo aniversario del armisticio de 1918.

El cielo estaba cubierto y los haces de luz de los reflectores reflejaban la sombra de la bandera, amortiguada, imprecisa y desgarrada, sobre las nubes peregrinas. Daba la impresión de que allí se sumergía un estandarte desgarrado, en la oscuridad que se hacía paulatinamente más profunda. Una banda militar tocaba en alguna parte. Resonaba tenue y metálica. La muchedumbre permanecía silenciosa.

—Armisticio —dijo una mujer junto a Ravic—. Mi esposo cayó en la última guerra. Ahora le tocará a mi hijo. ¡Armisticio! ¡Quién sabe qué va a suceder aún...!

El gráfico de la temperatura, dispuesto sobre la cama, era nuevo y estaba en blanco. En él había solamente un nombre: Lucienne Martinet, Butte Chaumont, calle Clavel. La joven yacía pálida entre las almohadas. Había sido operada la noche anterior. Ravic auscultó atentamente el corazón. Luego se irguió:

—Mejor —declaró—. La transfusión de sangre ha producido un pequeño milagro. Si resiste hasta mañana, tendrá una posibilidad.

—Bien —dijo Veber a su vez—. Lo felicito. No lo esperaba. Ciento cuarenta de pulso y ochenta de presión arterial; cafeína, coramina... muy poco le faltaba...

Ravic se encogió de hombros.

—No hay por qué felicitarle. Llegó antes que la otra. Aquélla con la cadena de oro alrededor del tobillo. Eso es todo.

Cubrió a la enferma.

—Éste es el segundo caso en una semana. Si sigue así, esta casa se transformará en la clínica de los abortos estropeados en la Butte Chaumont. ¿No vendría la otra también de allí?

Veber contestó afirmativamente.

—Sí, y de la calle Clavel también. Probablemente se conocían y fueron las dos a casa de la misma partera. Hasta llegó de noche y a la misma hora, como la otra. Por suerte lo encontré a usted en el hotel. Pensé que no estaría allí.

Ravic lo miró.

—Cuando uno vive en el hotel, es frecuente que no esté en él de noche, Veber; las habitaciones de hotel, en noviembre, no son particularmente consoladoras.

—Me lo figuro. Pero, ¿por qué vive usted todavía en un hotel?

—Es cómodo e impersonal. Se está solo y no se está solo.

—¿Es eso lo que usted quiere?

—Pero puede conseguirlo igualmente de otra manera. Si alquila un pequeño apartamento tiene lo mismo.

—Es posible.

Ravic se inclinó nuevamente hacia la paciente.

—¿No le parece a usted también, Eugénie? —preguntó Veber.

La asistente levantó la vista.

—El señor Ravic no lo hará nunca —contestó fríamente.

—El doctor Ravic, Eugénie —corrigió Veber—. Ya se lo he dicho cien veces. El doctor era cirujano jefe de un gran hospital en Alemania. Mucho más que yo.

—Aquí... —empezó la enfermera, y se ajustó los anteojos.

Veber le hizo rápidamente señas de que callase.

—¡Bien, bien! Todo eso lo sabemos. Aquí el Estado no reconoce los títulos obtenidos en el exterior. ¡Bastante idiotas! Pero ¿por qué sabe usted, con tanta seguridad, que no tomará ningún apartamento?

—El señor Ravic es un hombre perdido; nunca fundará un hogar.

—¿Qué? —preguntó Veber estupefacto—. ¿Qué ha dicho usted?

—Para el señor Ravic no hay ya nada que sea sagrado. Éste es el motivo.

—¡Muy bien! —dijo Ravic desde el lecho de la enferma.

—¿Habrás oído algo semejante alguna vez?

Veber miró atónito a Eugénie.

—Pregúnteselo usted mismo, doctor Veber.

Ravic se incorporó.

—Ha dado usted en el blanco, Eugénie. Pero, cuando para uno ya no hay nada sagrado, todo vuelve a serlo otra vez, pero en forma más humana. Se venera la llama de vida que se agita hasta en una luciérnaga y la empuja, de vez en cuando, hacia la luz. No lo tome como comparación.

—Usted no puede tocarme. Usted no tiene religión.

Eugénie se alisó enérgicamente la bata sobre el pecho.

—Gracias a Dios, yo tengo mi religión.

Ravic tomó su sobretodo.

—La religión fácilmente hace fanáticos a los hombres, por esto todas las religiones han costado tanta sangre—rió sarcásticamente—. La tolerancia es hija de la duda, Eugénie. ¿No es usted misma, y con toda su religión, mucho más agresiva para conmigo, de lo que yo, ateo perdido, lo soy para usted?

Veber rió.

—Tiene su merecido, Eugénie. ¡No conteste! Será siempre peor.

—Mi dignidad de mujer...

—Está bien —la interrumpió Veber—. Quédese con ella... Eso está siempre bien. Pero ahora, tengo que irme. Tengo todavía algo que hacer en mi escritorio. Venga, Ravic. Buenos días, Eugénie.

—Buenos días, doctor Veber.

—Buenos días, enfermera Eugénie —dijo Ravic.

—Buenos días —contestó Eugénie haciendo un esfuerzo y sólo después que Veber le hubo dirigido una mirada.

El despacho de Veber estaba repleto de muebles de época Imperio. Blanco, dorado, frágil. Sobre el escritorio, colgaban de la pared fotografías de su casa y de su jardín. Contra la pared más larga había una ancha y moderna *chaise longue*. Veber dormía allí cuando tenía que quedarse, algunas veces, toda la noche. El sanatorio era de su propiedad.

—¿Qué quiere tomar, Ravic? ¿Coñac o «Dubonnet»?

—Café, si aún queda.

—Naturalmente.

Veber colocó la máquina para preparar el café sobre el escritorio y enchufó el aparato. Luego se volvió hacia Ravic:

—¿Podría sustituirme esta tarde en el «Osiris»?

—Por supuesto.

—¿No es molestia?

—En lo más mínimo. No tengo ningún compromiso.

—Bien. Entonces no necesito volver expresamente. Podré trabajar en el jardín. Se lo hubiera pedido a Fauchon, pero está de vacaciones.

—No se preocupe —dijo Ravic—. Lo hice ya muchas otras veces.

—Es verdad. Sin embargo...

—Sin embargo, ya no hay nada más, hoy. Nada más, para mí.

—Sí, es bastante idiota que un hombre de su saber no pueda trabajar aquí oficialmente y tenga que ocultarse y hacer de cirujano clandestino.

—¡Pero, Veber! Ésta es ya una vieja historia. Es lo que les ocurre a todos los médicos que han huido de Alemania.

—Sin embargo, es ridículo. Usted lleva a cabo las operaciones más difíciles para Durant, y él se está creando un gran prestigio con ellas.

—Mayor prestigio que si las efectuara él mismo.

Veber se rió.

—No debiera ser yo quien hable. Usted hace también las mías, pero, al fin y al cabo, yo soy ante todo ginecólogo y no especialista en cirugía.

La máquina de café empezó a silbar. Veber la desconchufó. Buscó las tacitas. Sacó el café de un armario y lo echó dentro de la máquina.

—No entiendo una cosa, Ravic —dijo—. Por qué, realmente, vive usted todavía en esa cueva, el «International». ¿Por qué no alquila uno de esos pisos modernos, en las cercanías del Bois? Puede adquirir algunos muebles a poco precio en cualquier parte. Así, por lo menos, sabría usted lo que tendría.

—Sí —repuso Ravic—. Entonces sabría lo que tendría.

—Y entonces, ¿por qué no lo hace?

Ravic bebió un sorbo de café. Era amargo y muy fuerte.

—Veber —contestó—, usted es un magnífico ejemplar de la enfermedad de nuestro tiempo: la comodidad en el pensar. De un solo tirón usted deplora que yo tenga que trabajar aquí ilegalmente y, al mismo tiempo, me pregunta por qué no alquilo un apartamento.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Ravic sonrió con indulgencia.

—Si tomo un apartamento tengo que notificárselo a la Policía. Y para ello se necesita un pasaporte y un visado.

—Es cierto. No había pensado en eso. ¿Y en el hotel?

—Allí también. Pero hay, gracias a Dios, algunos hoteles en París en los que las cosas no se toman con tanto rigor —Ravic echó un poco de coñac en el café—. Uno de ellos es el «International». Por eso vivo allí. Cómo se las arregla la patrona, no sé. Tendrá buenas relaciones. La Policía, o no lo sabe efectivamente o está «untada». Como quiera que sea, estoy viviendo allí desde hace bastante tiempo sin ser molestado.

Veber se reclinó en el respaldo de su asiento.

—Ravic —dijo—, no sabía esto. Yo pensaba sólo que usted únicamente no podía trabajar aquí. ¡Es una maldita situación la suya, por cierto!

—Es un paraíso en comparación con un campo de concentración alemán.

—¿Y la Policía? ¿Sí, a pesar de todo, se presenta?

—Si nos pesca, hay un par de semanas de cárcel y expulsión del país. Generalmente a Suiza. En caso de reincidencia, seis meses de cárcel.

—¿Qué?

—Seis meses —repetió Ravic.

Veber lo miró aterrado.

—¡Pero eso no es posible! ¡Es inhumano!

—Yo también lo creía, hasta que lo comprobé.

—¿Cómo lo comprobó? ¿Ya le sucedió eso una vez?

—No una. Tres veces. Igual que a centenares de otros. Al principio, cuando yo no sabía todavía nada de eso y confiaba en la llamada Humanidad. Antes de ir a España, donde no necesitaba pasaporte y donde recibí una segunda lección de Humanidad, por parte de los aviadores alemanes e italianos. Más tarde, cuando volví aquí, estaba, naturalmente, al tanto.

Veber se levantó.

—¡Pero, por amor de cielo...! —calculó—. Entonces usted ha estado más de un año en prisión, y por nada.

—No tanto. Sólo dos meses.

—¿Cómo? ¿No dijo usted que en caso de reincidencia eran seis meses?

Ravic sonrió.

—No hay tal reincidencia cuando se tiene experiencia. Si uno es expulsado bajo un nombre, vuelve sencillamente con otro. Y, a lo mejor, por otro punto de la frontera. Así se evita eso. Como no tenemos documentos, esto se puede comprobar solamente cuando alguien nos reconoce personalmente. Pero es muy raro. Ravic es ya mi tercer nombre. Lo llevo desde hace casi dos años. Nada me ha ocurrido desde entonces. Parece que me trae suerte. Cada día lo quiero más. Mi nombre verdadero casi lo he olvidado.

Veber movió la cabeza.

—¡Y todo esto sólo porque usted no es nazi!

—Naturalmente. Los nazis tienen documentos de primera. Y con todos los visados que quieran.

—¡Lindo mundo en que vivimos! ¡Y el Gobierno, que no hace nada!

—El Gobierno tiene varios millones de desocupados por quienes debe preocuparse primero. Por otra parte esto no sucede así sólo en Francia. En todos lados es igual. —Ravic se levantó—. Adiós, Veber. Volveré dentro de dos horas por esa joven. Y durante la noche otra vez.

—Escuche, Ravic —le dijo—, venga alguna vez, de noche, a mi casa, afuera. A cenar.

—Seguramente. —Ravic sabía que no iría—. Más adelante. Adiós, Veber.

—Adiós, Ravic. Y venga pronto.

Ravic se metió en la taberna más cercana. Se sentó delante de un ventanal, para poder mirar hacia la calle. Le gustaba eso... Estar sentado, sin pensar en nada, y ver pasar a la gente. París era la ciudad en la que, con nada, se podía pasar mejor el tiempo.

Él mozo limpió la mesita y esperó.

—Un pernod —dijo Ravic.

—¿Con agua, señor?

—No. ¡Espere...! —Ravic vaciló un instante—. No me traiga pernod.

Había algo que debía borrar. Algo, de sabor amargo. Para eso, el anís dulce no era bastante fuerte.

—Un calvados —dijo al mozo—. Un calvados doble.

—Bien, señor.

Era la invitación de Veber. Ese rasgo de piedad. La piedad de hacer pasar a alguien una noche en familia. Los franceses invitaban raramente a alguien a su casa; preferían despacharlo en algún restaurante. Nunca había ido a casa de Veber. La intención era buena, pero difícil de soportar. Contra las ofensas uno podía defenderse, pero contra la piedad, no.

Bebió un sorbo de licor. ¿Por qué había explicado a Veber la razón por la cual vivía en el «Hotel International»? No tenía por qué haberlo hecho. Veber sabía lo que debía saber. Ravic no tenía derechos para efectuar operaciones. Esto era suficiente. Que siguiera trabajando con él, era asunto suyo. Ganaba con ellas y podía aceptar enfermos que él mismo no se habría sentido capaz de operar. Nadie estaba enterado de nada, solamente él y la enfermera, y ésta sabía guardar el secreto. Con Durant era lo mismo. Sólo más ceremonioso. Cuando éste tenía alguna operación, se quedaba al lado del enfermo hasta que estaba narcotizado. Sólo entonces entraba Ravic y operaba, siendo para ello Durant demasiado viejo ya, e incapaz. Cuando el enfermo se despertaba, más tarde, aparecía Durant nuevamente al lado de su cama, cual satisfecho operador. Ravic veía al enfermo solamente tapado; conocía de él únicamente la porción angosta y marrón marcada por el yodo, que quedaba al descubierto para la operación. A menudo ni siquiera sabía a quién operaba. Durant daba el diagnóstico y él empezaba a cortar. Pagaba a Ravic menos del diez por ciento de lo que recibía por cada operación. Ravic no tenía nada en contra de esto. Era siempre mejor que no operar. Con Veber trabajaba con mayor camaradería. Veber le pagaba la cuarta parte. Eso era *fair*.

Ravic miró a través de la ventana. ¿Y además? No era mucho lo que le había quedado. Vivía y eso era suficiente. No tenía interés, en una época en la que todo se tambaleaba, en edificar algo que estaba destinado a desmoronarse en breve. Mejor era seguir adelante y no desperdiciar las fuerzas, que eran lo único irremplazable. Sobrevivir. Lo era todo mientras no fuese visible alguna meta. Cuanto menos fuerzas gastara para eso, tanto mejor. Las conservaba para después.

Querer reconstruir siempre, nuevamente, como una hormiga, una existencia burguesa, en un siglo que se derrumba, era empeño en el que había visto fracasar a muchos. Y era, al mismo tiempo, algo conmovedor y heroico, ridículo... e inútil. Agotaba. Es imposible detener un alud cuando ha empezado a rodar. Quien lo intentaba, sucumbía. Era mejor esperar, y, después, desenterrar a los sepultados. Cuando se tiene que marchar mucho, conviene llevar un equipaje ligero. En la fuga también...

Ravic miró el reloj. Era hora de ir a ver a Lucienne Martinet. Y después, al «Osiris».

Las prostitutas del «Osiris» ya estaban esperando. Aunque el médico oficial las revisaba con regularidad, la dueña no lo consideraba suficiente. No podía permitir que nadie se contagiara en su local; por eso había hecho un convenio con Veber, según el cual las muchachas serían revisadas una vez más, particularmente, cada jueves. Algunas veces Ravic lo reemplazaba.

La patrona había instalado y equipado una habitación para la revisión médica en el primer piso. Estaba orgullosa porque en su establecimiento, desde hacía más de un año, ninguno de sus clientes se había contagiado; pero, en cambio, y a pesar de todas las precauciones, diecisiete clientes habían traído enfermedades venéreas.

Rolande, la encargada, trajo para Ravic una botella de brandy y un vaso.

—Creo que Marthe tiene algo —dijo.

—Bien; la revisaré minuciosamente.

—No la dejé trabajar más ayer. Naturalmente, lo niega. Pero su ropa interior...

—Bien, Rolande.

Las mujeres entraron una tras otra, en camisa. Ravic las conocía a casi todas, sólo había dos nuevas.

—A mí no necesita revisarme, doctor —dijo Leonie, una gascona pelirroja.

—¿Por qué no?

—Ningún cliente en toda la semana.

—¿Qué dice la *madame* a eso?

—Nada. Hice una cantidad de botellas de champaña. Siete por noche. Tres comerciantes de Toulouse. Casados. Cada uno de ellos tenía miedo de que, si iba conmigo, los otros hablarían en casa del asunto. Por eso bebían; cada uno pensaba que quedaría último. —Leonie reía, rascándose perezosamente—. El que quedó último, ya no podía ni siquiera levantarse.

—Está bien. Pero igualmente tengo que revisarla.

—¡Por mí...! ¿Tiene un cigarrillo, doctor?

—Sí. Tome.

Ravic preparó el extendido y lo coloreó. Después colocó el vidrio en el microscopio.

—¿Sabe lo que no entiendo? —preguntó Leonie mientras Ravic examinaba el vidrio.

—¿Qué?

—Que usted, después de hacer estas cosas, tenga todavía ganas de acostarse con una mujer.

—Eso tampoco lo entiendo yo. Está bien. ¿Quién sigue ahora?

—Marthe.

Marthe era pálida, delgada y rubia. Tenía un rostro de ángel de Botticelli, pero hablaba el argot de la calle Blondel.

—No tengo nada, doctor.

—Muy bien. Vamos a ver.

—Pero, realmente, no tengo nada.

—Mejor así.

Rolande entró de improviso en la habitación. Miró a Marthe. La muchacha no dijo nada más. Intranquila, miró a Ravic. Éste la examinó minuciosamente.

—Pero no hay nada, doctor. Usted sabe bien cuán prudente soy.

Ravic no contestó. La muchacha siguió hablando... tartamudeó y empezó de nuevo. Ravic preparó el extendido y lo examinó.

—Está enferma, Marthe —dijo.

—¿Qué? —se puso de pie de un salto—. ¡No puede ser!

—Es así.

Lo miró. Y, en seguida, prorrumpió en un cúmulo de blasfemias y maldiciones.

—¡Ese puerco! ¡Ese maldito puerco! ¡Desde el principio no le tenía confianza a ese canalla! Era estudiante, me dijo, y debía saberlo. Estudiante de medicina. ¡Canalla!

—¿Por qué no puso atención?

—¡Sí puse atención! Pero fue tan rápido... y él dijo que como estudiante...

Ravic inclinó la cabeza. Lo de siempre... un estudiante de medicina; se había enfermado de blenorragia, él mismo se había curado. Después de dos semanas se había dado por sano, sin efectuar la reacción.

—¿Cuánto tiempo durará, doctor?

—Seis semanas. —Ravic sabía que duraría más.

—¿Seis semanas? ¿Seis semanas sin ganar? ¿En el hospital? ¿Tengo que ir al hospital?

—Vamos a ver. Quizá podamos curarla más tarde en casa, si promete...

—¡Prometo todo! ¡Todo! ¡Pero no en el hospital!

—Primero tendrá que ir allí. De otro modo no es posible.

La muchacha miró fijamente a Ravic. El hospital era temido por todas las prostitutas. La vigilancia era allí muy severa. Era imposible, de otro modo. En casa, a pesar de todas las promesas, después de algunos días saldrían en busca de hombres, para ganar algo, y los contagiarían.

—Madame paga los gastos —dijo Ravic.

—¡Pero yo! ¡Yo! Seis semanas sin ganancia. Y me acabo de comprar un zorro plateado a pagar en mensualidades. Vence el plazo y lo pierdo todo.

Lloraba.

—Ven, Marthe —dijo Rolande.

—¡No me volverán a tomar! ¡Yo lo sé! —Marthe sollozaba más fuerte—. ¡No me volverán a tomar después! ¡Nunca lo hacen! Y tendré que ir a la calle. ¡Y todo por ese canalla de perro...!

—Volveremos a tomarte. Eres un buen negocio. Los clientes te quieren.

—¿De veras? —Marthe levantó los ojos.

—Naturalmente. Y ahora, ven.

Marthe salió con Rolande. Ravic la siguió con la mirada. No volvería. Madame era demasiado prudente. La próxima etapa serían, probablemente, los burdeles baratos de la calle Blondel. Después la calle; luego la cocaína, el hospital, la venta de flores o cigarrillos. O, si tenía suerte, un fulano que la pegaría, la explotaría y, más tarde, la echaría.

El comedor del «Hotel Intérmontal» estaba en el sótano. Los parroquianos lo llamaban, por ese motivo, la «catacumba». Durante el día recibía una tétrica luz que penetraba a través de gruesos vidrios opacos, que formaban el pavimento del patio; en invierno tenía que estar iluminado con luz eléctrica todo el día. La sala era al mismo tiempo escritorio, vestíbulo, salón de fumar, lugar de reunión y refugio de los emigrados que no tenían documentos; pues cuando la Policía efectuaba alguna investigación podían escapar pasando por esta sala al otro lado del patio, a un garaje, y de allí a la calle del fondo.

Ravic estaba sentado con Boris Morosow, el portero del club nocturno, en un rincón de la «catacumba», llamada por la dueña «la sala de las palmas»; una palma entristecida dentro de una maceta de mayólica, sobre una mesita de patas muy finas, pasaba allí su vida. Morosow vivía en París desde hacía quince años. Era refugiado de la primera guerra mundial, y uno de los pocos rusos que no pretendía haber servido en algún regimiento de la Guardia y no hablaba de su aristocrática familia.

Estaban jugando al ajedrez. La «catacumba» estaba vacía, exceptuando una mesa, ante la cual se hallaban sentadas algunas personas que bebían y hablaban fuerte, pronunciando brindis a cada momento.

Morosow miró fastidiado en derredor.

—¿Puedes explicarme, Ravic, por qué hay tanto barullo esta noche aquí? ¿Por qué no se van a dormir esos emigrados?

Ravic se rió.

—Esos emigrados que están en aquel rincón no me interesan. Esa es la sección fascista del hotel.

—¿España? ¿Tú también estuviste allí?

—Sí; pero en el otro bando. Además, como médico. Esos son monárquicos españoles disfrazados de fascistas. Es el resto de la compañía. Los otros ya hace mucho tiempo que están del otro lado. Éstos no podían decidirse aún.

Morosow alineó sus piezas.

—Entonces están festejando probablemente el triunfo de las ametralladoras italianas y alemanas. Nunca había visto a estos tipos por aquí.

—Hace años que están. No los ves porque no comes aquí.

—¿Y tú, comes?

—No.

Morosow se rió irónicamente.

—Está bien —dijo—. Renuncio a mi segunda pregunta y a tu contestación, la que ciertamente sería ofensiva. Por mí, pueden haber nacido en este cuchitril. Pero que hablen más despacio. ¡Aquí va el bueno y viejo gambito de reina!

Ravic movió el peón de enfrente. Jugaron las primeras salidas rápidamente. Morosow empezó a meditar.

—Aquí hay una variante de Alekhine.

Uno de los españoles se les acercó. Era un hombre con ojos muy juntos. Se detuvo cerca de la mesa. Morosow lo miró con desconfianza. El español no se mantenía muy derecho.

—Caballeros —dijo amablemente—, el coronel Gómez los invita a tomar con él una copa de vino.

—Señor mío —contestó Morosow, también amablemente—, estamos jugando justamente una partida de ajedrez para el campeonato del *XVII Arrondissement*. Se lo agradecemos sinceramente, pero no podemos aceptar.

El español no pestañeó. Se dirigió a Ravic con la solemnidad que habría empleado de hallarse en la corte de Felipe II.

—Usted hizo, hace algún tiempo, un favor al coronel Gómez. El coronel Gómez desearía, por lo tanto, antes de emprender viaje, tomar una copa con usted.

—Mi compañero —contestó Ravic con igual solemnidad— le ha explicado ya que debemos jugar hoy esta partida. Agradezca usted al coronel Gómez la invitación. Lo siento muchísimo.

El español se inclinó y regresó a su sitio. Morosow sonreía.

—Tal como los rusos en los primeros años. Se aferraban a sus títulos y a sus modales como a un cinturón salvavidas. ¿Qué favor le hiciste a ese hotentote?

—Le prescribí una vez una purga. Los pueblos latinos dan mucha importancia a la buena digestión.

—¡No está mal! —Morosow guiñó un ojo—. La vieja debilidad de la democracia. Un fascista, en idéntica situación, habría dado arsénico a un demócrata.

El español volvió.

—Soy el teniente Navarro —explicó con la seriedad de quien ha bebido demasiado y no lo sabe—. Soy el ayudante del coronel Gómez. El coronel abandona París esta noche. Va a España para unirse al glorioso ejército del Generalísimo Franco. Por tal motivo desearía brindar con usted por la libertad de España y por su Ejército.

—Teniente Navarro —dijo Ravic secamente—, yo no soy español.

—Lo sabemos. Usted es alemán —una sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios—. Éste es precisamente el motivo del deseo del coronel Gómez. Alemania y España son amigas.

Ravic miró a Morosow. La ironía de la situación era grande. Los labios de Morosow se contrajeron.

Teniente Navarro —dijo—, lamento tener que insistir en terminar esta partida. Los resultados deben ser comunicados telegráficamente esta misma noche a Nueva York y a Calcuta.

—Caballero —repuso Navarro fríamente—, esperábamos que usted rehusaría. Rusia es enemiga de España. La invitación se refería solamente al doctor Ravic. Lo invitábamos a usted también porque está con él.

Morosow colocó un caballo, que acababa de ganar, sobre su gigantesca y lisa mano, y miró a RaVic.

—¿No te parece que ya está bien?

—Sí. —Ravic se dio vuelta—. Yo creo que lo más conveniente es que usted se retire, joven. Está ofendiendo al coronel Morosow, que es enemigo de los soviets, y sin razón alguna.

Se inclinó, sin esperar contestación, sobre el tablero de ajedrez. Navarro permaneció un instante indeciso. Luego se marchó.

—Está ebrio y por tanto, como muchos latinos, no tiene humor —dijo Ravic—. Pero no es motivo para que nosotros no lo tengamos. Es por eso que acabo de ascenderle a coronel. Por lo que sé, no eras más que simple teniente. Me pareció insostenible que no tuvieras el mismo grado que ese Gómez.

—No hables más, viejo. Por culpa de esta interrupción has estropeado la variante de Alekhine. Ese afil me parece que está perdido. —Morosow alzó los ojos—. ¡Dios mío! Ahí viene otro. Será otro ayudante. ¡Qué gente!

—Es el coronel Gómez en persona. —Ravic se retrepó cómodamente en su asiento—. Esta va a ser una discusión entre dos coroneles.

—Muy breve, hijo mío.

El coronel resultó ser aún más formalista que Navarro. Se disculpó ante Morosow por la torpeza de su ayudante. Las excusas fueron aceptadas. Gómez, ahora que todas las dificultades habían sido salvadas, invitó ceremonioso en extremo, en señal de reconciliación, a que se tomara una copa. Esta vez Ravic rehusó.

—Pero, como aliado alemán... —el coronel se hallaba visiblemente confundido.

—Coronel Gómez —dijo Ravic, que ya empezaba a impacientarse—, dejemos las cosas como están. Brinde usted por quien quiera mientras yo juego al ajedrez.

El coronel trató de reflexionar.

—Entonces usted es un...

—Es mejor que usted no diga nada —lo interrumpió Morosow—. Eso sólo nos conduciría a discusiones.

Gómez estaba cada vez más confundido.

—Pero usted, como ruso blanco y oficial zarista, debería ser sin embargo contrario a...

—No debemos nada... Somos criaturas muy anticuadas. Tenemos opiniones políticas diferentes, y a pesar de ello no nos rompemos los cráneos.

Finalmente, Gómez empezó a comprender.

—Ya veo —declaró con tono cortante—: afeminados, democráticos...

—Querido —dijo Morosow de repente amenazador—, ¡lárguese! Hace años que debía haber desaparecido. A España. A pelear. Adiós.

Se levantó. Gómez dio un paso atrás. Miró desconcertado a Morosow. Luego se dio vuelta bruscamente y volvió a su mesa. Morosow se sentó de nuevo. Suspiró y tocó el timbre, para llamar a la sirvienta.

—Traiga dos calvados, Clarisse.

Clarisse inclinó la cabeza afirmativamente y desapareció.

—¡Valientes almas de soldados! —Ravic rió—. Intelecto simple y conceptos complicados del honor. Eso trae dificultades en la vida cuando se está borracho.

—Ya lo veo. Ahí viene otro. ¡Pero ésta es una procesión! ¿Quién será ahora?

Era Navarro. Se detuvo a dos pasos de la mesa y se dirigió a Morosow.

—El coronel Gómez lamenta no poder enviarle su desafío. Debe salir de París esta noche. Además, su misión es demasiado importante y no puede tener dificultades con la Policía —se dirigió a Ravic—. El coronel Gómez le adeuda todavía sus honorarios por su consulta.

Tiró sobre la mesa un billete de cinco francos doblado, y se disponía a volverse cuando Morosow lo detuvo:

—Un momento. —Clarisse estaba precisamente a su lado, con la bandeja. Tomó un vaso de calvados, lo miró brevemente, movió la cabeza y volvió a dejarlo. Luego tomó vino de los vasos de agua de la bandeja y arrojó su contenido a la cara de Navarro—. Esto para que se despeje —declaró con tranquilidad—. Y tome nota, para lo sucesivo, de que el dinero no se le tira a nadie. ¡Y ahora váyase, idiota, hombre de la Edad Media!

Navarro quedó sorprendido. Se secó el rostro. Los otros españoles se acercaron. Eran cuatro. Morosow se levantó lentamente. Sobrepassaba a los españoles por más de una cabeza. Ravic se quedó sentado. Observaba a Gómez.

—No hagan el ridículo —dijo—. Ninguno de ustedes está en sus cabales. En pocos minutos se hallarían aquí desparramados por tierra, con los huesos rotos. Y aunque estuvieran en su juicio, no tienen mayores probabilidades —se puso de pie, tomó rápidamente a Navarro por los codos, lo levantó, lo hizo dar vuelta y lo colocó en el suelo tan cerca de Gómez que éste tuvo que apartarse—. Y ahora, déjennos en paz. No los hemos provocado para que nos molestaran. —Tomó el billete de cinco francos de la mesa y lo puso sobre la bandeja—. Esto es para usted Clarisse. De parte de estos señores.

—Es la primera vez que recibo algo de éstos —declaró Clarisse—. Gracias.

Gómez murmuró algo en español. Los cinco se volvieron, dirigiéndose de nuevo a su mesa.

—¡Qué lástima! —se lamentó Morosow—. Les hubiera dado gustoso una buena tunda a esos hermanitos. Por desgracia no pude hacerlo por ti, expósito fuera de la ley. ¿No deploras nunca no poder hacerlo?

—No con ellos. Hay otros a quienes quisiera agarrar.

Se oyeron desde la mesa del rincón algunas palabras en español. Los cinco se levantaron. Un triple «¡Viva!» resonó. Las copas fueron depositadas con gran estrépito sobre la mesa y el grupo abandonó marcialmente el local.

—Por poco no le arrojé a la cara este buen calvados. —Morosow tomó el vaso y lo vació de un trago—. ¿Fuimos nosotros también, alguna vez, tan idiotas?

—Sí —dijo Ravic.

Jugaron durante casi una hora. Al fin Morosow levantó la vista.

—Ahí viene Charles —dijo—. Parece que tiene que decirte algo.

Ravic miró. El muchacho de la portería se acercó. Llevaba un paquete en la mano.

—Han entregado esto para usted.

—¿Para mí?

Ravic observó el paquete. Era pequeño; estaba envuelto en papel fino blanco y atado con una cinta de seda. No llevaba dirección escrita.

—No espero ningún paquete. Será una equivocación. ¿Quién lo trajo?

—Una mujer... una señora... —balbuceó el botones.

—¿Una mujer o una señora? —preguntó Morosow.

—Bueno... una cosa intermedia...

Morosow sonrió.

—Bastante agudeza.

—No hay nombre. ¿Dijo que era para mí?

—En realidad, no. No dijo su nombre. Dijo: «Para el doctor que vive aquí.» Y... usted ya conoce a esa señora.

—¿Dijo eso ella?

—No —exclamó el muchacho—. Pero la otra noche vino con usted.

—Charles, de vez en cuando vienen algunas señoras conmigo. Sin embargo, deberías saber que la discreción es la primera virtud de un empleado de hotel. La indiscreción está permitida sólo a los caballeros del gran mundo.

—Es hora de que abras el paquete, Ravic —dijo Morosow—. Aunque no sea para ti. Cosas peores hemos hecho en nuestra lamentable vida.

Ravic se echó a reír y lo abrió. Apareció un pequeño objeto. Era la Virgencita de madera que estaba en la habitación de aquella mujer. Reflexionó... ¿Cómo se llamaba...? ¿Magdeleine...? Mad... Lo había olvidado. Un nombre así, o parecido. Buscó en el papel de seda. No había ninguna indicación.

—Bien —dijo al muchacho—, está bien.

Colocó la figurilla sobre la mesa. Resaltaba extrañamente entre las piezas del ajedrez.

—¿Rusa? —preguntó Morosow.

Ravic notó que el rojo del lápiz para labios había sido limpiado.

—¿Qué haré ahora con esto?

—Ponlo en algún sitio. Muchas cosas pueden ponerse en algún sitio. En el mundo hay lugar para todo. Menos para la gente.

—Habrán dado sepultura al hombre.

—¿Es ésa? —Sí.

—¿Volviste a interesarte por ella?

—No.

—¡Qué raro! —exclamó Morosow—. Siempre que pensamos haber hecho algo bueno por alguien, lo abandonamos precisamente cuando le hacemos más falta.

—Yo no soy una institución de beneficencia, Boris. He visto cosas peores que ésta, y no he hecho nada. ¿Por qué tendría que hacerle falta ahora a ella?

—Porque en este momento ella está verdaderamente sola. Hasta ahora estuvo presente, siempre, el hombre, aunque hubiese muerto. Estaba sobre la tierra. Pero ahora está enterrado... ha desaparecido— no está más. Eso es lo que significa la Virgencita; no es un agradecimiento; es una llamada de socorro.

—Dormí con ella —dijo Ravic— sin saber lo que le había ocurrido. Quiero olvidarlo.

—¡Qué absurdo! Ésa... es la cosa menos importante del mundo, mientras no sea amor. Conocí a una mujer que decía que era más fácil dormir con un hombre que llamarlo por su nombre. —Morosow se inclinó. Su cráneo grande y calvo brillaba bajo la luz—. Voy a decirte algo, Ravic. Debemos ser amables mientras podamos y hasta cuando nos sea dado hacerlo... porque en el curso de nuestra vida, de sobra cometeremos acciones que se pueden calificar como delitos. Yo, por lo menos... y tal vez tú también. —Sí.

Morosow pasó un brazo alrededor de la raquítica palmera, que se tambaleó ligeramente.

—Vivir significa vivir de los demás. Todos nos devoramos los unos a los otros. Así, de vez en cuando, no hay que privarse de realizar un pequeño acto bondadoso. Fortalece, cuando se vive penosamente.

—Está bien. Mañana iré a pedir noticias de ella.

—Eso es —repuso Morosow—. Así lo tenía entendido. Y, ahora, déjate de tanta charla. ¿Quién juega el blanco?

El hotelero reconoció a Ravic en seguida.

—La señora está en su habitación —le informó.

—¿Puede telefonarle que estoy aquí?

—No hay teléfono. Suba usted tranquilamente.

—¿Qué número?

—Veintisiete.

—No recuerdo bien el nombre. ¿Cómo se llama?

El hotelero no mostró sorpresa alguna.

—Madou. Jeanne Madou —dijo—. No creo que se llame verdaderamente así. Es probable que sea un nombre artístico.

—¿Cómo? ¿Nombre artístico?

—Se inscribió como artista. Y así suena, ¿no?

—No entiendo de esas cosas. Conocí a un artista que se hacía llamar Gustave Schmidt. Pero, en realidad, su nombre era Alejandro María, conde de Zambona. Gustave Schmidt era su nombre artístico. Y ¿le parece que así sonaba como tal?

El hotelero no se dio por vencido.

—¡Hoy en día suceden tantas cosas! —declaró.

—No tantas todavía. Si usted estudiara Historia, descubriría que estamos viviendo en tiempos relativamente tranquilos.

—Gracias. Para mí es más que suficiente.

—Para mí también. Pero conviene consolarse como se puede. ¿Número veintisiete, dijo?

—Sí, señor.

Ravic golpeó. No contestó nadie. Golpeó nuevamente y oyo una voz apenas perceptible. Cuando abrió la puerta vio a la mujer. Estaba sentada sobre la cama, que se hallaba colocada junto a la pared transversal. La mujer levantó lentamente los ojos. Estaba vestida y llevaba el traje *tailleur* azul marino con que Ravic la había visto por primera vez. Ahora, empero, vestida así, para nadie y para nada, por una costumbre que no justificaba nada, tenía algo que sobresaltó a Ravic. Conocía eso —había visto cientos de personas quedarse así, sentadas—, inmigrantes arrojados a las tierras más extrañas. Pequeños islotes de existencia —estaban sentados así, allí... y no sabían en dónde— a quienes solamente la costumbre mantenía con vida.

Cerró la puerta tras sí.

—Espero que no la habré molestado —dijo, y en seguida tuvo la sensación de que su frase carecía de sentido. ¿Qué podía molestar aún a aquella mujer? No había ya nada que pudiera molestarla.

Dejó su sombrero sobre una silla.

—¿Pudo arreglarlo todo? —preguntó.

—Sí. No era mucho.

—¿Ninguna dificultad?

—No.

Ravic se sentó en la silla. Era la única que había en la habitación. El muelle crujió y él se dio cuenta de que estaba roto.

—¿Quiere salir? —preguntó a la mujer.

—Sí. Pero no importa cuándo. Más tarde. A ningún lado... así estoy bien. ¿Qué otra cosa queda?

—Nada. Tiene razón. Por algunos días. ¿No conoce a nadie en París?

—No.

—¿A nadie?

La mujer levantó la cabeza con expresión de cansancio.

—A nadie, excepto a usted, al hotelero, al mozo, a la camarera —sonrió tristemente—. No es mucho, ¿verdad?

—No. Pero conocía a...

Ravic buscaba el nombre del muerto. Lo había olvidado.

—No —dijo la mujer—; Racinsky tenía algunos conocidos aquí, pero yo nunca los he visto. Se enfermó en cuanto llegamos.

Ravic había ido con la intención de no quedarse mucho. Ahora, al ver a la mujer sentada así, modificó su parecer.

—¿Ya cenó?

—No. Pero tampoco tengo ganas de comer.

—Pero algo ha comido usted, en fin de cuentas, hoy, ¿no?

—Sí. Hoy a mediodía. De día es más sencillo. De noche...

Ravic echó una mirada en torno. La pequeña y desnuda habitación olía a desesperación y a noviembre.

—Es hora de que salga usted de aquí —dijo—. Venga. Iremos juntos a cenar.

Había esperado que la mujer hiciese objeciones. Parecía tan indiferente como si no pudiese reaccionar en absoluto. Pero ella se levantó en seguida y tomó su impermeable.

—Eso no es suficiente —dijo Ravic—. Ese abrigo es demasiado liviano. ¿No tiene otro más pesado? Afuera hace frío.

—Hace un rato llovía...

—Llueve todavía. Pero hace frío. ¿No puede ponerse algo debajo, otro tapado o por lo menos un suéter?

—Tengo un suéter.

Se dirigió al baúl más grande. Ravic notó que no había desempaqueado casi nada. Sacó un suéter negro, se quitó la chaqueta y se puso el suéter. Tenía hombros derechos y bellos. Después tomó la boina vasca y volvió a ponerse la chaqueta y el impermeable.

—¿Estoy mejor así?

—Mucho mejor.

Bajaron la escalera. El hotelero no estaba. En su lugar se hallaba el portero, cerca del tablero de las llaves. Éste clasificaba la correspondencia y despedía olor a ajo. A su lado, un gato inmóvil lo miraba.

—¿Tiene todavía la sensación de que no puede comer nada? —preguntó Ravic cuando se hallaron afuera.

—No sé. No mucho, creo.

Ravic hizo señas a un taxi.

—Bueno. Entonces que nos lleven a «La Belle Aurore». Allí no hay necesidad de hacer una cena muy abundante.

«La Belle Aurore» no estaba muy concurrida. Era demasiado tarde para ello. Encontraron mesa en la angosta sala de arriba, de techo bajo. Además de ellos había una sola pareja, que estaba sentada cerca de la ventana y comía queso, y un hombre solo, delgado, que tenía delante de él un montón de ostras. El mozo se acercó, miró con ojo crítico el mantel de cuadrillos y se decidió a cambiarlo.

—Dos vodkas —ordenó Ravic—. Fríos. Primero tomaremos algo y luego vamos a comer algunos fiambres —dijo a la mujer—. Creo que es lo más razonable para usted. Éste es un restaurante especializado en fiambres. Apenas hay otra cosa aquí. De todas maneras casi nunca se llega a comer otra cosa. Los hay por docenas, calientes y fríos, y todos son muy buenos. Los vamos a probar.

El camarero trajo el vodka y sacó su librito de apuntes.

—Una jarra de *rosé* —dijo Ravic—. ¿Tienen Anjou?

—Anjou *rosé* suelto. Muy bien, señor.

El hombre se alejó. En la puerta casi embistió a una mujer de sombrero negro con plumas rojas que subía rápidamente por la escalera. La mujer lo empujó a un lado y se dirigió hacia el hombre delgado de las ostras.

—¡Albert! —exclamó—. ¡Tú, puerco...!

—Ss, ss... —hizo Albert mirando a su alrededor.

—¡Nada de ss, ss!

La mujer colocó oblicuamente su paraguas mojado sobre la mesa y se sentó con decisión. Albert no pareció sorprenderse.

- *Chérie* —dijo y empezó a murmurar.

Ravic sonrió y levantó su copa.

—Ahora tomaremos esto de un trago. *Salute!*

- *Salute!* —repitió Jeanne Madou y bebió.

Los fiambres fueron llevados sobre una pequeña mesa con ruedas.

—¿Qué es lo que la tienta? —Ravic miró a la mujer—. Creo que es más sencillo que yo le sirva algo.

Llenó el plato y se lo alcanzó.

—No importa si no le gusta nada. Ya van a traer otros carritos. Esto es sólo el principio.

Llenó un plato para él y empezó a comer sin ocuparse más de ella. Notó, de repente, que tenía mucha hambre. Cuando levantó la mirada, después de un rato, vio que también ella comía. Quitó el caparazón a un langostino y se lo alcanzó.

—Pruebe esto. Es mejor que las langostas. Y ahora el *paté* de la casa. Con una corteza de pan blanco. Así. Esto ya marcha bastante bien. Y ahora, un poquito de vino, ligero, áspero y fresco.

—Se toma usted muchas molestias conmigo —dijo la mujer.

—Sí, como un *maitre d'hôtel* —contestó Ravic riéndose.

—No, pero se preocupa mucho por mí.

—No me agrada comer solo. Eso es todo. Igual que a usted.

—No soy buena compañera de mesa.

—Al contrario —replicó Ravic—. Para comer, sí. Para comer es usted una excelente compañera. No puedo sufrir a la gente habladora. Y menos a los que hablan en voz alta.

Miró hacia Albert. El sombrero con plumas rojas estaba explicándole, en forma bastante audible, por qué era tan puerco, y, mientras tanto, golpeaba rítmicamente con el paraguas sobre la mesa. Albert escuchaba tranquilamente y no aparecía impresionado.

Jeanne Madou sonrió fugazmente.

—Eso tampoco lo sé hacer.

—Ahí viene el segundo carrito de provisiones. ¿Lo abordamos en seguida o quiere antes fumar un cigarrillo?

—Es preferible antes un cigarrillo.

—Bien. Hoy tengo otros. No los de tabaco negro.

Le dio fuego. Ella se recostó y aspiró profundamente el humo. Luego miró a Ravic en los ojos.

—¡Qué bien se está aquí, sentados! —exclamó.

Él tuvo por un momento la impresión de que estallarían en lágrimas, repentinamente.

Tomaron el café en el «Colysée». La gran sala que daba sobre los Champs Elysées estaba repleta de gente; sin embargo, encontraron una mesa abajo, en el bar, donde la parte superior de las paredes se hallaba revestida de cristales, detrás de los cuales se hallaban acurrucados papagayos y cacatúas, mientras una multitud de pájaros tropicales, multicolores, volaban de un lado a otro.

—¿Ha pensado ya en lo que va a hacer? —preguntó Ravic.

—No. Todavía, no.

—¿Se proponía algo concreto al venir aquí?

La mujer vaciló.

—No, nada preciso.

—No le hago esta pregunta por pura curiosidad.

—Lo sé. Usted piensa que yo debiera hacer algo. Es lo que quiero. Me lo digo a mí misma todos los días, pero, luego...

—El hotelero me dijo que usted es artista. No se lo pregunté. Fue él quien me lo dijo cuando le pedí su nombre.

—¿No lo sabía ya?

Ravic alzó los ojos. Ella lo miró, a su vez, tranquilamente.

—No —contestó él—. Había dejado el papelito en el hotel y no podía recordarlo.

—¿Lo sabe ahora?

—Sí. Jeanne Madou.

—No soy gran cosa como artista —dijo la mujer—. He realizado solamente pequeños papeles. Pero en los últimos tiempos, nada. Tampoco hablo muy bien el francés para eso.

—¿Qué idioma habla, entonces?

—El italiano. Nací allá. Y un poco de inglés y de rumano. Mi padre era rumano. Murió. Mi madre es inglesa; vive todavía, en Italia. No sé dónde.

Ravic escuchaba sólo a medias. Se aburría y ya no sabía qué decir.

—¿Hizo usted algo más que eso? —preguntó, por decir algo—. ¿Otra cosa, aparte de los pequeños papeles desempeñados?

—Lo que a eso atañe. Algo de canto y baile.

La miró con duda. No lo parecía. Tenía algo de borroso y descolorido y no era atrayente. Tampoco tenía el aspecto de artista. Ésta era, de todos modos, una palabra de significado elástico.

—Aquí podría ensayar algo más fácilmente —aclaró—. No es necesario hablar a la perfección para eso.

—No. Pero antes tengo que encontrar algo. Y eso es difícil, cuando no se conoce a nadie.

«Morosow —pensó Ravic de repente—. "Schéhérazade." Naturalmente.»

Morosow tenía que entender algo en esas cosas. La idea lo reanimó. Morosow lo había arrastrado esa triste noche; ahora podría pasarle la mujer y Boris tendría que mostrar lo que podía.

—¿Habla ruso? —preguntó.

—Muy poco. Sé algunas canciones. Canciones gitanas. Son muy parecidas a las rumanas. ¿Por qué?

—Conozco a alguien que entiende algo de estas cosas. Quizá pueda ayudarla. Le daré su dirección.

—Me temo que no tendrá mucho resultado. Los agentes son iguales en todas partes. Las recomendaciones valen poco.

Ravic se dio cuenta de que ella suponía que él quería librarse de su persona de una manera cómoda. Y como en realidad así era, protestó.

—El hombre de quien le hablo no es un agente de colocación. Es el portero de «Schéhérazade». Un cabaret ruso en Montmartre.

—¿Portero? —Jeanne Madou levantó la cabeza—. Eso es diferente. Los porteros saben más que los agentes. Podría interesarme. ¿Lo conoce bien usted?

—Sí.

Ravic estaba sorprendido. Había hablado ella, de repente, de manera muy comercial.

«Esto va rápido», pensó.

—Es amigo mío. Se llama Boris Morosow —dijo—.

Hace diez años que trabaja en el «Schéhérazade». Allí tienen espectáculo de variedades bastante importante. Los números se cambian a menudo. Morosow tiene amistad con el empresario. Si no hay nada disponible para usted en el «Schéhérazade», con toda seguridad habrá algo en otra parte. ¿Quiere hacer la prueba?

—Sí. ¿Cuándo?

—Es mejor a las nueve y media. A esa hora no hay mucho trabajo y él tendrá tiempo para atenderla. Hablaré con él.

Ravic se divertía ya pensando en la cara que pondría Morosow. De pronto se sintió mejor. La ligera responsabilidad que hasta entonces aún sentía, había desaparecido. Había hecho lo que podía y ahora era ella la que tendría que seguir adelante y por su cuenta.

—¿Está cansada? —preguntó.

Jeanne Madou lo miraba de lleno a los ojos.

—No estoy cansada —respondió—. Pero sé que no es un placer para usted quedarse aquí sentado conmigo. Usted ha tenido piedad de mí y le estoy agradecida por eso. Me ha hablado y me ha hecho salir de esa habitación. Eso ya era muchísimo para mí, porque hacía días que no cambiaba una palabra con nadie. Ahora me iré. Usted ha hecho por mí más que suficiente durante todo este tiempo. Si no, ¿qué hubiera sido de mí?

«¡Dios mío —pensó Ravic—, ahora empieza también con eso!»—Miraba molesto la vidriera delante de él. Una paloma estaba tratando de violar a una cacatúa. La cacatúa debía de estar tan aburrída que no hizo el menor movimiento para quitársela de encima. Seguía picoteando tranquilamente. La ignoraba.

—No era piedad —dijo Ravic.

—¿Qué era entonces?

La paloma renunció. Saltó del ancho lomo de la cacatúa y empezó a limpiarse las plumas. La cacatúa ventiló con indiferencia su cola y defecó.

—Ahora tomaremos un trago del bueno y viejo Armagnac —dijo Ravic—. Será la mejor contestación. Créame, no soy tan altruista. Hay muchas noches en que estoy solo, sentado en algún lugar. ¿Considera usted esto particularmente interesante?

—No. Pero yo no soy buena camarada. Y esto es peor.

—He perdido el arte de buscar compañeros. Aquí está su Ármagnac. *Salute!*

—Salute!

Ravic depositó un vaso sobre la mesa.

—¡Así! Y ahora nos marcharemos de esta *ménagerie*. Usted no querrá volver al hotel, ¿verdad?

Jeanne Madou negó con la cabeza. —Bien. Entonces seguiremos. Y, precisamente, al «Schéhérazade». Iremos a beber algo. Esto nos hace falta a los dos, evidentemente. Así podrá ver usted misma lo que hay por allí.

Eran casi las tres de la madrugada. Estaban delante de la puerta del «Hotel Milán».

—¿Bebió bastante? —preguntó Ravic.

Jeanne Madou dudó.

—Allá, en el «Schéhérazade» creí que era bastante. Pero ahora, aquí, cuando miro esta puerta... No, no era bastante.

—Creo que esto se puede remediar. Tal vez haya algo aquí en el hotel. Si no iremos a una taberna a comprarnos una botella. Venga.

Ella lo miró. Después miró la puerta.

—Bien —asintió resueltamente. Pero permaneció inmóvil—. Subir allá... —dijo—, a esa habitación vacía...

—La acompañaré arriba. Y llevaremos una botella.

Despertaron al portero.

—¿Tiene todavía algo para beber? —preguntó Ravic.

—Cóctel de champaña —contestó el portero, en seguida, con tono comercial, mientras seguía bostezando.

—No, gracias. Algo más fuerte. Coñac. Una botella.

—¿«Courvoisier», «Martel», «Hennessy», «Bisquit Dubouchée»?

—«Courvoisier».

—Muy bien, señor. Voy a descorchar la botella y la llevaré en seguida arriba.

Subieron la escalera.

—¿Tiene la llave? —preguntó Ravic a la mujer.

—No está cerrada.

—Pueden robarle el dinero y los documentos, si no cierra.

—Pueden robarlos igualmente si cierra.

—No es cierto. Porque con estas cerraduras, en todo caso, no es tan sencillo.

—Tal vez. Pero no me agrada volver de la calle, sola, tomar la llave y tener que abrir, para entrar en una habitación vacía. Es algo así como abrir una tumba. Es ya bastante entrar de ese modo en un lugar donde no la esperan a una más que los baúles.

—En ninguna parte nos espera nada —dijo Ravic—. Hay que llevarlo todo, siempre, consigo.

—Puede ser. Pero tal vez en otros lugares haya todavía una ilusión piadosa. Aquí no hay ni eso...

Jeanne Madou tiró la boina y el impermeable sobre la cama y miró a Ravic. Sus ojos eran claros y grandes en el rostro pálido, y estaban como paralizados por una ira desesperada. Se detuvo un momento. Luego empezó a caminar de un lado para el otro de la pequeña habitación, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, a largos pasos, moviendo elástico el cuerpo al volverse. Ravic la observó atentamente. Tenía, de improviso, fuerza impetuosa y gracia, y la habitación parecía demasiado chica para ella. Llamaron. El portero traía el coñac.

—¿Los señores quieren comer algo también? Pollo frío, empanadas...

—Sería desperdiciar tiempo, hermano —y Ravic le pagó y lo empujó afuera. Luego llenó dos copas—. He aquí. Es bárbaro y sencillo... pero en situaciones difíciles lo primitivo es lo mejor. El refinamiento es para tiempos tranquilos. Beba esto.

—¿Y luego?

—Luego tomará otro.

—Ya hice la prueba. No sirve para nada. No es agradable embriagarse cuando se está sola.

—Hay que estar bastante ebrio. Después marcha.

Ravic se sentó sobre una cama turca angosta y tambaleante, colocada oblicuamente con respecto a la pared frente a la que estaba situada la cama. Antes no la había visto.

—¿Estaba esto cuando usted se mudó aquí? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—La hice traer yo. No quise dormir en la cama. Parecía tan sin sentido, una cama, desvertirse, y todo. ¿Para qué? Por la mañana y durante el día estaba bien. Pero de noche...

—Usted debe ocuparse en algo. —Ravic encendió un cigarrillo—. Es lástima que no hayamos encontrado a Morosow. No sabía que hoy tenía el día libre. Pero mañana por la noche vaya por allá. Alrededor de las nueve. Y sabrá encontrar algo para usted. Aunque sea trabajo en la cocina. Por lo menos estará ocupada durante la noche. ¿Es eso lo que usted quiere?

—Sí. —Jeanne Madou cesó de ir de un lado para el otro. Bebió el vaso de coñac y se sentó en la cama—. He salido todas las noches a vagar por ahí. Hasta cuando se camina todo parece mejor. Sólo cuando se está sentado es cuando se desploma el cielo encima de uno.

—¿No le ocurrió nada al salir? ¿Nunca le robaron nada?

—No. Probablemente no doy la impresión de tener mucho que robar —tendió su copa vacía a Ravic—. Y en cuanto a lo otro... ¡Cuántas veces he esperado que alguien me dirigiera por lo menos una palabra! ¡No ser algo más que un simple transeúnte! ¡Que la miren a una ojos, ojos y no sólo piedras! ¡No ir de calle en calle, así, sola como un paria! ¡Como alguien sobre un extraño planeta! —echó sus cabellos hacia atrás y tomó el vaso que le alargaba Ravic—. No sé por qué le hablo de eso. No quería hacerlo. Tal vez sea porque he permanecido muda durante todos estos días. Tal vez porque esta noche, por primera vez... —se interrumpió bruscamente—. No ponga atención en lo que digo...

—Yo bebo —dijo Ravic—. Diga lo que quiera. Es de noche. Nadie oye. Yo me escucho a mí mismo. Mañana todo estará olvidado.

Se recostó. En algún lugar de la casa corría agua. La calefacción chirrió y en las ventanas la lluvia seguía golpeteando con dedos suaves.

—Cuando después se regresa, y se apaga la luz... y la oscuridad cae como un tapón de algodón con cloroformo... y se enciende la luz otra vez... y se mira, absorta... se mira...

«Tengo que estar borracho ya —pensó Ravic—. Antes de costumbre. O será la luz. O ambas cosas. Ésta no es ya la misma mujer insignificante y destefñada. Es una cosa diferente. Allí hay ojos. Allí hay rostro, mirada, algo. Serán las sombras. Será este suave fuego, detrás de mí frente, el que la ilumina. El primer destello de la ebriedad.»

No hacía caso de lo que Jeanne Madou seguía diciendo. Sabía ya qué era, y no quería saberlo más. Estar solo; el eterno estribillo de la vida. No era ni peor ni mejor que otras tantas cosas. Se hablaba demasiado de ello. Siempre se estaba solo, siempre y nunca. De repente había un violín en algún lado, entre luces. Un jardín sobre una loma en los alrededores de Budapest. El pesado olor de los castaños. El viento. Y, cual jóvenes lechuzas agazapadas sobre los hombros, los sueños en los que los ojos se iluminaban siempre en el crepúsculo. La noche que nunca llegaba a ser más noche. La hora en que todas las mujeres son hermosas. Las grandes y pardas alas de mariposa de la noche.

Alzó los ojos.

—Gracias —dijo Jeanne Madou.

—¿Por qué?

—Porque me ha dejado hablar sin escucharme. Hizo bien. Lo necesitaba.

Ravic hizo una inclinación con la cabeza. Notó que el vaso de ella estaba enteramente vacío otra vez.

—Bueno —dijo—. Dejaré aquí la botella.

Se levantó. Una habitación. Una mujer. Nada más. Un rostro pálido en el que nada más brillaba.

—¿Se va? —preguntó Jeanne Madou.

Miró a su alrededor, como si alguien estuviese escondido en la estancia.

—Aquí tiene la dirección de Morosow. Su nombre, para que no lo olvide. Mañana por la noche, a las nueve.

Ravic lo apuntó en una hoja de su recetario. Luego la arrancó y la puso sobre el baúl.

Jeanne Madou se había levantado. Tomó el impermeable y la boina. Ravic la miró.

—No es necesario que usted me acompañe abajo.

—No es eso lo que iba a hacer. Es que no quiero quedarme aquí. Ahora no. Quiero caminar hacia algún lado.

—Pero luego tendrá que volver. Nuevamente, siempre lo mismo. ¿Por qué no se queda? Ahora ya lo ha vencido.

—La madrugada llegará rápidamente. Cuando vuelva será mañana. Después es más sencillo.

Ravic se dirigió hacia la ventana. Llovía aún. Empapados y grises corrían, en el viento, los haces acristalados de los faros de un automóvil.

—Venga —dijo—. Beberemos otra copa y después usted se acostará. Éste no es tiempo para pasear.

Tomó la botella. Jeanne Madou se halló, de repente, muy cerca de él.

—No me dejes aquí sola —dijo ella rápida y precipitadamente. Y él sentía su respiración—. No me dejes aquí, sola, hoy por lo menos; no sé qué es, ¡pero hoy no! Mañana tendré

más coraje, pero hoy no puedo. ¡Estoy rendida, cansada, me estoy agotando, no tengo más fuerzas! No debí sacar hoy de aquí. ¡No...! ¡No puedo estar sola ahora!

Ravic depositó cuidadosamente la botella sobre la mesa y separó de su brazo las manos de ella.

—Niña... —dijo—. Alguna vez debemos acostumbremos a ello —observó la cama turca—. Podré dormir aquí. No hay por qué ir a otro lugar. Necesito dormir un par de horas. Tengo que operar mañana a las nueve. Puedo dormir aquí perfectamente, como si fuera en mi casa. Ésta no sería la primera noche en vela. ¿Es suficiente?

Ella inclinó afirmativamente la cabeza. Estaba todavía muy cerca de él.

—Tendré que salir a las siete y media. Malditamente temprano. La voy a despertar.

—No es nada. Me levantaré y le prepararé el desayuno, todo...

—Usted no va a prepararme nada —dijo Ravic—. Iré a desayunarme en el café más cercano, como un sensato trabajador. Café con ron y *croissants*. Todo lo demás podrá hacerlo en la clínica. No estará mal pedirle a Eugénie un baño. Bueno. Nos quedamos aquí. Dos almas perdidas en noviembre. Usted ocupará la cama. Si quiere puedo, entretanto, bajar a hacer compañía al viejo portero, hasta que usted esté lista.

—No —dijo Jeanne Madou.

—No voy a escaparme. Necesito además algunas cosas. Una almohada, una manta y algo más.

—Puedo tocar el timbre.

—Yo también puedo llamar. —Ravic buscaba el timbre—. Es mejor que eso lo haga un hombre.

El portero acudió rápidamente. Traía otra botella de coñac.

—Nos ha sobrestimado usted —le dijo Ravic—. Muchísimas gracias. Pertenecemos a la generación de posguerra. Una manta, una almohada y sábanas. Debo dormir aquí. Demasiado frío y demasiada lluvia. Hace dos días que me levanté después de pasar una gravísima pulmonía. ¿Podría procurarme todo eso?

—Naturalmente, señor. Ya lo estaba pensando.

—Está bien. —Ravic encendió un cigarrillo—. Voy a salir al corredor. A mirar los zapatos colocados delante de las puertas. Un viejo deporte mío. No me voy a fugar —repitió, al ver la mirada de Jeanne Madou—. No soy José en Egipto. No abandonaré mi manto.

El portero llegó con los objetos pedidos. Se detuvo de golpe al ver a Ravic. Luego, su rostro se transfiguró.

—Raramente se ve esto —dijo—. Lo hago también muy raramente. Sólo en los cumpleaños y Navidad. Déme las cosas. Yo mismo las llevaré adentro. Pero, ¿qué es eso?

—Una estufa. Porque usted tuvo pulmonía. —Excelente. Pero yo caliento mis pulmones con coñac.

Ravic sacó de su bolsillo algunos billetes de Banco.

—Señor, con toda seguridad no tiene pijama. Puedo proporcionarle uno.

—Gracias, amigo. —Ravic miró al viejo—. Sin duda me quedará chico.

—Al contrario. Le irá como a la medida. Es nuevo. Dicho entre nosotros, me lo regaló un americano cierta vez. A él se lo había regalado una señora. Yo no uso esas cosas. Yo uso camisión. Es completamente nuevo, señor.

—Muy bien. Tráigalo entonces. Podremos verlo.

Ravic esperó en el corredor. Delante de las puertas había tres pares de zapatos. Un par de botas con los tacones de goma gastados. Del interior de la habitación delante de la cual estaban las botas llegaban unos sonoros ronquidos. Los otros dos eran un par de zapatos marrones de hombre y uno de charol, con tacones altos, de señora, con botones. Estaban delante de la misma puerta y producían la particular impresión de estar singularmente abandonados, a pesar de hallarse el uno al lado del otro.

El portero volvió con el pijama. Era extraordinario. De rayón azul marino con estrellitas doradas. Ravic lo contempló durante un momento, perplejo. Comprendió al americano.

—Maravilloso, ¿verdad? —preguntó el portero con orgullo.

El pijama era nuevo. Estaba todavía en la caja del «Magazin du Louvre», donde había sido comprado.

—¡Qué lástima! —exclamó Ravic—. Me hubiera gustado ver a la señora que lo compró.

—Puede usarlo por esta noche. No es necesario que lo compre, señor.

—¿Cuánto es el alquiler?

—Lo que guste.

Ravic se metió la mano en el bolsillo.

—Es demasiado, señor —protestó el portero.

—¿Usted no es francés?

—Ya lo creo. De Saint Nazaire.

—Entonces lo ha arruinado su trato con los americanos. Además... por este pijama, nada es demasiado.

—Me alegro de que le guste. Buenas noches, señor. Mañana lo retiraré.

—Se lo llevaré yo mismo, mañana por la mañana. Despiérteme a las siete y media. Golpee despacito. Yo lo oiré. Buenas noches.

—Mire esto —dijo Ravic a Jeanne Madou, y le mostró el pijama—. Un disfraz como para Papá Noel. Ese portero es un mago. No basta tener sólo el coraje, sino también el espíritu de lo ridículo.

Dispuso las mantas sobre la cama turca. Le era indiferente dónde dormir; en su hotel o en aquel lugar. Había descubierto en el corredor un cuarto de baño pasable y había conseguido del portero un cepillo de dientes nuevo. Todo lo demás le era igual. La mujer representaba algo así como una paciente.

Llenó de coñac un vaso para agua y lo colocó junto con una de las copitas que había traído el portero, cerca de la cama de ella.

—Creo que esto será bastante para usted —dijo—. Es más sencillo así. No tendré que levantarme para volvérselo a llenar. La botella y la otra copa me las llevo conmigo.

—No necesito el vaso chico. Puedo beber en el otro.

—Mejor.

Ravic se arrojó sobre la cama turca. Le agradaba que la mujer no se interesara demasiado por si él estaba cómodo. Había logrado lo que quería... Gracias a Dios, no se le había ocurrido demostrar superfluas condiciones de ama de casa.

Llenó su vaso hasta el borde y dejó la botella sobre el piso.

—¡Salud!

—¡Salud, y gracias!

—Aquí se está bien. En verdad no tenía muchas ganas de caminar bajo la lluvia.

—¿Llueve todavía?

—Sí.

Los suaves golpes penetraban desde afuera, en el silencio... como si algo quisiera entrar, algo gris, desesperado y sin forma; algo más triste que la tristeza... un lejano recuerdo sin nombre, una ola infinita que se acercaba como queriendo recuperar y enterrar de nuevo lo que alguna vez había dejado sobre alguna isla, olvidándolo... algo que, tenía un poco de hombre, de gente, de ser humano, y de luz, pensamiento, razonamiento...

—Es buena noche para beber.

—Sí... y mala para estar solos.

Ravic calló por un momento.

—A eso hemos tenido que acostumbrarnos todos —dijo luego—. Aquello que un tiempo nos ataba y unía, hoy está destruido. Hoy nos hallamos desparramados como cuentas de vidrio de un collar cuyo hilo se ha roto. No hay ya nada sólido —llenó nuevamente el vaso—. Cuando yo era muchacho, una noche dormí en una pradera. Era verano y el cielo estaba muy claro. Antes de dormirme vi a Orión sobre los bosques, en el horizonte. Más tarde me desperté, en medio de la noche... y Orión estaba justamente sobre mí. Nunca lo olvidé. Había aprendido en la escuela que la Tierra es un planeta y que gira sobre sí misma; pero lo había aprendido como se aprenden muchas cosas que están en los libros, y nunca había reflexionado sobre ello. En aquel momento, por primera vez, experimentaba que era verdaderamente así. Sentí cómo la Tierra volaba silenciosa a través del enorme espacio. Lo sentí tan intensamente que casi pensé que debía sostenerme con fuerza para no ser derribado. Y eso había sucedido porque, despertándome del profundo sueño y quedando por un momento abandonado por los pensamientos y la costumbre, había mirado hacia el inmenso cielo. De repente la Tierra había dejado de ser firme para mí... y desde aquella vez nunca más lo fue...

Bebió el coñac de un trago.

—Con esto muchas cosas se hacen más pesadas, pero muchas otras más fáciles —miró a Jeanne Madou—. No sé si está usted muy cansada —dijo—; si lo está, no me conteste, simplemente.

—Todavía no, por ahora. Hay todavía un punto que está despierto. Despierto y frío.

Ravic volvió a colocar la botella cerca de él, en el piso. Del calor de la habitación emanaba lentamente un pardo cansancio. Llegaban las sombras. Agitar de alas. Una habitación lejana, de noche, y afuera el monótono martilleo de la lluvia como de lejanos tambores... Una choza con poca luz, al borde del caos, un pequeño fuego en el desierto... un rostro al que se hablaba...

—¿Ha tenido usted alguna vez esta impresión? —preguntó.

Ella calló unos instantes.

—Sí. Pero no así. Fue diferente. Cuando pasé sin hablar a nadie días enteros, y de noche caminaba... y en todas partes había gente que pertenecía a alguien... que iba a algún lado... que tenía una casa en algún lugar. Solamente yo no. Luego todo se hizo, poco a poco, irreal... como si fuera caminando, ahogada y fría, por una extraña ciudad sumergida debajo del agua...

Alguien subía la escalera. Una llave rechinó y se cerró una puerta. Inmediatamente empezó a correr agua en una cañería.

—¿Por qué se queda en París si no conoce a nadie? —preguntó Ravic. Tenía la sensación de estar cada vez más cansado.

—No sé. Pero, ¿adonde iría?

—¿No tiene ningún lugar donde poder volver?

—No. Ni se puede tampoco volver a algún lugar.

El viento arrojaba chaparrones contra la ventana.

—¿Por qué vino a París? —preguntó Ravic.

Jeanne Madou no contestó. Él pensó que ya se había quedado dormida.

—Raczinsky y yo venimos a París porque queríamos separarnos —dijo ella al cabo de un rato.

Ravic la escuchó sin sorprenderse. Había horas en las que nada le sorprendía. En la otra habitación, el recién llegado empezó a vomitar. Se oía su quejido amortiguado a través de la puerta.

—¿Entonces por qué estaba usted tan desesperada? —preguntó Ravic.

—¿Porque había muerto! ¡Muerto! ¡De golpe ya no existía! ¡Nunca más podría volver! ¡Muerto! ¡No poder, nunca más, reparar algo! ¿No entiende eso usted? —Jeanne Madou se había incorporado a medias en la cama y miraba fijamente a Ravic.

—Sí —contestó él. Mientras, pensaba: «No es cierto. No era porque estaba muerto, sino porque se había ido antes, antes de que tú lo hubieras podido hacer. Porque te había dejado sola, antes de que tú te hubieras preparado para ello.»

—Yo... hubiera tenido que ser con él de otra manera... yo era...

—Olvidelo. El arrepentimiento es la cosa más inútil del mundo. No puede hacer volver nada. No puede reparar nada. Si no, seríamos todos santos. La vida no ha querido hacernos perfectos. El que es perfecto pertenece a un museo.

Jeanne Madou no contestó. Ravic observó que estaba bebiendo de nuevo, y se recostó en la almohada. Aquí había algo más... pero él se sentía demasiado cansado para pensar. Por otra parte le era indiferente. Quería dormir. Al día siguiente debía operar. Todo esto ya no le importaba. Dejó el vaso vacío en el suelo, cerca de la botella.

«¡Qué extraño! ¡Dónde se aterrizan algunas veces!», pensó.

Lucienne Martinet estaba sentada cerca de la ventana cuando entró Ravic.

—¿Qué le parece —preguntó él— dejar así, por primera vez, la cama?

La joven lo miró, luego miró hacia afuera, la tarde gris, y nuevamente volvió su mirada a él.

—No hace buen tiempo —observó Ravic.

—Al contrario —contestó ella—. Para mí sí.

—¿Por qué?

—Porque no tengo que salir.

Estaba acurrucada en su silla. Vestía un quimono de algodón, barato. Era un ser delgado, insignificante, con la dentadura estropeada, pero a Ravic le parecía, en ese instante, más hermosa que Elena de Troya. Era un trozo de vida que él había salvado con sus propias manos. Aunque, en verdad, no tenía por qué sentirse particularmente orgulloso; a una la había perdido poco tiempo antes. A la siguiente probablemente la perdería también. Al final todas se perdían, incluido él mismo. Pero, por el momento, ésta había sido salvada.

—Repartir sombreros, con este tiempo, no es un placer —dijo Lucienne.

—¿Repartía sombreros?

—Sí. Por cuenta de la señora De Lanvert. El negocio queda en la avenida Matignon. Hasta las cinco teníamos que trabajar. Después debíamos llevar a las dieras las cajas de sombreros. Ahora son las cinco y media. A esta hora estaría ya en camino —seguía mirando por la ventana—. Es una lástima que no llueva todavía más fuerte. Ayer estuvo mejor. Llovía a cántaros. Ahí va otro que tiene que cruzar.

Ravic se sentó frente a ella, sobre la repisa de la ventana. «Es curioso —pensaba—, pero la gente tendría que sentirse desenfadadamente feliz cuando se ha salvado de la muerte. No lo es casi nunca. Ésta tampoco lo es. Se ha producido un pequeño milagro, y todo lo que le interesa es no tener que andar bajo la lluvia.»

—¿Cómo llegó usted a este sanatorio, Lucienne? —le preguntó.

Ella lo miró con cautela.

—Alguien me lo dijo.

—¿Quién?

—Una amiga.

—¿Qué amiga?

La muchacha vacilaba.

—Una amiga que estuvo también aquí. Yo la había acompañado hasta la puerta. Por eso lo sabía.

—¿Cuándo fue eso?

—Una semana antes de venir yo.

—¿La que murió durante la operación?

—Sí.

—¿Y a pesar de eso usted vino aquí?

—Sí —contestó Lucienne con indiferencia—. ¿Por qué no?

Ravic no dijo lo que quería decir. Vio el pequeño y frío rostro que en un tiempo había sido suave y al que la vida había endurecido tan rápidamente.

—¿Fue usted también a la casa de la misma partera? —inquirió.

No recibió respuesta.

—¿Tal vez vio al mismo médico? Puede decírmelo con confianza. No sé quién es.

—Primero estuvo allí Marie. Una semana antes. Diez días antes.

—¿Y usted fue más tarde allí, aun sabiendo lo que le había sucedido a Marie?

Lucienne se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer? Tenía que correr el riesgo. No conocía otro lugar. Un niño... ¿qué se puede hacer con un niño? —seguía mirando por la ventana. En el balcón de enfrente había un hombre en mangas de camisa que tenía en la mano un paraguas abierto—. ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí, doctor?

—Aproximadamente dos semanas.

—¿Todavía dos semanas más?

—No es mucho. ¿Por qué?

—Los gastos... los gastos...

—Es posible que pueda irse unos días antes.

—¿Cree usted que podré pagar por mensualidades? No tengo bastante dinero. Treinta francos por día es caro.

—¿Quién le dijo eso?

—La enfermera.

—¿Cuál de ellas? Eugénie, sin duda...

—Sí. Dijo además que la operación y los vendajes serían extra. ¿Es muy caro eso?

—La operación ya la pagó usted.

—La enfermera dice que falta mucho para ser pagada.

—Eso no puede saberlo la enfermera con tanta seguridad, Lucienne. Es mejor que usted hable más tarde con el doctor Veber.

—Me gustaría saberlo más pronto.

—¿Por qué?

—Porque puedo así distribuir mejor todo el tiempo que tendré que trabajar para eso —Lucienne se miraba las manos. Los dedos eran delgados y estaban todos pinchados—. Tengo que pagar también un mes de alquiler por la habitación —prosiguió—. Cuando vine aquí era justamente el trece. El quince hubiera debido dejarta libre. Ahora tendré que pagar más: todo el mes. Y por nada.

—¿No tiene usted a nadie que la ayude?

Lucienne levantó la vista. Su rostro había envejecido repentinamente diez años.

—¡Usted ya lo sabe, doctor! Él sólo se puso furioso. Dijo que no sabía que yo era tan estúpida, que si lo hubiese sabido no habría empezado nunca conmigo.

Ravic inclinó la cabeza afirmativamente. Estas cosas no eran nuevas para él.

—Lucienne —dijo—, podríamos intentar sacar algo a la mujer que le hizo la intervención ilícita. Ella tuvo la culpa. Usted tiene solamente que darnos el nombre.

La muchacha se levantó rápidamente. Se hizo, de repente, toda resistencia.

—¿La Policía? ¡No! ¡Aquí caigo yo misma!

—Sin Policía. Sólo la amenazaremos.

Ella se rió con amargura.

—De esa mujer usted no saca nada, ni con eso. Es de hierro. Trescientos francos tenía que pagarle por aquello. Así que... —se alisó el quimono—. Algunas personas no tienen suerte —prosiguió, pero sin resignación, como si hablara de otra persona y no de sí misma.

—Sin embargo —observó Ravic—, usted ha tenido mucha suerte.

Encontró a Eugénie en la sala de operaciones. Estaba limpiando los instrumentos de níquel. Era una de sus aficiones. Se hallaba tan concentrada en su trabajo que no lo oyó llegar.

—Eugénie —dijo Ravic.

Ella se dio vuelta.

—¡Ah! Es usted. ¿Pero tiene usted que asustar a la gente continuamente?

—No creo tener tanta personalidad. Pero es usted la que no tiene que asustar a las pacientes con sus cuentos sobre honorarios y gastos.

Eugénie se irguió con el paño en la mano.

—La prostituta aquella ha chismeado, naturalmente, en seguida.

—Eugénie —dijo Ravic—, hay más prostitutas entre las mujeres que nunca han dormido con un hombre, que entre las que hacen de eso el difícil sustento de vida. Por no hablar de las casadas. Además la muchacha no ha chismeado. Usted simplemente le ha arruinado el día. Eso es todo.

—¡Caramba! ¿Y con esto? ¿Sensible, también, con esa vida?

«Con tu catecismo de moral ambulante —pensó Ravic—, con tu asquerosa y arrogante virtud... ¿qué sabes tú del desamparo de esa modistilla, que se fue valientemente a la

«casa de la misma partera que arruinó a su amiga... y al mismo sanatorio en el que la otra murió? Y no dijo más que: "¿Qué otra cosa me quedaba?" y "¿cómo podrá pagarlo?"»

—Usted tendría que casarse, Eugénie —dijo—, con un viudo con hijos. O con el dueño de una empresa de Pompas Fúnebres.

—Señor Ravic —dijo la enfermera con dignidad—, ¿tendría usted la amabilidad de no ocuparse de mis asuntos privados? De lo contrario me verá obligada a quejarme al doctor Veber.

—Sea como fuere, lo hace todos los días —Ravic vio con alegría aparecer dos manchas coloradas en sus mejillas—. ¿Por qué las personas religiosas pueden ser tan raramente leales, Eugénie? El mejor carácter lo tienen los cínicos; los idealistas son los más insoportables. ¿Esto no la hace reflexionar?

—Gracias a Dios, no.

—Ya me parecía. Ahora iré enfrente, a casa de las niñas del pecado, al «Osiris». En caso de que el doctor Veber tuviera algo para mí...

—No creo que el doctor Veber tenga nada para usted.

—Virginidad no hace aún clarividencia. Es posible. Estaré allí hasta las cinco. Después, en mi hotel.

—Lindo hotel. Chiribitil judío.

Ravic se dio vuelta.

—Eugénie, no todos los refugiados son judíos. Ni tampoco todos los judíos son judíos. Y lo son muchos que usted ni siquiera imaginaría. Conocí hasta un negro judío. Era un hombre muy solitario. Lo único que le gustaba era la comida china. Así andan las cosas en este mundo.

La enfermera no contestó. Siguió frotando una bandeja de níquel, que relucía mucho.

Ravic se hallaba en una taberna de la calle Boissière, y miraba fijamente por las ventanas mojadas por la lluvia, cuando vio al hombre afuera. Fue como si recibiera un golpe en el estómago. En el primer momento no sintió más que el choque, sin poder analizar de qué se trataba; pero, un segundo después, empujó la mesita a un lado, se levantó de un salto de la silla y se lanzó, irreflexivamente, a través de la sala repleta, hacia la puerta...

Alguien lo aferró con fuerza por un brazo. Se volvió.

—¿Qué? —preguntó sin comprender del todo—. ¿Qué?

Era el mozo.

—No ha pagado, señor.

—¿Cómo...? Ah, sí... ya vuelvo... —tiró violentamente del brazo para librarse.

El mozo se puso colorado.

—No hay aquí...

—¡Tome...!

Ravic sacó un billete de Banco, se lo tiró al mozo y empujó la puerta. Se esforzó en abrirse paso entre la muchedumbre, precipitándose hacia la derecha; cruzó la esquina a lo largo de la calle Boissière.

Alguien, detrás de él, profirió una blasfemia. Se recobró, dejó de correr y siguió andando, tan rápidamente como le era posible, sin llamar la atención.

«No es posible —pensaba—, no es posible de ningún modo. Estoy loco. ¡Es imposible! Esa cara, esa cara, tiene que ser una semejanza, un infame, abyecto, maldito parecido; broma idiota que me juegan los nervios... No puede estar en París ese rostro; es en Alemania, es en Berlín. La ventana estaba empapada por la lluvia, no pude ver bien. Seguramente me equivoqué.»

Seguía marchando apresuradamente; forcejeó entre la muchedumbre que salía en masa de un cine. Escrutaba cada rostro que se le ponía por delante. Se puso a mirar atentamente debajo de los sombreros, encontrando miradas molestas y asombradas. Más y más rostros, más sombreros, grises, negros, azules. Los alcanzaba, se daba vuelta, los examinaba...

En la esquina de la avenida Kleber se detuvo. Una mujer, una mujer con un perro de aguas. De repente recordó... En seguida, detrás de ella, había aparecido el otro.

Se había adelantado ya gran trecho a la mujer del perro. Rápidamente volvió atrás. Cuando la vio desde lejos, se detuvo en la acera. Cerró los puños dentro de los bolsillos y empezó a observar a cada transeúnte minuciosamente. El perro se paró al pie de un farol, husmeando y, finalmente, levantó con lentitud una de las patas traseras. Luego escarbó incómodo el pavimento y echó a correr. Ravic experimentaba la sensación de tener la nuca húmeda de sudor. Aguardó unos minutos más... El rostro no apareció. Examinó los autos estacionados. No había nadie sentado dentro. Volvió sobre sus pasos y fue hasta el subterráneo de la avenida Kleber. Corrió escalera abajo, compró un boleto y se puso a caminar a lo largo del andén. Había mucha gente. Antes de haberlo recorrido todo entró un tren, paró y desapareció en el túnel. El andén quedó vacío.

Lentamente regresó a la taberna. Se sentó ante la mesita donde estuviera sentado antes. Todavía estaba el vaso de calvados medio lleno. Parecía extraño que aún estuviese allí...

El mozo acudió deslizándose junto a él.

—Le pido disculpas, señor. No sabía...

—¡Bien, bien! —dijo Ravic—. Tráigame otro vaso de calvados.

—¿Otro? —el mozo miraba el que estaba semivacío sobre la mesa—. ¿No quiere tomar antes éste?

—No. Tráigame otro.

El mozo tomó el vaso y olfateó.

—¿No es bueno?

—Claro que sí. Quiero otro, nada más.

—Bien, señor.

«Me equivoqué —pensó Ravic—. La ventana mojada por la lluvia, cubierta por una cortina hasta la mitad. ¿Hubiera sido posible reconocer a alguien?»

Se puso a mirar a través de los vidrios, con mirada atenta y fija, como cazador al acecho de la presa. Al mismo tiempo, como una película, pasaba un retazo de recuerdo... Berlín, 1934. Una noche de verano... la casa de la Gestapo; sangre; una pieza desnuda, sin ventanas; la luz deslumbradora de las desnudas lamparitas eléctricas; una mesa roja con correas para sujetar; la poderosa, sobrenatural luminosidad de su cerebro, despertado una docena de veces de los desmayos, causados por principios de asfixia en un balde de agua; sus riñones, tan machacados que no le dolían más; el rostro desfigurado y consternado de Sybil; unos verdugos de uniforme que la sujetaban... Y un rostro sonriente y una voz que explicaba amablemente lo que sucedería con la mujer si no confesaba... Sybil, que había sido hallada ahorcada, según dijeron, tres días más tarde.

El mozo volvió y depositó un vaso sobre la mesa.

—Es de otra calidad, señor, «De Didier» de Caen, más viejo.

—Bien, bien. Gracias.

Ravic bebió. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo; tomó uno y lo encendió. Sus manos no estaban todavía serenas. Arrojó el fósforo al suelo y pidió otro calvados.

Ese rostro, ese rostro sonriente, que creía haber visto de nuevo... ¡Debía ser una equivocación! Era imposible que Haake estuviese en París. ¡Imposible! Quiso alejar el recuerdo. No había objeto en atormentarse con él, mientras no se pudiese hacer algo. Llegaría el momento, cuando todo aquello se desmoronara y se pudiera volver. Hasta entonces...

Llamó al mozo y pagó. Pero no pudo evitar el escudriñar, durante el trayecto, a cada individuo que encontraba.

Estaba con Morosow en la «catácumba».

—¿No crees que fuera él? —preguntó Morosow.

—No. Pero tenía el aspecto. Algún maldito parecido. O mi memoria quizá ya no es tan segura.

—Mala suerte haber estado en la taberna.

—Sí.

Morosow calló por unos instantes.

—Lo excita condenadamente a uno ¿no? —dijo luego.

—No. ¿Por qué?

—Por qué, no se sabe.

—Yo lo sé. Morosow no contestó.

—Fantasmas —dijo Ravic—. Creía que lo había olvidado.

—No se olvida nunca. A mí me sucedió lo mismo. Al principio, sobre todo, durante los primeros cinco o seis años. Y estuve esperando todavía durante tres en Rusia. Eran siete hombres. Cuatro murieron, dos de ellos liquidados por el mismo Partido. Hace más de veinte años que estoy esperando. Desde 1917. Uno de los tres que aún viven está ahora cerca de los setenta. Los otros dos, alrededor de los cuarenta y cincuenta. A éstos los he de agarrar, espero. ¡Sí, por mi padre!

Ravic miró a Boris. Era un gigante, pero había pasado los sesenta.

—Los agarrarás —dijo.

—Sí. —Morosow abrió y cerró sus grandes manos—. Así lo espero. Por eso vivo con mayor prudencia. No bebo tan a menudo. Así podré durar un poco más. Tengo que mantenerme fuerte. No quiero pegar tiros ni tampoco degollar.

—Yo tampoco.

Permanecieron un rato silenciosos.

—¿Vamos a jugar una partida de ajedrez? —preguntó al fin Morosow.

—Sí. Pero no veo ningún tablero libre.

—Enfrente, el profesor está terminando. Ha jugado con Levy. Ganó, como siempre.

Ravic fue a buscar el tablero y las piezas.

—Usted ha jugado mucho, profesor —dijo—. Toda la tarde.

El anciano movió la cabeza afirmativamente.

—Distrae. El ajedrez es más completo que los naipes. Jugar a los naipes es cuestión de buena o mala suerte. No distrae bastante. El ajedrez es en sí mismo un mundo. Mientras uno está jugando, sustituye al mundo de afuera —levantó sus ojos inflamados—. Éste no es tan perfecto.

Levy, su compañero de juego, estalló en una risilla. Luego calló, echó una mirada asustada a su alrededor y se marchó tras el profesor.

Jugaron dos partidas. Después Morosow se levantó.

—Tengo que irme. A abrir las puertas para la flor de la Humanidad. A propósito, ¿por qué no vienes más a vernos?

—No sé. Casualidad.

—¿Qué te parece mañana por la noche?

—Mañana por la noche no podré. Tengo que ir a cenar al «Maxim».

Morosow sonrió socarronamente.

—Para ser un fugitivo que se halla al margen de la ley eres realmente bastante atrevido, al presentarte en los lugares más elegantes de París.

—Son los únicos en los que se está completamente seguro, Boris. A quien se conduce como refugiado, lo agarran en seguida. Tú tendrías que saberlo bien. Tú, que posees un pasaporte Nansen.

—Exacto. ¿Con quién vas? ¿Con el ministro plenipotenciario alemán, como protector?

—Con Kate Hegstroem.

Morosow lanzó un silbido.

—Kate Hegstroem —dijo—. ¿Volvió?

—Llega mañana por la mañana de Viena.

—Bien. Entonces te veré más tarde en nuestro local.

—Es posible que no.

Morosow hizo un ademán negativo.

—¡Imposible! El «Schéhérazade» es el cuartel general de Kate Hegstroem cuando está en París.

—Esta vez no será así. Viene para internarse en un sanatorio. La operarán dentro de unos días.

—Entonces irá allí directamente. No entiendes nada de mujeres —Morosow entornó los ojos—. ¿O no quieres que vaya?

—¿Por qué no?

—Se me ocurre, de repente, que no has ido a vernos desde que mandaste a aquella mujer, Jeanne Madou. Me parece que no será pura coincidencia.

—¡Absurdo! Ni siquiera sabía que estaba todavía con ustedes. ¿Pudieron utilizarla?

—Sí. Estuvo primero en el coro. Ahora tiene un pequeño número de solista. Dos o tres canciones.

—¿Se ha acostumbrado, en cierto modo?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—Estuvo endiabladamente desesperada, la pobre.

—¿Qué? —preguntó Morosow.

—¡La pobre!, dije.

Morosow sonrió.

—Ravic —contestó paternalmente con rostro en el que repentinamente aparecieron las estepas, las anchuras, la sabiduría y toda la experiencia del Mundo—, no digas tonterías.

Esa mujer es una gran pícara.

—¿Cómo? —preguntó Ravic.

—Pícara. No ramera. Pícara. Si tú fueras ruso lo entenderías.

Ravic se rió.

—Entonces tiene que haber cambiado mucho. ¡Adiós Boris! ¡Que Dios bendiga tus ojos!

—¿Cuándo tendré que ir al sanatorio, Ravic? —preguntó Kate Hegstroem.

—Cuando quiera. Mañana, pasado mañana, en cualquier momento. El día no tiene importancia.

Estaba delgada, remozada, segura de sí misma, bonita y ya no joven.

Ravic le había extraído, hacía dos años, el apéndice. Había sido su primera operación en París. Le había traído suerte. Desde entonces había trabajado sin tener dificultades con la Policía. Era para él como una mascota.

—Esta vez tengo miedo —dijo ella—. No sé por qué. Pero tengo miedo.

—No debe tener miedo. Es una operación muy común.

Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Afuera estaba el patio del «Hotel Lancaster». Un viejo e imponente castaño alzaba sus brazos en alto, hacia el cielo húmedo.

—¡Esa lluvia! —exclamó ella—. Salí de Viena, y llovía. Me desperté en Zurich y llovía. Y ahora, aquí... —corrió las cortinas nuevamente—. No sé qué me sucede. Creo que me estoy volviendo vieja.

—Eso se cree siempre cuando no se es.

—Debería ser de otra manera. Me divorcié hace dos semanas. Tendría que estar contenta. En cambio me siento cansada. Todo se repite, Ravic. ¿Por qué?

—Nada se repite. Nosotros sí nos repetimos; eso es todo.

Ella sonrió y se sentó en un sofá situado junto a una chimenea artificial.

—Es bueno estar de vuelta —dijo—. Viena se ha transformado en un cuartel. Está desconsolada. Los alemanes la han pisoteado. Y con ellos los austriacos. ¡Los austriacos también, Ravic! Yo pensaba que eso sería una aberración de la Naturaleza: un austriaco nazi. Pero yo los he visto.

—No tiene nada de sorprendente. El poder es la enfermedad más contagiosa que existe.

—Sí. Y la que, en la mayoría de los casos, deforma más. Por eso me divorcié. El encantador holgazán con quien me había casado hace dos años, se transformó de golpe en un fanático jefe de asalto, e hizo que el viejo profesor Bernstein barriera las calles mientras él permanecía a su lado riéndose. ¡Bernstein, que un año antes lo había curado de una nefritis! Con el pretexto de que los honorarios habían sido demasiado elevados... —Kate Hegstroem hizo una mueca con los labios—. ¡Los honorarios! Que pagué yo y no él.

—Dése por satisfecha de haberse librado de ese hombre.

—Pedía doscientos cincuenta mil schillings por el divorcio.

—Es barato —dijo Ravic—. Todo lo que se puede hacer con dinero es barato.

—No recibí nada. —Kate Hegstroem levantó el fino rostro, que parecía tallado, perfecto, como una gema—. Le dije lo que pensaba de él, de su partido y de su Führer... y que desde ese momento en adelante lo diría abiertamente. Él me amenazó con la Gestapo y con el campo de concentración. Me reí en su cara. Yo seguiría siendo americana y estaría bajo el amparo de la Legación. A mí no me sucedería nada; pero a él... por estar casado conmigo... —reía—. No había pensado en eso. Desde ese día no opuso más dificultades.

«Legación, amparo, protección —pensaba Ravic—. Son cosas de otro planeta.»

—Me sorprende que Bernstein pueda ejercer todavía —dijo.

—Ya no puede hacerlo. Me examinó secretamente, cuando tuve la primera hemorragia. Gracias a Dios que no puedo tener familia. ¡Un hijo de nazi...! —se estremeció.

Ravic se levantó.

—Tengo que irme. Veber la revisará otra vez esta tarde. Sólo por guardar las formas.

—Ya sé. A pesar de todo..., esta vez tengo miedo.

—Pero, Kate... no es la primera vez. Es más sencillo que la operación de apendicitis que le practiqué hace dos años —Ravic la tomó con suavidad por los hombros—. Usted fue mi primera operación, cuando llegué a París. Fue algo así como un primer amor. Estaré atento. Además, usted es mi mascota. Me ha traído suerte. Así tendrá que seguir siendo en adelante.

—Sí —dijo ella y lo miró.

—Bien. Adiós, Kate. Vendré a buscarla esta noche a las ocho.

—Hasta luego, Ravic. Voy a comprarme un vestido de baile en «Mainbocher». Tengo que liberarme de este cansancio. Y de la sensación de estar envuelta en un telaraña. Esa Viena —agregó con una sonrisa amarga—... «la ciudad de los ensueños...»

Ravic bajó en el ascensor y pasó por el bar del vestíbulo. Algunos americanos estaban sentados. En medio del vestíbulo, sobre una mesa, había un enorme ramo de gladiolos rojos. Tenían bajo la luz gris, difusa, descolorida, un pálido color de sangre vieja, y sólo cuando estuvo muy cerca notó que eran fresquíssimos. Era solamente la luz de afuera lo que los hacía parecer así.

En el segundo piso del «International» había gran movimiento. Varias habitaciones estaban abiertas. La sirvienta y el camarero corrían de un lado para otro y la dueña del hotel los dirigía desde el corredor.

Ravic bajó las escaleras.

—¿Qué hay? —preguntó.

La propietaria era una mujer fuerte, con pecho formidable y cabeza demasiado pequeña, con cortos rizos negros.

—Los españoles se han ido —dijo.

—Ya lo sabía. Pero, ¿por qué arregla tan tarde las habitaciones?

—Las necesitamos para mañana por la mañana.

—¿Nuevos emigrados alemanes?

—No, españoles.

—¿Españoles? —repetió Ravic, quien, por un momento permaneció sin entender lo que ella había dicho—. ¿Cómo? ¿Si se acaban de ir!

La mujer lo miraba con sus ojos negros y brillantes. Sonreía. Era una sonrisa llena del saber más simple y de la más sencilla ironía.

—Otros vuelven —le respondió.

—¿Cuáles otros?

—Los del bando contrario, naturalmente. Siempre ocurre lo mismo —gritó algunas palabras a la camarera que estaba limpiando—. Éste es hotel conocido —agregó luego con cierto orgullo—. Los clientes vuelven con placer a nuestra casa. Esperan ya sus antiguas habitaciones.

—¿Las esperan ya? —preguntó Ravic sorprendido—. ¿Quién espera?

—Los señores de la parte contraria. La mayoría de ellos estuvo ya aquí una vez. Un gran número de ellos, desde luego, ha muerto mientras tanto. Pero los otros han esperado en Biarritz y San Juan de Luz hasta que se desocuparon aquí las habitaciones.

—Pero, ¿cuándo estuvieron aquí?

—Pero, ¡señor Ravic! —la propietaria se sorprendía de que no hubiese adivinado en seguida—. En la época en que Primo de Rivera era dictador en España. Tuvieron que huir entonces, y vinieron a vivir aquí. Cuando España llegó a ser republicana volvieron, y entonces vinieron aquí los monárquicos y los fascistas. Ahora se van allá estos últimos y los republicanos vuelven nuevamente. Los que todavía quedan.

—Es cierto. No lo había pensado.

La dueña del hotel echó una mirada dentro de una de las habitaciones. Una estampa en colores del que había sido rey Alfonso estaba colgada sobre la cama.

—Saque eso, Jeanne —gritó.

La muchacha le llevó el retrato.

—Aquí. Póngalo aquí.

La propietaria lo apoyó contra la pared y siguió caminando. En la habitación vecina había un retrato del general Franco.

—Aquí también eso. Póngalo con los demás.

—¿Por qué estos españoles no se llevaron sus cuadros? —preguntó Ravic.

—Los emigrados rara vez se llevan sus cuadros cuando se van —explicó la mujer—. Los cuadros son un consuelo en el extranjero. Cuando se regresa, no se necesitan más. Los marcos también son demasiado incómodos para los viajes y el vidrio se rompe fácilmente. Los cuadros se dejan casi siempre en los hoteles.

Puso otros dos retratos del generalísimo, uno de Alfonso y uno, más pequeño, de Queipo de Llano, junto con los otros.

—Las imágenes de santos podemos dejarlas —decidió al descubrir una Virgen de colores muy vivos—. Los santos son neutrales.

—No siempre —dijo Ravic.

—En tiempos difíciles Dios tiene siempre una oportunidad. Yo misma he visto aquí rezar a muchos ateos —la mujer se arregló con gesto enérgico el pecho izquierdo—. ¿No ha rogado usted también una vez, cuando el agua le llegaba hasta el cuello?

—Naturalmente. Pero es que yo no soy ateo. Soy sólo un creyente a quien le cuesta creer.

El sirviente subió por la escalera. Arrastraba un montón de cuadros a lo largo del pasillo.

—¿Va a cambiar la decoración? —preguntó Ravic.

—Pues claro. Hay que tener mucho tacto en el oficio de hotelero. Esto da la casa a una buena reputación. Entre nosotros, los cuales, puedo decirlo, son muy susceptibles en este aspecto. No se puede esperar que alguien se encuentre a gusto en una habitación en la que su más mortal enemigo lo está mirando desde un retrato multicolor y, a menudo, también dentro de un marco de oro. ¿Tengo razón?

—Cien por ciento.

La mujer se dirigió al criado.

—Ponga los cuadros aquí, Adolphe. No. Es mejor ponerlos en la pared iluminada, uno al lado del otro, para que puedan ser vistos.

El hombre gruñó y se agachó para preparar la exposición.

—¿Qué va a colgar ahora allí adentro? —preguntó Ravic interesado—. Ciervos, paisajes, volcanes en erupción, ¿o algo parecido?

—Solamente si no alcanzan. De lo contrario pondré los cuadros viejos.

—¿Cuáles cuadros viejos?

—Los de antes. Los que los señores dejaron cuando recibieron el Gobierno. Allí están.

Indicó la pared izquierda del corredor. Entre tanto, el sirviente había colocado los nuevos retratos, en fila, frente a los que acababan de ser retirados. Había dos Marx, tres Lenin, uno de los cuales estaba pegado con papel por la mitad, un Trotsky y algunos grabados más pequeños en marcos negros, uno de Negrín y otros de dirigentes republicanos españoles. Eran más insignificantes y ninguno de ellos era tan deslumbrante en colores, condecoraciones y emblemas, como la fila de los de Alfonso XIII, Primo de Rivera y de Franco, que estaban a la derecha, enfrente. Las dos filas de conceptos del mundo se miraban mutuamente en el corredor débilmente iluminado, y en medio de ellos estaba la propietaria francesa llena de tacto y con la irónica sabiduría de su raza.

—Conservé entonces estas, cosas —dijo—, cuando los señores se marcharon. Los Gobiernos duran poco hoy en día. Como usted ve tenía razón... Ahora vienen bien. En el oficio de hotelero hay que tener amplia visión de las cosas.

Dispuesto dónde debían ser colgados los retratos. Envió a Trotsky de vuelta. Era tipo demasiado dudoso. Ravic examinó el retrato de Lenin cuyas mitades estaban pegadas con papel. Levantó, raspándolo, un poco del papel sobre la cabeza de Lenin... Debajo del pedazo negro apareció otra cabeza que se reía en dirección de Lenin. Probablemente la había pegado algún secuaz de Stalin.

—Aquí —dijo Ravic— hay otro Trotsky escondido. El del viejo buen tiempo de la amistad y de la hermandad.

—Éste se puede tirar —dijo la dueña tomando el cuadro—. No tienen ningún valor. Una parte de él está ofendiendo continuamente a la otra —se lo entregó al criado—. Guarde el marco, Adolphe; es de buen roble.

—Pero, ¿qué hará con los restantes? —preguntó Ravic.

—Los guardaré en el sótano.

—Su sótano debe de ser estupendo. Un mausoleo temporario. ¿Tiene allí algo más?

—Claro que sí, naturalmente. Tenemos rusos... algunos Lenin más sencillos con marcos de papel, para algún momento de apuro, y también algunos del último zar. Eran de rusos que murieron aquí. Un original maravilloso al óleo y algunos pesados marcos de oro de un señor que se suicidó. Después están los italianos: dos Garibaldis, tres reyes y, un poco deteriorado, un Mussolini en papel de periódico, de la época en que era socialista en Zurich. Este último, naturalmente, tiene el valor de una cosa demasiado rara. Nadie lo quiere tener.

—¿Hay también alemanes?

—Algunos Marx; son la mayoría. Un Lasalle, un Bebel..., luego un grupo con Ebert, Scheidemann, Noske y muchos otros. Noske está emborronado con tinta. Los señores me dijeron que se hizo nazi.

—Es cierto. Puede colgarlo al lado del socialista Mussolini.

»Y del otro bando de Alemania, ¿no tiene ninguno?

—¡Ya lo creo! Tenemos un Hindenburg, un emperador Guillermo, un Bismarck y... —la mujer sonrió— hasta un Hitler con impermeable. Tenemos un surtido casi completo.

—¿Cómo? —preguntó Ravic—. ¿Hitler? ¿Pero de dónde lo sacó?

—Me lo dejó un homosexual. Vino en 1934, cuando Rohm y los otros fueron muertos allá. Tenía miedo y rezaba muchísimo. Más tarde se fue con un rico argentino. Se llamaba Putzi de sobrenombre.

¿Quiere ver ese retrato? Está en el sótano.

—Ahora no. No en el sótano. Me gustaría más verlo cuando en todas las habitaciones estuviesen los mismos cuyos retratos están colgados en ellas.

La mujer le lanzó una penetrante mirada.

—¡Ah, sí! —exclamó luego—. ¿Cree usted? ¿Cuando lleguen ellos como emigrados?

Boris Morosow estaba con su uniforme dorado en la acera del «Schéhérazade» y abrió la portezuela del taxi. Ravic descendió. Morosow sonrió.

—Pensaba que no querías venir.

—Y, en efecto, no quería.

—Lo hice venir a la fuerza, Boris —Kate Hegstroem abrazó a Morosow—. ¡Gracias a Dios, estoy de vuelta, con ustedes!

—Usted tiene alma rusa, Katia. El cielo sabe por qué debió nacer usted en Boston. Ven, Ravic. —Morosow empujó la puerta de entrada—. El hombre es grande en sus propósitos, pero débil en la ejecución. En esto está nuestra desgracia y nuestro encanto.

El «Schéhérazade» estaba decorado como una tienda caucásica. Los mozos eran rusos vestidos con uniformes rojos de cherqués. La orquesta estaba compuesta por gitanos rusos y rumanos. Había mesas pequeñas, delante de un banco que corría a lo largo de la pared. Las mesas tenían la tabla de vidrio, iluminada desde abajo. La sala estaba a oscuras y bastante llena de gente.

—¿Qué quiere tomar, Kate? —preguntó Ravic.

—Vodka. Y que los gitanos toquen. Estoy harta del *Bosques de Viena* de las marchas de revista —deslizó los pies fuera de sus zapatos y los levantó sobre el banco—. Ahora ya no estoy cansada, Ravic —dijo—. Unas horas en París me han cambiado. Pero aún me siento como si me hubiera escapado de un campo de concentración. ¿Puede entender esto usted?

Ravic la miró.

—Sí, aproximadamente —repuso.

El cherqués trajo una botella de vodka y copas. Ravic las llenó y le dio una a Kate Hegstroem. Ella bebió rápidamente y con sed, y luego la puso en su lugar. Luego miró a su alrededor.

—Una covacha de polillas —declaró y se sonrió—. Pero de noche se transforma en cueva de refugio y de sueños.

Se recostó en su asiento. La luz suave, desde dentro del tablero de vidrio, iluminaba su rostro.

—¿Por qué, Ravic, de noche todo se torna más coloreado? Nada le parece a una ya difícil; se cree poderlo todo, y lo que no se puede alcanzar, se logra con sueños. ¿Por qué, Ravic?

Él sonrió.

—Tenemos nuestros sueños porque sin ellos no podríamos soportar la realidad.

La orquesta empezó a afinar. Revolotearon algunas quintas aisladas y escalas de violín.

—Usted no produce la impresión de que se deje engañar con sueños —dijo Kate Hegstroem.

—Uno puede engañarse también con la verdad. Es un sueño todavía más peligroso.

La orquesta se puso a tocar. Al principio sonaron sólo los platillos. Los martillos suaves y envueltos recogían, casi imperceptiblemente, una melodía de la oscuridad, la levantaban en alto con un suave deslizamiento y la pasaban luego, titubeando, a los violines.

El gitano se fue acercando lentamente a través de la pista de baile, hasta la mesa de ellos. Allí estaba, sonriente, con el violín sobre el hombro, con ojos impertinentes y rostro ávido, pero ausente. Sin su violín hubiera sido un traficante de ganado... Con él era el mensajero de la estepa, de las largas noches, del horizonte y de todo lo que nunca llegó a ser realidad.

Kate Hegstroem sentía la melodía sobre su piel, como manantial en abril. Estaba, de repente, llena de ecos, pero no había ninguno que la llamase. Voces perdidas murmuraban, retazos de recuerdos volaban vagamente, de vez en cuando brillaban como un brocado, pero desaparecían en el torbellino y no había ninguno que llamase. Ninguno llamó.

El gitano se inclinó. Ravic le deslizó por debajo de la mesa un billete de Banco en la mano. Kate Hegstroem se agitó en su rincón.

—¿Fue usted alguna vez feliz, Ravic?

—A menudo.

—No quise decir eso. Quise decir, verdaderamente feliz, sin aliento, sin conocimiento, con toda plenitud.

Ravic miró el rostro pálido que se movía delante de él, y que no conocía otra forma de felicidad que la más vacilante de todas: el Amor, y ninguna otra más.

—A menudo, Kate —repetió y pensó en otra cosa, y sabía que tampoco ésta lo era.

—No me quiere entender. O no quiere hablar de eso. ¿Quién está cantando ahora con la orquesta?

—No sé. Hace tiempo que no vengo por acá.

—No se puede ver a la mujer desde aquí. No está con los gitanos. Debe de estar sentada a una de las mesas.

—Entonces será probablemente una de las clientes. Esto sucede a menudo.

—Es una voz extraña —dijo Kate Hegstroem—. Triste y rebelde al mismo tiempo.

—Esas canciones son así.

—O soy yo. De repente. ¿Entiende usted lo que canta?

—Sí. *Ja vas lobvili...* Te quise. Una canción de Pushkin.

—¿Habla usted el ruso?

—Solamente lo que me enseñó Morosow. En su mayor parte blasfemia. El ruso se presta espléndidamente para las blasfemias.

—¿No le gusta hablar de su persona, verdad?

—Ni siquiera me gusta pensar en mí.

Ella se quedó un momento pensativa.

—Algunas veces creo que la vieja vida se acabó —dijo luego—. La despreocupación, la esperanza... todo lo de antes.

Ravic sonrió.

—Nunca se acaba, Kate. La vida es una cosa demasiado grande para que pueda acabarse, antes de que terminemos nosotros de respirar.

Ella no oyó lo que él decía.

—Es miedo, muy a menudo —dijo—. Un inexplicable y repentino miedo. Así como si al salir todos de aquí, encontrásemos que el mundo, afuera, se había derrumbado. ¿Ha experimentado esto usted también?

—Sí, Kate. Cualquiera conoce esto. Es una enfermedad europea. Desde hace veinte años.

Ella callaba.

—Pero esto ya no es ruso —manifestó después, y escuchó la música.

—No. Es italiano. Santa Lucia Iuntana.

El reflector giró desde el gitano hasta una mesa próxima a la orquesta. Ravic vio entonces a la mujer que cantaba. Era Jeanne Madou. Estaba sola en la mesa, con un brazo apoyado en ella, tenía la mirada perdida, como si estuviese sumida en sus pensamientos y no existiese nadie más que ella. Su rostro estaba muy pálido bajo la luz blanca. No tenía nada de la expresión superficial y borrosa que él le conocía. De improviso resultaba de excitante y arrebatadora belleza, y él recordó súbitamente haberla visto así, fugazmente... una noche, en su habitación...; pero en aquella ocasión había creído que se debía al suave engaño de su embriaguez y la visión se había apagado inmediatamente y había desaparecido. Ahora estaba aquí en su totalidad, y era aún mayor.

—¿Qué le pasa, Ravic? —preguntó Kate Hegstroem.

Él se volvió.

—Nada. Es que conozco la canción. Una lánguida canción napolitana.

—¿Recuerdos?

—No. No tengo recuerdos.

Lo dijo con mayor brusquedad de lo que quería. Kate Hegstroem lo miró.

—Algunas veces me gustaría saber realmente qué le pasa a usted, Ravic.

Él hizo un ademán de resistencia.

—No más que a cualquier otro. El mundo está hoy lleno de aventureros por fuerza. En todos los hoteles de refugiados los hay. Y cada uno tiene una historia, que hubiera sido sensacional para Alejandro Dumas o Víctor Hugo; ahora, en cambio, ya está uno bostezando antes de que empiecen a contarla. Aquí hay otro vodka para usted, Kate. La mayor aventura hoy en día es una vida clara y tranquila.

La orquesta empezó a tocar un *blue*. Ejecutaba bastante mal. Algunas parejas empezaron a bailar, Jeanne Madou se levantó y se dirigió hacia la salida. Avanzaba como si el local estuviese vacío. Ravic se acordó, de repente, de lo que Morosow había dicho de ella. Pasó bastante cerca de su mesa. Le pareció como si ella lo hubiese visto, pero su mirada se deslizó indiferente sobre él y abandonó la sala.

—¿Conoce usted a esa mujer? —preguntó Kate Hegstroem, que lo había observado.

—No.

—¿Ve usted esto, Veber? —indicó Ravic—. Aquí... y aquí... y aquí.

Veber se inclinó sobre la incisión.

—Sí.

—Esas pequeñas excrescencias... y aquí... esto no es un tumor ni son tampoco adherencias...

—No...

Ravic se irguió.

—¡Cáncer! —manifestó—. Un cáncer declarado. ¡Esta es la más endiablada operación que me va a tocar hacer desde hace mucho tiempo! El espéculo no indica nada, el examen pélvico solamente denuncia una ligera morbidez en un flanco, una pequeña blandura, la posibilidad de un quiste o de un fibroma; nada de importancia, pero nosotros no podemos trabajar desde abajo. Debemos cortar y, de repente, nos encontramos con un cáncer.

Veber lo miró.

—¿Qué piensa hacer?

—Podemos hacer un corte con congelación, un diagnóstico al microscopio. ¿Estará Boisson todavía en el laboratorio?

—Con toda seguridad.

Veber dio orden a la enfermera de llamar al laboratorio.

Ésta desapareció rápidamente sobre sus suelas de goma silenciosas.

—Tenemos que seguir cortando —dijo Ravic—. Hacer una histerectomía. No tiene objeto hacer otra cosa. Lo maldito del caso es que ella no lo sabe. ¿Cómo anda el pulso? —preguntó a la enfermera que atendía la anestesia.

—Regular. Noventa.

—¿Presión sanguínea?

—Doce.

—Bien —Ravic contempló el cuerpo de Kate Hegstroem, colocado con la cabeza hacia abajo, en la posición de Trendelenburg, sobre la mesa operatoria—. Hubiera tenido que saberlo antes. Se necesitaría la conformidad de ella. No podemos cortar sin más. ¿O podemos?

—Según la ley, no. Por otra parte... ya hemos empezado.

—Así habría que proceder. El legrado no se podía hacer por abajo. Esta es otra operación. Sacar un útero es algo más que un legrado.

—Yo creo que ella tiene confianza en usted, Ravic.

—No sé. Probablemente. Pero ignoro si ella estaría conforme... —se arregló con los codos el delantal de goma sobre la bata blanca—. De todas maneras se podría intentar seguir adelante. Nos queda tiempo todavía para decidir si tenemos que hacer la histerectomía. Bisturí, Eugénie.

Hizo la incisión hasta el ombligo y desprendió los vasos sanguíneos más pequeños. Luego ligó los más grandes con nudos dobles, tomó otro bisturí y cortó la fascia amarillenta. Separó los músculos de abajo con el lomo del bisturí, levantó luego el peritoneo, lo abrió y lo aseguró con las grapas.

—El dilatador.

La asistente lo tenía ya preparado. Echó la cadena con el peso entre las piernas de Kate Hegstroem y enganchó el perineo.

—Compresas.

Introdujo los paños húmedos y calientes, puso al descubierto la cavidad abdominal y aplicó delicadamente el fórceps. Luego alzó los ojos.

—Mire aquí, Veber..., y aquí... el ligamento ancho. La masa espesa y dura. Imposible aplicar un fórceps de Kocher. Ha avanzado demasiado.

Veber observó atentamente la parte que le indicaba Ravic.

—Mire esto otro —siguió Ravic—. No podemos enganchar ya las arterias. Frágil. También aquí ya se está extendiendo. No hay esperanza...

Desprendió cuidadosamente una partícula.

—¿Está Boisson en el laboratorio?

—Sí —dijo la enfermera—. Le he telefoneado. Está esperando.

—Bien. Envíele esto. Podemos esperar el diagnóstico. No va a requerir más de diez minutos.

—Dígale que llame por teléfono —dijo Veber—. En seguida. Esperamos con la operación.

Ravic se incorporó.

—¿Cómo está el pulso?

—Noventa y cinco.

—¿Presión?

—Once con cincuenta.

—Bien. Me parece, Veber, que no necesitamos pensar más si tenemos que operar con consentimiento de ella o sin él. Aquí no hay ya nada que hacer.

Veber sacudió la cabeza afirmativamente.

—Suturar —dijo Ravic— extirpar el feto; esto es todo. Cerrar y no decir nada.

Quedó un momento inmóvil mirando el cuerpo abierto bajo los lienzos blancos. La luz deslumbrante tornaba los paños más blancos aún, como nieve fresca, debajo de la cual bostezaba el cráter sangriento. Kate Hegstroem, de treinta y cuatro años, morena, delgada, deportista, caprichosa, llena de voluntad de vivir..., condenada a muerte por la nebulosa, invisible garra que había destruido sus células. Se inclinó nuevamente sobre el cuerpo.

—Tenemos todavía que...

El niño. En ese cuerpecito caquético se desarrollaba todavía ciegamente una vida. Condenada con él. Aún se alimentaba, absorbiendo ávidamente, sin ser más que impulso de crecer; un algo que un día querría jugar en un jardín, querría llegar a ser alguien, ingeniero, sacerdote, soldado, asesino, hombre, algo; que querría vivir, sufrir, ser feliz y quebrarse... El instrumento avanzaba cuidadosamente a lo largo de la pared invisible; encontró resistencia; la rompió delicadamente. Lo extrajo... Todo había terminado. Terminado el inconsciente girar, terminado el respirar, el júbilo, el lamento, el crecimiento, el desarrollo. Nada más que una cosa muerta, carne pálida, y un poco de sangre coagulada.

—¿Hay ya noticias de Boisson?

—Todavía no. Deben llegar en seguida.

—Podemos esperar todavía algunos minutos.

Ravic retrocedió.

—¿Pulso?

Vio detrás de la máscara los ojos de Kate Hegstroem. Lo estaban mirando como si lo vieran y supieran todo. Por un momento creyó que ella estaba despierta. Dio un paso y luego se detuvo. ¡Imposible! Era una apariencia; la luz.

—¿Cómo está el pulso?

—Cien. Presión once con veinte. Está bajando.

—Es hora —dijo Ravic—. Boisson podría estar listo ya.

El teléfono sonó amortiguado, desde abajo. Veber miró hacia la puerta. Ravic no miraba. Esperaba. Oyó la puerta. La enfermera entró.

—Sí —dijo Veber—, cáncer.

Ravic inclinó la cabeza en señal de afirmación y siguió trabajando. Soltó el fórceps y las grapas. Sacó el dilatador, las compresas. A su lado Eugénie contaba los instrumentos.

Empezó a suturar. Fina, metódica, exactamente. Estaba concentrado por completo y sin pensamiento alguno. La tumba se cerraba, las capas de piel fueron puestas una sobre la otra hasta la más externa. Desprendió las grapas y se irguió.

—Listo.

Eugénie puso en movimiento con el pie la manivela de la mesa, colocándola de nuevo en posición horizontal, y cubrió a Kate Hegstroem.

«El "Schéhérazade" —pensó Ravic—. Anteaayer. Un vestido de "Mainbocher". ¿Fue usted alguna vez feliz? A menudo. Tengo miedo. Una operación muy común. Los gitanos tendrían que tocar.»

Miró el reloj que estaba sobre la puerta. Las doce; mediodía. Afuera se abrían las oficinas y las fábricas, y la gente sana salía a la calle. Pausa de mediodía. Las dos enfermeras empujaron la camilla llana fuera de la sala de operaciones. Ravic se arrancó los guantes de goma de las manos, entró en el lavabo y empezó a lavarse.

—Su cigarrillo —le llamó la atención Veber, que estaba lavándose a su lado en el segundo lavabo—. Se va a quemar los labios.

—Sí, gracias. ¿Quién se lo dirá ahora, Veber?

—Usted —decidió Veber sin vacilación.

—Debemos explicarle por qué hemos cortado. Ella había esperado que lo hiciéramos por dentro. No le podemos decir lo que fue verdaderamente.

—Algo se le ocurrirá —dijo Veber lleno de confianza.

—¿Lo cree usted?

—Naturalmente. Tiene tiempo hasta esta noche.

—¿Y usted?

—A mí no me creería. Sabe que es usted quien la ha operado y querrá saberlo de su boca. Sospecharía con sólo verme entrar.

—Es cierto.

—No entiendo cómo ha podido desarrollarse en tan poco tiempo.

—Puede suceder. Ojalá supiera lo que tengo que decirle.

—Algo se le ocurrirá, Ravic. Un quiste cualquiera, un mioma.

—Sí—asintió Ravic—. Un quiste o un mioma.

Por la noche fue nuevamente al sanatorio. Kate Hestgroem dormía. Se había despertado por la tarde, había vomitado, había estado más o menos una hora inquieta, y luego se había vuelto a dormir.

—¿Ha preguntado algo?

—No —informó la enfermera de mejillas coloradas—. Estaba todavía aturdida por el éter y no preguntó nada.

—Supongo que pasará toda la noche durmiendo, hasta mañana. Si se despierta y pregunta, dígame que todo salió bien. Que siga durmiendo. Déle un calmante en caso de que sea necesario. Si se pusiera agitada, llame al doctor Veber o a mí. Dejaré dicho en mi hotel dónde estoy.

Se encontró en la calle como alguien que se hubiese evadido de nuevo. Un par de horas de respiro antes de tener que mentir a un rostro confiado. La noche le pareció de repente calurosa y reluciente. El morbo gris de la vida se recubría nuevamente, con caridad, con algunas horas regaladas que alzaban el vuelo como palomas. También ellas eran mentira. Nada era regalado; era tan sólo una postergación. ¿Pero qué cosa no lo era? ¿No era todo postergación? Piadosa postergación, bandera multicolor que cubría el lejano y negro portal que se acercaba sin compasión.

Entró en una taberna y se sentó a una mesa de mármol cerca de la ventana. La sala estaba llena de humo y estrépito. Acudió el mozo.

—Un «Dubonnet» y un paquete de «Colonial».

Abrió la cajetilla y encendió uno de los cigarrillos negros. A su lado algunos franceses discutían sobre su corrompido Gobierno y el pacto de Munich. Ravic oyó sólo a medias. Cada cual sabía que el mundo apático iba hacia una nueva guerra. Ninguno tenía nada que oponer... Postergación, un año más de postergación... esto era todo por lo que la gente se disponía a luchar. Postergación, también aquí, siempre, de nuevo.

Bebió su vaso de «Dubonnet». El sabor empalagoso y enmohecido del aperitivo le llenó la boca de insípida repugnancia. ¿Para qué lo había pedido? Hizo una seña al mozo.

—Una fine.

Miró a través de la ventana y le vinieron recuerdos... Cuando no se podía hacer nada, no había por qué enloquecerse. Recordó cuándo había recibido esa lección. Una de las grandes lecciones de su vida...

Había sido en 1916, en agosto, cerca de Ypres. Su compañía había regresado días antes del frente. Había sido un período de descanso, por primera vez, desde que fuera enviada a él. No había acaecido nada. En aquel momento estaban tendidos bajo el caluroso sol de agosto, alrededor de un pequeño fuego, y freían patatas que ellos mismos habían encontrado en los campos. Un minuto después no quedaba nada de todo aquello. Un imprevisto ataque de la artillería... una granada caída en medio del fuego.

Cuando volvió en sí, salvo, ileso, vio a dos de sus camaradas muertos... y, algo más lejos, a su amigo Paul Messmann, a quien conocía desde que ambos empezaran a caminar, con quien había jugado y había ido a la escuela, de quien era inseparable... Estaba tendido allí, con el estómago y el vientre desgarrados y las vísceras, desparramadas...

Lo arrastraron sobre una carretilla hasta el hospital ambulante por la vía más breve, pasando a través de un trigal que subía en suave pendiente. Lo arrastraban entre cuatro, cada uno en un ángulo, y él yacía en la carretilla sosteniendo entre las manos las blancas, grasientas, ensangrentadas entrañas, con la boca abierta y los ojos fijos, alucinados.

Murió dos horas más tarde. Pasó una hora gritando.

Ravic recordó cómo había sido el regreso. Él se había quedado apático y trastornado en su barracón. Era la primera vez que veía una cosa semejante. Katczinsky, el jefe del grupo, lo encontró así.

—Ven —le dijo—. En la cantina bávara hay cerveza, aguardiente y salchichas —y lo había mirado fijamente. Él no comprendía tan inmensa crudeza. Katczinsky lo había contemplado durante unos instantes. Luego había dicho—: Tú vienes conmigo, aunque tenga que llevarte a golpes. Tienes que comer y emborracharte y después tienes que ir a un burdel.»

Él no había contestado. Katczinsky se había sentado entonces a su lado.

—Yo sé lo que te sucede. Sé también lo que piensas de mí. Pero yo estoy aquí desde hace dos años y tú sólo desde hace dos semanas. ¡Escucha! ¿Podemos hacer algo todavía por Messmann?

»—No.

»—¿Crees que no habríamos arriesgado todo si hubiese habido una posibilidad de salvarlo?»

Él había levantado la vista. Sí, lo sabía. Sabía que Katczinsky lo hubiera hecho.

—Bien. Ahora está muerto. Ya no podemos hacer nada más. Pero dentro de dos días tenemos que salir nuevamente afuera, adelante. Esta vez no será tan tranquilo. Si te quedas aquí acurracado y piensas en Messmann, te vas a consumir por dentro. Te destrozas los nervios, pierdes tu seguridad. Posiblemente en cantidad suficiente como para que en el próximo fuego imprevisto no tengas la rapidez suficiente. Medio segundo demasiado tarde y tendremos después que arrastrarte como a Messmann, de vuelta. ¿A quién le será útil? ¿A Messmann? No. ¿A algún otro? No. A ti te destruye, eso es todo. ¿Entiendes ahora?

»—Sí, pero no puedo.

»—¡Cállate! ¡puedes! Otros también lo pudieron. No eres el primero.»

Se había sentido mejor después de aquella noche. Había ido con él; había aprendido su primera lección. «Ayuda, si puedes, haz todo lo posible entonces... pero, si no puedes hacer más nada, ¡vívola! Date vuelta. ¡Agárrate fuerte! La piedad es para tiempos tranquilos. No cuando uno se juega la vida. Sepulta a los muertos, pero vive tu existencia. Te va a hacer falta todavía. El luto es una cosa, la realidad es otra. No se está menos afligido cuando se ve la realidad y se la reconoce. Pero sólo así se sobrevive.»

Ravic bebió el coñac. Los franceses, en la otra mesa, charlaban todavía sobre el Gobierno. Sobre el fracaso de Francia, sobre Inglaterra, sobre Italia, sobre Chamberlain. Palabras. Palabras. Los únicos que obraban eran los otros. No eran más fuertes, sino, sólo más decididos. No eran más valientes; sabían únicamente que los otros no lucharían. Aplazamiento. Pero ¿de qué servía? ¿Se preparaban para la guerra, recuperaban el tiempo perdido, reaccionaban? Eran espectadores de cómo los otros se armaban... y aguardaban, inactivos, una nueva prórroga. El cuento de los lobos marinos. Centenares de ellos en la playa; en medio, el cazador, matándolos imos tras otros con su cachiporra. Unidos habrían podido aplastarlo fácilmente... pero estaban tendidos allí; lo vieron llegar, matar, y no se movían... él mataba únicamente a un vecino después del otro. La historia de los lobos marinos europeos. Caída de una civilización. Cansado, amorfo ocaso de los dioses. Vacíos estandartes de los Derechos del Hombre. Liquidación de un continente. Diluvio cercano. Actividades comerciales de almaceneros por los últimos precios. Viejo baile lamentable sobre un volcán. Pueblos llevados otra vez al matadero, lentamente. Las pulgas ya se salvarán cuando el perro sea sacrificado. Como siempre.

Ravic apagó el cigarrillo. Miró a su alrededor.

¿Para qué todo eso? ¿No había sido la noche anterior como una paloma, como una blanda y gris paloma? Sepulta a los muertos y vive tu existencia. El tiempo es breve. Sobrevivir es todo. Es lo más importante. Algún día se llegaría de nuevo a ser útil. Tendría que estar listo para ese momento. Llamó al mozo y pagó.

El «Schéhérazade» estaba a oscuras cuando entró. Los gitanos tocaban y sólo la luz de los reflectores daba de lleno sobre la mesa próxima a la, orquesta, donde estaba sentada Jeanne Madou.

Ravic se detuvo en la entrada. Uno de los mozos se le acercó y le dispuso una mesa. Pero Ravic se quedó parado, mirando hacia Jeanne Madou.

—¿Vodka? —preguntó el mozo.

—Sí. Una garrafitita.

Ravic se sentó. Se sirvió un vaso y lo bebió rápidamente. Quería deshacerse de lo que había pensado afuera. La mueca del pasado y la mueca de la muerte; un vientre desgarrado por las granadas y otro por un cáncer. Vio que se había sentado a la misma mesa que había ocupado con Kate Hestgroem dos días antes. A su lado se desocupó otra. No se cambió. Era indiferente estar sentado a esta mesa o a la otra. Con eso no ayudaba a Kate Hestgroem. ¿Qué había dicho Veber una vez? «¿Por qué se excita usted tanto cuando una operación no tiene esperanza? Se hace lo que se puede y se vuelve a casa. ¿Adonde se iría a parar de otro modo?» Sí, ¿adonde se iría a parar?

Oyó la voz de Jeanne Madou desde la orquesta. Kate Hestgroem tenía razón: era una voz excitante. Tomó la garrafitita con el claro aguardiente. Uno de esos momentos en los cuales los colores se diluyen y la vida se toma gris bajo las manos impotentes. El reflujo místico. La nada silenciosa entre dos actos de respiración. El morder del tiempo que corre lentamente el corazón. La voz, cerca de la orquesta, cantaba *Santa Lucia luntana*. Llegaba hasta él como un mar, de una orilla olvidada a otra en la que algo florecía.

—¿Qué le parece?

—¿Quién? —Ravic levantó los ojos. El gerente estaba cerca de él. Hizo un gesto indicando a Jeanne Madou.

—Bien. Muy bien.

—No es precisamente una sensación. Pero se puede utilizar entre los demás números.

El gerente se deslizó hacia otras mesas. Su barba puntiaguda apareció, por un momento, negra en la luz blanca. Luego desapareció en la oscuridad. Ravic la siguió con la

mirada y tomó su vaso.

El reflector se apagó. La orquesta empezó a tocar un tango. Las superficies iluminadas de las mesas emergieron nuevamente y sobre ellas, los rostros borrosos. Jeanne Madou se levantó y pasó por entre las mesas. Algunas veces tenía que detenerse ante las parejas que se dirigen a la pista de baile. Ravic la miró y ella lo miró. Su rostro no reveló ninguna sorpresa. Fue directamente hacia él. Él se levantó y empujó la mesa a un lado. Un mozo acudió para ayudarlo.

—Gracias —dijo—. Puedo hacerlo solo. Necesitamos solamente otro vaso.

Arrimó nuevamente la mesa a su lugar y llenó el vaso que el mozo había traído.

—Es vodka —dijo—. No sé si usted bebe esto.

—Sí. Lo hemos bebido ya una vez. En la «Belle Aurore».

—Es cierto.

«También aquí estuvimos una vez —pensó Ravic—. Hace una eternidad. Hace tres semanas. Entonces estabas sentada aquí, acurrucada en tu impermeable; no eras más que un poco de infelicidad, un ser desvanecido en la semioscuridad. Ahora...»

—*Salute!* —exclamó.

Un rayo de luz pasó sobre el rostro de ella. No sonrió, pero su rostro se hizo más claro.

—Eso no lo he oído durante mucho tiempo —dijo—. *Salute!*

Él vació su copa de un trago y la miró. Las altas cejas, los ojos bien separados, la boca... todo lo que antes aparecía borroso, individual, sin conexión, se había reunido, de repente, en un rostro claro y misterioso... un rostro cuyo secreto era su sinceridad. No escondía nada y por eso no se descubría.

«¡Cómo no he visto esto antes! —pensó él—. Posiblemente antes no era así; quizás antes estaba saturado de confusión y miedo.»

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó Jeanne Madou.

—Sólo los de Argel. Éstos de tabaco negro y fuerte.

Ravic quería hacer señas al mozo.

—No son demasiado fuertes —dijo ella—. Ya me dio uno, hace algún tiempo. En el puente D'Alma.

—Es verdad.

«Es verdad y no es verdad —pensaba él—. Entonces eras un ser acosado y pálido, y no tú. Existían muchas otras cosas entre nosotros, entonces, y de repente ya no queda nada de ellas. Es verdad.»

—Estuve ya una vez aquí —dijo él—. Anteayer.

—Lo sé. Lo vi.

No hizo preguntas acerca de Kate Hegstroem. Estaba sentada tranquila y cómoda en un rincón y fumaba. Parecía estar completamente entregada al acto de fumar. Luego bebió calmosa y lentamente, y pareció estar asimismo completamente entregada a la bebida. Parecía hacer lo que hacía, en el mismo instante, aunque no fuese de importancia. «Entonces también estaba desesperada del todo —pensó Ravic— y ahora, del mismo modo, no lo está.» Sintió repentinamente calor y una natural y segura tranquilidad. No sabía si esto provenía de que en ese momento nada conmovía la vida de ella; sintió tan sólo que irradiaba de ella.

La garrafito de vodka estaba vacía.

—¿Vamos a beber todavía de eso? —preguntó Ravic.

—¿Qué fue lo que me dio a beber entonces?

—¿Cuándo? ¿Aquí? Creo que bebimos muchas cosas; una mezcla.

—No. Aquí no. La primera noche.

Ravic pensó.

—No me acuerdo más. ¿No era coñac?

—No. Parecía coñac pero era otra cosa. Traté de encontrarlo. Pero no lo encontré.

—¿Por qué? ¿Era tan bueno?

—No por eso. Era la cosa más fuerte que he tomado en mi vida.

—¿Dónde lo tomamos?

—En mi pequeño tabernucho de las cercanías del Arco. Había que bajar algunos peldaños. Adentro había algunos chóferes y algunas muchachas. El mozo tenía tatuada una mujer en el brazo.

—¡Ah! Ya sé. Probablemente era calvados. Aguardiente de manzana de Normandía. ¿No lo ha saboreado?

—No creo.

Ravic hizo señas al mozo.

—¿Tiene calvados?

—No. Lo siento. Nunca lo piden.

—Este lugar es demasiado elegante para eso. Ciertamente fue calvados. Lástima que no podamos averiguarlo. Lo más sencillo sería ir nuevamente a esa taberna. Pero eso no lo podemos hacer ahora.

—¿Por qué no?

—¿No tiene usted que quedarse aquí?

—No. Ya terminé.

—Entonces, ¿vamos?

—Sí.

Ravic encontró la taberna fácilmente. Estaba casi vacía. El mozo con la mujer tatuada en el brazo les echó una rápida mirada; luego salió de detrás del mostrador y limpió una mesa.

—Es un adelanto —observó Ravic—. Esto no lo hizo entonces.

—Esa mesa no —dijo Jeanne Madou—. Aquella.

Ravic sonrió.

—¿Es usted supersticiosa?

—Algunas veces.

El mozo se hallaba cerca de ellos.

—Es verdad —dijo, e hizo saltar el tatuaje—. La otra vez ustedes estuvieron sentados aquí.

—¿Se acuerda usted todavía de eso?

—Así es.

—Con semejante memoria, debería llegar a general.

—Nunca olvido nada.

—Entonces me asombra que viva usted aún. Pero, ¿recuerda todavía lo que bebimos entonces?

—Calvados —contestó el mozo sin vacilar.

—Bien. Eso mismo queremos tomar nuevamente.

Ravic se dirigió a Jeanne Madou.

—¡Con qué sencillez se resuelven algunas veces los problemas! Ahora vamos a ver si tiene siempre el mismo gusto.

El mozo trajo los vasos.

—Dobles. Usted pidió la otra vez calvados dobles.

—Poco a poco se me va haciendo usted inquietante, hombre. ¿Recuerda también cómo estábamos vestidos?

—Con impermeables. La señora llevaba puesta una boina.

—Es realmente una pena que esté usted aquí. Debería trabajar en un teatro de *variétés*.

—Por supuesto que estuve —contestó el mozo maravillado—. En un circo. Se lo dije ya. ¿Lo había olvidado?

—Sí. Para vergüenza mía, sí.

—El señor olvida con facilidad —dijo Jeanne Madou al mozo—. Es un artista del olvido. Como usted es un artista del no olvidar.

Ravic levantó los ojos. Ella lo miró; él sonrió.

—Probablemente no —dijo—. Y ahora probemos el calvados. *Salute!*

—*Salute!*

El mozo se quedó.

—Lo que se olvida, señor, luego le hace falta a uno en la vida —declaró. El tema no estaba agotado para él.

—Es cierto. Y lo que no se olvida, le hace a uno la vida semejante al infierno.

—A mí no. Si ya ha pasado ¿cómo puede convertirle entonces la vida a uno en un infierno?

Ravic lo miró.

—Justamente por eso, amigo. Pero usted es un hombre feliz, no solamente artista. ¿Es el mismo calvados? —preguntó a Jeanne Madou.

—Es todavía mejor.

Él la miró. Un suave color le subió a la frente. Él sabía a qué se refería; pero lo desarmaba que lo dijese ella. Parecía no importarle nada la impresión que pudiera causar. Estaba sentada en la vacía taberna como si estuviese en su propia casa. La luz de las lamparitas eléctricas desnudas era despiadada. Dos prostitutas que estaban sentadas en unas mesas algo apartadas parecían, a aquella luz, abuelas de sí mismas. Pero a ella no le importaba nada. Lo que antes había aparecido en la penumbra del club nocturno, resistía firme aquí. El rostro audaz y claro, que no preguntaba, que estaba ahí y esperaba... «un rostro vacío —pensaba él—, un rostro que cualquier viento podría hacer cambiar de expresión. Podía soñarse todo. Era como una linda casa vacía, que esperaba alfombras y cuadros. Todas las posibilidades estaban en ella... podría llegar a ser un palacio, o un prostíbulo. Dependía de quien la habitara. ¡Qué limitado parecía, al lado de ése, en cambio, todo lo que estaba lleno y tenía una marca...!»

Notó que ella había vaciado su vaso.

—Mis respetos —dijo él—. Éste era un doble calvados. ¿Quiere otro?

—Sí. Si usted tiene tiempo.

«¿Por qué no habría de tener tiempo?», pensó él. Luego recordó que ella lo había visto la última vez con Kate Hegstroem. Levantó la vista. El rostro de ella no delataba nada.

—Tengo tiempo —dijo Ravic—. Mañana debo operar a las nueve, eso es todo.

—¿Puede hacerlo cuando se queda levantado hasta tan tarde?

—Sí. No tiene nada que ver. Es costumbre. Tampoco opero todos los días.

El mozo volvió a llenar los vasos. Traía junto con la botella un paquete de cigarrillos y lo colocó sobre la mesa. Era un paquete de «Laurens» verde.

—Éstos los tenía usted entonces también, ¿no? —preguntó a Ravic triunfante.

—No tengo la menor idea. Usted sabe más que yo. No tengo, pues, reparos en creerle.

—Es verdad —dijo Jeanne Madou—. Eran «Laurens» verde.

—¡Ve usted! La señora tiene mejor memoria que usted, señor.

—Ésto no se sabe todavía. De todos modos los cigarrillos nos vienen muy bien.

Ravic abrió el paquete y se lo tendió.

—¿Vive usted siempre en el mismo hotel? —le preguntó.

—Sí, pero tomé una habitación mayor.

Entró un grupo de chóferes. Se sentaron a la mesa de al lado y empezaron una conversación en voz alta.

—¿Quiere que nos vayamos? —preguntó Ravic.

Ella asintió.

Ravic llamó al mozo y pagó.

—¿No debemos volver al «Schéhérazade»?

—No.

Tomó el abrigo de Jeanne Madou. Ella no se lo puso. Simplemente se lo echó sobre los hombros. Era de visón barato, probablemente de imitación; pero en ella no daba la impresión de serlo. «Barato es sólo lo que no se lleva con naturalidad», pensó Ravic. Había visto cebellinas baratas.

—Entonces la llevaremos ahora a su hotel —dijo cuando estuvieron afuera, delante de la entrada, bajo la llovizna.

Ella se volvió lentamente hacia él.

—¿No vamos a tu casa?

Su rostro estaba muy cerca, de perfil, mirando hacia él. La luz del farol de la puerta daba de lleno en ese rostro. Las finísimas perlas de la llovizna y de la humedad brillaban en sus cabellos.

—Sí —contestó Ravic.

Un taxi se acercó y se detuvo. El chófer aguardó un instante. Luego produjo un chasquido, cambió de velocidad crujiendo y se alejó.

—Yo te esperé. ¿Lo sabías? —preguntó ella.

—No.

Los ojos de ella brillaban con el reflejo del farol. Se podía mirar a través de ellos y parecían no tener fin.

—Hoy he conseguido llegar a verte —dijo él—. Lo de antes no eras tú.

—No.

—Lo de antes no era nada.

—No. Está olvidado.

Él sentía el suave reflujo y el movimiento de su respiración. Invisible y temblorosa, se le ofrecía, suavemente, sin pesadez, dispuesta y llena de confianza. Una existencia extraña en la noche extraña. Sintió de repente su sangre. Llegaba y llegaba, y era más que eso, vida, mil veces maldecida y saludada, a menudo perdida y recuperada; una hora antes era todavía un paisaje árido, desnudo, desconsolado; mientras ahora, nuevamente fluyendo, y cerca del momento enigmático, en el que nunca había creído hallarse, se sentía otra vez como el primer hombre, a la orilla del mar, y desde las ondas se levantaban, blancas y fosforescentes, preguntas y respuestas, al mismo tiempo, y llegaba, llegaba, y la tempestad empezaba sobre los ojos...

—Sosténme —dijo Jeanne Madou.

Bajó la mirada hacia el rostro de ella y pasó el brazo alrededor de su talle. Los hombros de ella se le acercaban como navio deseoso de estar en puerto.

—¿Hay que sostenerte? —preguntó él.

—Sí.

Las manos de ella estaban, juntas, sobre el pecho de él.

—Yo te sostendré.

—Sí.

Otro taxi frenó ruidosamente junto a la acera. El chófer los miró sin conmoverse. Sobre los hombros tenía sentado un perrito, que llevaba puesto un chaleco tejido.

—¿Taxi? —gruñó el hombre bajo sus largos y rubios bigotes.

—Mira —dijo Ravic—. Ése no sabe nada. No sabe que algo nos ha tocado. Nos ve y no se da cuenta de que nos hemos transformado. Ésta es la locura del Mundo: puedes transformarte en arcángel, en loco o en criminal y nadie lo ve. Pero si te falta un botón... eso lo ve cualquiera.

—No es locura. Está bien así. Nos deja a nosotros para nosotros mismos.

Ravic la miró. «A nosotros... —pensó—. ¡Qué palabra! La más misteriosa del mundo.»

—¿Taxi? —graznó el chófer pacientemente, pero con más energía, y encendió un cigarrillo

—Ven —dijo Ravic—. De éste no nos libramos. Tiene experiencia profesional.

—No tomemos el taxi. Caminemos.

—Empieza a llover.

—Esto no es lluvia. Es niebla. No quiero un coche. Quiero ir contigo.

—Está bien. Pero entonces deseo hacerle ver a ése, claramente, que mientras tanto aquí ha sucedido algo.

Ravic se dirigió al chófer y habló con él. El hombre sonrió con una maravillosa sonrisa, saludó a Jeanne con un gesto del que sólo los franceses son capaces en momentos semejantes y partió.

—¿Cómo le explicaste? —preguntó ella cuando Ravic volvió.

—Con dinero. Es lo más sencillo. Los trabajadores nocturnos son cínicos. Entendió en seguida. Fue benévolo, con un dejo de amable desdén.

Ella sonrió y se apoyó en él. Él sintió como si algo se abriese en su interior y se extendiera, caluroso, tierno y grande, algo que lo tiraba hacia abajo con muchas manos, y se le hizo, de repente, insostenible que estuvieran así, el uno al lado del otro, de pie, en estrechas plataformas, ridículamente parados, balanceándose; en vez de olvidar todo, de hundirse y ceder a los sollozos de la piel, a la llamada atávica, cuando todo aquello no existía todavía; ni cerebro ni preguntas, así como tampoco martirio y dudas... sino tan sólo la oscura felicidad de la sangre...

—Ven —dijo él.

Avanzaron bajo la finísima lluvia a lo largo de la calle vacía y gris, y de improviso, cuando llegaron al final, apareció ante ellos la plaza poderosa, sin límites, y flotando en lo alto se destacó el pesado gris del Arco, sobre plata fluyente.

Ravic volvió al hotel. Al abandonarlo por la mañana, Jeanne aún dormía. Había creído que podía estar de vuelta al cabo de una hora. Habían pasado tres.

—Hola, doctor —lo saludó un hombre con quien tropezó en el segundo piso.

Ravic lo miró. Una cara pálida, cabello negro y rizado, lentes. No lo reconoció.

—Álvarez —dijo el hombre—. Jaime Alvarez. ¿No se acuerda?

Ravic movió la cabeza.

El hombre se agachó y se remangó el pantalón. Una larga cicatriz corría a lo largo de la tibia hasta la rodilla.

—¿Ahora se acuerda?

—¿Yo operé esto?

El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—Sobre una mesa de cocina en retaguardia. En un hospital improvisado de Aranjuez. Una pequeña casa entre almendros. ¿Recuerda ahora?

Subitamente, Ravic creyó percibir el penetrante olor de los almendros en flor.

Lo percibió como si viniera subiendo por la escalera oscura, dulce, pútrido, inseparablemente mezclado con el olor más dulce y más pútrido aún de la sangre.

—Sí —asintió—. Me acuerdo.

Los heridos habían sido acostados en una terraza iluminada por la luna, uno al lado del otro. Niños, mujeres, agricultores, destrozados por los fragmentos de las bombas. Un niño sin cara; una mujer encinta desgarrada hasta el pecho; un anciano que tenía en una mano los dedos que le habían sido arrancados, lleno de temor, y creyendo que se los volverían a coser. Y sobre todo esto, el olor pasado de la noche y del claro rocío que caía.

—¿Quedó perfectamente bien la pierna? —preguntó Ravic.

—Más o menos. No la puedo doblar del todo —el hombre sonrió—. Pero lo bastante bien como para cruzar los Pirineos. González murió.

Ravic no se acordaba ya de quién era González, pero sí de un joven estudiante que lo había ayudado.

—¿Sabe usted qué le sucedió a Manolo?

—Cayó prisionero. Lo fusilaron.

—¿Y Serna, el comandante de la brigada?

—Murió. A las puertas de Madrid. —El hombre volvió a sonreír. Era una sonrisa fija, automática, que llegaba de repente y carecía de toda expresión—. Mura y La Pena fueron fusilados.

Ravic ya no recordaba quiénes habían sido Mura y La Pena. Él había abandonado España seis meses después, cuando el frente fue roto y el hospital disuelto.

—Carnero, Orta y Goldstein están en un campo de concentración —continuó Alvarez—. Blatzky está también a salvo en Francia. Escondido de este lado de la frontera.

Ravic recordaba solamente a Goldstein. Habían sido demasiadas caras en aquel entonces.

—¿Usted vive ahora en este hotel? —preguntó.

—Sí. Nos instalamos ayer. Ahí enfrente —el hombre señaló un cuarto—. Estuvimos mucho tiempo en el campo de concentración próximo a la frontera. Por fin nos soltaron. Todavía tenemos dinero —volvió a sonreír—. Camas. Verdaderas camas. Un hotel bueno. Hasta retratos de nuestros dirigentes en las paredes.

—Sí —dijo Ravic sin ironía—. Debe ser agradable después de todo aquello.

Se despidió de Alvarez y fue a su cuarto.

La habitación estaba arreglada y vacía. Jeanne se había ido. Echó una mirada en torno. Ella no había dejado ningún recado. Él tampoco había esperado que lo dejara.

Tocó el timbre. Después de un rato entró la camarera.

—La señora se fue —le notificó, como adelantándose a su pregunta.

—Ya lo veo. ¿Cómo sabe usted que ha estado aquí alguien?

—¡Pero, señor Ravic! —protestó ella, sin agregar nada más, poniendo una cara tal, como si su honor hubiera sido ofendido gravemente.

—¿Tomó el desayuno?

—No. No la vi. Si no ya hubiera pensado en eso. ¡Si ya lo sé por otras veces!

Ravic la miró. La observación no le había gustado.

Sacó un par de francos y se los metió en el bolsillo del delantal.

—Muy bien —dijo—. Hágalo la próxima vez de la misma manera. Sirva el desayuno sólo en el caso de que yo se lo ordene expresamente. Y no venga a limpiar la habitación antes de cerciorarse si está vacía.

La camarera sonrió confidencialmente.

—Muy bien, señor Ravic.

La siguió con la mirada con cierto desagrado. Sabía lo que ella pensaba. Creía que Jeanne era casada y que no deseaba que la vieran. Antes esto le hubiese causado gracia. Ahora no le gustaba en absoluto. «¿Y por qué no?», pensó. Se encogió de hombros y se acercó a la ventana. Un hotel era un hotel. No había forma de modificarlo.

Abrió la ventana. Era mediodía y el cielo se había nublado. Los gorriones trinaban en los techos. Un piso más abajo se oía reñir a dos voces. Debía de ser la familia Goldberg. El hombre era veinte años mayor que la mujer. Comerciante de trigo al por mayor de Breslau. La mujer mantenía relaciones con el refugiado Wiesenhoff. Ella creía que nadie lo sabía. En realidad, el único que no lo sabía era Goldberg.

Cerró la ventana. Por la mañana había hecho una operación de vesícula. Una vesícula anónima para Durant. Un pedazo de vientre masculino desconocido que había abierto para Durant. Docientos francos de honorarios. Después había visitado a Kate Hegstroem. Tenía fiebre. Demasiada fiebre. Se había quedado una hora. Ella había dormido mal. No era nada extraordinario. Pero si no hubiese ocurrido hubiera sido mejor.

Miró fijamente por la ventana. La sensación rara, vacía, del «después». La cama que ya no le decía nada. El día destrozando despiadadamente el ayer como el chacal la piel de un antílope. Las montañas de la noche. Las ilusiones de la noche, surgidas en la oscuridad, inmensamente lejanas ahora, ya parecían un espejismo en el sinfín de las horas...

Se volvió bruscamente. Sobre una mesa encontró la dirección de Lucienne Martinet, dada de alta hacía poco. Había causado muchas molestias. La había visitado dos días atrás. No habría sido necesario volver a visitarla; pero no tenía otra cosa que hacer y decidió ir.

La casa se encontraba en la calle Clavel. En la planta baja había una carnicería en la cual una mujer voluminosa manejaba el hacha y vendía carne. Estaba de luto. El esposo había fallecido hacía dos semanas. Ahora la mujer dirigía el negocio ayudada por un empleado. Ravic la vio al pasar. Parecía tener el propósito de salir de visita. Llevaba puesto un sombrero con un largo velo negro de crespón, y estaba cortando rápidamente una pata de cerdo para complacer a una conocida. El velo ondeaba sobre el vientre abierto del cerdo, el hacha relucía y crujía al caer.

—De un solo golpe —dijo la viuda con satisfacción tirando la pata sobre la balanza.

Lucienne vivía en el último piso, en una pequeña habitación bajo el techo. No estaba sola. Un muchacho de unos veinticinco años estaba retrepado en una silla. Llevaba puesta una gorra y fumaba un cigarrillo que él mismo había liado, el cual, cuando hablaba, se le quedaba pegado al labio superior. Cuando Ravic entró, permaneció sentado.

Lucienne estaba en la cama. Quedó confundida y se sonrojó.

—Doctor, yo no sabía que usted vendría hoy —miró en dirección al muchacho—. Éste es...

—Alguien —la interrumpió el muchacho groseramente—. No hacen falta tantas presentaciones —se repantigó en su asiento—. Bueno, pues, usted es el doctor.

—¿Cómo está, Lucienne? —preguntó Ravic, sin hacer caso de él—. Hace bien en seguir en la cama.

—Ya hace rato que se podría haber levantado —declaró el muchacho—; ya no tiene nada. Cuando ella no trabaja, sólo tenemos gastos.

Ravic se dio vuelta y lo miró.

—Salga un momento —le dijo.

—¿Qué?

—Afuera. Y cierre la puerta. Quiero revisar a Lucienne.

El muchacho se echó a reír.

—Eso lo puede hacer así también. No somos tan delicados. Y cómo ¿revisar? Ayer mismo estuvo usted acá. Así cobra una visita más, ¿eh?

—Amigo —le dijo Ravic calmadamente—, no creo que sea usted quien vaya a pagarla. Y si yo la cobraré, es otra cuestión. Y ahora lárguese de aquí.

El muchacho sonrió y estiró sus piernas cómodamente. Llevaba zapatos puntiagudos de charol y calcetines de color violeta.

—Por favor, Bobó —intervino Lucienne—, estoy segura de que no será más que un momento.

Bobó no le hizo caso. Miró a Ravic de arriba abajo.

—Me alegro de haberme encontrado con usted —manifestó—. Aprovecharé la oportunidad para ponerle los puntos sobre las íes. Si a usted se le ocurre pensar, mi amigo, que puede cobrar unos honorarios abultados, hospital, operación, etcétera, bueno, ¡ni hablar! No le hemos pedido que la lleve al hospital y menos que la opere. Así que si piensa en

nichos billetes se quedará mirando la luna. ¡Y todavía puede estar contento, si no lo demandamos por daños y perjuicios! Operación sin consentimiento —mostró una hilera de dientes manchados—. Se asombra, ¿eh? Sí, Bobó sabe defenderse; no es fácil meterle gato por liebre.

El muchacho parecía satisfecho. Tenía la impresión de haberse desenvuelto de forma brillante. Lucienne se había puesto pálida. Pasaba alternativamente una mirada tímida de Bobó a Ravic.

—¿Entendido? —preguntó Bobó triunfante.

—¿Ha sido éste? —preguntó Ravic a Lucienne. Ella no contestó.

—Fue él entonces —dijo Ravic, y miró a Bobó.

Un sujeto delgado, alto, con bufanda de seda artificial alrededor del cuello fino, en el cual la nuez subía y bajaba. Hombros caídos, nariz demasiado larga, mandíbula degenerada, el prototipo del rufián de suburbio.

—¿Fue él quien...? —interrogó Bobó desafiante.

—Creo haberle repetido bastantes veces que saliera. Ahora la voy a revisar.

—¡M...! —contestó Bobó.

Ravic se le acercó con lentitud. Bobó lo había impacientado. El muchacho se levantó de un salto y, de repente, apareció en sus manos una delgada cuerda de aproximadamente un metro de largo. Ravic sabía lo que significaba. Si se acercaba, el otro daría un salto a un lado, colocándose rápidamente detrás de él, y lo podía estrangular por la espalda. El golpe tenía éxito si el adversario no lo conocía o si intentaba boxear.

—¡Bobó —exclamó Lucienne—, Bobó, no hagas eso!

—¡Holgazán! —dijo Ravic—. Él viejo y gastado truco de la cuerda... ¿No sabes hacer otra cosa? —Se rió.

Bobó se quedó perplejo por un instante. Su mirada se volvió insegura. En un segundo Ravic le había bajado, la Chaqueta hasta los brazos, imposibilitándole el moverlos.

—¿Así que esto no lo conocías? —le preguntó. Abrió rápidamente la puerta y empujó al muchacho sorprendido e indefenso con bastante rudeza—. Si te gusta esto hazte soldado, ¡aprendiz de malandrín! Pero no molestes a las personas mayores.

Cerró la puerta por dentro.

—Bueno, Lucienne —dijo—. Ahora veremos.

Ella estaba temblando.

—Calm, calma. Ya pasó —tomó el andrajoso acolchado de algodón y lo puso en una silla. Después echó hacia atrás la manta verde—. ¿Pijama? ¿Por qué? Si es más incómodo. Usted no debe moverse demasiado, Lucienne.

Ella se quedó un momento callada.

—Me lo puse solamente hoy —dijo luego.

—¿No le quedan más camisones? Yo le puedo mandar dos de la clínica.

—No, no es por eso. Me lo puse porque sabía —miró hacia la puerta y susurró—:... que venía él. Él dice que ya no estoy enferma. No quiere esperar más.

—¿Qué? Lamento no haberlo sabido hace un rato —Ravic miró furiosamente hacia la puerta—. Ya esperará.

Lucienne tenía la piel excesivamente blanca de las mujeres anémicas. Las venas se destacaban azules bajo la delgada superficie. Era bien parecida, de huesos delicados, esbelta pero no flaca. Una de tantas jóvenes, pensó Ravic, ante las cuales uno se pregunta por qué la Naturaleza se ha tomado de la molestia de hacerlas tan bonitas, cuando se sabe cuál será el rumbo que casi todas ellas tomarán; un ser que, debido al exceso de trabajo y a una vida equivocada e insana, pronto perderá sus encantos.

—Le convendría quedarse en la cama todo lo que pueda, durante una semana todavía, Lucienne. Puede levantarse y caminar un poco. Pero cuídese; no haga esfuerzos. Y no suba ninguna escalera en los próximos días. ¿La cuida alguien fuera de Bobó?

—La encargada. Pero ella también comienza a rezongar.

—¿Nadie más?

—No. Antes estaba María, pero murió.

Ravic paseó su mirada por la estancia. Era modesta pero limpia. En la ventana había un par de fucsias.

—¿Y Bobó? —dijo—. Conque volvió a aparecer después que todo pasó.

Lucienne no contestó.

—¿Por qué no lo echa?

—No es tan malo, doctor. Solamente grosero...

Ravic la observó. «Amor —pensó—. Esto también es amor. El viejo milagro. No sólo dibuja el arco iris de los sueños sobre el cielo gris de la realidad, sino que hasta es capaz de darle a un montón de basura matiz romántico...; un milagro y una loca ironía.» Repentinamente tuvo la extraña sensación de haberse hecho cómplice de una manera remota.

—Bien, Lucienne —dijo—. No se preocupe. Primero trate de curarse.

Ella asintió aliviada.

—Y en cuanto al dinero —dijo confusa y apresurada— no es cierto. Él habló porque sí. Yo le pagaré todo, todo. En cuotas. ¿Cuándo podré volver a trabajar?

—Dentro de dos semanas más o menos, si no hace ningún disparate. ¡Y nada de hacerle caso a Bobó! ¡Absolutamente nada, Lucienne! Puede costarle la vida, ¿me entiende?

—Sí —respondió ella sin convicción.

Ravic puso la manta sobre el delgado cuerpo. Cuando levantó la vista, vio que ella estaba llorando.

—¿No será posible antes? —preguntó ella—. Yo puedo estar sentada para trabajar. Yo tengo...

—Quizá, ya veremos. Todo depende de cómo se comporte. Usted debería decirme cómo se llama la partera que le hizo la intervención, Lucienne —vio la renuencia en sus ojos

—No iré a ver a la Policía —concluyó—, esté segura. Únicamente trataré de rescatar el dinero que usted le pagó. Teniendo ese dinero usted podría estar más tranquila. ¿Cuánto era?

—Trescientos francos. Jamás se los sacará.

—Se puede hacer una tentativa. ¿Cómo se llama y dónde vive? No la volverá a necesitar nunca más, Lucienne. Usted ya no podrá tener hijos. Y ella no puede hacer nada contra usted.

La chica titubeó.

—Allá, en ese cajón —dijo luego—. En el cajón de la derecha.

—¿Este papel?

—Bien. Iré un día de éstos. No tenga miedo.

Ravic se puso el sobretodo.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Por qué quiere levantarse?

—Por Bobó. Usted no lo conoce.

Él se sonrió.

—Creo que he conocido cosas peores. Quédese acostada. Después de lo que he visto no tenemos por qué temer. Hasta luego, Lucienne. Volveré pronto.

Ravic dio vuelta a la llave y a la manija al mismo tiempo y abrió la puerta rápidamente. No había nadie en el corredor. Tampoco lo había esperado; conocía el tipo de Bobó.

Abajo, en la carnicería, estaba ahora el empleado, hombre de rostro amarillento, que carecía de la pasión de la dueña del comercio. Manejaba el hacha desganadamente. Desde el duelo se había vuelto bastante más perezoso. Sus probabilidades de casarse con la dueña eran pocas. Así lo declaró abiertamente en el *bistro* de un fabricante de cepillos y también agregó que antes ella lo llevaría a él también al cementerio. Al parecer, el empleado ya había adelgazado mucho; la viuda, en cambio, estaba floreciente. Ravic bebió un cassis y pagó. Había creído que se encontraría con Bobó en el *bistro*, pero Bobó no estaba allí.

Jeanne Madou se destacó en la puerta del «Schéhérazade. Abrió la portezuela del taxi en el cual Ravic la estaba esperando.

—Ven —le dijo—. Vámonos de acá. Iremos a tu casa.

—¿Pasó algo?

—No. Nada. Solamente que estoy harta de la vida de los cabarets.

—Un momento —Ravic hizo señas a una vendedora de flores, que estaba a la entrada—. Viejecita —dijo—, dame todas tus rosas. ¿Cuánto cuestan? Pero no abuses.

—Sesenta francos. Para usted. Porque me dio la receta contra el reumatismo.

—¿Le hizo bien?

—No. Y no puede hacerme bien mientras tenga que pasarme la noche en la humedad.

—Es usted la paciente más razonable que encontré en mi vida —tomó las rosas—. Con esto te pido perdón por haber tenido que despertarte sola esta mañana y porque no te sintieron el desayuno —le dijo a Jeanne y acomodó las flores en el piso del taxi—. ¿Te gustaría beber algo?

—No. Vamos a tu casa. Pon las flores aquí, en el asiento. No en el suelo.

—Ahí están bien. Se debe amar a las flores pero no darles demasiada importancia.

Ella giró la cabeza rápidamente.

—¿Así, pues, te parece que una cosa que se ama no se debe mirar?

—No es eso. Quise decir tan sólo que no se debe dramatizar. Además es mejor que en este momento no haya flores entre nosotros.

Jeanne lo miró un momento con alguna duda. Después su rostro se iluminó.

—¿Sabes lo que he hecho hoy? He vivido. He vuelto a vivir. He respirado. He vuelto a respirar. Me encontré. Me volví a encontrar. Por primera vez. Sentí que tenía manos. Y ojos y una boca.

En la angosta calle el chófer sacó el taxi de entre otros coches. Después arrancó bruscamente. La sacudida empujó a Jeanne contra Ravic. Por un momento la tuvo en sus brazos y la sintió. Era como un viento caluroso, como si ella soplara hacia él y derritiera las costras de todo el día, la frigidéz extraña y defensiva que había en él mientras ella estaba sentada y hablaba, absorta en su sentimiento y en sí misma.

—Fue durante todo el día...; fue como una corriente, como si en todos lados hubiese fuentes que se me echasen sobre el cuello y contra el pecho, como si fuera un árbol a punto de reverdecer y tener hojas y flores...; me subyugaba y me subyugaba y no me soltaba..., y aquí estoy..., y tú... conmigo.

Ravic la miró. Estaba sentada allí, en el asiento de cuero sucio, inclinada hacia delante; sus hombros contrastaban con su traje negro de fiesta.

Era franca y despreocupada, así como desprovista de vergüenza. Decía lo que sentía y él se sentía pobre y sin palabras al lado de ella.

«Yo operé —pensó él—. Te había olvidado. Estuve con Lucienne. Y estuve en algún lugar de mi pasado. Sin ti. Después, al llegar la noche, empezaba a llegarme un poco de calor. No estuve contigo. Pensé en Kate Hegstroem.»

—Jeanne —dijo, y puso sus manos sobre las manos de ella, que las había apoyado en el asiento—, todavía no podemos ir a mi casa. Tengo que volver a la clínica. Nada más que por unos minutos.

—¿Tienes que ver a la mujer que operaste?

—No a la de esta mañana. A otra. ¿Quieres esperarme en alguna parte?

—¿Tienes que ir en seguida?

—Sería mejor. No quiero que más tarde me llamen.

—Puedo esperar en tu casa. ¿Tenemos tiempo suficiente como para pasar por tu hotel?

—Sí.

—Entonces vayamos. Volverás más tarde. Yo puedo esperar.

—Bien.

Ravic le dio la dirección al chófer. Se recostó y sintió el borde del asiento en el cuello. Sus manos permanecían aún sobre las manos de Jeanne. Comprendió que ella esperaba que dijera algo, que debiera decir algo. Algo acerca de él y acerca de ella. Pero no pudo. Ella ya había dicho demasiado. «No era tanto», pensó.

El automóvil se detuvo.

—Sigue —dijo Jeanne—. Ya me arreglaré. No tengo miedo. Pero dame la llave.

—La llave está en el hotel.

—La pediré. Tengo que aprender —recogió las flores del suelo—. Con un hombre que me abandona mientras estoy durmiendo y que vuelve cuando no lo espero... bueno, tendré que aprender unas cuantas cosas. Déjame empezar desde ahora.

—Subiré contigo. No tenemos por qué exagerar. Es bastante feo tener que dejarte sola en seguida.

Ella rió. Parecía muy joven.

—Espere un momento, por favor —dijo Ravic al chófer.

El hombre le hizo una guiñada.

—Y más también.

—Dame la llave —dijo Jeanne mientras subían la escalera.

—¿Por qué?

—Dámela.

Abrió la puerta y se quedó parada.

—Muy bonito —expresó, mirando hacia la habitación oscura, por cuya ventana asomaba una pálida luna a través de las nubes.

—¿Te parece bonita esta buhardilla?

—Sí, bonita. ¡Todo es bonito!

—En este momento puede que sí. Estamos a oscuras. Pero...

Ravic extendió la mano hacia la llave de la luz.

—Deja. Lo haré yo sola, y ahora vete. Y no se te ocurra volver mañana a mediodía.

Ella estaba de pie en el umbral, en la oscuridad. La luz plateada que llegaba desde la ventana daba en sus espaldas y su cabeza. Era indefinida, excitante y misteriosa. Su abrigo se había deslizado al suelo y yacía allí, a sus pies, como un montón de espuma negra. Se recostó contra el marco de la puerta y solamente uno de sus brazos recogió un largo hilito de luz que llegaba desde el corredor.

—Ve y vuelve —dijo, y cerró la puerta

La fiebre de Kate Hegstroem había cedido.

—¿Se despertó? —preguntó Ravic a la enfermera medio dormida.

—Sí. A las once. Preguntó por usted. Le dije lo que usted me había ordenado.

—¿Preguntó algo sobre el vendaje?

—Sí. Le dije que usted había tenido que cortar. Una operación fácil. Que usted se lo explicaría mañana.

—¿Eso fue todo?

—Sí. Dijo que si a usted le había parecido bien, todo estaba en perfecto orden. Y que lo saludara, si volvía esta noche, y que le dijera que tenía confianza en usted.

—Está bien.

Ravic se quedó parado un rato, mirando el cabello negro de la enfermera, que se peinaba con una raya al medio.

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó luego.

Ella levantó la cabeza sorprendida.

—Veintitrés.

—Veintitrés. ¿Y cuanto hace que ejerce su profesión?

—Dos años y medio. En enero hará dos años y medio.

—¿Ama usted su trabajo?

La enfermera sonrió con su cara redonda como una manzana.

—La amo —declaró con locuacidad—. Por cierto que hay algunos enfermos muy pesados, pero en su mayoría son buenos. Madame Brissot me regaló ayer un vestido de seda casi nuevo. Y la semana pasada recibí de Madame Lerner un par de zapatos de charol. De esa que después murió en su casa —volvió a sonreír—. No necesito apenas comprarme ropa. Casi siempre me regalan algo. Lo que yo no puedo utilizar me lo cambia una amiga, que tiene una tienda. Debido a eso, me va muy bien. Madame Hegstroem también es muy generosa; siempre me da dinero. La última vez fueron cien francos. Nada más que por doce días. ¿Cuánto tiempo tendrá que estar ahora?

—Más aún. Un par de semanas más.

La enfermera parecía feliz. Detrás de su frente clara y sin arrugas calculaba cuánto le iba a reportar eso. Ravic volvió a inclinarse sobre Kate Hegstroem. Respiraba plácidamente. El débil olor de la herida se mezclaba con el perfume acre de su cabello. De repente, no lo pudo soportar. Ella tenía confianza en él. Confianza. El vientre delgado, cortado, corroído por el mal. Cosido sin poder hacer nada. Confianza.

—Buenas noches, enfermera —dijo.

—Buenas noches, doctor.

La rolliza enfermera se sentó en la silla, en un rincón de la habitación. Protegió la cama contra la luz, envolvió sus pies en una manta y cogió una revista. Era una de esas revistas baratas, de cuentos policíacos y con retratos de actores de cine. Se acurrucó cómodamente y empezó a leer. A su lado, sobre una mesita, tenía una bolsita abierta con bombones. Ravic seguía contemplándola cuando ella, sin levantar la vista, tomó uno.

«A veces no se conciben las cosas más sencillas —pensó él—,... que en una misma habitación uno se encuentre moribundo y al otro no le importe nada —cerró la puerta—. Pero, ¿no hago yo lo mismo? ¿No salgo yo de esa habitación para ir a otra en la cual...?»

La habitación se hallaba a oscuras. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta. En él había luz. Ravic titubeó. No sabía si Jeanne estaría todavía en el cuarto de baño. Luego la sintió respirar. Cruzó la habitación y llegó al baño. No dijo nada. Sabía que ella estaba allí y que no dormía. Pero ella tampoco habló. Súbitamente el cuarto quedó lleno de silencio, de espera y de tensión; como un remolino que llamara de forma silenciosa, precipicio desconocido, más allá de los pensamientos, desde el cual surgía el vértigo y el opio

rojo de la entrega.

Cerró la puerta del cuarto de baño. A la luz clara de las lámparas blancas todo volvió a ser íntimo y conocido. Dio vuelta a los grifos de la ducha. Era la única ducha del hotel. El mismo Ravic la había pagado y la había hecho colocar. Sabía que en su ausencia la seguían exhibiendo como rareza a los parientes y amigos de la dueña del hotel.

El agua caliente corría sobre su piel. Al lado se había acostado Jeanne Madou y lo estaba esperando. Su piel era lisa, su cabello desbordaba como una ola violenta la almohada y sus hombros brillaban aún en la oscuridad de la estancia, como si recogieran y reflejaran la escasa luz de las estrellas invernales que penetraba por la ventana. Allí estaba, ágil, inestable y excitante, porque ya no quedaba nada de la mujer que había conocido una hora antes; ella era todo lo que podía haber de encanto y atracción sin amor, y sin embargo, sintió de pronto una sensación de repugnancia hacia ella, una extraña renuencia mezclada con una simpatía violenta y repentina. Involuntariamente miró a su alrededor...; si el cuarto de baño hubiese tenido una segunda salida, se hubiera creído capaz de vestirse y salir para ir a beber.

Se secó y permaneció allí un rato más. Cosas raras se le acercaban volando desde la nada. Una sombra, algo inexistente. Quizá por haber estado con Kate Hegstroem. O por lo que Jeanne había dicho en el taxi. Demasiado ligero y demasiado liviano. O, sencillamente... porque alguien lo esperaba en lugar de esperar él. Torció la boca y abrió la puerta.

—Ravic —dijo Jeanne desde la oscuridad—. El calvados está sobre la mesa situada junto a la ventana.

Él se detuvo. Notó la tensión que había experimentado. No habría podido soportar muchas cosas que ella podía haber dicho. Pero eso estaba bien. La tensión iba cediendo hasta convertirse en soltura.

—¿Encontraste la botella? —preguntó.

—Fue muy sencillo. Si estaba acá. Pero la abrí. Encontré un tirabuzón por ahí, entre tus cosas. Sírreme otro vaso.

Él llenó dos vasos y le alcanzó uno a ella.

—Toma-

Era bueno sentir la fresca bebida. Era bueno que Jeanne hubiese encontrado la palabra precisa.

Ella echó hacia atrás la cabeza y bebió. El cabello le caía sobre los hombros y en ese momento no parecía hacer otra cosa sino beber. Ravic ya lo había notado antes en ella. Cuando hacía una cosa la hacía con toda dedicación. De una forma vaga le pasó por la mente que en eso no había sólo un encanto, sino también un peligro. No hacía más que beber, cuando bebía; nada más que amar, cuando amaba; nada más que desesperarse, cuando estaba desesperada, y nada más que olvidar, cuando olvidaba.

Jeanne dejó el vaso y se rió de golpe.

—Ravic —dijo—. Sé lo que estuviste pensando.

—¿De veras?

—Sí. Ya te sentías medio cansado hace un rato. Y yo también. Que a una la abandonen en la puerta, no es una aventura muy agradable. Y menos con rosas en los brazos. Menos mal que encontré el calvados. No cuides tanto la botella.

Ravic le volvió a servir.

—Eres una mujer maravillosa —dijo—. Tienes razón. Cuando estaba en el cuarto de baño no te encontraba muy seductora. Pero ahora te encuentro preciosa. *Salute! Salute!*

Apuró su calvados.

—Es la segunda noche —dijo Ravic—. Y es peligrosa. El encanto de lo desconocido ya pasó y el encanto de la confianza todavía no ha llegado. Ya la pasaremos.

Jeanne dejó su vaso.

—Parece que sabes muchas cosas al respecto.

—No sé nada, no hago más que hablar. Nunca se sabe nada. Todo resulta siempre diferente; ahora también. Nunca es la segunda noche. Siempre es la primera. La segunda sería el fin.

—¡Gracias a Dios! Si no, ¿adonde iríamos a parar? Llegaríamos a algo parecido a la aritmética. Y ahora ven. Todavía no quiero dormir. Quiero beber contigo. Allá arriba en el frío están las estrellas desnudas. Es muy fácil sentir frío cuando se está solo, aunque haga calor. Estando dos juntos, jamás.

—Dos juntos también pueden morir de frío.

—Nosotros, no.

—Seguramente que no —confirmó Ravic. Y en la oscuridad ella no vio la expresión que pasó por su cara—. Nosotros no.

—¿Qué pasó conmigo, Ravic? —preguntó Kate Hegstroem.

Estaba acostada en su cama, algo erguida, con dos almohadas bajo la cabeza. La habitación olía a *Eau de Santé* y a perfume. La ventana superior estaba entreabierta. El aire claro y algo helado que penetraba desde afuera se mezclaba con el calor de la habitación, como si no fuera enero, sino ya abril.

—Tuvo fiebre, Kate. Un par de días. Después durmió casi durante veinticuatro horas. Ahora pasó la fiebre y todo marcha bien. ¿Cómo se siente?

—Cansada todavía. Pero no como antes, sin tantos calambres; apenas tengo dolores.

—Los volverá a tener. No mucho, ya nos encargaremos de que pueda soportarlos. Pero como ahora no quedará. Usted misma lo sabe...

Ella asintió.

—Usted me operó, Ravic...

—Sí, Kate.

—¿Era necesario?

—Sí.

Ravic aguardó. Era mejor dejar que preguntara.

—¿Cuánto tiempo tendré que seguir en cama?

—Un par de semanas.

Ella permaneció un rato callada.

—Creo que me hará bien. Me hace falta tranquilidad. Ya estaba harta. Ahora me doy cuenta: estaba cansada. No me quería convencer. ¿Tenía algo que ver con ese asunto?

—Con toda seguridad.

—¿También que perdiera sangre de vez en cuando? ¿Entre los períodos?

—Eso también, Kate.

—Entonces es bueno disponer ahora de tiempo. Quizás haya sido necesario. Tener que levantarme ahora y afrontar todo aquello..., yo creo que no sería capaz.

—No tiene por qué hacerlo. Olvídelo. Piense nada más que en lo inmediato. En su desayuno, por ejemplo.

—Bien —sonrió débilmente—. Entonces alcánceme el espejo —le alcanzó el espejo de sobre la mesita de noche. Ella se miró con atención—. Aquellas flores, ¿las traje usted,

Ravic?

—No; son de la clínica.

Ella puso el espejo sobre la cama.

—Las clínicas no suelen mandar lilas en enero. Las clínicas mandan ásteres o algo parecido. Las clínicas no saben que las lilas son mis flores favoritas.

—Esta sí. Usted es aquí ya veterana. —Ravic se levantó—. Ahora tengo que irme. Volveré a eso de las seis para verla.

—Ravic...

—Sí...

Se dio vuelta. «Ahora viene —pensó—. Ahora preguntará.»

Ella extendió la mano.

—Gracias —dijo—. Gracias por las flores. Y gracias por haberme cuidado. Me siento siempre tan segura con usted.

—Está bien, Kate, está bien. No había nada que cuidar. Y ahora trate de dormir, si puede. Si siente dolores, llame a la enfermera. Yo me encargaré de que ella tenga un calmante.

Volveré por la tarde.

—Veber, ¿dónde está el coñac?

—¿Tan terrible ha sido? Aquí está la botella. Eugénie, traiga el vaso.

Eugénie fue a buscar el vaso displicentemente.

—Esto es un dedal —protestó Veber—. Vaya a buscar un vaso adecuado. O, mejor, espere, se podría lastimar la mano. Lo iré a buscar yo.

—Yo no sé, doctor Veber —declaró Eugénie algo molesta—. Cada vez que entra el señor Ravic, usted se pone...

—Bien, bien —la interrumpió Veber. Llenó un vaso de coñac—. Tome, Ravic. ¿Y qué piensa ella?

—No pregunta nada. Confía, sin preguntar.

Veber levantó la vista.

—¿Ve? —contestó triunfante—. Yo se lo dije desde un principio.

Ravic apuró el vaso.

—¿Alguna vez le agradeció un paciente el hecho de no poder hacer nada por él?

—Frecuentemente.

—¿Creyéndole todo?

—Desde luego.

—¿Y qué efecto le suele hacer?

—Me siento aliviado —dijo Veber sorprendido—. Muy aliviado.

—A mí se me revuelve el estómago. Me siento como un estafador.

Veber rió. Guardó nuevamente la botella.

—Se me revuelve el estómago —repetió Ravic.

—Es la primera vez que descubro un sentimiento humano en usted —dijo Eugénie—. Exceptuando, desde luego, su modo de expresarse.

—Usted no es exploradora, sino enfermera, Eugénie, y suele olvidarlo —declaró Veber—. ¿De modo que el asunto está arreglado, Ravic?

—Sí, por ahora.

—Muy bien. Ella le dijo hoy por la mañana a la enfermera que cuando abandonara el sanatorio se iría a Italia. Entonces la cosa termina para nosotros —Veber se restregó las manos—. ¡Que se preocupen de ella los médicos de allá! No me gusta que nadie se muera aquí. Esto siempre perjudica la reputación.

Ravic tocó el timbre de la puerta de la partera que había hecho la intervención a Lucienne. Un hombre de aspecto desaseado le abrió, al cabo de un rato. Al ver a Ravic dejó la puerta entreabierta.

—¿Qué quiere? —gruñó.

—Quiero hablar con Madame Boucher.

—Está ocupada.

—No importa. Esperaré.

El hombre iba a cerrar la puerta.

—Si no puedo esperarla dentro volveré dentro de un cuarto de hora —dijo Ravic—. Pero no solo. Vendré con alguien a quien ella tendrá que atender.

El hombre lo miró perplejo.

—¿Qué significa eso? ¿Qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dicho. Quiero hablar con Madame Boucher.

El hombre pareció reflexionar.

—Espere —dijo luego y cerró la puerta.

Ravic se quedó observando la gastada puerta de color pardo que ostentaba un buzón de lata y una chapa con el nombre. Un sinfín de miserias y angustias habría atravesado esa puerta. Todo ello a causa de unas cuantas leyes sin sentido, que obligaron a muchas vidas a dirigirse a los curanderos y no a los médicos. Pero con eso no se aumentaba la cifra de los nacimientos. El que no quería, encontraba un camino, legal o no. La única diferencia era que todos los años millares de madres se arruinaban para toda la vida.

La puerta se volvió a abrir.

—¿Es usted de la Policía? —preguntó el hombre barbudo.

—Si yo fuera de la Policía no estaría esperando aquí.

—Entre.

El hombre condujo a Ravic a través de un oscuro corredor hasta una habitación llena de muebles. Un sofá de pana, una cantidad de sillas doradas, una imitación de alfombra de Aubusson, una vitrina de nogal y en las paredes estampas del siglo pasado. Ante la ventana, un soporte metálico con una jaula y un canario dentro. Por doquier se veían porcelanas y chucherías.

Apareció Monsieur? —preguntó con tono indiferente, y se quedó parada.

Ravic se levantó.

—Vengo de parte de Lucienne Martinet. Usted le ha hecho una intervención.

—¡Tonterías! —contestó la mujer en seguida y completamente tranquila—. Yo no conozco a ninguna Lucienne Martinet y no practico intervenciones. O se equivocó o le mintieron.

Como si todo hubiese quedado arreglado, hizo ademán de marcharse. Pero no se marchó. Ravic continuaba esperando. Ella se dio vuelta.

—¿Algo más?

—La intervención salió mal. La joven tuvo una hemorragia y estuvo a punto de morir. Hubo que operar. Yo la operé.

—¡Mentira! —espetó la Boucher de repente—.

¡Mentira! ¡Estas ratas! ¡Quiéren arreglárselas ellas solas y después pretenden arrastrarla a una! ¡Pero yo les voy a enseñar! ¡Estas ratas! Mi abogado se encargará de todo.

Tengo buen nombre y pago mis impuestos y ahora veremos si esa pequeña desvergonzada, que se acuesta con cualquiera...

Ravic la observó fascinado. Durante esa explosión la cara de ella no había cambiado de expresión. Seguía tersa y bonita..., solamente la boca se había contraído y escupía palabras como una ametralladora.

—La muchacha exige poco —interrumpió a la mujer—. No pide más que el dinero que le pagó.

La Boucher se rio.

—¿Dinero? ¿Devolver? ¿Cuándo recibí yo algo de ella? ¿Tiene un recibo?

—Seguramente que no. Es claro que usted no puede dar recibos.

—Porque nunca la he visto. ¿Y acaso alguien se lo creará?

—Sí. Tiene testigos. La operación en la clínica del doctor Veber. El diagnóstico era evidente. Existe un protocolo.

—¡Usted puede tener mil protocolos! ¿Dónde dice que yo la he tocado? ¡Clínica! ¡Doctor Veber! ¡Es para morir de risa! ¡Esa rata tenía que ir a una clínica de primera! ¿No tiene otra cosa que hacer?

—Sí. Y bastante. Escuche. La chica le pagó trescientos francos. Puede demandarla por daños y perjuicios.

Se abrió la puerta. Entró el hombre desaseado.

—¿Ocurre algo, Adèle?

—No. ¿Daños y perjuicios? Si me demanda, primero la condenarán a ella. Primero a ella, con toda seguridad, porque ella admite que se le ha hecho una intervención. Que haya sido yo, lo tendrá que comprobar luego. Y no podrá.

El hombre desaseado gruñó.

—Calma, Roger —dijo Madame Boucher—. Puedes irte.

—Brunier está afuera.

—Bien. Dile que espere. Ya sabes...

El hombre asintió con un movimiento de cabeza y desapareció. Con él desapareció un intenso olor a coñac. Ravic olfateó.

—Esto es coñac añejo —dijo—. Por lo menos treinta o cuarenta años. Feliz él que lo puede beber ya por la tarde.

La Boucher lo miró consternada por un instante. Luego torció lentamente la boca.

—Es cierto. ¿Quiere uno?

—Cómo no.

A pesar de su obesidad, se acercó velozmente y sin hacer ruido a la puerta.

—¡Roger!

Apareció el hombre desaseado.

—¡Otra vez probaste el coñac bueno! ¡No mientas, que lo estoy oliendo! Trae la botella. ¡No hables, trae la botella!

Roger trajo la botella.

—Le serví uno a Brumer. Me obligo a beber con él.

La Boucher no contestó. Cerró la puerta y sacó de la vitrina de nogal una copa de cristal. Ravic la observó con repugnancia. Tenía grabada una cabeza de mujer. La Boucher sirvió y puso la copa delante de él, sobre la carpeta, que tenía unos pavos reales como adorno.

—Usted parece una persona razonable, caballero

—dijo.

Ravic no pudo menos que experimentar cierto respeto hacia ella. No era de hierro, como la había definido Lucienne; peor aún..., era de goma. El hierro se puede romper; la goma, no. La objeción respecto de la demanda de daños y perjuicios era acertada.

—Su operación salió mal —dijo—. Tuvo graves consecuencias. Eso debía ser razón bastante para que usted le devolviese el dinero.

—¿Devuelve usted el dinero cuando un paciente muere después de la operación?

No, pero a veces no aceptamos dinero por una operación. Como, por ejemplo, en el caso de Lucienne.

La Boucher lo miró.

—¿Entonces por qué hace tanto aspaviento? ¡Ya puede darse por satisfecha!

Ravic alzó la copa.

—Madame —dijo—, la felicito. Con usted no se puede.

La mujer puso lentamente la botella sobre la mesa.

—Caballero, ya lo han intentado muchos. Pero usted parece más razonable. ¿Cree usted que este negocio es una diversión? ¿O que es pura ganancia? De los trescientos francos tengo que darle casi cien a la Policía. ¿Cree usted que si no lo hiciera podría trabajar? Ahí afuera ya está otro que viene en busca de dinero. Hay que dar dinero; siempre hay que darlo, si no, es imposible. Esto se lo digo aquí, entre nosotros, y si se le ocurriese sacar provecho de ello, lo negaría y la Policía dejaría el asunto encarpetao, créamelo.

—Lo creo..

La Boucher le echó una rápida mirada. Al ver que había hablado sin ironía, acercó una silla y se sentó.

La acercó como si fuera una pluma; parecía tener una fuerza enorme bajo su grasa. Volvió a llenarle la copa con el coñac reservado para los sobornos.

—Trescientos francos le parecerán mucho dinero. Pero tengo que descontar más, aparte de la Policía. El alquiler —aquí, desde luego, más alto que en otro lado—; ropa, aparatos —a mí me cuestan dos veces más que a los médicos—, comisiones, sobornos —hay que estar a bien con todos—; bebidas, regalos para fin de año y para los cumpleaños de los funcionarios y de sus esposas... ¡Es bastante, caballero! A veces no queda nada.

—Contra eso no hay objeción.

—¿Y contra qué se puede decir algo?

—Que ocurra una cosa como la de Lucienne.

—¿A los médicos nunca les ocurre nada? —preguntó la Boucher rápidamente.

—No con tanta frecuencia.

—¡Caballero! —se irguió—. Yo soy franca. A todas las que vienen les digo que puede suceder algo imprevisto. Y ninguna se va. Me ruegan encarecidamente que lo haga. Gimen y se muestran desesperadas. Amenazan con suicidarse si no las ayudo. ¡Las escenas que se han desarrollado aquí! ¡Se han revolcado sobre la alfombra pidiéndome ayuda! ¿Ve la vitrina allí, en el borde, donde falta la pintura? Eso lo hizo una señora de muy buena posición al sentirse desesperada. Yo la ayudé. ¿Quiere ver otra cosa? En la cocina están las diez libras de mermelada de ciruelas que me mandó ayer. Como agradecimiento, a pesar de haber pagado. Yo le diré una cosa, caballero —la voz de la Boucher se hizo más alta y resonante—: ¡usted dirá que soy una curandera que se dedica a practicar abortos, pero hay otros para quienes soy una bienhechora y un ángel!

Se había levantado. Su quimono flotaba majestuosamente. El canario, como si hubiese recibido una orden, empezó a cantar. Ravic se puso también de pie. Tenía el sentido de lo melodramático, pero también sabía que la Boucher no exageraba.

—Bueno —dijo—, me voy. No se puede decir que haya sido una bienhechora para Lucienne.

—¡Usted tenía que haberla visto antes! ¿Qué más pretende? Está sana, se libró del embarazo... Yo creo que eso era todo lo que quería. Y no tiene que pagar la clínica.

—Nunca más podrá volver a tener un hijo.

La Boucher vaciló un segundo.

—¡Tanto mejor! —declaró luego sin emoción—. Estará encantada, la muy atolondrada.

Ravic comprendió que no había nada que hacer.

- *Au revoir*, Madame Boucher —dijo—. Sus explicaciones han sido muy interesantes.

Ella se le acercó a menos de un paso. A Ravic le hubiera gustado evitar el contacto de su mano. Pero ella ni pensaba en tendérsela. Bajó la voz confidencialmente.

—Usted es razonable, caballero. Más razonable que la mayoría de los médicos. Lástima que... —se interrumpió y lo miró alentadora—. A veces se necesita, para ciertos casos...

un médico razonable. Sería una gran ayuda...

Ravic no la contradijo. Quería oír más.

—Usted no saldría perdiendo —añadió la Boucher—. Precisamente en casos delicados... —lo observó como gato que pretende amar a los pájaros—. Hay clientes de mucha plata entre ellos, a veces... El pago, desde luego, por adelantado, y estamos seguros, completamente seguros de la Policía... Me supongo que unos cientos de francos extra le vendrán a usted bastante bien —le golpeó en el hombro—, un hombre tan bien parecido como usted... —Tomó la botella con amplia sonrisa—. Y, ¿qué le parece?

—Gracias —dijo Ravic, rechazando el ofrecimiento—. No quiero más. Yo no aguanto mucho —le costó bastante rechazarlo, pues el coñac era excelente. La botella no tenía etiqueta y provenía, con toda seguridad, de una bodega particular de primera categoría—. Lo otro lo pensaré. Volveré pronto. Me gustaría ver sus instrumentos. Quizás en eso le pueda dar algún consejo.

—Le mostraré mis instrumentos cuando vuelva. Y usted me mostrará sus papeles. Mi confianza a cambio de la suya.

—Usted ya me ha demostrado cierta confianza.

—Nada de eso —sonrió la Boucher—. Solamente le he hecho una proposición que puedo negar en cualquier momento. Usted no es francés, tiene acento extranjero, aunque habla muy bien. Y tampoco lo parece. Probablemente es refugiado —se sonrió más ampliamente y lo miró con sus ojos fríos—. No se le creería y más bien se le exigiría el diploma francés, que no posee. Allí en el patio está sentado un funcionario de la Policía. Si usted lo desea, puede denunciarme ahora mismo. No lo hará. Pero puede reflexionar sobre mi propuesta. Usted no me dará su nombre y su dirección, ¿verdad?

—No —dijo Ravic, sintiéndose derrotado.

—Ya me parecía —ahora sí, la Boucher se parecía a una gata, inmensa y satisfecha—. *Au revoir*, Monsieur. Reflexione sobre mi oferta. Ya he pensado otras veces en emplear a un médico refugiado.

Ravic se sonrió. Conocía el por qué. A un médico refugiado lo dominaría por completo. Si alguna vez sucediera algo, él sería el culpable.

—Lo pensaré —manifestó—. *Au revoir*, Madame.

Caminó a lo largo del oscuro corredor. Detrás de una de las puertas oyó gemir a alguien. Supuso que las piezas estarían amuebladas con literas. Las mujeres se quedarían un par de horas allí, antes de irse tambaleando a sus casas.

En el patio se encontraba un hombre delgado, de bigote recortado, de cutis color aceituna. Observó a Ravic detenidamente. A su lado estaba Roger. Tenía otra botella de coñac añejo sobre la mesa. Instintivamente trató de ocultarla al ver a Ravic. Luego se sonrió con una mueca y dejó caer la mano.

- *Bon soir, docteur* —dijo mostrando una dentadura manchada. Parecía haber estado escuchando a la puerta.

- *Bon soir*, Roger.

A Ravic le pareció conveniente tratarlo con familiaridad. En el transcurso de media hora la mujer inmovible que estaba allí adentro, casi lo había convertido de abierto enemigo en cómplice. Era un verdadero alivio no tener que tratar formalmente a Roger, el cual, de repente, después de todo aquello, tenía algo de sorprendentemente humano.

Abajo, en la escalera, tropezó con dos señoritas. Estaban mirando las puertas.

—Señor —preguntó luego una con decisión—, ¿vive Madame Boucher en esta casa?

Ravic titubeó. Pero, ¿qué objeto tenía decirles nada? Sería inútil. Irían igual. Tampoco les podría indicar otra cosa.

—En el tercer piso. Tiene una chapa en la puerta.

La esfera fosforescente del reloj relucía como un pequeño e improvisado sol en medio de la oscuridad. Eran las cinco de la mañana. Jeanne debía haber llegado a las tres. Aún era posible que llegara. También era posible que se hubiera sentido demasiado cansada y se hubiese ido directamente a su hotel.

Ravic volvió a tenderse para seguir durmiendo. Pero no se durmió. Se quedó largo rato mirando el techo, sobre el cual la cinta roja de un letrero luminoso, colocado en el techo de enfrente, aparecía a intervalos regulares. Se sintió vacío, sin saber por qué. Era como si el calor de su cuerpo lo estuviera abandonando gota a gota, sin destino, y como si su sangre deseara apoyarse en algo que no existía, y como si cayera hacia lo plácidamente desconocido. Cruzó las manos debajo de la cabeza y se quedó quieto. Ahora sabía que estaba esperando. Y sabía que no solamente su conciencia esperaba a Jeanne Madou, sino que también sus manos, sus venas y una rara ternura la estaban esperando.

Se levantó, se puso la bata y se sentó junto a la ventana. Sintió el calor de la suave lana sobre su piel. La bata era vieja; la había arrastrado durante muchos años. Había dormido con ella durante la fuga; se había calentado con ella en las frías noches españolas, cuando volvía mortalmente cansado del hospital a su barracón. Juana, de doce años, con ojos que parecían tener ochenta, había muerto bajo ella, en un hotel destrozado de Madrid, con el único deseo de poseer alguna vez una bata de una lana tan suave como ésa.

Miró alrededor. El cuarto, unos cuantos baúles, algunas cosas, varios libros releídos; un hombre necesita pocas cosas para vivir. Y era bueno no acostumbrarse a muchas cosas cuando se llevaba una vida intranquila. Había que abandonarlas siempre de nuevo, o dejar que se las quitaran. Había que estar pronto cada día para partir. Éste era el motivo por el cual había vivido solo; cuando se está de paso, no conviene poseer nada que lo pueda atar a uno. Nada que conmueva el corazón. La aventura..., pero nada más.

Miró la cama. Las sábanas, blancas y revueltas. No importaba que esperase. Muchas veces había estado esperando mujeres. Pero sintió que había sido otra clase de espera: sencilla, clara y brutal. A veces también con la ternura anónima que planteaba el deseo, pero nunca como hoy. Sin advertirlo, algo se había metido dentro de él. ¿Habría vuelto a renacer aquello? ¿Lo estaría conmoviendo de nuevo? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿No lo estaría llamando otra vez desde profundidades azules algo que ya había pasado; no estaría aspirando de nuevo el aliento de las praderas llenas de menta, con árboles sobre el horizonte, y el aroma de los bosques en primavera? No lo deseaba más. No deseaba poseer nada. No deseaba que alguien lo poseyera. Estaba de paso.

Se levantó y empezó a vestirse. Había que conservar la independencia. Todo empezaba con insignificantes concesiones. Uno no les daba importancia, y de repente se hallaba atrapado en la red de las costumbres. Costumbre, para la cual existían muchos nombres. Y amor era uno de ellos. No había que acostumbrarse a nada. Ni siquiera a un cuerpo.

No cerró la puerta. Si llegaba Jeanne Madou no lo encontraría. Si ella lo deseaba se podía quedar. Reflexionó un segundo: debía dejarle un mensaje. Pero no quería mentir; y tampoco quería decirle adonde iba.

Volvió alrededor de las ocho de la mañana. Al caminar en la fría mañana se había sentido despejado y libre. Pero entonces, frente al hotel, volvió a sentir la tensión.

Jeanne no estaba. Ravic trató de convencerse de que no había esperado otra cosa. Pero la pieza le pareció más vacía que de costumbre. Miró alrededor, buscando un indicio que revelara la presencia de ella. No encontró nada.

Tocó el timbre para llamar a la camarera. Ella vino al cabo de un rato.

—Quisiera tomar el desayuno —le dijo.

Ella lo miró. No dijo nada. Él tampoco le quiso preguntar nada.

—Café y *croissants*, Eve.

—Muy bien, señor Ravic.

Él miró la cama. Si Jeanne hubiese venido, no hubiera sido lógico esperar que se acostara en una cama revuelta y vacía. Era extraño comprobar cuán muerto se tornaba todo lo que tenía que ver con el cuerpo, cuando carecía de su calor —una cama, ropa, hasta un baño—. Se tornaba repugnante cuando perdía el calor.

Encendió un cigarrillo. Ella pudo haber supuesto que un paciente lo había llamado. Pero en ese caso, él podía haberle dejado un recado. De repente se creyó imbécil. Hábíase deseado seguir siendo independiente y no había hecho más que portarse desconsideradamente. Desconsiderado y tonto como un muchacho de dieciocho años que deseara convencerse a sí mismo de algo. Había mas dependencia en eso que si la hubiera esperado.

La camarera trajo el desayuno.

—¿Debo hacer la cama ahora? —preguntó.

—¿Por qué ahora?

—Sí es que desea dormir todavía. Se duerme mejor en una cama recién arreglada.

Lo miró con cara inexpresiva.

—¿Estuvo alguien? —preguntó él.

—No lo sé. Yo llegué a las siete.

—Eve —dijo Ravic—, ¿qué sensación se experimenta al arreglar todas las mañanas una docena de camas de gente extraña?

—Se puede aguantar, señor Ravic. Mientras los señores no desean otra cosa más. Pero siempre hay algunos que desean más. Y eso que los prostíbulos son tan baratos en París.

—Por la mañana no se puede ir a ningún prostíbulo, Eve. Y es por la mañana cuando algunos huéspedes se sienten más fuertes.

—Sí, especialmente los viejos —se encogió de hombros—. Una pierde la propina si no lo hace; eso es todo. Y hay algunos que después se quejan a cada rato: que el cuarto no está limpio o que una no los atiende debidamente. Da rabia, desde luego. No hay nada que hacer. Así es la vida.

Ravic sacó un billete.

—Hoy trataremos de hacernos la vida más sencilla, Eve. Vaya y cómprese un sombrero o un chaleco de lana.

Los ojos de Eve brillaban.

—Muchas gracias, señor Ravic. El día empieza bien. ¿Quiere que haga la cama más tarde?

—Sí.

Ella lo miró.

—Es una señora muy interesante —dijo—. La señora que suele venir ahora.

—Una palabra más y le quito el dinero. —Ravic la hizo salir, empujándola suavemente—. Los viejos verdes ya la están esperando. No los desilusione.

Se sentó a la mesa y comió. El desayuno no le gustó mucho. Se levantó y siguió comiendo de pie. Así le sabía mejor.

El sol aparecía rojo sobre los techos. El hotel estaba despertando. En el piso de abajo, el viejo Goldberg empezaba su concierto de la mañana. Tosía y graznaba como si tuviera seis pulmones. El refugiado Wiesenhoff abrió su ventana y silbó una marcha. En el piso de arriba corría el agua. Las puertas golpeaban. Solamente los españoles estaban tranquilos. Ravic se desperezó. La noche había pasado. La corrupción de la oscuridad había pasado. Decidió quedarse un par de días sólo.

Afuera los vendedores de diarios voceaban las noticias de la mañana. Incidentes en la frontera checa. Tropas alemanas en la línea de los Sudetes. El pacto de Munich en peligro.

El chico no gritó. No hizo más que mirar fijamente a los médicos. Todavía estaba tan atontado que no sentía dolor. Ravic echó una mirada sobre la pierna destrozada.

—¿Qué edad tiene? —preguntó a la madre.

—¿Cómo? —dijo la mujer sin entender.

—¿Qué edad tiene?

La mujer, que llevaba un pañuelo en la cabeza, movió los labios.

—¡La pierna! —exclamó—. ¡La pierna! Fue un camión.

Ravic auscultó el corazón.

—¿Ha estado enfermo antes?

—¡La pierna! —repitió la mujer—. ¡Pero si es la pierna!

Ravic se levantó. El corazón latía rápidamente como el de un pájaro, pero no comprobó nada alarmante. Tendría que observar al chico, al que encontraba macilento y raquítico, durante la anestesia. Había que empezar en seguida. La pierna destrozada estaba llena de barro.

—¿Me cortarán la pierna ahora? —preguntó el chico.

—No —contestó Ravic, sin estar convencido.

—Sería mejor amputarla y no dejar que me quede tiesa.

Ravic miró atentamente la cara precoz. Todavía no había ninguna señal de dolor en ella.

—Veremos —dijo—. Ahora tenemos que adormecerte. Es muy sencillo. No hay por qué tener miedo. Puedes estar tranquilo.

—Un momento, señor. El número es FO 2019. ¿Quiere apuntarlo para mi madre?

—¿Qué? ¿Qué, Jeannot? —preguntó la madre sobresaltada.

—Recuerda el número. El número del auto. FO 2019. Lo vi cerca de mí. Estaba la luz roja. El conductor tuvo la culpa —el chico empezó a respirar con dificultad—. El Seguro tiene que pagar. El número...

—Ya lo apunté —dijo Ravic—, tranquilízate. Lo apunté todo.

Le hizo señas a Eugénie para que empezara con la anestesia.

—Mi madre tiene que ir a ver a la Policía. El seguro tiene que pagar —gruesas gotas de sudor aparecieron repentinamente en su cara, como si hubiera estado bajo la lluvia—. Si me amputa la pierna, paga más... que si... queda tiesa...

Los ojos se hundían en unas ojeras azules, que aparecieron sobre la piel, como estanques sucios. El chico gimió y trató de decir algo rápidamente.

—Mi madre... no entiende... usted... ayudar.

No pudo más. Empezó a bramar sorda y contenidamente, como si dentro de él se encontrara un animal torturado.

—¿Qué sucede allá afuera en el mundo, Ravic? —preguntó Kate Hegstroem.

—¿Para qué lo quiere saber, Kate? Será mejor que piense en algo más agradable.

—Tengo la sensación de estar aquí desde hace semanas. Todo lo demás se halla lejos. Como hundido.

—Puede dejarlo tranquilamente hundido por un rato.

—¡No! Si no tendría miedo de que esta habitación fuera la última arca y de que debajo de la ventana ya estuviera apareciendo el diluvio. ¿Qué pasa afuera, Ravic?

—Nada nuevo, Kate. El mundo sigue fervientemente en sus preparativos de suicidio y trata, al mismo tiempo, de no darse cuenta de ello.

—¿Habrás guerra?

—Que habrá guerra lo sabemos todos. Lo que todavía no se sabe es cuándo. Todos esperan un milagro. —Ravic sonrió—. Yo nunca he visto a tantos estadistas que crean en milagros como los que ahora hay en Francia e Inglaterra. Y nunca tan pocos como en Alemania.

Ella se quedó un rato pensativa.

—Que eso sea posible... —dijo luego.

—Sí; parece tan increíble, que algún día tendrá que suceder. Justamente porque todos lo creyeron imposible y porque nadie se preparó. ¿Siente dolores, Kate?

—No tantos como para no poderlos soportar —se acomodó la almohada bajo la cabeza—. Quisiera salir de todo eso, Ravic.

—Sí —asintió él sin convicción—. ¡Quién no lo desearía!

—Si yo llego a salir de aquí, pienso ir a Italia. A Fiésolo. Allá tengo una vieja casa tranquila con jardín. Allá pienso quedarme un tiempo. Todavía hará fresco. Un sol pálido y alegre. A mediados los primeros lagartos sobre el muro del sur; de tarde, las campanas de Florencia, y de noche, la luna y las estrellas detrás de los cipreses. Hay libros en casa, un gran hogar de piedra y bancos de madera. Uno se puede sentar y mirar el fuego. Los morillos del hogar tienen un soporte sobre el cual uno puede colocar su vaso. Así se calienta el vino tinto. No hay hombres. Solamente un viejo matrimonio que cuida de todo.

Miró a Ravic.

—Muy bien —dijo él—. Tranquilidad, un fogón, libros y paz. Antes se consideraba esto como señal de burguesía. Hoy en día es el sueño de un paraíso perdido.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Quiero quedarme un tiempo allá. Un par de semanas. Quizás unos meses. No lo sé. Quiero tranquilizarme. Después vendré y volveré a América.

Ravic oyó cómo pasaban por el corredor con las bandejas de la cena. Algunos platos entrechocaban.

—Bien, Kate.

Ella vaciló.

—¿Podré volver a tener un hijo, Ravic?

—No en seguida. Primero tiene que ponerse mucho más fuerte.

—No quise decir eso. ¿Podré algún día? ¿Después de esta operación? ¿No es...?

—No —dijo Ravic—, no le extirpamos nada.

Ella respiró —hondamente.

—Era lo que quería saber.

—Pero tardará mucho tiempo todavía, Kate. Primero tiene que cambiar todo su organismo.

—No importa el tiempo —se alisó el cabello. La piedra de su mano brillaba en la oscuridad—. Es ridículo que se lo pregunte, ¿verdad?, precisamente ahora..,

—No. Eso sucede con frecuencia. Con mas frecuencia de lo que se piensa..

—De repente me siento harta de todo. Quiero volver y casarme, correctamente, a la antigua, tener hijos y sentirme tranquila, cantarle loas a Dios y amar la vida..

Ravic miró por la ventana. Había un arrebol sobre los techos. Los letreros se ahogaban en él como sombras sin sangre.

—Esto debe parecerle tonto, después de todo lo que sabe de mí —dijo Kate Hegstroem detrás de él.

—No, en absoluto, Kate.

Jeanne Madou llegó a las cuatro de la madrugada. Ravic despertó al oír el ruido de la puerta. Había dormido y no la había esperado. La vio parada en la puerta. Trataba de atravesarla con un brazo cargado de crisantemos gigantes. No le veía la cara. reía solamente su silueta y las flores.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Un bosque de crisantemos? ¿Qué diablos significa esto?

Jeanne logró pasar las flores y las arrojó sobre la cama. Las flores estaban húmedas, frescas, y las hojas oían fuertemente a otoño y a tierra.

—Regalos —explicó ella—. Desde que te conocí, empecé a recibir regalos.

—Sácalas. Todavía no he muerto. Yacer bajo flores y crisantemos, para más..., así, la vieja y buena cama de «Hotel Internacional» parece un féretro.

—¡No! —Jeanne recogió las flores con un movimiento brusco y las arrojó al suelo—. ¡No hables así! ¡Nunca!

Ravic la miró. Había olvidado las circunstancias en que la conociera.

—Olvidalo —dijo—. Lo dije sin pensar.

—Nunca vuelvas a hablar así, ni siquiera en broma. Prométemelo.

Sus labios temblaban.

—Pero, Jeanne —dijo él—, ¿realmente esto te asusta tanto?

—Sí. Es más que susto. Es algo que no puedo especificar.

Ravic se levantó.

—Jamás volveré a hacer bromas sobre esto. ¿Estás contenta ahora?

Ella asintió, pegada a su hombro.

—No sé lo que es. Simplemente no puedo soportar. Es como si cada uno de los brazos me estuviera esperando en algún lugar —se apretó contra él—. No lo permitas.

Ravic la estrechó fuertemente en sus brazos.

—No, no lo permitiré.

Ella volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

—Tú sí que puedes...

—Sí —dijo él con una voz llena de tristeza e ironía, pensando en Kate Hegstroem—. Yo puedo, seguramente que sí...

Ella tocó su brazo con suavidad.

—Estuve ayer...

Ravic no se movió.

—¿Estuviste?

Él se calló. ¡Cómo cambiaban las cosas! ¡Qué tonto había sido! Esperar o no esperar, ¿para qué todo eso? Un juego tonto con alguien que no estaba jugando.

—Tú no estabas.

—No.

—Sé que no debería preguntarte dónde estuviste...

—No.

Se separó de él.

—Quisiera bañarme —dijo con voz cambiada—. Tengo frío. ¿Podré hacerlo todavía? ¿O despertaría al hotel entero?

Ravic sonrió.

—No te preocupes por las consecuencias si quieres hacer algo. Si no, no lo harás nunca.

Ella lo miró.

—En cosas insignificantes sí que se debe preguntar. En las importantes, nunca.

—También es cierto.

Ella fue al cuarto de baño e hizo correr el agua. Ravic se sentó junto a la ventana y sacó un paquete de cigarrillos. Afuera, sobre los techos, se veía el reflejo rojo de la ciudad, en el cual remolineaba silenciosamente la nieve. Por la calle pasó un taxi ruidosamente. Los crisantemos lucían pálidamente sobre el piso. Sobre el sofá se veía un periódico. Él lo había traído esa noche.

Luchas en la frontera checa, luchas en China, un ultimátum, un gabinete caído.

Tomó el diario y lo colocó bajo las flores.

Jeanne salió del cuarto de baño. Había recuperado el calor y se acucilló a su lado en el suelo, entre las flores.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó.

Él le tendió un cigarrillo.

—¿Estás segura de que realmente lo deseas saber?

—Sí.

Él titubeó.

—Estuve aquí —dijo luego—, y estuve esperándote. Creí que ya no vendrías y entonces me fui.

Jeanne esperaba. Su cigarrillo relució en la oscuridad y se apagó.

—Eso es todo —dijo Ravic.

—¿Fuiste a beber?

Jeanne se volvió hacia él y lo miró.

—Ravic —dijo—, ¿es cierto que te fuiste por eso?

—Sí.

Puso sus brazos sobre las rodillas de él. Él sintió su calor a través de la bata. El calor de ella y el calor de la bata, que le eran más conocidos que algunos años de su vida, y le pareció repentinamente que ya hacía tiempo que los dos se pertenecían y que Jeanne había vuelto desde algún lugar de su existencia.

—Ravic, yo he venido todas las noches. Tú debías saber que vendría ayer también. ¿No te habrás ido porque no deseabas verme?

—No.

—Si no me quieres ver, puedes decírmelo tranquilamente.

—Te lo diría.

—¿No fue por eso?

—No, ciertamente no fue por eso.

—Entonces me siento feliz.

Ravic la miró.

—¿Qué dices?

—Que me siento feliz —repitió ella.

Él quedó un rato silencioso.

—¿Sabes bien lo que estás diciendo? —le preguntó luego.

—Sí.

La luz mortecina de afuera se reflejaba en sus ojos.

—No hay que decirlo frívolamente, Jeanne.

—No lo digo frívolamente.

—Felicidad —dijo Ravic—, ¿cuándo empieza y cuándo termina?

Su pie chocó con los crisantemos. «Felicidad —pensó—. Los horizontes azules de la juventud. La áurea balanza de la vida. ¡Felicidad! ¡Dios mío!, ¿dónde había quedado eso?»

—Empieza contigo y termina contigo —dijo Jeanne—. Es muy sencillo.

Ravic no respondió. «¿Qué es lo que estás hablando?», pensó.

—Dentro de unos minutos me dirás que me amas —dijo luego.

—Te amo.

Él hizo un movimiento.

—Apenas me conoces.

—¿Qué tiene que ver?

—Mucho. Amar... es desear pasar toda la vida con alguien.

—De eso no sé nada. Es no poder vivir sin alguien, eso lo sé.

—¿Dónde está el calvados?

—Sobre la mesa. Te lo iré a buscar. Quédate sentado.

Ella trajo la botella y un vaso y lo puso en el suelo, entre las flores.

—Yo sé que no me quieres —dijo.

—Entonces sabes más que yo...

Ella levantó la vista rápidamente.

—Me querrás.

—Bien. Bebamos por eso.

—Espera.

Llenó el vaso y loapuró. Luego lo volvió a llenar y se lo alcanzó a él. Ravic lo tomó y lo tuvo un momento.

«Todo esto no es cierto —pensó—. La mitad de un sueño en la noche que está marchita. Palabras dichas en la oscuridad... ¿cómo pueden ser ciertas? Las verdaderas palabras necesitan mucha luz.»

—¿De dónde sabes tan bien esas cosas? —preguntó.

—Porque te amo.

«¡Cómo maneja esta palabra! —pensó Ravic—. Sin escrúpulos, como una fuente vacía. La llena con algo y lo llama amor. ¡Con cuántas cosas la ha llenado ya! ¡Miedo de estar

la, excitación sobre un otro y acrecentamiento del orgullo, brillante espejismo de la fantasía! Pero, ¿quién conoce la realidad? ¿No será lo que acabo de decir, lo de pasar toda la vida juntos, lo más tonto de todo? ¿No tendrá más razón ella con su despreocupación? ¿Y por qué estoy yo sentado aquí, en una noche de invierno, entre guerra y guerra, como maestro de escuela, analizando palabras? ¿Por qué me resisto en lugar de arrojarme, aunque sea sin fe?»

—¿Por qué te resistes? —preguntó Jeanne.

—¿Cómo?

—¿Por qué te resistes? —repetió ella.

—Yo no me resisto... ¿contra qué me iba a resistir?

—No lo sé. Algo en tu persona está cerrado y no quieres que nadie penetre.

—Ven —dijo Ravic—, dame un poco más de beber.

—Soy feliz y querría que tú también lo fueses. Soy completamente feliz. Despierto contigo y me acuesto contigo. No sé nada más. Mi cabeza es como de plata, cuando pienso en nosotros, y a veces como un violín. Las calles están llenas de música y, de vez en cuando, siento hablar a los hombres y, como en el cine, pasan las vistas pero la música queda. Queda siempre.

«Hace un par de semanas todavía eras desdichada —pensó Ravic— y no me conocías. ¡Qué felicidad ligera!» Apuró el vaso de calvados.

—¿Has sido feliz muy a menudo? —preguntó.

—No muy a menudo.

—¿Pero a veces sí? ¿Cuándo sentiste por última vez como si fuera tu cabeza de plata?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por preguntar algo. Sin motivo.

—Ya lo olvidé. No lo quiero saber más. Era distinto.

—Siempre es distinto.

Ella le sonrió. Su rostro era claro y abierto como flor de pocos pétalos que no oculta nada.

—Hace dos años —dijo—. No duró mucho. En Milán.

—¿Estabas sola aquella vez?

—No. Estaba con otro. Él era muy desgraciado y celoso y no lo entendió.

—Seguramente que no.

—Tú lo entenderías. Me hacía escenas terribles —se acomodó, tomó una almohada del sofá y la colocó tras la espalda. Luego se recostó contra el sofá—. Me insultaba. Decía que yo era una mujercuela, infiel y mal agradecida. No era cierto. Le había sido fiel mientras lo amaba. Él no se daba cuenta de que ya no lo amaba.

—De eso no nos damos cuenta nunca.

—Sí, tú te darías cuenta. Pero a ti te amaré siempre. Eres distinto a los otros y todo es distinto con nosotros. Él me quería matar —se rió—. Siempre la quieren matar a una. Un par de meses después me hubiera querido matar el otro. Nunca lo hacen. Tú nunca me matarías.

—Únicamente con calvados —dijo Ravic—. Dame la botella. Gracias a Dios la conversación se está tornando más humana. Hace dos minutos estaba asustándome.

—¿Porque te amo?

—No empecemos de nuevo. Es como pasear vestidos con faldón y peluca. Estamos juntos... por un período corto o largo, ¡quién sabe! Estamos juntos y eso basta. ¿Para qué necesitamos etiqueta?

—Por un período corto o largo no me gusta. No son más que palabras. Tú no me abandonarás. Esto tampoco es más que palabras, y tú lo sabes.

—Desde luego. ¿Te abandonó alguna vez alguien a quien amabas?

—Sí —lo miró—. Uno de los dos siempre abandona al otro. A veces el otro es más rápido.

—¿Y qué hiciste?

—¡Todo! —Tomó el vaso de mano de Ravic y bebió el resto—. ¡Todo! Pero no sirvió de nada. Me sentía terriblemente infeliz.

—¿Mucho tiempo?

—Una semana.

—No es mucho.

—Es una eternidad cuando una es verdaderamente infeliz. Era tan infeliz con todo lo que soy, que después de una semana todo estaba agotado. Mi cabello era infeliz, mi piel, mi cama; hasta mis vestidos. Estaba tan llena de desgracia que ninguna otra cosa existía para mí. Y cuando ya no existe ninguna cosa más, la desgracia empieza a dejar de ser desgracia porque ya no queda nada con qué compararla. Luego no queda más que un agotamiento completo. Y después pasó. Lentamente se empieza a vivir de nuevo.

Le besó la mano. Él sintió sus labios suaves y cautos.

—¿Qué estás pensando? —preguntó ella.

—Nada —dijo él—. Nada; solamente que eres salvajemente inocente. Corrompida por un lado y pura por el otro. Lo más peligroso que existe en el mundo. Dame el vaso. Quiero beber a la salud de mi amigo Morosow, el conocedor del corazón humano..

—No me gusta Morosow. ¿No podríamos beber por otra cosa?

—Desde luego que no te gusta. Tiene buena vista. Bebamos a tu salud.

—¿A la mía?

—Sí, a la tuya.

—No soy peligrosa —dijo Jeanne—. Estoy en peligro pero no soy peligrosa.

—Es lógico que lo creas así. A ti nunca te sucederá nada. *Salute!*

- *Salute!* Pero no me comprendes.

—¿Quién desea comprender? De ahí provienen todos los errores del mundo. Alcánzame la botella.

—¡Cuánto bebes! ¿Por qué quieres beber tanto?

—Jeanne: llegará el día en que tú dirás: «¡Demasiado! Bebes demasiado», y creerás que lo estás diciendo para mi bien. Pero en realidad sólo tratarás de impedir mis excursiones a una zona que no está a tu alcance. *Salute!* Hoy estamos festejando. Nos hemos escapado victoriosamente del peligro de comportarnos patéticamente, que asomaba amenazante delante de la ventana. Lo hemos aniquilado comportándonos patéticamente. *Salute!*

Sintió cómo ella temblaba. La chica se incorporó, se apoyó con las manos en el suelo y lo miró. Sus ojos estaban muy abiertos, el albornoz dejaba al descubierto sus hombros, tenía el cabello echado sobre la nuca y, en la oscuridad, parecía una grácil y joven leona.

—Ya sé —dijo tranquila—, te estás riendo de mí; lo sé y no me importa. Siento que estoy viviendo; lo siento con todo mi ser; mi aliento es distinto, mi sueño ha dejado de ser muerto, mis coyunturas han vuelto a tener sentido, mis manos ya no están vacías y me da lo mismo lo que tú puedas decir o pensar sobre esto; me dejo volar, me dejo correr, me entrego, sin reflexionar, y soy feliz y no tengo ni perjuicio ni miedo de decirlo, aunque tú te rías y te burles de mí...

Ravic permaneció callado unos instantes.

—No me burlo de ti —dijo luego—. Me estoy burlando de mí, Jeanne...

Ella se apoyó contra él.

—¿Por qué? Hay algo detrás de tu frente que no quiere. ¿Por qué?

—No hay nada que yo no quiera. Pasa solamente que soy más lento que tú.

Ella movió la cabeza.

—No es sólo eso. Ahí hay algo que desea permanecer solo. Lo siento. Es como una barrera.

—No existe ninguna barrera. Existe únicamente quince años de vida más de los que tú tienes. No todas las vidas son como una casa, que le pertenece a uno y que uno va decorando cada vez más con los muebles del recuerdo. Algunos viven en hoteles, en muchos hoteles. Los años se cierran detrás de ellos como las puertas de los hoteles... y lo único que persiste es un poco de coraje y nada de lástima.

Ella se quedó un rato sin contestar. Él no sabía si lo había escuchado. Miró por la ventana, sintiendo con tranquilidad el penetrante calor del calvados. El latir de los pulsos cesaba y se convertía en largo silencio, en el cual callaba el tictac de las ametralladoras del tiempo, que pasaba sin descanso. La luna se alzó nebulosa y roja sobre los techos, como la cúpula de una mezquita medio hundida entre las nubes, que surgiera lentamente, mientras la tierra se hundía en la nevada.

—Yo sé —dijo Jeanne al cabo de un rato, con las manos sobre las rodillas de él y la barbilla apoyada sobre sus manos— que es tonto contarte estas cosas de mi pasado. Podría callar o mentir, pero no quiero hacerlo. ¿Por qué no contarte todas las cosas de mi vida y por qué aumentar el peso de ellas? Prefiero darles menos importancia, pues ahora me parecen ridículas y no las comprendo y tú debieras reírte de ellas y hasta de mí.

Ravic la miró. Las rodillas de ella aplastaban las grandes flores blancas contra el periódico que él había puesto debajo. «Es una noche extraña —pensó—. En algún lado están disparando, hay hombres que son cazados, encerrados, torturados y asesinados y un pedazo pacífico del mundo es pisoteado, y uno está aquí, lo sabe y no lo puede remediar, y en los *bistros* iluminados bulle la vida, nadie se preocupa, los hombres se van a acostar tranquilos y yo estoy aquí con una mujer, entre pálidos crisantemos, con una botella de calvados, y la sombra del amor surge estremecida, extraña y triste, sola también ella, desterrada del seguro jardín de lo pasado, huraña, salvaje y ligera, como sino tuviera derecho...»

—Jeanne —dijo lentamente y queriendo decir otra cosa—, es hermoso que estés aquí.

Ella lo miró. Él le tomó las manos.

—¿Comprendes tú lo que significa? Más que miles de palabras...

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Sus ojos se habían llenado repentinamente de lágrimas.

—No significa nada —dijo ella—. Lo sé.

—No es cierto —respondió Ravic y sabía que era cierto.

—No. Nada. Tienes que amarme, querido, eso es todo.

Él no contestó.

—Me tienes que amar —repitió ella—. Si no, estoy perdida.

«Perdida —pensó él—, ¡Con cuánta ligereza lo dice! El que realmente está perdido ya no habla.»

—¿Me amputó la pierna? —preguntó Jeannot.

La sangre había abandonado su rostro demacrado y blanco como un papel. Las pecas resaltaban oscuras como si no formaran parte de él, sino como si alguien lo hubiera salpicado con pintura. El muñón estaba rodeado por una canasta de alambre sobre la cual habían echado la manta.

—¿Sientes dolores? —preguntó Ravic.

—Sí. En la pierna. La pierna me duele mucho. Ya le pregunté a la enfermera. La vieja bruja no me lo quiere decir...

—Tu pierna ha sido amputada —dijo Ravic.

—¿Por arriba o por debajo de la rodilla?

—Diez centímetros más arriba. La rodilla estaba deshecha y no hubo manera de salvarla.

—Bien —dijo Jeannot—. Eso significa un quince por ciento más para el Seguro. Muy bien. Una pierna artificial es una pierna artificial, ya sea por arriba o por debajo de la rodilla. Pero el quince por ciento es algo que uno se puede meter en el bolsillo todos los meses —vaciló—. Será mejor que todavía no se lo diga a mi madre. Ella no lo puede ver con esta jaula de loros que tengo sobre el muñón.

—No le diremos nada, Jeannot.

—El Seguro me tendrá que pagar una renta durante toda la vida. ¿No es cierto?

—Creo que sí.

En la cara descolorida se dibujó una mueca.

—Quedarán asombrados. Tengo trece años. Así tendrán que pagar durante mucho tiempo. ¿Sabe usted ya que Compañía de Seguros es?

—Todavía no. Pero tenemos la matrícula del automóvil. Tú lo habías recordado. La Policía ya estuvo aquí; quiere interrogarte. Esta mañana todavía estabas durmiendo. Quieren volver esta noche.

Jeannot quedó pensativo.

—Testigos —dijo luego—. ¿Será importante que tengamos testigos? ¿Tenemos algunos?

—Creo que tu madre tiene dos direcciones. Ella tenía el apunte en la mano.

El chico se puso nervioso.

—Lo perderá. Si no lo ha perdido ya. Usted sabe cómo es la gente de edad. ¿Dónde está ahora?

—Tu madre pasó toda la noche y hoy hasta el mediodía sentada al lado de tu cama. Hace poco conseguimos que se fuera. Volverá pronto.

—Ojalá lo tenga todavía. La Policía... —hizo un gesto débil con la mano macilenta—. ¡Ladrones! —murmuró—. Todos ladrones. Se las entienden con las Compañías de Seguros. Pero teniendo buenos testigos... ¿Cuándo vuelve?

—Pronto. No te excites por eso. Ya se arreglará todo.

Jeannot movió la boca como si estuviera mascando algo.

—Á veces suelen pagar todo el dinero junto. Como indemnización, en lugar de una renta. Con eso podríamos establecer un negocio mi madre y yo.

—Ahora descansa —dijo Ravic—. Tendrás tiempo para pensar.

El chico movió la cabeza.

—Sí —repitió Ravic—. Tienes que estar descansado cuando venga la Policía.

—Sí, es cierto. ¿Qué debo hacer?

—Dormir.

—Pero luego...

—Ya te despertarán.

—Estaba la luz roja. Estoy seguro.

—Seguramente. Y ahora trata de dormir un poco. Aquí tienes un timbre por si necesitas algo.

—Doctor...

—¿Sí? —Ravic se dio vuelta.

—Si todo sale bien... —Jeannot estaba acostado entre sus almohadas y algo parecido a una sonrisa pasó sobre su cara precoz y tensa—. A veces uno tiene suerte, ¿no?

La tarde era húmeda y calurosa. Algunas nubes aisladas pasaban a poca altura sobre la ciudad. Delante del restaurante «Fouquet» habían colocado unas estufas de coque redondas. Una cuantas mesas y sillas estaban alrededor. En una se encontraba Morosow. Llamó a Ravic.

—Ven, bebe algo conmigo.

Ravic se sentó a su lado.

—Pasamos demasiado tiempo sentados en las habitaciones —declaró Morosow—. ¿Nunca te llamó la atención?

—Pero tú, no. Si estás continuamente en la calle, delante del «Schéhérazade».

—Viejo, deja tu pobre lógica. De noche soy una especie de puerta con dos piernas que lleva al «Schéhérazade», pero no un hombre que está al aire libre. Vivimos demasiado en las habitaciones, te digo. Pensamos demasiado en las habitaciones. Amamos demasiado en las habitaciones. Desesperamos demasiado en las habitaciones. ¿Puede uno estar desesperado al aire libre?

—¡Ya lo creo! —exclamé.

—Solamente porque se vive demasiado en las habitaciones. No cuando uno está acostumbrado. La desesperación en el campo es distinta de la de un departamento de dos piezas y cocina. También es más cómoda. ¡No me contradigas! La contradicción demuestra la estrechez del espíritu occidental. ¿Quién pretende tener razón? Hoy tengo mi noche libre y quiero sentir la vida. Además, también bebemos demasiado en las habitaciones.

—También orinamos demasiado en las habitaciones.

—A mí déjame en paz con tu ironía. Los hechos de la existencia son simples y triviales. Sólo nuestra fantasía les da vida. Convierte a las estacas de colgar ropa de las realidades en mástiles de los sueños. ¿Tengo razón?

—No.

—Seguramente que no. Ni lo pretendo.

—Desde luego, tienes razón.

—Bien, hermano. También dormimos demasiado en los cuartos. Nos convertimos en muebles. Las casas de piedra han roto nuestra espina dorsal. Nos hemos convertido en sofás ambulantes, tocadores, cajas fuertes, contratos de alquiler, recibidores de soldo, cacerolas y gabinetes higiénicos.

—Es cierto. En lemas ambulantes de algún partido, en fábricas de municiones, en institutos de ciegos y en manicomios.

—No me interrumpas continuamente. Bebe, calla y vive, asesino del bisturí. Mira en qué nos hemos convertido. Por lo que yo sé, solamente los antiguos griegos tenían dioses en la bebida y de la alegría de vivir, Baco y Dioniso. Nosotros en cambio tenemos a Freud, complejos de inferioridad y psicoanálisis..., miedo de las palabras demasiado grandes en el amor y palabras demasiado grandes en la política. ¡Una generación triste!

Morosow pestañeó. Ravic también pestañeó.

—Eres un viejo y buen cínico soñador —dijo.

Morosow sonrió haciendo una mueca.

—Y tú miserable romántico sin ilusiones..., llamado Ravic durante un corto período sobre la Tierra.

—Durante un período muy corto. En cuanto a los nombres, ésta ya es mi tercera vida. ¿Es esto vodka polaco?

—Estonio. De Riga. El mejor. Sírvete y después quedémonos aquí sentados mirando la avenida más hermosa del mundo, alabando esta tibia noche y escupiéndole en el hocico a la desesperación.

El fuego crepitaba en las estufas de coque. Un hombre con un violín se detuvo en el borde de la acera, y empezó a tocar *Auprés de ma blonde*. Los transeúntes lo empujaban; el arco rascaba, pero el hombre seguía tocando como si estuviese solo. El violín sonaba agudo y hueco; parecía tener frío. Dos marroquíes iban de mesa en mesa, ofreciendo alfombras de una seda artificial de colores chillones.

Los vendedores de periódicos pasaban con las últimas ediciones. Morosow compró el *Paris Soir* y el *Intransigeant*. Leyó los títulos y luego los puso a un lado.

—¡Falsificadores! —gruñó—. ¿Te has dado cuenta de que estamos viviendo en la época de los falsificadores?

—No. Pensaba que estamos viviendo en la época de las conservas.

—¿Conservas? ¿Cómo?

Ravic señaló los diarios.

—Ya no tenemos necesidad de pensar. Todo está pensado, mascado y sentido de antemano. Conservas. Prontas para ser abiertas. Enviadas a domicilio tres veces por día. Ya

no queda nada que uno pueda dejar crecer sobre el fuego de las preguntas o hervir en el fuego de las dudas y las ansias. Conservas —sonrió sarcásticamente—. Nuestra vida no es fácil, Boris. Solamente es barata.

—Vivimos como falsificadores. —Morosow tomó los diarios—. Mira esto. Construyen en fábricas de armas porque desean la paz; sus campos de concentración, porque aman la verdad; con la palabra justicia cobijan a todo furor partidario; gángsters políticos son redentores, y la libertad es la palabra omnipotente para toda esa ansia de poder. ¡Falsa moneda! ¡Falsa moneda espiritual! La mentira como propaganda. Maquiavelismo de cocina. El idealismo en las manos del hampa. Si por lo menos fueran francos... —hizo un rollo con los diarios y los arrojó lejos.

—También leemos demasiados diarios en las habitaciones —dijo Ravic.

Morosow rió.

—Desde luego. En el campo los necesitamos nada más que para hacer fuego...

Se interrumpió y notó que Ravic ya no estaba a su lado. Se había levantado de un salto y trataba de abrirse paso por en medio de la multitud agolpada delante del café, en dirección a la avenida George V. La sorpresa de Morosow duró sólo un instante. Luego sacó dinero del bolsillo, lo tiró en el platillo de su vaso y siguió a Ravic. No estaba al tanto de lo que sucedía, pero de todos modos lo persiguió para estar presente cuando lo necesitara. No vio a ningún policía. Tampoco notó que ningún policía secreto siguiera a Ravic. La acera estaba repleta de gente. «Mejor para él —pensó Morosow—. Si un policía lo hubiera reconocido le habría sido fácil escapar.» Lo volvió a ver sólo al llegar a la avenida George V. La dirección del tránsito cambiaba justamente en ese momento y las filas de automóviles iban hacia delante. A pesar de todo, Ravic intentó cruzar la calle. Un taxi estuvo a punto de atropellado. El chófer echó una maldición y Morosow lo agarró del brazo haciéndolo retroceder.

—¿Te has vuelto loco? —gritó—. ¿Quieres suicidarte? ¿Qué te pasa?

Ravic no contestó. Miraba fijamente hacia la acera de enfrente. El tránsito era muy denso. Un coche tras otro, en cuatro filas. Era imposible pasar. Ravic estaba parado en el borde de la acera, inclinado hacia delante y mirando al otro lado.

Morosow lo sacudió:

—¿Qué ocurre? ¿Policía?

—No. —Ravic no dejaba de observar los coches que pasaban.

—¿Qué ocurre, qué ocurre, Ravic?

—Haake...

—¿Qué? —los ojos de Morosow se contrajeron—. ¿Cómo es? ¡Rápido!

—Sobretudo gris...

El silbato estridente del policía de tránsito sonó desde el centro de los Campos Elíseos. Ravic se precipitó entre los últimos coches. Un sobretudo de color gris oscuro; eso era todo lo que sabía. Cruzó la avenida George V y la calle de Bassano. Repentinamente había docenas de sobretodos grises.

Maldecía y seguía atropellando lo más rápido que podía. En la calle de Galilée el tránsito estaba detenido. La cruzó apresuradamente y siguió forcejeando a través de la masa humana a lo largo de los Campos Elíseos. Llegó a la calle de Pressburg, la cruzó corriendo y se paró de golpe; delante de él se encontraba la plaza de L'Étoile, inmensa, desconcertante, llena de vehículos, con bocacalles hacia todos lados. ¡Se terminó! Aquí no se podía encontrar nada más.

Se dio vuelta lentamente, observando todavía las caras de la multitud; pero la excitación lo había abandonado. De repente se sintió muy vacío. O se había equivocado o Haake se le había escapado por segunda vez. ¿Pero puede uno equivocarse dos veces? ¿Puede desaparecer dos veces sin dejar rastro? Todavía quedaban las calles laterales. Haake podía haber doblado. Miró a lo largo de la calle Pressburg. Coches y más coches, hombres y más hombres. La hora más agitada de la noche. No tenía objeto seguir buscando en ella. Otra vez tarde.

—¿Nada? —inquirió Morosow, acercándosele.

Ravic negó con la cabeza.

—Posiblemente haya vuelto a ver fantasmas.

—¿Lo reconociste?

—Creo que sí. Hasta este momento. Ahora... ya no sé nada.

Morosow lo miró.

—Hay muchas caras que se parecen.

—Sí, y algunas que no se olvidan jamás.

Ravic se detuvo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Morosow.

—No sé. ¿Qué quieres que haga?

Morosow miró a la multitud.

—Maldita sea. Justo a esta hora. Cierre de comercios. Todo lleno...

—Sí...

—¡Y además esa luz! Está casi oscuro. ¿Lo viste bien?

Ravic no respondió.

Morosow lo tomó por el brazo.

—Escucha —dijo—, seguir corriendo por avenidas y bocacalles ya no tiene objeto. Si estás en una, te parecerá que él está en la próxima. No tienes probabilidades. Volvamos a lo de «Fouquet». Es el mejor lugar. Desde allí puedes observar mejor que corriendo. Si llega a volver, lo tienes que ver desde allí.

Se sentaron a una mesa del borde, que dejaba la vista libre hacia dos lados. Permanecieron allí mucho tiempo.

—¿Qué harías si llegaras a encontrarlo? —interrogó Morosow finalmente—. ¿Ya lo sabes?

Ravic movió la cabeza.

—Piénsalo. Es mejor saberlo de antemano. No tiene objeto ser sorprendido y hacer disparates. Especialmente en tu situación. Creo que no querrás ir a la cárcel por unos cuantos años.

Ravic alzó la vista. No respondió. Se limitó a mirar a Morosow.

—En mi caso, también me daría lo mismo —dijo Morosow—. En mi caso... Pero no me da lo mismo en el tuyo. ¿Qué hubieras hecho si hubiese sido él y si lo hubieras alcanzado en la esquina?

—No lo sé, Boris. Realmente no lo sé.

—No estás armado, ¿verdad?

—No.

—Si lo hubieras atacado, sin premeditación, os hubieran separado en un minuto. Ahora estarías detenido y él probablemente no tendría más que un par de moretones. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Ravic miró hacia la calle.

Morosow reflexionó.

—A lo sumo podrías haber intentado arrojarlo debajo de un coche, en un cruce. Pero eso también hubiera sido una cosa insegura. Podría haber salido con unos rasguños.

—No pienso arrojarlo debajo de un automóvil. —Ravic miró hacia la calle.

—Ya lo sé. Yo tampoco lo haría.

Morosow quedó callado un rato.

—Ravic —dijo luego—, si fue él y lo llegas a encontrar, tienes que estar completamente seguro, ya lo sabes. Tienes una sola probabilidad.

—Sí, lo sé. —Ravic seguía mirando hacia la calle.

—Si llegas a verlo, sigúelo. Nada más. Limitate a seguirlo. Averigua dónde vive. Nada más. El resto puedes pensarlo más tarde. No te apresures. No hagas ningún disparate. ¿Me escuchas?

—Sí —dijo Ravic ausente, mirando hacia la calle.

Un vendedor de pistacho se acercó a la mesa. Lo siguió un chico con ratones artificiales. Los hizo subir por su manga y luego bailar sobre el mármol de la mesa. El violinista apareció por segunda vez y tocó: *Parlez moi d'amour*. Llevaba sombrero. Una vieja de nariz sifilítica ofreció violetas.

Morosow miró su reloj.

—Las ocho —dijo—. Es inútil seguir esperando, Ravic. Ya hace más de dos horas que estamos sentados aquí. El hombre ya no vuelve a esta hora. En este momento todos los hombres de Francia están cenando.

—Puedes irte tranquilo, Boris. Al fin y al cabo, ¿por qué tienes que quedarte aquí conmigo?

—Eso no tiene nada que ver. Puedo quedarme aquí contigo todo el tiempo que deseemos. Pero lo que no quiero es que te vuelvas loco. Es inútil que te quedes aquí esperando.

La probabilidad de encontrar a Ravic en todas partes. Por el contrario; es ahora mayor en cualquier restaurante, en cualquier *boîte*, en cualquier prostíbulo.

—Lo sé, Boris.

Morosow puso su mano grande y velluda sobre el brazo de Ravic.

—Ravic —dijo—, escúchame: si es tu destino encontrar al hombre, lo encontrarás... y si no, puedes esperarlo durante años. Ya sabes lo que quiero decir. Ten los ojos abiertos... siempre. Y estás preparado para todo. Pero aparte de esto, sigue viviendo como si estuvieras equivocado. Quizá lo hayas hecho. Es lo único que puedes hacer. Si no te arruinas. Yo también he pasado por esto, hace aproximadamente veinte años. A cada momento creía ver a alguno de los verdugos de mi padre. Alucinaciones —apuró el resto de su vaso—. Malditas alucinaciones. Y ahora ven conmigo; iremos a comer a alguna parte.

—Ve tú, Boris; yo iré luego.

—¿Quieres quedarte sentado aquí?

—Nada más que un momento; después iré al hotel. Todavía tengo que hacer algo.

Morosow lo miró. Sabía lo que Ravic iría a buscar al hotel. Pero también sabía que él ya no podría hacer nada más. Aquello le concernía solamente a Ravic.

—Bien —dijo—. Estoy en el «Mere Marie»; más tarde iré a «Bublishki». Llámame por teléfono o ve allá —levantó sus espesas cejas—. Y no arriesgues nada. ¡No seas un héroe innecesario! Ni un condenado idiota. Dispara solamente si estás seguro de poder escapar; esto no es un juego de niños ni una película de gángsters.

—Lo sé, Boris, no te preocupes.

Ravic fue a su hotel y volvió inmediatamente. En el camino pasó por el «Hotel Milán». Echó un vistazo al reloj. Eran las nueve. Todavía podría encontrar a Jeanne en casa.

Ella le salió al encuentro.

—Ravic —dijo sorprendida—, ¿tú aquí?

—Sí...

—Nunca has estado aquí, sabes. Desde aquella vez... que me trajiste.

Él rió, ausente.

—Es cierto, Jeanne. Llevamos una vida extraña.

—Sí. Como los topos o los murciélagos. O las lechuzas. Nos vemos solamente cuando está oscuro.

Ella caminó por la estancia con unos pasos largos y suaves.

Llevaba un salto de cama color azul oscuro, de corte masculino y ceñido fuertemente con un cinturón sobre las caderas. Sobre la cama estaba el traje de fiesta negro, que necesitaba en el «Schéhérazade». Estaba muy hermosa e inmensamente lejana.

—¿No tienes que irte, Jeanne?

—Todavía no. Dentro de media hora. Este es mi mejor momento, el momento antes de irme. Ya ves cuanto poseo: café y todo el tiempo del mundo. Y ahora hasta tú estás acá. Tengo también calvados.

Trajo la botella. Él la tomó y la puso sobre la mesa sin abrirla. Luego tomó sus manos cuidadosamente.

—Jeanne —dijo.

La luz de los ojos de ella se apagó. Estaba muy cerca de él.

—Dime en seguida qué es...

—¿Por qué? ¿Qué podría ser?

—Algo. Cuando te pones así, siempre hay algo. ¿Viniste por eso?

Él sintió cómo las manos de ella se alejaban de él. Ella no se movió. Sus manos tampoco se movían. Era solamente como si en ellas algo se alejara de él.

—Esta noche no puedes venir, Jeanne. Ni hoy, ni quizá por unos cuantos días más.

—¿Tienes que quedarte en la clínica?

—No. Es algo distinto. No puedo hablar de ello. Pero es algo que no tiene nada que ver conmigo.

Ella se quedó un rato inmóvil.

—Bien —dijo luego.

—¿Comprendes?

—No. Pero si tú lo dices, tiene que estar bien.

—¿No te enojas?

Ella lo miró.

—Dios mío, Ravic —exclamó—, ¿cómo podría enojarme contigo por cosa alguna?

Él levantó la vista. Sintió como si una mano se hubiera apoyado fuertemente sobre su corazón. Jeanne había dicho sin intención lo que había dicho, pero no habría podido herirlo más profundamente. A él le importaba poco lo que ella balbuceaba y murmuraba durante las noches; cuando la gris mañana amanecía ya lo había olvidado. Sabía que en las horas de goce, cuando ella permanecía acostada o sentada a su lado, estaba también gozando de sí misma, y él aceptaba como embriaguez y confesión resplandeciente del momento, sin darle más importancia de la que tenía. Ahora, por primera vez, como un aviador al avistar súbitamente la tierra verde, marrón y firme, a través de la hendidura de las nubes relucientes sobre las cuales la luz juega al escondite, alcanzó a ver más. Bajo el goce, vio la entrega, bajo la embriaguez, el sentimiento, bajo el sonido de las palabras, una confianza sincera. Había esperado desconfianza, preguntas e incompreensión..., pero no aquello. Siempre eran las pequeñas cosas las que abrían los ojos, nunca las grandes. Las grandes llevaban con demasiada facilidad al gesto dramático y a la seducción de la mentira.

Un cuarto de hotel. Unos cuantos baúles, una cama, luz, delante de la ventana el negro desierto de la noche y del pasado... y aquí una cara clara con ojos grises, cejas altas, y la forma audaz del cabello... Vida, vibrante vida, volviéndose abiertamente hacia él, como una adelfa hacia la luz..., allí estaba, parada, a la espera, callada, diciéndole: «¡Tómame, tenme!» ¿No había dicho él, hacía mucho tiempo ya: «¿Te tendré alguna vez?»

Se levantó.

—Buenas noches, Jeanne.

—Buenas noches, Ravic.

Estaba sentado, delante del «Café Fouquet», a la misma mesa que había ocupado antes. Estaba sentado desde hacía horas, sumido en la oscuridad del pasado, en la cual ardía una única y débil luz: la esperanza de la venganza.

En agosto de 1933 había sido arrestado. Había ocultado a dos amigos, a los cuales la Gestapo buscaba, durante catorce días, y luego los había ayudado a escapar. Uno de ellos le había salvado la vida en el año 1917, frente a Bixschoote, en Flandes, recogiénolo bajo un cerrado fuego de ametralladoras, cuando se estaba desangrando lentamente en tierra de nadie. El segundo era un escritor judío, al que conocía desde hacía años. Lo sometieron a un interrogatorio. Querían saber hacia dónde habían huido los dos, qué documentos tenían y quién los ayudaría durante la fuga. Haake lo había interrogado. Después del primer desmayo había intentado matar a Haake de un balazo con su propio revólver, o a golpes. Saltó dentro de una oscuridad crujiente y roja. Había sido un vano intento contra cuatro hombres fornidos y armados. Durante tres días seguía surgiendo continuamente, desde sus desmayos, de su lento despertar y de sus dolores insoportables, la sonriente y fría cara de Haake. Durante tres días las mismas preguntas...; durante tres días el mismo cuerpo molido, casi imposibilitado de sufrir. Y luego, en la tarde del tercer día, trajeron a la mujer. Ella no sabía nada. Se lo mostraron a ella para hacerla declarar. Era una criatura elegante y hermosa, que había llevado una vida juguetona y superficial. Él esperaba que empezara a gritar y que se desplomara. Pero no se había desplomado. Había saltado sobre los verdugos, había dicho palabras mortales. Mortales para ella, y ella lo sabía. Haake había dejado de sonreír. Había interrumpido el interrogatorio. Al día siguiente le había explicado a Ravic qué le sucedería a ella en el caso de que él no declarase. Ravic no había contestado. Luego Haake le había explicado qué sucedería con ella antes. Ravic no había confesado nada, porque no había nada que confesar. Había intentado convencer a Haake de que la mujer no podría saber nada. Le había dicho que sólo la conocía superficialmente. Que en su existencia apenas había, sido más que un hermoso cuadro. Que nunca podría haber confiado en ella para cosa alguna. Todo era cierto. Haake se había limitado a sonreír. Tres días más tarde la mujer estaba muerta. Se había ahorcado en el campo de concentración para mujeres. Al siguiente trajeron de vuelta a uno de los fugitivos. Era el escritor judío. Cuando Ravic lo vio, no lo reconoció ni por la voz. El judío duró una semana más bajo el interrogatorio de Haake, hasta que murió. Luego llegó para Ravic el campo de concentración. El hospital. La fuga desde el hospital.

La luna plateada estaba sobre el Arco de Triunfo. La luz de los faroles, a lo largo de los Campos Elíseos, se movía con el viento. La luz nocturna se reflejaba sobre la mesa, en los vasos.

«Parecen irreales esos vasos, esa lima, esa calle, esa noche y esa hora que me conmueve, extraña y al mismo tiempo conocida, como si ya la hubiese vivido alguna vez, en otra vida, en otro planeta; irreales los recuerdos de aquellos años, que, pasados, vivos y muertos al mismo tiempo, fosforecen solamente en mi cerebro, significando una espera petrificada; irreal, eso que corre por la oscuridad de mis venas, sin descanso, con una temperatura de 37,6°, un gusto algo salado: cuatro litros de misterio e intranquilidad, sangre, reflejo en las células de mis ganglios, dique invisible en la nada, llamado memoria, arrojando estrellas año por año, alguna de ellas clara, otra sangrienta, como Marte sobre la calle de Berry, y a veces reluciendo siniestramente y llena de manchas en el cielo del recuerdo, bajo el cual el presente se desarrolla inquieta y confusamente.»

La verde luz de la venganza. La ciudad que flota con suavidad en medio de la tardía luz de la luna y el zumbido de los motores de los automóviles. Hileras de casas, extendidas

indefinidamente, hileras de ventanas, y detrás de ellas, montones de destinos a lo largo de calles y más calles. Corazones palpitantes en millones de hombres, palpitando en descenso, como un motor de fuerza millonaria, muy lentamente a lo largo de la calle de la vida, acercándose a la muerte un ínfimo milímetro con cada palpitación.

Se levantó. Los Campos Elíseos estaban casi vacíos. Un par de prostitutas recostadas en las esquinas. Descendió por las calles Pierre Chardon, Marbeuf, Marignan, hasta el Rond Point y volvió hasta el Arco de Triunfo. Pasó por sobre las cadenas y se detuvo frente a la Tumba del Soldado Desconocido. La pequeña llama azulada oscilaba en la sombra. Una corona marchita estaba delante de él. Cruzó la Étoile y fue al tabernucho delante del cual por primera vez le había parecido ver a Haake. Unos cuantos chóferes estaban adentro. Se sentó junto a la ventana, donde había estado sentado aquella vez, y tomó un café. Las calles estaban vacías. Los chóferes hablaban de Hitler. Lo encontraban ridículo y le auguraban un rápido fin, en el caso de que osara acercarse a la línea Maginot. Ravic miró hacia la calle. «¿Para qué sigo sentado aquí? —pensó—. Podría sentarme en cualquier lugar de París.» Miró el reloj. Eran casi las tres de la mañana. Demasiado tarde. Haake —si era realmente Haake— no estaría recorriendo las calles a tal hora. Afuera vio pasear una prostituta. Ella miró por la ventana hacia dentro y pasó. «Cuando vuelva, me voy —pensó. La prostituta volvió. Él no se fue—. Si llega a pasar otra vez, me voy con toda seguridad —decidió—. Entonces Haake no está en París.» La prostituta volvió. Le hizo señas con la cabeza y siguió caminando. Él se quedó sentado. Ella volvió a pasar. Él no se fue.

El mozo empezó a colocar las sillas sobre las mesas. Los chóferes pagaron y abandonaron el tabernucho. El mozo apagó la luz de sobre el mostrador. El local quedó a media luz. Ravic se dio vuelta.

—Cóbrese —dijo.

Afuera el viento arreciaba y había refrescado. Las nubes pasaban a más altura y más rápidamente. Pasó por el hotel de Jeanne y se detuvo. Todas las ventanas estaban oscuras menos una, por la cual vislumbraba una lámpara detrás de las cortinas. Era la habitación de Jeanne. Sabía que ella aborrecía volver a una estancia oscura. Había dejado encendida la luz porque esa noche no iría a verlo. Miró hacia arriba, y, repentinamente, dejó de comprenderse a sí mismo. ¿Por qué no había querido verla más? El recuerdo de aquella mujer había desaparecido hacía ya mucho; solamente había quedado el recuerdo de su muerte.

¿Y lo otro? ¿Qué tenía que ver eso con ella? ¿Qué tenía que ver aun con él mismo? ¿No era un loco, corriendo detrás de un engaño, del reflejo de un recuerdo oscuro y embrollado, de una siniestra reacción, revolviendo de nuevo entre las cenizas de los años muertos, revividos por una casualidad, por un maldito parecido, permitiendo que un trozo de pasado podrido hiciera reventar el absceso de una neurosis apenas curada, poniendo así en peligro todo lo que él se había edificado y al único ser que estaba vinculado a él en aquel precipicio? ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? ¿No se lo había enseñado siempre a sí mismo? Si no, ¿cómo hubiese escapado? ¿Y dónde hubiera quedado?

Sintió cómo el plomo de sus miembros se derretía. Respiró hondamente. El viento soplaba por la calle en rápidas ráfagas. Volvió a levantar la vista hacia la ventana iluminada. Allí había alguien para quien él significaba algo, alguien para el cual era importante, alguien cuya cara cambiaba al verlo, y él había querido sacrificarlo en el altar de una ilusión desfigurada, de un orgullo impaciente y frío, de un difuso propósito de venganza.

¿Que era lo que quería? ¿Por qué se resistía? ¿Contra qué se rebelaba? La vida se le ofrecía y él hacía objeciones. No porque fuese poco, sino porque era demasiado. ¿Tendría que pasar la sangrienta tormenta de lo pasado sobre él para que pudiera darse cuenta de ello? Se encogió de hombros. «¡Corazón! —pensó—. ¡Corazón!» ¡Cómo se abriría! ¡Cómo se movía! «Ventana —pensó—, ventana solitaria e iluminada en la noche.» Reflejo de otra vida, que se le había entregado impetuosamente abierta, pronto, hasta que también él se abriera. La llama del placer, el llamear de la temura, el claro y rápido relampagueo de la sangre...; uno lo conocía, lo conocía todo, conocía tanto para creer que nunca más la suave y dorada turbación del amor podría inundar el cerebro; y, de repente, uno se encontraba de noche frente a un hotel de tercera categoría, y parecía levantarse humo del asfalto, y uno lo sentía como si del otro lado de la tierra, de las azules islas tropicales, viniese el calor de la primavera que parecía filtrarse a través de los océanos, los fondos de coral, la lava y la oscuridad y afloraba inesperadamente en París, en la misera calle de Poncelet, con aroma de *hibiscus* y mimosa, en una noche llena de venganza y pasado; irresistible, irreprochable, milagrosa redención del sentimiento...

El «Schéhérazade» estaba lleno de gente. Jeanne se hallaba sentada a una mesa con otras personas. Vio a Ravic en seguida. Él se quedó en la puerta. Él local nadaba en humo y música. Ella dijo algo a las personas que estaban a su mesa y se le acercó rápidamente.

—Ravic...

—¿Tienes que hacer por aquí aún algo?

—¿Por qué?

—Quisiera llevarte.

—Pero si dijiste...

—Eso pasó. ¿Tienes algo que hacer aún?

—No. Solamente decirles a esos que están allí que me voy.

—Hazlo rápidamente; te espero afuera, en el taxi.

—Sí —no se movió—. Ravic —él la miró—, ¿volviste por mí? —preguntó.

Él vaciló un segundo.

—Sí —respondió luego en voz baja al rostro agitado que se le enfrentaba—. Sí, Jeanne. Por ti. ¡Únicamente por ti!

Ella hizo un rápido movimiento.

—Ven —dijo luego—. ¡Vayámonos!

¡Qué nos importa toda esa gente!

El taxi marchaba por la calle de Liège.

—¿Qué pasó, Ravic?

—Nada.

—Tenía miedo...

—Olvidalo. No fue nada...

Jeanne lo miró.

—Pensé que no volverías más.

Él se inclinó sobre ella. Sintió cómo temblaba.

—Jeanne —dijo—, no pienses en nada y no preguntes nada. ¿Ves las luces de los faroles y los millares de multicolores letreros luminosos? Nosotros estamos viviendo en un tiempo moribundo y esta ciudad se estremece de vida. Estamos separados de todo y no nos queda nada más que nuestros corazones. Yo me hallaba en un paisaje de luna y he vuelto, y tú estás aquí y tú eres la vida. No preguntes más. Hay más secretos en tu cabello que en mil preguntas. Aquí, delante de nosotros, está la noche, un par de horas y una eternidad, hasta que la mañana retumba delante de la ventana. Que los hombres se amen, lo es todo; un milagro y lo más natural que existe. Lo sentí hoy, cuando la noche se confundía con un arbusto en flor, y el viento olía a frutillas, y sin amor uno es solamente un muerto con licencia, nada más que unos cuantos documentos y un nombre casual, lo mismo da morir...

La luz de los faroles volaba a través de las ventanillas del taxi como el reflector circulante de un faro a través de la oscuridad de un camarote. Los ojos de Jeanne aparecían alternativamente muy transparentes y muy negros en su pálida cara.

—Nosotros no morimos —murmuró, cogida del brazo de Ravic.

—No. Nosotros no. Solamente el tiempo. El maldito tiempo. Él siempre muere. Nosotros vivimos. Siempre vivimos. Cuando despiertas estás en primavera y cuando te duermes estás en otoño y, mientras tanto, hay miles de inviernos y veranos, y si nos amamos lo suficiente somos eternos e indestructibles, como la palpitación del corazón, la lluvia y el viento, y esto es mucho. Ganamos en días, mi dulce querida, y perdemos en años, pero ¿quién quiere saberlo y a quién le preocupa esto? La hora es la vida; el momento, lo más próximo a la eternidad. Tus ojos brillan, las estrellas titilan a través de la inmensidad, los dioses envejecen; pero tu boca es joven, el milagro tiembla entre nosotros, y tú y yo, llamada y respuesta, desde las tardes, desde el amanecer, desde los placeres de todos los que se aman, refinado desde el más lejano grito de celo hasta la dorada tempestad, la infinita ruta desde la amiba hasta Ruth y Ester y Elena y Aspasia, hasta las madonas azules en las capillas de los caminos, desde la selva y el animal, hacia ti y hacia mí...

Ella yacía en sus brazos, inmóvil, y tan entregada, que casi parecía ausente... y él se inclinaba sobre ella y hablaba y hablaba... a Ravic le parecía al principio como si alguien lo estuviese mirando desde atrás, una sombra, y le hablase silenciosamente, con una risa indefinida, acompañándolo, y se inclinó más, y más sintió cómo ella se le ofrecía, y todavía existía aquello y luego dejaba de estar...

—Un escándalo —dijo la mujer de las esmeraldas, que estaba sentada frente a Kate Hegstroem—. ¡Un escándalo divino! ¡Todo París se está riendo! ¿Sabías tú que Louis es homosexual? Estoy segura que no. Todos nosotros lo ignorábamos; lo disimulaba muy bien. Lina de Newbourg figuraba como su amante oficial... y ahora, imagínate: hace una semana vuelve de Roma, tres días antes de lo que había dicho, visita de noche el departamento de ese Nicky, con el propósito de darle una sorpresa, y ¿a quién encuentra?

—A su esposa —dijo Ravic.

La mujer de las esmeraldas levantó la mirada. Por un instante pareció una mujer que se entera de pronto de la bancarrota de su esposo.

—¿Sabía usted ya el cuento? —preguntó.

—No. Pero tiene que ser así.

—No lo comprendo —miró a Ravic confundida—. Si era una cosa muy improbable.

—Por eso mismo.

Kate Hegstroem sonrió.

—El doctor Ravic tiene una teoría, Daisy. La llama método de la coincidencia. Según ella, lo más improbable casi siempre resulta lo más lógico.

—Interesante —Daisy sonrió con amabilidad y totalmente desinteresada—. No se hubiera sabido nada —prosiguió—, si Louis no hubiera hecho una escena terrible. Estaba completamente fuera de sí. Ahora vive en el «Crillon». Él se quiere divorciar. Los dos están esperando los motivos —se inclinó expectante en su asiento—. ¿Qué te parece?

Kate Hegstroem echó una mirada rápida a Ravic. Él estaba observando una rama de orquídeas que se encontraba sobre la mesa, entre cajas de sombreros y una fuente llena de uvas y duraznos..., flores blancas, parecidas a mariposas, salpicadas de corazones blancos y rojos.

—Extraordinario, Daisy —dijo—. ¡Realmente extraordinario!

Daisy gozó su triunfo.

—Eso no lo hubiera adivinado, ¿eh? —preguntó a Ravic.

Aquéel colocó cuidadosamente la rama en el delicado florero de cristal.

—No. Eso sí que no.

Daisy movió la cabeza satisfecha y recogió su cartera, su polvera y sus guantes.

—Tengo que irme. Louise tiene un cóctel *party* a las cinco. Viene su ministro. Se está murmurando algo —se levantó—. A propósito, Fredy y Marthe se han vuelto a separar. Ella le ha devuelto las joyas por tercera vez. Y él todavía se impresiona, el corderito. Se cree que lo quiere de veras. Le devolverá todo y, como recompensa, le regalará otra alhaja más. Como siempre. Él no lo sabe... pero ella ya se eligió en la joyería «Ostertag» lo que quiere. Él suele comprar allá. Un prendedor de rubies, de piedras grandes y cuadrangulares. Sangre de paloma de lo mejor. Es hábil.

Besó a Kate.

—Adiós, querida. Ahora por lo menos estás algo al tanto de lo que sucede en el mundo. ¿No podrás salir pronto de aquí? —miró a Ravic.

Él recogió una mirada de Kate.

—Por ahora no —dijo—. Desgraciadamente no.

Ayudó a Daisy a ponerse el abrigo. Era de visón oscuro sin cuello. «Un abrigo para Jeanne», pensó.

—Venga alguna vez con Kate a tomar el té —le dijo Daisy—. Los miércoles siempre hay muy poca gente; así podríamos conversar tranquilamente. Me interesan mucho las operaciones.

—Con sumo gusto.

Ravic cerró la puerta detrás de ella y volvió.

—Lindas esmeraldas —declaró.

Kate Hegstroem sonrió.

—Eso ha sido mi vida de antes, Ravic. ¿Puede comprenderlo?

—Sí. ¿Por qué no? Es hermoso cuando uno lo puede hacer. Protege contra muchas cosas.

—Yo ya no puedo comprenderla —se levantó y avanzó con cuidado hasta su cama.

Ravic la siguió con la mirada.

—Es de poca importancia el lugar donde uno vive, Kate. Puede ser más cómodo, pero nunca importante. Sólo es importante lo que uno hace allí. Y a veces ni esto.

Ella puso sus largas y hermosas piernas sobre la cama.

—Todo carece de importancia —declaró— cuando una ha pasado un par de semanas de cama y puede caminar de nuevo.

—Ya no tiene por qué quedarse aquí si no lo desea. Puede vivir en el «Lancaster», si toma una enfermera.

Kate Hegstroem negó con la cabeza.

—Me quedo aquí hasta que pueda viajar. En este lugar estoy a salvo de las muchas Daisys.

—Échelas cuando vengan. No hay nada que fastidie más que las charlas.

Ella se extendió con cuidado en la cama.

—¿Puede usted imaginarse que esta Daisy, a pesar de sus chismes, es una excelente madre? Educa a sus dos hijos a la perfección.

—Eso suele suceder —declaró Ravic impasible.

Ella se cubrió con una manta.

—Una clínica es como un convento —dijo—. Uno vuelve a saber apreciar las cosas más simples. Como caminar, respirar, ver.

—Sí. La felicidad está al alcance de nuestra mano. Lo único que tenemos que hacer es tomarla.

Ella lo miró:

—Lo pienso en serio, Ravic.

—Yo también, Kate. Únicamente las cosas sencillas no nos desilusionan nunca. Y a la felicidad hay que buscarla bien abajo.

Jeannot estaba en su cama, y sobre su manta había una cantidad de folletos diseminados.

—¿Por qué no enciendes la luz? —inquirió Ravic.

—Todavía puedo ver bastante. Tengo buena vista.

Los folletos eran descripciones de piernas artificiales. Jeannot los había conseguido por cualquier medio a su alcance. Los últimos se los había traído su madre. Mostró a Ravic un folleto multicolor. Ravic encendió la luz.

—Ésta es la más cara —dijo Jeannot.

—No es la mejor —dijo Ravic.

—Pero es la más cara. Explicaré a la Compañía de Seguros que la necesito. Por supuesto, no tengo ningún interés en ello. Lo que quiero es que el Seguro la pague. Quiero un muñón de madera y el dinero.

—La Compañía de Seguros tiene sus médicos de confianza, que lo controlan todo, Jeannot.

El chico se irguió.

—¿Le parece que no me concederán una pierna?

—Sí. Quizá no la más cara. Pero no te darán el dinero; se encargarán de que te la entreguen.

—Entonces tengo que aceptarla y revenderla en seguida. Así, naturalmente, perderé algo. ¿Le parece que el veinte por ciento de pérdida es suficiente? Primero la ofreceré con una pérdida del diez por ciento. Tal vez sea posible hablar antes con el vendedor. ¿Qué le importa a la Compañía si yo utilizo la pierna o no? Ellos tienen que pagarla; todo lo demás no tiene importancia, ¿no le parece?

—Claro está. Por lo menos puedes intentarlo.

—Ya sería algo. Con ese dinero ya podríamos comprar un mostrador y los muebles para una pequeña lechería —Jeannot rió socarronamente—. Gracias a Dios, una pierna con articulación y todo lo demás es bastante cara. Trabajo de precisión. Eso es bueno.

—¿Ya vino alguien de la Compañía?

—No, por la pierna y la indemnización todavía no. Solamente por la operación y la clínica. ¿Tenemos que tomar un abogado? ¿Qué opina? Estaba la luz roja. Con toda seguridad. La Policía...

La enfermera llegó con la cena. La puso sobre la mesa, al lado de Jeannot. El chico calló, esperando que ella se fuera.

—Aquí dan mucho de comer —declaró luego—. Nunca lo he pasado tan bien. No soy capaz de comerlo todo. Siempre viene mi madre y come el resto. Hay suficiente para los dos. Así ella ahorra. De cualquier manera esta habitación cuesta mucho.

—La paga la Compañía. Es indiferente dónde estés.

Un brillo fugaz pasó por el rostro grisáceo del chico.

—Hablé con el doctor Veber. Me da el diez por ciento. La cuenta de lo que cuesta se la manda a la Compañía. Ellos pagan; pero él me da el diez por ciento al contado.

—Eres vivo, Jeannot.

—Cuando uno es pobre, tiene que ser vivo.

—Es cierto. ¿Tienes dolores?

—En la pierna que ya no tengo.

—Son los nervios, que todavía están.

—Lo sé. Es raro, sin embargo, que uno sienta dolores en algo que ya no existe. Tal vez existe todavía el alma de mi pierna —Jeannot sonrió. Había hecho un chiste. Luego destapó los platos superiores de la cena—. Sopa, pollo, verdura, budín. Esto es para mi madre. Le gusta el pollo; en casa no lo hemos tenido muy a menudo —se recostó cómodamente—. A veces despierto de noche y pienso que todo esto lo tenemos que pagar nosotros. Cómo piensa uno de noche. En el primer instante. Después me acuerdo que estoy aquí, como un hijo de gente rica, y que tengo derecho a pedir cualquier cosa y a tocar el timbre para llamar a las enfermeras, y que ellas tienen que venir, y que otros tienen que pagar por todo esto. Es grandioso, ¿no?

—Sí —asintió Ravic—, es grandioso.

Estaba sentado en el cuarto de revisión del «Osiris».

—¿Queda alguien más? —preguntó.

—Sí —dijo Leonie—, Yvonne. Es la última.

—Mándamela. Tú estás sana, Leonie.

Yvonne tenía veinticinco años, era camosa, rubia, y tenía la nariz ancha, las manos y las piernas cortas y gordas como muchas prostitutas. Entró contoneándose, satisfecha de sí misma, y alzó el trapo de seda que llevaba.

—Allá —indicó Ravic.

—¿No se puede así? —preguntó Yvonne.

—¿Por qué?

En lugar de contestar se dio vuelta silenciosa y mostró su trasero bien formado. Estaba lleno de moretones. Debía de haber recibido una terrible paliza.

—Espero que el cliente te haya pagado bien por esto —dijo Ravic—. Esto no es broma.

Yvonne movió la cabeza.

—Ni un centavo, doctor. No fue mi cliente.

—Entonces te habrá hecho gracia. No sabía que te gustara esta clase de diversiones.

Yvonne volvió a mover la cabeza con una sonrisa gozosa y enigmática en su rostro. Ravic notó que estaba disfrutando este momento. Se sentía importante.

—No soy masoquista —dijo ella; estaba orgullosa de saber la palabra.

—¿Qué pasó entonces? ¿Pelea?

Yvonne esperó un segundo.

—Amor —dijo luego, desperezándose gozosamente.

—¿Celos?

—Sí —el rostro de Yvonne se iluminó.

—¿Te duele mucho?

—Estas cosas no duelen nunca —se acostó con cuidado—. ¿Sabe usted, doctor, que al principio la señora Rolande no me quería dejar trabajar? «Solamente una hora —le dije—, ¡pruébeme solamente una hora! ¡Ya verá!» Y ahora, con el trasero lleno de moretones tengo más éxito que antes.

—¿Por qué?

—No lo sé. Hay individuos que se vuelven locos por esto. Los excita. En los últimos tres días he hecho doscientos cincuenta francos más. ¿Por cuánto tiempo quedarán visibles?

—Por lo menos por dos o tres semanas.

Yvonne chasqueó los dedos.

—Si esto sigue así, me alcanzará para comprarme un abrigo de piel. Zorro... mejor dicho piel de gato perfectamente preparado.

—Si no te alcanza, a tu amigo le sería fácil ayudarte con una nueva paliza.

—Él no hace eso —repuso Yvonne vivamente—. Él no es así. No es un canalla calculador, ¿sabe? Lo hace únicamente cuando se pone furioso. Cuando la pasión lo vence. Si no, aunque se lo pidiera de rodillas no lo haría.

—Tiene carácter —Ravic alzó los ojos—. Estás sana, Yvonne.

Ella se levantó.

—Entonces puedo empezar el trabajo. Abajo ya me está esperando un viejo. Uno de perilla gris. Ya le mostré las marcas; le gustan con locura. En su casa no manda él. Me parece que está soñando cuánto le gustaría darle una paliza a su vieja —estalló en una risa cristalina—. Doctor, el mundo es raro, ¿eh? —contoneándose satisfecha de sí misma abandonó la habitación.

Ravic se lavó las manos. Luego colocó los utensilios que había utilizado a un lado, y se acercó a la ventana. El crepúsculo plateado se cernía sobre las casas. Los árboles pelados asomaban como manos negras de muertos a través del asfalto. En trincheras derruidas había visto algunas veces manos parecidas a esas. Abrió la ventana y miró hacia afuera. Era la hora de la irrealidad. Suspendida entre el día y la noche. La hora del amor en los pequeños hoteles... para gente casada que de noche presidía dignamente a la familia. La hora del aperitivo. La hora en la cual la tierra respiraba. La hora en que las italianas de la planicie lombarda ya empezaban a decir: «*Felicissima notte*». La hora de la desesperación y la hora de los sueños.

Cerró la ventana. La habitación parecía haber oscurecido mucho de golpe. Las sombras habían entrado, acurruándose en los rincones llenos de una charla silenciosa. La botella de coñac que había traído Rolande relucía como un topacio sobre la mesa. Ravic se quedó un momento parado; luego bajó.

El fonógrafo sonaba y la habitación grande ya estaba bien iluminada. Las chicas estaban sentadas, con sus camisas de seda rosada, en dos filas sobre los taburetes mullidos. Todas tenían los pechos al descubierto. A los clientes les gustaba ver lo que compraban. Ya había media docena de ellos, en su mayoría burgueses de mediana edad. Eran peritos prudentes; sabían cuándo había revisión y llegaban a esa hora para estar absolutamente seguros de evitar contraer unas purgaciones. Yvonne estaba con el viejo. Él se hallaba sentado a una mesa, con un «Dubonnet» delante. Ella se encontraba a su lado, con un pie sobre la silla y bebiendo champaña. Le correspondía el diez por ciento de la botella. El hombre tenía que estar muy loco para hacer tal gasto. Era cosa para extranjeros. Yvonne tenía conciencia de ello. Había adoptado la actitud de un domador de circo condescendiente.

—¿Listo, Ravic? —preguntó Rolande, que estaba en la puerta.

—Sí. Todo en perfecto orden.

—¿Quieres beber algo?

—No, Rolande. Tengo que ir al hotel. He estado trabajando hasta ahora. Un baño caliente y ropa fresca es todo lo que necesito ahora.

Pasó por el guardarropa que estaba al lado del bar y salió. Delante de la puerta estaba la noche con sus ojos de color violeta. Solitario y apresurado zumbaba un avión en el pálido cielo. Un pájaro pequeño y negro trinaba en la rama superior de uno de los árboles desnudos.

Una mujer con un cáncer que la roía como un animal gris y sin ojos; un inválido que calculaba su renta; una prostituta con un trasero que le reportaba dinero; el primer tordo en las ramas; eso se deslizaba y se deslizaba y ahora él iba, impasible frente a todo aquello, a través del atardecer, que olía a pan caliente, a ver a una mujer.

—¿Quieres otro calvados?

Jeanne asintió.

—Sí, dame más.

Ravic llamó al mozo.

—¿Hay un calvados más añejo que éste?

—¿No les agrada éste?

—Sí. Pero puede ser que tenga otro en el sótano.

—Voy a ver.

El mozo se dirigió a la caja, detrás de la cual dormía la propietaria con su gata. Desde allí desapareció por una puerta con una ventanilla lechosa, detrás de la cual el propietario manipulaba sus cuentas. Después de un rato volvió con una expresión de importancia y concentración en su rostro, y bajó las escaleras del sótano sin mirar a Ravic.

—Parece que todo sale bien.

El mozo volvió con una botella, que llevaba como a unorro en sus brazos. Era una botella sucia; no una de las que son ensuciadas artísticamente para los turistas, sino simplemente una botella sucia, que había estado durante muchos años en el sótano. La abrió cuidadosamente, olfateó el corcho y luego trajo dos vasos grandes.

—¡Caballero! —dijo a Ravic, sirviéndole unas pocas gotas.

Ravic tomó el vaso y aspiró el aroma. Luego bebió, se reclinó en su asiento asintió con la cabeza en señal de aprobación. El mozo devolvió el movimiento aprobatorio y llenó

llego la tercera parte de ambos vasos.
—Pruébalo —indicó Ravic a Jeanne.
Ella tomó un sorbo y dejó el vaso. El mozo la estaba observando. Ella miró a Ravic sorprendida.
—Esto no lo he probado nunca —declaró, paladeando otro sorbo—. Esto no se bebe, se aspira simplemente.
—Eso es, señora —declaró el mozo satisfecho—. Usted se ha dado cuenta.
—Ravic —dijo Jeanne—, estás haciendo algo peligroso. Después de este calvados ya no querré beber del otro.
—Cómo no, ya beberás del otro también.
—Pero siempre soñaré con éste...
—Bien. Te pone romántica. Una romántica a fuerza de calvados.
—Pero el otro ya no me gustará más.
—Al contrario, hasta te sabrá mejor de lo que en realidad es. Será un calvados con ansias de otro calvados. Esto ya lo hace menos común.
Jeanne rió.
—Son tonterías. Tú también lo sabes.
—Seguramente son tonterías. Pero nosotros vivimos de tonterías. No sólo del pan de las realidades. Si no, ¿dónde quedaría el amor?
—¿Qué tiene que ver esto con el amor?
—Mucho. Nos ayuda a vivir. Si no, amaríamos una sola vez y luego lo rechazaríamos todo. Pero así, el insignificante recuerdo del que se abandona o del que lo abandona a uno se convierte en una aureola sobre la cabeza del que viene después. El hecho de haber perdido algo le da a lo nuevo cierto aire romántico. Un viejo y piadoso malabarismo.
Jeanne lo miró.
—Encuentro repugnante que hables así.
—Yo también.
—No deberías hacerlo. Ni en broma. Esto convierte un milagro en un simple truco. —Ravic no respondió—. Y suena como si ya estuvieras cansado de mí y pensaras abandonarme.
Ravic la miró con una ternura lejana.
—En eso no tienes que pensar nunca. Cuando lleguemos a eso, tú me abandonarás. No yo a ti. Eso es seguro.
Ella dejó su vaso bruscamente.
—¡Qué tonterías! Jamás te abandonaré. ¿De qué quieres convencerme con tu charla?
«Los ojos —pensó Ravic—. Como si estuvieran relampagueando. Relámpagos rojizos y suaves como de una tormenta de candiles.»
—No, Jeanne —dijo—, no quiero convencerte de nada. Pero quisiera contarte la historia de la ola y del peñasco. Es una historia muy vieja. Más vieja que nosotros. Escucha. Había una vez una ola que amaba a un peñasco en un lugar, del océano, digamos en la bahía de Capri. Lo rodeaba de espuma y de rugidos, lo besaba de día y de noche, lo estrujaba entre sus blancos brazos. Suspiraba, lloraba y le rogaba que fuese hacia ella; lo amaba y lo rodeaba de tempestades y así lo socavaba lentamente y un día él cedió y ya estaba totalmente socavado y cayó en sus brazos.
Tomó un trago de calvados.
—¿Y? —preguntó Jeanne.
—Y de repente ya no era un peñasco, al que se rodeaba con espuma, con amor y con sueños. Era simplemente un pedazo de piedra en el fondo del mar, hundido en ella. La ola se sintió desilusionada y engañada y se buscó otro peñasco.
—¿Y? —Jeanne lo miró con desconfianza—. ¿Qué significa esto? Él debía haber seguido siendo un peñasco.
—Eso es lo que las olas dicen siempre. Pero todo lo que se mueve es más fuerte que todo lo fijo. El agua es más fuerte que los peñascos.
Ella hizo un gesto de impaciencia.
—¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros? Es solamente una historia que no significa nada. O te estás burlando de mí. Cuando llegue el caso, tú me abandonarás; eso es lo único que sé con toda seguridad.
—Esto —dijo Ravic riéndose—, será la última afirmación cuando te vayas. Me explicarás que yo te abandoné. Y encontrarás motivos... y lo crearás... y tendrás razón ante el tribunal más antiguo del mundo: la naturaleza —llamó al mozo—. ¿Podríamos comprar esta botella de calvados?
—¿Se la quiere llevar usted?
—Exactamente.
—Caballero, esto es contrario a nuestro principio. No vendemos botellas.
—Pregúntele al patrón.
El mozo volvió con un diario. Era el *Paris Soir*.
—El patrón está dispuesto a hacer una excepción —declaró, tapó la botella y la envolvió en el *Paris Soir* luego de haber sacado el suplemento deportivo, doblándolo y metiéndoselo en el bolsillo—. Aquí está, caballero. Lo mejor es ponerlo en un lugar oscuro y fresco. Proviene de la propiedad del abuelo de nuestro patrón.
—Bien. —Ravic pagó. Tomó la botella y la miró—. Rayos de sol, acariciando las manzanas durante un verano caluroso y un otoño azul, en un viejo y ventoso jardín de Normandía, venid con nosotros. Os necesitamos. Hay tormenta en algún lugar del Universo.
Salieron a la calle. Había empezado a llover. Jeanne se detuvo.
—¡Ravic!, ¿me amas?
—Sí, Jeanne. Más de lo que tú crees.
Ella se apoyó contra él.
—A veces no parece que fuera así.
—Al contrario. Si no, jamás te contaría cosas como éstas.
—Preferiría que me contaras otra clase de historias.
Él miró la lluvia y sonrió.
—El amor no es un estanque, en el cual uno siempre puede mirar su imagen, Jeanne. Tiene reflujos y marea alta. Y escombros y ciudades hundidas y tempestades y cofres llenos de oro y perlas. Pero las perlas se encuentran a mucha profundidad.
—De eso no sé nada. Amor es pertenecerse. Para siempre.
«Para siempre —pensó él—. El viejo cuento de hadas. ¡Cuando uno es incapaz de captar el minuto!»
Jeanne abrochó su abrigo.
—Desearía que fuera verano —dijo—. Nunca lo he deseado tanto como este año.
Sacó el traje negro de fiesta del ropero y lo arrojó sobre la cama.
—¡Cómo lo odio a veces! ¡Siempre el mismo vestido negro! ¡Siempre el mismo «Schéhérazade»! ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre lo mismo!
Ravic levantó la vista. No dijo nada.
—¿No lo comprendes? —preguntó ella.
—Cómo no...
—¿Por qué no me sacas de allí, querido?
—¿Adónde?
—¡A cualquier lado! ¡A cualquier lado!
Ravic desenvolvió la botella de calvados y la destapó; luego fue en busca de un vaso y lo llenó.
—Ven —dijo—, bebe esto.
Ella negó con la cabeza.
—No sirve. A veces no sirve de nada que uno beba. A veces no hay nada que sirva. Esta noche no quiero ir allá a ver a esos imbéciles.
—Quédate.
—¿Y después?
—Diles por teléfono que estás enferma.
—Entonces tendría que ir mañana. Eso sería todavía peor.
—Podrías enfermarte por un par de días.
—Sería lo mismo —lo miró—. ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que me sucede, querido? ¿Es la lluvia? ¿Es esta húmeda oscuridad? A veces es como yacer en un féretro. Esas tardes grises, en las cuales uno se ahoga. Lo había olvidado. Hace unos momentos, me sentía feliz contigo en el pequeño restaurante; ¿por qué hablaste de abandonar y de ser abandonado? ¡No quiero saber nada de eso y no quiero oír nada de eso! Me pone triste, me evoca cuadros que no quiero ver, y me intranquiliza. Sé que lo dices sin intención, pero me hiere. Me hiere, y después viene la lluvia y la oscuridad. Tú no lo comprendes. Tú eres fuerte.

—¿Fuerte? —preguntó Ravic.
—Sí
—¿Cómo lo sabes?
—No sientes miedo.
—Ya no siento miedo. No es lo mismo, Jeanne.
Ella no prestaba atención a lo que él decía; se paseaba de un lado a otro con sus largos pasos, demasiado largos para la pequeña habitación.
«Siempre camina, como si marchara contra un viento invisible», pensó Ravic.
—Quiero salir de todo esto —dijo ella—. ¡Del hotel, del cabaret y las miradas pegajosas! ¡Salir! —se detuvo—. Ravic, ¿tenemos que vivir como estamos viviendo? ¿No podemos vivir como otros que se aman? ¿Estar juntos, y tener cosas propias, y noches y seguridad en lugar de baúles y días vacíos y habitaciones de hotel, en las cuales uno se siente extraño? El rostro de Ravic no revelaba nada.
«Ahora viene», pensó. Lo había estado esperando.
—Realmente; ¿te imaginas eso para nosotros, Jeanne?
—¿Por qué no? ¡Otros también lo tienen! Calor, pertenecerse, un par de estancias, y cuando uno cierra la puerta desaparece la inquietud y no pasa a través de las paredes como aquí.
—¿Lo estás viendo de veras? —preguntó Ravic.
—Un bonito y pequeño departamento con una bonita y pequeña burguesía. Una bonita y pequeña seguridad al borde del cráter. ¿Realmente lo estás viendo así?
—También se puede expresar de otro modo —dijo ella tristemente—. No así... con desprecio. Cuando se ama, se encuentra otros nombres para eso.
—Pero sigue siendo lo mismo, Jeanne. ¿Realmente lo estás viendo? No hemos nacido para eso.
Ella se detuvo.
—Yo sí.
Ravic sonrió. Había ternura, ironía y un dejo de tristeza en su sonrisa.
—Jeanne, tampoco tú. Tú menos que yo todavía. Pero esto no es el único motivo. Hay otro más.
—Sí —replicó ella con amargura—, lo sé.
—No, Jeanne, no lo sabes. Pero te lo voy a decir. Es mejor. No debes pensar lo que estás pensando ahora —ella todavía estaba parada delante de él—. Lo haremos rápidamente —dijo él—. Y después no me preguntes mucho.
Ella no contestó. Su cara estaba vacía. Repentinamente volvió a ser la misma cara que había sido antes. Él tomó sus manos.
—Estoy viviendo ilegalmente en Francia —dijo—. No tengo documentos. Éste es el verdadero motivo. Por eso no puedo alquilar un piso, y no me puedo casar, cuando amo a alguien. Necesitaría documentos y permisos para eso y no los tengo. Ni siquiera puedo trabajar; tengo que hacerlo ilegalmente. Jamás podré vivir de otra manera.
Ella lo miró fijamente.
—¿Es cierto?
Él se encogió de hombros.
—Hay un par de miles de hombres que están viviendo de modo parecido. Seguramente tú también lo sabes. Hoy en día todos lo saben. Yo soy uno de ellos —sonrió y le soltó las manos—. Un hombre sin porvenir, como dice Morosow.
—Sí... pero...
—Relativamente me va bastante bien. Trabajo, vivo, te tengo a ti... ¿qué significan entonces unas cuantas molestias?
—¿Y la Policía?
—La Policía no se preocupa demasiado. Si me llegaran a pescar, sería expulsado; eso es todo. Pero es improbable. Y ahora ve, llama a tu cabaret y diles que no vas. Queremos esta noche para nosotros. Toda la noche. Diles que estás enferma. Si exigen certificado, te conseguiré uno por medio de Veber. Ella no se iba.
—Expulsado —repitió, como si le costara comprender—. ¿Expulsado? ¿De Francia? ¿Entonces estarías lejos?
—Solamente por poco tiempo. Ella parecía no escuchar.
—Lejos —repitió—. ¡Lejos! ¿Y qué haré yo entonces?
Ravic sonrió.
—Sí —asintió—, ¿qué harás tú?
Ella estaba sentada, apoyada sobre los codos, como petrificada.
—Jeanne —dijo Ravic—, hace dos años que estoy aquí y no ha ocurrido nada. El rostro de ella no cambió.
—¿Y si, sin embargo, ocurriera algo?
—Entonces estaría de vuelta muy pronto. Al cabo de una o dos semanas. Sería como un viaje, nada más. Y ahora llama al Schéhérazade». Ella se levantó titubeando.
—¿Qué debo decir?
—Que tienes bronquitis. Habla como si estuvieras afónica.
Ella se acercó al teléfono. Luego volvió rápidamente.
—Ravic...
Él se soltó con suavidad.
—Ve —dijo—. Eso está olvidado. Hasta es una bendición. Nos preserva de convertimos en rentistas de la pasión. Mantiene el amor puro... sigue siendo una llama... y no se convierte en la hornilla de la cocina de la familia. Y ahora ve y habla por teléfono.
Ella levantó el auricular. Él la observó mientras hablaba. Al principio parecía ausente; todavía lo miraba como si él estuviera a punto de ser arrestado. Pero después empezó a mentir fácilmente y con bastante naturalidad. Hasta más de lo necesario. Su rostro se avivó y señaló los dolores de pecho que estaba describiendo. Su voz se tornaba cansada y cada vez más afónica y al final empezó a toser. Ya no miraba a Ravic; miraba al vacío, representando su papel con toda dedicación. El la observó silencioso y luego bebió un gran trago de calvados. «Nada de complejos —pensó—. Un espejo, que refleja a las mil maravillas... pero que no retiene nada.»
Jeanne dejó el teléfono y se alisó el cabello.
—Se lo han creído todo.
—Estuviste magnífica.
—Me dijeron que me quedara en cama. Y mañana también, si no me encontraba bien.
—¿Has visto? Así el asunto ya está arreglado para mañana también.
—Sí —dijo ella, sombría por un segundo—. Interpretándolo así... —luego se acercó a él—. Me asustaste, Ravic. Di que no es cierto. Muchas veces hablas por decir algo. Di que no es cierto. No así, como lo dijiste.
—No es cierto.
Ella apoyó su cabeza en el hombro de él.
—No puede ser cierto. No puedo volver a estar sola. No soy nada cuando estoy sola. Tienes que quedarte conmigo. No soy nada sin ti, Ravic.
Ravic la miró.
—Jeanne —dijo—, a veces pareces hija de un portero y otras Diana cazadora. Y a veces ambas cosas al mismo tiempo.
Ella quedó inmóvil sobre su hombro.
—¿Qué pareczo ahora?
Él sonrió.
—Diana con el arco de plata. Invulnerable y mortal.
—Deberías decírmelo más a menudo.
Ravic calló. Ella no había comprendido lo que él había querido decir. Tampoco era necesario. Ella aceptaba lo que le convenía y como le convenía y no se preocupaba por nada más. ¿Pero no era precisamente eso lo que lo atraía? ¿Quién podría desear a alguien que fuera como uno mismo? ¿Y quién pregunta por la moral en el amor? Eso era invento de los débiles y la endecha de las víctimas.
—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.
—En nada.
—¿En nada?
—Pues sí —dijo él—. Haremos un viaje de algunos días, Jeanne. Adonde haya sol. A Cannes o a Antibes. ¡Al diablo con todas las precauciones! ¡Al diablo también con todos los sueños de apartamentos de tres habitaciones y con el grito de la burguesía! Eso no es para nosotros. ¿No eres tú Budapest y el aroma de los castaños en flor, de noche, cuando toda la ciudad, calurosa y estival, duerme con la luna? ¡Tienes razón! ¡Queremos salir de la oscuridad y del frío y de la lluvia! ¡Por lo menos por unos días!
Ella se había levantado rápidamente y lo miraba fijamente.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Pero... la Policía...

—Al diablo también con la Policía. Allá no hay más peligro que aquí. No se controlan rigurosamente los lugares frecuentados por turistas y menos los hoteles buenos. ¿Nunca has estado allí?

—No, nunca. He estado en Italia y en el mar Adriático. ¿Cuándo partimos?

—Dentro de dos o tres semanas. Es la mejor época.

—¿Pero, tenemos dinero?

—Tenemos algo. Dentro de dos semanas tendremos lo suficiente.

—Podríamos vivir en una pequeña pensión.

—Tú no debes ir a una pequeña pensión. Puedes estar en una buhardilla como ésta, o si no en un hotel de primera. Pararemos en el «Hotel Cap», de Antibes. Ésos hoteles son completamente seguros y nadie exige documentos. Dentro de poco tendré que abrir el vientre a un individuo importante, a algún alto funcionario; él procurará conseguirnos el resto del dinero que necesitamos.-

Jeanne se levantó rápidamente. Su rostro resplandecía.

—Ven —dijo—. Dame más calvados. Realmente parece ser el calvados de los sueños —cruzó la habitación hasta llegar a la cama y alzó el traje de fiesta—. Dios mío... ¡y yo no tengo más que estos dos trapos negros y viejos!

—Quizá podamos hacer algo con respecto a esto también. En dos semanas pueden ocurrir muchas cosas. Un apéndice de la alta sociedad..., una fractura complicada de un millonario...

André Durant estaba sinceramente indignado.

—Ya no se puede trabajar con usted —declaró.

Ravic se encogió de hombros. Sabía por boca de Veber que Durant recibiría diez mil francos por la operación. Si no exigía lo que quería antes de hacerla, Durant le daría sólo doscientos. Ya lo había hecho la última vez.

—¡Media hora antes de la operación! No lo hubiera esperado de usted, doctor Ravic.

—Yo tampoco —dijo Ravic.

—Usted sabe que siempre puede confiar en mi generosidad. No comprendo por qué se ha vuelto tan interesado ahora. A mí me choca hablar sobre dinero en este momento, cuando el paciente sabe que su vida está en nuestras manos.

—A mí no —replicó Ravic.

Durant lo miró durante un rato. Su cara arrugada, con mostacho blanco, expresaba dignidad e indignación. Se ajustó los lentes de oro.

—¿En qué cantidad había pensado? —preguntó disgustado.

—En dos mil francos.

—¿Qué? —Durant causaba la impresión de haber sido fusilado, sin poder creer todavía que iba a ser fusilado—. Ridículo —dijo luego brevemente.

—Muy bien —respondió Ravic—. Le será fácil encontrar a otro. Llame a Binot; opera muy bien.

Tomó su sobretodo. Durant lo miró fijamente. Su cara digna estaba arrebolada.

—Espere —dijo, cuando Ravic iba a tomar su sombrero—. ¡Usted no puede dejarme plantado! ¿Por qué no me lo dijo ayer?

—Usted estuvo ayer en el campo y no pude dar con usted.

—¡Dos mil francos! ¿Sabe usted que ni yo exigiré tanto? El paciente es un amigo al que únicamente le puedo cobrar mis gastos.

André Durant se parecía a las imágenes de Dios que se ven en los libros para niños. Tenía setenta años, era un diagnosticador regular, pero un mal cirujano. Su excelente clientela se la debía principalmente al trabajo de su anterior asistente Binot, que había logrado por fin, dos años atrás, independizarse. Desde entonces Durant utilizaba a Ravic para sus operaciones difíciles. Ravic practicaba incisiones más pequeñas y trabajaba de un modo que dejaba cicatrices apenas visibles. Durant era una excelente conocedor de los vinos de Burdeos, una persona muy apreciada en los *parties* elegantes y sus pacientes procedían casi siempre de ellos.

—Si lo hubiera sabido... —murmuró.

Siempre lo sabía. Tal era el motivo por el cual acostumbraba pasarse dos o tres días en su casa de campo antes de cada operación difícil. Deseaba evitar conversaciones sobre el precio antes de la operación. Después era más sencillo; podía dar esperanzas para la vez siguiente... y la vez siguiente volvería a hacer lo mismo. Esta vez Ravic, sorprendiendo a Durant, no había llegado a última hora, sino media hora antes de la fijada para la operación, y lo había pescado antes de que se le diera la anestesia al paciente. Así no había posibilidad de utilizarla como excusa para abreviar la discusión.

La enfermera apareció en la puerta.

—¿Debemos empezar con la anestesia, señor profesor?

Durant la miró; luego miró suplicante y lastimeramente a Ravic. Ravic devolvió la mirada, lastimera pero con firmeza.

—¿Qué opina, doctor Ravic? —preguntó Durant.

—La decisión está en sus manos, profesor.

—Un minuto, enfermera. Todavía no nos hemos puesto de acuerdo con respecto al procedimiento —la enfermera se retiró. Durant se volvió a Ravic—. ¿Y ahora? —preguntó con tono de reproche.

Ravic se metió las manos en los bolsillos.

—Postergue la operación hasta mañana... o hasta dentro de una hora y llame a Binot.

Binot había realizado casi todas las operaciones de Durant durante veinte años y no había llegado a nada, porque Durant le había imposibilitado casi toda oportunidad de independizarse, caracterizándolo siempre como un simple ayudante. Binot odiaba a Durant y exigiría por lo menos cinco mil francos; Ravic lo sabía. Durant también lo sabía.

—Doctor Ravic —dijo—, nuestra profesión no debería degenerar en discusiones comerciales.

—Esa es también mi opinión.

—¿Por qué no deja a mi discreción el arreglo del asunto? Hasta ahora siempre ha quedado conforme.

—Nunca —dijo Ravic.

—Jamás me lo había dicho.

—Porque hubiera sido inútil. Además no me interesaba. Esta vez me interesa, necesito el dinero.

La enfermera volvió a entrar.

—El paciente está inquieto, señor profesor.

Durant miró fijamente a Ravic. Ravic devolvió la mirada. Sabía que era difícil arrancarle dinero a un francés. Más difícil que a un judío. Un judío ve el negocio; un francés solamente el dinero que tiene que dar.

—Un minuto, enfermera —dijo Durant—. Tómele el pulso, la presión sanguínea y la temperatura.

—Ya lo hice.

—Entonces empiece con la anestesia.

La enfermera se fue.

—Pues bien —dijo Durant tomando una decisión—, le daré mil.

—Dos mil —rectificó Ravic.

Durant no le hizo caso. Se acarició el blanco mostacho.

—Escuche, Ravic —dijo luego con calor—; como refugiado que no puede ejercer...

—Tampoco debía operar con usted —dijo Ravic tranquilo. Esperaba la tradicional declaración de que debería sentirse agradecido por ser admitido en el país.

Pero Durant prescindió de ella. Vio que no conseguía nada y que el tiempo apremiaba.

—Dos mil —repitió con tal amargura como si la palabra fuera un billete que le salía de la garganta—. Los tendré que pagar de mi propio bolsillo. Pensaba que usted se acordaría de lo que he hecho por usted.

Esperaba... «Es raro —pensó Ravic— que a estos explotadores les agrade tanto moralizar. Este viejo bandido, con la roseta de la Legión de Honor en el ojal, que me está explotando, me hace reproches en lugar de avergonzarse. Y aun se lo cree.»

—Entonces dos mil —dijo Durant al fin—. Dos mil —repitió. Era como si dijera patria, amor, Dios, espárrago tierno, perdices frescas, vino añejo. ¡Terminado!— Entonces, ¿podemos empezar ahora?

El hombre tenía un vientre abultado y puntiagudo y los brazos y piernas delgados. Por casualidad Ravic sabía quién era. Se llamaba Leval y era un funcionario a cuya incumbencia pertenecían las cuestiones de los emigrados. Veber se lo había dicho como una broma especial. Leval era hombre a quien todo refugiado del «Hotel International» conocía.

Ravic hizo rápidamente el primer corte. La piel se abrió como un libro. La aseguró con grapas y vio la grasa amarillenta que surgía.

—Como obsequio lo aliviaremos de un par de kilos. Después podrá volver a llenarse —le dijo a Durant.

Durant no contestó. Ravic separó las capas de grasa, para llegar a los músculos. «Aquí yace ahora el pequeño Dios de los refugiados», pensó. El hombre que tenía centenares de destinos en su mano, en una mano blanda y blanca, que ahora yacía sin vida. El hombre que había expulsado al viejo profesor Meyer, a Meyer, que ya no tenía fuerzas para empezar de nuevo el calvario y que el día anterior a la extradición se ahorcó sencillamente en su ropero en el «Hôtel International». En su ropero, porque en ningún otro lado había un gancho. Él lo pudo hacer; estaba tan liviano a causa del hambre padecida, que el gancho destinado para la ropa aguantó su peso. Y no era más que un montón de ropa con un poco de vida ahorcada adentro, lo que la camarera encontró a la mañana siguiente.

«Si este vientre puntiagudo hubiera sentido conmiseración, Meyer todavía estaría vivo.»

—Pinzas —dijo—, algodón.

Siguió cortando. La precisión del afilado bisturí. La sensación de un corte, sencillo. La cavidad del vientre. Los intestinos, enrollados como gusanos. El que yacía ahí también tenía sus principios morales. Tenía conmiseración humana para Meyer; pero también tenía algo que llamaba su obligación nacional. Siempre había un escudo detrás del cual ampararse: un superior, que a su vez tenía otro superior; instrucciones, órdenes, deberes, obligaciones y, finalmente, el monstruo de la moral, con sus innumerables cabezas, llamadas necesidad, dura realidad, responsabilidad o cualquier otra cosa; siempre había un escudo para eludir las leyes más simples de humanidad.

He ahí la vesícula. Corroída y enferma. Por obra de centenares de *toumedos* *Rossini*, de *tripas á ta mode de Caen*, de *cañarás pressés* y salsas pesadas, en colaboración con mal humor y unos cuantos litros de buen burdeo. El viejo Rovic no había tenido esas preocupaciones. Si uno cortara mal ahora, si cortara demasiado, si profundizara demasiado, ¿se sentiría dentro de una semana un hombre más humano en el cuarto polvoriento y con olor a expedientes y polillas donde los refugiados temblorosos esperaban la decisión sobre

vida o su muerte? Tal vez más humano. Tal vez menos humano. Este cuerpo inconsciente, de sesenta años, tendido sobre la mesa, bajo las lámparas deslumbrantes, indudablemente se creía muy humano. Era, con toda seguridad, esposo amable, buen padre; pero en el momento de entrar en su oficina se convertía en un tirano que se escondía detrás de las frases: «No podemos» y «Adonde llegaríamos si...» Francia no hubiera perecido si Meyer hubiese seguido comiendo su modesta ración diaria; si a la viuda de Rosenthal se le hubiese permitido seguir esperando a su hijo muerto, en un cuarto de servicio del «Hôtel International»; si al tendero tuberculoso Stallmann no se lo hubiera encarcelado por haber cruzado la frontera ilegalmente: al fin, había salido de la cárcel solamente para morir, antes de ser expulsado.

Bien. El corte era bueno. No demasiado profundo. No demasiado largo. Lo suficiente. El nudo. La vesícula. Se la mostró a Durant. Brillaba grasienta bajo la blanca luz. La arrojó a un balde. Adelante. ¿Por qué se coserá en Francia con «Reverdins»? ¡Afuera la pinza! El vientre caliente de un funcionario mediocre con sueldo de treinta a cuarenta mil francos anuales. ¿Cómo podría pagar los diez mil de la operación? ¿Dónde gana el resto? También este vientre puntiagudo había jugado una vez a las bolitas. Era una buena sutura. Una puntada al lado de la otra. «Todavía están los dos mil francos en la cara de Durant, aunque ahora no se le puede ver el mostacho. Están en los ojos. Cada ojo mil francos. El amor echa a perder el carácter. Si no fuera así, ¿hubiera sido capaz de exprimir a este rentista, y de conmover su fe en el divino orden de la explotación? Mañana estará sentado al lado de la cama de este deloal vientre puntiagudo y recibirá las gracias por su trabajo.

«¡Cuidado, acá había otra pinza! El vientre puntiagudo significa una semana de Antibes para Jeanne y para mí. Una semana de luz en medio de la lluvia de ceniza del tiempo. Un pedazo de cielo azul antes de la llegada de la tempestad. Y ahora la sutura del vientre. Especialmente bien hecha por dos mil francos. Debería dejar adentro una tijera como recuerdo de Meyer. El zumbido de la blanca luz. ¿Por qué se me ocurrirá pensar en tantas cosas? Quizá por culpa de los periódicos. O de la radio. El interminable griterío de los mentirosos y los cobardes. Desconcentración lograda por aludes de palabras. Cerebros confusos. Abiertos para toda basura demagógica. Ya no acostumbrados a masticar el duro pan del conocimiento. Cerebros desdentados. Tonterías. Bueno, esto también está listo. Y ahora la piel floja. Dentro de un par de semanas estará otra vez en condiciones de expulsar a refugiados temblorosos. Quizá sin vesícula se ponga más suave. Si no muere. Pero esta gente suele morir a los ochenta, con todas las honras, con amor propio y con nietos llenos de orgullo. Pronto. Terminado. ¡Afuera con él!»

Ravic se quitó los guantes y la máscara. El alto funcionario abandonó la sala de operaciones deslizándose sobre ruedas silenciosas. Ravic lo siguió con los ojos. «¡Si supieras, Leval —pensó—, que tu vesícula altamente legal me procurará a mí, un refugiado ilegal, un par de días sumamente ilegales en la Riviera!»

Empezó a lavarse. A su lado, Durant también se lavaba las manos lenta y metódicamente. Eran las manos de un hombre viejo con alta presión sanguínea. Mientras se frotaba los dedos con cuidado, su mandíbula inferior mascaba acompasadamente, como si estuviera moliendo trigo. Cuando dejaba de frotar, también dejaba de masticar. Cuando empezaba, volvía a masticar. Esta vez se lavaba con más lentitud y durante más tiempo que de costumbre. «Quiere tener los dos mil francos unos minutos más», pensó Ravic.

—¿Qué espera todavía? —preguntóle Durant después de un rato.

—Estoy esperando su cheque.

—Le enviaré el dinero cuando el paciente pague. Y eso será dentro de unas semanas, después que abandone la clínica. —Durant empezó a secarse las manos. Luego tomó un frasco de agua de Colonia de «Orsay» y se perfumó—. Me tendrá tanta confianza, ¿eh? —preguntó.

«Bandido —pensó Ravic—, quiere sacar un poco más de humillación.»

—Usted me dijo que el paciente era amigo suyo y que le pagaba nada más que los gastos.

—Sí... —replicó Durant, sin darse por aludido.

—Bueno..., los gastos son un par de francos para el material y las enfermeras. La clínica es suya. Si usted calcula cien francos por todo, me los puede descontar y enviar después.

—Los gastos, doctor Ravic —declaró Durant irguiéndose—, son lamentablemente bastante más altos de lo que yo pensaba. Los dos mil francos para usted están comprendidos en ellos. En consecuencia tengo que cobrárselos también al paciente —olfateó el agua de Colonia de sus manos—. Ya ve...

Se sonrió. Sus dientes amarillos formaban un vivo contraste con su barba nivea. «Como si alguien hubiese orinado sobre la nieve —pensó Ravic—. De todos modos, pagará. Y por eso Veber me dará el dinero. No le haré a este viejo chivo el favor de rogárselo de rodillas.»

—Muy bien —dijo—, si para usted es tan difícil, envíemelos después.

—Para mí no es difícil, aunque su exigencia ha sido repentina y sorprendente. Es cuestión de orden.

—Bien, entonces lo haremos por el orden; viene a ser lo mismo.

—No, no es de ningún modo lo mismo.

—El resultado es el mismo —dijo Ravic—. Y ahora discúlpeme, tengo ganas de tomar un coñac. Adiós.

—Adiós —respondió Durant sorprendido.

Kate Hegstroem sonrió.

—¿Por qué no viene conmigo, Ravic? —estaba parada delante de él, esbelta, segura, con sus largas piernas, las manos metidas en los bolsillos del abrigo—. Las forsitias ya deben estar florecidas en Fiéssole. Un fuego amarillo a lo largo del muro del jardín. Un hogar. Libros. Paz.

Afuera un camión pasó ruidosamente. Los marcos de vidrio de los cuadros de la pequeña sala de espera de la clínica tintinearon. Eran fotografías de la catedral de Chartres.

—El silencio durante la noche. Muy lejos de todo —dijo Kate Hegstroem—. ¿No te encantaría?

—Sí, pero tal vez no lo soportaría.

—¿Por qué no?

—La tranquilidad es buena solamente cuando uno está tranquilo.

—Usted sabe lo que quiere. Es casi lo mismo.

—¿Usted no lo sabe?

—Yo no quiero nada.

Kate Hegstroem abrochó su abrigo con lentitud.

—¿Qué significa esto, Ravic? ¿Felicidad o desesperación?

Él sonrió con impaciencia.

—Las dos cosas, probablemente. Ambas, como sucede casi siempre. No hay que pensar demasiado en ello.

—¿Qué hay que hacer?

—Alegrarse —ella lo miró—. Para eso no se necesita a nadie más.

—Para eso siempre se necesita a alguien.

Él se quedó callado. «¿Qué es lo que estoy diciendo? —se preguntó—. Chartas de viaje, confusión del adiós, suave parloteo de pastores.»

—No para las felicidades pequeñas de las que habló una vez —dijo—. Ésas florecen en cualquier lado, como las violetas alrededor de una casa derrumbada. El que no espera nada, no está desilusionado..., esto es una buena base. Todo lo que recibe, resulta un regalo.

—No es nada —dijo Kate Hegstroem—. Es así cuando uno está en cama y piensa cuidadosamente. Deja de serlo cuando está en condiciones de caminar. Se lo vuelve a perder. Se exige más.

Un oblicuo rayo de luz que venía desde la ventana le cruzaba la cara. Dejaba sus ojos en la sombra; solamente su boca florecía en él.

—¿Tiene usted un médico en Florencia? —preguntó Ravic.

—No. ¿Lo necesitaré?

—Todavía puede producirse alguna insignificancia. Algo. Estaría más tranquilo sabiendo que usted tiene allá un médico.

—Me siento muy bien. Y si llegara a pasar algo, puedo volver.

—Desde luego. Es solamente una precaución. Hay un médico muy bueno en Florencia, el profesor Fióla. ¿Lo recordará? Fióla.

—Lo olvidaré. No tiene importancia, Ravic.

—Yo le escribiré. Él la cuidará.

—Pero, ¿por qué? Yo no tengo nada.

—Precaución profesional, Kate, nada más. Le escribiré para que se ponga en contacto con usted.

—Por mí... —tomó su cartera—. Adiós, Ravic, me voy. Tal vez me vaya de Florencia directamente a Cannes y desde allá, en el *Conté di Savoia*, a Nueva York. Si algún día llega a ir a América, encontrará a una mujer en una casa de campo con su esposo e hijos y caballos y perros. La Kate Hegstroem que usted conocía, la dejo aquí. Tiene una pequeña tumba en el «Schéhérazade». Cuando vaya allí, saludela de vez en cuando, con la copa llena.

—Bien. Con vodka.

—Sí, con vodka —se quedó indecisa en la oscuridad de la habitación. El rayo de luz caía ahora detrás de ella sobre una de las fotografías de Chartres. El altar con la cruz.

—Es extraño —dijo—, debería estar alegre. Pero no lo estoy...

—Así ocurre con todas las despedidas, Kate. Aun cuando uno se despide de la desesperación.

Ella estaba ante él, vacilante, llena de una vida suave, y un poco triste.

—Cuando uno se despide, lo más sencillo es irse —dijo Ravic—. Venga, la acompañaré.

—Sí.

El aire estaba tibio y húmedo El cielo colgaba como hierro candante entre los techos.

—Le conseguiré un taxi, Kate.

—No. Quiero ir hasta la esquina. Allí encontraré uno. Es casi la primera vez que salgo.

—¿Cómo lo siente?

—Como un vino.

—¿No sería mejor que le llamara un taxi?

—No. Quiero caminar —miró a lo largo de la húmeda calle. Luego sonrió—. En algún rincón todavía queda un poco de miedo. ¿Tiene que ser así?

—Sí. Tiene que ser así.

—Adiós, Ravic.

—Adiós, Kate.

Se detuvo durante un segundo, como si quisiera decir algo más. Luego bajó los escalones, con pasos cuidadosos, delgada, flexible todavía, y siguió caminando por la calle hacia la noche violeta y hacia su ocaso. No se dio vuelta.

Ravic volvió. Al pasar por la habitación en la cual había estado Kate Hegstroem, oyó música. Se detuvo sorprendido. Sabía que todavía no había llegado ningún paciente nuevo.

Abrió la puerta con cautela y vio a la enfermera, arrodillada delante de un fonógrafo. Ella se sobresaltó cuando sintió a Ravic, y se levantó. El fonógrafo estaba tocando un disco viejo: *La dernière valse*.

La joven se alisó el vestido.

—Miss Hegstroem me regaló el fonógrafo —explicó—. Es un aparato americano. Aquí no se puede conseguir en ningún lado. Es el único. No hice más que probarlo. Toca cinco discos automáticamente —estaba radiante de orgullo—. Vale por lo menos tres mil francos. Y todos los discos. Son cincuenta y seis. Además tiene radio. Esto sí que es tener suerte.

«Suerte», pensó Ravic. Otra vez. Aquí era un fonógrafo. Se detuvo y escuchó. El violín volaba como una paloma por encima de la orquesta, quejumbroso y sentimental. Era una de esas melodías dulces y vulgares, que a veces llegan más cerca del corazón que todos los nocturnos de Chopin. Ravic se dio vuelta. La cama estaba deshecha y el colchón levantado. La ropa amontonada al lado de la puerta. Las ventanas abiertas. A través de ellas la noche miraba irónicamente. El olor desvanecido de un perfume y los últimos acordes de un vals de salón era todo lo que había quedado de Kate Hegstroem.

—No puedo llevármelo todo de golpe —dijo la enfermera—. Es demasiado pesado. Llevaré primero el aparato y después vendré dos veces a buscar los discos. Tal vez tres veces. Es maravilloso. Con esto se podría abrir un café.

—Buena idea —aprobó Ravic—. Tenga cuidado y no rompa nada.

Ravic despertó muy lentamente. Durante un rato se encontró todavía en el raro crepúsculo entre el sueño y la realidad; el sueño todavía subsistía, más pálido y más fantasmagórico, y al mismo tiempo ya sabía que estaba soñando. Se hallaba en la región de Schwarzwald, cerca de la frontera alemana, en una pequeña estación de ferrocarril. En las cercanías se oía el fragor de una catarata. Desde las montañas llegaba el olor de los pinos. Era verano y el valle estaba saturado del olor de la resina y de las praderas. Los rieles relucían rojos bajo el sol poniente; como si un tren hubiera pasado goteando sangre. «¿Qué estoy haciendo aquí? —pensó Ravic—. ¿Qué estoy haciendo aquí, en Alemania? ¡Si yo estoy en Francia! ¡Si yo estaba en París!» Una ola blanda, tomasolada, lo sumió en un sueño más profundo. París ya se estaba desvaneciendo, aparecía solamente como envuelta en niebla, se hundía. No estaba en París, estaba en Alemania. ¿Por qué había vuelto otra vez allí?

Cruzó la pequeña estación. El guardavía estaba parado al lado de un quiosco de periódicos. Leía el *Volkischen Beobachter* y era hombre de mediana edad, de cara gorda y cejas muy rubias.

—¿Cuándo parte el próximo tren? —preguntó Ravic.

El guardavía lo miró perezosamente.

—¿Adónde quiere ir?

Subitamente, Ravic sintió una ola de terror ardiente. ¿Dónde estaba? ¿Cómo se llamaba la localidad? ¿Cómo se llamaba la estación? ¿Debería decir Freiburg? ¡Maldición! ¿por qué no sabía dónde estaba? Miraba a lo largo de la vía. Ninguna señal indicadora. En ningún lado un nombre. Sonrió.

—Estoy de vacaciones —dijo.

—¿Adónde quiere ir? —repitió el guardavía.

—Estoy viajando sin rumbo. Me bajé aquí sin motivo. Me gustaba desde la ventanilla. Ahora ya no me gusta; no me gustan las cataratas. Ahora quiero seguir.

—Pero, ¿adónde quiere ir? Usted tiene que saber adónde quiere ir.

—Tengo que estar pasado mañana en Freiburg. Mientras tanto tengo tiempo. Me divierte viajar así, sin rumbo.

—Esta línea no lleva a Freiburg —dijo el guardavía mirándolo.

«¿Qué disparate estoy haciendo? —pensó Ravic—. ¿Por qué estoy preguntando? ¿Por qué no espero simplemente? ¿Cómo he venido aquí?»

—Ya lo sé —dijo—. Todavía tengo bastante tiempo. ¿Se podrá conseguir en algún lado un guindado? ¿Un legítimo guindado de Schwarzwald?

—Allá, en el restaurante de la estación —le indicó el guardavía, que no dejaba de mirarlo.

Ravic cruzó lentamente el andén. Sus pasos resonaban sobre el cemento bajo el techo abierto de la estación. En la sala de espera de segunda y primera clase vio a dos hombres sentados. Sentía sus miradas en su espalda. Unas gaviotas volaban bajo el techo de la estación. Simulaba contemplarlas, mientras miraba de reojo al guardavía. Éste dobló el diario. Luego siguió a Ravic. Ravic entró en el restaurante. El ambiente olía a cerveza. No había nadie. Volvió a abandonarlo. El guardavía estaba afuera. Vio salir a Ravic y entró en la sala de espera. Ravic apuró el paso. Se había hecho sospechoso, de repente lo sabía. Cuando llegó a la esquina del edificio, se dio vuelta. No había nadie en el andén. Pasó apresuradamente entre consigna y la vacía taquilla. Pasó agachado bajo la balanza para equipajes, sobre la cual había un par de tarros de leche, y se arrastró bajo una ventana, detrás de la cual el telegrafo hacía tictac, hasta alcanzar el otro lado del edificio. Miró a su alrededor con cautela. Luego cruzó rápidamente las vías y corrió a través de una pradera floreciente hacia el bosque de pinos. Los pétalos polvorientos del diente de león volaban mientras cruzaba la pradera. Al llegar a los pinos, vio al guardavía y a los dos hombres en el andén. El guardavía señalaba hacia él y los dos hombres empezaron a correr. Saltó hacia atrás y se deslizó por entre los pinos. Las ramas afiladas le castigaban la cara. Dio un gran rodeo y se detuvo, para no delatar su escondite. Sintió a los hombres irrumpir a través de los pinos y siguió corriendo. A cada rato escuchaba. A veces no oía nada; entonces se limitaba a esperar. Luego oía crujidos y también él seguía adelante, sobre la tierra ahora, para hacer menos ruido. Crispaba los puños y contenía el aliento, cuando se detenía a escuchar; se sentía arrebatado por el deseo de levantarse de un salto y salir corriendo; pero con esto se hubiera delatado. Sólo podía moverse cuando los otros también lo hacían. Se hallaba en una maleza entre flores azules. «Hepática triloba», pensó. Hepática triloba, la florecita azul. El bosque parecía no tener fin. Ahora crujía por todas partes. Sentía cómo el sudor le brotaba por todos los poros, como si su cuerpo estuviese lloviendo. Y, repentinamente, se le aflojaban las rodillas, como si las articulaciones se hubiesen ablandado. Intentaba levantarse. Pero se hundía. El suelo parecía pantanoso. Miraba hacia abajo. El suelo era firme. Eran las piernas. Eran como de goma. Ravic se sentía a los perseguidores más cerca. Venían directamente hacia él. Hizo un último esfuerzo para levantarse pero volvió a hundirse sobre sus rodillas de goma. Arrastraba las piernas, seguía vadeando laboriosamente, y sentía cada vez más cerca el crujir detrás de él, y luego, de repente, el cielo brillaba azul a través del follaje, un claro se abría, y sabía que estaba perdido si no podía cruzarlo rápidamente; se arrastraba y se volvía y veía detrás de él una cara, sonriendo socarronamente, la cara de Haake, y se hundía, inerme, sin ayuda, se ahogaba, tiraba con las manos de su pecho que se estaba hundiendo, gemía...

Gemía. ¿Dónde estaba? Sintió sus manos en su cuello. Estaban húmedas. Su cuello estaba húmedo. Su pecho estaba húmedo. Su cara estaba húmeda. Abrió los ojos. Todavía no sabía bien dónde estaba, si en el pantano de la maleza y de los pinos o en algún otro lado. Todavía no sabía nada de París. Una blanca luna colgaba de una cruz encima de un mundo desconocido. Una luz mortecina colgaba como aureola asesinateda detrás de una oscura cruz. Una luz blanca y muerta gritaba silenciosamente sobre un cielo pálido grisáceo. La luna llena detrás de la cruz de madera de la ventana de un cuarto del «Hotel International» de París. Ravic se levantó. ¿Qué había significado eso? Un tren lleno de sangre, chorreando sangre, galopando a través de una noche de verano, sobre rieles ensangrentados; el sueño cien veces soñado, de estar otra vez en Alemania, rodeado, perseguido, cazado por los verdugos de un régimen sanguinario, que había legalizado el asesinato; ¡cuántas veces lo había soñado! Miró hacia la luna, el vampiro blanco que le robaba al mundo los colores con su luz prestada. Los sueños, llenos del terror de los campos de concentración, llenos de las caras inmóviles de sus amigos asesinados, llenos del dolor sin lágrimas y petrificado de los sobrevivientes, llenos de una despedida dolorosa y de una soledad que ya estaba más allá de toda queja; durante el día se conseguía formar una barrera, una barrera que era más alta que los ojos; había sido levantada después de difíciles y largos años, estrangulando los deseos con cinismo, enterrando con dureza y pisoteando los recuerdos, arrancándose todo, hasta el apellido, endureciendo los sentimientos, y si alguna vez, a pesar de todo, surgía el pálido rostro de lo pasado, en una hora incontrolada, dulce, como un fantasma, y llamándolo, se lo había ahogado en alcohol hasta alcanzar la inconsciencia. De día... Pero durante las noches uno seguía inerme; los frenos de la disciplina se soltaban y el carro empezaba a deslizarse; desde detrás del horizonte de la inconsciencia volvía a surgir aquello, se abría paso a través de las tumbas; la convulsión congelada se derretía; las sombras venían; la sangre comenzaba a bullir, las heridas goteaban y la tempestad negra barría todos los muros y barricadas. Olvidado: era fácil decirlo mientras la linterna de la voluntad iluminaba el mundo; pero cuando se apagaba y el roer de los gusanos se hacía audible, cuando un mundo destrozado surgía, como un velero hundido, de las olas y volvía a vivir, todo era distinto. Uno podía emborracharse hasta la inconsciencia, noche tras noche, sofocándolo todo, se podía convertir las noches en días y los días en noches; pero los sueños del día eran diferentes, uno no estaba tan perdido, tan desamparado de todo como de noche. ¿No lo había hecho ya? ¿Cuántas veces había vuelto al hotel al amanecer tras haberse arrastrado por las calles? ¿O había esperado en «la catacumba», con cualquiera que deseara beber con él, la llegada de Morosow, que venía del «Schéhérazade» y que seguía bebiendo con él bajo las palmeras artificiales, en la habitación sin ventanas, donde solamente el reloj indicaba cuándo había amanecido? Emborracharse en un submarino, así había sido. Era sencillo mover la cabeza y encontrar que uno debería ser razonable. Pero, ¡maldición!, no era sencillo. Una vida era una vida, no valía nada, y lo valía todo; uno podría arrojarla, eso también era sencillo. ¿Pero no se arrojaba con esto también la venganza, y no se arrojaba eso, que, burlado, escupido, ridiculizado hora tras hora y día tras día, a pesar de todo se llamaba fe en la Humanidad y humanitarismo? Una vida vacía ¡no se tiraba como un cartucho vacío! Todavía era lo suficientemente buena como para luchar cuando llegara la ocasión y pudiera ser utilizada. No por razones personales, ni siquiera por venganza, por sangrienta y profunda que fuera la venganza, ni por egoísmo, ni tampoco por motivos altruistas, por importante que fuera ayudarle a este mundo a dar vuelta hacia delante desde la sangre y los escombros; al fin y al cabo por ninguna otra razón que la de que uno luchaba, luchaba simplemente, y esperaba su oportunidad para luchar, mientras todavía respiraba. ¡Pero la espera roía, y quizás era desesperada, y a ella se le agregaba el miedo secreto de que uno, cuando finalmente llegara el día, ya podía estar aplastado, demasiado corroído, demasiado perezoso a causa de la espera, como para marchar con los demás! ¿No se condenaba por eso al olvido todo aquello que pudiese debilitar los nervios; no se lo borraba, dura y eficazmente, con sarcasmo, con ironía, hasta con contrasentimentalismo, con la fuga hacia otro hombre, hacia otro yo? Hasta que un día volvía a aparecer el terrible desmayo, cuando uno estaba entregado al sueño y a los fantasmas...

La luna obesa asomó bajo la cruz de la ventana. Ya no era una aureola clavada: era veedor obeso y obsceno, que curioseaba por las habitaciones y las camas. Ravic estaba del todo despierto. Había sido un sueño relativamente inofensivo. Los había tenido peores. Pero ya hacía mucho que no soñaba nada. Pensó que casi todo el tiempo desde que no dormía solo.

Buscó al lado de la cama. La botella no estaba. Ya hacía algún tiempo que no estaba. Estaba sobre la mesa del rincón de la estancia. Vaciló un momento. No era necesario beber. Lo sabía. Tampoco era necesario dejar de beber. Se levantó y caminó descalzo hasta la mesa. Encontró un vaso, sacó el corcho de la botella y bebió. Era el resto del calvados añejo. Levantó el vaso hacia la ventana. La luna lo convirtió en un ópalo. «El alcohol no debe estar a la luz», pensó. Ni a la luz del sol ni a la luz de la luna. Los soldados heridos que habían pasado una noche de luna llena en las trincheras, quedaban más débiles que después de otras noches. Movié la cabeza y apuró el vaso. Luego lo volvió a llenar. Cuando levantó la mirada, notó que Jeanne había abierto los ojos y que lo estaba mirando. Se detuvo. No sabía si estaba despierta y si, en realidad, lo estaba mirando.

—Ravic —dijo ella.

—Sí...

Ella se estremeció, como si se estuviera aún despertando.

—Ravic —dijo con voz cambiada—, Ravic, ¿qué estás haciendo?

—Estoy bebiendo.

—Pero, ¿por qué? —se levantó—. ¿Qué ocurre? —preguntó confusa—. ¿Qué pasa?

Nada.

Ella se pasó la mano por el pelo.

—Dios mío —dijo—, ¡cómo me he asustado!

—No ha sido mi intención. Creí que seguías durmiendo.

—Te vi de repente así... en el rincón... tan distinto.

—Lo lamento, Jeanne. No pensé que te despertarías.

—Sentí que ya no estabas a mi lado. Sentí frío. Como una ráfaga de viento. Un miedo frío. Y de repente te vi. ¿Pasa algo?

—No. Nada. Absolutamente nada, Jeanne. Desperté y quería beber algo.

—Yo también quiero.

Ravic llenó el vaso y se lo llevó a la cama.

—Ahora pareces una criatura —dijo.

Ella tomó el vaso con las dos manos y bebió. Bebió lentamente, mirándolo por encima del vaso.

—¿Por qué te despertaste? —preguntó.

—No sé. Creo que fue la luna.

—Odio la luna.

—En Antibes no la odiarás.

Ella dejó el vaso.

—¿Iremos de veras?

—Sí, iremos.

—¿Lejos de esta niebla y de esta lluvia?

—Sí; ¡lejos de esta niebla y esta lluvia malditas!

—Dame otro vaso.

—¿No quieres dormir?

—No. A veces da pena dormir. Se pierde demasiada vida durmiendo. Dame un vaso. ¿Es el bueno? Queríamos llevarlo.

—No conviene llevar nada.

Ella lo miró.

—¿Nunca?

—Nunca.

Ravic fue a la ventana y corrió las cortinas. Cerraban a medias. La luz de la luna penetró por la abertura, como una pared luminosa, dividiendo la habitación en dos mitades de una oscuridad difusa.

—¿Por qué no te acuestas? —preguntó Jeanne.

Ravic estaba al lado del sofá, más allá del claro de luna. Veía a Jeanne vagamente, sentada en la cama. El pelo le caía brillando suavemente sobre el cuello. Estaba desnuda.

Entre él y ella fluía la luz fría sin dirección, fluyendo únicamente en sí misma, como entre dos oscuras riberas. Hacia el cuadrángulo de la habitación, lleno del tibio olor del sueño, fluía por un interminable camino a través de un espacio negro y sin aire; luz quebrada, que rebotaba en una estrella lejana y muerta y se trocaba por arte de magia del cálido brillo del sol en ese fluir plomizo y frío; fluía y fluía, y sin embargo no se movía y nunca llenaba la pieza.

—¿Por qué no vienes? —preguntó Jeanne.

Ravic cruzó la habitación, atravesando la oscuridad, la luz, y otra vez la oscuridad; eran unos pocos pasos, pero le parecieron muchos.

—¿Trajiste la botella?

—¿Quieres el vaso? ¿Qué hora es?

Ravic miró la pequeña esfera del reloj de cifras fosforescentes.

—Aproximadamente las cinco.

—Las cinco. También podrían ser las tres. O las siete. De noche el tiempo se detiene. Solamente los relojes se mueven.

—Sí. Y, sin embargo, todo sucede de noche. O debido a eso.

—¿Qué?

—Eso, lo que se ve solamente de día.

—No me asustes. ¿Tú quieres decir, antes, cuando se está durmiendo?

—Sí.

Ella tomó el vaso de su mano y bebió. Era muy hermosa y él sintió que la amaba. No era hermosa como una estatua o un cuadro; era hermosa como una pradera acariciada por el viento. Era la vida la que latía en ella y que la había formado misteriosamente tal cual era mediante el encuentro de dos células, en la nada de un regazo. Era el mismo e incomprensible enigma, por el cual en una ínfima semilla ya existía el árbol entero, petrificado, microscópico, pero vivo, ya con su destino, con su follaje y sus frutas, así como ya con el temblor de las flores de todas las mañanas primaverales, y por el cual de una noche de amor y un poco de mucosidad que se encontraba, se formaba una cara, hombros y ojos; estos ojos y estos hombros que estaban aquí, sembrados en algún lado, entre millones de hombres, en algún lugar del mundo, y uno se hallaba una noche de noviembre en el puente de L'Alma en París, y ellos venían hacia uno...

—¿Por qué de noche? —preguntó Jeanne.

—Porque —repuso Ravic—, acércate bien, amada, reconquistada desde los precipicios del sueño, de vuelta de las lejanías de la luna y de lo incierto; porque la noche y el sueño son traidores. ¿Recuerdas todavía cómo nos dormimos, esta noche, uno junto al otro? Estábamos todo lo cerca que dos seres humanos pueden estarlo. Nuestras frentes, nuestra piel, nuestros pensamientos, nuestro aliento se tocaban, se mezclaban, y después empezó a filtrarse el sueño entre nosotros, gris, incoloro, algunas manchas al principio, luego más; como sarna invadía nuestros pensamientos, nuestra sangre, echándonos gota tras gota de ceguera desde la subconsciencia, y súbitamente, los dos nos encontrábamos solos, flotando solitarios en oscuros canales, a merced de poderes desconocidos y amenazas sin forma. Cuando desperté, te vi. Dormías. Todavía estabas muy lejos. Me habías abandonado por completo. Ya no sabías nada de mí. Estabas en algún lugar adonde jamás te podré seguir —besó su cabello—. ¿Cómo puede ser perfecto el amor, cuando cada noche te pierdo mientras estás durmiendo?

—Estaba cerca de ti, a tu lado, en tus brazos.

—Estabas en una tierra desconocida. Permanecías a mi lado, pero estabas más lejos que si hubieras estado en Sirio. Cuando estás lejos de día no importa; lo del día lo sé todo.

¿Pero quién sabe algo de la noche?

—Estaba contigo.

—No estabas conmigo. Solamente estabas a mi lado. ¿Quién sabe jamás cómo vuelve de la tierra sin control? Cambiado, sin saberlo.

—Tú también.

—Sí, yo también —dijo Ravic—. Y ahora devuélveme el vaso. Mientras yo digo disparates, tú estás bebiendo.

Ella le alcanzó el vaso.

—Es bueno que hayas despertado, Ravic. Bendita sea la luna. Sin ella hubiéramos seguido durmiendo sin saber nada de nosotros. O en uno de los dos hubiese brotado la semilla del adiós, mientras estábamos inermes. Y hubiera seguido creciendo y creciendo lenta e invisiblemente hasta abrirse paso algún día.

Rió suavemente. Ravic la miró.

—No lo tomas muy en serio, ¿eh?

—No. ¿Y tú?

—No. Pero tiene algo de ello. Por eso no lo tomamos en serio. En eso se destaca el hombre.

Ella volvió a reír.

—No le tengo miedo. Confío en nuestros cuerpos. Saben mejor lo que quieren, que aquello que de noche nos hace ver fantasmas.

Ravic terminó su vaso.

—Bien —dijo—. También es cierto.

—¿Qué te parece si no durmiéramos más esta noche?

Ravic levantó la botella hacia la pared de plata de la luna. Todavía tenía la tercera parte de su contenido.

—Ya no queda mucho —dijo—. Pero podemos intentarlo.

Puso la botella sobre la mesa, al lado de la cama. Luego se dio vuelta y miró a Jeanne.

—Te ves como todos los deseos de un hombre, más uno; uno que nunca había formulado.

—Bien —dijo ella—. Debíamos despertar todas las noches, Ravic. De noche eres diferente que de día.

—¿Mejor?

—Distinto. De noche me sorprendes. Siempre vienes de un lugar del que no se sabe nada.

—¿De día no?

—No siempre. A veces sí.

—Lindas confesiones —dijo Ravic—. Hace un par de semanas no me lo hubieras dicho.

—No. Entonces te conocía mucho menos.

Él levantó la vista. No había ni una sombra de ambigüedad en la cara de ella. Lo sentía así y lo encontraba perfectamente natural. Ni quería herirlo, ni decir una cosa extraordinaria.

—Esto se pone bien —dijo él.

—¿Por qué?

—Dentro de algunas semanas me conocerás mejor aún, y te sorprenderé todavía menos.

—Igual que yo —dijo Jeanne riéndose.

—Tú no.

—¿Por qué no?

—Eso tiene su motivo en cincuenta mil años de biología. El amor hace a la mujer perspicaz y al hombre lo confunde.

—¿Me amas?

—Sí.

—Me lo dices muy pocas veces.

Ella se desperezó. «Como una gata satisfecha —pensó Ravic—. Como una gata satisfecha, segura de su víctima.»

—A veces tengo ganas de tirarte por la ventana —dijo.

—¿Por qué no lo haces?

La miró.

—¿Serías capaz? —preguntó ella.

No lo contestó. Ella se recostó sobre las almohadas.

—¿Destruir a alguien porque se le ama? ¿Destruirlo porque se le ama demasiado?

Ravic tomó la botella.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¿qué habré hecho para merecer esto? ¿Despertar de noche, para escuchar cosas como éstas?

—¿Acaso no es cierto?

—Sí. Para poetas de tercera categoría y para mujeres que apenas viven.

—Para las que lo hacen, también.

—Bueno.

—¿Serías capaz?

—Jeanne —dijo Ravic—, deja esta palabrería. No sirvo para estas especulaciones. He matado a demasiados hombres. Como *amateur* y como profesional. Como soldado y como médico. Eso le da a uno desprecio, indiferencia y respeto por la vida. Matando no se soluciona mucho. El que haya matado muchas veces, ya no mata por amor. Haría aparecer a la muerte ridícula y pequeña. Y la muerte no es nunca ridícula y pequeña. Ella no tiene nada que ver con las mujeres; es cosa de hombres —se quedó callado durante un rato—.

¿Qué es lo que estamos hablando? —dijo luego, inclinándose sobre ella—. ¿No eres tú mi felicidad sin raíces? ¿Mis nubes y mi felicidad resplandeciente? Ven, ¡deja que te bese! Nunca me ha sido tan preciosa la vida como hoy, cuando vale tan poca cosa.

La luz. Siempre volvía a ser la luz. Llegaba volando como espuma blanca desde el horizonte, entre el profundo azul del mar y el más claro del cielo, llegaba volando, sin aliento y con aliento más profundo al mismo tiempo, brillo y reflejo en uno, felicidad simple y antigua de ser tan clara, de brillar tanto, de ser tan voluble...

«¡Cómo luce detrás de su cabeza! —pensó Ravic—. ¡Como una aureola sin color! ¡Lejanía sin perspectiva! ¡Cómo fluye sobre sus hombros! ¡Leche de Canaán, seda, tejida de rayos! Nadie está desnudo bajo esta luz. La piel la recoge, la hace rebotar, como afuera las rocas hacen rebotar el mar, espuma luminosa, confusión más transparente, indumentaria más fina de clarísima niebla.»

—¿Cuánto hace que estamos aquí? —preguntó Jeanne.

—Ocho días.

—Es como si fueran ocho años, ¿no te parece?

—No —dijo Ravic—. Es como si fueran ocho horas. Ocho horas y tres mil años. Ahí donde tú estás ahora, estaba igual que tú, hace tres mil años, una joven etrusca; y el viento venía como hoy desde África, llevando delante de sí la luz a través del mar.

Jeanne se acuclilló a su lado sobre la roca.

—¿Cuándo tenemos que estar de vuelta en París?

—Eso lo veremos esta noche en el casino.

—¿Hemos ganado?

—No lo suficiente.

—Juegas como si lo hubieras hecho durante toda tu vida. Tal vez haya sido así. Si yo no sé nada de ti... ¿Cómo es que el *croupier* te saludó, como a un rico fabricante de municiones?

—Me confunde con un fabricante de municiones.

—No es cierto. Tú también lo reconociste.

—Fue más amable hacer como si lo conociera.

—¿Cuándo estuviste aquí la última vez?

—No lo sé. Alguna vez hace muchos años. ¡Qué tostada estás! Deberías estar siempre tostada.

—Entonces tendría que vivir siempre aquí.

—¿Te gustaría?

—Siempre no. Pero me gustaría vivir siempre como estoy viviendo aquí —se echó el pelo hacia atrás, sobre los hombros—. Lo encuentras seguramente muy superficial, ¿no?

—No —dijo Ravic.

Ella sonrió y se volvió hacia él.

—Sé que es superficial, querido; pero, por Dios, ¡hemos tenido tan poca superficialidad en nuestra maldita vida! Hemos tenido bastante guerra, hambre, subversiones, revoluciones e inflaciones, pero nunca un poco de seguridad, facilidad, tranquilidad y tiempo. Y ahora tú todavía dices que habrá otra guerra. Nuestros padres han tenido menos problemas que nosotros, por cierto, Ravic.

—Sí.

—Uno posee solamente esta única y corta vida y ve cómo se va —apoyó las manos sobre la roca caliente—. Yo no valgo mucho, Ravic. No me interesa vivir en un período histórico. Quiero ser feliz y no quiero que todo sea tan difícil y gravoso. Nada más.

—¿Quién no lo desearía, Jeanne?

—¿Tú también?

—Desde luego.

«Este azul —pensó Ravic—. Este azul casi incoloro en el horizonte, donde el cielo se hunde en el mar, ¡y luego esta tempestad, cada vez más profunda, por encima del mar y llegando hasta el cenit, hasta estos ojos, que aquí son tan azules como jamás lo han sido en París!»

—Quisiera que pudiéramos hacerlo —dijo Jeanne.

—Lo estamos haciendo... por ahora.

—Sí, por ahora, por un par de días; pero luego volveremos otra vez a París, a ese cabaret en donde no cambia nada; a esa vida en un hotel sucio...

—Estás exagerando. Tu hotel no es sucio. El mío lo es bastante... menos mi habitación.

Ella apoyó sus brazos. El viento volaba por su pelo.

—Morosow dice que eres un médico extraordinario. Lástima que estés en esta situación. Si no, podrías ganar mucho dinero. Precisamente como cirujano. El profesor Durant...

—¿Que tienes que ver con él?

—De vez en cuando va al «Schéhérazade». René, el mozo, dice que por menos de diez mil francos no mueve un dedo.

—René está bien informado.

—Y a veces hace dos o tres operaciones en un solo día. Tiene una casa preciosa, un «Packard»...

«Es extraño —pensó Ravic—. La expresión de su rostro no cambia. Ahora, mientras dice estas tonterías femeninas, es casi más fascinante que antes. Parece una amazona de ojos marinos; hablando con instinto incubador, predica ideales de banquero. ¿Pero no tiene razón? ¿No tiene razón siempre tanta belleza? ¿Y todas las excusas del mundo?»

Vio acercarse la lancha en medio de una ola de espuma. No se movió, sabía por qué venían.

—Ahí vienen tus amigos —dijo.

—¿Dónde? —Jeanne ya había visto la lancha hacia rato—. ¿Cómo mis amigos? —preguntó—. Son más bien amigos tuyos. A ti te conocieron antes que a mí.

—Diez minutos antes.

—En todo caso antes.

Ravic rió,

—Está bien, Jeanne.

—No tengo por qué ir. Es muy sencillo. No iré.

—Claro que no.

Ravic se tendió sobre la roca y cerró los ojos. En seguida el sol se convirtió en una manta áurea y caliente. Sabía lo que ocurriría entonces.

—No somos muy amables —dijo Jeanne después de una pausa.

—Los enamorados nunca lo son.

—Los dos han venido por nosotros. Nos vienen a buscar. Si tú no quieres ir con ellos, por lo menos podrías bajar y decirselo.

—Bien —Ravic entreabrió los ojos—. Abreviemos. Baja tú y diles que tengo que trabajar, y vete con ellos. Exactamente como ayer.

—Trabajar... esto suena raro. ¿Quién trabaja aquí? ¿Por qué no vienes con nosotros? Los dos te aprecian mucho. Ayer estaban muy decepcionados al ver que tú no ibas.

—Dios mío —Ravic abrió los ojos del todo—. ¿Por qué todas las mujeres gustarán de estas conversaciones idiotas? Tú tienes ganas de ir, yo no tengo lancha, la vida es breve, estaremos aquí solamente por pocos días, ¿qué necesidad tengo yo de hacerme el generoso y de obligarte a hacer una cosa que de todos modos harías, con el único fin de que tú te sientas mejor?

—No tienes que obligarme a nada. Lo puedo hacer yo sola.

Lo miró. Sus ojos eran de la misma radiante intensidad; solamente su boca se había torcido durante un segundo; era una expresión tan fugaz, que volaba sobre su cara, que Ravic podía creer que se había equivocado. Pero sabía que no se había equivocado.

El mar golpeó con un chasquido contra las rocas del muelle. Salpicaba, y el viento trajo consigo una rociada de agua brillante. Ravic la sintió sobre su piel como un breve estremecimiento.

—Esta fue tu ola —dijo Jeanne—. Como en la historia que me contaste en París.

—¿Te acuerdas todavía?

—Sí. Pero tú no eres peñasco. Eres bloque de cemento.

Ella bajó al muelle y sobre sus hermosos hombros estaba el firmamento entero. Era como si ella lo llevara. Jeanne tenía su excusa. «Se sentará en el bote blanco, su cabello volará al viento y yo soy idiota porque no la acompaño —pensó Ravic—. Pero no sirvo para este papel. Esto también es tonto orgullo de tiempo pasado, acción quijotesca, ¿pero qué otra cosa nos queda? Higueras en flor en las noches de luna, la filosofía de Séneca y de Sócrates, un concierto de violín de Schumann y el saber reconocer una pérdida antes que lo demás.»

Oyó la voz de Jeanne desde abajo. Luego el sordo tronar del motor. No se levantó. Ella estaría sentada en la popa. Allá, mar afuera, había una isla con un convento. A veces se sentía el cacarear de los gallos desde allá. ¡Qué rojo parecía el sol a través de los párpados! El suave fluir de la infancia, rojo por las flores de la sangre ansiosa. La antigua canción de cuna del mar. Las campanas de Vinata. La maravillosa felicidad del no pensar. Se durmió rápidamente.

Por la tarde sacó el coche del garaje. Era un «Talbot» que Morosow había alquilado para él en París. Él y Jeanne habían venido en él.

Marchó a lo largo de la costa. El día era muy claro, casi demasiado. Pasó por la Corniche mediana con dirección a Niza y Montecarlo y luego se dirigió a Ville-Franche. Amaba el viejo y pequeño puerto y se sentó un rato delante de uno de los *bistros* del muelle. Paseó por el parque del Casino de Montecarlo y por el cementerio de los suicidas, a bastante altura sobre el nivel del mar, buscó una tumba y luego se detuvo largo rato delante de ella, sonriendo. Anduvo por las angostas calles de la vieja Niza y por las plazas con monumentos de la ciudad nueva; después volvió a Cannes y lo atravesó hasta llegar a un punto donde las rocas eran rojas y los pueblos de pescadores tenían nombres bíblicos.

Se olvidó de Jeanne. Se olvidó de sí mismo. Se abrió frente al día diáfano, frente a la trilogía del sol, mar y tierra que hacía florecer la costa, mientras los caminos de las montañas, por encima de ella, todavía estaban llenos de nieve. Sobre Francia caía la lluvia, sobre Europa rugía la tempestad..., pero esta estrecha costa parecía no saber nada de todo ello. Parecía haber sido olvidada, la vida tenía aquí aún otro pulso; y mientras la tierra detrás de ella ya estaba gris por la niebla de las penurias, el presentimiento y el peligro, aquí brillaba el sol y era alegre y en su fulgor se reunía la última espuma de un mundo moribundo.

Un pequeño baile de polillas y mosquitos alrededor de la última luz... insignificante, como todo bailé de mosquitos; tonto, como la ligera música de los cafés; un mundo superfluo, que ya tenía, como las mariposas en octubre, la helada en su pequeño corazón de verano; así bailaba, charlaba, flirteaba, amaba, engañaba y escamoteaba todavía un poco antes de que llegaran las guadañas y la gran herida.

Ravic dio vuelta en St. Raphael. El puerto, pequeño y cuadrangular, estaba lleno de veleros y lanchas. Los cafés del muelle habían sacado sus sombrillas multicolores. Mujeres tostadas se hallaban sentadas a las mesas. Cómo reconocía uno, pensaba Ravic, el suave y tierno cuadro de la vida. La alegre tentación, la soltura, el juego; cómo se reconocía esto por mucho tiempo que hubiera pasado. También uno había vivido esa existencia de mariposa, creyendo que era suficiente. Después de haber dado vuelta, el coche volaba por las calles hacia la ardiente puesta del sol.

Llegó al hotel y encontró un recado de Jeanne. Ella había hablado por teléfono, avisándole que no volvería a la hora de la comida. Bajó al «Edén Roc». Había poca gente cenando. La mayoría estaba en Jean les Pins y Cannes. Se sentó cerca de la baranda de la terraza, que estaba edificada como la cubierta de un barco, sobre las rocas. Abajo rugía la rompiente. Las olas eran purpúreas y de color verde oscuro desde la puesta del sol; se transformaban en un más claro rojo áureo y naranja, acogían luego al atardecer sobre sus delgados lomos y lo estrellaban contra las rocas en una espuma difusa y multicolor.

Ravic permaneció largo rato en la terraza. Se sentía fresco y sumamente solo. Estaba despejado y veía sin emoción ninguna lo que se avecinaba. Sabía que durante un rato lo podría evitar; había triquiñuelas y ardidés. Lo sabía y sabía también que no los utilizaría. Ya había ido demasiado lejos para eso. Las triquiñuelas eran para las pequeñas aventuras. En este caso existía una sola cosa: soportarlo. Soportarlo honradamente, sin mentirse y sin esquivarse.

Ravic alzó hacia la luz el vaso con el claro y ligero vino de la Provenza. «Una noche fresca, una terraza rodeada por el murmullo del mar, el cielo de la risa de la despedida del sol y las campanas de las I estrellas lejanas, y dentro de mí un frío reflector —pensó— que ilumina los mudos meses de lo futuro, se desliza por encima de ellos y los vuelve a dejar en la oscuridad, y yo lo sé, aun sin sentir dolor, pero también sé que no dejaré de sentir dolor, y mi vida ha vuelto a estar como un vaso en mi mano, transparente, lleno de vino desconocido, que no puede quedar adentro, porque se pondría insípido, vinagre insípido de un placer perdido.»

No quedaría. Había demasiado principio en esa otra vida como para que pudiese persistir. Inocente y sin consideración, se volvía, como una planta hacia la luz, hacia la tentación y la abigarrada variedad de una existencia más fácil. Quería futuro, y todo lo que él le podía dar era un poco de presente mezquino. Aún no había sucedido nada. Ni era necesario. Siempre se decidía todo muchísimo antes. Solamente que uno no lo sabía y consideraba el fin tumultuoso como la decisión, que ya mucho antes, meses antes, había sido tomada en silencio.

Ravic concluyó su vaso. El liviano vino tenía ya para él un sabor distinto al de hacía unos instantes. Volvió a llenar el vaso y bebió. El vino tenía otra vez su aroma conocido, claro como copos de nieve.

Se levantó y fue al casino de Cannes..

Jugaba serenamente y con pequeñas apuestas. Aún sentía la frialdad dentro de sí, y sabía que podría ganar mientras la conservara. Jugaba la tercera docena, el cuadro del veintisiete y el veintisiete. Pasada una hora, había ganado tres mil francos. Dobló las apuestas del cuadro y empezó a jugar el cuatro también.

Vio a Jeanne cuando entró. Se había vestido y tenía que haber vuelto inmediatamente después que él abandonara el hotel. Estaba con los dos hombres que la habían ido a buscar con la lancha. Él los conocía como Le Clerq, un belga, y Nugent, un norteamericano. Jeanne estaba muy hermosa. Llevaba traje de fiesta blanco, con grandes flores grises. Él se lo había comprado un día antes de la partida. Ella había proferido un grito, arrojándose sobre el vestido.

—¿Cómo es que entiendes tanto de trajes de fiesta? —le había preguntado—. Es mucho mejor que el mío —y después de mirarlo más detenidamente—. Y también más caro.

«Pájaro —pensó él— todavía sobre mis ramas, pero ya con las alas listas para levantar el vuelo.»

Ella *roupier* le alcanzó una cantidad de fichas. El cuadro había ganado. Retiró lo ganado, y dejó la apuesta. Jeanne se dirigió hacia las mesas de bacará. No sabía si ella lo había visto. Algunos, que no estaban jugando, la siguieron con la mirada. Ella siempre caminaba como si marchara contra un viento suave y como si no tuviese ningún rumbo. Volvió la cabeza para decirle algo a Nugent, y Ravic sintió súbitamente en sus manos el impulso de arrojar las fichas, de retirarse de la mesa verde, de levantarse, llevarse a Jeanne, pasando por entre la gente, por las puertas, hacia una isla, tal vez esa isla que se veía en el horizonte de Antíbes, lejos de todo, para encerrarla y conservarla.

Volvió a apostar. Había salido el siete. Las islas no aislaban. Y no había límite para la inquietud del corazón; era muy fácil perder lo que se tenía en los brazos, pero nunca lo que se abandonaba. La bolita fue dejando de rodar lentamente. El doce. Volvió a apostar.

Cuando levantó la vista, sus ojos tropezaron con los de Jeanne. Ella estaba al otro lado de la mesa y lo contemplaba. La saludó con un movimiento de cabeza y sonrió. Ella lo miraba fijamente. Él señaló la ruleta, encogiéndose de hombros. Salió el diecinueve.

Volvió a hacer sus apuestas y levantó la mirada otra vez. Jeanne ya no estaba. Se contuvo y se quedó sentado. Tomó un cigarrillo del paquete que tenía a su lado. Un mozo se lo encendió. Era éste un hombre calvo y barrigón, vestido de uniforme.

—Los tiempos han cambiado —dijo.

—Sí —asintió Ravic. No conocía al hombre.

—En el año 1919 era diferente...

—Sí...

Ravic no recordaba si en el año 1919 había estado en Cannes o si el hombre hablaba por hablar. Vio que había salido el cuatro, sin que se diera cuenta, e intentó concentrarse más. Pero, de repente, le pareció tonto estar allí jugando con un par de francos, para poder quedarse algunos días más. ¿Para qué? ¿Para qué había venido? Era una estúpida debilidad, nada más. Penetraba lenta y silenciosamente y uno la advertía sólo cuando quería emplear sus fuerzas y no podía. Morosow tenía razón. El mejor modo de perder a una mujer era mostrarle una clase de vida que sólo podía ofrecérselo por un par de días. Ella trataría de obtenerla de nuevo... pero con algún otro que estuviera en condiciones de proporcionársela continuamente.

«Le diré que lo nuestro tiene que terminar —pensó—. Me separaré de ella en París, antes de que sea demasiado tarde.»

Reflexionaba si debía seguir jugando en otra mesa. Pero de repente perdió el ánimo. No se debe hacer algo en pequeño cuando ya se lo ha hecho en grande. Se dio vuelta. No vio a Jeanne. Fue al bar y pidió coñac. Luego bajó al estacionamiento de los automóviles, para sacar el coche y vagar un rato.

Cuando el coche arrancaba, vio acercarse a Jeanne. Se bajó. Ella andaba rápidamente.

—¿Querías irte a casa solo? —preguntó.

—Quería andar por las montañas y volver al cabo de una hora.

—¡Estás mintiendo! ¡No querías volver! ¡Me querías dejar sola con esos idiotas!

—Jeanne —dijo Ravic—, dentro de unos instantes afirmarás que yo tengo la culpa de que tú estés en compañía de esos idiotas.

—¡Claro que la tienes! Los acompañé en la lancha sólo por despecho. ¿Por qué no estabas en el hotel cuando yo volví?

—¡Pero si te habías comprometido para la cena con tus idiotas!

Ella vaciló un segundo.

—Lo hice únicamente porque tú no estabas cuando volví.

—Está bien, Jeanne —dijo Ravic—, no discutamos más. ¿Te divertiste?

—No.

Estaba delante de él, sin aliento, excitada, violenta, en la oscuridad azul de la noche frágil; la luna se posaba en su cabello y sus labios eran de un rojo tan oscuro en la cara pálida y audaz, como si fueran casi negros; era febrero del año 1939 y en París comenzaría lo inevitable, lentamente, arrastrándose, con todas las pequeñas mentiras y humillaciones y riñas; quería abandonarla antes de que aquello llegara y aún estaban allí y ya quedaban pocos días.

—¿Adonde quieres ir? —preguntó ella.

—A ningún lado. No tengo rumbo.

—Yo iré contigo.

—¿Y qué pensarán tus idiotas?

—Nada. Ya me despedí de ellos. Les dije que tú me estabas esperando.

—No está mal —dijo Ravic—. Eres una criatura que razona. Espera que suba la capota.

—Déjala baja. Mi abrigo es bastante bueno. Y vayamos despacio. Y vayamos despacio, pasando por delante de los cafés en los cuales está la gente que no tiene otra cosa que hacer aparte de ser feliz y no tener querellas —se deslizó en el asiento, al lado de él, y lo besó—. Es la primera vez que estoy en la Riviera, Ravic —dijo—. ¡Ten compasión! Es la primera vez que estoy realmente contigo y las noches ya no son frías y soy feliz.

Él maniobró con el coche para salir del denso tránsito, pasando por el «Hotel Carlton» en dirección a Jean les Pins.

—Por primera vez —repetió ella—. Por primera vez, Ravic, y sé todo lo que tú podrías contestarme y que no tiene nada que ver con esto —se apoyó contra él y puso la cabeza sobre su hombro—. ¡Olvida lo que sucedió hoy! ¡No pienses siquiera en ello! Conduces maravillosamente bien ¿lo sabes? Lo que acabas de hacer fue grandioso. Los idiotas también me lo dijeron. Vieron ayer las cosas que eres capaz de hacer con un automóvil. Eres fantástico. No tienes pasado. No se sabe nada de ti. Ya sé cien veces más de la vida de los idiotas que de la tuya. ¿Tú crees que podré conseguir un calvado en algún lado? Después de todas las excitaciones de esta noche necesito uno. Es difícil vivir contigo.

El coche volaba por la calle como un pájaro de bajo vuelo.

—¿Es demasiado ligero? —preguntó Ravic.

—No. Anda más ligero. Para tener la misma sensación que cuando el viento pasa por un árbol. ¡Cómo zumba la noche! Estoy traspasada de amor. De amor; puedo ver a través de mí. Te amo tanto que mi corazón se extiende, como una mujer en un trigal ante un hombre que la está mirando. Mi corazón quiere reposar en el suelo. En una pradera. Quiere reposar y volar. Está loco. Te ama cuando manejas el coche. No volvamos nunca a París. Robemos una valija llena de joyas o un depósito de Banco y este coche y no volvamos jamás.

Ravic detuvo el coche frente a un pequeño bar. El rugido del motor cesó y, de repente, llegó blanda y muy lejana la profunda respiración del mar.

—Ven —dijo—. Aquí encontrarás tu calvado. ¿Cuántos tomaste ya?

—Demasiados. Por tu culpa. Además, ya no podía soportar la charla de los idiotas.

—¿Por qué no viniste entonces?

—Yo vine.

—Sí, cuando pensaste que me iba. ¿Comiste algo?

—No mucho. Tengo hambre. ¿Ganaste?

—Sí.

—¡Entonces vayamos al restaurante más caro a comer caviar y a beber champaña y a ser iguales que nuestros padres antes de todas estas guerras, despreocupados y sentimentales y sin miedo, depravados y llenos de mal gusto, con lágrimas, luna, adelfas, violines, mar y amor! Y yo quiero creer que tendremos hijos, y jardín y casa, y tú pasaporte y futuro, y que yo dejé una gran carrera por ti, y que nos amamos todavía después de veinte años y nos celamos y tú todavía encuentras que soy hermosa y yo no puedo dormir cuando faltas una noche de casa... —él vio las lágrimas fluir sobre su rostro. Ella sonrió—. Todo esto nace de lo mismo, querido... del mal gusto.

—Ven —dijo él—. Vamos al «Château Madrid». Está en las montañas y hay gitanos rusos y tú debes tener todo lo que quieres.

Alboreaba. El mar, abajo, era gris y sin olas. El cielo sin nubes y sin color. En el horizonte, una angosta franja de plata se levantaba sobre el agua. Era tal el silencio, que se percibían sus respiraciones. Habían sido los últimos clientes. Antes que ellos, los gitanos habían descendido por la curva en un viejo «Ford». Los mozos en un «Citroen». El cocinero, para hacer las compras, en un «Delahaye» del año 1929.

—Ya es de día —dijo Ravic—. En algún lugar del otro lado todavía es de noche. Algún día habrá aviones con los cuales será posible alcanzarla. Serán tan ligeros como el girar de la Tierra. Si en ese entonces me amas a las cuatro de la mañana, podremos hacer que siempre sean las cuatro; volaremos simplemente junto con el tiempo alrededor de la Tierra, y el tiempo dejará de existir para nosotros.

Jeanne se reclinó sobre él.

—No lo puedo remediar. ¡Es hermoso! Hermoso y conmovedor. Tú puedes reírte...

—Es hermoso, Jeanne.

Ella lo miró.

—¿Dónde está el avión del que hablaste? Seremos viejos, querido, cuando lo inventen. Y yo no quiero ser vieja. ¿Y tú?

—Yo sí.

—¿De veras?

—Lo más viejo posible.

—¿Para qué?

—Quiero ver lo que le ocurre a este planeta.

—Yo no quiero envejecer.

—Tú no envejecerás. La vida pasará por tu rostro, eso será todo, y serás más bella aún. Uno es viejo solamente cuando deja de sentir.

—No, cuando deja de amar.

Ravic no contestó. «Abandonarte —pensó—. ¡Abandonarte a ti! ¿Qué fue lo que pensé hace un par de horas en Cannes?»

Ella se movió en sus brazos.

—Ahora pasó la fiesta y yo iré a casa contigo y dormiremos juntos. ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué hermoso es, cuando uno entero está viviendo y no sólo una parte de uno!

Estando lleno hasta el borde y quieto, porque ya no hay nada que pueda caber. Ven, vayamos a casa, a nuestra casa alquilada, a ese hotel blanco que parece un chalet.

El coche, casi sin emplear el motor, se arrastraba por las curvas. Amanecía lentamente. La tierra oía a rocío. Ravic apagó los faros. Cuando pasaron por la Corniche, se cruzaron con algunos carros que llevaban flores y verduras. Iban en dirección a Niza. Luego dejaron atrás a una compañía de espahíes. Oyeron los cascos de los caballos a través del zumbido del motor. Era un sonido claro y casi artificial sobre la carretera de macadán. Los rostros de los jinetes resultaban oscuros bajo los albornoces.

Ravic miró a Jeanne. Ella le sonrió. Su rostro estaba más pálido, más fatigado y más frágil que de costumbre. A él le parecía más hermoso que nunca, en su tierno cansancio, en esta maravillosa y queda mañana que aún no tenía hora, y ante la cual el ayer estaba inmensamente lejos. Flotaba y carecía de tiempo, llena de calma y sin miedo ni pregunta.

La ensenada de Antibes se les acercó como un gran arco. Aclaraba cada vez más. Frente al día recién nacido estaban las férreas sombras de cuatro barcos de guerra: tres destructores y un crucero. Tenían que haber llegado durante la noche. Bajos, amenazantes y silenciosos, se destacaban contra el cielo que retrocedía. Ravic miró a Jeanne. Se había dormido sobre su hombro.

Ravic se dirigía a la clínica. Hacía una semana que había vuelto de la Riviera. De repente se detuvo. Lo que vio parecía un juego de niños. El edificio en construcción brillaba al sol como si fuera un juguete, levantado por niños; los andamios se destacaban como filigranas contra el claro firmamento, y cuando uno de ellos se desprendía, y una viga, con una figura arriba, empezaba a inclinarse lentamente, parecía que se estuviera cayendo un fósforo con una mosca en una punta. Caía y caía y parecía caer interminablemente; la figura se soltaba y se convertía en un muñequito, que extendía los brazos y navegaba torpemente por el vacío. Era como si el mundo hubiese quedado helado y silencioso durante un instante. Nada se movía; ningún viento, ningún aliento, ningún sonido; solamente la pequeña figura y la viga caían, caían...

Después, repentinamente, todo fue ruido y movimiento. Ravic sintió que había contenido el aliento. Echó a correr.

El accidentado yacía en el pavimento. Un segundo antes la calle estaba casi vacía. Entonces rebosaba de gente. Venían de todos lados, como si hubiera sonado una señal de alarma. Ravic se abrió paso. Observó que dos obreros intentaban alzar a la víctima.

—¡No lo alcen! ¡Déjenlo como está! —gritó.

La gente apeñuscada le hizo lugar. Los dos obreros sostenían al accidentado medio en el aire.

—¡Bájelo lentamente! ¡Cuidado! ¡Espacio!

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos—. ¿Un médico?

—Sí.

—Muy bien.

Los dos hombres depositaron al herido en el suelo. Ravic se arrodilló a su lado y lo auscultó. Separó cuidadosamente la blusa empapada en sudor y palpó el cuerpo. Luego se incorporó.

—¿Qué? —preguntó el que lo había interrogado antes—. Inconsciente, ¿eh?

Ravic negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó el obrero.

—Muerto —declaró Ravic.

—¿Muerto?

—Sí.

—Pero —exclamó el otro sin entender— si acabamos de almorzar juntos.

—¿No hay ningún médico? —preguntó alguien detrás del anillo de curiosos.

—¿Qué ocurre? —dijo Ravic.

—¿Hay un médico aquí? ¡Rápido!

—¿Qué ocurre?

—La mujer...

—¿Qué mujer?

—La viga la lastimó. Está sangrando.

Ravic se acercó. Una mujer pequeña, con gran delantal azul, yacía sobre un montón de arena al lado de una fosa de cal. Su cara era arrugada, muy pálida y los ojos estaban inmóviles, parecían pedazos de carbón. Por debajo del cuello brotaba la sangre como una pequeña fuente. Manaba en un chorro pequeño y oblicuo, muy irregular. Bajo la cabeza, un charco negro penetraba rápidamente a través de la arena.

Ravic apartó la arteria. Sacó una venda de la pequeña cartera para primeros auxilios que siempre llevaba consigo.

—¡Tenga esto! —dijo al que estaba más próximo.

Cuatro manos trataron al mismo tiempo de tomar la cartera. Ésta cayó sobre la arena y se abrió. Ravic sacó de ella una tijera y un torniquete y extendió las vendas.

La mujer no dijo nada; ni siquiera sus ojos se movieron.

Permanecía rígida y todos sus músculos se hallaban en tensión.

—Todo va bien, anciana —la tranquilizó Ravic—. Todo va bien.

La viga le había dado en el hombro y en el cuello. El hombro estaba deshecho; la clavícula, fracturada, y la articulación, machacada. Quedaría anquilosada.

—Es el brazo izquierdo —dijo Ravic, tocándole cautelosamente el cuello. La piel estaba desgarrada, pero todo lo demás se hallaba intacto. Un pie estaba torcido; lo palpó y también la pierna. Medias grises, muchas veces zurcidas pero no rotas, sujetas por debajo de la rodilla con una cinta negra— ¡cómo se volvía a ver siempre exactamente lo mismo! —zapatos negros, remendados, con punteras echadas de nuevo y los cordones anudados con un nudo doble.

—¿Alguien llamó una ambulancia? —preguntó.

Nadie contestó.

—Creo que la llamó el agente —dijo una voz después de una pausa.

Ravic alzó la cabeza.

—¿Un agente? ¿Dónde está?

—Allá, junto al otro.

Ravic se levantó.

—Entonces todo está bien.

Quería irse. En ese momento llegaba la Policía, atravesando la multitud. Era un hombre joven, con un librito en la mano. Lamía excitado la punta de su lápiz.

—Un momento —dijo y empezó a escribir.

—Aquí todo está en orden —dijo Ravic.

—Un momento, caballero.

—Estoy muy apurado. Tengo que ir a ver un caso muy urgente.

—Un momento, caballero. ¿Es usted el médico?

—Yo le detuve la hemorragia, eso es todo. Ahora sólo tiene que esperar la ambulancia.

—¡Un momento, caballero! Tengo que apuntar su nombre. Usted es un testigo.

—Yo no he visto nada del accidente. Pasé por casualidad después de ocurrido.

—Sin embargo, tengo que apuntar todo. ¡Este es un accidente muy grave, caballero!

—Ya lo veo —dijo Ravic.

El policía trató de averiguar el nombre de la mujer. La mujer no contestaba. Se limitaba a mirarlo, sin verlo. El policía se inclinó afanosamente. Ravic se dio vuelta. La multitud lo rodeaba como un nudo. No podía zafarse.

—Escuche —le dijo al policía—, estoy muy apurado.

—¡Muy bien, caballero! No me lo dificulte más aún. Tengo que apuntarlo todo. Es importante que usted sea testigo. La mujer puede morir.

—No morirá.

—Nadie lo sabe. Además existe el problema de los daños y perjuicios.

—¿Ya llamó una ambulancia?

—Lo está haciendo mi colega. Y ahora no me moleste, si no tardaré más aún.

—La mujer está moribunda y usted se quiere ir —le dijo uno de los obreros en tono de reproche a Ravic.

—Ya habría muerto si no hubiese estado.

—Bueno, entonces —dijo el obrero sin lógica aparente—... entonces tiene que quedarse.

Una máquina fotográfica hizo ¡clic! Un hombre, con el ala del sombrero levantada sobre la frente, sonrió.

—¿No haría otra vez como si estuviera colocando la venda? —preguntó a Ravic.

—No.

—Es para la Prensa —explicó el hombre—. Usted también saldría, con su dirección y el texto: «El que salvó la vida de la mujer.» Buena propaganda. Aquí, por favor, así; la luz le da mejor así.

—Váyase al diablo —exclamó Ravic—. La mujer necesita urgentemente una ambulancia. Esta venda no puede permanecer mucho tiempo así. Encárguese de que venga una ambulancia.

—Todo a su tiempo, caballero —dijo el policía—. Primero tengo que cumplir con las formalidades.

—¿Ya te dijo el muerto cómo se llama? —preguntó un muchacho.

— *Ta gueule!* —el policía escupió a sus pies.

—Saque otra foto desde aquí —le indicaba alguien; al fotógrafo.

—¿Por qué?

—Para que se vea que la mujer se encontraba dentro del espacio cercado de la acera. La calle estaba cercada. Mire allí —señaló un tablón inclinado con la inscripción: ¡Atención! ¡Peligro!—. Sáquela, para, que se vea todo eso. Lo necesitamos. En este caso no se puede ni hablar de daños y perjuicios.

—Yo soy fotógrafo de la Prensa —explicó el hombre del sombrero negándose a hacer lo que le pedían—. Yo fotografío solamente lo que me parece interesante.

—¡Pero si esto es interesante! ¿Qué otra cosa puede ser interesante? Con el aviso como fondo.

—Un aviso no es interesante. Lo interesante es la acción.

—Entonces póngalo en el atestado —el hombre tocó al policía en el hombro con la mano.

—¿Quién es usted? —le preguntó aquél enfadado.

—Soy el representante de la firma constructora.

—Bien —dijo el agente—. Entonces quédese usted también. ¿Cómo se llama? ¡Pero lo tiene que saber! —preguntó a la mujer.

La mujer movió los labios. Sus párpados empezaron a aletear. «Como mariposas, como polillas grises, mortalmente cansadas —pensó Ravic y al mismo tiempo—: ¡Qué idiota soy! ¡Tendría que ver cómo puedo desaparecer de aquí!»

—Maldición —exclamó el policía—. Tal vez enloqueció. ¡Eso da trabajo! Y mi servicio termina a las tres.

—Marcel —dijo la mujer.

—¿Cómo? ¡Un momento! ¿Cómo? —el agente volvió a inclinarse sobre ella.

La mujer calló.

—¿Cómo? —el agente esperó—. ¡Repítalo! ¡Repítalo otra vez!

La mujer guardó silencio.

—¡Usted con su maldita charla...! —dijo el policía al representante de la firma constructora—. ¿Cómo puede uno hacer así un atestado?

En ese momento se volvió a oír el clic de la cámara fotográfica.

—Gracias —dijo el fotógrafo—. Muy natural.

—¿Saldrá nuestro aviso también? —preguntó el representante de la firma constructora, sin hacer caso del policía—. Si es así el encargo media docena.

—No —manifestó el fotógrafo—. Soy socialista. Pague el seguro, desgraciado perro de presa de los millonarios.

Una sirena aulló. La ambulancia. «Éste es el momento», pensó Ravic. Cautelosamente dio un paso... Pero el policía lo sujetó.

—Usted tiene que ir conmigo a la comisaría, caballero. Lo lamento, pero hay que atestarlo todo.

El segundo policía estaba ahora a su lado. No había nada que hacer. «Ojalá salga bien», pensó Ravic, y los acompañó.

El empleado competente, en la comisaría, escuchó silencioso al policía, que estaba de nuevo levantando el atestado. Luego se dirigió a Ravic.

—Usted no es francés —dijo. No preguntó; afirmó.

—No —contestó Ravic. —¿Qué es usted? —Checo.

—¿Cómo es que hace aquí de médico? Los extranjeros no pueden ejercer aquí cuando no son naturalizados.

Ravic sonrió..

—Yo no ejerzo. Estoy aquí como turista. En plan de diversión.

—¿Lleva su pasaporte consigo?

—¿Necesitamos esto, Fernand? —preguntó el otro empleado—. El señor auxilió a la mujer y nosotros tenemos su dirección. Es suficiente. Además hay otros testigos.

—Pero me interesa. ¿Tiene su pasaporte? ¿O su cedula de identidad?

—Desde luego que no —dijo Ravic—. ¿Quién lleva constantemente su pasaporte consigo?

—¿Dónde lo tiene?

—En el Consulado. Lo dejé allí hace una semana. Había que prorrogarlo.

Ravic sabía que si decía que tenía el pasaporte en el hotel podían mandarlo allá con un policía y la mentira se descubriría inmediatamente. Además, como precaución, no había mencionado el hotel en el que realmente vivía. Mencionando el Consulado tenía mayores posibilidades.

—¿En qué Consulado? —preguntó Fernand.

—En el checo. ¿En qué otro podía ser?

—Podemos llamar por teléfono y preguntar. —Fernand miró a Ravic.

—Naturalmente.

Fernand esperó un rato.

—Bien —dijo luego—. Entonces preguntaremos.

Se levantó y fue a una estancia contigua. El otro empleado estaba muy cohibido.

—Disculpe, caballero —le dijo a Ravic—. Naturalmente no es necesario. ¡Quedará aclarado en seguida! Le agradecemos mucho su ayuda.

«Aclarado», pensó Ravic. Miró tranquilamente alrededor mientras sacaba un cigarrillo. El policía estaba al lado de la puerta. Eso era casualidad. Hasta aquel momento nadie sospechaba realmente de él. Podía empujarlo a un lado, pero allí estaban también el representante de la firma constructora y los dos obreros. Abandonó la idea. Era demasiado difícil pasar; y, por lo general, también había algunos agentes en la entrada.

Fernand volvió..

—En el Consulado no hay ningún pasaporte con su nombre...

—Es posible —admitió Ravic.

—¿Cómo es posible?

—Un solo empleado no puede saber todo cuanto se le pregunta por teléfono. Hay media docena de hombres encargados de estos asuntos.

—Este empleado estaba bien enterado. —Ravic no contestó—. Usted no es checo —dijo Fernand.

—Escucha, Fernand —comenzó el otro empleado.

—Usted no tiene acento checo —siguió Fernand.

—Entonces no lo tengo.

—Usted es alemán —declaró Fernand triunfante—. Y no posee pasaporte.

—No —replicó Ravic—. Soy marroquí y poseo todos los pasaportes franceses del mundo.

—Señor —bramó Fernand—. ¡Que se atreva usted! Está usted ofendiendo al imperio colonial francés.

—M... —barbotó uno de los obreros.

El representante de la firma constructora puso una cara como si estuviera a punto de hacer la venia.

—Fernand, ahora deja...

—¡Usted miente! ¡Usted no es checo! ¿Tiene pasaporte o no? ¡Conteste!

«La rata en el hombre —pensó Ravic—. La rata en el hombre, que jamás se puede ahogar. ¿Qué le importa a este idiota si yo tengo pasaporte? Pero la rata huele algo y ya sale de su agujero.»

—¡Conteste! —gruñó Fernand.

¡Un pedazo de papel! Si uno lo poseía o no. Este individuo se disculparía y se inclinaría, si uno tuviera este trozo de papel. No importaría haber asesinado a una familia o haber asaltado un Banco, el hombre haría la venia. Pero el mismísimo Jesucristo, sin pasaporte, hoy en día se pudriría en la cárcel. De cualquier manera hubiera sido asesinado antes de llegar a los treinta y tres años.

—Usted se queda aquí hasta que se aclare todo —dijo Fernand—. Yo me encargaré de esto.

—Muy bien —dijo Ravic.

Fernand salió pisando fuerte. El segundo empleado hurgaba en sus papeles.

—Señor —dijo luego—, lo lamento. Está loco con esas cosas.

—No importa.

—¿Nosotros podemos irnos? —preguntó uno de los obreros.

—Sí.

—Bien —se volvió hacia Ravic—. Cuando venga la revolución mundial, ya no necesitará pasaporte.

—Usted debe comprender, señor —dijo el empleado—. El padre de Fernand murió en la guerra mundial. Por eso odia a los alemanes y hace cosas como esta —miró cohibido a Ravic por un momento. Parecía adivinar lo que sucedía—. Lo lamento muchísimo, señor. Si estuviera solo...

—No importa. —Ravic se dio vuelta—. ¿Me permitiría hablar por teléfono antes de que llegue ese Fernand?

—Por supuesto. En aquella mesa. Apresúrese.

Ravic marcó el número de Morosow. Le explicó en alemán lo que había ocurrido y le rogó que avisara a Veber.

—¿A Jeanne también? —preguntó Morosow.

Ravic vaciló.

—No. Todavía no. Dile que me han retenido, pero que dentro de dos o tres días todo quedará aclarado. Cuidala.

—Bien —contestó Morosow, no muy animado—. Muy bien, Wozzek.

Ravic colgaba el auricular, cuando entró Fernand.

—¿En qué estaba hablando? —preguntó sonriendo socarronamente—. ¿En checo?

—En esperanto —replicó Ravic.

Al día siguiente, por la mañana, vino Veber.

—Una maldita covacha —dijo, mirando a su alrededor.

—Las cárceles francesas todavía siguen siendo verdaderas cárceles —replicó Ravic—. Sin la podredumbre de la falsa humanidad. Siglo dieciocho, bueno y hediondo.

—Me revuelve el estómago —dijo Veber—. Me revuelve el estómago que usted se haya metido en esto.

—No se deben hacer buenas obras. Éstas se vengan en seguida. Yo debiera haber dejado desangrar a aquella mujer. Vivimos en una época de hierro, Veber.

—De hierro fundido. ¿Averiguaron esos señores que usted se encuentra aquí ilegalmente?

—Por supuesto.

—¿La dirección también?

—Desde luego que no. No iba a denunciar al viejo «International». Multarían a la dueña por tener huéspedes ilegales. Y harían un allanamiento, con lo que pescarían a una docena de refugiados. Esta vez les di como dirección el hotel «Lancaster». Un hotel aristocrático y pequeño. Allí he vivido alguna vez en mi vida anterior.

—¿Y su nuevo nombre es Wozzek?

—Wladimir Wozzek. —Ravic sonrió—. Es mi cuarto nombre.

—M... —exclamó Veber—. ¿Qué podemos hacer, Ravic?

—No mucho. Lo principal es que estos señores no descubran que ya he estado en Francia otras veces. De lo contrario hay seis meses de prisión.

—¡Maldición!

—Sí, día a día el mundo se torna más humano. «Vive con peligro», dijo Nietzsche. Los refugiados lo hacen involuntariamente.

—¿Y si no lo descubren?

—Catorce días, creo. Y la consabida expulsión.

—¿Y después?

—Después vuelvo.

—Hasta que lo atrapen otra vez.

—Exactamente. Esta vez he tardado mucho. Dos años. Una vida humana.

—Tenemos que hacer algo. Esto no puede seguir así.

—Pues sí, puede. ¿Y qué querría hacer?

Veber reflexionó.

—Durant —dijo luego repentinamente—. ¡Por supuesto! Durant conoce a un montón de gente y tiene influencias... —se interrumpió—. ¡Dios mío, si usted mismo operó a uno de los funcionarios más altos! ¡Aquel de la vesícula!

—Yo, no. Durant...

Veber rió.

—Desde luego que eso no se lo puedo decir al viejo. Pero él puede hacer algo. Le tocaré el corazón.

—No conseguirá gran cosa. Hace poco le saqué dos mil francos. A un tipo como él le cuesta olvidarlo.

—Lo olvidará —dijo Veber, bastante divertido—. Porque tendrá miedo de que usted cuente algo respecto de las operaciones que ha hecho para él. Y usted ha hecho unas cuantas. Además lo necesita.

—Le será fácil encontrar a algún otro. Binot o algún cirujano refugiado. Hay bastantes.

Veber se alisó el bigote.

—No con su mano. De todos modos, lo intentaremos. Lo haré hoy mismo. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Cómo es la comida?

—Terrible. Pero puedo procurarme otra.

—¿Cigarrillos?

—Tengo bastantes. Lo que necesito, no me lo puede conseguir: un baño.

Ravic vivió dos semanas junto con un técnico electricista judío, un escritor semijudío y un polaco. El electricista añoraba a Berlín; el escritor la odiaba; el polaco era indiferente a todo. Ravic se encargaba de los cigarrillos. El escritor contaba chistes judíos. El técnico electricista era un perito insustituible para combatir el hedor.

Al cabo de dos semanas fueron en busca de Ravic. Lo llevaron primeramente a presencia de un inspector, quien le preguntó si tenía dinero.

—Sí.

—Bien; entonces puede tomar un taxi.

Un empleado iba con él. La calle estaba clara y llena de sol. Era bueno estar afuera otra vez. A la entrada un anciano vendía globos. Ravic no pudo encontrar una sola razón por la cual lo hiciera justamente delante de una prisión. El empleado que lo acompañaba llamó un taxi.

—¿Adonde vamos? —preguntó Ravic.

—A ver al jefe.

Ravic no sabía de qué jefe se trataba. Tampoco le interesaba gran cosa, mientras no se tratara del jefe de un campo de concentración alemán. Existía un solo miedo verdadero en el mundo: ser entregado, completamente indefenso, al terror bestial. Lo presente era algo inofensivo.

El taxi tenía un aparato de radio. Ravic lo hizo funcionar. Escuchó las noticias sobre el mercado de verduras; luego las novedades políticas. El empleado bostezó. Ravic siguió buscando emisoras. Música. Una tonada. El empleado despertó.

—Charles Trenet —dijo—. Menilmontant. ¡Clase!

El taxi se detuvo. Ravic pagó. Lo llevaron a una sala de espera que, como todas las salas de espera del mundo, oía a esperanza, a polvo y a sudor.

Permaneció sentado durante media hora, leyendo un ejemplar viejo de *La Vie Parisienne*, que un visitante había olvidado allí. Después de dos semanas sin libros, le parecía literatura clásica. Luego lo llevaron a presencia del jefe.

Tardó un rato en reconocer al hombrecito pequeño y obeso. Por lo general, cuando operaba no reparaba en las caras. Le eran indiferentes, como los números. Le interesaba solamente la parte enferma. Pero esta cara la había observado con curiosidad. Allí estaba, sano, barrigón otra vez, sin vesícula, Leval. Ravic había olvidado que Veber había querido acudir a Durant, y no había esperado ser llevado ante el mismo Leval.

Leval lo miró de arriba abajo, detenidamente.

—Por supuesto, usted no se llama Wozzek —refunfuñó luego.

—No.

—¿Cómo se llama?

—Neumann. —Ravic lo había convenido así con Veber. Éste se lo había explicado a Durant. Wozzek era demasiado excéntrico.

—Es alemán, ¿verdad?

—Sí.

—¿Refugiado?

—Sí.

—Eso no se sabe nunca. No lo parece.

—No todos los refugiados son judíos —declaró Ravic.

—¿Por qué mintió respecto de su nombre?

Ravic se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que haga uno? Mentimos lo menos posible. Estamos obligados a hacerlo..., pero no lo hacemos por capricho.

Leval se hinchó.

—¿Usted cree que para nosotros es un capricho tener que perder tiempo con usted?

«Gris —pensó Ravic. La cabeza era toscana, las bolsitas bajo los ojos de un azul sucio; la boca abierta—. Aquella vez no hablaba; aquella vez era un montón de carne fofa, con una vesícula podrida adentro.»

—¿Dónde vive? También la dirección era falsa.

—Vivía en cualquier lado. Un día aquí, otro día allá.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante tres semanas. Hace tres semanas que vine de Suiza. Allá me ayudaron a pasar la frontera. Usted ya sabe que sin documentos no tenemos derecho a vivir legalmente en ningún lado... y que la mayoría de nosotros todavía no ha podido adoptar la resolución de suicidarse. Este es el motivo por el cual le estamos causando molestias.

—Debian haberse quedado en Alemania —refunfuñó Leval—. Allá no se vive tan mal. Se exagera mucho.

«De haber desviado el corte un poco —pensó Ravic—, ahora no estarías aquí, para decir estas bobadas. Los gusanos habrían pasado tus fronteras sin documentos, o serías un puñado de polvo en una urna vulgar.»

—¿Dónde vivió aquí? —preguntó Leval.

«Eso te agradaría saber —pensó Ravic— para capturar a otros.»

—En hoteles buenos —dijo—. Bajo varios nombres. Siempre por un par de días.

—Esto no es cierto.

—¿Por qué me lo pregunta, si usted lo sabe mejor? —dijo Ravic, que empezaba a sentir fastidio.

Leval, airado, pegó con la mano abierta sobre la mesa.

—¡No sea atrevido! —inmediatamente examinó su mano con detenimiento.

—Pegó sobre la tijera —dijo Ravic.

Leval se metió la mano en el bolsillo.

—¿No le parece que es bastante atrevido? —preguntó repentinamente, con la calma de un hombre que puede darse el lujo de dominarse, por tener al otro completamente en su poder.

—¿Atrevido? —Ravic lo miró asombrado—. ¿A eso le llama usted atrevimiento? ¡Aquí no estamos en la escuela ni en un reformatorio para criminales arrepentidos! Estoy actuando en defensa propia, ¿y usted pretende que me sienta como un criminal que pide un fallo benevolente? ¿Solamente por el hecho de que no soy nazi y de que por esa causa carezco de documentos? ¿Por el hecho de que aún no nos sentimos como criminales, aunque conocemos prisiones, comisarias y humillaciones de toda índole, solamente porque queremos seguir viviendo —esto es lo único que todavía nos mantiene en pie—, no lo comprende? Por Dios, yo no creo que esto sea un atrevimiento.

Leval no le contestó.

—¿Ejerció usted aquí? —preguntó.

—No.

«La cicatriz será más pequeña ahora —pensó Ravic—. La cosí bien entonces. Fue un trabajo bestial; con toda esa grasa... Mientras tanto se ha vuelto a llenar. Está lleno de comida y bebida.»

—Esto representa un gran peligro —declaró Leval—. Sin haber dado examen, sin fiscalización, vaga de un lado a otro. ¡Quién sabe desde cuándo! No crea que me convenció con esas tres semanas. ¡Quién sabe en cuántos asuntos oscuros ya ha metido sus dedos!

«En tu barriga, con sus duras arterias, tu hígado hinchado y tu vesícula putrefacta —pensó Ravic—. Y si yo no los hubiera metido, tu amigo Durant te habría asesinado de la manera más idiota y habría aumentado con eso su fama y sus honorarios.»

—El máximo peligro —repitió Leval—. Usted no puede ejercer. Siendo así, acepta todo lo que se le ofrece; es lógico. Lo he consultado con una de nuestras autoridades. Está completamente de acuerdo conmigo. Si usted conoce algo de la ciencia médica, conocerá su nombre...

«No —pensó Ravic—. No puede ser cierto. No irá a nombrar a Durant. La vida no suele hacer bromas de esta índole.»

—El profesor Durant —dijo Leval con dignidad—. Me lo explicó. Enfermeros, estudiantes adelantados, masajistas, asistentes; todos ellos pretenden haber sido grandes médicos en Alemania. ¿Quién puede controlarlo? ¡Intervenciones prohibidas, abortos, colaboración con parteras, chapucerías, solamente el cielo sabe todo lo que ocurre! ¡No podemos ser lo bastante rigurosos!

«Durant —pensó Ravic—. Esta es la venganza por los dos mil francos. ¿Pero quién le hará las operaciones ahora? Probablemente Binot. Se habrán vuelto a arreglar.»

Advirtió que había dejado de escuchar a Leval. Sólo al oír el nombre de Veber volvió a poner atención.

—Un tal doctor Veber ha intervenido en su favor. ¿Usted lo conoce?

—Superficialmente.

—Estuvo aquí. —Leval lo miró durante un momento con sus ojos saltones. Luego estornudó de forma ruidosa, sacó un pañuelo, se sonó ceremoniosamente, contempló el pañuelo, lo dobló y se lo volvió a meter en el bolsillo—. No puedo hacer nada por usted. Tenemos que proceder severamente. Será expulsado.

—Ya lo sé.

—¿Ya ha estado alguna vez en Francia?

—No.

—Seis meses de prisión, en el caso de que vuelva. ¿Lo sabe?

—Sí.

—Yo me encargaré de que sea expulsado lo antes posible. Eso es todo lo que puedo hacer por usted. ¿Tiene dinero?

—Sí.

—Bien. Entonces tendrá que pagar el viaje del policía que lo acompañará hasta la frontera, y el suyo —inclinó la cabeza—. Puede retirarse.

—¿Tenemos que estar de vuelta a una hora determinada? —preguntó Ravic al empleado, que lo acompañaba de vuelta a la prisión.

—No. Según. ¿Por qué?

—Quisiera tomar un aperitivo. El empleado lo miró.

—No me escaparé —dijo Ravic, sacando un billete de veinte francos y jugando con él.

—Muy bien. Algunos minutos no tendrán importancia.

Hicieron parar el taxi frente al primer tabernucho. Ya había algunas mesas afuera. Estaba fresco, pero el sol brillaba.

—¿Qué va a tomar? —preguntó Ravic.

—«Amèr Picon». No tomaría otra cosa a esta hora.

—Para mí un *fine* grande. Sin agua.

Ravic se sentó tranquilamente y respiró hondo. ¡Aire... cuánto podía significar! Las ramas de los árboles tenían brotes que brillaban con su color castaño. El aire olía a pan fresco y a vino nuevo. El mozo trajo los vasos.

—¿Dónde está el teléfono? —le preguntó Ravic.

—Adentro, a la derecha, al lado del gabinete higiénico.

—Pero... —dijo el empleado de Policía.

Ravic le puso el billete de veinte francos en la mano.

—Usted se podrá imaginar con quién tengo que hablar. No me mandaré mudar. Usted me puede acompañar. Venga.

El empleado no vaciló mucho.

—Bien —asintió levantándose—. Al fin y al cabo un hombre es un hombre.

—Jeanne...

—¡Ravic! ¡Dios mío! ¿Dónde estás? ¿Te soltaron? Dime dónde estás.

—En un tabernucho...

—No bromees. Dime dónde estás en realidad.

—Es cierto que estoy en un tabernucho.

—¿Dónde? ¿Ya no estás en la prisión? ¿Dónde has estado durante todo este tiempo? Ese Morosow...

—Te dijo exactamente lo que ocurrió.

—Ni siquiera me dijo adónde te llevaron. Inmediatamente te hubiera...

—Por eso mismo no te lo dijo, Jeanne. Es mejor así.

—¿Por qué telefoneas desde un tabernucho? ¿Por qué no vienes aquí?

—No puedo. Dispongo solamente de unos pocos minutos. Logré convencer al policía para que paráramos aquí un momento. Jeanne, dentro de pocos días me llevarán a Suiza y... —Ravic espío por la ventanilla. El empleado se había apoyado en el mostrador y hablaba—, volveré en seguida —hizo una pausa—. Jeanne...

—Ya voy. Voy en seguida. ¿Dónde estás?

—No puedes venir. Tardarías media hora. Solamente me quedan unos pocos minutos.

—¡Entretén al empleadol! ¡Dale dinero! ¡Puedo llevarte dinero!

—Jeanne —dijo Ravic—, no es posible. Y es más sencillo así. Es mejor.

Oyó su respiración.

—¿No me quieres ver? —preguntó ella luego.

Era difícil. «No debía haber llamado», pensó. ¡Cómo se puede explicar algo, sin estar mirando al otro!

—Lo único que deseería es verte, Jeanne.

—¡Entonces ven! ¡El hombre puede venir contigo!

—Es imposible. Tengo que terminar. Dime rápidamente lo que estás haciendo en este momento.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con esto?

—¿Qué llevas puesto? ¿Dónde estás?

—Estoy en mi habitación. En la cama. Llegué tarde anoche. Me podría vestir en un minuto e ir en seguida.

Tarde, anoche. ¡Cierto! Todo seguía su curso, aunque uno estuviera encarcelado. Uno se olvida de ello. En la cama, semidormida, la melena despeinada sobre las almohadas, desparramados encima de las sillas las medias, la ropa, un traje de fiesta... ¡cómo se tambaleaba eso!, la ventanilla de la calurosa cabina de teléfono, humedecida a medias por el aliento; la infinitamente lejana cabeza del empleado de Policía, que nadaba en ella como en una pecera... Hizo un esfuerzo.

—Ya tengo que terminar, Jeanne.

Oyó su voz desconcertada.

—¡Pero es imposible! No puedes irte así, y yo no sé nada, ni adonde, ni qué...

Apoyada, aplastando las almohadas; el auricular en la mano como un arma y como un enemigo; los hombros; los ojos, profundos y oscuros por la excitación...

—No voy a la guerra. Simplemente tengo que viajar a Suiza. Pronto estaré de vuelta. Figúrate que soy un comerciante que le quiere vender a la Liga de las Naciones un cargamento de ametralladoras.

—Cuando vuelvas será lo mismo. No podré vivir de miedo.

—Repítelo otra vez.

—Pero si es cierto —la voz de ella era furiosa—. ¡Soy la última en enterarse de lo que sucede! ¡Veber te puede visitar, pero yo no! ¡A Morosow le avisaste por teléfono, pero a mí no! Y ahora te vas...

—¡Dios mío! —dijo Ravic—. No discutamos ahora, Jeanne.

—Yo no discuto. Solamente te digo lo que ocurre.

—Bien. Ahora tengo que terminar. Adiós, Jeanne.

—Ravic —exclamó ella—. ¡Ravic!

—Sí...

—¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Estoy perdida sin ti!

—Volveré.

—Sí... sí...

—Adiós, Jeanne. Pronto estaré de vuelta.

Se quedó un momento en la cabina calurosa y asfixiante. Luego vio que su mano no había soltado el auricular. Abrió la puerta. El empleado de Policía levantó la vista; sonrió bonachonamente.

—¿Listo?

—Sí.

Volvieron a la mesa. Ravic terminó su vaso. «No debía haber llamado —pensó—. Antes estaba tranquilo. Ahora estoy desorientado. Debiera haber sabido que una llamada telefónica no podía tener otras consecuencias. Ni para mí ni para Jeanne.» Sintió la tentación de volver, de llamarla otra vez y de decirle todo aquello que realmente había deseado decirle. Que no quería que lo viera así, sucio, preso. Pero que saldría de nuevo y que todo volvería a ser como antes.

—Creo que tenemos que partir —dijo el empleado de Policía.

—Sí.

Ravic llamó al mozo.

—Déme dos botellitas de coñac, todos los diarios que tenga y una docena de paquetes de «Caporal». Y la cuenta —miró al empleado—. Todo en orden, ¿verdad?

—Un hombre es un hombre —dijo el empleado.

El mozo trajo las botellas y los cigarrillos.

—Saque los corchos —dijo Ravic, mientras repartía los cigarrillos en sus bolsillos. Volvió a poner el corcho en las botellas, de manera de poder abrirlas sin necesidad de sacacorchos, y las metió en el bolsillo interior de su sobretodo.

—Lo hace muy bien —dijo el policía.

—Es la práctica, desgraciadamente. Cuando chico, no hubiera creído que de viejo me vería en la necesidad de volver a jugar a los indios.

El polaco y el escritor estaban encantados con el coñac. El técnico electricista no bebía licores. Era bebedor de cerveza, y declaró que en Berlín la cerveza era mucho mejor. Ravic estaba tumbado en un camastro leyendo los periódicos. El polaco no leía, no entendía el francés. Fumaba y estaba feliz. Por la noche el técnico electricista empezó a llorar. Ravic estaba despierto. Escuchaba el contenido llanto y miraba hacia la pequeña ventanilla detrás de la cual brillaba el cielo pálido. No podía dormir. Tampoco más tarde, cuando el técnico electricista se tranquilizó. «Ha vivido demasiado bien», pensó. Demasiado ya, y eso dolía cuando uno ya no lo poseía más.

Ravic venía de la estación del ferrocarril. Estaba cansado y sucio. Había soportado trece horas en un vagón caldeado, junto a individuos que olían a ajo, cazadores con perros, mujeres con canastas, con gallinas y palomas sobre las faldas y, antes, tres meses en la frontera.

Había resplandores en el atardecer. Levantó la cabeza. Había resplandores como si alrededor del Rond Point se alzaran pirámides formadas por espejos, reflejando la postrera y gris claridad de una tarde de mayo.

Se detuvo a observar más detenidamente. Eran pirámides formadas por espejos. Estaban por doquier detrás de los macizos de tulipanes, en una repetición fantasmagórica.

—¿Qué es esto? —preguntó a un jardinero, que se encontraba a su lado alisando la tierra removida.

—Espejos —contestó el jardinero, sin alzar la vista.

—Ya lo veo. La última vez que estuve aquí todavía no los había.

—¿Hace mucho?

—Hace tres meses.

—Ah, ¡tres meses! Esto lo han hecho durante las últimas dos semanas. Para el rey de Inglaterra. Viene de visita. Así podrá mirarse en los espejos.

—Horrible —contestó Ravic.

—Naturalmente —admitió el jardinero, sin mostrar asombro.

Ravic siguió su camino. Tres meses, tres años, tres días; ¿qué significaba el tiempo? Nada y todo. Que florecieran los castaños ahora —y en aquel entonces ni siquiera tenían hojas—; que Alemania hubiera roto nuevamente sus tratados, ocupando Checoslovaquia; que en Ginebra el emigrante Josef Blumenthal se hubiera pegado un tiro frente al palacio de la Liga de las Naciones en un ataque de histérica risa; que en algún lugar de su pecho todavía pinchara el resto de una pulmonía que había sobrellevado en Belfort, bajo el nombre de Günther; que se hallara de vuelta, en una noche, muelle como un seno femenino; casi todo esto carecía de sorpresa. Se aceptaba, como se aceptan muchas cosas, con la calma fatalista que es la única arma de desamparo. El cielo era siempre el mismo en todas partes, por encima del asesinato, del odio, del sacrificio y del amor; los árboles florecían inocentes año tras año; el atardecer violeta cambiaba, se iba y volvía, sin preocuparse por pasaportes, traición, desesperación y esperanza. Era bueno estar de vuelta en París. Era bueno caminar, caminar lentamente, a lo largo de esta calle, bajo la luz plateada, sin pensar; era bueno poseer esta hora, llena todavía de postergación, llena de una vaga incertidumbre, situada en el límite donde la más lejana tristeza se mezcla con la felicidad siempre nueva de hallarse vivo, como se encuentra el horizonte con el mar; esa primera hora de la llegada, antes de ser herido de nuevo por puñales y flechas; ese extraño sentimiento de creación; ese soplo, aún sin sentido, a lo largo de las vías del corazón, que pasaba por los turbios fuegos de las realidades, por los crucifijos del pasado y las espigas del futuro, el cesar absoluto, el silencio en la vibración, el instante de la pausa, el ser más abierto y más cerrado a la vez, el suave compás de la eternidad en lo más pasajero del mundo...

Morosow se hallaba sentado en la sala de las palmeras del «International»; tenía ante sí una garrafa de vino.

—Hola, Boris, viejo —dijo Ravic—. Parece que llego en el momento oportuno. ¿Es Vouvray?

—Como siempre. Del treinta y cuatro, esta vez. Un poco más dulce y más lleno. Es bueno que estés de vuelta. ¿Tres meses, eh?

—Sí. Tardé más que de costumbre.

Morosow puso en movimiento el timbre anticuado de la mesa. Sonaba como la campanilla de una iglesia de aldea. Las catacumbas tenían luz eléctrica, pero no timbres eléctricos. No valía la pena; raras veces los refugiados osaban tocar el timbre.

—¿Cómo te llamas ahora? —preguntó Morosow.

—Todavía me llamo Ravic. Este nombre no lo utilicé para la Policía. Allí me llamaba Wozzek, Neumann, Günther. Un capricho. No quería abandonar Ravic. Me gusta el nombre.

—No averiguaron que vives aquí, ¿eh?

—Por supuesto que no.

—Claro. Si no seguramente habrían hecho un allanamiento. Entonces puedes seguir viviendo aquí. Tu habitación está libre.

—¿La vieja sabe lo que pasó?

—No, nadie lo sabe. Yo dije que te habías ido a Ruán. Tus cosas están todavía en mi casa.

La chica apareció con la bandeja.

—Clarisse, traiga un vaso para el señor Ravic —dijo Morosow.

—¡Ah, señor Ravic! —la chica mostró sus dientes—, ¿está de vuelta? Ha estado ausente durante más de medio año, señor.

—Tres meses, Clarisse.

—No puede ser. Yo siempre creí que eran seis meses.

Se alejó. Inmediatamente acudió el mozo grisanteo de la «catacumba», con un vaso en la mano. No llevaba bandeja; ya hacía mucho que estaba allí y podía tomarse ciertas libertades. Morosow vio en su cara lo que vendría, y se le adelantó.

—Está bien, Jean. Ya puedes decir cuánto tiempo estubo ausente el señor Ravic. ¿Lo sabes exactamente?

—¡Pero, señor Morosow! ¡Desde luego que lo sé! ¡Hasta el día! Son, exactamente —hizo una pausa artificial, sonrió y dijo—:...cuatro semanas y media, exactamente.

—Es cierto —admitió Ravic, antes que Morosow pudiera replicar.

—Es cierto —admitió Morosow a su vez.

—Desde luego. Jamás me equivoco —Jean desapareció.

—No quería desilusionarlo, Boris.

—Yo tampoco. Solamente quise demostrarte la fragilidad del tiempo, cuando se ha tornado pasado. Consuela, asusta, y nos hace indiferentes. Yo perdí de vista al teniente coronel Bielski, del regimiento de guardia de Neobraschensk, en el año 1917 en Moscú. Éramos amigos. Él se dirigió hacia el Norte, a través de Finlandia. Yo fui a Manchuria y al Japón. Cuando volvimos a encontrarnos aquí ocho años después, yo estaba convencido de haberlo visto por última vez en el año 1919 en Channin; él de haberme visto en el año 1921 en Helsinki. Una diferencia de dos años, y de unos cuantos miles de kilómetros. —Morosow tomó la garrafa y sirvió—. Ya ves, aún te reconocen. En cierto modo esto te da la sensación de que estás en tu patria, ¿eh?

Ravic bebió. El vino era liviano y fresco.

—Mientras tanto estuve cierta vez muy cerca de la frontera —dijo—. Muy cerca, más allá de Basilea. Una parte de la carretera era suiza, la otra alemana. Yo estaba en la parte suiza y comía cerezas. Podía escupir los huesos hasta Alemania.

—¿También eso te hacía sentirte en tu patria?

—No. Jamás estuve más lejos de ella.

Morosow sonrió.

—Comprendo. ¿Cómo te ha ido?

—Como siempre. Cada vez más difícil. Eso es todo. Las fronteras son vigiladas con más severidad. Me pescaron una vez en Suiza y otra en Francia.

—¿Por qué no escribiste nunca?

—No sabía si la Policía había venido aquí. De vez en cuando tiene arranques de energía. Más valía no comprometer a nadie. Las coartadas de todos nosotros no son, al fin y al cabo, tan extraordinarias. Una vieja regla bélica: Quedarse quieto y desaparecer. ¿Esperabas otra cosa?

—Yo, no.

Ravic lo miró.

—Cartas —dijo luego—. ¿Qué significan las cartas? Nunca sirven para nada.

—No.

Ravic sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—Es extraño cómo cambia todo cuando uno se ausenta.

—No te engañes —replicó Morosow.

—No lo estoy haciendo.

—Cuando uno permanece ausente, todo marcha bien; cuando uno vuelve, todo está cambiado. Entonces se empieza de nuevo.

—Quizá. Quizá no.

—Me pareces bastante oscuro. Es conveniente que lo tomes así. ¿Qué te parece una partida de ajedrez? El profesor ha fallecido; era el único adversario digno. Lewy se ha ido al Brasil, empleado como mozo. La vida gira con maldita rapidez, hoy en día. Uno no debe acostumbrarse a nada.

—No se debe.

Morosow observó a Ravic atentamente.

—No quise decir eso.

—Yo tampoco. ¿Pero no podríamos abandonar esta tumba de palmeras enmohecidas? Hace tres meses que falto de aquí, sin embargo hiede como de costumbre, a cocina, a polvo y a miedo. ¿Cuándo tienes que irte

—Hoy no tengo que irme. Es mi noche libre.

—Es cierto. —Ravic sonrió fugazmente—. La noche de la elegancia, de la antigua Rusia y de las copas grandes.

—¿Quieres acompañarme?

—No. Esta noche, no. Estoy cansado. He pasado un par de noches sin dormir apenas. En todo caso, no muy tranquilo. Salgamos un rato y vayamos a sentarnos a algún otro lado.

Hace tiempo que no lo he hecho.

—Vouvray —propuso Morosow. Estaban sentados en la acera del «Café Colyssée»—. ¿Por qué? Es muy temprano todavía, viejo. La hora del vodka.

—Sí. Sin embargo quiero Vouvray. Es suficiente para mí.

—¿Qué sucede? ¿Ni siquiera un *fine*?

Ravic movió la cabeza negativamente.

—Cuando uno llega a un sitio, la primera noche debe emborracharse hasta la inconsciencia, hermano —declaró Morosow—. Es un heroísmo innecesario mirar despejado las caras de las sombras del pasado.

—Yo no las miro, Boris. Disfruto con prudencia de mi vida.

Ravic comprendió que Morosow no le creía. No hizo ninguna tentativa por convencerlo. Estaba sentado tranquilamente a la mesa, en la primera fila, cerca de la calle; bebía su vino y observaba el agolpamiento nocturno de los transeúntes. Mientras había estado ausente de París, todo en él había sido claro y preciso. Ahora era brumoso, pálido y multicolor, deslizándose agradablemente, pero de una manera como quien hubiese bajado con demasiada rapidez de una montaña y oyese el ruido de abajo, del valle, como a través de algodón.

—¿Estuviste en algún lado antes de venir al hotel? —preguntó Morosow.

—No.

—Veber me preguntó varias veces por ti.

—Lo llamaré por teléfono.

—No me gustas. Cuenta lo que te pasó.

—Nada extraordinario. Cerca de Ginebra, la frontera estaba demasiado bien vigilada. Primero intenté pasar allí. Luego por Basilea. También era muy difícil. Finalmente logré cruzarla. Sentía frío. Lluvia y nieve sobre los campos durante la noche. Poco pude hacer. Se convirtió en pulmonía. Un médico de Belfort me llevó a un hospital, me hizo salir y entrar clandestinamente. Después me alojé diez días en su casa. Tengo que devolverle el dinero.

—¿Ahora te encuentras bien?

—Bastante bien.

—¿Es por eso que no tomas aguardiente?

Ravic sonrió.

—¿Para qué hablamos? Estoy algo cansado y primero quiero habituarme. Esto es lo cierto. Es extraño cuánto piensa uno cuando está en camino, y cuán poco cuando llega.

Morosow cortó la conversación con un gesto.

—Ravic —dijo paternalmente—, estás hablando con tu padre Boris, el conocedor del corazón humano. Ándate sin ambages y empieza a hacer preguntas, y termina de una vez.

—Bien. ¿Dónde está Jeanne?

—No lo sé. Hace un par de semanas que no sé nada de ella. No la he vuelto a ver.

—¿Y antes?

—Antes preguntó por ti durante un tiempo. Luego no preguntó más.

—¿No está en el «Schéhérazade»?

—No. Dejó de ir hace aproximadamente cinco semanas. Después volvió a ir dos o tres veces. Y, finalmente, no fue más.

—¿No está en París?

—Creo que no. Al menos así parece. Si no, la habría visto de vez en cuando en el «Schéhérazade».

—¿Sabes qué hace?

—Algo en el cine, me parece. Al menos así le dijo a la mujer del guardarropa. Tú ya sabes cómo es eso. Algún maldito pretexto.

—¿Pretexto?

—Sí, pretexto —repuso Morosow furioso—. ¿Qué otra cosa, Ravic? ¿Te esperabas algo diferente?

—Sí.

Morosow calló.

—Esperar y saber son cosas distintas —dijo Ravic.

—Solamente para los malditos románticos. Bebe algo como la gente, no esa limonada. Un buen calvados...

—No precisamente calvados. Roñac, si con eso te quedas más tranquilo. O, por mí, también un calvados.

—¡Por fin! —exclamó Morosow.

La ventana. La azul silueta de los tejados. El sofá rojo y desteñido. La cama. Ravic sabía que lo tenía que soportar todo. Estaba sentado en el sofá y fumaba. Morosow le había traído sus cosas y le había indicado dónde podía encontrarlo si quería verlo.

Había tirado el traje viejo. Había tomado un baño caliente y prolongado, con mucho jabón. Se había quitado de encima aquellos tres meses, se los había raspado de la piel. Se había puesto ropa interior limpia, otro traje, y se había afeitado; hasta hubiera preferido ir a tomar un baño turco si no hubiese sido demasiado tarde. Había hecho todo aquello, y se había sentido bien al hacerlo. Hubiera querido hacer más todavía, pues entonces, de repente, mientras estaba sentado cerca de la ventana, el vacío empezaba a aparecer, arrastrándose, desde el fondo.

Se sirvió una copa de calvados. Entre sus cosas todavía había quedado una botella con un pequeño resto. Se acordó de la noche en la que había estado bebiendo con Jeanne, pero se impresionó poco. Había pasado demasiado tiempo. Notó solamente que era un calvados bueno y añejo.

La luna se levantó lentamente sobre los tejados. El patio mugriento de enfrente se convirtió en un palacio de sombras y plata. Con un poco de fantasía toda mugre podía convertirse en plata. Un olor a flores llegaba desde la ventana. El acre perfume de los claveles, en la noche. Ravic se reclinó sobre el alféizar y miró hacia abajo. En la ventana, debajo de él, había un cajón con flores. Pertenecían al refugio Wiesenhofer, si todavía vivía allí. Una vez Ravic le había practicado un lavado estomacal, un año atrás, por Navidad.

La botella estaba vacía. La arrojó sobre la cama. Allí quedó como un negro embrión. Se levantó. ¿Por qué estaría mirando la cama? Cuando se estaba sin mujer había que buscarse una. Esto era sencillo en París.

Se dirigió por las angostas calles hacia la Étoile. Sintió la vida cálida de la ciudad nocturna, desde los Campos Elíseos. Se volvió, al principio rápidamente, luego con más lentitud, hasta llegar al «Hôtel Milán».

—¿Cómo está usted? —preguntó al portero.

—¡Ah! ¡Señor! —el portero se levantó—. El señor ha faltado de aquí por mucho tiempo.

—Sí, por bastante tiempo. No estaba en París.

El portero lo escudriñó con sus ojos vivaces y pequeños.

—La señora no está ya aquí.

—Lo sé. Ya hace mucho que no está.

El portero era un buen portero. Sabía lo que se le exigía sin que se le preguntara.

—Hace cuatro semanas —dijo—. Hace cuatro semanas que se fue.

Ravic tomó un cigarrillo de su paquete.

—¿La señora no está ya en París? —preguntó el portero.

—Está en Cannes.

—¡Cannes! —El portero se pasó la gran mano por el rostro—. Usted no lo creería, señor, pero hace dieciocho años fui portero del «Hotel Ruhl» de Niza. ¿Eh?

—¿Por qué no?

—¡Qué tiempos! ¡Qué propinas! ¡Qué época maravillosa después de la guerra! Hoy en día...

Ravic era un buen cliente. Comprendía al personal de hotel sin muchas explicaciones. Sacó un billete de cinco francos y lo puso sobre la mesa.

—Muchas gracias, señor. ¡Que se divierta! ¡Parece usted más joven, señor!

—Y me siento más joven también. Buenas noches.

Ravic se encontró de nuevo en la calle. ¿Para qué había ido al hotel? Ahora sólo faltaba que fuera al «Schéhérazade» y se emborrachara.

Miraba fijamente al cielo, que estaba cuajado de estrellas. Debía estar contento de que las cosas hubieran resultado así. Esto le ahorra una cantidad de discusiones

innecesarias. Lo sabía de antemano, y Jeanne también lo sabía. Por lo menos al final. Ella había hecho lo único que correspondía. Nada de explicaciones. Las explicaciones estaban de más. En el sentimiento no existen explicaciones. Solamente acciones. Gracias a Dios el aceite lubricante de la moral no había intervenido. Gracias a Dios Jeanne no entendía nada de eso. Ella había actuado; asunto concluido. Nada de rodeos. Él también había actuado. ¿Por qué, entonces, estaba en aquel lugar? La culpa debía ser del aire, ese tejido muelle, hecho de mayo, de noche, de París. Seguramente de la noche. De noche se es distinto que de día.

Volvió al hotel.

—¿Puedo hablar por teléfono?

—Por supuesto, señor. Pero no tenemos cabina. Solamente este aparato, aquí.

—Es suficiente.

Ravic miró su reloj. Era probable que Veber estuviera en la clínica. Era la hora de la última visita nocturna.

—¿Está el doctor Veber? —preguntó a la enfermera. No conocía la voz. Debía de ser nueva.

—No se puede hablar con el doctor Veber.

—¿No está?

—Está. Pero ahora no se puede hablar con él.

—Escuche —dijo Ravic—, vaya y dígame que Ravic está al aparato. Vaya en seguida. Es importante. Espero.

—Bien... —dijo la enfermera con vacilación—. Le preguntaré, pero no vendrá.

—Veremos. Dígame: Ravic.

Un instante después Veber estaba al aparato.

—¡Ravic! ¿Dónde está?

—En París. Llegué hoy. ¿Acaso está operando todavía?

—Sí, dentro de veinte minutos. Una operación urgente de apendicitis. ¿Quiere que nos encontremos más tarde?

—Puedo ir allá.

—¡Magnífico! ¿Cuándo?

—En seguida.

—Muy bien. Entonces lo espero.

—Aquí tiene un buen coñac —dijo Veber—. Aquí tiene diarios y revistas médicas. Póngase cómodo.

—Un coñac. Y una bata y guantes.

Veber miró a Ravic.

—Un apéndice sencillo, indigno de usted. Lo puedo hacer yo rápidamente con las enfermeras. Con seguridad está usted bastante cansado.

—Veber, hágame el favor, déjeme hacer la operación. No estoy cansado y me siento perfectamente bien.

Veber rió.

—Usted está con una prisa maldita por volver otra vez a su oficio; está bien, como quiera. En cierto modo lo comprendo.

Ravic se lavó y se hizo poner la bata y los guantes. La sala de operaciones. Aspiró profundamente el olor del éter. Eugénie estaba de pie a la cabecera de la mesa operatoria practicando la anestesia. Una segunda y muy bonita enfermera disponía los instrumentos.

—Buenas noches, enfermera Eugénie —dijo Ravic.

Ella estuvo a punto de dejar caer el aparato con que estaba echando las gotas.

—Buenas noches, doctor Ravic —contestó.

Veber sonrió. Era la primera vez que ella llamaba a Ravic de esa manera. Ravic se inclinó sobre el paciente. La fuerte luz del foco ardía blanca e intensa. Lo excluía del mundo exterior. Excluía los pensamientos. Era objetiva, fría, inconsiderada y buena. Ravic tomó el bisturí que le alcanzaba la enfermera bonita. Sintió el frío del acero a través de los finos guantes. Era agradable sentirlo. Era agradable volver de la incertidumbre tambaleante a la clara precisión. Hizo el corte. El flujo de sangre siguió, estrecho y rojo, al bisturí. Súbitamente todo se tornó sencillo. Por primera vez, desde que había vuelto, se encontró a sí mismo. La luz muda, pero zumbante. «En casa», pensó. ¡Por fin!

—Llegó ella —dijo Morosow.

—¿Quién?

Morosow se alisó el uniforme.

—No hagas como si no lo supieras. No hagas enojar a tu padre Boris en medio de la calle. ¿Crees tú que yo no sé por qué en dos semanas has estado tres veces en el «Schéhérazade»? ¿Una vez con una beldad de ojos azules y cabello negro, pero dos veces solo? El hombre es débil... si no, ¿dónde estaría su atractivo?

—Vete al diablo —repuso Ravic—. No me humilles ahora, precisamente cuando necesito mi fuerza, portero charlatán.

—¿Hubieras preferido que no te lo hubiera dicho?

—Desde luego.

Morosow se hizo a un lado para dejar pasar a dos americanos.

—Entonces, vete y vuelve otra noche —dijo.

—¿Está sola?

—Ni siquiera a las princesas de sangre real las dejamos entrar solas. Deberías saberlo. A Sigmund Freud le agradaría tu pregunta.

—¿Qué sabes tú de Sigmund Freud? Estás ebrio y me quejaré a tu gerente, el capitán Tschedschenedse.

—El capitán Tschedschenedse era teniente en el regimiento en el cual yo era teniente coronel, hermano. Todavía lo recuerda. Inténtalo.

—Muy bien. Déjame pasar.

—¡Ravic! —Morosow le puso sus pesadas manos sobre los hombros—. ¡No seas asno! Ve, llama a la beldad de ojos celestes, y vuelve con ella, si lo crees necesario. Es el simple consejo de un hombre viejo y lleno de experiencia. Sumamente barato, pero siempre efectivo.

—No, Boris. —Ravic lo miró—. Aquí las triquiñuelas no tienen ningún sentido. Tampoco las quiero.

—Entonces vete a casa —dijo Morosow.

—¿A la sala polvorienta de las palmeras? ¿O a mi buhardilla?

Morosow soltó a Ravic y se adelantó hacia una pareja que pedía un taxi. Ravic permaneció inmóvil hasta que aquél volvió.

—Eres más razonable de lo que yo juzgaba —dijo Morosow—. Si no ya estarías adentro.

Se echó atrás la gorra ribeteada de oro. Antes de que pudiera seguir hablando, apareció en la puerta un joven medio ebrio, de esmóquin blanco.

—¡Señor coronel! ¡Un coche de carreras!

Morosow llamó el taxi más próximo de la fila y metió en él al hombre, que se tambaleaba un poco.

—No se ría —dijo el ebrio—. Eso de coronel era un chiste, ¿o no?

—Muy bueno. El del coche de carreras era casi mejor aún.

—Cambió de opinión —dijo Morosow, cuando volvió—. Entra. Que lo demás te importe un bledo. Yo haría lo mismo. Alguna vez tiene que suceder; entonces, ¿por qué no en seguida? Concluye el asunto de alguna manera. Cuando dejamos de ser niños, somos viejos.

—Yo también cambié de opinión. Me iré a otra parte.

Morosow miró a Ravic divertido.

—Bien —dijo finalmente—. Entonces volveré a verte dentro de media hora.

—O no me verás.

—Entonces, dentro de una hora.

Dos horas más tarde Ravic estaba sentado en la «Cloche d'Or». El local estaba aún bastante vacío. A lo largo del mostrador se hallaban las prostitutas, como papagayos sobre un palo, charlando. Entre ellas se habían colocado unos cuantos vendedores de seudococaína, que esperaban a los turistas. En la parte alta se hallaban algunas parejas tomando sopa de cebollas. En un sofá, en el rincón de frente a Ravic, dos lesbianas bebían «Sherry Brandy». Una de ellas, que vestía traje sastre y corbata, llevaba monóculo; la otra era una mujer pelirroja y robusta con un traje de fiesta muy escotado y brillante.

«Es idiota —pensó Ravic—, ¿por qué no entré en el "Schéhérazade"? ¿Qué temía? ¿De qué quiero escapar? Ha aumentado, lo sé. Estos tres meses lo han quebrado; lo han fortalecido. Es inútil intentar engañarme a mí mismo. Fue casi lo único que me quedó, durante todo ese arrastrarme a través de las fronteras, durante la larga espera en habitaciones escondidas, cuando goteaba la soledad de las noches extrañas sin estrellas. La ausencia lo ha alimentado más de lo que ella hubiese podido hacerlo jamás, y ahora...»

Un grito contenido lo despertó de su profundo ensimismamiento. Dos mujeres habían entrado entretanto. Una de ellas, que parecía mestiza, bastante ebria, con un sombrero de flores echado atrás, arrojó un cuchillo sobre una mesa y bajó lenta y amenazadora por la escalera profiriendo insultos, en dirección al rincón donde estaban las lesbianas. Nadie la contuvo. Un mozo subió las escaleras. Otra mujer estaba arriba, obstruyéndole el paso.

—No pasó nada —dijo—, no pasó nada.

El mozo se encogió de hombros y se dio vuelta. Ravic vio a la mujer pelirroja que estaba en el rincón, ponerse de pie. Al mismo tiempo, la que había rechazado al mozo bajó rápidamente al bar. La pelirroja se detuvo con una mano sobre el pecho exuberante. Cautelosamente separó los dedos y miró. El vestido mostraba un tajo de algunos centímetros, y debajo de él se veía la herida abierta. No se veía la piel; solamente la herida abierta, en el traje de fiesta, verde y tomasolado. La pelirroja se miraba como si no pudiese dar crédito a sus ojos.

Ravic hizo un movimiento involuntario. Luego se dejó caer de nuevo en su asiento. Una expulsión era suficiente. Vio que la mujer de traje sastre echaba hacia atrás a la pelirroja sobre el sofá. En el mismo instante llegó la otra desde el bar con un vaso de aguardiente. La mujer del traje sastre se arrodilló en el suelo apartándole rápidamente la mano de la herida. La otra volcó todo el contenido del vaso encima de la herida. «Un sistema muy primitivo de desinfección», pensó Ravic. La pelirroja gemía, se contraía espasmódicamente, pero la otra la sujetaba con firmeza. Otras dos mujeres ocultaban la mesa a la vista de los restantes clientes. La escena se había desarrollado con extraordinaria rapidez y habilidad. Apenas si se pudo ver algo. Un minuto más tarde, como por arte de magia, afluyó gran número de lesbianas y de homosexuales al local. Rodearon todos la mesa del rincón, levantaron a la pelirroja, la sostuvieron, mientras algunos ocultaban al grupo sonriendo y charlando, y todos abandonaron el local como si nada hubiese sucedido. La mayoría de los clientes no había notado nada.

—Qué bien, ¿eh? —comentó alguien detrás de Ravic.

Era el mozo. Ravic asintió:

—¿Qué ha pasado?

—Celos. Esas perversidades son una pandilla muy excitada.

—Pero ¿de dónde vinieron los otros con tanta rapidez? Parecía pura telepatía.

—Lo huelen, señor —dijo el mozo.

—Probablemente alguna habrá telefonado; pero, de todos modos, fue rápido.

—Ésas lo huelen. Y se ayudan como la muerte y el diablo. No se denuncian mutuamente. Nada de Policía... eso es todo lo que quieren. Ya lo arreglarán entre ellas —el mozo tomó el vaso de Ravic sobre la mesa—. ¿Otro más? ¿Qué era?

—Calvados.

—Bien. Otro calvados.

Se fue, arrastrando los pies. Ravic levantó la vista y vio a Jeanne, un par de mesas más allá. Ella había entrado mientras él hablaba con el mozo. No la había visto entrar. Estaba sentada con dos hombres. En el momento en que la vio, ella también lo vio. Palideció bajo su piel tostada. Durante unos segundos se quedó inmóvil, sin apartar los ojos de él. Luego empujó la mesa con un movimiento brusco, hacia un lado, se levantó y avanzó hacia él. Mientras caminaba, su rostro se iba transformando. Sus facciones se borraban y se tornaban difusas; solamente los ojos permanecían fijos y transparentes como cristal. Parecíanle a Ravic más claros que nunca. Eran de una fuerza casi furiosa.

—Estás de vuelta —dijo ella con voz baja, casi sin aliento. Se encontraba casi pegada a él. Hizo un movimiento como si fuera a abrazarlo, pero no lo abrazó. Tampoco le tendió la mano—. Estás de vuelta —repitió.

Ravic no contestó.

—¿Desde cuándo estás aquí? —inquirió después, siempre en voz baja.

—Desde hace dos semanas.

—Desde hace dos... y yo no lo... tú ni siquiera me...

—Nadie sabía dónde estabas. En tu hotel no lo sabían... Y en el «Schéhérazade» tampoco.

—El «Schéhérazade»... Si yo estaba... —se interrumpió—. ¿Por qué no me escribiste nunca?

—No podía.

—Estás mintiendo.

—Bien. No quise. No sabía si volvería.

—Estás mintiendo otra vez. Ése no es un motivo.

—Lo es. Podía volver o no. ¿No lo comprendes?

—No. Pero lo que comprendo es que desde hace dos semanas estás aquí y no has hecho lo más mínimo para...

—Jeanne —dijo Ravic con calma—, esos hombres quemados por el sol no los conseguiste en París.

El mozo pasó, suspicaz. Echó una mirada a Jeanne y a Ravic. Posiblemente sentía todavía en sus huesos el espectáculo de hacía unos instantes. Como por casualidad retiró, junto con un plato, dos cuchillos y dos tenedores de sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Ravic lo notó.

—Todo está bien —le dijo.

—¿Qué es lo que está bien? —preguntó Jeanne.

—Nada. Ocurrió algo hace un rato.

Ella lo miró fijamente.

—¿Estás esperando a una mujer?

—Dios sabe que no. Hubo una escena entre algunas personas. Alguien estuvo sangrando. Esta vez no me metí.

—¿No te metiste? —repentinamente comprendió. Cambió de expresión—. ¿Qué estás haciendo aquí? Te volverán a arrestar. Ahora, lo sé todo. Te correspondería medio año de prisión. ¡Tienes que irte! ¡No sabía que estabas en París! ¡Pensé que jamás volverías!

Ravic no contestó.

—Pensé que ya no volverías —repitió ella.

Ravic la miró.

—Jeanne...

—¡No! ¡Todo esto no es cierto! ¡Nada es cierto!

—Jeanne —dijo Ravic cuidadosamente—, vuelve a tu mesa —los ojos de ella se humedecieron de repente—. Vuelve a tu mesa.

—¡Tú tienes la culpa! —profirió ella—. ¡Tú! ¡Solamente tú!

Se dio vuelta bruscamente y se alejó. Ravic apartó su mesa y se sentó. Vio el vaso de calvados e hizo un movimiento como si estuviera a punto de beberlo. No lo bebió. Había estado tranquilo mientras hablaba con Jeanne. Entonces, repentinamente, se sentía excitado. «Es extraño —pensó—; mis pectorales, debajo de la piel, están vibrando. ¿Por qué precisamente ellos?» Tomó el vaso y observó su mano. Era firme. Bebió hasta la mitad. Mientras bebía sintió la mirada de Jeanne sobre él. No la miró. Pasó el mozo.

—Cigarrillos —dijo Ravic—. «Caporal».

Encendió uno y bebió la otra mitad del vaso. Volvió a sentir la mirada de Jeanne. «¿Qué estará esperando? —pensó—. ¿Que por culpa de mi desgracia me emborrache ante su vista?» Llamó al mozo y pagó. Cuando se levantó, Jeanne empezó a conversar animadamente con uno de sus compañeros. No levantó la vista cuando él pasó delante de su mesa. Sus facciones se habían vuelto duras, frías e inexpresivas. Y sonreía forzosamente.

Ravic atravesó varias calles y, sin darse cuenta, se encontró de nuevo frente al «Schéhérazade». El rostro de Morosow se iluminó.

—¡Buen comportamiento, soldado! Casi te doy por perdido. Siempre causa satisfacción acertar una adivinanza.

—No te alegres demasiado pronto.

—Y tú tampoco. Llegas demasiado tarde.

—Lo sé. Ya me encontré con ella.

—¿Qué?

—En la «Cloche d'Or».

—¡Que me...! —exclamó Morosow asombrado—. Esta vida siempre nos depara sorpresas.

—¿A qué hora terminas aquí, Boris?

—Dentro de pocos minutos. Ya no hay nadie. Tengo que cambiarme de ropa. Entra, mientras tanto. Tómate un vodka a cuenta de la casa.

—No. Espero aquí.

Morosow lo miró.

—¿Cómo te sientes?

—Con ganas de vomitar.

—¿Te esperabas algo diferente?

—Sí. Siempre se espera algo diferente. Ahora, ve a mudarte.

Ravic se apoyó contra la pared. A su lado, la vieja vendedora de flores recogía sus rosas. No le pidió que le comprara algunas. Se sentía tonto, pero le hubiera gustado que se lo hubiese pedido. Así era como si creyera posible que él no necesitara flores. Recorrió con la vista la hilera de edificios. Un par de ventanas se hallaban aún iluminadas. Algunos taxis pasaban lentamente. ¿Qué había esperado? No lo sabía exactamente. Lo que no había esperado era que Jeanne pudiese tomar la iniciativa. Pero, ¿por qué no? ¡Cuánta razón le asiste a uno cuando es el primero en atacar!

Los mozos empezaron a salir. Durante la noche habían sido caucasianos y cherqueses, con faldas rojas y altas botas. Ahora no eran más que civiles cansados. Vestidos con sus trajes de diario, que en ellos parecían extraños, se arrastraban hacia sus casas. El último en salir fue Morosow.

—¿Adonde? —preguntó.

—Hoy ya he estado en todas partes.

—Entonces vayamos al hotel, a jugar al ajedrez.

—¿Qué?

—Al ajedrez. Un juego con figuras de madera, que distrae y concentra al mismo tiempo.

—Bien —dijo Ravic—; ¿por qué no?

Despertó y al punto percibió que Jeanne estaba en la habitación. Aún estaba oscuro y no podía verla, pero sabía que estaba allí. La habitación era distinta, la ventana era distinta, el aire era distinto y él mismo era distinto.

—¡Déjate de tonterías! —dijo—. Enciende la luz y ven.

Ella no se movió. Él ni la oía siquiera respirar.

—Jeanne —dijo—, no juguemos al escondite.

—No estoy jugando al escondite.

—Entonces, ven.

—¿Sabías que vendría?

—No.

—Tu puerta estaba abierta.

Ella se calló un instante.

—Pensé que aún no estarías —dijo luego—. Solamente quise... pensé... que estarías en algún lado, sentado, bebiendo.

—Yo también lo pensé, y en lugar de eso, jugué al ajedrez.

—¿Qué?

—Al ajedrez, con Morosow. Allá abajo, en el subsuelo, que se parece a una pecera sin agua.

—¡Ajedrez! —salió de su rincón—. ¡Ajedrez! Esto... que uno pueda jugar al ajedrez, cuando...

—Yo tampoco lo hubiera creído. Pero pude. Y hasta lo hice bastante bien. Logré ganar una partida.

—Eres frío, sin corazón...

—Jeanne —dijo Ravic—, nada de escenas. Soy partidario de las buenas. ¡Pero hoy no!

—Yo no te hago escenas. Me siento mortalmente infeliz.

—Muy bien. Dejaremos todo esto. Las escenas convienen cuando uno se siente medianamente infeliz. Conocí a un hombre que desde el momento en que se le murió su mujer hasta el del entierro, se encerró en su habitación y se puso a resolver problemas de ajedrez. Lo juzgaron sin corazón, pero yo sé de cierto que amaba a su esposa más que a nada en el mundo. No supo hacer otra cosa. Simplemente. Día y noche se dedicó a resolver problemas de ajedrez para no pensar en lo otro.

Ahora Jeanne se encontraba en medio de la habitación.

—¿Lo has hecho por esta causa, Ravic?

—No. Ya te he dicho que se trataba de otro hombre. Yo estaba durmiendo cuando llegaste.

—¡Sí, estabas durmiendo! ¡Tú puedes dormir!

Ravic se incorporó a medias.

—Conocí a otro hombre, que también había perdido a su esposa, que se acostó en su cama y durmió durante dos días. La madre de ella estaba fuera de sí, por este motivo. No

comprendía que muchas cosas contradictorias y estar al mismo tiempo completamente desconsolado. Es extraño. ¿Qué etiqueta se le ha puesto a la desgracia! Si me hubieras encontrado borracho hasta la inconsciencia, todo habría estado de acuerdo con lo que se estilaba. Que haya jugado al ajedrez y que haya dormido, es una prueba de que soy un bruto y sin sentimientos. Es sencillo, ¿eh?

Algo crujió al hacerse añicos. Jeanne había tomado un florero y lo había estrellado contra el suelo.

—Bien —dijo Ravic—. De todos modos no me agradaba. Solamente ten cuidado de no clavarte un trozo en el pie.

La mujer empujó los fragmentos hacia un lado.

—Ravic —dijo—, ¿por qué haces esto?

—Sí —replicó él—, ¿por qué? Me estoy dando ánimo a mí mismo. ¿No te das cuenta, Jeanne?

Ella volvió rápidamente el rostro hacia él.

—Así parece. Pero contigo nunca se sabe lo que ocurre.

Pasó cuidadosamente por encima de los fragmentos desparramados y se sentó en la cama. Ahora podía distinguir su cara en el temprano amanecer. Ravic estaba sorprendido de no encontrarla cansada. Era joven, serena y llena de deseo. Llevaba un abrigo liviano, que él no le conocía, y un vestido distinto del que tenía en la «Cloche d'Or».

—Pensaba que ya no volverías, Ravic —dijo.

—He tardado mucho. No pude venir antes.

—¿Por qué no me escribiste nunca?

—¿Te hubiera servido de algo?

Ella desvió la vista.

—Hubiera sido mejor.

—Hubiera sido mejor que no hubiese vuelto nunca, pero ya no existe otra tierra ni otra ciudad para mí. Suiza es demasiado pequeña; en todas las demás partes están los fascistas.

—Pero aquí..., la Policía...

—La Policía de aquí tiene tantas o tan pocas probabilidades de pescarme como antes. Aquello fue un incidente desgraciado. Ya no vale la pena pensar en ello.

Tomó un paquete de cigarrillos. Estaba sobre la mesa próxima a la cama. Era una mesita cómoda, de tamaño mediano, con libros, cigarrillos y otras cosas. Ravic aborrecía todo aquello que generalmente se utiliza como mesita de noche o consola, con imitación de mármol al lado de una cama.

—Dame un cigarrillo a mí también —dijo Jeanne.

—¿Quieres beber algo? —preguntó él.

—Sí. Quédate acostado, yo iré a buscarlo.

Fue en busca de la botella y llenó dos vasos. Le dio uno a él y tomó el otro, vaciándolo. Mientras bebía, el abrigo se le cayó de los hombros. Ahora, en el amanecer cada vez más claro, Ravic conoció el vestido que llevaba. Era el que él le había regalado para ir a Antibes. ¿Por qué se lo habría puesto? Era el único vestido que le había obsequiado. Nunca había pensado en una cosa así. Tampoco quería pensar.

—Cuando te vi, Ravic... repentinamente —dijo ella—, no puede pensar en nada. Y cuando te fuiste... pensé que jamás te volvería a ver. No lo pensé en seguida. Al principio esperaba que volverías a la «Cloche d'Or». Creí que ibas a volver. ¿Por qué no volviste?

—¿Por qué habría de volver?

—Me hubiera venido contigo.

Él sabía que no era cierto. Pero no quería pensarlo. Súbitamente no quiso pensar en nada. Jeanne estaba a su lado y, de pronto, eso era suficiente. No había creído que sería suficiente. No sabía por qué había venido ni qué era lo que realmente quería... Pero, de pronto, le bastó, de una manera extraña, profunda e inquieta, que ella estuviese allí. «¿Qué es esto? —pensó—. ¿Ya está, más allá de todo control, allá donde empieza la oscuridad, la revuelta de la sangre, la opresión de la fantasía, la amenaza?»

—Pensé que querías abandonarme —dijo Jeanne—. ¡Y querías hacerlo! ¡Di la verdad! —Ravic no contestó. Ella lo miró—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —repitió con honda convicción.

—¿Me das otro calvados?

—¿Es calvados?

Sí. ¿No lo notaste?

—No —le sirvió, apoyando el brazo sobre el pecho de él, mientras sostenía la botella. Él lo sintió hasta las costillas. Ella tomó su vaso y bebió—. Sí, es calvados —luego lo miró de nuevo—. Es bueno que haya venido. Lo sabía. Es bueno que haya venido.

Aclaraba cada vez más. Los goznes de la ventana empezaron a chirriar suavemente. La brisa matutina se levantó.

—¿Es bueno que haya venido? —preguntó ella.

—No lo sé, Jeanne.

La mujer se inclinó sobre él.

—Tú lo sabes. Tienes que saberlo.

Su rostro estaba tan cerca de él que el cabello le caía sobre los hombros. Él lo miró. Era un paisaje que ya conocía, muy extraño pero muy conocido, siempre el mismo y nunca igual. Notó que la piel de su frente se estaba descamando y que el rojo de sus labios estaba desapareciendo; vio que ella no estaba perfectamente bien arreglada..., vio todo eso en el rostro que ahora estaba tan cerca del suyo, que le cubría todo el mundo restante... Lo vio, y sabía que era solamente su fantasía la que, a pesar de todo, lo hacía misterioso; sabía que había rostros más hermosos, más inteligentes y más puros... Pero también sabía que éste poseía sobre él un poder como ningún otro. Y ese poder, él mismo se lo había conferido.

—Sí —dijo—. Es bueno. Sea como fuere.

—No lo hubiera soportado, Ravic.

—¿Qué?

—Que hubieras continuado ausente. Para siempre.

—Pero, ¿no acabas de decir que creías que no volvería más?

—No es lo mismo. Si hubieras vivido en otro país, hubiera sido distinto. Hubiéramos estado separados, únicamente. Podría visitarte alguna vez, o, por lo menos, hubiera podido pensar que lo haría. Pero, aquí, en la misma ciudad... ¿No lo comprendes?

—Sí.

Ella se levantó y se echó el cabello hacia atrás.

—No puedes dejarme sola. Eres responsable por mí.

—¿Estás sola?

—Eres responsable por mí —contestó ella, y sonrió.

Durante un segundo la odió..., por la sonrisa y por el modo como había dicho aquello.

—No digas disparates, Jeanne.

—Pues, sí, lo eres. Desde aquella vez. Sin ti...

—Muy bien. También soy responsable por la ocupación de Checoslovaquia. Y ahora, termina. Está aclarando. Pronto tendrás que irte.

—¿Qué? —lo miró fijamente—. ¿No quieres que me quede?

—No.

—De modo que... —dijo en voz baja y repentinamente muy enojada—. De modo que es así... Ya no me amas.

—Dios mío —gimió Ravic—. Todavía esto. ¿Con qué idiota has pasado los últimos meses?

—No eran idiotas. ¿Qué hubiera tenido que hacer? ¿Sentarme en el «Hotel Milán», mirar las paredes y enloquecerme?

Ravic se inclinó a medias.

—Nada de confesiones —dijo—. No quiero confesiones. Tenía solamente la intención de elevar el nivel de nuestra conversación.

Ella lo miró. Su boca y sus ojos quedaron como aplastados.

—¿Por qué me criticas siempre? Otros no me critican. Contigo todo se convierte en seguida en un problema.

—Es cierto —Ravic bebió un trago de calvados y se recostó.

—Es cierto —repitió ella—. Nunca se puede saber cómo hay que estar contigo. Haces decir cosas que uno no quiere decir. Y luego te arrojas sobre uno.

Ravic respiró hondamente. ¿Qué era lo que había pensado antes? Oscuridad del amor, poder de la fantasía... ¡Con qué rapidez se transformaba eso! Ellos mismos lo hacían, ininterrumpidamente. Eran los más afanosos destructores de sueños. ¿Pero qué culpa tenían? ¿Qué culpa tenían realmente... impulsados, hermosos y perdidos...? Imán gigantesco, en algún lado, profundamente oculto debajo de la tierra... y, encima, las figuras multicolores que creían poseer una voluntad propia, un destino propio... ¿Qué culpa tenían? ¿No era él mismo uno de ellos? ¿Y era aún desconfiado, aferrándose a un poco de dificultosa precaución, a un algo de barato sarcasmo... y sabiendo ya, en lo íntimo, lo que sucedería irremediablemente?

Jeanne estaba en cuclillas al pie de la cama. Parecía una hermosa y enojada lavandera, y, al mismo tiempo, algo llegado desde la luna y que no podía adaptarse. El alba se teñía de un tenue carmín y la iluminaba. El nuevo día llegaba con su aliento puro hasta la ventana, por encima de los patios mugrientos y de todos los tejados humeantes, y aún quedaba en

el algo de bosque y de vida.

—Jeanne —dijo Ravic—, ¿por qué viniste?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Sí... ¿por qué pregunto?

—¿Por qué preguntas siempre? Estoy aquí, ¿no es suficiente?

—Sí. Jeanne. Tienes razón. Es suficiente.

Ella levantó la cabeza.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Pero antes tienes que quitarle a uno toda la alegría!

¡Alegría! ¡Lo llamaba alegría! Ser impulsado por una infinidad de negras hélices en el torbellino de un deseo de recuperación, sin aliento... ¿Alegría? Afuera, el momento era de alegría; el rocío sobre la ventana, los diez minutos de silencio antes de que el día extendiera sus garras. Pero, por el diablo, ¿de qué servía todo eso? ¿No tenía razón ella? ¿No tenía razón como el rocío, y los gorriones, y el viento y la sangre? ¿Por qué preguntaba? ¿Que quería averiguar? Ella estaba allí, aérea, sin escrúpulos, mariposa nocturna, esfinge, pavón veloz y ahora él contaba los puntos y las estrechas listas de las alas, y se fijaba en el polvillo algo borrado. «Ha venido y yo me siento tan tontamente superior, sólo porque ha venido — pensó—. Si no hubiera venido, yo entonces estaría aquí, acostado, cavilando e intentando engañarme heroicamente, y deseando, al mismo tiempo, tan sólo que ella viniera.»

Echó los cobertores a un lado, sacó las piernas sobre la orilla de la cama y se calzó las zapatillas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jeanne sorprendida—. ¿Vas a echarme?

—No. Quiero besarte. ¡Debía haberlo hecho antes! Soy un idiota, Jeanne. He estado diciendo tonterías. ¡Es maravilloso que estés aquí!

Un resplandor pasó por los ojos de ella.

—No tienes por qué levantarte para besarme —dijo.

El sol empezaba a elevarse sobre las casas. El cielo, en lo alto, era débilmente azul. Unas nubes flotaban en él como flamencos adormecidos.

—¡Mira, Jeanne! ¡Qué día! ¿Recuerdas aún cómo llovía?

—Sí. Siempre llovía, querido. Estaba gris, y llovía.

—Seguía lloviendo cuando yo me fui. Era desesperante aquella lluvia. Y ahora...

—Sí —dijo ella—. Y ahora...

Ahora estaba acostada junto a él.

—Ahora lo tenemos todo —dijo él—. Hasta jardín. Allí abajo, los claveles de la ventana del refugiado Wiesenhoff. Y pájaros en el castaño del patio.

Observó que ella estaba llorando.

—¿Por qué no preguntas, Ravic? —inquirió.

—Pregunto demasiado. ¿No lo dijiste tú misma hace un instante?

—Esto es distinto.

—No hay nada que preguntar.

—¿Y lo que ocurrió mientras tanto?

—No ocurrió nada.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Por quién me tomas, Jeanne? —preguntó él—. Mira afuera. El rojo, el oro, el azul. ¿Todo ello pregunta si llovió ayer? ¿Si hubo guerra en China o en España? ¿Si en este instante mueren o nacen millares de hombres? Es algo presente, se eleva. Eso es todo. ¿Y tú quieres que pregunte? Tus hombros parecen de bronce bajo esta luz. Y, ¿qué te puedo preguntar? Tus ojos, bajo estos rojos reflejos, son como el mar de los griegos, de color violeta y del color del vino, y yo, ¿debo desear saber algo de lo que pasó? Estás aquí y, ¿debo ser un idiota hurgando en el follaje marchito del pasado? ¿Por quién me tomas, Jeanne?

Las lágrimas de ella habían cesado.

—Hacía mucho que no oía cosas así —dijo.

—Estabas entonces entre cabezas de madera. A las mujeres hay que adorarlas o abandonarlas. Ningún término medio.

Ella dormía, abrazada a él como si nunca más lo quisiera soltar. Dormía profundamente, y él sentía sobre su pecho su respiración suave y regular. Permaneció todavía, un rato despierto. En el hotel comenzaron los ruidos de la mañana. Se oía correr el agua en las cañerías, golpear las puertas, y abajo, através de la ventana, los accesos de tos del refugiado Wiesenhoff que despertaba. Sentía los hombros de Jeanne sobre su brazo, sentía su piel cálida y adormecida y, volviendo la cabeza, podía ver su rostro completamente relajado y entregado, puro como la misma inocencia.

«Adorar o abandonar», pensó. Grandiosas palabras. ¡Quién pudiera! Pero, ¿quién lo desea?

Cuando se despertó Jeanne ya no estaba a su lado. Oyó el murmullo del agua en el cuarto de baño y se levantó. De pronto estuvo completamente despierto. Los últimos meses se lo habían vuelto a enseñar: el que se despertaba en seguida, a veces podía escapar. Miró el reloj. Eran las diez de la mañana. El traje de fiesta de Jeanne se hallaba en el suelo, junto con el abrigo. Los zapatos de brocado, delante de la ventana. Uno de ellos se había caído.

—Jeanne —exclamó—, ¿qué estás haciendo bajo la ducha a medianoche?

Ella abrió la puerta.

—No quise despertarte.

—No tiene importancia. Puedo dormir siempre. ¿Pero tú estás ya levantada?

Ella se había puesto un gorro de baño y chorreaba agua. Sus hombros relucían con matiz castaño claro. Parecía una amazona con el yelmo ajustado.

—Ya no soy una lechuza nocturna, Ravic. No trabajo más en el «Schéhérazade».

—Ya lo sé.

—¿Quién te lo dijo?

—Morosow.

Lo miró, durante un segundo, escudriñadora.

—Morosow —repitió—, ese viejo charlatán. ¿Qué más te contó?

—Nada más. ¿Hay algo más que contar?

—Nada que un portero nocturno pueda contar. Son como las mujeres del guardarropa. Transmisores oficiales de chismes.

—Deja a Morosow en paz. Los porteros nocturnos y los médicos son pesimistas de profesión. Viven al lado de las sombras de la vida. Pero no charlan. Tienen la obligación de ser discretos.

—Al lado de las sombras de la vida —dijo Jeanne—. ¿Quién lo quiere?

—Nadie. Pero la mayoría vive allí. Además Morosow te consiguió el empleo en el «Schéhérazade».

—No le puedo estar agradecida eternamente por eso. No he sido un fracaso. Valía lo que ganaba, si no, no me hubieran retenido. Además, lo hizo por ti, no por mí.

Ravic tomó un cigarrillo.

—¿Qué tienes realmente contra él?

—Nada. No me gusta. Siempre me mira de un modo raro. No le tengo confianza. Tú tampoco deberías tenerse la.

—¿Qué?

—No deberías tenerle confianza. Sabes que en Francia todos los porteros son espías de la Policía.

—¿Algo más? —preguntó Ravic con calma.

—Por supuesto no me crees. Todo el mundo en el «Schéhérazade» lo sabía. Quién sabe si...

—¡Jeanne! —echó atrás los cobertores y se levantó—no digas sandeces. ¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué me va a pasar? No puedo soportarlo, eso es todo. Tiene mala influencia. Y tú estás continuamente junto con él.

—¡Ah, sí! —dijo Ravic—. Es por eso.

Ella sonrió repentinamente.

—Sí, por eso.

Ravic sintió que no era solamente por eso. Había otra cosa más.

—¿Qué quieres para desayuno? —preguntó.

—¿Estás enojado? —preguntó ella a su vez.

—No.

Jeanne salió del cuarto de baño y le apoyó los brazos sobre el cuello. Él sintió la humedad de su piel, a través de la delgada tela del pijama. Sintió el cuerpo de ella y su propia sangre.

—¿Estás enojado porque soy celosa de tus amigos? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza. Un yelmo, una amazona. Una náyade, surgida del océano, con el olor del agua y de la juventud aún —sobre su tersa piel.

—Suéltame —dijo.

Ella no contestó. La línea que iba desde sus altos pómulos hasta la mandíbula. La boca. Los párpados demasiado pesados. Los senos que, bajo la chaqueta abierta del pijama, se apretaban contra su piel desnuda.

—Suéltame, o...

—¿O qué? —preguntó ella.

Una abeja zumbaba delante de la ventana abierta. Ravic la siguió con la mirada. Probablemente había sido atraída por los claveles del refugiado Wiesenhoff y buscaría ahora otras flores. Se metió dentro y se posó sobre un vaso de calvados medio vacío que estaba sobre el alféizar.

—¿Me echaste de menos? —preguntó Jeanne.

—¿Mucho?

La abeja levantó el vuelo. Describió algunos círculos alrededor del vaso. Luego salió zumbando por la ventana hacia el sol y hacia los claveles del refugiado Wiesenhoff.

Ravic yacía al lado de Jeanne. «Verano —pensó—. Verano, praderas en la mañana, cabello con olor a heno, piel como trébol... Sangre agradecida fluyendo silenciosamente como un arroyo, surgiendo sin deseos y anegando las arenas. Una superficie plana, en la que se reflejaba, alto, un rostro al sonreír. Ya no había nada seco y muerto, durante un momento lleno de claridad. Abedules y álamos, silencio y el suave murmullo que como un eco venía desde lejanos y perdidos cielos, latiendo en las arterias.»

—Quisiera quedarme —dijo Jeanne sobre su hombro.

—Quédate. Vamos a dormir; hemos dormido poco.

—No puedo. Tengo que irme.

—Ahora no puedes ir a ningún lado con tu traje de fiesta.

—He traído otro vestido.

—¿Dónde está?

—Lo tenía debajo de mi abrigo. Los zapatos también. Deben estar debajo de mis cosas. Lo tengo todo conmigo.

No dijo adónde tenía que ir. Tampoco por qué. Y Ravic no se lo preguntó.

La abeja volvió a aparecer. Ya no iba zumbando sin rumbo. Voló directamente hacia el vaso y se posó en el borde. Parecía entender algo de calvados. O de azúcar de frutas.

—¿Tan segura estabas de que te quedarías aquí?

—Sí —dijo Jeanne sin moverse.

Rolande trajo una bandeja con botellas y vasos.

—No quiero coñac —dijo Ravic.

—¿No quieres vodka? Es «Subrowka».

—Hoy no. Puedes darme café. Café cargado.

—Muy bien.

Dejó el microscopio a un lado. Luego encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Los plátanos, afuera, tenían el follaje fresco y lleno. La última vez que había estado allí no tenían hojas.

Rolande trajo el café.

—Tienes más muchachas que antes —dijo Ravic.

—Tenemos veinte más.

—¿Tan bien marcha el negocio? ¿Ahora, en junio?

Rolande se sentó a su lado.

—El negocio va tan bien que ni siquiera nosotras nos lo explicamos. La gente parece haberse vuelto loca. De tarde ya empieza. Y hay que ver de noche...

—Tal vez sea el tiempo.

—No es el tiempo. Yo sé cómo trabajamos, por lo general, y en mayo y junio. Esto es una especie de locura. No puedes imaginar cómo trabaja el bar. ¿Podías suponer que los franceses pidieran champaña en nuestra casa?

—No.
—Los extranjeros, bien. Para eso lo tenemos. ¡Pero para los franceses! ¡Hasta parisieneses! ¡Champaña! ¡Y lo pagan! En lugar de «Dúbonnet», cerveza o «Fine». ¿Podías crearlo?
—Únicamente viéndolo.
Rolande le sirvió el café.
—Y qué movimiento —continuó—. Es ensordecedor. Ya verás cuando bajas. ¡Aun a esta hora! No son ya solamente los prudentes conocedores que esperan tu visita, ¡Ya está esperando todo un grupo! ¿Qué le ha pasado a esta gente, Ravic?
Ravic se encogió de hombros.
—Circula un cuento acerca de un transatlántico que se está hundiendo.
—¡Pero aquí no se hunde nada! El negocio es brillante.
Se abrió la puerta. Entró Ninette, de veintiún años esbelta como un adolescente, con sus cortos calzones rojos. Tenía un rostro angelical y era una de las más eficientes prostitutas del establecimiento. En ese momento llevaba una bandeja con pan, manteca y dos tarros de mermelada.
—Madame oyó que el doctor toma café —declaró con su voz afónica de bajo—. Aquí le manda un poco de mermelada para que la pruebe. ¡Hecha por ella misma!
Ninette sonrió súbitamente. El rostro de ángel se transformó con una mueca picaresca. Empujó la bandeja sobre la mesa y desapareció a paso de danza.
—Ahí lo ves —suspiró Rolande—. ¡Ya se ponen impertinentes! ¡Saben que las necesitamos!
—Es cierto —dijo Ravic—. ¿Cuándo quisieras que se pusiesen impertinentes? ¿Qué significa esta mermelada?
—Madame Stolz. La hace ella misma. En su propiedad de la Riviera. Es realmente exquisita. ¿Quieres probarla?
—Detesto la mermelada. Especialmente cuando la hacen las millonarias.
Rolande destapó el tarro de vidrio, sacó algunas cucharadas de mermelada, las puso sobre un grueso pedazo de papel, agregó un trozo de manteca y unas tostadas, lo envolvió todo fuertemente y se lo entregó a Ravic.
—Tíralo luego —dijo—. Hazlo por mí. Ella observará después si has comido. Es el último orgullo de una mujer que está envejeciendo sin más ilusiones. Hazlo por gentileza.
—Bien —Ravic se levantó y abrió la puerta. Sintió desde abajo voces, música, risas y llamadas—. Bastante ruido —dijo—. ¿Son todos franceses?
—Tanto como eso, no. En su mayoría son extranjeros.
—¿Americanos?
—No, y esto es lo extraño. Casi siempre son alemanes. Nunca hemos tenido tantos alemanes aquí.
—No es extraño.
—La mayoría de ellos habla muy bien el francés. No como los alemanes de hace un par de años.
—Ya me lo suponía. ¿No hay también muchos *poilus* aquí? ¿Reclutas y soldados coloniales?
—Esos, los hay siempre.
Ravic sacudió la cabeza afirmativamente.
—Y los alemanes gastan mucho dinero, ¿verdad?
Rolande se rió.
—Así es. Invitan a cualquiera que quiera beber algo.
—Especialmente a los soldados, supongo. Y eso que Alemania tiene una moneda que no sirve para el exterior, y las fronteras están cerradas. Se puede salir únicamente con permiso de las autoridades. Y no se pueden llevar más de diez marcos. Son extraños esos alemanes alegres, con tanto dinero, que hablan tan bien el francés, ¿eh?
Rolande se encogió de hombros.
—Por mí... Mientras su dinero tenga valor...

Llegó a las ocho a su alojamiento.
—¿Me llamó alguien? —preguntó al portero.
—No.
—¿Tampoco por la tarde?
—No. No lo han llamado en todo el día.
—¿Estuvo alguien aquí preguntando por mí?
El portero negó con la cabeza.
—Ni un alma.
Ravic subió las escaleras. En el primer piso oyó a los esposos Goldberg reñir. En el segundo piso gritaba un niño. Era el ciudadano francés Lucien Silbermann. Tenía un año y dos meses.

Para sus padres, el comerciante de café Sigfried Silbermann y su esposa de los Levi de Francfort del Main, era algo sagrado y objeto de especulación. Había nacido en Francia y sus padres esperaban, por medio de él, conseguir con una anticipación de dos años el pasaporte francés. Debido a eso se había convertido, con su inteligencia de niño de un año, en el tirano de la familia. En el tercer piso chillaba un fonógrafo. Perteneecía al refugiado Wohlmeier, que había estado en el campo de concentración de Oranienburg, y tocaba canciones populares alemanas. El corredor oía a coles y a atardecer.

Ravic fue a su habitación a leer. Había comprado en cierta ocasión unos tomos de Historia universal y los sacó de entre un montón de otras cosas. No era muy divertida su lectura. La única conclusión que se desprendía de ella era que nada de lo que estaba sucediendo resultaba nuevo. Todo había sucedido docenas de veces. Las mentiras, las traiciones, los asesinatos, las noches de San Bartolomé, la corrupción por ansia de poder, la interminable cadena de guerras... La historia de la Humanidad estaba escrita con sangre y lágrimas, y entre los miles de estatuas ensangrentadas del pasado, pocas veces brillaba una sobre la cual resaltara la plata de la bondad. Los demagogos, los estafadores, los parricidas y los asesinos de sus propios amigos, los egoístas llenos de nocturna ebriedad, los profetas fanáticos que predicaban el amor con la espada en la mano, todo, en fin, era siempre lo mismo; y siempre había pueblos pacientes, impulsados unos contra otros, en una matanza sin sentido, por césares, reyes, religiones y dementes... No tenía fin.

Volvió a dejar los libros. A través de la ventana abierta, desde abajo, llegaban voces. Las conocía— Era Wiesenhoff y la esposa de Goldberg.
—Ahora no —decía Ruth Goldberg—. Él está por llegar. A lo sumo tardará una hora.
—Una hora es una hora.
—Tal vez venga antes.
—¿Adónde fue?
—A la Embajada americana. Va todas las tardes. Se para afuera y la mira. Nada más. Después vuelve.
Wiesenhoff dijo algo que Ravic no entendió.
—Naturalmente —contestó Ruth Goldberg con acritud—. ¿Quién no está loco? Y que es viejo, también lo sé... Déjate de eso —dijo después de un rato—. Ahora no tengo ganas.

No estoy dispuesta.
Wiesenhoff replicó algo.
—Para ti es fácil hablar —dijo ella—. Pero él tiene el dinero. Yo no tengo un centavo. ¿Y tú...?
Ravic se levantó. Miró el teléfono y vaciló. Eran casi las diez. No había sabido nada de Jeanne desde que se fuera por la mañana. No le había preguntado si volvería tarde. Se había sentido seguro de que volvería. Ahora ya no lo estaba.
—¡Para ti esto es sencillo! Quieres solamente divertirte y nada más —decía la mujer de Goldberg.
Ravic se dirigió a la habitación de Morosow. Estaba cerrada. Bajó las escaleras de la «catacumba».
—Si alguien me llama por teléfono, estoy abajo —le dijo al conserje.
Morosow estaba allí. Jugaba al ajedrez con un hombre pelirrojo. Algunas mujeres estaban sentadas en los rincones. Teñían o leían con expresión preocupada.
Ravic observó el juego por espacio de unos momentos. El hombre pelirrojo jugaba bien. Lo hacía con presteza y completa indiferencia, y Morosow se hallaba a punto de perder.
—Es extraordinario lo que me está pasando, ¿eh? —preguntó.
Ravic se encogió de hombros. El pelirrojo levantó la vista.
—Este es el señor Finkenstein —dijo Morosow—. Recién llegado de Alemania.

Ravic saludó.
—¿Qué tal? —preguntó sin interés, por decir algo.
El hombre pelirrojo se encogió de hombros y no dijo nada. Ravic tampoco esperaba que dijera nada. Esto había ocurrido solamente en los primeros años: las preguntas apremiantes, la esperanza, la febril auscultación de un derrumbe. Ya hacía tiempo que todos sabían que solamente una guerra podría provocarlo. Y todo hombre que tuviese un poco de sentido común sabía, asimismo, que un Gobierno que resolvía el problema de la desocupación por medio de la industria armamentista, tenía sólo dos posibilidades: guerra o catástrofe interna. Entonces, guerra.
—Jaque mate —dijo Finkenstein sin entusiasmo y se levantó. Miró a Ravic—. ¿Qué se podrá hacer para dormir? No puedo dormir aquí. Me duermo y me despierto en seguida.

—Beber —dijo Morosow—. Mucho Borgoña o cerveza.

—No bebo. He andado ya por las calles durante horas, hasta que pensé encontrarme mortalmente cansado. Fue inútil. No puedo dormir.

—Le daré unos comprimidos —dijo Ravic—. Suba conmigo.

—Vuelve, Ravic —gritó Morosow detrás de él—. No me dejes aquí solo, hermano.

Algunas mujeres levantaron los ojos por un instante. Luego siguieron tejiendo o leyendo, como si su vida dependiese de ello. Ravic fue con Finkenstein a su habitación. Al abrir la puerta el aire de la noche le vino al encuentro como una ola oscura y fresca. Respiró profundamente, encendió la luz y dirigió una rápida mirada en torno a la habitación. No había nadie. Dio a Finkenstein algunos comprimidos soporíferos.

—Gracias —dijo Finkenstein con el rostro inmovible y salió como una sombra.

Súbitamente Ravic supo que Jeanne no vendría. Y también que ya esa mañana lo había adivinado. Pero no había querido que fuera cierto. Miró a su alrededor, como si alguien detrás de él le hubiese dicho algo. De pronto todo se tornó muy claro y sencillo. Ella había obtenido de él lo que quería, y ahora se tomaba tiempo. ¿Qué otra cosa había esperado? ¿Que abandonara todo por él? ¿Que volviera como antes? ¡Qué tontería! Por supuesto había otro y no sólo otro, sino que también existía otra vida que ella no quería abandonar.

Volvió a bajar. Se sintió muy desdichado.

—¿Llamó alguien? —preguntó.

El sereno, que acababa de llegar, movió la cabeza, con la boca llena de morcilla.

—Estoy esperando una llamada. Mientras tanto estaré abajo.

Volvió junto a Morosow.

Jugaron una partida. Morosow ganó y miró satisfecho a su alrededor. Entretanto las mujeres habían desaparecido silenciosamente. Hizo sonar la campanilla.

—¡Clarisse! Una jarra de Rosé.

—Ese Finkenstein juega como una máquina —declaró—. ¡Es como para vomitar! Es un matemático. Yo detesto la perfección. No es cosa humana —miró a Ravic—. ¿Por qué estás aquí, en una noche como ésta?

—Estoy esperando una llamada.

—¿Estás otra vez a punto de cometer un asesinato científico?

—Ayer le saqué a uno el estómago.

Morosow llenó los vasos.

—Estás aquí y tienes que beber —dijo—. Y tu víctima yace allá y delira. También en esto hay algo inhumano. Por lo menos debería dolerte el estómago.

—Es cierto —repuso Ravic—. En esto reside la miseria del mundo, Boris. Nunca sentimos en carne propia lo que hacemos. Pero ¿por qué quieres comenzar tu reforma precisamente con los médicos? Los políticos y los generales vendrían más al caso. Entonces tendríamos la paz mundial.

Morosow se inclinó y observó a Ravic.

—Nunca se debe conocer personalmente a un médico —declaró—; le quita a uno algo de la confianza. Me he emborrachado contigo... ¿Cómo puedo entonces permitir que me operes? Aunque supiera que fueras mejor cirujano que otro, que no conozco..., sin embargo utilizaría al otro. La confianza en un desconocido... Es una profunda facultad humana, viejo mío. Los médicos deberían vivir en los hospitales y no se les debería permitir salir nunca a la vista de los profanos. Vuestros antecesores, las brujas y los curanderos, lo sabían. Cuando yo tenga que hacerme operar querré creer en lo sobrehumano.

—Tampoco te operaría yo, Boris.

—¿Por qué no?

—A ningún médico le agrada operar a su hermano.

—De todos modos no te daré ese gusto. Me moriré de un síncope mientras esté durmiendo. Trabajo para ello. —Morosow miró a Ravic como un niño alegre—. Tengo que irme.

A abrir las puertas en el centro cultural de Montmartre. ¿Para qué vive el hombre, realmente?

—Para pensar sobre eso. ¿Tienes alguna otra pregunta?

—Sí. ¿Por qué se muere el hombre precisamente cuando ha hecho algo y se ha vuelto más razonable?

—Algunos también mueren sin haberse vuelto razonables.

—No me esquives. Ni me vengas tampoco con la trasmigración de las almas.

—Antes quiero preguntarte otra cosa. Los leones matan a los antílopes; las arañas a las moscas; los zorros a las gallinas. ¿Cuál es la única especie en el mundo que continuamente odia, combate y se mata a sí misma?

—Éstas son preguntas para niños. Ciertamente la coronación de la Creación, el hombre..., el que inventó las palabras amor, bondad y conmiseración.

—Bien. ¿Cuál es el único ser de la Naturaleza capaz de cometer suicidio y que se suicida?

—Otra vez. El hombre...

—Exacto —dijo Ravic—. Ya ves de cuántas contradicciones nos componemos. ¿Y tú quieres saber por qué morimos?

Morosow levantó la mirada sorprendido. Luego bebió un gran trago.

—Sofista —declaró—, retrechero.

Ravic miró. «Jeanne —pensó algo dentro de él—. ¡Si entrase ahora por esa sucia puerta de vidrio!»

—La falla está, Boris —dijo—, en que empezamos a pensar. Si nos hubiéramos detenido en la dicha del instinto de reproducción y en el ansia de devorar, todo eso no hubiera ocurrido. Alguien está haciendo un experimento con nosotros... Pero parece que todavía no ha encontrado una solución. No nos quejemos. También los cobayos deberían tener su orgullo profesional.

—Eso lo dicen los camiceros, no los bueyes. Lo dicen los sabios; pero nunca los conejillos de Indias. Lo dicen los médicos; pero nunca los cobayos.

—Es cierto... —«Si entrara con su paso ondulante, que siempre hacía parecer que caminaba contra una leve brisa»—. ¡Viva la ley de la razón suficiente! ¡Ven, Boris, bebamos una copa por la belleza..., encantadora eternidad del segundo! ¿Sabes también lo que solamente el hombre es capaz de hacer? Reír y llorar.

—Y emborracharse. Con aguardiente, vino, filosofía, mujeres, esperanzas y desesperación. ¿Y sabes tú también qué cosa únicamente el hombre sabe? Que tiene que morir. Como antídoto, recibí la fantasía. La piedra es real. La planta también. El animal igualmente. Son cosas que pueden tener utilidad. No saben que tienen que morir. El hombre lo sabe.

¡Levántate, alma! ¡Vuela! ¡No llores, asesino legalizado! ¿No acabamos de cantar la suprema canción de la Humanidad?

Morosow sacudió la palmera gris hasta hacerla desprender polvo.

—¡Adiós, buen símbolo de una esperanza del Sur, planta de los sueños de una hotelera francesa, adiós! ¡Y también tú, hombre sin patria, enredadera sin tierra, ratero de la muerte! ¡Adiós! ¡Siéntete orgulloso de ser romántico!

Sonrió a Ravic.

Ravic no devolvió la sonrisa. Miró hacia la puerta. Acababa de ser abierta. Entró el sereno. Se acercó a la mesa. «El teléfono —pensó Ravic—. ¡Por fin! ¡A pesar de todo!» No se levantó. Esperó. Sintió cómo se le ponían tensos los brazos.

—Sus cigarrillos, señor Morosow —dijo el sereno—. El muchacho se los acaba de traer.

—Gracias. —Morosow guardó la cajetilla de cigarrillos rusos—. Hasta luego, Ravic. ¿Te veré más tarde?

—Tal vez. Hasta luego, Boris.

El hombre al que le había extirpado el estómago fijó la mirada en Ravic. Se sentía mal, pero no podía vomitar. Ya no le quedaba nada que vomitar. Era como un hombre sin piernas, al que le dolieran las piernas.

Estaba muy intranquilo. Ravic le dio una inyección. El hombre no tenía muchas probabilidades de salvarse. El corazón no funcionaba bien y uno de los pulmones estaba lleno de cavernas obstruidas. Teniendo en cuenta sus treinta y cinco años, no había gozado de mucha salud durante su vida. Una úlcera, desde hacía años; una tuberculosis curada, y, ahora, cáncer. Su historia clínica indicaba que había estado casado durante cuatro años; la mujer había muerto en el parto; y la criatura, tres años más tarde, de tuberculosis. No tenía parientes, Ahí yacía y lo miraba, y no quería morir, y tenía paciencia y coraje, y no sabía que debía ser alimentado por el intestino sin poder comer ya —una de sus pocas alegrías— pepinos y puchero. Ahí yacía y despedía olor, mutilado, teniendo algo que movía sus párpados y que se llamaba su alma. «¡Siéntete orgulloso de ser romántico! ¡La canción de la Humanidad!»

Ravic volvió a colgar la gráfica que indicaba la fiebre y el pulso. La enfermera se levantó y quedó esperando. Tenía a su lado, sobre la silla, un suéter rojo a medio tejer. Las agujas estaban clavadas en él y un ovillo de lana se hallaba en el suelo. El fino hilo de lana que colgaba parecía un tenue hilo de sangre, como si el suéter estuviese sangrando.

«Ahí queda —pensó Ravic— y a pesar de la inyección pasará una noche terrible, con dolores, inmovilidad, respiración dificultosa y pesadillas... Y yo estoy esperando a una mujer, y creo que será una noche terrible para mí si no viene. Sé que es ridículo, comparado con este moribundo, comparado con Gastón Perrier, el de al lado, cuyo brazo está deshecho; comparado con millares de otros, comparado con todo lo que ocurre esta noche en el mundo... Y, sin embargo, no me vale de nada, no me vale de nada, no me sirve para nada, no cambia nada, permanece igual. ¿Qué dijo Morosow? ¿Por qué no sientes dolor de estómago? Sí, ¿por qué no?»

—Avíseme si ocurre algo —le dijo a la enfermera. Era la misma a la que Kate Hegstroem había regalado un fonógrafo.

—El señor está muy entregado —repuso ella.

—¿Está qué? —preguntó Ravic asombrado.

—Muy entregado. Es un buen paciente.

Ravic miró a su alrededor. No había nada que la enfermera pudiera esperar como regalo. Muy entregado... ¡Qué expresiones tienen a veces las enfermeras! El pobre diablo luchaba con todo el ejército de sus glóbulos rojos y de sus células nerviosas contra la muerte... y no se había entregado ni por asomo.

Volvió al hotel. Delante de la puerta encontró a Goldberg, un hombre anciano, de barba gris, con gruesa cadena de oro sobre el chaleco.

—Hermosa noche —dijo Goldberg.

—Sí. —Ravic pensó en la mujer en la habitación de Wiesenhoff—. ¿No le agradaría pasear un poco más? —preguntó.

—Ya lo he hecho. Hasta la Concorde, ida y vuelta.

Hasta la Concorde. Allí estaba la Embajada americana. Blanca, debajo de las estrellas. Tranquila y vacía, arca de Noé en la cual había sellos para visados, inalcanzables.

Goldberg había estado parado delante de ella, afuera, al lado del Crillon y había contemplado la entrada y las oscuras ventanas como a un Rembrandt o al diamante *Koh-i-norr*.

—¿No quiere pasear un poco más? ¿Hasta el Arco, y volver? —preguntó Ravic y pensó: «Si llego a salvar a esos dos de allá arriba, Jeanne estará en mi habitación o llegará mientras tanto.»

Goldberg negó con la cabeza.

—Tengo que subir. Mi esposa, con toda seguridad me está esperando ya. He estado ausente más de dos horas.

Ravic miró el reloj. Eran casi las doce y media. Ya no había nada que salvar. La mujer estaría desde bastante tiempo, ya, en su habitación. Siguió con la mirada a Goldberg, que subió lentamente los escalones. Después se dirigió al sereno.

—¿Me llamó alguien?

—No.

La habitación estaba vivamente iluminada. Recordó haberla dejado así. La cama relucía como si hubiese nevado repentinamente. Tomó el papel que había colocado sobre la mesa antes de irse y en el que había escrito que volvería dentro de media hora, y lo rasgó. Buscó algo para beber. No había nada. Volvió a bajar. El portero no tenía calvados. Tenía solamente coñac. Se llevó una botella de «Hennessy» y una de «Vouvray». Charló un rato con el sereno, quien le demostró que *Lulú II* tenía las mejores probabilidades en las próximas carreras de Saint Cloud, para caballos de dos años. El español Álvarez pasó de largo. Ravic observó que renqueaba levemente. Compró un periódico y volvió a su habitación. ¡Qué larga puede ser una noche! «Quien no cree en los milagros del amor, está perdido», había dicho el abogado Arensen, en el año 1933 en Berlín. Tres semanas más tarde lo recluían en un campo de concentración, a causa de la «delación» de su amante. Ravic abrió una botella, la de «Vouvray», tomó un libro de Platón de sobre la mesa. Al cabo de unos minutos lo dejó y fue a sentarse cerca de la ventana.

Fijó la mirada en el teléfono, ese maldito aparato negro. No podía llamar a Jeanne. No sabía su número. Ni siquiera sabía dónde vivía. No se lo había preguntado y ella no se lo había dicho. Probablemente había procedido así con toda intención. De ese modo siempre tendría una excusa.

Bebió un vaso del liviano vino. «Tonto —pensó—. Estoy esperando a una mujer que esta mañana todavía estaba aquí. No la vi durante tres meses y medio y en ese lapso no la eché de menos tanto como ahora, que he pasado un día sin ella. Si no la hubiese vuelto a ver, habría sido más fácil. Estaba preparado para ello. Ahora...»

Se levantó. No, tampoco se trataba de eso. Era la incertidumbre la que lo roía por dentro. Era la desconfianza que cada vez más se le estaba metiendo dentro.

Se dirigió a la puerta. Sabía que no estaba cerrada; pero volvió a examinarla. Comenzó a leer el periódico; pero lo leía como a través de un velo. Incidentes en Polonia. Los inevitables incidentes. La reclamación del Pasillo. La alianza de Inglaterra y Francia con Polonia. La guerra se acercaba. Dejó caer el diario en el suelo y apagó la luz. Se acostó en la oscuridad, a la espera. No pudo dormir. Volvió a encender la luz. La botella de «Hennessy» estaba sobre la mesa. No la abrió. Se levantó y volvió a sentarse cerca de la ventana. La noche era fresca, el cielo estaba despejado y lleno de estrellas. Algunos gatos maullaban en los patios. Un hombre en calzoncillos se hallaba en el balcón de enfrente y se rascaba. Bostezó fuertemente y volvió a su habitación iluminada. Ravic dirigió la vista hacia su cama. Sabía que no podría dormir. Tampoco tenía objeto leer. Apenas si recordaba lo que había leído antes. Salir..., sería lo mejor. Pero, ¿adonde ir? Todo era igual. Y tampoco quería salir. Quería saber algo. ¡Maldición... Tomó la botella de coñac entre las manos y la volvió a colocar en su lugar. Luego tomó su cartera y sacó algunos comprimidos soporíferos. Los mismos comprimidos que había dado al pelirrojo Finkenstein. Éste estaría durmiendo ahora. Ravic los tragó. Era dudoso que él pudiese dormir. Tomó otro. Si llegaba a venir Jeanne, ya despertaría.

Pero no vino. Y tampoco la noche siguiente.

Eugénie metió la cabeza dentro de la habitación en la cual se encontraba el hombre sin estómago.

—Teléfono, señor Ravic.

—¿Quién es?

—No lo sé. No pregunté. La telefonista me lo dijo afuera.

En el primer momento Ravic no reconoció la voz de Jeanne.

Estaba desfigurada y muy lejana.

—Jeanne —dijo—, ¿dónde estás?

Se oía como si estuviera lejos de París. Él casi esperaba que mencionara algún lugar de la Riviera. Nunca lo había llamado a la clínica.

—Estoy en mi apartamento —respondió ella.

—¿Aquí en París?

—Naturalmente. ¿Dónde habría de estar?

—¿Estás enferma?

—No. ¿Por qué?

—Porque me llamas a la clínica.

—Te llamé primero al hotel. Ya no estabas allí. Entonces llamé a la clínica.

—¿Ocurre algo?

—No. ¿Qué habría de ocurrir? Quería saber cómo estás.

Su voz era ya más nítida. Ravic sacó un cigarrillo y una caja de cerillas.

—Es la clínica, Jeanne —dijo—. Aquí uno espera siempre accidentes y enfermedades.

—No estoy enferma. Estoy en cama, pero no estoy enferma.

—Muy bien. —Ravic movió la caja de fósforos, sobre el blanco hule de la mesa, de un lado para otro. Aguardaba lo que vendría.

Jeanne también aguardaba. La sintió respirar. Ella deseaba que empezara él. Era más fácil para ella.

—Jeanne —dijo Ravic—, no puedo quedarme mucho en el teléfono. Tengo un vendaje sin cerrar y debo volver.

Ella seguía callada.

—¿Por qué no he sabido nada de ti? —inquirió luego.

—No sabes nada de mí por que no tengo tu número de teléfono ni sé dónde vives.

—Pero sí te lo he dicho.

—No, Jeanne.

—Pero sí. Te lo dije —ella se hallaba en terreno firme—. Con toda seguridad. Lo sé. Lo habrás olvidado.

—Bien. Lo olvidé. Dímelo otra vez. Tengo un lápiz a mano.

Ella le dio su dirección y su número de teléfono.

—Estoy convencida de habértelo dicho, Ravic, con toda seguridad.

—Está bien, Jeanne. Tengo que irme. ¿Quieres cenar esta noche conmigo?

Ella permaneció silenciosa un instante.

—¿Por qué no vienes a visitarme? —preguntó luego.

—Bien. Puedo ir. ¿A las ocho?

—¿Por qué no vienes ahora?

—Ahora tengo que trabajar.

—¿Por cuánto tiempo?

—Durante una hora más, aproximadamente.

—Entonces, ven después.

«¡Ah, sí! De noche no tienes tiempo», pensó él y preguntó:

—¿Por qué no de noche?

—Ravic —dijo ella—, a veces no te das cuenta de las cosas más sencillas. Porque me gustaría que vinieras ahora. No quiero esperar hasta la noche. Si no, ¿por qué te habría llamado a esta hora a la clínica?

—Bien. Iré cuando termine aquí.

Dobló pensativo el papel y volvió.

Era una casa de la esquina de la calle Pascal. Jeanne vivía en el último piso. Abrió la puerta.

—Ven —dijo ella—. ¡Es bueno que estés aquí! Entra.

Llevaba una bata, sencilla, negra, de corte casi masculino. Era una de las cosas que Ravic apreciaba en ella... nunca llevaba tules vaporosos o prendas de seda. Su rostro estaba más pálido que de costumbre y tenía una expresión excitada.

—Ven —le dijo—. Estaba esperándote. Tienes que ver cómo vivo.

Iba delante. Ravic sonrió. Era habilidosa. Había eludido todas las preguntas de antemano. Miró los hermosos y rectos hombros. La luz caía sobre sus cabellos. Por espacio de un segundo la amó con intensidad.

Lo hizo pasar a una habitación amplia. Era un estudio inundado por la luz vespertina. Una alta y ancha ventana daba a un jardín situado entre la Avenue Raphael y la Avenue Proudhon. A la derecha se podía ver hasta la puerta de La Muette. Detrás brillaba, dorado y verde, un trozo del Bois.

La habitación estaba amueblada con gusto semimoderno. Un gran sofá con forro azul; un par de sillas, que parecían más cómodas de lo que eran; mesas demasiado bajas; un gallo, un fonógrafo americano y uno de los baúles de Jeanne en un rincón. Nada estorbaba; sin embargo no le agradaba mucho a Ravic. O perfectamente bien, o perfectamente terrible. Las cosas a medias no le decían nada. Y no podía soportar el arbusto de goma.

Notó que Jeanne lo estaba observando. No estaba bien segura de cómo tomaría él la cosa; pero había estado lo suficientemente tranquila como para arriesgarse.

—Bonito —dijo él—. Grande y bonito.

Levantó la tapa del fonógrafo. Era un buen aparato, con mecanismo que cambiaba los discos automáticamente. Al lado, sobre una mesita, había una gran pila de discos. Jeanne tomó algunos y los colocó en el aparato.

—¿Sabes cómo funciona?

Él lo sabía.

—No —dijo.

Ella hizo girar un botón.

—Es maravilloso. Toca durante horas. No es necesario levantarse para cambiar los discos. Uno puede estar acostado y escuchar y mirar cómo oscurece afuera, y seguir soñando.

El aparato era excelente. Ravic conocía la marca y sabía que costaba aproximadamente veinte mil francos. Llenó el ambiente con música suave y flotante... con una de las canciones sentimentales de París: *J'attendrai...*

Jeanne estaba inclinada escuchando.

—¿Te gusta? —preguntó.

Ravic hizo una señal afirmativa con la cabeza. No miró el aparato. Miró la cara de ella, arrobada y entregada a la música. ¡Qué fácil era... y cuánto la había amado por esa facilidad que él no posee! «Se acabó», pensó sin dolor, con un sentimiento como el de alguien que abandona Italia y vuelve hacia el Norte brumoso.

Ella se irguió y sonrió.

—Ven... todavía no viste el dormitorio.

Ella lo miró, por un segundo, escrutadora.

—¿Tengo que verlo?

—¿No quieres verlo? ¿Por qué?

—Sí, ¿por qué no? —dijo él—. Naturalmente.

Jeanne le acarició el rostro y lo besó. Y él sabía el porqué.

—Ven —dijo ella— lo tomó del brazo.

El dormitorio estaba amueblado a la francesa. La cama, grande, de estilo Luis XVI, de artificiosa antigüedad; tocador de forma arriñonada, del mismo estilo; espejo que quería ser barroco; alfombra de Aubusson moderna; butacas, sillas; todo a manera de un estudio de cine barato. Entre todo ello un arca florentina primorosamente pintada, del siglo XVI, que no armonizaba en absoluto con el resto, como una princesa entre hijos de porteros enriquecidos. La habían colocado con negligencia en un rincón. Un sombrero adornado con violetas y un par de zapatos plateados se hallaban sobre su preciosa tapa.

La cama estaba sin hacer. Ravic pudo ver que Jeanne había estado acostada. Sobre el tocador había algunos frascos de perfume. Uno de los roperos empotrados en la pared estaba abierto. Una cantidad de vestidos colgaba dentro. Más de los que tenía antes. Jeanne había soltado el brazo de Ravic. Se apoyó contra él.

—¿Te gusta?

—Mucho. Combina muy bien contigo.

Ella asintió con la cabeza. Él sintió los brazos y el pecho de ella, y, sin pensar, la acercó más a sí. Ella lo dejó hacer y se abandonó. Sus hombros tocaban los de él. La expresión de su rostro era serena ya no había en él nada de la leve excitación de antes. Era segura y clara y a Ravic le pareció que en él había algo más que una satisfacción contenida... una sombra casi imperceptible y remota de triunfo.

«Es extraño. Qué bien le sienta la infamia —pensó—. Me toca hacer el papel de *gigolo* de segunda categoría y con ingenua desfachatez hasta me muestra el departamento que le ha amueblado su amante... Y ahora tiene precisamente el aspecto de la Victoria de Samotracia.»

—Es lástima que tú no puedas tener algo parecido —dijo ella—. Aquí uno se siente de otra manera. De otra manera que en esas tristes habitaciones de hotel.

—Tienes razón. Ha sido bueno haber visto esto también. Ahora me voy, Jeanne...

—¿Te quieres ir? ¿Ya? ¡Si acabas de llegar!

Él le tomó las manos.

—Me voy, Jeanne. Para siempre. Tú estás viviendo con otro. Y a las mujeres que amo, no las comparto con otros.

Ella se desprendió bruscamente.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? Yo... ¿Quién te dijo tal cosa? —lo miró fijamente—. ¡Ya me lo imagino! Fue Morosow, ese...

—¡Ningún Morosow! No hay necesidad de contarme nada. Esto se explica por sí mismo.

El rostro de ella palideció repentinamente de ira. Se había sentido segura; sin embargo, a pesar de todo había llegado el momento.

—¡Ya lo sé! ¡Por que tengo este apartamento y no estoy ya en el «Schéhérazade»! ¡Y entonces ya tiene que existir alguien que me mantenga! ¡Naturalmente! ¡De otra manera no podía ser!

—Yo no he dicho que te esté manteniendo nadie.

—¡Es lo mismo! ¡Comprendo! ¡Primero me llevas a uno de esos cabarets, después me dejas sola, y cuando, entonces, alguien habla conmigo o alguien se preocupa por mí, en seguida se dice que una es una entretenida! ¡Un portero semejante, sólo tiene una sucia fantasía! ¡Que una pueda ser algo, y trabajar sola, y llegar a algo, no entra en esa alma servil! ¡Y tú, precisamente tú, vienes con esto! ¡Que no te dé vergüenza...!

Ravic la aferró por los brazos, la dio vuelta, la levantó y la arrojó sobre la cama.

—¡Anda! —dijo—. Y ahora, acaba con tus tonterías.

Ella se quedó tan sorprendida, que no hizo además de incorporarse.

—¿También quieres golpearme? —preguntó luego.

—¡No! Solamente quiero que esta charla se termine.

—¡No me extrañaría! —dijo ella con voz baja y contenida—. ¡No me extrañaría!

Yacia tranquila. Tenía el rostro inexpressivo y blanco, la boca pálida y sus ojos brillaban inanimados como vidrio. La bata abierta descubría apenas su seno, y una pierna desnuda colgaba del borde de la cama.

—Yo te llamo —dijo— con la mayor buena fe, me alegro, quiero estar contigo... ¡y he aquí lo que ocurre! ¡He aquí lo que ocurre! —repitió con desprecio—. ¡Y yo, que pensaba que tú eras distinto!

Ravic estaba parado en el umbral del dormitorio. Vio la habitación con sus muebles falsos, vio a Jeanne sobre la cama y vio lo bien que todo aquello concordaba. Se sentía enojado por haber hablado. Debía haberse ido, sin decir nada, y asunto terminado. Pero, entonces ella habría ido a visitarlo a él, y hubiera sido lo mismo.

—Tú —repitió ella—. No lo hubiera esperado de ti. Pensaba que eras distinto.

Él no contestó. Todo poseía tan poco valor, que casi se hacía insoportable. Repentinamente le pareció inexplicable cómo había podido pensar, durante tres días, que no podría dormir si ella no volvía. ¿Qué le importaba todo eso ahora? Sacó un cigarrillo y lo encendió. Tenía la boca reseca. Oyó el fonógrafo que todavía funcionaba. Repetía el disco que había tocado al principio... *J'attendrai*... Fue a la habitación contigua y lo detuvo.

Ella seguía inmóvil, cuando volvió. Parecía que no se había movido. Pero su bata estaba más abierta que antes.

—Jeanne —dijo él—, cuanto menos hablemos sobre esto, mejor...

—Yo no empecé.

Sintió tentaciones de arrojarle un frasco de perfume a la cabeza.

—Lo sé —dijo—. Empecé yo, y ahora termino.

Se volvió para irse. Pero antes de que llegara a la puerta del estudio, ella se adelantó. Cerró la puerta de un golpe, agarrándose fuertemente del marco.

—¡Ah, sí! —exclamó—. ¡Tú terminas! ¡Tú terminas y te vas! ¡Es fácil!, ¿eh? ¡Pero yo todavía tengo algo, que decir! ¡Todavía tengo mucho que decir! ¡Tú mismo me viste en la «Cloche d'Or», viste con quién estaba, y cuando fui a verte por la noche, aquello te fue indiferente, y me gozaste, y por la mañana aquello seguía siéndote indiferente, y todavía no estabas satisfecho y volviste a gozarme, y te amé, y fuiste maravilloso y no quisiste saber nada, y te amé por eso como nunca te había amado antes, y sabía que tenías que ser así y no de otra manera, y lloré mientras dormías, y te besé, y me sentí feliz, y me vine a casa y te adoré...! ¡Y ahora...! ¡Ahora vienes, me echas en cara lo que aquella vez, cuando quisiste poseerme, hiciste a un lado y olvidaste con tanta grandeza, ahora lo sacas a discusión y me lo reprochas y te presentas aquí como un ofendido guardián de la virtud, y me haces una escena de marido celoso! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué derecho tienes para ello?

—Ninguno —dijo Ravic.

—¡Ah, sí! Es bueno que al menos lo entiendas. ¿Por qué vienes entonces hoy, y me lo echas en cara? ¿Por qué no lo hiciste cuando te fui a ver de noche? Naturalmente, entonces...

—Jeanne —la interrumpió él. Ella enmudeció. Su respiración era entrecortada, y lo miraba fijamente—. Jeanne, aquella noche que fuiste a mi casa creí que regresabas. No quería saber nada de lo que había ocurrido. Habías vuelto; era suficiente. Me equivoqué, no habías vuelto.

—¿Que yo no había vuelto a tí? ¿Y qué otra cosa hice? ¿O fue un fantasma el que estuvo contigo?

—Estuviste conmigo. Pero no volviste.

—Esto es para mí demasiado difícil. Quisiera saber dónde está la diferencia.

—Tú lo sabes. Yo, aquella vez, no lo sabía. Hoy lo sé. Estás viviendo con otro.

—¡Ah, sí! Estoy viviendo con otro. ¡Ya está! ¡Porque tengo algunos amigos, estoy viviendo con otro! ¿Pretendes, acaso, que permanezca todo el día encerrada, sin hablar con nadie, solamente para que no se diga que estoy viviendo con otro?

—Jeanne —dijo Ravic—, no seas ridícula.

—¿Ridícula? ¿Quién es ridículo? ¡Tú eres el ridículo!

—Por mí... ¿Tengo que alejarte de la puerta a la fuerza?

Ella se movió.

—Si he estado con alguien, ¿qué te importa? Tú mismo dijiste que no lo quieres saber.

—Bien. Y no lo quería saber. Creía que se terminaría. Lo que había pasado, no me importaba. Ha sido un error. Debí haberlo sabido mejor. Tal vez me quería engañar a mí mismo. Habrá sido debilidad, pero no cambia nada.

—¿Por qué no cambia nada? Si tú mismo reconoces que no tenías razón...

—Aquí no se trata de tener o no tener razón. Tú, no solamente has estado con alguien, sino que todavía lo estás. Y deseas seguir así. Esto yo no lo sabía aquella vez.

—No mientas —lo interrumpió ella, repentinamente tranquila—. Lo supiste siempre. Aquella vez también.

Lo miró directamente en los ojos.

—Bien —dijo él—. Por mí... Lo supe. Entonces no lo quise saber. Lo supe y no lo quise creer. Tú no lo comprendes. A una mujer no le sucede esto. Sin embargo, esto no tiene nada que ver.

El rostro de ella quedó súbitamente sobrecogido por un miedo salvaje y sin salida.

—Pero no puedo despedir así, sin más, a alguien que no me ha hecho nada... ¡Sólo porque tú te presentes de improviso! ¿No lo comprendes?

—Sí —dijo Ravic.

Ella permanecía allí como una gata arrinconada pronta a saltar, pero a la que de repente le falta el suelo debajo de los pies.

—¿Sí? —preguntó asombrada. La tensión desapareció de sus ojos. Dejó caer los hombros—. Si lo comprendes, ¿por qué me mortificas entonces? —preguntó cansada.

—Sal de la puerta —Ravic se sentó en una de las sillas, que eran más incómodas de lo que parecían. Jeanne vaciló—. Ven —dijo él—, ya no me escapo.

Ella se acercó lentamente y se dejó caer en el sofá. Parecía exhausta, pero Ravic vio que no lo estaba.

—Dame algo de beber —dijo ella.

Él se dio cuenta de que ella quería ganar tiempo. Para él era lo mismo.

—¿Dónde están las botellas? —preguntó.

—Allá en el armario.

Ravic abrió el armario. Había adentro una cantidad de botellas. Eran, casi todas, de crema de menta blanca. Las examinó con repugnancia y las puso a un lado. En un rincón encontró media botella de «Martell» y una de calvados. Esta última no estaba descorchada. La dejó, y tomó el coñac.

—¿Ahora tomas menta? —preguntó por encima del hombro.

—No —contestó ella desde el sofá.

—Bien. Entonces sirvo el coñac.

—Hay calvados —dijo ella—. Destapa el calvados.

—El coñac es suficiente.

—Destapa el calvados.

—Otro día.

—No quiero coñac. Quiero calvados. Por favor, destapa la botella.

Ravic volvió a mirar dentro del armario. Allí estaba, a la derecha, la crema de menta para el otro... y a la izquierda el calvados para él. Todo reflejaba tan bien al ama de casa, que era casi conmovedor. Tomó la botella de calvados y la descorchó. Al fin y al cabo ¿por qué no? Buen simbolismo el de la bebida favorita, sentimentalmente incorporada a una tonta escena de despedida. Tomó dos vasos y se acercó a la mesa. Jeanne lo contemplaba mientras él servía el calvados.

Más allá de la ventana, la tarde era espaciosa y dorada. La luz estaba coloreada, y el cielo se había puesto más claro. Ravic miró su reloj. Eran las tres pasadas. Observó el segundero; creyó que se había detenido. Pero la aguja seguía marcando con su pequeña punta de oro los puntos del círculo. Era cierto... hacía media hora apenas que estaba allí. «Crema de menta —pensó—. ¡Qué gusto!» Jeanne estaba acurrucada sobre el sofá azul.

—Ravic —dijo, blanda, cansada y cautelosa—, ¿éste ha sido otro de tus trucos o es cierto que lo comprendes?

—No es ningún truco. Es cierto.

—¿Lo comprendes?

—Lo sabía —le sonrió—. Lo sabía, Ravic.

—Es bastante fácil de entender.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Necesito un poco de tiempo. No lo puedo hacer en seguida. Él no me ha hecho nada. Además no sabía si ibas a volver alguna vez. No se lo puedo decir en seguida.

Ravic bebió su calvados de un trago.

—¿Para qué necesitamos detalles?

—Tú tienes que saberlo. Debes comprenderlo. Es... es que necesito un poco de tiempo. Si no él... no sé qué haría. Me quiere y me necesita. Pero yo no tengo la culpa.

—Seguramente que no. Tómate todo el tiempo que quieras, Jeanne.

—No. Sólo un poco. No en seguida —se inclinó contra una almohada del sofá—. Y este apartamento Ravic..., no es como tú tal vez piensas. Yo gano dinero. Más que antes. Él me ayudó. Es actor. Me consigue pequeños papeles en las películas. Me hizo entrar allí.

—Me lo figuraba.

Ella no hizo caso.

—No tengo mucho talento —dijo—, no me hago ilusiones. Pero quería salir del cabaret. Allí no se puede progresar. Aquí se puede. Aun sin poseer talento. Quiero ser independiente. Es posible que encuentres todo esto ridículo...

—No —dijo Ravic—, es razonable.

Ella lo miró.

—¿No habías venido por eso a París aquella vez?—preguntó él.

«Ahí está —pensó él— una pobre inocente quejándose suavemente de que yo y la vida le hemos asestado golpes muy duros. Está tranquila; la primera borrasca ha sido superada; perdonará y, si no me voy, dentro de un rato me contará la historia de los últimos meses con todos los detalles, esta orquídea de acero hacia la que he venido, para terminar de una vez, y que ahora casi ha conseguido que le dé la razón a ella.»

—Está bien, Jeanne —dijo—. Ahora estás adelantada. Sé que progresarás.

Ella se inclinó.

—¿Lo crees?

—Con toda seguridad.

—¿De veras, Ravic?

Él se levantó. Tres minutos más y se hallaría envuelto en una conversación técnica sobre cine. «No hay que discutir con ellas —pensó—. Uno sale siempre perdiendo. La lógica es como cera en sus manos. Hay que actuar, nada más.»

—No quise decir tanto. Para eso es mejor que preguntes a tu especialista.

—¿Ya quieres irte? —preguntó ella.

—Tengo que irme.

—¿Por qué no te quedas un rato más?

—Tengo que volver a la clínica.

Ella le tomó la mano y levantó los ojos hasta los suyos.

—Me dijiste hace un rato que cuando vinieras habrías terminado en la clínica.

Él reflexionó sobre si debía decirle que no volvería más. Pero, por el momento, era suficiente lo dicho. Era suficiente para ella y para él. De todas maneras, había sido evitado, pero vendría solo.

—Quédate, Ravic —le pidió ella.

—No puedo.

Ella se levantó y se estrechó contra él. «Todavía esto —pensó él—. La clásica manera. Barata y probada. No se pierde nada. Pero, ¿cómo pedirle peras al olmo?» Se desasió.

—Tengo que irme. En la clínica hay un hombre moribundo.

—Los médicos siempre tienen buenas razones —dijo ella lentamente, mirándolo.

—Como las mujeres, Jeanne. Nosotros administramos a la muerte, y vosotras al amor. Ahí está toda la razón y todo el derecho del mundo.

Ella no contestó.

—También tenemos buenos estómagos —siguió Ravic—. Los necesitamos. Si no, no aguantaríamos. Donde otros se desmayan, nosotros empezamos a revivir. Adiós, Jeanne.

—¿Volverás, Ravic?

—No pienses en eso. Tómate tu tiempo. Tú lo encontrarás, sola.

Fue rápidamente hacia la puerta y no miró hacia atrás. Ella no lo siguió. Pero él sabía que lo seguía con la mirada. Se sintió extrañamente sordo... como si estuviese caminando bajo agua.

Un grito llegó desde la ventana del matrimonio Goldberg. Ravic escuchó un momento. Juzgó bastante difícil que el viejo Goldberg hubiera arrojado algo a la cabeza de su esposa o que la hubiera pegado. No se oyó nada más. Solamente una carrera, una conversación rápida y agitada en la habitación del refugiado Wiesenhoff y batir de puertas.

Un instante después llamaban a la suya y la propietaria se precipitó dentro.

—¡Rápido... rápido... el señor Goldberg...!

—¿Qué?

—¡Se ahorcó! ¡En la ventana! ¡Rápido...!

Ravic arrojó el libro.

—¿Está la Policía?

—No, naturalmente. Si no, no lo hubiera llamado a usted. Lo acaba de encontrar ella.

Ravic bajó las escaleras corriendo.

—¿Lo descolgaron?

—Todavía no. Lo están sosteniendo...

En la habitación crepuscular había un oscuro grupo cerca de la ventana. Ruth Goldberg, el refugiado Wiesenhoff y alguien más. Ravic encendió la luz. Wiesenhoff y Ruth Goldberg sostenían al viejo Goldberg entre los brazos, como a un muñeco, y un hombre trataba nerviosamente de desatar el nudo de una corbata que había sido fijada en la manija de la ventana.

—Córtenla...

—No tenemos cuchillo —gritó Ruth Goldberg.

Ravic sacó unas tijeras de su bolsillo y empezó a cortar. La corbata era de seda gruesa, negra y lisa, y tardó un par de segundos en romperse. Mientras hacía esto Ravic tenía la cara de Goldberg cerca de sí. Los ojos salidos fuera de las órbitas, la boca abierta, la barba gris y fina, la gruesa lengua, la corbata color verde oscuro con puntitos blancos hundida profundamente en el pescuezo hinchado y arrugado... El cuerpo se balanceaba levemente en los brazos de Wiesenhoff y de Ruth Goldberg, como si estuviese arrullando en silencio con risa aterradora y estereotipada.

El rostro de Ruth Goldberg estaba rojo y surcado de lágrimas; Wiesenhoff, a su lado, transpiraba bajo la carga del cuerpo, que era más pesado ahora que nunca en vida. Dos caras, húmedas, horrorizadas y gimientes, y, encima, silenciosa, la cabeza que giraba suavemente, sonriendo hacia el más allá, y que, cuando Ravic cortó la corbata, cayó contra Ruth Goldberg de suerte que la hizo retroceder emitiendo un grito; el cuerpo, con los brazos balanceantes, se deslizó hacia un costado y pareció seguirlo con movimiento grotesco de payaso.

Ravic lo sujetó y con la ayuda de Wiesenhoff lo tendió sobre el piso. Desciñó el nudo de la corbata y empezó a examinarlo.

—Al cine —parleoteó Ruth Goldberg—, Me mandó al cine. «Ruthita (me bueno) tienes tan pocas diversiones, ¿por qué no te vas al "Théâtre Courcelles"? Están echando una película de Greta Garbo, *La reina Cristina*. ¿Por qué no vas a verla? Saca una buena localidad. Butaca o palco. Ve a verla. Dos horas lejos de la miseria siempre son algo.» Me lo dijo tranquilamente y con amabilidad, acariciándome las mejillas. «Y luego te tomas un helado de chocolate y crema, frente a la confitería del parque Monceau. Date el gusto por una vez, Ruthita», me dijo, y cuando volví...

Ravic se incorporó. Ruth Goldberg se interrumpió.

—Debe de haberlo hecho inmediatamente después de haberse ido usted —declaró Ravic.

Ella se cubrió la boca con los puños.

—¿Está...?

—Todavía intentaremos algo. Respiración artificial por ahora. ¿Usted entiende algo de esto? —preguntó Ravic a Wiesenhoff.

—No, no mucho. Un poco.

—Ponga atención.

Ravic tomó los brazos de Goldberg, los extendió hasta el suelo, luego los levantó hacia delante doblándolos sobre el pecho, y así sucesivamente, atrás y adelante. La garganta de Goldberg empezó a emitir un rumor estertoroso.

—¡Vive! —gritó la mujer.

—No, es la tráquea aplastada.

Ravic repitió los mismos movimientos.

—Ahora, haga la prueba ahora —le indicó a Wiesenhoff.

Wiesenhoff se arrodilló vacilando, detrás de Goldberg.

—Empiece —le ordenó a Ravic con impaciencia—. Tómelo por las muñecas. O mejor por el antebrazo.

Wiesenhoff sudaba.

—¡Más vivo! —exclamó Ravic—. Trate de extraer todo el aire de los pulmones.

Se dirigió a la propietaria. Mientras tanto había entrado más gente en la habitación. Hizo señas a la propietaria para que hiciese salir a todos.

—Está muerto —le dijo en el corredor—. Eso, allá adentro, es tontería. Pero es conveniente hacerlo, nada más. Sería un milagro que fuese aún de alguna utilidad.

—¿Qué debemos hacer?

—Lo de costumbre.

—¿El dispensario? Eso significaría tener a la Policía aquí dentro de diez minutos.

—De todos modos tendrá que llamar a la Policía. ¿Tienen documentos los Goldberg?

—Sí. En orden. Pasaportes y cédulas de identidad.

—¿Y Wiesenhoff?

—Tiene un permiso de residencia, con visado de prórroga.

—Bien. Entonces todo está en orden. Dígales a los dos que no me mencionen a mí. Ella llegó a casa, lo encontró, gritó, Wiesenhoff lo descolgó y le practicó la respiración artificial, hasta la llegada de la ambulancia. ¿Podrá hacerlo?

La propietaria lo miró con sus ojillos de pájaro.

—Por supuesto. De todos modos yo estaré cuando venga la Policía. Ya tendré cuidado.

—Muy bien.

Volvieron. Wiesenhoff estaba inclinado sobre Goldberg y seguía trabajando. Por un momento pareció que ambos estuvieran haciendo gimnasia sobre el piso. La propietaria se quedó en la puerta.

—Señores —dijo—, tengo que llamar al dispensario y a la Policía. Primero llamaré a la estación. El enfermero o el médico que venga de allá, tendrá que dar parte a la Policía en seguida. Estará acá, a más tardar, dentro de media hora. A todos aquellos que no tengan documentos les convendría juntar sus cosas, por lo menos las que están a la vista, llevarlas a la «catacumba» y quedarse allá abajo. Es posible que la Policía revise las habitaciones o pida testigos.

La habitación fue desocupada al punto. La propietaria dio a entender a Ravic, con una señal, que daría las instrucciones pertinentes a Ruth Goldberg y a Wiesenhoff. Él tomó su cartera y la tijera, que había quedado en el suelo, al lado de la corbata cortada. Ésta dejaba ver la marca de fábrica: S. Foerder, Berlín. Era una corbata que había costado por lo menos diez marcos. Pertenecía a los buenos tiempos de Goldberg. Ravic conocía el comercio. Él había hecho compras allá. Metió rápidamente sus efectos en un par de valijas y las llevó a la habitación de Morosow. Lo hizo sólo por precaución. Probablemente la Policía no se preocuparía por nada. Pero era mejor... Aún sentía demasiado, en sus huesos, el recuerdo de Fernand. Bajó a la «catacumba».

Una cantidad de gente corría de un lado para otro. Eran los refugiados que carecían de documentos, el grupo ilegal. Clarisse, la sirvienta, y Jean, el mozo, hacían llevar las valijas a un local del subsuelo, contiguo a la «catacumba». Ésta se hallaba ya dispuesta para la cena. Las mesas estaban puestas. Por todas partes había canastillas con pan, y desde la cocina llegaba olor a grasa y a pescado.

—Hay tiempo suficiente —dijóle Jean a un refugiado nervioso—. La Policía no se apresura tanto.

Los refugiados no se confiaban a lo incierto. No estaban acostumbrados a la suerte. Con sus pocas cosas se metían en el sótano. Entre ellos estaba el español Álvarez. La dueña del hotel había hecho circular por todo el establecimiento la noticia de que vendría la Policía. Álvarez sonrió a Ravic, casi como si estuviera pidiéndole disculpas. Ravic no sabía por qué.

Un hombre delgado se acercó pausadamente. Era el profesor de Filología y Filosofía Ernest Seidenbaum.

—Maniobras —le dijo Ravic—. El último ensayo. ¿Usted va a quedarse en la «catacumba»?

—No.

Seidenbaum, veterano de seis años, se encogió de hombros.

—Yo me quedo. No tengo ganas de escapar. No creo que la Policía haga otra cosa de sumario. ¿A quién puede interesar un judío alemán, viejo y muerto?

—Él no les interesa. Pero los refugiados ilegales que viven aquí sí.

Seidenbaum se ajustó los anteojos.

—Para mí es lo mismo. ¿Sabe usted lo que hice cuando la última *razzia*? Aquella vez un sargento bajó hasta la «catacumbas. Hace más de dos años de esto. Me puse una chaqueta blanca de Jean y empecé a servir. Cofiac para la Policía.

—Buena idea.

Seidenbaum asintió con la cabeza.

—Llega un momento en que uno está cansado hasta de escapar.

Se encaminó con calma a la cocina para averiguar qué servían.

Ravic salió por la puerta trasera de la «catacumba» y cruzó el patio. Un gato se le puso entre los pies. Delante de él caminaban los demás. Una vez en la calle se dispersaron rápidamente. Álvarez renqueaba un poco. «Tal vez se le podría eliminar eso con una operación, pensó Ravic, ausente.»

Estaba sentado en la plaza de Ternes y repentinamente tuvo la sensación de que aquella noche Jeanne iría a verlo. No podía decir por qué... Lo supo repentinamente.

Pagó la cena y volvió lentamente al hotel. Hacía calor y en las calles angostas los letreros luminosos de las casas de citas llameaban rojos a través de la temprana noche. Detrás de las cortinas relucían las rendijas de las ventanas iluminadas. Un grupo de marineros seguía a unas prostitutas. Eran jóvenes y bulliciosos, y estaban enardecidos por el vino y el verano. Desaparecieron en el interior de una de las casas. Desde algún lugar llegó música de acordeón. Un pensamiento surgió rápido como un cohete en Ravic, se desplegó, flotó y dibujó un mágico paisaje en la oscuridad: Jeanne, esperándolo en el hotel, para decirle que lo había abandonado todo, y que volvía, arrastrándolo y precipitándolo en su torbellino...

Se detuvo. «¿Qué me sucede? —pensó—. ¿Por qué estoy aquí, y mis manos sienten el aire como si fuese un cuello y una onda de cabellos? Demasiado tarde. No es posible recuperar nada. Nadie regresa. Como tampoco regresa la hora vivida.»

Siguió caminando en dirección al hotel, cruzó el patio hacia la puerta trasera de la «catacumba». Desde la puerta vio sentado al grupo de gente. Seidenbaum estaba entre ellos. No como mozo: como cliente. El peligro parecía haber pasado. Entró.

Morosow se hallaba en su habitación.

—Estaba a punto de irme —dijo—. Cuando vi tus valijas, pensé que te habías marchado otra vez a Suiza.

—¿Está todo en orden?

—Sí. La Policía no volverá; hasta entregó el cadáver. Un caso sencillo. Está arriba, ya lo están velando.

—Muy bien. Entonces puedo volver a mi cuchitril.

Morosow rió.

—¡Ese Seidenbaum! —dijo—. Presenció todo el asunto. Con una cartera que contenía algunos papeles y con sus anteojos, se presentó como abogado y representante de una Compañía de Seguros. Fue bastante severo con la Policía. Salvó el pasaporte del viejo Goldberg. Declaró que lo necesitaba; la Policía tenía derecho únicamente a la cédula de identidad. Se salió con la suya. ¿Tiene él documentos?

—Ni siquiera la sombra.

—Bien —declaró Morosow—, ese pasaporte vale oro. Es válido todavía por un año. Alguien puede vivir gracias a él. No precisamente en París si no es tan audaz como Seidenbaum. Es fácil cambiar la fotografía; para falsificar los datos de nacimiento hay expertos que cobran poco, aun en el caso de que el nuevo Aaron Goldberg fuese demasiado joven. Un caso moderno de metempsicosis... Un pasaporte conteniendo varias vidas.

—¿Entonces Seidenbaum se llama Goldberg desde ahora?

—Seidenbaum no. Lo rehusó. Sería indigno de él. Es el Don Quijote de los ciudadanos de los bajos fondos mundiales. Es excesivamente fatalista y curioso por saber lo que le ocurrirá, como para falsificarse con pasaporte prestado. Y, para ti, ¿qué te parecería?

Ravic movió la cabeza.

—Para mí tampoco. Estoy del lado de Seidenbaum.

Tomó sus valijas y subió las escaleras. En el corredor de Goldberg se le adelantó un judío anciano, con caftán negro, con barba y rizos, que tenía el rostro de un patriarca bíblico. Caminaba silenciosamente sobre suelas de goma y parecía flotar, oscuro y pálido, en el mortecino corredor. Abrió la puerta de Goldberg. Una luz rojiza, como de velas, se filtró por un instante y Ravic oyó un extraño lamento, medio contenido, semisalvaje, casi melódico y monótono. «Plañideras —pensó—. ¿Existirán todavía?» ¿O era solamente Ruth Goldberg?

Abrió la puerta de su cuarto y vio a Jeanne sentada cerca de la ventana. Ella se sobresaltó.

—¡Estás aquí! ¿Qué sucede? ¿Por qué llevas las valijas? ¿Tienes que irte otra vez?

Ravic dejó las valijas al lado de la cama.

—No sucede nada. Fue solamente una precaución. Murió uno. La Policía tuvo que venir. Ya pasó todo.

—Te llamé por teléfono. Alguien atendió el aparato y dijo que ya no vivías aquí.

—Fue la dueña del hotel, prudente e inteligente como siempre.

—Vine corriendo. La habitación estaba desierta y vacía. Tus cosas ya no estaban aquí. Pensé... ¡Ravic! —su voz temblaba.

Ravic sonrió forzosamente.

—Ya ves... que soy de poco fiar. Nada como para hacerse muchas ilusiones.

Alguien golpeó a la puerta. Entró Morosow con un par de botellas en la mano.

—Ravic, olvidaste tus municiones...

Vio a Jeanne, parada en la oscuridad, y fingió no verla. Ravic no sabía si en realidad la había reconocido. Morosow entregó las botellas a Ravic y se despidió.

Ravic colocó el calvados y el «Vouvray» sobre la mesa. A través de la ventana abierta oyó la voz que había escuchado desde el corredor. Era un lamento fúnebre. Fue en aumento, disminuyó, volvió a elevarse de nuevo. Probablemente las ventanas de los Goldberg habían sido abiertas en la calurosa noche, mientras el rígido cuerpo del viejo Aaron empezaba a pudrirse lentamente en la estancia llena de muebles de caoba.

—Ravic —dijo Jeanne—, estoy triste. No sé por qué. Durante todo el día. Déjame quedarme aquí.

De momento, él no respondió. Se sintió sorprendido. Lo había esperado de otra manera. No tan directamente.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

—Hasta mañana.

—No es suficiente.

Ella se sentó sobre la cama.

—¿No podríamos olvidar por una vez?

—No, Jeanne.

—No quiero... Quiero solamente dormir a tu lado. O déjame dormir en el sofá

—Es imposible. Además, tengo que irme a la clínica.

—No importa. Te esperaré; ya lo he hecho muchas veces.

Él no contestó. Le extrañó verla tan tranquila. El calor y la excitación que, experimentara en la calle habían desaparecido.

—Tampoco tienes que ir a la clínica —dijo Jeanne.

Él calló durante unos instantes. Sabía que si accedía estaba perdido. Era como firmar un cheque sin fondos. Ella volvería una y otra vez, y reclamaría lo que ya había conseguido, y cada vez exigiría algo más, sin dejar nada a cambio, hasta tenerlo completamente en sus manos, para abandonarlo finalmente, aburrida, dejándolo débil, interiormente corrompido, víctima de su propia debilidad, de sus morbosos deseos. Ella no lo hacía intencionalmente, ni siquiera lo sabía. Pero así habría de ocurrir. Parecía que por una noche no tenía importancia: pero cada vez desaparecería un trozo de resistencia y un trozo de aquello que nunca en la vida hay que dejar corromper.

—Es cierto —dijo Ravic—, no tengo que ir a la clínica. Pero no quiero que te quedes.

Esperaba una explosión. Pero Jeanne se limitó a inquirir calmadamente:

—¿Por qué no?

¿Debía intentar explicárselo? ¿Sería capaz de hacerlo?

—Tú no perteneces ya a este lugar —dijo.

—Sí, pertenezco.

—No.

—¿Por qué no?

Él calló. «¡Qué hábil era! —pensó—. Por medio de preguntas conseguía hacerle dar explicaciones. Y quien da explicaciones ya se está defendiendo.»

—Tú lo sabes —dijo—. No hagas más preguntas tontas.

—¿No me quieres ya?

—No —replicó él y agregó, contra su voluntad—: No así.

Por la ventana llegaba el monótono lamento desde la habitación de los Goldberg. El llanto por la muerte. Duelo de pastores del Líbano, en una bocacalle de París.

—Ravic —dijo Jeanne—, tienes que ayudarme.

—Mi mejor ayuda es dejarte sola. Y tú a mí.

Ella no hizo caso de la respuesta.

—Tienes que ayudarme. Podría mentirte: pero no quiero hacerlo. Sí, hay alguien. Pero contigo es distinto. Si fuera lo mismo, no estaría aquí.

Ravic sacó un cigarrillo del bolsillo. Sintió el papel, seco. Ya estaba. Ahora lo sabía. Era como un cuchillo frío que no producía dolor. La certidumbre nunca duele. Duelen el antes y el después.

—Nunca es lo mismo —dijo—. Y siempre es lo mismo.

«¡Qué fruslerías estoy diciendo! —pensó—. Paradojas de periódicos. ¡Qué gastadas pueden tornarse las verdades cuando uno las dice!»

Jeanne se irguió.

—Ravic —dijo—, tú sabes que no es cierto que sea posible amar a una sola persona. Hay quienes pueden hacerlo; son felices. Y hay otros que son impelidos a confundirse. Tú lo sabes.

Encendió un cigarrillo. Sin mirarla, sabía cómo estaría Jeanne ahora. Pálida, con los ojos oscuros, inmóvil, concentrada, con gesto casi implorante, frágil... Imposible de aniquilar. Aquella tarde, en su apartamento lo había mirado de la misma manera... Como el Ángel de la Anunciación. Llena de fe y de etérea convicción, pretendiendo querer salvarlo e intentando, a la vez, crucificarlo para evitar que se le escapase.

—Sí —dijo él—, es uno de nuestros pretextos.

—No es un pretexto. Uno no es feliz así. Uno se siente impulsado, por dentro, y no se puede salvar. Es algo siniestro, un ovillo, un calambre... algo por lo que es inevitable pasar. No es posible escapar. Lo persigue a uno. Lo alcanza a uno. Uno no quiere. Pero es más fuerte que uno.

—¿Por qué piensas en ello? Sigúelo, si es más fuerte.

—Es lo que estoy haciendo. Sé que no existe otra posibilidad. Pero... —su voz cambió—. Ravic, no quiero perderte.

Ravic calló. Fumaba y no sentía el humo. «No quieres perderme —pensó—. Pero al otro tampoco. Esto es todo. ¡Y que tú puedas hacerlo! Por eso tengo que alejarme de ti. No es por el otro... Eso se olvidaría muy pronto. Tendrías todas las excusas para ello. Pero que te haya agarrado así, que no puedas liberarte... eso es. Ya te liberarás, pero volverá a suceder. Volverá a suceder siempre. Está dentro de ti. Antes, yo también lo podía hacer. Contigo, no puedo. Por eso tengo que separarme de ti. Ahora, todavía estoy a tiempo. La próxima vez...»

—Tú crees que es una situación extraordinaria —dijo—. Es la más común del mundo. La del esposo y el amante.

—¡No es cierto!

—Lo es. Tiene muchas variaciones. Una de ellas es la tuya.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa! —se levantó de súbito—. Tú eres todo menos eso, y nunca lo has sido ni lo serás. El otro es mucho más... —Se interrumpió—. No, así tampoco es. No lo puedo explicar.

—Digamos: la seguridad y la aventura. Así suena mejor. Es lo mismo. Se quiere poseer una cosa sin prescindir de la otra.

Ella negó con la cabeza.

—Ravic —dijo, en medio de la oscuridad, con una voz que le conmovió el corazón—, de esto se pueden decir cosas buenas y cosas malas. El problema no cambia. Te amo y te amaré mientras viva. Lo sé y lo siento claramente dentro de mí. Tú eres el horizonte, y todos mis pensamientos terminan en ti. Ocurra lo que ocurriere, esto está dentro de uno. No es engaño. A ti no te quita nada. Y esta es la razón por la cual siempre vuelvo a estar aquí. Y por esto no me puedo quejar ni sentirme culpable.

—En el sentimiento no existe culpa, Jeanne. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—He pensado... He pensado tanto, Ravic. Sobre ti y sobre mí. Tú nunca has querido tenerme del todo. Tal vez, ni siquiera tú mismo te das cuenta. Siempre hubo algo en ti que estaba cerrado para mí. Nunca pude penetrar completamente en ti. ¡Quería hacerlo! ¡Cómo lo he querido! En cambio las cosas estaban dispuestas de tal modo que tú podías irte en cualquier momento. No estaba nunca segura. Que la Policía te expulsara, que tuvieses que irte... Pero también hubiera podido ser de otra manera...: que algún día te fueras por tu propia voluntad... que no estuvieses más, simplemente, que te hubieses marchado a cualquier parte...

Ravic miró fijamente aquel rostro, en la incierta oscuridad, delante de él. Había algo de verdad en lo que ella decía.

—Siempre ha sido así —prosiguió ella—. Siempre. Y entonces, llegó alguien que me quiso, que no hizo más que quererme completamente y para siempre, de forma simple y sin complicaciones. Yo me divertía, no quería, jugaba, me parecía una cosa inofensiva, fácil de dejar... Y luego, de repente, fue algo más, una necesidad, algo que también dentro de mí quiso. Me resistí y no me valió de nada. Yo no pertenecía a eso, no era toda yo la que quería, era solamente una parte de mí, pero fui impulsada, fue como un lento alud, del cual uno se rie al principio, y repentinamente ya no queda nada donde aferrarse, y uno ya no puede defenderse. Pero yo no pertenezco a eso, Ravic. Te pertenezco a ti.

Él arrojó su cigarrillo por la ventana y voló como una luciérnaga hasta el patio.

—Lo que sucedió, sucedió, Jeanne —dijo—. Ya no se puede cambiar.

—Yo no quiero cambiar nada. Pasará. Te pertenezco a ti. ¿Por qué vuelvo? ¿Por qué estoy ante tu puerta? ¿Por qué te espero aquí y si tú me echas volveré a venir? Sé que no me crees, y que piensas que tengo otros motivos. ¿Pero, qué motivos? Si lo otro me llenara, no volvería. Te habría olvidado. Tú dices que lo que busco contigo es la seguridad. No es cierto. Es el amor.

«Palabras —pensó Ravic—. Palabras dulces. Bálsamo suave y falaz. La ayuda, el amor, el pertenecerse, volver... Palabras, dulces palabras. Nada más que palabras. ¡Cuántas palabras existen para esa simple, salvaje y cruel atracción de dos cuerpos! ¡Qué arco iris de fantasía, de mentiras, de sentimiento y de engaño de sí mismo se tiende por encima!» Allí estaba él en esa noche de despedida, allí estaba en la oscuridad, dejando que se deslizara sobre él una lluvia de palabras dulces que no significaban otra cosa sino: Adiós, adiós, adiós. Al hablar de ello, ya estaba perdido. Él dios del amor tenía la frente ensangrentada. No sabía de palabras.

—Ahora tienes que irte, Jeanne.

Ella se levantó.

—Quiero quedarme. Deja que me quede. Solamente por una noche.

Él movió la cabeza negativamente.

—¿Por quién me tomas? No soy un autómata.

Se apoyó contra él. Él la sintió temblar.

—Me es indiferente. Deja que me quede.

La alejó suavemente de sí.

—No deberías empezar, precisamente conmigo, a engañar al otro. Todavía le tocará sufrir bastante.

—Ahora no puedo irme sola a casa.

—No estarás mucho rato sola.

—Pero si estoy sola, desde hace días. Él no está. No está en París.

—¡Ah...! —respondió Ravic. La miró—. De todos modos, al menos eres franca. Contigo uno sabe a qué atenerse.

—No he venido por eso.

—Por supuesto que no.

—No debí decírtelo.

—Cierto.

—Ravic, no quiero irme a casa sola.

—Entonces te acompañaré.

Ella retrocedió lentamente un paso.

—Ya no me amas... —dijo con voz baja y casi amenazadora.

—¿Viniste para averiguar esto?

—Sí... Para esto también. No sólo para esto, pero también para esto.

—¡Dios mío, Jeanne! —contestó Ravic con impaciencia—. Entonces acabas de oír una de las más sinceras declaraciones de amor —ella no replicó; lo miró—. Si no, ¿tú crees que me importaría algo permitir que te quedaras aquí, sin preocuparme de aquel con quien estás viviendo?

Ella empezó a sonreír lentamente... Era un resplandor que brotaba desde adentro, como si alguien hubiese encendido una lámpara en su interior y la claridad fuese subiendo lentamente hasta llegarle a los ojos.

—Gracias, Ravic —dijo. Y después de un rato, cautelosamente y siempre mirándolo—: ¿No me abandonarás?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Esperarás? ¿No me abandonarás?

—Creo que no hay demasiado peligro, después de mis experiencias contigo.

—Gracias.

Estaba cambiada. «¡Con qué rapidez se consuela! —pensó él—. Pero, ¿por qué no lo haría? Ella cree haber conseguido lo que quería sin necesidad de quedarse.» Lo besó.

—Sabía que serías así, Ravic. Tenías que ser así. Ahora me voy; no me acompañes, ahora puedo irme sola.

Se detuvo ante la puerta.

—No vuelvas —dijo él—. Y no te preocupes: no te hundirás.

—No. Buenas noches, Ravic.

—Buenas noches, Jeanne.

Se acercó a la pared y encendió la luz. «Tienen que ser así... —se estremeció levemente—. Son hechas de barro y oro —pensó—. De mentira y emoción. De engaño y de sinceridad desvergonzada.» Se sentó cerca de la ventana. Desde abajo llegaba aún el débil y monótono lamento. Una mujer que había engañado a su esposo y lo lloraba porque estaba muerto. Tal vez porque la religión se lo prescribía. Ravic se sorprendió de no sentirse más desdichado.

—Sí, estoy de vuelta, Ravic —dijo Kate Hegstroem.

Estaba sentada en su habitación del «Hotel Lancaster». Se había afinado más aún. La carne, debajo de la piel, parecía hundida, como si hubiese sido escarbada desde adentro. Las facciones estaban más pronunciadas y la piel era como seda que podía romperse con facilidad.

—Yo la hacía aún en Florencia... o en Cannes... o ya en América —dijo Ravic.

—Estuve en Florencia durante todo este tiempo. En Fiésole. Hasta que no lo pude aguantar más. ¿Se acuerda de cómo lo quería convencer para que me acompañara? ¿Libros, hogar, noches, paz? Los libros estaban... el fuego en el hogar también... ¡Pero la paz! Ravic, hasta la ciudad de Francisco de Asís se ha vuelto ruidosa. Ruidosa e inquieta, como todo lo de allá. En el lugar donde él predicaba el amor a los pájaros, desfilan las tropas uniformadas, y se embriagan con fanfarronadas, palabras y odio infundado.

—Siempre ha sido así, Kate.

—No así. Hace un par de años el administrador de mi casa era todavía un hombre amable, con pantalones de algodón y zapatones de madera. Ahora es un héroe, con botas altas, camisa negra, lleno de puñales, y que pronuncia discursos..., que el Mediterráneo tiene que ser de Italia, que Inglaterra tiene que ser destruida, que Niza, Córcega y Saboya tienen que ser devueltas a Italia. Ravic, esa amable nación, que desde hace eternidades no ha ganado una guerra, ha enloquecido no bien la dejaron ganar en Abisinia. Amigos míos que hace tres años todavía eran razonables, ahora creen seriamente que podrían vencer a Inglaterra en el término de tres meses. El país está en ebullición. ¿Qué pasa? Me escapé de Viena debido a la brutalidad de las camisas pardas... he abandonado a Italia ahora, a causa de la locura de las negras... Dicen que en otro lado las hay verdes; en América, naturalmente, de plata... ¿Se ha vuelto la Tierra un torbellino de camisas?

—Aparentemente. Pero eso cambiará dentro de poco. El color único será el rojo.

—¿El rojo?

—Sí. Rojo como la sangre.

Kate Hegstroem miró hacia abajo, al patio. A través del follaje de los castaños se filtraba suave y verde la última luz del atardecer.

—Es increíble. Dos guerras en veinte años... es demasiado. Aún estamos demasiado cansados de la primera —dijo.

—Solamente los vencedores. No así los vencidos. La victoria los hace descuidados.

—Sí, tal vez —ella lo miró—. De modo que no queda mucho tiempo, ¿eh?

—No mucho, me temo.

—¿Cree usted que será suficiente para mí?

—¿Por qué no? —Ravic alzó los ojos. Ella no eludió la mirada.

—¿Ha visto usted a Fióla? —le preguntó él.

—Sí, un par de veces. Era uno de los pocos que no estaban contagiados por la peste negra.

Ravic no contestó. Guardaba.

Kate Hegstroem tomó un collar de perlas de sobre la mesa y lo hizo deslizar en su mano. Entre sus dedos largos y finos parecía un rosario muy precioso.

—Casi me siento como el judío errante —dijo ella— en busca de la paz, pero parece que empecé fuera de tiempo. En algún lado habrá más. Aquí solamente queda un resto.

Ravic consideró las perlas. Moluscos grises, sin forma, las habían formado, irritados por un cuerpo extraño, un grano de arena, entre sus valvas. De una irritación casual había surgido una belleza de brillo suave. «Habría que recordarlo», pensó.

—Usted pensaba ir a América, Kate —dijo—. El que pueda abandonar a Europa debe hacerlo. Para todo lo demás ya es demasiado tarde.

—¿Usted quiere que me vaya?

—No. ¿Pero no me dijo la última vez que quería arreglar sus cosas y volver a América?

—Sí; pero ahora ya no quiero. Todavía no, todavía quiero quedarme aquí.

—París es caluroso y desagradable en verano.

Ella dejó las perlas a un lado.

—No, cuando es el último verano, Ravic.

—¿El último?

—Sí. El último, antes de volver.

Ravic calló. «¿Qué sabe? —pensó—. ¿Qué le habrá dicho Fióla?»

—¿Cómo está el «Schéhérazade»? —preguntó ella.

—Hace tiempo que no voy por allá. Morosow dice que todas las noches está repleto. Igual que todos los demás cabarets.

—¿En verano?

—Sí, en verano, cuando antes la mayoría de ellos permanecían cerrados. ¿Le extraña?

—No. Cada uno trata de llevarse todavía cuanto puede, antes de que llegue el fin.

—Sí —dijo Ravic.

—¿Me llevará allí alguna vez?

—Naturalmente, Kate. Todas las veces que quiera. Pensaba que usted ya no quería ir allá.

—Yo también lo pensaba. Pero he cambiado de opinión; también yo quiero llevarme todo lo que pueda.

Él la volvió a mirar.

—Muy bien, Kate —dijo luego—. Siempre que usted quiera.

Se levantó. Ella lo acompañó hasta la puerta. Se apoyó contra el marco de la puerta: estaba delgada, con la piel seca y sedosa, que daba la sensación de que iba a crujir si se la tocaba. Los ojos eran muy claros y más grandes que antes. Le dio la mano. Estaba caliente y seca.

—¿Por qué no me dijo lo que tengo? —preguntó distraídamente, como si estuviese preguntando por el tiempo.

Él la miró fijamente y no contestó.

—Lo hubiera soportado —dijo ella, y una especie de sonrisa irónica y sin reproche, cruzó su rostro—. *Adieu*, Ravic.

El hombre sin estómago estaba muerto. Había estado gimiendo durante tres días y la morfina le había hecho muy poco efecto. Ravic y Veber sabían que tenía que morir. Podían haberle ahorrado esos tres días. No lo habían hecho, porque existía una religión que predicaba el amor al prójimo y prohibía acortarle sus sufrimientos. Y hay una ley que lo ampara.

—¿Telegrafió a los parientes? —preguntó Ravic.

—No tienen ninguno —dijo Veber.

—¿O a algún otro íntimo?

—No tiene a nadie.

—¿A nadie?

—A nadie. La encargada de su vivienda estuvo aquí. Él nunca recibía cartas... aparte de los catálogos de tiendas y de algunos tratados contra la embriaguez, la tuberculosis, las enfermedades venéreas y cosas por el estilo. Nunca recibió visitas. La operación y cuatro semanas de clínica las pagó por adelantado. Dos semanas de clínica de más. La encargada aseguró que él le había prometido todo lo que poseía, por haberlo cuidado. Quería a toda costa que le devolviéramos el dinero de las dos semanas. Había sido como una madre para con él. Debía haber visto usted qué madre. Dijo que había tenido varios gastos por él, que había adelantado el alquiler. Yo le contesté que él había pagado aquí por adelantado; no había ninguna razón por la cual no lo hubiese hecho también con su apartamento. Además, que todo eso era asunto de la Policía. Entonces me insultó.

—Dinero —dijo Ravic—. ¡Qué inventivo lo hace a uno!

Veber rió.

—Se lo notificaremos a las autoridades. Que se encarguen ellas. También del entierro.

Ravic echó una mirada al hombre sin parientes y sin estómago. Yacía allí, y su cara estaba cambiando como nunca había cambiado en sus treinta y cinco años de vida. Del endurecido estertor del último aliento, surgió lentamente el severo rostro de la muerte. Lo casual desaparecía, los signos de la muerte se desvanecían y, ausente, silenciosa, surgía de las contraídas facciones ordinarias, la eterna máscara. Dentro de una hora, sólo ella restaría.

Ravic se alejó. En el corredor encontró a la enfermera de turno. Acababa de llegar.

—El señor del doce ha muerto —le comunicó él—. Murió hace media hora. Ya no lo tendrá que velar —y, al observar su rostro—: ¿Le dejó algo a usted?

Ella vaciló.

—No. Era un hombre muy frío. En los últimos días hablaba apenas.

—No, no lo hacía.

La enfermera miró a Ravic con cara de ama de casa.

—Tenía un maravilloso *necessaire*, todo de plata. A decir verdad, demasiado lindo para un hombre; más apropiado para una dama.

—¿No se lo dijo usted nunca?
—Hablamos una vez de ello, el martes por la noche; estaba más tranquilo. Pero él dijo que la plata era adecuada también para un hombre. Y que los cepillos eran muy buenos, como ya no los hay hoy. Aparte de eso habló poco.
—La plata será entregada a las autoridades. El hombre no tenía parientes.
La enfermera asintió razonablemente.
—¡Qué lástima, se pondrá negra! Y los cepillos se echarán a perder, si no son nuevos y no se los usa. Habría que lavarlos antes.
—Sí, es una lástima —dijo Ravic—. Hubiera sido mejor si los hubiese recibido usted. Entonces, por lo menos, alguien se hubiera alegrado.
La enfermera sonrió agradecida.
—No importa; yo no esperaba nada. Los moribundos raras veces regalan nada. Solamente lo hacen los convalecientes. Los moribundos no quieren creer que se están muriendo y por eso no regalan nada. Algunos lo hacen por maldad. ¡Usted no puede imaginar, señor doctor, cuán terribles pueden ser los moribundos! ¡Las cosas que le dicen a uno, a veces, antes de morirse!

Su rostro infantil, de mejillas sonrosadas, era franco y claro. No le importaba lo que sucedía alrededor de ella, cuando no se amoldaba a su pequeño mundo. Los moribundos son como niños mal criados o como niños inermes. Uno los cuida hasta que se mueren y entonces vienen otros. Algunos sanan y son agradecidos, otros simplemente mueren. Es así. Nada que merezca inquietudes. Mucho más importante era si en la liquidación del «Bonmarché», los precios se veían rebajados en un veinticinco por ciento... o si el primo Jean se casaba con Anne Couturier.

«Y, en realidad, es más importante —reflexionó Ravic— el pequeño círculo que protege contra el caos. Si no, ¿adónde se llegaría?»

Estaba sentado delante del «Café Triomphe». La noche era pálida y nublada. Hacía calor y en algún lado se veían relámpagos sin truenos. La vida se arrastraba más densamente en las aceras. Una mujer con sombrero de color azul se sentó a su mesa.

—¿Me pagas un vermut? —preguntó ella.

—Sí. Pero déjame solo. Estoy esperando a alguien.

—Podemos esperar juntos.

—Mejor que no. Estoy esperando a una luchadora del Palace du Sport.

La mujer sonrió. Estaba tan pintarrajeada que la sonrisa se le veía solamente en los labios. Todo lo demás era una máscara blanca.

—Ven conmigo —dijo ella—, tengo un apartamento encantador y soy buena.

Ravic sacudió la cabeza negativamente. Puso un billete de cinco francos sobre la mesa.

—Toma. Adiós. Y que tengas suerte.

La mujer tomó el billete, lo dobló y lo metió debajo de la liga.

—¿Puritano? —preguntó.

—No.

—Soy muy buena para con ellos. Tengo una amiga muy simpática, joven —añadió después de una pausa.—Un pecho como la torre Eiffel.

—Otro día.

—Muy bien.

La mujer del sombrero azul se levantó y fue a sentarse unas mesas más allá. Volvióse a mirarlo varias veces. Luego compró una revista de deportes y empezó a leer los resultados.

Ravic contemplaba el torbellino que, sin solución de continuidad, pasaba ante las mesas. La orquesta, en el interior, tocaba vales vieneses. Los relámpagos eran más fuertes. Un grupo de homosexuales jóvenes ocupó, como una bandada de papagayos, la mesa cercana, alborotando coquetamente. Llevaban barba, la última moda, y sus chaquetas tenían hombros demasiado anchos y cinturas demasiado ajustadas.

Una muchacha se detuvo ante la mesa de Ravic y lo miró. Le pareció vagamente conocida... pero, así conocía a muchas. Parecía una de aquellas prostitutas jóvenes que llamaban la atención por su apariencia frágil.

—¿No me reconoce? —preguntó ella.

—Naturalmente —contestó Ravic. No tenía la menor idea—. ¿Cómo le va?

—Muy bien. Pero, realmente, ¿no me reconoce ya?

—Me olvido de los nombres, pero, por supuesto, la conozco. Hace mucho que nos vimos por última vez.

—Sí. Y esa vez, le dio buen susto a Bobó —se sonrió—. Usted me salvó la vida, y ahora no me reconoce.

Bobó. Salvar la vida. La partera. Entonces Ravic se acordaba.

—Usted es Lucienne —dijo—. Naturalmente. Aquella vez estaba enferma. Hoy está sana. Eso es. Por eso no la reconocí en seguida.

Lucienne estaba radiante.

—¿De veras! ¡Efectivamente, se acuerda! Muchas gracias por los cien francos que le devolvió la partera.

—¡Ah, sí...! —aquella vez, después de su fracaso con Madame Boucher, le había mandado algo él mismo—. Lamentablemente no fue todo.

—Fue bastante. Ya había dado todo por perdido.

—Bien. ¿Quiere tomar algo conmigo, Lucienne?

Ella asintió y se sentó con formalidad a su lado.

—Un «Cinzano» con seltz.

—¿Qué hace usted, Lucienne?

—Me va muy bien.

—¿Está todavía con Bobó?

—Sí, naturalmente. Pero ahora él es distinto. Mejor.

—Bien.

No había mucho que preguntar. La pequeña costurera se había convertido en pequeña prostituta. Para eso la había remendado él. Bobó se encargó del resto. Ya no tenía por qué temerle a los hijos. Una razón más. Todavía estaba en el principio; ese poquito de infantilismo aún le daba atracción para los viejos metódicos... Una piececilla de porcelana, todavía no resquebrajada por el uso excesivo. Ella bebió con cautela, como un pájaro; pero los ojos ya iban caminando. No era precisamente una cosa divertida. Ni algo para sentir mucha conmiseración. Justamente un poco de vida que se estaba deslizando.

—¿Estás contenta? —preguntó él.

Ella asintió. Notó que estaba realmente contenta. Lo encontraba todo perfectamente correcto. No había nada que dramatizar.

—¿Está usted solo? —le preguntó.

—Sí, Lucienne.

—¿En una noche como ésta?

—Sí.

Ella le dirigió una mirada tímida y sonrió.

—Tengo tiempo —dijo.

«¿Qué pasa conmigo? —pensó Ravic—. ¿Parezco tan hambriento que ya todas las prostitutas me ofrecen un pedazo de amor venal?»

—Es demasiado lejos para ir a tu casa, Lucienne. Y no tengo mucho tiempo.

—No podemos ir a mi casa. ¡Bobó no debe saber nada de esto!

Ravic la miró.

—¿Bobó nunca sabe nada de estas cosas?

—Pero, sí. De los otros sabe. Si es él quien me cuida —sonrió—. ¡Es tan joven todavía! Se cree que si no, no le doy el dinero. De usted no quiero dinero.

—¿Por eso Bobó no debe saber nada?

—No es por eso; pero se pondría celoso. Y entonces, se enfurece.

—¿Se pone celoso con todos?

Lucienne levantó la vista sorprendida.

—Naturalmente que no. Lo otro es negocio.

—¿Entonces sólo cuando no cuesta dinero?

Lucienne vaciló. Luego se sonrojó lentamente.

—No por eso. Solamente cuando piensa que existe algo más —volvió a vacilar—. Que yo pueda sentir algo.

No volvió a alzar los ojos. Ravic tomó su mano, que estaba perdida sobre la mesa.

«Lucienne —dijo—, es grato que te hayas acordado, y que quieras a Eres encantadora, me llevaría a nadie que haya operado».

¿Comprendes?

Ella levantó las largas pestañas y asintió rápidamente.

—Sí —se levantó—. Entonces me iré ahora.

—Sí, adiós, Lucienne. Que tengas mucha suerte. Ten cuidado de no enfermarte.

—Sí.

Ravic escribió algo en un papel.

—Procúrate esto, si es que no lo tienes. Es lo mejor. Y no le des todo el dinero a Bobó.

Ella sonrió y movió la cabeza. Ella sabía —y él también— que, a pesar de todo, lo haría. Ravic la siguió con la mirada, hasta que desapareció entre la multitud. Luego llamó al mozo.

La mujer del sombrero azul se acercó. Había observado lá escena. Se abanicaba con la revista doblada, y mostraba una boca llena de dientes postizos.

—O eres impotente o maricón, querido —dijo risueña al pasar—. Mucha suerte y muchas gracias.

Ravic se puso a deambular en la noche calurosa. Relampagueaba sobre los tejados. El viento estaba calmado. En el Louvre vio la entrada iluminada. Las puertas permanecían abiertas. Entró.

Era una de las exposiciones nocturnas. Una parte de las salas estaba iluminada. Pasó por la sección egipcia, que parecía una inmensa tumba alumbrada. Petrificados, en cuclillas o en pie, estaban los reyes de tres mil años atrás y miraban con sus ojos... de granito a los grupos de estudiantes deambulantes, a mujeres con sombreros pasados de moda y a hombres maduros y aburridos. Oía a polvo, aire muerto e inmortalidad. En la sección griega, algunas jóvenes susurraban delante de la Venus de Milo, que no se les parecía en nada. Ravic se detuvo. Después del granito y de la sienita verde de los egipcios, el mármol resultaba decadente y blando. La Venus, levemente abundante en carnes, tenía algo de ama de casa que se está bañando satisfecha; bella y sin pensamientos. Apolo, el matador de lagartos, era un homosexual al que hubiera convenido hacer más ejercicio. Pero estaban en las salas; eso los mataba. No mataba a los egipcios; ellos habían sido hechos para tumbas y templos. Los griegos necesitan sol, aire y columnas, a través de los cuales brillara la luz dorada de Atenas.

Ravic siguió adelante. El gran vestíbulo con su escalinata le salió al encuentro, frío. Y súbitamente, por encima de todo, se alzaba la Victoria de Samotracia. Hacía mucho que no la había visto. La última vez había sido en un día gris; el mármol parecía insignificante, y en la sucia luz invernal del Museo la reina de las victorias había vacilado y tiritado. Pero ahora estaba, alta sobre la escalinata, sobre la saliente de la proa de mármol... Fragmentos, iluminados por los focos, brillantes, con las alas ampliamente extendidas, la túnica ceñida por el viento, en densos pliegues, el cuerpo en movimiento, pronta para levantar el vuelo. Detrás de ella parecía rumorear el mar, de color vino, de Salamina, y el cielo estaba oscuro por el terciopelo de la espera.

Ella no entendía de moral. No sabía de problemas. No conocía las tempestades y las negras emboscadas de la sangre. Conocía la victoria y la derrota, y ambas eran casi iguales. Ella no era seducción; era vuelo. No era tentación; era despreocupación. No tenía ningún secreto... Y, sin embargo, era más excitante que la Venus, que ocultaba su sexo, y de ese modo lo señalaba. Estaba emparentada con aves y navíos, el viento, las olas y el horizonte. No tenía patria.

«No tiene patria», pensaba Ravic. Pero tampoco la necesitaba. Estaba en su casa en todos los navíos. Se sentía en su casa donde hubiera coraje y lucha, y hasta en la derrota, cuando lo era sin desesperanza. No era solamente la diosa de la victoria, sino también la diosa de todos los aventureros y de todos los refugiados... mientras ellos no se abandonaran.

Se dio vuelta. No había nadie más en el vestíbulo. Los estudiantes y la gente provista de *Baedeker* se habían marchado a sus casas. A su casa... ¿Qué otro hogar existía para aquel que no pertenecía más que al tempestuoso asilo de otro corazón, por un breve lapso? ¿No era esa la razón por la cual el amor, cuando tocaba el corazón de los sin patria, los sacudía y los poseía tan completamente... porque no tenían otra cosa? ¿No había intentado por eso evitarlo? ¿Y no lo había perseguido, y alcanzado, y abatido? Era más difícil levantarse del resbaladizo hielo del extranjero, que de la conocida tierra de la costumbre.

Algo cayó bajo su mirada. Algo pequeño, aleteante, blanco. Era una mariposa que debía de haber entrado por la puerta abierta de la entrada. Llegaba tal vez desde los cálidos macizos de rosas de las Tullerías, asustada, quizás, en su sueño perfumado, por las voces de los amantes, deslumbrada luego por las luces, que eran soles desconocidos, muchos, aturdidores... Se había refugiado en la entrada, en la oscuridad protectora que guardaban las dos grandes puertas... Y ahora vacilaba, perdida y animosa, en el gran vestíbulo, en el que moriría... Cansarse, dormir sobre una cornisa o sobre el hombro de una resplandeciente diosa, en lo alto... A la mañana siguiente buscaría flores y vida y su clara miel, y no las encontraría. Y de nuevo volvería a dormirse sobre algún mármol milenario, hasta que la fuerza de sus tiernas y seguras patitas la abandonara y cayese como una diminuta hoja del prematuro otoño.

«Sentimentalismo —pensó Ravic—. La diosa de la victoria y la mariposa extraviada. Símbolo barato. ¿Pero qué otra cosa conmueve sino lo barato, los símbolos baratos, los sentimientos baratos y el sentimentalismo barato? ¿Qué es lo que hace todo eso tan barato? Su verdad demasiado evidente. El esnobismo desaparece cuando el agua le llega a uno al cuello.»

La mariposa había desaparecido en la penumbra de la bóveda. Ravic salió. Él aire libre le dio la sensación de un baño tibio. Se detuvo. ¡Sentimientos baratos! ¿No estaba, él mismo, entregado al más barato de todos ellos? Miraba el amplio patio donde andaban las sombras de los siglos, y sintió como si de repente estuvieran dándole puñetazos. Casi se tambaleó bajo aquella acometida. Tenía aún ante sus ojos a la blanca y fantasmagórica Victoria, a punto de levantar vuelo; pero, detrás de ella, surgía de la sombra otro rostro, rostro barato, no rostro valioso, en el cual su fantasía se había enredado como velo hindú en un arbusto de rosas lleno de espinas. Tratada de desprenderse, pero las espinas lo retenían firmemente por los hilos sedosos y áureos, y ya estaban tan enredadas con él, que sus ojos ya no podían distinguir exactamente lo que eran ramas espinosas y lo que era tejido resplandeciente.

¡Un rostro! ¿Quién pregunta si es barato o valioso? ¿Único o igual a muchos? Es posible hacer preguntas antes; pero, una vez cazado, ya no se sabe hacerlas. Uno está enredado en el amor... no en el individuo que casualmente llevaba su nombre. ¿Quién es capaz de juzgar, deslumbrado por los fuegos de la fantasía? Él amor no sabe de precios.

El cielo parecía más bajo. Los relámpagos, silenciosos, destacaban por momentos las nubes de color azufre en la noche. El bochorno, deforme, con sus miles de ojos ciegos, oprímía los tejados. Ravic echó a andar por la calle Rivoli. Debajo de las arcadas relucían los escaparates. Una corriente humana se arrastraba a lo largo de ellas. Los automóviles eran una cadena de brillantes reflejos. «Heme aquí, caminando —pensó—, uno entre miles, pasando delante de estos escaparates con resplandecientes baratijas y objetos valiosos, con las manos en los bolsillos, nocturno paseante... mientras dentro de mí tiembla mi sangre y en esas curvas grises y blancas y palpitantes de dos puñados de masa blanda como un molusco, llamada cerebro, se libra una batalla invisible, que hace aparecer irreal lo que es real y real lo que es irreal. Siento brazos que me empujan, cuerpos que me rozan, ojos que me observan, siento los automóviles, las voces, el bullir de la realidad viva, estoy en medio de ella, y sin embargo estoy más lejos de ella que de la luna... En un planeta situado más allá de la lógica y de las realidades, algo dentro de mí grita un nombre y sabe que no es el nombre; y, sin embargo, lo grita, lo grita hacia un silencio que siempre existió y en el cual ya muchos gritos se han desvanecido y desde el cual nunca ha llegado una respuesta, y lo sabe y lo grita a pesar de todo, el grito de la noche del amor y de la muerte, el grito del éxtasis y de la conciencia que se desmorona, de la selva y del desierto, y yo podría saber miles de respuestas, pero ésta se halla fuera de mí y jamás logro alcanzarla.»

¡Amor! ¡Cuántas cosas tenía que cubrir este nombre! Desde la más suave ternura de la piel hasta la más lejana revuelta del espíritu, desde el más simple deseo del hogar hasta la conmoción de la muerte, desde el celo inconsciente hasta la lucha de Jacob con el ángel. «Heme aquí, caminando —pensó Ravic—, hombre de más de cuarenta años, escarmetado en muchas escuelas, hecho pedazos y vuelto a resurgir, con experiencia y sabiduría, colado por el filtro de los años, endurecido, más crítico, más frío... No quería y no creía que me sucediera otra vez... Y ahora esta y toda la experiencia no vale de nada, toda la sabiduría lo hace únicamente más ardiente... ¿Y qué arde mejor en los fuegos del sentimiento, sino el seco cinismo y la leña acumulada de los años críticos?»

Anduvo y anduvo y la noche era ancha y resonante, él seguía andando distraídamente, sin saber si habían transcurrido horas o minutos y no se sorprendió al encontrarse de nuevo en los jardines de detrás de la avenida Raphael.

La casa de la calle Pascal. Los pisos, difusos en la altura... arriba los estudios; algunos tenían luz. Encontró las ventanas del apartamento de Jeanne. Estaban iluminadas. Ella estaba en casa. Pero tal vez no se hallaba en casa y había dejado las luces encendidas. Ella detestaba llegar a habitaciones oscuras. Exactamente como él. Cruzó la calle. Delante de la casa se hallaban algunos automóviles estacionados. Entre ellos un *roadster* amarillo, de tipo corriente, transformado en coche de carreras. Podía ser el coche del otro. Un coche como para un artista. Asientos de cuero rojo, tablero como para un avión, con una serie de instrumentos innecesarios... Naturalmente, tenía que ser éste. «¿Estaré celoso —pensó asombrado— de este objeto casual en el que se ha enganchado? ¿De algo que no me incumbe? Uno puede estar celoso de un amor que se ha perdido... pero no de esto hacia lo que ella se ha inclinado ahora.»

Volvió a los jardines. Las flores desprendían su perfume desde la oscuridad, dulcemente mezclado con olor a tierra y a verde refrescado. Desprendían un perfume fuerte como antes de las tormentas. Encontró un banco y se sentó... «¡Éste no soy yo —pensó—, este amante tardío, que está aquí, sentado en un banco delante de la casa de la mujer que lo ha abandonado, y mirando sus ventanas! ¡Éste no soy yo, sacudido por un deseo que puedo extirpar perfectamente y que, sin embargo, no puedo dominar! ¡No soy yo este idiota que daría años de vida con tal de poder hacer retroceder al tiempo y recuperar una insignificancia rubia que le susurraba necedades al oído! ¡No puedo ser yo el que —al diablo los pretextos— está sentado aquí, celoso, deshecho y miserable, deseando pegarle fuego a aquel coche!»

Buscó un cigarrillo. El suave arder. El humo invisible. La corta, meteórica estela de un fósforo. ¿Por qué no subía al apartamento? ¿Qué podía suceder? Todavía no era demasiado tarde. La luz estaba aún encendida. Ya sería capaz de dominar la situación. ¿Por qué no la sacaba de allí? ¿Ahora, que lo sabía todo? ¿Por qué no la sacaba de allí, y se la llevaba consigo para no dejarla ir nunca más?

Miró hacia la oscuridad. ¿De qué serviría? ¿Qué podía suceder ahora? Lo otro, no podía echarlo. No se podía echar nada ni a nadie de un corazón. ¿No podía haberla aceptado

cuando había ido a visitarlo? ¿Por qué no lo había hecho?

Arrojó el cigarrillo. Porque no era suficiente. Por eso. Quería más. Ni siquiera sería suficiente que ella viniese, que ella volviese y todo quedara olvidado y enterrado, nunca más sería suficiente, cosa extraña y terrible, nunca más sería suficiente. Algo había salido mal: el rayo de la fantasía, por una vez no había encontrado el espejo que no recogía y reflejaba más ardiente, y se había desviado hacia una ciega disconformidad; ya nada lo podía traer de vuelta, ni un espejo, ni miles de espejos. Podía recoger solamente una parte, pero nunca más traerlo de vuelta. Ya hacía mucho que vagaba como un fantasma por los vacíos del amor, llenándolos sólo de niebla resplandeciente, informe, y que jamás volvería a ser arco iris alrededor de una cabeza amada. El círculo mágico estaba roto; quedaba la queja, pero la esperanza estaba destrozada.

Alguien salió de la casa. Un hombre. Ravic se irguió. Una mujer lo siguió. Reían. No eran ellos. Uno de los coches arrancó y se alejó. Ravic tomó otro cigarrillo. ¿Hubiera podido conservarla? ¿Hubiera podido hacerlo si él hubiese sido diferente? Pero, ¿qué era lo que se podía conservar? Solamente una ilusión o poco más. ¿Pero esa ilusión no era suficiente? ¿Habría sido alguna vez posible conseguir más? Pues, ¿quién sabía algo del negro torbellino de la vida, que flotaba sin nombre debajo de los sentidos, que lo convertían de hueco zumbido en cosas, mesa, lámpara, patria y tú y el amor? Ahí había solamente presentimiento y horrible crepúsculo. ¿No era suficiente?

No lo era. Era suficiente sólo cuando uno creía en ello. Pero cuando el cristal se había hecho añicos bajo el martillo de la duda, únicamente era posible pegar los trozos; nada más. ¡Pegar los trozos, mentir y acechar la luz quebrada que una vez había sido un blanco resplandor! Nada volvía. Nada se volvía a formar. Nada. Aun cuando Jeanne volviese, ya no sería lo mismo. El cristal pegado. La hora había sido desperdiciada. Nada la haría regresar.

Sintió un dolor agudo e insoportable. Algo, dentro de él, se quebró y cayó hecho pedazos. «¡Dios mío! —pensó—, que yo pueda sufrir así, sufrir así por eso. Yo mismo me estoy mirando con desprecio... pero esto no cambia nada. Sé que si lo consiguiera, lo volvería a dejar... Pero esto no apaga mi deseo. Lo estoy disecando como a un cadáver sobre una mesa de la Morgue... Pero se hace solamente mil veces más vivo. Sé que algún día pasará... pero saberlo no me sirve de nada.» Se esforzaba en mirar hacia las ventanas; se sentía terriblemente ridículo, y esto tampoco cambiaba nada.

Un pesado trueno rodó súbitamente sobre la ciudad. Gotas de lluvia empezaron a chasquear en los arbustos. Ravic se levantó. Vio cómo la calle se salpicaba de plata negra. La lluvia empezó a cantar. Las gruesas gotas le azotaban, calientes, el rostro. Y, de repente, ya no supo si era ridículo o miserable, si sufría o no... supo sólo que vivía. ¡Vivía! Existía, volvía a dominarlo, lo sacudía, ya no era espectador ni extraño; el grandioso esplendor del sentimiento irrefrenable volvía a correr en sus venas, como el fuego en los altos hornos; y le era indiferente, casi, sentirse feliz o infeliz; vivía y sentía plenamente que vivía, y eso era suficiente.

Estaba de pie bajo la lluvia, que caía sobre él como un fuego de ametralladoras celestes. Estaba de pie y era lluvia, viento, agua y tierra; desde el horizonte, los relámpagos zigzagueaban a su alrededor; era criatura, elemento; ya nada tenía nombre, volviéndose solitario por eso; todo era lo mismo, el amor, el agua que caía, los pálidos fuegos sobre los tejados, la tierra que parecía hincharse; no existían ya fronteras y él pertenecía a todo aquello; y la suerte o la desgracia eran solamente cartuchos vacíos arrojados por el poderoso sentimiento de vivir y de sentirse vivir. «Tú, allá arriba —dijo hacia la ventana iluminada, y se rió sin darse cuenta—, pequeña luz, Fata Morgana, rostro, que posees extraño poder sobre mí, en este planeta en el que existen centenares de miles de otros, mejores, más hermosos, más inteligentes, más buenos, más fieles, más razonables; tú, casualidad que me fue puesta en el camino una noche, que has caído en mi vida, sentimiento arrojado a la orilla, sin pensamientos, dominador, deslizado dentro de mí ser durante mi sueño; tú, que de mí no conocías más que la resistencia, y por eso me hacías frente hasta que dejaba de resistirse, y después querías irte, ¡recibe mi saludo! Aquí estoy, de pie, y creí que nunca más podría estar de pie nuevamente. La lluvia se escurre por mi camisa y es más cálida y más fresca y más suave que tus manos y tu piel. Aquí estoy, miserable y con la garra de los celos en mis entrañas, deseándote, despreciándote, admirándote, adorándote, porque arrojaste el rayo que me iluminó, ese rayo que hay en cada regazo, esa chispa de vida, ese fuego negro. Aquí estoy, ya no como un muerto con licencia, con su poco de cinismo, de sarcasmo y de coraje. No más frío... ¡Otra vez vivo, y, si quieres, sufriendo, pero de nuevo abierto a las tormentas de la vida, renacida en su modesto poder! ¡Bendita seas, Madona de corazón fugitivo, Victoria con acento rumano, sueño y engaño, espejo roto de algún oscuro dios, te doy las gracias! Jamás te lo diré, pues tú sacarías provecho de ello despiadadamente; pero me has devuelto lo que ni Platón, ni crisantemos estelares, ni la fuga ni la libertad, ni toda la poesía, ni toda la conmiseración, ni la desesperación, ni la más alta y paciente esperanza pudieron darme: ¡la vida simple, fuerte y directa, que me había parecido crimen en este período entre catástrofe y catástrofe! ¡Yo te saludo! ¡Te doy las gracias! ¡Tuve que perderte para saberlo! ¡Recibe mi saludo!»

La lluvia se había convertido en una especie de cortina centelleante y plateada. Los arbustos empezaron a exhalar aromas. La tierra olía intensa y gratamente. Alguien se precipitó desde la casa de enfrente y levantó la capota del *roadster* amarillo. Le era indiferente. Todo era indiferente. La noche existía, desprendía la lluvia desde las estrellas; mística y fecundamente se precipitaba sobre la pétrea ciudad con sus hileras de árboles y sus jardines; millones de corolas le ofrecían su sexo multicolor y la recibían; se arrojaba en millones de brazos extendidos y emplumados, y penetraba en la tierra para sus nupcias con millones de raíces anhelantes; la lluvia, la noche, la Naturaleza, el crecimiento, existían, sin preocuparse por destrucción, muerte, criminales, falsos santos, victoria o derrota; existían como siempre, y aquella noche él les pertenecía, corteza hendida, vida desplegada, vida, vida, ¡saludada y bendecida!

Atravesó rápidamente calles y jardines. No miró atrás; siguió andando y las copas del Bois lo recibieron como una inmensa y zumbante colmena; la lluvia tronaba sobre ellas, y ellas se agitaban y contestaban; y él se sintió como si fuera otra vez joven y por primera vez fuese hacia una mujer.

—¿Qué va a ser? —le preguntó el mozo.

—Tráigame un...

—¿Qué?

Ravic no contestó.

—No le entendí, señor —dijo el mozo.

—Cualquier cosa. Tráigame cualquier cosa.

—¿Un pernod?

Ravic cerró los ojos. Volvió a abrirlos lentamente. El hombre estaba todavía sentado allí. Esta vez no había error posible.

Haake estaba sentado a la mesa próxima a la puerta. Estaba solo y comía. Sobre la mesa había una fuente de plata con dos medias langostas, y una botella de champaña, en un cubo con hielo. Un mozo se hallaba parado junto a la mesa y aderezaba la ensalada de lechuga con tomates. Ravic vio todo eso con suma nitidez, como si fuera relieve grabado con cera detrás de sus ojos. Vio un anillo con sello, con blasón de piedra roja, cuando Haake sacó la botella del cubo. Reconoció el anillo y la mano blanca y carnosa. Los había visto en el remolino de metódica demencia, cuando, deshecho, se encontraba al lado de la mesa de torturas, recobrado de un desmayo a la luz deslumbrante... Haake delante de él retrocediendo cautelosamente, para proteger su impecable uniforme contra el agua que había sido arrojada sobre Ravic... extendida la blanca y carnosa mano, señalándolo y declarando con voz suave: «Esto no ha sido más que el principio. Esto no ha sido nada. ¿Quiere decimos los nombres, ahora? ¿O debemos proseguir? Aún tenemos muchas posibilidades. Como veo, sus uñas todavía están bien.»

Haake levantó la vista. Miró a Ravic en los ojos. Ravic tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para permanecer sentado. Tomó el vaso de pernod, bebió un trago y se obligó a dirigir lentamente la vista a la fuente de ensalada, como si le interesara la preparación. No sabía si Haake lo había reconocido. Sintió humedecerse su espalda en un segundo.

Después de un rato volvió a dirigir a la mesa una fugaz mirada. Haake comía la langosta, con la vista en el plato. La luz se reflejaba en su cráneo calvo. Ravic echó un vistazo en torno. El local estaba atestado. Era imposible hacer nada. No llevaba ninguna arma consigo, y si se hubiera arrojado sobre Haake, un instante después habría habido diez hombres para separarlos. Dos minutos más tarde, la Policía. No había más remedio que esperar y seguir a Haake. Averiguar dónde vivía.

Se esforzó por fumar un cigarrillo y mirar en dirección de Haake cuando lo hubo terminado. Lentamente, como si buscara a alguien, echó una mirada en derredor. Haake acababa su langosta. Tenía la servilleta en las manos y se limpiaba la boca. No lo hacía con una mano: lo hacía con las dos. Sostenía la servilleta algo extendida y se daba con ella golpecitos en los labios... Primero sobre uno, luego sobre el otro, como mujer que se quita el colorete. Al mismo tiempo miró a Ravic en los ojos.

Ravic dejó vagar su mirada. Sintió que Haake lo seguía mirando. Llamó al mozo y pidió otro pernod. En ese momento otro mozo ocultaba la mesa de Haake. Retiró el resto de la langosta, llenó la copa vacía y colocó una fuente con queso. Haake señaló un queso de Brie apoyado sobre una base de paja.

Ravic fumó otro cigarrillo. Al cabo de un rato, mirando de reojo, notó nuevamente la mirada de Haake. Esto ya no era casual. Sintió cómo se le ponía la carne de gallina. Si Haake lo hubiera reconocido... Detuvo al mozo cuando pasaba.

—¿No me puede llevar el pernod afuera? Quisiera sentarme en la terraza. Hace más fresco.

El mozo vaciló.

—Sería más cómodo si pagara aquí. Afuera atiende otro mozo. Después le puedo llevar el vaso.

Ravic asintió con la cabeza y sacó un billete.

—Puedo tomarlo aquí, y pedir otro afuera. Así no hay confusión.

—Está bien, señor. Gracias, señor.

Ravic concluyó la bebida sin apresurarse. Haake había escuchado; lo sabía. Había dejado de comer mientras Ravic hablaba. Ahora seguía comiendo. Ravic permaneció todavía inmóvil un rato. Si Haake lo había reconocido, existía un solo camino: hacer como si él no hubiese reconocido a Haake, y seguir observándolo desde un escondite.

Al cabo de dos minutos se levantó de su asiento, y se dirigió despreocupadamente afuera. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Ravic se quedó de pie hasta encontrar un lugar desde donde poder observar una parte de la mesa de Haake, no pudiéndolo ver a él; pero él lo vería forzosamente si se levantaba para salir. Pidió un pernod y lo pagó en seguida. Quería estar listo para poder seguirlo inmediatamente.

—Ravic... —dijo alguien a su lado.

Ravic se sobresaltó, como si alguien le hubiese pegado. Jeanne estaba a su lado. La miró.

—Ravic —repitió ella—, ¿no me conoces ya?

—Sí, ¡por cierto! —sus ojos permanecieron fijos en la mesa de Haake. El mozo estaba allí, sirviendo el café. Respiró profundamente. Todavía había tiempo—. Jeanne —dijo con esfuerzo—, ¿cómo estás aquí?

—¡Qué pregunta! Todo el mundo viene todos los días a lo de Fouquet.

—¿Estás sola?

—Sí.

Ravic se dio cuenta de que ella estaba aún de pie mientras él permanecía sentado. Se levantó, de modo de poder ver oblicuamente la mesa de Haake.

—Tengo que hacer aquí, Jeanne —dijo precipitadamente, sin mirarla—. No puedo explicarte qué. Pero no puedes serme útil en esto. Tienes que dejarme solo.

—Esperaré —Jeanne se sentó—. Quiero ver cómo es esa mujer.

—¿Qué mujer? —preguntó Ravic sin entender.

—La que estás esperando.

—No es una mujer.

—¿Quién es?

Él la miró.

—No me reconociste —dijo ella—. Quieres echarme, estás excitado... Sé que allí hay alguien. Y quiero ver quién es.

«Cinco minutos —reflexionó Ravic—. Quizá diez o quince, para el café. Haake todavía fumaría un cigarrillo. Probablemente un cigarro. Tenía que buscar la manera de librarse de Jeanne para entonces.»

—Bien —dijo él—. No puedo evitarlo. Pero siéntate en otra parte.

Ella no contestó. Sus ojos se volvieron más claros y su rostro más tenso.

—No es una mujer —dijo él—. Y si lo fuera, ¿qué diablos te importaría? No te pongas ridícula con tus celos, mientras te paseas con tu actor.

Jeanne no contestó. Siguió la dirección de la mirada de él y trató de descubrir a quién buscaba.

—Deja —dijo Ravic.

—¿Está con otro hombre?

De pronto Ravic se sentó. Haake le había oído decir que quería sentarse en la terraza. Si lo había reconocido, desconfiaría y miraría dónde estaba. En tal caso, era más natural y más inofensivo estar sentado afuera con una mujer.

—Bien —dijo—, quédate. Lo que piensas es una tontería. En cualquier momento me levantaré y me iré. Tú me acompañarás hasta un taxi y no vendrás conmigo. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

—¿Por qué estás tan misterioso?

—No estoy misterioso. Aquí hay un hombre al que no he visto durante mucho tiempo. Quiero saber dónde vive. Eso es todo.

—¿No es una mujer?

—No. Es un hombre y no te puedo decir más.

El mozo estaba al lado de la mesa.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Ravic.

—Un calvados.

—Calvados.

El mozo se alejó arrastrando los pies.

—¿Y tú, no tomas uno?

—No, yo tomo esto.

Jeanne lo contempló.

—No sabes cómo te odio a veces.

—Puede ser.

Echó un vistazo a la mesa de Haake. «Vidrio —pensó—. Vidrio que trepida, que fluye y que centellea. La calle, las mesas, la gente... Hundido todo en una jalea de vidrio

«acilante.»

—Eres frío, egoísta...

—Jeanne —dijo Ravic—, conversaremos otro día.

Ella calló, mientras el mozo ponía el vaso ante ella, Ravic pagó en seguida.

—Tú me metiste en todo eso... —dijo ella luego, en tono desafiante.

—Lo sé...

Vio, como en un relámpago, sobre la mesa, la mano de Haake blanca, carnosa, sirviéndose el azúcar.

—¡Tú! ¡Nadie más que tú! ¡Nunca me amaste y jugaste conmigo, y veías que yo te amaba y no te importó nada!

—Es cierto.

—¿Qué?

—Es cierto —repitió Ravic, sin mirarla—. Después fue diferente.

—¡Sí! ¡Después! ¡Después! Entonces todo estaba confundido. Entonces era demasiado tarde. Tú tienes la culpa.

—Lo sé.

—¡No me hables así! —su rostro se había puesto blanco y furioso—. ¡Ni siquiera me escuchas!

—¡Pero sí! —la miró. Hablar, decir algo, fuese lo que fuese—. ¿Te peleaste con el actor?

—¡Sí!

—Eso pasará.

Humo azul en el rincón. El mozo volvía a servir café. Haake no parecía tener prisa.

—Hubiera podido decir que no —dijo Jeanne—. Podría decir que pasé casualmente por aquí. Pero no es cierto. Te he estado buscando. Quiero abandonarlo.

—Eso siempre se quiere. Forma parte de ello.

—Le tengo miedo. Me amenaza, quiere matarme de un balazo.

—¿Qué? —de pronto Ravic alzó los ojos—. ¿Qué fue eso?

—Dice que me quiere matar de un balazo.

—¿Quién? —había estado escuchando a medias. Después entendió—. ¡Ah, sí! ¿Pero no lo crearás?

—Es terriblemente irascible.

—¡Son tonterías! Él que dice una cosa semejante no la hace. Y menos un actor.

«¿Qué estoy diciendo? —pensó él—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué quiere ella aquí? Un rostro cualquiera, una voz cualquiera, todo en un murmullo en los oídos. ¿Qué me importa todo esto?»

—¿Por qué me cuentas todas estas cosas? —preguntó.

—Quiero abandonarlo. Quiero volver a ti.

«Si toma un taxi, tardaré por lo menos unos segundos hasta tomar otro —pensó Ravic—. Y mientras arranca, puede ser tarde.» Se levantó.

—Espera aquí. Vuelvo en seguida.

—¿Qué quieres...?

Él no contestó. Cruzó rápidamente la acera y detuvo un taxi.

—Aquí tiene diez francos. ¿Puede esperarme un par de minutos? Todavía tengo qué hacer adentro.

El chófer miró el billete. Luego a Ravic. Ravic le hizo una guiñada. El chófer le hizo otra. Agitó lentamente el billete de un lado a otro.

—Esto es extra —dijo Ravic—. Ya sabe por qué...

—Entendido —el chófer sonrió—. Bien, esperaré aquí.

—Prepárese para arrancar en seguida.

—Bien, jefe.

Ravic volvió abriéndose paso apresuradamente entre la multitud. Su garganta se contrajo de repente. Vio a Haake parado en la puerta. No oyó lo que Jeanne le decía.

—¡Espérame! —dijo él—. ¡Espérame! ¡En seguida! ¡Un segundo!

—¡No!

Ella se levantó.

—¡Te arrepentirás! —casi sollozaba. Él sonrió forzosamente. Le tomó la mano. Haake aún estaba allí.

—Siéntate —dijo—. ¡Un segundo!

—¡No!

La mano de ella daba tirones bajo el apretón de él. La soltó. No quería escándalo. Ella se alejó con rapidez, pasando tímidamente por entre las mesas próximas a la puerta.

Haake la siguió con la mirada, luego miró hacia atrás, hacia Ravic; luego, de nuevo en la dirección en la que Jeanne se había ido. Ravic se sentó. La sangre latió súbita y violentamente en sus sienes. Sacó su billetera y fingió buscar algo en ella. Notó que Haake se ponía a caminar por entre las mesas. Ravic miró con indiferencia en dirección opuesta. Haake tenía que cruzarse con su mirada.

Esperó. Pareció tardar interminablemente. De repente lo invadió un miedo horrendo. ¿Y si Haake se hubiese vuelto? Volvió rápidamente la cabeza. Haake ya no estaba. Ya no estaba. Todo se puso a girar en torno durante un momento.

—¿Me permite? —preguntó alguien a su lado.

Ravic no lo oyó. Miró hacia la puerta. Haake no había entrado en el restaurante. «Levantarse de un salto —pensó—, perseguirlo, intentar alcanzarlo todavía.» Detrás de él se oyó de nuevo la voz. Se dio vuelta y se quedó perplejo. Haake se le había acercado por la espalda y se hallaba a su lado. Señaló la silla en la cual había estado sentada Jeanne.

—¿Me permite? No hay otra mesa desocupada.

Ravic asintió. Le era imposible despegar los labios. Su sangre fluía de nuevo. Fluía, fluía, como si se derramase debajo de la silla dejando al cuerpo como una bolsa vacía. Apretó la espalda fuertemente contra el respaldo de su asiento. El vaso estaba todavía allí. El líquido lechoso. Lo alzó y bebió. Era pesado. Miró el vaso. Se mantenía tranquilo en su mano. El temblor se hallaba dentro de sus venas.

Haake pidió un *fine*. Un *fine* de champaña añejo. Hablaba el francés con un pesado acento alemán. Ravic llamó a un vendedor de periódicos.

—*Paris Soir*.

El muchacho miró hacia la entrada. Sabía que allí estaba la vieja vendedora de diarios. Alcanzó a Ravic el periódico, doblado, como por casualidad, tomó la moneda y desapareció rápidamente.

«Tiene que haberme reconocido —pensó Ravic—. Si no, ¿por qué vino?» No había contado con esto. Ahora únicamente cabía quedarse y ver qué quería Haake, y actuar de acuerdo con las circunstancias.

Tomó el diario, leyó los títulos y lo dejó sobre la mesa. Haake lo miró.

—Hermosa noche —dijo en alemán.

Ravic asintió.

Haake sonrió.

—Buen ojo, ¿eh?

—Así parece.

—Ya lo había visto a usted adentro.

Ravic asintió con atención aunque indiferentemente. Se hallaba en el máximo de tensión. No alcanzaba a imaginar qué se proponía Haake. Que él se hallaba ilegalmente en Francia, no podía saberlo. Pero tal vez la Gestapo estaba al corriente también de eso. Mas había tiempo todavía.

—Lo reconocí en seguida —dijo Haake.

Ravic lo miró.

—Por el tajo —dijo Haake señalando la frente de Ravic—. Afiliado a alguna corporación de estudiantes. Por consiguiente tiene que ser alemán. O haber estudiado en Alemania.

Se rió. Ravic seguía mirándolo. ¡Era imposible! ¡Era demasiado ridículo! Respiró profundamente con súbito alivio, Haake no tenía idea de quién era. Había tomado la cicatriz de su frente por la cicatriz de un duelo. Ravic rió. Rió junto con Haake. Tuvo que clavarse las uñas en la palma de la mano para dejar de reír.

—¿Es cierto? —preguntó Haake con orgullo campechano.

—Sí, exactamente.

La cicatriz de su frente. Se la habían hecho, ante los ojos de Haake, en un sótano de la Gestapo. La sangre se le había escurrido dentro de los ojos y la boca. Y Haake, sentado allí ahora, la tomaba por cicatriz de un duelo y se sentía orgulloso.

El mozo trajo el *fine* para Haake. Haake lo olfateó golosamente.

—Esto lo tienen aquí —declaró—. ¡Magnífico coñac! Aparte de esto... —guiñó el ojo a Ravic—. Todo está podrido. Un pueblo de rentistas. No quieren otra cosa que seguridad y

buena vida. No podrán contra nosotros.

Ravic pensó que no podría hablar. Creyó que si hablaba, alzaría su vaso, lo rompería contra el borde de la mesa, y clavaría los trozos en los ojos de Haake. Tomó el vaso cuidadosamente y terminó de beber con dificultad, luego volvió a colocarlo sobre la mesa serenamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Haake.

—Permod. Sustituto del ajenjo.

—Ah, ajenjo. Eso que hace a los franceses impotentes, ¿eh? —Haake sonrió—. ¡Discúlpeme! No ha sido una alusión personal.

—El ajenjo está prohibido —explicó Ravic—. Este es un sustituto inofensivo. El ajenjo hace a uno estéril, pero no impotente; por eso está prohibido. Esto es anís. Sabe a agua de orozuz.

«La cosa marcha», pensó. Marchaba y hasta sin mucha emoción. Se sentía capaz de contestar pronto y llanamente. Había un remolino dentro de él, en lo más profundo, zumbante y negro... Pero la superficie estaba tranquila.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Haake.

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Siempre.

—Entiendo —dijo Haake—, hijo de alemanes, nacido aquí, ¿eh?

Ravic movió la cabeza afirmativamente.

Haake bebió su *fine*.

—Algunos de nuestros mejores hombres han nacido en el extranjero. El lugarteniente del Führer... nacido en Egipto. Rosenberg, nacido en Rusia. Darré procede de la Argentina.

Es la manera de pensar, ¿eh?

—Únicamente —contestó Ravic.

—Me lo imaginaba —el rostro de Haake irradiaba satisfacción. Luego se inclinó ligeramente sobre la mesa y parecía que por debajo de ella juntase los talones—. A propósito... permítame... Von Haake.

Ravic repitió el ceremonial.

—Horn.

—¿Von Horn? —preguntó Haake.

—Sí.

Haake hizo un gesto aprobatorio. Se volvió más confidencial. Se había encontrado con un hombre de su misma categoría.

—Entonces usted conoce bien París, ¿eh?

—Bastante.

—Quiero decir... no los museos. —Haake sonrió mundanamente.

—Sé lo que usted quiere decir.

«El amo ario probablemente quiere divertirse y no sabe dónde ir —pensó Ravic—. Si pudiera llevarlo a algún sitio, a algún rincón apartado, a alguna taberna solitaria, a algún prostíbulo perdido...», reflexionó rápidamente. A alguna parte donde no fuera molestado ni obstaculizado.

—Aquí hay unas cuantas cosas, ¿verdad? —preguntó Haake.

—¿No hace mucho que está usted en París?

—Vengo cada dos semanas por dos o tres días. Una especie de vigilancia. Bastante importante. En estos últimos años hemos construido aquí bastante. Todo marcha espléndidamente. No se puede hablar de eso pero... —Haake rió—. Aquí se puede comprar casi todo. Es gente corrompida. Sabemos casi todo lo que queremos saber. Ni siquiera necesitamos averiguarlo. Lo procuran ellos mismos. Consideran la traición a la patria como una especie de patriotismo. Consecuencia del sistema de partidos. Cada partido delata al otro y al país para sacar provecho para sí mismo. Ganancia para nosotros. Tenemos aquí un gran número de correligionarios en los círculos influyentes —levantó su vaso, lo examinó, lo encontró vacío y volvió a dejarlo—. Ni siquiera se están armando. Se creen que no exigiremos nada de ellos si no están armados. Si usted conociera las cifras de sus aviones y de sus tanques... se reiría hasta destemillarse de estos candidatos al suicidio.

Ravic escuchaba. Estaba sumamente concentrado, y sin embargo todo nadaba alrededor de él, como en un sueño un instante antes de despertar. Las mesas, los mozos, la dulce y nocturna revuelta de la vida, el deslizarse de las hileras de automóviles, la luna sobre las casas, los avisos multicolores en las fachadas... Y el asesino charlatán y múltiple, que había destruido su vida, estaba frente a él.

Pasaron dos mujeres con ajustados trajes sastre. Sonrieron a Ravic. Eran Ivette y Marthe, del «Osiris». Tenían su día libre.

—¡Diablos, qué elegantes! —exclamó Haake.

«Una calle apartada —pensó Ravic—. Una angosta calle solitaria... si lo pudiese llevar allí. O al Bois.»

—Son dos damas que viven del amor —dijo.

Haake las siguió con la mirada.

—Tienen buena presencia. No hay duda de que usted sabe bastante de estas cosas, ¿eh? —pidió otro *fine*—. ¿Me permite convidarlo?

—Gracias, prefiero seguir con esto.

—Dicen que aquí hay locales espléndidos. Lugares con exhibiciones y algo por el estilo.

Los ojos de Haake relucían. Relucían como aquella vez, años atrás, a la fría luz del sótano de la Gestapo.

«No debo pensar en eso ahora», se dijo Ravic.

—¿Ha estado en alguno? —preguntó.

—He estado en varios. Por razones de estudio, por supuesto. Para ver hasta qué punto puede hundirse un pueblo. Pero estoy seguro de que no eran los auténticos. Tengo que ser prudente. Podrían interpretarlo mal.

Ravic asintió.

—No tiene que preocuparse por eso. Aquí hay lugares adonde jamás llega un turista.

—¿Usted los conoce?

—Por cierto. Y muy bien.

Haake bebió su segundo *fine*. Su confianza aumentaba. Las inhibiciones que había tenido en Alemania, desaparecieron. Ravic percibió que no abrigaba la menor sospecha.

—Casualmente, hoy tenía la intención de vagar un poco —le dijo a Haake.

—¿De veras?

—Sí. Lo hago de vez en cuando. Uno debe conocer todo lo que puede.

—¡Es justo! Perfectamente justo.

Haake lo miró durante un momento fijamente.

«Emborracharlo —pensó Ravic—. Si no hay otra manera, emborracharlo y llevarlo a alguna parte.»

La expresión de Haake había cambiado. No estaba achispado; sólo había estado reflexionando.

—Es una lástima —dijo finalmente—. Me habría gustado acompañarlo.

Ravic no respondió. Quería evitar cualquier cosa que pudiese despertar la desconfianza de Haake.

—Tengo que volver a Berlín. —Haake miró el reloj— dentro de una hora y media.

Ravic estaba completamente tranquilo. «Tiene que acompañarme —pensó—. Seguramente vive en un hotel. No en una casa particular. Tengo que ir con él a su habitación y agarrarlo allí.»

—Estoy esperando a dos conocidos —dijo Haake—. Llegarán pronto. Viajan conmigo. Mis valijas ya están en la estación. Iremos de aquí directamente al tren.

«Se acabó —pensó Ravic—. ¿Por qué no llevo revólver conmigo? ¿Por qué aquella vez me pareció que, a pesar de todo, me había confundido? Podría matarlo de un balazo en la calle e intentar escaparme por el subterráneo.»

—Es una lástima —dijo Haake—. Pero tal vez podamos hacerlo la próxima vez. Dentro de dos semanas volveré.

Ravic volvió a respirar.

—Bien —dijo.

—¿Dónde vive usted? ¿Podría llamarlo por teléfono?

—En el «Prince de Galles». Ahí mismo, enfrente.

Haake sacó una libreta de apuntes y escribió la dirección. Ravic contempló el minúsculo librito de cuero de Rusia, rojo y flexible. El lápiz era fino y de oro. «¿Qué habrá apuntado allí? —pensó—. Informaciones, probablemente, que llevan a la tortura y a la muerte.»

Haake guardó la libreta.

—Linda mujer la que estuvo hablando con usted hace un rato —dijo.

Ravic reflexionó un segundo.

—Ah, sí... Sí, muy linda.

—¿Del cine?

—Algo parecido.

—¿Son muy amigos?

—Eso mismo.

Haake dejó vagar la mirada.

—Esto es lo más difícil aquí... Conocer a alguna mujer bonita. Uno tiene muy poco tiempo disponible y desconoce las verdaderas oportunidades...

—Se puede hacer —dijo Ravic.

—¿Le parece? ¿Usted no está interesado?

—¿En qué?

Haake rió algo cohibido.

—Por ejemplo, en esa dama con quien estuvo usted hablando.

—En lo más mínimo.

—¡Caramba! No estaría mal. ¿Es francesa?

—Italiana, me parece. Y mezclada con otras dos razas.

Haake sonrió.

—No está mal. En nuestro país, naturalmente, no hay nada de eso. Pero aquí uno está de incógnito hasta cierto punto.

—¿Le parece? —preguntó Ravic.

Haake permaneció suspenso un segundo. Luego sonrió.

—¡Entiendo! Para los que lo saben no... pero para los demás, estrictamente. A propósito, se me ocurre... ¿Tiene usted relaciones con refugiados?

—Pocas —dijo Ravic prudentemente.

—¡Qué lástima! Nos gustaría saber... usted comprende, informaciones... Hasta pagamos por ellas... —Haake alzó una mano—. ¡Naturalmente, en su caso no se trata de eso! Sin embargo, la menor noticia...

Ravic notó que Haake lo seguía mirando.

—Es posible —dijo—. Uno nunca sabe... Siempre puede darse algo.

Haake acercó más su silla.

—Una de mis funciones, sabe usted. Comunicaciones de adentro hacia afuera. A veces es difícil establecerlas. Tenemos buenos elementos aquí —levantó comprensivamente las cejas—. Entre nosotros, naturalmente, es distinto. Cuestión de honor. Es la patria, al fin y al cabo.

—Naturalmente.

Haake levantó la vista.

—Allí viene uno de mis conocidos —colocó un par de billetes en un platito de porcelana, después de haber hecho la suma—. Es cómodo que pongan siempre la tarjetita con el precio en los platos. También podrían hacerlo entre nosotros —se levantó y le tendió la mano—. Hasta pronto, señor Von Horn. He tenido mucho placer. Lo llamaré dentro de catorce días —sonrió—. Discreción, naturalmente.

—Por descontado. No se olvide.

—Yo no olvido nada. Ninguna cara y ninguna cita. No me puedo dar ese lujo. Es mi oficio!

Ravic estaba delante de él. Tenía la sensación de que debía atravesar una pared de cemento con su brazo. Luego sintió la mano de Haake en la suya. Era pequeña y sorprendentemente blanda.

Permaneció de pie, indeciso, unos instantes, siguiendo con la mirada a Haake. Luego volvió a sentarse. Repentinamente advirtió que estaba temblando. Después de un rato pagó y se fue. Caminó en la dirección en que Haake se había ido. Después recordó que lo había visto subir a un taxi con los otros dos. No tenía objeto seguirlos. Haake ya habría dejado su hotel. Si volviera a verlo en otro lugar, únicamente, empezaría a sospechar. Desanduvo camino y se dirigió al «International».

—Te portaste cuerdamente —dijo Morosow. Estaban sentados en la acera de un café en el Rond Point.

Ravic contempló su mano derecha. La había lavado varias veces con alcohol. Al hacerlo, se había encontrado ridículo, pero no había podido evitarlo. Ahora tenía la piel seca como pergamino.

—Habrías cometido un disparate si hubieses hecho algo —dijo Morosow—. Fue una suerte que no llevaras armas contigo.

—Sí —contestó Ravic sin convicción.

Morosow lo miró.

—No eres tan idiota como para desear que te llevaran ante los tribunales por homicidio o intento de homicidio.

Ravic no contestó.

—Ravic —Morosow colocó la botella bruscamente sobre la mesilla—, no seas fantástico.

—No lo soy. ¿No comprendes que siento en el alma haber perdido la oportunidad? Dos horas antes hubiera podido arrastrarlo a algún lado... o hacer otra cosa...

Morosow llenó dos vasos.

—¡Toma esto! Vodka. Volverás a agarrarlo.

—O no.

—Lo agarrarás. Volverá; esa clase de gente vuelve. Le diste buen cebo. ¡Salud!

Ravic apuró su copa.

—Todavía puedo ir a la estación del Norte para ver si parte.

—Naturalmente. También puedes intentar matarlo allí de un balazo. Veinte años de cárcel por lo menos. ¿Tienes todavía otras ideas como ésta?

—Sí, podría observar si realmente se va.

—Y ser visto por él y echarlo todo a perder.

—Le habría preguntado en qué hotel paraba.

—Para hacerlo desconfiar. —Morosow volvió a llenar los vasos—. Escucha, Ravic; sé que mientras estás sentado aquí piensas que has hecho mal todo. ¡Quítate eso de la cabeza! ¡Rompe algo, si quieres! Algo grande y no muy caro. Por mí, el jardín de palmeras del «International».

—Es inútil.

—Entonces, habla. Habla sobre ello hasta cansarte. Habla hasta agotarlo. Habla hasta quedarte tranquilo. No eres ruso, si no entenderías lo que te digo.

Ravic se irguió.

—Boris —dijo—, sé que a las ratas hay que destruirlas y no limitarse a herirlas. Pero no puedo hablar sobre ello. En cambio, reflexionaré. Pensaré cómo lo haré. Lo prepararé como una operación. De la manera como se puede preparar eso. Me acostumbraré a la idea. Tengo catorce días por delante. Es lo bueno. Es condenadamente bueno. Puedo acostumbrarme a mantenerme tranquilo. Tienes razón. Uno puede desmenuzar algo, hablando, para volverse razonable y tranquilo. Pero también puede lograr lo mismo pensando. Odiando; pensar fríamente no tiene objeto. Lo mataré tantas veces en mi pensamiento que ya será como una costumbre cuando él vuelva. La milésima vez uno está más experimentado y tranquilo que la primera. Y ahora hablemos pero de otra cosa. ¡De aquellas rosas blancas si quieres! Míralas. Son como nieve en esta noche bochormosa. Como espuma sobre la inquieta marea de la noche. ¿Estás contento ahora?

—No —repuso Morosow.

Ravic calló.

—Me sentiré contento después de haber hablado contigo cien veces sobre eso —dijo Morosow.

—Bien. Analiza este verano. Verano de 1939. Huele a azufre. Las rosas semejan nieve sobre la tumba del invierno próximo. Somos una sociedad alegre, ¿no? ¡Viva el siglo de la no intervención! ¡De los sentimientos morales petrificados. Se mata mucho esta noche. ¡Todas las noches! Se mata mucho. Arden ciudades, aullan judíos en alguna parte, mueren checos miserablemente en los bosques, arden chinos rociados con gasolina japonesa, por los campos de concentración se arrastra la muerte a latigazos... ¿Vamos a ser, entonces, mujerzuelas sentimentales cuando se trata de eliminar a un asesino? Lo agarraremos y lo exterminaremos, rápido... Como hemos tenido que hacerlo, bastantes veces, con gente sin culpa, que se distinguía de nosotros únicamente por el uniforme...

—Bien —dijo Morosow—. O al menos, mejor. ¿Nunca supiste cuánto se puede hacer con un cuchillo? Un cuchillo no hace ruido.

—Déjame hoy tranquilo con esto. Tengo que dormir. ¿Quién diablos sabe si seré capaz, aunque ahora me finja tranquilo? ¿Comprendes?

—Sí.

—Esta noche mataré y mataré. En catorce días tendré que convertirme en un autómatas. El caso es matar el tiempo. El tiempo hasta poder dormir por primera vez. Emborracharse es inútil. Una inyección también. Tendré que caer rendido de agotamiento. Así me sentiré bien al día siguiente. ¿Comprendes?

Morosow permaneció un rato silencioso.

—Búscate una mujer —dijo luego.

—¿Para qué me serviría?

—Para algo. Siempre es bueno dormir con una mujer. Llama a Jeanne, vendrá.

Jeanne. Es cierto. Había estado allí hacia un rato. Había hablado. Lo había olvidado.

—Yo no soy ruso —dijo Ravic—. ¿Alguna otra propuesta?

—Las sencillas. Únicamente las sencillas —agregó después.

—Ésa no es sencilla.

—¡Dios mío! ¡No seas complicado! Lo más sencillo para sacarse de encima una mujer es dormir de vez en cuando con ella. No dejar lugar para la fantasía. ¿Quién desea dramatizar un acto de la Naturaleza?

—Sí —asintió Ravic—, ¿quién lo desea?

—Entonces, déjame que vaya a hablar por teléfono. Te conseguiré a alguien. No en vano soy portero.

—Quédate. Ya marcha todo bien. Bebamos y admiremos las rosas. Los rostros muertos pueden parecer igualmente blancos, a la luz de la luna, después de un fuego de ametralladoras. Lo vi una vez en España. El cielo es un invento de los fascistas, decía el metalúrgico Pablo Nonas aquella vez. Tenía una sola pierna. Abrigaba cierta amargura contra mí, porque yo no le había conservado la otra en alcohol. Se sentía como si ya hubiesen enterrado una cuarta parte de él. No sabía que los perros la habían robado y devorado...

Veber entró en la sala de curaciones. Llamó a Ravic. Salieron.

—Durant está al aparato —dijo Veber—. Quiere que usted vaya en seguida. Habla de un caso especial, de circunstancias extraordinarias.

Ravic lo miró.

—Esto significa que arruinó una operación y ahora quiere descargar la responsabilidad en mí, ¿eh?

—No creo. Está muy agitado. Parece que no sabe qué hacer.

Ravic movió la cabeza. Veber calló.

—¿Y de dónde sabe que yo estoy de vuelta? —preguntó Ravic.

Veber se encogió de hombros.

—No tengo idea. Tal vez por alguna enfermera.

—¿Por qué no llama a Binot? Binot es muy capaz.

—Ya se lo dije. Pero me explicó que éste era un caso demasiado complicado. Justamente la especialidad de usted.

—Tonterías. Para todas las especialidades hay médicos muy capaces en París. ¿Por qué no llama a Martel? Es de los mejores cirujanos del mundo.

—¿No se figura por qué?

—Naturalmente. No quiere hacer mal papel delante de sus colegas. Con un médico refugiado e ilegal, es distinto. Éste tiene que callarse.

Veber lo miró.

—Es urgente. ¿Quiere ir?

Ravic se desprendió violentamente el cinturón de la bata.

—Naturalmente —dijo, furioso—. ¿Qué otra cosa voy a hacer? Pero únicamente si usted me acompaña.

—Bien. Podemos ir en mi coche.

Bajaron. El automóvil de Veber resplandecía al sol ante la puerta de la clínica. Subieron.

—Intervendré solamente si usted se queda —dijo Ravic—. De lo contrario, sabe Dios si ese tipo no me va a perjudicar.

—No creo que en este momento esté pensando en eso.

El coche arrancó.

—He visto otras cosas —dijo Ravic—. En Berlín conocí a un joven asistente que poseía todas las condiciones para ser buen cirujano. Su profesor efectuó una operación; estaba medio ebrio. Procedió mal. No dijo nada; dejó que el asistente prosiguiera; éste no se dio cuenta de nada; media hora más tarde, el profesor provocó una escena; le echó al joven la culpa del corte mal hecho. El paciente murió durante la operación. El joven, al día siguiente se suicidó. El profesor siguió operando y embriagándose.

Detuvieron la marcha en la avenida Marceau; una estrepitosa hilera de camiones desfilaba por la calle Galilée. El sol ardiente brillaba a través de las ventanillas. Veber apretó un botón del tablero. La capota del coche se deslizó suavemente hacia atrás. Dirigió una mirada orgullosa a Ravic.

—Lo hice colocar recientemente. Es automático. ¡Grandioso! Qué cosas se inventan ahora, ¿verdad?

El aire penetró por el techo descubierto. Ravic asintió.

—Sí, grandioso. El último grito lo constituyen las minas y los torpedos magnéticos. Lo he leído ayer en algún lado. Cuando yerran el blanco, dan vuelta en círculo hasta encontrarlo finalmente. Somos una raza extraordinariamente constructiva.

Veber volvió hacia él su roja cara. Irradiaba bondad.

—¡Usted con su guerra, Ravic! Estamos más distantes de ella que de la luna. Todo lo que se dice de ella no es sino un medio de presión política, nada más. ¡Créamelo!

La piel era de nácar azul. La cara, de color ceniza. Alrededor de ella llameaba, bajo la blanca luz de los focos, la plenitud de la rojiza cabellera. Llameaba alrededor del rostro de color ceniza, de tal modo que parecía casi indecente. Era lo único vivo, rabiosamente vivo, que clamaba... como si la vida ya hubiese abandonado el cuerpo y se aferrase únicamente de los cabellos.

La joven yacente era muy hermosa. Esbelta, alta, con un rostro al que ni siquiera las sombras de la más profunda inconsciencia podían desfigurar... Una mujer hecha para el lujo y el amor.

—La mujer sangraba un poco solamente. Demasiado poco.

—¿Abrió usted el útero? —preguntó Ravic a Durant.

—Sí.

—¿Y...?

Durant no contestó. Ravic alzó la vista. Durant lo estaba mirando fijamente.

—Bien —dijo Ravic—. Por el momento no necesitamos a las enfermeras. Somos tres médicos; es suficiente.

Durant hizo un movimiento y asintió. Las enfermeras y el asistente, se retiraron.

—¿Y...? —volvió a preguntar Ravic cuando se fueron.

—Usted mismo lo está viendo.

—No.

Ravic había visto; pero quería que Durant se pronunciara en presencia de Veber. Era más seguro.

—Un embarazo en el tercer mes. Hemorragias. Necesidad de legrado. Legrado. Aparente lesión de la pared interior.

—¿Y...? —siguió preguntando Ravic.

Miró la cara de Durant. Estaba llena de ira impotente. «Por esto me odiará para siempre —pensó—. Y porque Veber también lo está escuchando.»

—Perforación —dijo Durant.

—¿Con la cureta?

—Claro —dijo Durant después de un rato—. ¿Con qué otra cosa?

La hemorragia había cesado por completo. Ravic siguió el examen en silencio. Luego se irguió.

—Usted perforó sin darse cuenta. Al hacerlo hizo penetrar un nudo intestinal por la abertura. Sin darse cuenta de lo que era. Tomándolo tal vez por una membrana, fetal, lo raspó. Lo lesionó. ¿Es así?

Subitamente la frente de Durant se empapó de sudor. La barbilla, debajo de la máscara operatoria, se movía como si estuviera masticando un bocado demasiado grande.

—Es posible.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando?

—En total, hasta la llegada de ustedes, tres cuartos de hora.

—Hemorragia interna. El intestino delgado, lesionado. Sumo peligro de infección. Hay que coser el intestino, extraer el útero. En seguida.

—¿Qué? —preguntó Durant.

—Usted ya lo sabe —dijo Ravic.

Los ojos de Durant parpadearon.

—Sí, lo sé. Para eso no lo he hecho venir a usted.

—Eso es todo lo que puedo decir. Llame de nuevo a su gente y siga trabajando. Le aconsejo... rapidez.

Durant masticaba.

—Estoy demasiado excitado. ¿No quiere hacer usted la operación por mí?

—No. Como usted sabe, estoy ilegalmente en Francia y no tengo derecho a operar.

—Usted, so... —empezó Durant, y enmudeció.

«Curanderos, estudiantes a media carrera, masajistas, asistentes, pretenden ahora ser médicos alemanes...» Ravic no había olvidado lo que Durant le había dicho a Leval.

—Monsieur Leval me explicó algo sobre esto —dijo—, antes de mi expulsión.

Vio que Veber levantaba la cabeza. Durant no contestó.

—El doctor Veber puede hacer la operación por usted —dijo Ravic.

—Pero usted ha operado bastantes veces por mí. Si el precio...

—El precio no tiene nada que ver. Yo no opero más desde que regresé. Y mucho menos a pacientes que no han dado autorización para esta clase de operaciones.

Durant lo miró fijamente.

—Pero no se puede sacar ahora a la paciente de la anestesia para preguntárselo.

—Sí, se puede. Pero usted está arriesgando la infección.

El rostro de Durant estaba bañado en sudor. Veber se miró a Ravic e asintió.

—¿Sus enfermeras son de confianza? —preguntó Veber a Durant.

—Sí...

—Al asistente no lo necesitamos —dijo Veber a Ravic—. Somos tres médicos y dos enfermeras.

—Ravic... —Durant enmudeció.

—Usted debió haber llamado a Binot —declaró Ravic—. O a Mallon. O a Martel. Cirujanos de primera categoría.

Durant no contestó.

—¿Quiere declarar aquí, delante de Veber, que ha hecho una perforación del útero y que ha producido una lesión en un nudo intestinal, confundiendo con una membrana fetal? Tardó un rato.

—Sí —contestó luego, afónico, Durant.

—¿Está dispuesto, además, a declarar que nos pide, a Veber y a mí, como asistentes, presentes por casualidad, que practiquemos una histerectomía, una sección intestinal y una anastomosis?

—Sí.

—¿Quiere usted asumir la total responsabilidad de la operación, sus resultados y el hecho de que la paciente no está informada y no ha dado su consentimiento?

—Sí, naturalmente —graznó Durant.

—Bien. Llame a las enfermeras. Al asistente no lo necesitamos. Dígame que nos ha permitido a Veber y a mí asistirlo en un caso especial y complicado. Un compromiso anterior, o algo semejante. La anestesia puede practicarla usted mismo. ¿Deben esterilizarse las enfermeras otra vez?

—No es necesario. Son de confianza. No han tocado nada.

—Tanto mejor.

El vientre estaba abierto. Ravic extrajo, con extrema cautela, el nudo intestinal del orificio del útero, y lo envolvió, trozo por trozo, en gasas esterilizadas, para evitar la infección, hasta llegar a la parte perforada. Aisló con gasas, completamente, el útero.

—Embarazo extrauterino —dijo con un murmullo a Veber—. Mire aquí... mitad en el útero y mitad en el tubo. Ni siquiera se le pueden hacer a él muchos reproches. Un caso bastante raro. Sin embargo...

—¿Qué? —preguntó Durant, detrás de la mampara, desde la cabecera de la mesa—. ¿Qué dijo?

—Nada.

Abrió el intestino y efectuó la resección. Luego empezó rápidamente a cerrar las terminaciones abiertas y practicó una anastomosis lateral.

Sintió la intensidad de la operación. Olvidó a Durant. Ligó el tubo y las venas que lo irrigaban, y cortó la terminación del tubo. Luego inició la extirpación del útero. «¿Por qué no sangra esto mucho más? —pensó—. ¿Por qué no sangra esto más que el corazón, cuando se extirpa el milagro de la vida y la facultad de reproducirla?»

El hermoso ser allí yacente estaba muerto. Podía seguir viviendo, pero estaba muerto. Una rama seca en el árbol de las generaciones. Floreciente, pero sin el misterio del fruto. Desde los bosques carboníferos, gigantescos hombres monos habían luchado, evolucionando a través de miles de generaciones; los egipcios habían edificado templos. Grecia había florecido, la sangre había seguido fluyendo místicamente, evolucionando, evolucionando, hasta crear, finalmente a este ser que ahora había quedado estéril, como una espiga sin grano, y que ya no podría transmitir su sangre a un hijo o a una hija. La cadena había sido rota por la mano inhábil de Durant. ¿Pero no habían trabajado también para Durant miles de generaciones, no habían florecido también para él Grecia y el Renacimiento, para producir su inmunda barba puntiaguda?

—Es como para vomitar —dijo Ravic.

—¿Qué cosa? —preguntó Veber.

—Tantas cosas. —Ravic se irguió—. Ya está —contempló el pálido y terso rostro, la cabellera que fulguraba detrás de la máscara de la anestesia. Miró el balde en el que estaba aquella cosa sanguinolenta que había hecho tan hermoso este rostro. Luego miró a Durant—. Ya está —repetió.

Durant suspendió la anestesia. No miró a Ravic. Esperó que las enfermeras se llevaran la camilla. Luego marchó detrás de ella sin decir nada.

—Mañana pedirá cinco mil francos más por la operación —dijo Ravic a Veber—. Y declarará que le salvó la vida.

—Ahora no lo parece.

—Un día es mucho tiempo. Y el arrepentimiento es corto. Especialmente cuando se puede transformar en negocio.

Ravic se lavó. A través de la ventana, junto a la pila blanca, vio enfrente un alféizar con geranios rojos florecidos. Un gato gris estaba echado bajo los corimbos.

A la una de la madrugada telefoneó a la clínica de Durant desde el «Schéhérazade». La enfermera de turno declaró que la mujer estaba durmiendo. Que dos horas antes había estado intranquila. Veber había estado allí y le había dado un calmante suave. Todo parecía marchar bien.

Ravic abrió la puerta de la cabina telefónica. Una fuerte ráfaga de perfume hirió su olfato. Una mujer de cabello oxigenado, amarillo, pasó con un crujir de sedas, orgullosa y desafiante, hacia el gabinete higiénico para damas. El cabello de la mujer de la clínica era de un rubio legítimo. ¡De un rubio rojizo y fulgurante! Encendió un cigarrillo y volvió al «Schéhérazade». Allí, el eterno coro ruso, estaba cantando la eterna *Ojos negros*. Hacía veinte años que esa canción era cantada en todo el mundo. «Trágica, pero al cabo de veinte años corría peligro de tomarse ridícula —pensó Ravic—. No debía repetirse tanto.»

—Discúlpeme —dijo a Kate Hegstroem, pero tuvo que telefonar.

—¿Todo va bien?

—Hasta ahora sí.

«¿Por qué me lo pregunta? —pensó irritado—. Por cierto que con ella no todo marchaba tan bien.»

—¿Tiene usted aquí todo lo que desea? —señaló la garrafito de vodka

—No.

—¿No?

Kate Hegstroem negó con la cabeza.

—Es el verano —dijo Ravic—. En el verano no habría que estar siempre metidos en los cabarets. En el verano habría que estar sentados en la calle. Aunque fuera cerca del árbol más tuberculoso, con su reja alrededor.

Ravic alzó los ojos y dio de lleno en los de Jeanne. Ella debía de haber entrado justo cuando él estaba hablando por teléfono. Antes no estaba. Se hallaba sentada en el rincón frente a ellos.

—¿Quiere ir a otro lado? —preguntó a Kate Hegstroem.

Ella negó con un gesto de la cabeza.

—No, ¿y usted? ¿Cerca de algún árbol tuberculoso?

—Allí también el vodka está casi siempre tuberculoso. Éste es bueno.

El coro dejó de cantar y la música empezó a tocar un *blues*. Jeanne se puso de pie y se dirigió a la pista de baile. Ravic no podía verla bien. Tampoco a su acompañante. Solamente cuando el foco azul pálido rozaba con su luz la pista, ella aparecía, para volver luego a desaparecer en la semioscuridad.

—¿Operó usted hoy? —preguntó Kate

—Sí...

—¿Qué se siente después, cuando por la noche se está sentado en un cabaret? ¿Es como cuando se vuelve a la ciudad después de una batalla? ¿O de la enfermedad a la vida?

—No siempre. A veces, también, uno queda vacío simplemente.

En la pálida franja de luz los ojos de Jeanne eran transparentes. Lo miró. «No es el corazón el que se conmueve —pensó Ravic—. Es el estómago. Una sacudida en el plexo solar. Sobre esto se han escrito miles de poemas. Pero esta sacudida no viene de ti, carne hermosa y danzante... viene de la cámara oscura de mi cerebro... Es solamente un accidente, casual, esporádico, más vivo cuando te deslizas bajo la franja de luz.»

—¿No es ésa la mujer que cantaba aquí? —preguntó Kate Hegstroem.

—Sí.

—¿No canta más?

—Creo que no.

—Es hermosa.

—¿Sí?

—Sí. Es más que bella. Tiene un rostro en el cual vibra la vida.

—Es posible.

Kate Hegstroem observó a Ravic con los ojos entornados. Se sonrió. Era una sonrisa que podía terminar en lágrimas.

—Déme otro vodka y vayámonos —dijo.

Ravic sintió fijos en él los ojos de Jeanne, cuando se levantó. Tomó el brazo de Kate. No hubiera sido necesario; podía muy bien ir sola... pero le pareció que a Jeanne no le haría mal verlo.

—¿Quiere hacerme un favor? —preguntó Kate Hegstroem, cuando estuvieron en su habitación del «Lancaster».

—Seguramente. Si puedo.

—¿Quiere ir conmigo al baile Montfort?

—¿Qué es eso, Kate? Nunca he oído hablar de eso.

Ella se sentó en una silla. La silla era demasiado grande. Y ella parecía frágil, como una estatuilla de danzarina china. La piel de sus mejillas estaba más tensa.

—El baile Montfort es el mayor acontecimiento social veraniego de París —dijo—. Es el próximo viernes en la casa y en el jardín de Louis Montfort. ¿Esto no le dice nada?

—¡Nada!

—¿Quiere acompañarme?

—¿Podré hacerlo?

—Yo le procuraré una invitación.

Ravic la miró.

—¿Por qué, Kate?

—Me gustaría ir. No quisiera ir sola.

—Si no, ¿tendría que ir sola?

—Lo haría. No quiero ir con uno de esos de antes. Ahora no puedo soportarlos. ¿Comprende?

—Sí.

—Es el último y más hermoso *garden party* de París. En estos últimos cuatro años siempre asistí. ¿Me hará este favor?

Ravic sabía por qué quería ir con él. Se sentiría más segura. No podía negarse.

—Muy bien, Kate —dijo—. No es necesario que me haga enviar invitación especial. Creo que el saber que alguien va con usted, será suficiente.

Ella asintió.

—Naturalmente. Gracias, Ravic. Mañana llamaré por teléfono a Sophie Montfort.

Él se puso de pie.

—Entonces, pasará a buscarla el viernes. ¿Cómo irá vestida?

Ella alzó los ojos hacia él. La luz arrancó un vivo reflejo a su cabello peinado muy liso. «Una cabeza de lagarto», pensó Ravic. La fina, rígida y enjuta elegancia de la perfección sin cesar, que nunca puede ser lograda por la salud.

—Esto es lo que no le he dicho aún —dijo ella tras un instante de vacilación—. Se trata de un baile de máscaras, Ravic. Un *garden party* en la Corte de Luis XIV.

—¡Dios mío! —Ravic volvió a sentarse.

Kate Hegstroem rió. Fue una risa imprevisiblemente espontánea e infantil.

—Ahí hay un buen coñac añejo —dijo—. ¿Le hace falta?

Ravic negó con la cabeza.

—¡Las cosas que se le ocurre a la gente!

—Todos los años hacen algo parecido.

—Eso significa que yo...

—Yo me encargaré de todo —lo interrumpió rápidamente Kate—. Usted no tiene que preocuparse por nada. Yo le conseguiré el disfraz. Algo sencillo. No tendrá que probárselo siquiera. Déme solamente sus medidas.

—Ahora sí que necesitaré un coñac, creo —dijo Ravic.

Kate Hegstroem le alcanzó la botella.

—Ahora no me diga que no.

Ravic bebió. «Doce días —pensó—. Doce días, hasta que Haake vuelva a París. Doce días que hay que pasar. Doce días...» Su vida no poseía más que eso y él no podía pensar más allá. Doce días... Detrás de ellos se abría el precipicio. No importaba el empleo que diera a ese tiempo. Un baile de máscaras... ¿Qué era grotesco, aún, en esas semanas inciertas?

—Está bien, Kate.

Volvió a la clínica de Durant. La mujer de los cabellos de color rojo oro dormía. Gruesas gotas de sudor brillaban sobre su frente. El rostro estaba coloreado y la boca levemente entreabierta.

—¿Fiebre? —preguntó a la enfermera.

—Treinta y siete y ocho.

—Bien.

Se inclinó más sobre el rostro húmedo. Sintió su aliento. Ya no había éter en él. Era un aliento fresco como las adelfas. «Las adelfas... —recordó—. Una pradera en la montaña, en la Selva Negra, un arrastrar sin aliento bajo el sol ardiente; más abajo los gritos de los perseguidores... y el aroma aturdidor de las adelfas. Es extraño: todo se puede olvidar, excepto los olores.» Adelfas... Aun al cabo de veinte años su perfume haría alzarse ante él, desde los polvorientos rincones de la memoria, la escena de la fuga por la Selva Negra, como si hubiese sucedido ayer. «No dentro de veinte años —reflexionó—, dentro de doce días.»

Marchó a pie por la calurosa ciudad, hasta el hotel. Eran aproximadamente las tres de la mañana. Subió la escalera. Delante de su puerta había un sobre blanco. Lo alzó. Tenía escrito su nombre, pero no llevaba franqueo. «Jeanne», pensó, y lo abrió. Cayó un cheque. Era de Durant. Ravic miró con indiferencia la cantidad. Luego volvió a mirarla. No quería creerlo. No eran los acostumbrados doscientos francos. Eran dos mil. «Debe de haber sentido un miedo enorme», pensó. Dos mil francos, dados por Durant voluntariamente... Era la octava maravilla del mundo.

Guardó el cheque en su billetera y puso una cantidad de libros sobre la mesilla de noche. Los había comprado dos días antes para leerlos en el caso de no poder conciliar el sueño. Algo extraño le ocurría con los libros. Eran cada vez más importantes para él. No podían sustituirlo todo, pero penetraban hasta donde ninguna otra cosa penetraba. Recordó que durante los primeros años no había abierto ni uno; habían sido una cosa pálida en comparación con lo sucedido. Pero ahora, eran ya una barrera... Aunque no protegieran, era posible apoyarse en ellos. No prestaban gran auxilio; pero en una época en la que se estaba retrocediendo hacia la sombra, preservaban de la suprema desesperación. Eso era suficiente. Alguna vez habían sido expresados pensamientos que hoy eran despreciados y burlados; pero habían sido pensados y permanecerían, y eso era suficiente.

Antes de que pudiera empezar a leer, sonó el teléfono. No atendió. Sonó durante largo rato. Unos minutos más tarde, cuando terminó de llamar, descolgó el auricular y preguntó a la portera quién lo había llamado.

—No dio el nombre —contestó el portero. Ravic notó que estaba comiendo.

—¿Era una mujer?

—Sí.

—¿Con acento extranjero?

—No sé.

El hombre siguió comiendo. Ravic llamó a la clínica de Veber. Nadie había telefonado desde allí. Tampoco desde la clínica de Durant. Llamó también al «Hotel Lancaster». La telefonista le dijo que de allí nadie había llamado a su número. Por consiguiente, tenía que haber sido Jeanne. Probablemente habría telefonado desde el «Schéhérazade».

Al cabo de una hora, el teléfono volvió a sonar. Ravic dejó el libro. Se levantó y se dirigió a la ventana. Se acodó en el alféizar y esperó. La ligera brisa le trajo un aroma de lirios. El refugio de Wiesenhoff había sustituido con ellos a los claveles, que habían dejado de florecer. Ahora, en las noches calurosas, la casa olía como una capilla de cementerio o como un jardín de convento. Ravic no sabía si Wiesenhoff lo había hecho por piedad hacia el viejo Goldberg o simplemente porque los lirios florecían bien en cajones de madera. El teléfono dejó de llamar. «Tal vez podré dormir esta noche», pensó, y volvió a la cama.

Jeanne llegó cuando él dormía. Encendió inmediatamente la luz principal y se quedó parada en el umbral. Él abrió los ojos.

—¿Estás solo? —inquirió ella.

—No. Apaga la luz y vete.

Ella vaciló un instante. Luego se adelantó y abrió la puerta del cuarto de baño.

—Mentira —dijo, y sonrió.

—Vete al diablo. Estoy cansado.

—¿Cansado? ¿De qué?

—Cansado. Adiós.

Ella se acercó.

—Acabas de llegar. Te he llamado por teléfono cada diez minutos.

Lo miró de soslayo. Él no le dijo que mentía. Ella se había cambiado de ropa. «Se acostó con ese individuo, lo mandó a su casa y ahora vino para sorprenderme a mí y a Kate Hegstroem, que creyó que estaba aquí, a fin de demostrar que soy un endiablado mujeriego en cuya casa las mujeres entran de paso por la noche, y del que hay que tener cuidado», pensó Ravic. Involuntariamente sonrió. De manera lamentable todo plan perfecto le provocaba admiración, aun cuando estuviere dirigido contra él.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Jeanne con viveza.

—Me río. Eso es todo. Apaga la luz. Te da un aspecto terrible. Y vete.

Ella no hizo caso.

—¿Quién era la ramera con quien estabas?

Ravic se incorporó a medias.

—Vete o te tiro algo por la cabeza.

—¡Ah, sí...! —lo seguía observando—. ¡A eso hemos llegado!

Ravic tomó un cigarrillo.

—No seas ridícula. Estás viviendo con otro hombre y vienes aquí a hacer una escena de celos. Vuelve con tu actor y déjame tranquilo.

—Ésa es cosa muy distinta —dijo ella.

—Naturalmente.

—¡Naturalmente que es algo distinto! —estalló ella de improviso—. Sabes muy bien que es distinto. Es algo de lo que no soy culpable. No soy feliz por eso. Llegó, no sé cómo...

—Siempre llega sin que se sepa cómo...

Ella lo miró fijamente.

—¡Tú, tú que eras siempre tan seguro! ¡Eras tan seguro que una podía volverse loca! ¡No había nada que pudiera arrancarte de tu seguridad! ¡Yo odiaba tu superioridad! ¡Cuántas veces la odié! ¡Yo necesito entusiasmos! ¡Yo necesito alguien que no pueda vivir sin mí! Tú puedes vivir sin mí. ¡Siempre pudiste! No me necesitas. ¡Eres frío! ¡Eres vacío! ¡No sabes nada del amor! ¡Tú nunca exististe realmente para mí! ¡Yo mentía aquella vez que te dije que esto había ocurrido porque habías estado dos meses ausente! ¡Lo mismo hubiera ocurrido si hubieras permanecido aquí! ¡No te rías! ¡Yo conozco las diferencias, me doy cuenta de todo; sé que el otro no es inteligente, y que no es como tú, pero se desvive por mí, nada cuenta para él fuera de mí, no piensa sino en mí, no desea otra cosa sino a mí, no sabe más que de mí, y eso es lo que yo necesito!

Estaba de pie delante de la cama, respirando afanosamente. Ravic tomó una botella de calvados.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó.

Ella no contestó inmediatamente.

—Tú lo sabes —dijo luego en voz baja—. ¿Por qué lo preguntas?

Él llenó un vaso y se lo alcanzó.

—No quiero beber —declaró ella—. ¿Quién era esa mujer?

—Una paciente. —Ravic no tenía ganas de mentir—. ¡Una mujer que está muy enferma!

—No es cierto. Trata de mentir mejor. Una mujer enferma está en un sanatorio y no en un cabaret.

Ravic dejó el vaso. La verdad a veces parece improbable.

—Es cierto.

—¿La amas?

—¿Qué te importa?

—¿La amas?

—Pero en realidad, ¿qué te importa, Jeanne?

—¡Todo! Mientras no ames a nadie... —se interrumpió.

—Hace unos instantes llamaste prostituta a esa mujer. ¿Cómo puedes hablar de amor?

—Lo dije porque sí. Me di cuenta en seguida de que no lo era. Por eso lo dije. Por una prostituta no hubiera venido. ¿La amas?

—¡Apaga la luz y vete!

Ella se acercó.

—Lo sabía. Lo ví.

—Vete al diablo —dijo Ravic—. Estoy cansado. Vete al diablo tú y tu charada estúpida, que crees algo nunca visto... Uno para la embriaguez, el rápido amor, tu carrera... Y el otro, al que se le explica que se lo ama con más profundidad y de otro modo... como puerto para los intervalos, siempre que el asno aguante. ¡Vete al diablo! Para mí, tienes demasiadas especies de amor.

—No es cierto. No como tú lo dices. Es diferente. No es cierto. Quiero volver contigo. Volveré contigo.

Ravic llenó otra vez su vaso.

—Es posible que lo quieras. Pero es sólo un engaño. Engaño que lamentablemente te estás haciendo a ti misma, para superar este momento. No volerás nunca.

—Volveré.

—No. Y si volvieras, sería por poco tiempo. Entonces aparecerá otro, que no te querrá más que a ti, solamente a ti, y así siempre. Un espléndido porvenir para mí.

—¡No, no! Me quedaré contigo.

Ravic rió.

—Querida mía —dijo casi con ternura—, no te quedarás conmigo. No se puede encerrar al viento. Ni el agua. Si se hace, se pudren. El viento encerrado se convierte en aire estancado. Tú no has nacido para permanecer.

—Tú tampoco.

—¿Yo?

Ravic apuró su vaso. «La de los cabellos de rojo oro de esta mañana... —pensó—. Después Kate Hegstroem, con la muerte en el vientre y la piel como seda frágil... Y ahora ésta, desconsiderada, ávida de vivir, extraña a sí misma y sin embargo conociéndose a sí misma más de lo que cualquier hombre podrá conocerla jamás, y llena de entusiasmo, fiel en el más extraño sentido e infiel como su madre, la Naturaleza, impulsando e impulsada, queriendo obtener y abandonando.»

—¿Yo? —repitió—. ¿Qué sabes tú de mí? ¿Qué sabes tú del amor que llega a una vida en la cual todo se ha vuelto dudoso? ¿Qué significa tu embriaguez sin importancia, frente a eso? ¿Cuándo en la interminable caída surge súbitamente algo que te detiene? ¿Cuándo el interminable «¿por qué?» se convierte en un: «Finalmente tú»? ¿Cuándo, de pronto, COMO un espejismo en el desierto del silencio, se levanta el sentimiento, toma forma, y por sobre las manos impotentes del malabarismo de la sangre se convierte en paisaje frente al cual todos los sueños son mortecinos y burgueses? Paisaje de plata, ciudad de filigrana y de cuarzo rosado, resplandeciendo como el brillante reflejo de la sangre que florece... ¿Qué sabes tú de eso? ¿Crees que se puede hablar de ello tan fácilmente? ¿Que una lengua pueda grabarlo apresuradamente en el clisé de las palabras y de los sentimientos? ¿Qué sabes tú de los momentos en que se abren las tumbas y uno se queda delante, temeroso, frente a las innumerables, incoloras noches del ayer... pero se abren y ya no palidecen los esqueletos y solamente queda la tierra? Tierra, fértil brote, primer verdor ya. ¿Qué sabes tú de eso? Tú amas la embriaguez, la subyugación, ese extraño otro yo que dentro de tu ser quiere hundirse y que no se hundirá jamás; tú amas el engaño tempestuoso de la sangre, pero tu corazón permanecerá vacío... ya que no se conserva nada más que lo que crece en uno mismo. Y en una tempestad no crece mucho. Es en las vacías noches de la soledad donde algo crece... cuando uno desespera. ¿Qué sabes tú de eso?

Había hablado lentamente, sin mirar a Jeanne, como si la hubiese olvidado. Volvió los ojos hacia ella.

—¿Qué estoy diciendo? —dijo—. Cosas viejas y tontas. He tomado demasiado hoy. Vamos, bebe algo tú también y vete.

Ella se sentó sobre la cama, a su lado, y tomó el vaso.

—He entendido —dijo.

Su rostro había cambiado. «Como un espejo —pensó él—. Nuevamente, como siempre, refleja lo que uno habla frente a él.» Se había vuelto concentrado y hermoso.

—He entendido —repitió ella—. Y a veces lo sentí también. Pero, Ravic, por tu amor al amor y a la vida, muchas veces me olvidabas. Yo era un motivo. Y después te ibas a tus ciudades plateadas y te acordabas muy poco de mí.

Él la miró prolongadamente

—Tal vez —dijo.

—Tú estabas tan ocupado contigo mismo, descubrías tantas cosas dentro de ti, que yo quedaba al margen de tu vida.

—Tal vez. Pero sobre ti nada se puede edificar, Jeanne. Y tú lo sabes.

—¿Hubieras querido hacerlo?

—No —respondió Ravic, tras una corta reflexión. Luego sonrió—. Cuando uno es un emigrado de todo aquello que era firme, a veces se encuentra en situaciones extrañas. Y hace cosas extrañas. No; naturalmente, no lo quería. Pero el que posee una sola oveja, a veces quiere hacer tantas cosas con ella...

De pronto, la noche estuvo llena de paz. Era como una de esas noches en que, hacía una eternidad, Jeanne estaba acostada a su lado. La ciudad se hallaba lejana, lejana..., era

nicamente un suave zumbido en el horizonte; la cadena de las horas estaba desprendida y el tiempo era tan silencioso como si estuviese detenido. De nuevo se hallaba presente lo más simple y lo más inconcebible del mundo, dos seres humanos que conversaban, cada uno para sí mismo. Y algunos sonidos, llamados palabras, formaban sin embargo idénticas presentaciones y sentimientos en la masa palpitante detrás de los huesos de los cráneos... y de las vibraciones sin sentido de las cuerdas vocales y de sus inexplicables reacciones sobre las viscosas y grises sinuosidades, se levantaban de nuevo, repentinamente, cielos en los que se reflejaban nubes, arroyos, pasados, el florecimiento y la marchitez y el saber resignado.

—Me amas, Ravic... —dijo Jeanne y casi no fue como una pregunta.

—Sí. Pero hago cuanto puedo por desprenderme de ti.

Lo dijo tranquilamente, como algo que afectara poco a ambos. Ella no lo notó.

—No alcanzo a imaginar que un día no volvamos a estar juntos. Durante un tiempo, sí. Pero no para siempre. Nunca para siempre —repitió y un estremecimiento corrió sobre su piel—. *Nunca* es una palabra terrible, Ravic. No puedo imaginar que nunca más volveremos a estar juntos.

Ravic no contestó.

—Deja que me quede —dijo ella—. No me iré nunca más. Nunca.

—Te irías mañana. Lo sabes.

—No puedo imaginar, cuando estoy aquí, que no he de quedarme.

—Es lo mismo. También lo sabes.

El hueco en medio del tiempo. De nuevo la pequeña cámara iluminada de la habitación, la misma de antes... Y allí también el ser que se ama, y de un modo extraño, ya no era más el mismo ser. Uno podía tocarlo con sólo extender un brazo y, sin embargo, ya no podía alcanzarlo más...

Ravic dejó el vaso sobre la mesita.

—Tú sabes que te irías de nuevo... mañana, pasado mañana, algún día... —dijo.

Jeanne bajó la cabeza.

—Sí.

—Y si volvieras, sabes que te irías de nuevo.

—Sí.

Ella levantó el rostro. Estaba bañado en lágrimas.

—¿Qué es eso, Ravic? ¿Qué es?

—Yo tampoco lo sé —sonrió levemente—. El amor, a veces, no es muy alegre, ¿verdad?

—No —ella lo miró—. ¿Qué sucede con nosotros, Ravic?

Él se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo sé, Jeanne. Quizá porque ya no tenemos otra cosa a que aferramos. Antes uno tenía mucho... seguridad, base, fe, rumbos... Todos eran sostenes amables, de los que uno podía asirse cuando el amor lo sacudía. Hoy uno no tiene nada... a lo sumo un poco de desesperación, un poco de coraje, y aparte de eso, extrañeza, por dentro y por fuera.

Cuando el amor vuela hacia uno... es como una antorcha en paja seca. Uno no se posee más que a sí mismo. Eso lo torna diferente... más salvaje, más importante y más destructor —llenó nuevamente su vaso—. No hay que pensar demasiado sobre esto. No estamos en situación de pensar mucho. Nos destruye. Y nosotros no queremos destruirnos, ¿verdad?

Jeanne movió la cabeza.

—No. ¿Quién era esa mujer, Ravic?

—Una paciente. Ya había ido con ella una vez allí. Cuando tú todavía cantabas. Hace cien años. ¿Estás haciendo algo, ahora?

—Pequeñas partes. Creo que no soy competente. Pero gano lo suficiente como para vivir independiente. Quiero poder irme en cualquier momento. No tengo ambiciones.

Sus ojos estaban secos. Terminó el vaso de calvados y se levantó. Parecía cansada.

—¿Por qué todo eso es así, dentro de uno, Ravic? ¿Por qué? Debe existir una causa. Si no no preguntaríamos.

Él sonrió sombríamente.

—Ésta es la pregunta más antigua de la Humanidad, Jeanne. ¿Por qué...? La pregunta contra la que se han estrellado hasta ahora todas las lógicas, todas las filosofías y todas las ciencias...

Ella se iba. Se iba. Estaba cerca de la puerta. Algo estalló dentro de Ravic. Se iba. Se iba. Él se incorporó. Repentinamente le pareció imposible, todo le pareció imposible; solamente una noche más, una noche, una vez más esa cara durmiendo sobre su hombro; mañana se podría luchar, una vez más ese aliento a su lado, una vez más la dulce ilusión en medio de la caída, el dulce engaño; «no te vayas, no te vayas, morimos sufriendo y vivimos sufriendo, no te vayas, no te vayas, ¿qué tengo yo? ¿De qué me sirve mi coraje desnudo? ¿Adonde somos arrastrados? ¡Sólo tú eres real! ¡Clarísimo sueño! ¡Ah, praderas de asfódelos del olvido! ¡Sólo una vez más! ¡Una vez más, la chispa de eternidad! ¿Para quién me conservo? ¿Para qué oscura incertidumbre...? Enterrado, perdido, sólo doce días me quedan de vida, doce días y tras ellos no hay nada; doce días y esta noche, piel brillante, ¿por qué viniste justamente esta noche que, desprendida de las estrellas, flota en las nubes de un viejo sueño? ¿Por qué traspusiste las barricadas de esta noche en la que no vive más que nosotros? ¿No se levantaba una ola? ¿No se arrojaba...?»

—Jeanne —dijo.

Ella se volvió. De pronto, un desalentado resplandor salvaje brilló en su rostro. Dejó caer sus cosas y se abalanzó hacia él

El automóvil se detuvo en la esquina de la calle Vaugirard.

—¿Qué sucede? —preguntó Ravic.

—Un desfile —el chófer no se dio vuelta—. Esta vez son los comunistas.

Ravic miró a Kate Hegstroem. Estaba sentada en su rincón, fina y delicada, con su disfraz de dama de la Corte de Luis XIV. Su cara estaba muy maquillada. Sin embargo, aparecía pálida. Los huesos sobresalían en las sienes y en las mejillas.

—Está bien —dijo él—. Julio de 1939. Un desfile fascista de los *Croix de Feu*, hace cinco minutos... Ahora uno de comunistas... Y nosotros, en el medio, con el disfraz del gran siglo XVII. Está bien, Kate.

—No importa —ella sonrió.

Ravic bajó la mirada hacia sus escaupines. La ironía de la situación era grande. Ni era necesario pensar que cualquier policía podía arrestarlo...

—¿Debo tomar otro camino? —preguntó el chófer de Kate Hegstroem.

—Ya no puede dar vuelta —dijo Ravic—. Hay demasiados coches detrás de nosotros.

Los manifestantes marchaban tranquilamente por la calle transversal. Llevaban banderas y carteles. Nadie cantaba. Gran número de policías acompañaba el desfile. En la esquina de la calle Vaugirard estaba apostado otro grupo de policías disimuladamente. Tenían sus bicicletas consigo. Uno de ellos patrullaba la calle. Miró dentro del coche de Kate Hegstroem. Sin cambiar de expresión siguió caminando.

Kate Hegstroem vio la mirada de Ravic.

—No se sorprendió —dijo—. «Ya» lo sabe. La Policía lo sabe todo. El baile de los Montfort es el suceso de la temporada. La casa y el jardín estarán rodeados de policías.

—Esto me tranquiliza extraordinariamente.

Kate Hegstroem sonrió. Ignoraba la situación de Ravic.

—Tardarán en volver a reunirse tantas joyas en París. Disfraces legítimos, con alhajas legítimas. La Policía no se expone a ningún riesgo. En la fiesta, con toda seguridad, también habrá detectives.

—¿Disfrazados?

—Es posible. ¿Por qué?

—Es bueno saberlo. Yo me había propuesto robar las esmeraldas de Rothschild.

Kate Hegstroem bajó la ventanilla.

—A usted lo aburre, lo sé. Pero esta vez no le servirá de nada.

—No me aburre. Al contrario. No hubiera sabido qué hacer. ¿Hay bebida en abundancia?

—Creo que sí. Pero puedo hacerle una seña al *head-butler*. Lo conozco bastante bien.

Se oían los pasos de los manifestantes sobre el empedrado. No marchaban. Avanzaban desordenadamente. Hacían un ruido como si pasara un rebaño cansado.

—¿En qué siglo desearía vivir usted, si pudiera elegir?

—En éste. De lo contrario, ya estaría muerto y algún idiota llevaría mi disfraz a esta fiesta.

—No quise decir eso. Le preguntaba en qué siglo desearía volver a vivir su vida.

Ravic contempló la manga de terciopelo de su disfraz.

—Es inútil —dijo—. En el nuestro. Es el más piojoso, el más sangriento, el más corrompido, el más incoloro, el más cobarde y el más sucio... pero, sin embargo...

—Yo, no. —Kate Hegstroem se restregó las manos como si sintiese frío. El blando brocado caía sobre sus delgadas muñecas—. En éste, no —dijo—. En el siglo XVII o en alguno anterior. En cualquiera... menos en el nuestro. Lo sé sólo desde hace un par de meses. Antes nunca había pensado en ello —bajó del todo la ventanilla—. ¡Qué calor hace! ¡Y qué pesado está el tiempo! ¿Tardará mucho en pasar el desfile?

—No. Este es el final.

Un disparo partió desde la calle de Cambronne.

En un instante, los policías de la esquina montaron en sus bicicletas. Una mujer lanzó un chillido. Un súbito rugido contestó desde la multitud. La gente empezó a correr. En medio de ella, los policías pedaleaban, esgrimiendo sus bastones.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kate Hegstroem asustada.

—Nada. Una cubierta que ha estallado.

El chófer se dio vuelta. Su rostro estaba alterado.

—¡Estos...!

—¡Arranque! —lo interrumpió Ravic—. Ahora puede pasar.

El cruce de la calle estaba vacío como si una ráfaga de viento lo hubiese barrido.

—¡Arranque! —repitió Ravic.

Desde la calle Cambronne llegaban gritos. Se oyó un segundo disparo. El chófer arrancó.

Se hallaban en la terraza que daba al jardín. Ya estaba todo lleno de máscaras. En la espesa sombra de los árboles las rosas estaban en flor. Las velas, dentro de los faroles, daban una luz llameante y cálida. En un pabellón, una pequeña orquesta ejecutaba un minué. Todo aquello producía la sensación de un Watteau viviente.

—¿Le gusta? —preguntó Kate Hegstroem.

—Sí.

—¿De veras?

—Sí, Kate. Por lo menos así, de lejos.

—Venga. Vamos a pasear por el jardín.

Bajo los altos y viejos árboles se desplegaba un cuadro irreal. La titilante luz de innumerables velas hacía centellear los brocados de plata y oro, los preciosos terciopelos de color azul antiguo, rosa y verde mar; arrojaba suaves reflejos sobre pelucas y hombros desnudos y empolvados, en torno a los cuales jugueteaba el delicado rielar de los violines; parejas y grupos erraban despaciosamente; chispeaban empuñaduras de espadas; susurraba una fuente y los setos podados de boj formaban un oscuro fondo estilizado.

Ravic observó que hasta los sirvientes se hallaban vestidos al estilo de la época. Pensó que, entonces, también los detectives lo estarían. «No estaría mal —pensó— ser arrestado por un Molière o un Racine o, para variar, por un enano de la Corte.»

Alzó la vista. Una gota pesada y caliente había caído sobre su mano. El cielo rojizo se había oscurecido.

—Va a llover, Kate —dijo.

—No. Es imposible. El jardín...

—¡Le digo que sí! ¡Venga, rápidol!

La tomó por el brazo y la condujo hasta la terraza. Apenas habían llegado se desencadenó la lluvia. El agua caía a torrentes; las velas empezaron a apagarse; los adornos de las mesas, a los pocos segundos, colgaban como trapos desteñidos y el pánico cundió entre la gente. Marquesas, duquesas y damas cortesanas se precipitaban con las faldas de brocado levantadas, hacia la terraza; condes, excelencias y mariscales de campo trataban de protegerse las pelucas apretujándose entre sí como espantadas gallinas multicolores. El agua se escurría por las coletas, los cuellos y los escotes, diluyendo el polvo y los coloretes. Un pálido relámpago iluminó el jardín con luz inmaterial y un trueno retumbó sordamente en pos de él.

Kate Hegstroem estaba inmóvil, bajo la marquesina de la terraza, apretada fuertemente contra Ravic.

—Esto no había sucedido nunca —dijo desconsoladamente—. He estado muchas veces aquí. Nunca había pasado. En ningún año.

—Una espléndida oportunidad para las esmeraldas.

—Sí. ¡Dios mío...!

Los sirvientes, cubiertos con impermeables, corrían por el jardín con paraguas. Sus escaupines de seda resaltaban de un modo extraño debajo de los impermeables. Acompañaban a las últimas extraviadas y empapadas damas cortesanas hasta la terraza, y luego volvían en busca de los abrigos y demás objetos perdidos. Uno traía un par de zapatos dorados. Eran delicados y los llevaba cuidadosamente en sus gruesas manos. El agua caía sobre las mesas vacías. Tronaba sobre la marquesina tendida, como si el cielo estuviera tamborileando una desconocida diana con palillos de cristal.

—Entremos —dijo Kate Hegstroem.

Las salas del edificio no eran, ni con mucho, suficientes para la gran cantidad de invitados. Evidentemente, nadie había previsto el mal tiempo. Adentro aún se mantenía el bochorno del día. El apretujamiento aumentaba el calor. Los amplios disfraces de las mujeres estaban ajados. Las colas de seda se rasgaban bajo los pies que las pisoteaban. Era casi imposible moverse.

Ravic hablaba a Kate Hegstroem junto a una ' puerta. Delante de él una noble marquesa de Montes— j pan con el cabello húmedo y desgreñado respiraba,] afanosamente. Un collar de diamantes de forma del peras le rodeaba el cuello, que tenía los poros dila— tados. En ese momento parecía una verdulera empapada por la lluvia en Carnaval. Al lado de ella tosía un hombre calvo, sin barbilla. Ravic lo conocía: ' era Blancher, de la oficina de Relaciones Exteriores, disfrazado de Colbert. Dos hermosas y esbeltas damas cortesanas, de silueta de galgo, se encontraban delante de él; un barón judío, gordo, ruidoso, con un sombrero lleno de pedrería, les toqueteaba, lleno de gozo, los hombros. Un par de sudamericanos, disfrazados de pajes, lo observaban atentamente y con asombro. Entre ellos se hallaba la condesa de Bellin, disfrazada de Lavallière, con rostro de ángel caído y muchos rubies. Ravic recordó haberla operado de los ovarios, con diagnóstico de Durant. Era éste, en resumidas cuentas, el terreno de Durant. A pocos pasos de distancia reconoció a la joven y muy rica baronesa de Remplart. Se había casado con un inglés y ya no tenía útero. Ravic se lo había extraído. Un diagnóstico errado de Durant. Cincuenta mil francos de honorarios. La secretaria de Durant se lo había dicho. Ravic había recibido doscientos francos... La mujer había perdido diez años de su vida y la posibilidad de tener hijos.

El olor de la lluvia. La muerta y calurosa pesadez que se mezclaba con las emanaciones de los perfumes, de la piel y de los cabellos mojados. Los rostros, layados por la lluvia, estaban más desnudos, debajo de sus pelucas, que estuvieran jamás sin disfraz. Ravic paseó la mirada en torno. Vio muchas bellezas; vio también espíritus y sabidurías escépti— cas..., pero su ojo estaba habituado igualmente a descubrir las más leves señales de la enfermedad y no se dejaba engañar fácilmente por las superficies perfectas. Sabía que cierta clase social, en todos los siglos, grandes o pequeños, era siempre la misma..., pero también sabía lo que era la fiebre y la decadencia y conocía sus síntomas. Tibia promiscuidad; tolerancia de la debilidad; ironía sin fuerzas; ingenio indiscreto; la agudeza por la agudeza misma; sangre cansada, despiñarrado su ardor en la ironía, en insignificantes aventuras, en mezquinos anhelos, en refinados fatalismos, en una lánguida inutilidad. «Desde aquí no será salvado el mundo —pensó—. Pero, ¿desde dónde entonces?»

Miró a Kate Hegstroem.

—No va a conseguir nada para beber —dijo ella—. Los sirvientes no pueden pasar.

—No importa.

Paulatinamente fueron empujados a la habitación contigua. Contra la pared había mesas con champaña, traídas desde afuera apresuradamente.

En algún lado había varios candelabros. A través de su débil luz, los relámpagos zigzagueaban desde afuera, arrojando los rostros, por instantes, en una palidez fantasmagórica y de muerte. Luego retumbaba el trueno sobreponiéndose a las voces y dominándolas, amenazador... hasta que volvía a aparecer la débil luz de los candelabros y con ella la vida y el sofocante calor.

Ravic señaló las mesas con el champaña.

—¿Quiere que le traiga algo de allá?

—No. Hace demasiado calor. —Kate Hegstroem lo miró—. ¡Y éste es mi baile!

—Quizás escampe pronto.

—No. Y aunque así fuera... ya está echado a perder. ¿Sabe lo que quisiera? Irme...

—Bien. Yo también. Esto se parece a los momentos antes de la Revolución Francesa. Se aguarda, a cada momento, a los *sansculottes*.

Tardaron mucho en llegar a la salida. El traje de Kate Hegstroem tenía un aspecto tal como si hubiese dormido vestida con él. Afuera la lluvia caía pesada y recta. Las casas de enfrente parecían hallarse en el escaparate de una floristería, chorreando agua.

El automóvil arrancó zumbando.

—¿A dónde quiere ir? —preguntó Ravic—. ¿De vuelta al hotel?

—Todavía no. Pero no podemos ir a otra parte con estos disfraces. Podemos pasear un rato en el coche.

—Bueno.

El automóvil se deslizaba lentamente por el París nocturno. La lluvia golpeaba sobre el techo y ahogaba, casi, todos los demás ruidos. El Arco de Triunfo resaltaba gris en el plateado fluir y desaparecía. El Rond Point exhalaba aroma de flores y fresca, una ola multicolor en plena embriaguez. A lo lejos, como un mar con sus tritones y monstruos marinos, surgía la plaza de la Concorde. La calle de Rivoli se acercaba, como flotando, con sus arcadas iluminadas, fugaz brillo de Venecia, antes de que surgiera el Louvre, gris y eterno, con su inmenso patio y todas sus ventanas a oscuras. Después aparecían los *quais*, los puentes, oscilando irreales en ei suave fluir. Gabarras, un remolcador con una luz cálida, consoladora, como si albergase a mil patrias. El Sena. Los bulevares, con ómnibus, ruido, hombres y tiendas. La reja de hierro del Luxemburgo; detrás, el parque, como un poema de Rilke. El cementerio de Mont— paraasse, silencioso, abandonado. Las viejas y angostas calles, densamente apretujadas, casas, plazas tranquilas, abriéndose sorprendentemente, con árboles; fachadas alabeadas, iglesias, monumentos deteriorados por el tiempo. Faroles de luz trémula bajo la lluvia, *pissoirs* alzándose como pequeñas fortalezas, las calles de las casas de citas, y entre ellas las calles del pasado, sonriendo, desde el puro rococó y el barroco de las fachadas de sus casas, puertas cocheras envueltas en sombra crepuscular como en las novelas de Proust...

Kate Hegstroem estaba sentada en su rincón y callaba. Ravic fumaba. Veía la punta encendida del cigarrillo pero no saboreaba el humo. Era como si estuviese fumando, en la oscuridad del automóvil, un cigarrillo sin cuerpo, y, poco a poco, le fue pareciendo que todo era irreal. El viaje, el automóvil silencioso bajo la lluvia, las calles que se deslizaban, la mujer quieta en su rincón y en su disfraz sobre el que pasaban los reflejos de las luces, las manos ya marcadas por la muerte y que yacían inmóviles sobre el brocado, como si jamás hubieran de volver a moverse... Era un viaje espectral, a través de un París espectral, extrañamente transfundido por un impensado saber y una tácita despedida inmotivada.

Pensó en Haake. Trató de imaginar lo que haría. No pudo; se diluía en la lluvia. Pensó en la mujer de los cabellos rojo oro que había operado. Pensó en una lluviosa noche, en Rothenburg, sobre el Tauber, con una mujer que ya había olvidado, en el «Hotel Bisenhut», y en un violín desde una ventana invisible. Se acordó de Romberg, que había caído en el año 1917, durante una tormenta, en un campo de amapolas en Flandes... durante una tormenta que había resonado fantásticamente bajo el fuego cerrado, como si Dios y los hombres se hubieran cansado y hubiesen empezado a bombardear la Tierra. Pensó en un acordeón, malo, gimiente y lleno de insoportable nostalgia, que tocaba en Houthoult un soldado del batallón de marinería... Roma bajo la lluvia cruzó a través de sus pensamientos; una carretera mojada detrás de Ruán... la eterna lluvia de noviembre sobre los tejados de las barracas en el campo de concentración; campesinos españoles muertos, en cuyas bocas abiertas se había juntado el agua... El húmedo y límpido rostro de Clarisse, el camino hacia la Universidad de Heidelberg con el aroma intenso de los saúcos... Linterna mágica del pasado... La interminable procesión de las imágenes pretéritas, deslizándose como las calles afuera; veneno y consuelo...

Apagó el cigarrillo y se irguió. Basta. El que mira demasiado hacia atrás, fácilmente puede chocar contra algo o despeñarse.

El automóvil subía ahora por la calle de Mont— martre. La lluvia había cesado. Las nubes vagaban por el cielo, plateadas, pesadas y presurosas, preñadas y deseosas de dar a luz un trozo de luna. Kate Hegstroem hizo detener el coche. Bajaron y caminaron algunos metros, doblando en una esquina.

De pronto París apareció a sus pies. Desparrramado, deslumbrante, húmedo, París. Con calles, plazas, noche, nubes y luna, París. La corona de los bulevares, el pálido resplandor de las calles en pendiente, techos, oscuridad arrojada contra la luz, París. Viento desde los horizontes, relucir de la planicie, puentes de sombra y claridad, cortina de lluvia alejándose, volando a lo lejos sobre el Sena, las innumerables luces de los automóviles, París. Rescatada de la noche, gigantesca colmena de zumbante vida, edificada sobre millones de alcantarillas, flor de luz sobre su hedor subterráneo, cáncer y Mona Lisa, París.

—Un momento, Kate —dijo Ravic—. Quiero ir a buscar algo.

Entró en la taberna más cercana. Un olor a morcilla y a salchichas lo envolvió. Nadie se preocupó por su disfraz. Le dieron una botella de coñac y dos vasos. El tabernero descorchó la botella y la tapó ligeramente con el corcho.

Kate Hegstroem estaba afuera, exactamente como la había dejado. Allí estaba con su disfraz, menuda silueta contra el cielo tempestuoso..., como si hubiese sido olvidada desde otro siglo y no fuese una americana de Boston, de procedencia sueca.

—Tome, Kate. Es lo mejor contra el fresco, la lluvia y la rebelión del silencio demasiado grande. Bebamos esto a la salud de la ciudad que vemos allá abajo.

—Sí —tomó el vaso—. Es bueno que hayamos su— bido aquí, Ravic. Mejor que todos los bailes del' mundo.

Apuró la bebida. La luna caía sobre sus hombros, su vestido y su rostro.

—Coñac —dijo ella—. Y bueno también.

—Es cierto. Mientras usted reconozca esto, todo marcha bien.

—Déme otro. Y después, bajemos; yo me cambiaré, usted también e iremos al «Schéhérazade», quiero precipitarme en una orgía de sentimentalismo, quiero tenerme lástima y despedirme de todas las superficialidades de la vida y, desde mañana, voy a empezar a leer a los filósofos, hacer mi testamento y comportarme de acuerdo con mi situación.

En la escalera del hotel, Ravic tropezó con la propietaria. Ella lo detuvo.

—¿Tiene un momento libre?

—Naturalmente.

Lo hizo ir al segundo piso y abrió una habitación con una llave común. Ravic vio que estaba aún ocupada.

—¿Qué significa esto? —inquirió él—. ¿Por qué se ha metido aquí?

—Aquí vive Rosenfeld —repuso ella—. Quiere mudarse.

—Yo no quiero mudarme de cueva.

—Él quiere mudarse y no ha pagado los últimos tres meses.

—Pero sus cosas están todavía aquí. ¡Usted puede quedarse con ellas!

La propietaria empujó desdeñosamente con el pie una gastada maleta que estaba abierta al lado de la cama.

—¿Qué valor puede tener esto? No vale nada. Fibra vulcanizada. Las camisas llenas de remiendos. El traje... ya lo puede ver desde aquí. Tiene solamente dos. Ni cien francos se

pueden conseguir por todo esto.

Ravic se encogió de hombros.

—¿Dijo él que se quería marchar?

—No. Pero se ve. Hoy se lo dije en la cara. Y me lo confesó. Le declaré que tiene que pagarme hasta mañana. No puedo darme estos lujos continuamente: inquilinos que no pagan.

—Está bien. ¿Y yo qué tengo que ver con esto?

—Los cuadros. También son de él. Dijo que eran de valor. Afirmó que con ellos podía pagar mucho más que el alquiler. ¡Y ahora, mire estol

Ravic no se había fijado en las paredes. Levantó la vista. Delante de él, sobre la cama, colgaba un paisaje de Arlés, de Van Gogh, de la mejor época. Se acercó un paso más. No cabla duda alguna, el cuadro era legítimo.

—Es espantoso, ¿verdad? —inquirió la propietaria—. ¡Éstos pretenden ser árboles, estas cosas torcidas! ¡Y ahora, mire eso!

«Eso» colgaba sobre el lavabo y era un Gauguin. Un desnudo de una joven de los mares del Sur con un paisaje tropical.

—¡Esas piernas! —exclamó la propietaria—. Tobillos de elefante. Y la cara atontada. ¡Mire cómo está parada! Y allí tiene otro más, que ni siquiera está terminado.

Ni siquiera terminado. Era un retrato de la esposa de Cézanne, por Cézanne.

—¡Qué boca! Torcida, y sobre la mejilla, falta el color. ¡Y me quiere engañar con esto, ahora! Usted ha visto mis cuadros... ¡Ésos sí que son cuadros! Conformes a la Naturaleza, legítimos y reales. El paisaje nevado, con el ciervo, en el comedor. Pero esta inmundicia..., esto parece que lo hubiera hecho él mismo. ¿No es cierto?

—Aproximadamente.

—Sólo quería saber eso. Usted es un hombre instruido y entiende algo de esto. Ni siquiera tienen marcos.

Los tres cuadros estaban colgados sin marcos. Relucían sobre el sucio empapelado, como ventanas hacia otro mundo.

—¡Si tuvieran, por lo menos, buenos marcos dorados! Entonces uno los podría aceptar. ¡Pero así! Ya veo que tendré que quedarme con esta basura y que me engañaron otra vez. ¡Esto es lo que gana uno con su bondad!

—No creo que tendrá usted necesidad de aceptar los cuadros —dijo Ravic.

—¿Qué otra cosa, entonces?

—Rosenfeld ya conseguirá el dinero para usted.

—¿Cómo? —rápidamente volvió la vista hacia él. Su expresión cambió—. ¿Valen algo esas cosas? ¡A veces son precisamente esas cosas las que valen algo! —Podían verse saltar los pensamientos detrás de su frente amarilla—. ¡Yo podría, en fin de cuentas, retener uno por el último mes! ¿Cuál le parece? ¿Aqué grande de sobre la cama?

—Ninguno. Espere que vuelva Rosenfeld. Estoy seguro que volverá con dinero.

—Yo, no. Yo soy la propietaria del hotel.

—Entonces, ¿por qué esperó tanto? ¿Si otras veces no lo hace?

—¡Promesas! ¡Las cosas que me prometió! Usted sabe cómo es esto.

De pronto, Rosenfeld apareció en la puerta. Silencioso, pequeño y tranquilo. Antes de que la mujer pudiera despegar los labios, sacó el dinero del bolsillo.

—Aquí lo tiene y aquí está mi cuenta. ¿Quiere hacerme el favor de darme el recibo?

La propietaria miró los billetes sorprendida. Luego miró los cuadros. Luego, otra vez, el dinero. Quería decir una cantidad de cosas... pero no atinó a hablar.

—Tengo que devolverle algo todavía —declaró— fin almente.

—Sí. ¿Me lo puede dar ahora?

—Sí, muy bien. No lo tengo aquí. La caja está abajo. Voy a cambiarlo.

Se fue como si hubiese sido ofendida gravemente. Rosenfeld miró a Ravic.

—Disculpeme —dijo Ravic—, la vieja me arrastró hasta acá. No tenía la menor idea de lo que se había popuesto. Ella quería saber lo que valen sus cuadros.

—¿Usted se lo dijo?

—No.

—Bien.

Rosenfeld miró a Ravic con una sonrisa extraña.

—¿Cómo puede dejar estos cuadros aquí? —preguntó Ravic—. ¿Están asegurados?

—No. Pero los cuadros no se roban. A lo sumo, una vez cada veinte años, en algún museo.

—Esta cueva puede incendiarse.

Rosenfeld se encogió de hombros.

—Algo hay que arriesgar. Asegurarlos es demasiado caro para mí.

Ravic examinó el Van Gogh. Valía por lo menos un millón de francos. Rosenfeld siguió su mirada.

—Ya sé lo que está pensando usted. El que tiene esto, también debería tener el dinero para asegurarlo. Pero yo no lo tengo. Estoy viviendo de mis cuadros. Los voy vendiendo poco a poco. Y no me agrada venderlos.

Debajo del Cézanne había un calentador de alcohol, sobre la mesa. Una lata con café, un pan, un pote con manteca y un par de bolsitas de papel. La habitación era pobre y pequeña, pero en las paredes resplandecía el esplendor del mundo.

—Lo comprendo —dijo Ravic.

—Creía que iba a poder hacerlo —declaró Rosenfeld—. Hubiera podido pagarlo todo. El ferrocarril.

la travesía, todo. Todo menos estos tres meses de alquiler. Apenas comía; pero fue imposible. El visado tardó demasiado. Esta tarde tuve que vender un Monet. Un paisaje de Vertheuil. Creía que todavía podía llevarlo conmigo.

—¿No lo habría tenido que vender también en otro país?

—Sí. Pero en dólares. Hubiera ganado el doble.

—¿Piensa usted irse a América?

Rosenfeld asintió.

—Es tiempo de irse de aquí.

Ravic lo miró.

—El ave de mal agüero se marcha —dijo Rosenfeld.

—¿Qué ave de mal agüero?

—Ah, sí... Markus Meyer. Lo llamamos así. Huele cuando hay que escaparse.

—¿Meyer? —preguntó Ravic—. ¿Aquel pequeño, calvo, que a veces tocaba el piano en la «catacumbas»?

—Sí. Lo llamamos ave de mal agüero... desde Praga.

—Buen nombre.

—Siempre lo oía. Dos meses antes de Hitler, abandonó Alemania. Tres meses antes de los nazis, abandonó Viena. Seis semanas antes de la entrada en Praga, se fue. Yo siempre me guí por él. Siempre. Lo huele. Así salvé los cuadros. Ya no se podía sacar dinero de Alemania. El marco estaba bloqueado. Tenía colocado un millón y medio. Traté de convertirlo en líquido. Entonces vinieron los nazis y fue demasiado tarde. Meyer fue más astuto. Una parte la exportó de contrabando. Yo no tenía los nervios para eso. Y ahora, él se va a América. Yo también. Me da pena el Monet.

—Pero usted puede llevar el resto del dinero que ha recibido por él. Aquí todavía no hay francos bloqueados.

—Sí. Pero si lo hubiese vendido allá hubiera podido vivir más tiempo de él. En cambio así, probablemente tendré que sacrificar el Gauguin muy pronto. —Rosenfeld movía de un lado a otro su calentador de alcohol—. Son los últimos —dijo—. Solamente estos tres. Tengo que vivir de ellos. Trabajo... con eso no cuento. Sería un milagro. Solamente me quedan tres. Uno menos es un pedazo de vida menos.

Ahí estaba, demacrado, delante de su maleta.

—En Viena... cinco años, aún no era caro, se podía vivir a poco precio; pero me costó dos Renoir y un pastel de Dégas. En Praga gasté en casa y comida un Sisley y cinco dibujos. Nadie quería dar nada por los dibujos... Eran dos de Dégas, una tiza de Renoir y dos sepias de Delacroix. Con eso habría podido vivir en América un año más. Ya lo ve —concluyó con desaliento—. Ahora sólo me quedan estos tres cuadros. Ayer todavía eran cuatro. Este visado me cuesta por lo menos dos años de vida. Si no tres.

—Hay muchísima gente que no tiene cuadros para vivir de ellos.

Rosenfeld alzó sus delgados hombros.

—Eso no es un consuelo.

—No —dijo Ravic—. Es cierto.

—Con esto tengo que pasar la guerra. Y la guerra durará mucho.

Ravic no contestó.

—El ave de mal agüero lo afirma —dijo Rosenfeld—. Ni siquiera sabe si América será segura.

—¿Adonde irá entonces? —preguntó Ravic—. Ya no queda mucho más.

—Todavía no lo sabe exactamente. Está pensando en Haití. No cree que una república de negros vaya a ir a la guerra. —Rosenfeld estaba completamente serio—. O tal vez Honduras. Una pequeña república centroamericana. San Salvador. Tal vez Nueva Zelanda también.

—¿Nueva Zelanda? Eso queda lejos, ¿eh?

—¿Lejos? —preguntó Rosenfeld sonriendo sombríamente—. ¿De dónde? —

Un mar. Un mar de oscuridad atronadora, que castigaba los oídos. Luego el estridente campanileo por los pasillos, un barco, en el tumulto del naufragio, y la noche, la ventana, más clara, familiar, entrando en la conciencia al ceder el sueño, y el campanileo que continúa... Teléfono.

Ravic descolgó el auricular.

—¡Hola!

—Ravic.

—¿Qué pasa? ¿Quién habla?

—Yo. ¿No me reconoces?

—Sí, ahora sí. ¿Qué pasa?

—¡Tienes que venir! ¡Pronto! ¡Inmediatamente!

—¿Qué pasa?

—¡Ven, Ravic! Ha pasado algo.

—¿Qué ha pasado?

—Ha pasado algo. ¡Tengo miedo! ¡Ven! ¡Ven en seguida! ¡Ayúdame, Ravic! ¡Ven!

Se oyó el clic del auricular. Ravic esperó. La señal de línea libre zumbó. Jeanne había colgado. Colocó el auricular en su sitio y se quedó mirando fijamente la noche pálida. El sueño artificial le pesaba todavía en las sienes. Haake. Primero había pensado que era Haake, hasta que distinguió la ventana y comprendió que estaba en el «International», o en el «Prince de Galles». Miró el reloj. Las manecillas luminosas señalaban las cuatro y veinte. De pronto, saltó de la cama. La noche en que se había encontrado con Haake, Jeanne había hablado de peligro, de miedo. Y sí... ¡Todo era posible! Había conocido a otros más estúpidos. Reunió apresuradamente lo más preciso y se vistió.

Encontró un taxi en la esquina más próxima. El chófer tenía un pequeño perro faldero consigo. Lo llevaba sobre los hombros, como un cuello de piel. Se balanceaba junto con el taxi, cuando éste se balanceaba. Esto ponía fuera de sí a Ravic. Hubiera querido arrojar al perro sobre el asiento; pero conocía a los chóferes parisienses de taxi.

El coche corría traqueteando en la tibia noche de julio. Olor de ambiente contenido exhalado por un follaje. Florescencias, acaso de los tilos; sombras, un cielo de jazmín lleno de estrellas, y, en medio, un avión con señales de luces verdes y rojas, como un escarabajo de zumbido ronco entre luciérnagas; calles incoloras, vacuidad zumbante, canto de dos borrachos, sonos de un acordeón saliendo de una bodega, y de pronto, un atascamiento y miedo y desgarrante apremio: demasiado tarde quizá...

La casa. Tibia, adornada. El ascensor bajaba arrastrándose como un tardo insecto luminoso. Ravic estaba ya en el primer tramo de la escalera, cuando reflexionó y se volvió. El ascensor era más rápido, por lento que fuera.

¡Estos ascensores de juguete de París! Endebles prisiones, crujientes, jadeantes, abiertos arriba, abiertos a los lados, nada más que un piso y unos cuantos travesaños de hierro, una lamparilla eléctrica semiquemada alumbrando tristemente, y otra con el contacto flojo; por fin, el último piso. Corrió la rejada puerta. Llamó.

Abrió Jeanne. Ravic clavó la vista en ella. Nada de sangre, la cara normal, nada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde está...?

—Ravic, ¡has venido!

—¿Dónde está... has hecho algo tú?

Ella se hizo a un lado. Él avanzó unos pasos. Examinó todo el cuarto. No había nadie.

—¿Dónde? ¿En el dormitorio?

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Hay alguien en el dormitorio? ¿Tienes a alguien allí?

—No. ¿Por qué? —él la miró—. Comprenderás que no voy a tener a nadie aquí cuando tú vienes —dijo ella.

Él seguía mirándola. Allí estaba, llena de salud, y le sonreía.

—¿Cómo se te ocurre? —su sonrisa se hizo más abierta—. Ravic —dijo, y él advirtió, con la sensación de granizo que le azotaba el rostro, que ella lo creía celoso y se complacía con ello. La maleta de ins—trunientos que llevaba en la mano le pesó de pronto un quintal. La colocó sobre una silla.

—Maldita cochina —dijo.

—¿Qué? ¿Qué tienes?

—Maldita cochina —repitió—. Y yo soy un tonto por caer en la trampa.

Recogió la maleta y se dirigió a la puerta. Ella se puso en seguida a su lado.

—¿Qué haces? ¡No te vayas! No puedes dejarme sola. ¡No sé lo que pasará si me dejas sola!

—¡Mentirosa! —exclamó él—. ¡Miserable mentirosa! No es nada que mientas, pero que lo hagas con tal impavidez da ganas de vomitar. ¡Con estas cosas no se juega!

Ella lo apartó de la puerta.

—¡Pero mira a tu alrededor! ¡Ha pasado algo! ¡Tú mismo puedes verlo! ¡Mira, pues, cómo ha revuelto todo! ¡Y tengo miedo de que vuelva! Tú no sabes lo que es capaz de hacer.

En el suelo había una silla tirada. Una lámpara. Unos cuantos vidrios rotos.

—Cálzate para andar por el cuarto —le dijo Ravic—, no sea que te cortes. Es cuanto puedo aconsejarte.

Entre los fragmentos de vidrio había una fotografía. Apartó el vidrio con el pie y la levantó.

—Toma —la arrojó sobre la mesa—. Y ahora déjame en paz.

Ella estaba de pie ante él. Lo miraba. Su expresión había cambiado.

—Ravic —dijo en voz baja y contenida—, poco me importa cómo me llames. He mentido a menudo, y seguiré mintiendo. Vosotros lo queréis así, pues —dio un golpe a la fotografía. Ésta se deslizó de la mesa y cayó de tal modo que Ravic pudo verla. No era el retrato del hombre a quien había visto con Jeanne en la «Cloche d'Or»—. Todos lo quieren —dijo ella con profundo desprecio—. «¡No mientas, no mientas! ¡No digas más que la verdad!» Y cuando una dice la verdad, no la pueden soportar. ¡Ninguno! Pero a ti no te he mentido a menudo. A ti no. Contigo no quería hacerlo...

—Bueno —dijo Ravic—, no necesitamos dilucidar esto.

Se sintió de pronto extrañamente conmovido. Algo lo había afectado. Le dio fastidio. No quería sentirse nuevamente afectado.

—No. Contigo no me era necesario —siguió ella y lo miró casi implorante.

—Jeanne...

—Y tampoco ahora miento. No miento del todo,

Ravic. Te he llamado porque tenía miedo, realmente. Había logrado hacerle salir sin problemas y cerrar con llave. Y él escandalizaba y gritaba afuera: fue entonces cuando te llamé. Fue lo primero que se me ocurrió. ¿Es tan malo eso?

—Tú estabas enteramente tranquila y sin miedo, cuando llegué.

—Porque se había ido, y porque pensaba que vendrías a auxiliarme.

—Bien. Entonces ahora ya está todo arreglado, y puedo irme.

—Va a volver. Dijo a gritos que volvería. Está por ahí, en algún lado, bebiendo. Lo sé. Y cuando está borracho y vuelve, no es como tú... él no puede beber...

—¡Basta! —exclamó Ravic—. Dejemos ya esto. Es una estupidez. La puerta es sólida. Y no vuelvas a hacer lo mismo.

Ella se detuvo.

—¿Y qué he de hacer entonces? —preguntó de pronto.

—Nada.

—Te llamo por teléfono, tres, cuatro veces, y tú no me contestas. Y cuando contestas, me dices que te deje en paz. ¿Qué quieres decir con eso?

—Eso mismo.

—¿Eso mismo? ¿Cómo eso mismo? ¿Somos acaso autómatas a quienes se puede dar cuerda y quitarla a su voluntad? Una noche todo es maravilloso y lleno de amor, y luego de pronto...

Calló al observar la expresión de Ravic.

—Ya he pensado que esto llegaría —dijo él en voz baja—. He pensado que tratarías de explotarlo. Es muy propio de ti. Tú sabías que aquella vez era la última y deberías haber dejado las cosas así. Estuviste en mi casa, y porque era la última vez, fue como fue, y fue bien, y fue despedida, y estábamos llenos uno del otro, y así hubiéramos quedado en nuestro recuerdo, pero tú no podías hacer otra cosa que explotarlo con un negociante, tergiversarlo con una nueva exigencia, para hacer algo único en el tiempo, de algo fugaz, una continuación arrastrada. Y como yo no quise, tú recurres ahora a este repelente truco, y uno tiene que rumiar aquello cuya sola mención es ya una desvergüenza.

—Yo...

—¡Tú lo sabías! —la interrumpió—. No mientas nuevamente. No he de repetir lo que dijiste. ¡No puedo hacer eso! ¡Tú no sabías! Ambos lo sabíamos. Tú no ibas a volver más.

—¡Y no he vuelto!

Ravic clavó la mirada en ella. Con gran dificultad logró contenerse.

—Bueno; pero entonces prefiriese.

—¡Telefonéé porque tenía miedo!

—¡Dios mío! —exclamó Ravic—. Esto es demasiado idiota. ¡Yo abandono!

Ella sonrió lentamente.

—Yo también, Ravic. ¿No ves que lo único que quiero es que te quedes aquí todavía?

—Eso es precisamente lo que yo no quiero.

—¿Por qué? —ella seguía sonriendo.

Ravic se sintió un tanto derrotado. Ella se negaba simplemente a comprenderlo, y si él empezaba a explicar, quién sabe dónde terminarían las cosas.

—Es una maldita corrupción —dijo él finalmente—. Tú no puedes comprenderlo.

—Sí, puedo —respondió ella pausadamente—. Quizá. Pero ¿por qué es distinto de hace una semana?

—Entonces era lo mismo.

Ella guardó silencio y lo miró.

—Yo no me preocupo de nombres —dijo luego.

Él no contestó. Advertía cuán superior era ella.

—Ravic —dijo ella, y se acercó—. Sí, yo dije entonces que todo había concluido. Dije que nunca más oirías hablar de mí. Lo dije porque tú lo querías. Que no obstante ello, no lo haga... ¿no lo comprendes?

Ella lo miró.

—No —contestó él con grosería—. Todo lo que comprendo es que quieres acostarte con dos hombres.

Ella no se movió.

—No es así —dijo luego—. Pero aun cuando así fuera, ¿qué te importa a ti?

Él le clavó la vista.

—¿Qué te importa la realidad? —repitió ella—. Te amo, ¿no es suficiente?

—No.

—No necesitas ponerte celoso. Tú no. Nunca lo fuiste tampoco...

—¿De veras?

—No. No sabes siquiera lo que es.

—Naturalmente. Porque no he hecho escenas espectaculares, como ese muchacho...

Ella sonrió.

—Ravic —dijo—, los celos comienzan con el aire que respira el otro.

Él no contestó. Ella permanecía delante suyo y lo miraba. Lo miraba y callaba. El aire, el estrecho corredor, la media luz... todo estuvo de pronto lleno de ella. Lleno de espera, de suave atracción sin aliento, como la tierra cuando uno se asoma, mareado, por encima del parapeto de una torre.

Ravic lo sentía. Se resistía. No quería caer prisionero. Ahora no pensaba ya en irse. Si se fuera, esto lo perseguiría. Y no quería sentir la persecución. Quería un final neto. Al día siguiente necesitaba claridad.

—¿Tienes bebidas aquí? —preguntó.

—Sí. ¿Qué quieres? ¿Calvados?

—Coñac, si tienes. O si no calvados. Es igual.

Ella fue hasta el pequeño armario. Él la siguió con la vista. La clara luz. La invisible radiación de la seducción, el viejo, el eterno embrujo que nos hace construir chozas... ¡como si jamás de la sangre pudiera llegar la paz por más de una noche!

Celos. ¿Que él no sabía nada de eso? ¿Pero no sabía algo de la imperfección del amor? ¿No era ello un dolor más antiguo, más implacable que el poco de miseria personal que son los celos? ¿No comenzaba ya con la certeza de que uno de los dos debería morir primero?

Jeanne no trajo el calvados. Trajo una botella de coñac. «Bien», pensó él. A veces ella comprendía. Puso a un lado la fotografía para colocar su copa. Pero en seguida la volvió a tomar en la mano. Era lo más sencillo, para destruir el efecto de una mujer, contemplar al sucesor.

—Es curioso, cuán mala memoria tengo —dijo—. Creía que tu muchacho tenía un aspecto totalmente diferente.

Ella dejó la botella sobre la mesa.

—Pero si ése no es él.

—¡Ah! es ya algún otro.

—Sí, y por eso fue todo.

Ravic bebió un gran trago de coñac.

—Deberías saber que no se dejan fotografías de hombres a la vista, cuando ha de venir el antiguo amante. En general, no deben tenerse fotografías a la vista. Es de mal gusto.

—No estaba a la vista. Él la encontró. Anduvo revolviendo. Y una tiene fotografías. Tú no lo comprendes. Una mujer lo comprende. Yo no quería que la viera.

—Por eso reñisteis. ¿Dependes de él?

—No. Tengo mi contrato. Por dos años.

—¿Fue él quien te lo procuró?

—¿Por qué no? —preguntó, sinceramente extrañada—. ¿Hay algo en ello?

—No. Pero hay hombres a quienes amargan esas cosas.

Ella se encogió de hombros. Él advirtió el gesto. Un recuerdo. Una nostalgia. Hombros que en un tiempo se elevaban con la respiración junto a uno, suave, regularmente, en el sueño. Una nube fugitiva de pájaros resplandecientes en el rojizo cielo nocturno. ¿Lejos? ¿A qué distancia en el tiempo? ¡Habla, invisible tenedor de libros! ¿Está sólo enterrado, o son éstos en realidad los últimos fugitivos destellos? ¿Pero quién podía saberlo?

Las ventanas estaban abiertas de par en par. Algo entró volando, dando tumbos; un harapo oscuro, tremolando inseguro, deteniéndose en la pantalla de la lámpara, abriendo las alas, extendiéndose... y en seguida mía visión púrpura azul y de todos los matices del marrón; una condecoración de la noche, colgada en la sedosa pantalla, soplada hacia el interior del cuarto, abigarrada mariposa. Las aterciopeladas alas respiraban suavemente —suaves como el seno que estaba frente a él, bajo la delgada tela del vestido—. ¿Cuándo se había realizado ya una vez la misma escena? ¿En tiempos inmemoriales? ¿Cien años atrás?

El Louvre... Nicea... No, mucho antes: en un crepúsculo primordial de polvo y de oro. Humo de altares de topacio, más recio el rumor de volcanes, más oscuro el telón de sombra, de celo y de sangre, más pequeño el caudal del conocimiento, más hir—viente el vórtice, más brillante la lava, arrastrándose hacia abajo como reptiles negros por las pendientes, sepultando, devorando vidas... y, por encima de ello, la eterna sonrisa de Medusa sobre los pocos jeroglíficos fugaces en la arena del tiempo: El espíritu.

El lepidóptero se elevó, se deslizó bajo la seda y comenzó a estropearse las alas contra la lamparilla eléctrica caliente. Polvo violeta. Ravic lo tomó, lo llevó hasta la ventana, y lo arrojó en la noche.

—Volverá —dijo Jeanne.

—Puede ser también que no.

Vienen todas las noches. Vienen de los jardines. Siempre los mismos. Hace, unas semanas eran de color amarillo limón. Ahora son éstos.

—Sí. Siempre los mismos. Y siempre otros. Y siempre otros y siempre los mismos.

¿Qué estaba diciendo? Algo discurría detrás de él. Una resonancia, un eco, retumbando desde lejos, detrás de una última esperanza. ¿Qué había esperado él? ¿Qué lo golpeaba de pronto en esta hora de debilidad? ¿Qué es lo que cortaba de lado a lado como un escalpelo, donde desde hacía tiempo creía tener músculos sanos? ¿Había seguido siempre viviendo oculta, enmascarada, en crisálida, en sueño de invierno todavía, una esperanza, que él había querido engañar? Levantó en alto la fotografía que estaba sobre la mesa.

Una cara. Un rostro cualquiera. Uno entre millones.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—No hace mucho. Trabajamos juntos. Desde hace unos días. Después que tú en el «Fouquet»...

Él levantó la mano.

—Bien, bien. ¡Ya sé! Si yo esa noche hubiera... Tú sabes que no es verdad.

Ella titubeó.

—No.

—Lo sabes. ¡No mientas! Nada que sea importante tiene vida tan breve.

¿Qué quería oír él? ¿Para qué decía eso? ¿No quería, pues, oír un mentira piadosa más?

—Es cierto y no lo es —dijo ella—. No puedo evitarlo, Ravic. Hay algo que me impulsa. Es como si dejara perder algo. Lo agarro, tengo que tenerlo, y luego resulta no ser nada. Y extendiendo la mano en busca de algo nuevo. Sé de antemano que va a terminar como el anterior, pero no puedo dejar de hacerlo. Me impulsa, me arroja a cualquier parte, me llena

durante el tiempo y luego me abandona y me deja nuevamente vacía, como el hambre, y luego vuelve otra vez.

«Perdida —pensó Ravic—. Ahora, en verdad, totalmente perdida.» Ningún engaño más, ninguna complicación, ningún despertar, ninguna reanudación. Era bueno saberlo. Era bueno saberlo para cuando los vapores de la fantasía empezaran nuevamente a enturbiar las lentes del conocimiento.

¡Suaves reacciones químicas, implacables y sin consuelo! La sangre que una vez se habla precipitado de uno a otro, no podía hacerlo nunca más con la misma fuerza. Lo que seguía reteniendo a Jeanne, y la impulsaba de tanto en tanto nuevamente hacia él, era una parte de él, donde ella no había penetrado aún. Una vez que la hubiera penetrado, se iría para siempre. ¿Quién habría de esperar a que eso ocurriera? ¿Quién quedaría satisfecho con ello? ¿Quién se anillaría por algo así?

—Quisiera ser tan fuerte como tú, Ravic.

Él rió. Todavía eso.

—Tú eres mucho más fuerte que yo.

—No. Tú ves, pues, cómo corro detrás de ti.

—Eso lo demuestra precisamente. Tú puedes permitirte eso. Yo no.

Ella lo miró un momento atentamente. Luego se apagó la claridad que había iluminado su rostro.

—Tú no puedes amar —dijo ella—. Tú nunca te das.

—Y tú siempre. Es por eso que siempre quedas a salvo.

—¿No puedes hablarme seriamente?

—Hablo seriamente.

—Si siempre me salvo, ¿por qué entonces no me libro de ti?

—Te libras muy bien de mí.

—¡No digas eso! Tú sabes que no tiene nada que ver. Si yo me hubiera librado de ti, no andaría corriendo detrás de ti. A otros los he olvidado. A ti no. ¿Por qué?

Ravic bebió un sorbo.

—Quizá porque no me has podido poner del todo el pie encima.

Ella se quedó sorprendida. Luego negó con la cabeza.

—No a todos les he puesto el pie encima, como tú dices, A algunos ni en lo más mínimo. Y los he olvidado. Fui desgraciada, pero los he olvidado.

—También a mí me olvidarás.

—No. Tú me inquietas. No, nunca.

—No imagina uno nunca hasta qué punto es capaz de olvidar —dijo Ravic—. Es una gran bendición así como una miserable desgracia.

—Todavía no me has dicho por qué entre tú y yo las cosas son así.

—Eso no nos lo podemos explicar nosotros. Podríamos hablar cuanto quisiéramos. Habría mayor confusión cada vez. Hay cosas que no se pueden explicar. Y otras que uno no comprende. Bendito sea ese poquito de selva que hay en nosotros. Ahora me voy.

Ella se incorporó rápidamente.

—¡No me puedes dejar sola!

—¿Quieres dormir conmigo?

Ella lo miró sin decir nada.

—Espero que no —dijo él.

—¿Para qué me preguntas eso?

—Para despejarme. Vete a dormir. Ya está claro afuera. No es momento para tragedias.

—¿No quieres quedarte?

—No. Y no volveré nunca más.

Ella permaneció muy quieta.

—¿Nunca?

—Nunca. Y tú no irás nunca más a mi casa.

Ella movió la cabeza. Luego señaló la mesa.

—¿Por eso?

—No.

—No te comprendo. Podríamos...

—¡No! —exclamó él con viveza—. ¡Eso todavía! ¡No! La fórmula de la amistad. La pequeña huerta sobre la lava de los sentimientos extinguidos. No, nosotros no. Eso no es para nosotros. Eso puede ser posible en pequeños amoríos. Y aun así es algo pringoso. No debe ensuciarse el amor con la amistad. El fin es el fin.

—Pero, ¿por qué precisamente ahora...?

—Tienes razón. Debí haber sido antes. Cuando regresé de Suiza. Pero nadie es omnisciente. Y a veces no quiere uno saberlo todo. Era... —se interrumpió.

—¿Qué era? —estaba ante él como si no comprendiera alguna cosa y tuviera que saberla perentoriamente. Estaba pálida, con los ojos transparentes—. ¿Qué es lo que ocurría con nosotros, Ravic? —murmuró.

El corredor, detrás de su cabello, iluminado a medias, oscilante a la luz, como si condujera lejos, a la galería de una mina, en la que se vislumbrara una promesa, mojada con lágrimas de muchas generaciones y el rocío de esperanzas siempre renovadas.

—Amor... —dijo él.

—¿Amor?

—Amor. Y por eso esto es el fin.

Cerró la puerta al salir. El ascensor. Oprimió el botón. Pero no esperó a que saliera penosamente. Temía que Jeanne lo siguiese. Bajó rápidamente por la escalera. Le extrañó no oír abrirse la puerta. En el segundo descanso se detuvo y escuchó. Nada se movía. Nadie bajaba.

El taxi estaba todavía delante de la casa. Lo había olvidado. El chófer se tocó la gorra y sonrió como entendiendo.

—¿Cuánto es? —preguntó Ravic.

—Diecisiete con cincuenta.

Ravic pagó.

—¿No quiere usted volver en el coche? —preguntó el chófer asombrado.

—No, iré a pie.

—Es bastante lejos, señor.

—Lo sé.

—Para eso no hubiera tenido usted necesidad de hacerme esperar. Es un gasto inútil de once francos.

—No importa.

El chófer trató de encender una colilla de cigarrillo pardus'ca y húmeda que tenía adherida al labio superior.

—En fin, es de esperar que haya valido la pena.

—¡Más!

La claridad matutina cubría los jardines. El aire ya calentaba, pero la luz era fría. Bosquecillos de lilas, grises de polvo. Bancos. Sobre uno de ellos dormía un hombre, con la cara cubierta por un ejemplar del *Paris Soir*. Era el mismo banco en que había estado sentado Ravic aquella noche lluviosa.

Miró al hombre. El *Paris Soir* se levantaba con la respiración sobre la cara cubierta, como si el periódico tuviese un alma o fuese una mariposa que quisiera volar en seguida al cielo, con grandes noticias. Suavemente alentaban los gruesos titulares. *Hitler declara no tener otras aspiraciones territoriales fuera del corredor polaco*. Y debajo: *Una planchadora da muerte al marido con una plancha caliente*. El retrato de una mujer endomingada, de exuberante seno, se veía en un rotograbado. A su lado otra fotografía: *Mc Donald declara que la paz es todavía posible*, con una especie de empleado de Banco con paraguas y cara de carnero feliz. Debajo con caracteres pequeños y algo oculto: *Centenares de judíos asesinados en la frontera*.

El hombre que se reguardaba con todo eso del rocío y de la luz matinal, dormía profunda y tranquilamente.

Llevaba puestos unos viejos zapatos de lona, rotos, un pantalón de lana marrón, y una chaqueta harto harpienta. Nada de eso le importaba. Había descendido tanto que ya nada le importaba... al igual que un pez de aguas profundas no percibe nada de las tormentas de los océanos.

Ravic volvió al «International». Se sentía despejado y libre. No dejaba nada tras él. Tampoco podía utilizarlo. No podía utilizar ya nada que aún lo trastomara. Pensaba mudarse ese mismo día al «Prince de Galles». Con dos días de anticipación. Pero era mejor la anticipación que el retraso para esperar a Haake.

El hall del «Prince de Galles» estaba vacío cuando Ravic bajó. Una radio portátil se dejaba oír suavemente sobre el escritorio de la portería. Por los rincones andaban dos sirvientas ocupadas en el arreglo. Ravic atravesó rápidamente el hall sin llamar la atención. Miró el reloj colocado frente a la puerta. Eran las cinco de la mañana.

Subió por la calle George V y cruzó en dirección al «Fouquet». No había nadie allí. Hacía mucho que el restaurante estaba cerrado. Se detuvo un momento. Luego llamó un taxi y se dirigió al «Schéhérazade».

Morosow estaba ante la puerta, y lo vio llegar.

—Nada —dijo Ravic.

—Me lo imaginaba. No era en realidad de esperar para hoy.

—Sí lo era. Para hoy ya. Hoy hace dos semanas.

—No hay que contar con un día más o menos. ¿Estuviste todo el tiempo en el «Prince de Galles»?

—Sí, desde por la mañana hasta ahora.

—Telefonaré mañana —dijo Morosow—. Puede haber tenido algo que hacer hoy, o haber partido un día más tarde.

—Mañana por la mañana tengo que operar.

—No llamará tan temprano.

Ravic no contestó. Miraba a un taxi, del cual descendía un *gigolo* con smoking blanco. Una mujer pálida, de dientes grandes, lo seguía, Morosow les abrió la puerta. La calle olió de pronto a «Chanel N.º 5». La mujer renqueaba ligeramente. El *gigolo* la siguió con desgana, después de haber pagado el taxí.

La mujer lo esperó en la puerta. Sus ojos eran verdes a la luz de las lamparillas. Las pupilas estaban muy contraídas.

—A esa hora no llamará con seguridad —dijo Morosow cuando volvió.

Ravic no contestó.

—Si me das la llave, yo puedo subir a las ocho —dijo Morosow—. Así puedo esperar hasta que tú regreses.

—Tú tienes que dormir.

—Déjate de eso. Puedo dormir en tu cama, si quiero. Nadie va a llamar, pero puedo hacerlo, si con eso te tranquilizas.

—Tengo que operar hasta las once.

—Bueno. Dame la llave. No quisiera que con el nerviosismo le cosieses a una dama del *faubourg* St. Germain los ovarios con el estómago. En esa forma a los nueve meses vomitaría un niño. ¿Tienes la llave?.

—Sí. Aquí está.

Morosow se metió la llave en el bolsillo. Sacó luego una caja con pastillas de menta que ofreció a Ravic. Éste rehusó. Morosow tomó unas pocas y se las llevó a la boca. Desaparecieron en su barba como pajaritos blancos en un bosque.

—Refrescan —dijo.

—¿Has estado alguna vez sentado un día entero esperando en un cuchitril tapizado de terciopelo? —preguntó Ravic.

—Más de un día. ¿Y tú no?

—Sí. Pero no esperando eso.

—¿Y no has llevado algo para leer?

—Bastante, pero no he leído nada. ¿Cuánto tiempo te queda aún de trabajo aquí?

Morosow abrió la puerta de un taxi. Estaba lleno de americanos. Los hizo entrar.

—Por lo menos dos horas más —dijo cuando volvió—. Tú ves lo que pasa. El verano más alocado desde hace años. Todo atestado. Jeanne también está adentro.

—¿De veras?

—Sí. Con otro, si ello te interesa.

—No —dijo Ravic. Se dio vuelta para irse—. Mañana te veré.

—¡Ravic! —exclamó Morosow llamándolo.

Ravic se volvió. Morosow sacó la llave.

—¡Toma! ¡Tienes que entrar a tu cuarto del «Prince de Galles»! Yo no te he de ver hasta mañana. Deja la puerta abierta cuando salgas.

—No duermo en el «Prince de Galles». —Ravic tomó la llave—. Duermo en el «International». Es mejor que vean mi cara allí lo menos posible.

—Con todo, deberías dormir allí. Uno no vive en los hoteles donde no duerme. Es mejor, para el caso de que la Policía anduviera haciendo averiguaciones en la portería.

—Está bien. Pero también es mejor, para el caso de que hiciera averiguaciones, que yo pueda probar haber vivido todo el tiempo en el «International». En el «Prince de Galles» lo he arreglado todo. He revuelto la cama, y he utilizado el lavabo, la bañera, las toallas y lo demás, de modo que parezca que he salido temprano.

—Bien. Entonces devuélveme la llave.

Ravic rehusó con la cabeza.

—Es mejor que tampoco te vean a ti allí.

—No importa.

—Sí importa, Boris. No seamos idiotas. Tu barba no es una cosa corriente. Además tienes razón: yo debo actuar y vivir como si no ocurriera nada excepcional. Si Haake, telefona efectivamente, mañana temprano, volverá a hacerlo por la tarde. Si no puedo contar con eso, seré al cabo de un día un guñapo nervioso.

—¿Adonde vas ahora?

—A dormir. No puedo esperar que llame todavía a esta hora.

—Te puedo encontrar en alguna parte más tarde, si quieres.

—No, Boris. Espero estar ya durmiendo cuando tú quedes libre aquí. Tengo que operar a las ocho.

Morosow lo miró con incredulidad.

—Bueno. Entonces pasaré a verte mañana por la tarde en el «Prince de Galles». Si ocurre antes algo, llámame al hotel.

—Sí.

Las calles. La ciudad. El cielo rojizo. El rojo, blanco y azul tremolando de arriba abajo en las fachadas de las casas. El viento envolviendo los ángulos de los *bistros* como un gato zalamero. Gente, aire libre, después de un día pasado en un cuarto de hotel, Ravic caminó a lo largo de la avenida detrás del «Schéhérazade». Los árboles rodeados de rejas de hierro exhalaban titubeando un recuerdo de verde y bosques en la noche plomiza. Se sintió de pronto vacío y exhausto hasta el agotamiento. «¿Y si abandonara esto —pensó dentro de él—, si lo abandonara totalmente, si lo olvidase, si me despojase de ello como la víbora de una piel muy vieja! ¿Qué me importa ya este melodrama de un pasado casi olvidado? ¿Qué me importa incluso ese hombre, ese pequeño instrumento casual, ese utensilio insignificante en una fracción de sombrío medioevo de un eclipse de sol en la Europa Central?»

¿Qué le importaba ya? Una prostituta trató de atraerlo a un zaguán. Se abrió el vestido en la oscuridad de la puerta. Estaba confeccionado en forma tal que cuando ella desceñía el cinturón, se separaba como una bata de dormir. La carne mate relucía imprecisamente. Largas medias negras, negro regazo, negras cuencas de los ojos, en cuya sombra no se veían ya los ojos, carnes flácidas, caídas, que parecían emitir ya fosforescencias.

Un rufián, con el cigarrillo pegado al labio superior, estaba recostado contra un árbol y lo miraba fijamente. Pasaron varios carros con hortalizas. Caballos con la cabeza gacha, gruesos y tensos los músculos bajo la piel. Las emanaciones aromáticas de las legumbres, de las coliflores, que semejaban encéfalos petrificados entre verdes hojas. El rojo de los tomates, los canastos de habas, cebollas, cerezas y apio.

¿Qué le importaba ya? Uno más o menos. Uno más o menos entre centenares de miles que eran igualmente malos o peores aún. Uno menos. Se detuvo de pronto. ¡Eso era! De pronto, se halló enteramente despejado. ¡Eso era! Eso les había permitido desarrollarse, el hecho de que uno se cansaba, quería olvidar, pensaba: «¿Qué me importa ya?» ¡Eso era! ¡Uno menos! Sí, uno menos... no era nada ¡pero lo era también todo!, ¡todo! Sacó con lentitud un cigarrillo del bolsillo y lo encendió pausadamente, Y de repente, mientras la amarillenta luz de la cerilla iluminaba la concavidad de sus manos, como una caverna con hondonadas de líneas dentro, supo que nada podría impedirle matar a Haake. De manera singular todo dependía de eso. Fue, de pronto, mucho más que una venganza personal. Era como si, de no hacerlo, se hiciera culpable de algún enorme delito..., como si alguna cosa en el mundo se fuera a perder para siempre si él no obraba. Sabía a la vez con exactitud que no era así... pero, sin embargo, más allá de toda explicación y de toda lógica, latía en su sangre la oscura conciencia de que tenía que hacerlo... como si en ello se hubieran de originar ondas invisibles y hubieran de acontecer más tarde sucesos mucho más grandes. Sabía que Haake era un pequeño agente del terror de escasa significación... pero supo también de pronto que era extraordinariamente importante matarlo.

La luz se extinguió en el hueco de sus manos. Arrojó la cerilla. El crepúsculo pendía de los árboles. Un tejido de plata sostenido por el *pizzicato* de los gorriones que despertaban. Miró extrañado a su alrededor. Había ocurrido algo en su interior. Se había incoado un proceso, y una sentencia había sido pronunciada. Veía con extrema claridad los árboles, la pared amarilla de una casa, el color gris de una reja de hierro a su lado, la calle llena de vaho azul..., tenía la sensación de que nunca olvidaría todo eso. Y sólo en ese momento supo con certeza que mataría a Haake, y que ello no era ya pequeño asunto suyo, sino mucho más. Un principio.

Pasó ante el «Osiris». Unos cuantos borrachos salían dando tumbos. Sus ojos estaban vidriosos, sus rostros enrojecidos. Ravic los siguió con la mirada. Caminaron hasta el borde de la acera. No había ningún taxi. Gruñeron un momento y siguieron su camino, pesados, vigorosos y ruidosos. Hablaban alemán.

Ravic había pensado ir al hotel, pero cambió entonces de propósito. Recordó haberle oído decir a Rolande que desde hacía unos meses había a menudo turistas alemanes en el «Osiris». Entró.

Rolande estaba ante el mostrador, serena, vigilante, con un vestido negro de gobernanta. La caja de música retumbaba contra las paredes egipcias.

—Rolande —dijo Ravic.

Ella se volvió.

—¡Ravic! Hace tiempo que no venías. Es grato que hayas venido.

—¿Por qué?

Estaba junto a ella, al lado del mostrador, y recorrió el local con la mirada. No había ya muchos clientes. Se hallaban semitumbados aquí y allá en las mesas, somnolientos.

—Esto se acabó —dijo Rolande—. Dentro de una semana me voy de viaje.

—¿Para siempre?

Ella asintió con la cabeza y se sacó un telegrama del escote.

—Mira.

Ravic lo abrió y se lo devolvió.

—¿Tu tía? ¿Ha muerto al fin?

—Sí, y yo regreso. Se lo he anunciado a Madame. Está furiosa, pero lo comprende. Jeannette me reemplazará. Hay que adiestrarla todavía. —Rolande rió—. ¡Pobre Madame!

Este año pensaba hacer furor en Cannes. Su villa está ya llena de huéspedes. Hace un año se convirtió en condesa. Se casó con un muñeco de Toulouse. Le paga cinco mil francos por mes, siempre que no salga de esa población. Ahora ella tiene que quedarse aquí.

—¿Abres tú un café?

—Sí. Corro ya de un lado a otro todo el día, para encargar todo. En París se puede conseguir más barato. *Chintz* para las cortinas. ¿Qué te parece esta muestra?

Sacó del escote un trocito arrugado de tela. Flores sobre fondo amarillo.

—Espléndido —declaró Ravic.

—Lo consigo con el treinta por ciento. Retazos del año pasado —los ojos de Rolande brillaban, cálidos y tiernos—. Ahorro trescientos setenta y cinco francos así. ¿Qué bien, verdad?

—Estupendo. ¿Piensas casarte?

—Sí.

—¿Por qué quieres casarte? ¿Por qué no esperas todavía, y dispones todo antes como tú quieres?

Rolande rió.

—Tú no entiendes el negocio, Ravic. Sin hombre no se puede. El hombre es esencial en estos asuntos. Yo sé muy bien lo que hago.

Estaba allí, firme, segura, tranquila. Lo había pensado todo. Un hombre era necesario para el negocio.

—No le transferas en seguida tu dinero —dijo Ravic—. Espera primero a ver cómo marcha todo.

Ella volvió a reír.

—Yo ya sé cómo va a marchar. Somos juiciosos. Nos necesitamos uno al otro en el negocio. Un marido no es marido cuando su mujer tiene el dinero. No quiero un muñeco.

Tengo que sentir respeto por un hombre marido. Y no puedo sentirlo cuando tiene que venir a pedirme dinero a cada momento. ¿No lo comprendes?

—Sí —dijo Ravic, sin comprender.

—Bueno —asintió ella satisfecha—. ¿Quieres tomar algo?

—No. Tengo que irme. Entré de paso. Tengo que trabajar mañana temprano.

Ella lo miró.

—Estás completamente fresco. ¿Quieres una muchacha?

—No.

Con un ligero movimiento de la mano, Rolande mandó a dos muchachas hacia un hombre que estaba sentado en una banqueta, durmiendo.

Las demás chacoteaban entre sí. Sólo unas pocas permanecían todavía sentadas en los taburetes, que en dos filas bordeaban el pasillo del frente. Las otras se deslizaban sobre las lisas baldosas del pasillo como lo hacen los niños en invierno sobre el hielo. Dos arrastraban, corriendo, a una tercera, puesta en cuclillas, a lo largo del pasillo. Los cabellos sueltos flotaban, los pechos se sacudían, los hombros relucían, la seda escasa no ocultaba ya nada, las muchachas chillaban de placer, y el «Osiris» se convirtió de pronto en escena arcádica de clásica inocencia.

—Es verano —dijo Rolande—. Hay que concederles un poco de libertad por la mañana —lo miró—. El jueves es mi noche de despedida. Madame da una comida para mí.

¿Vendrás?

—¿El jueves?

«Jueves —pensó Ravic—. Dentro de siete días. Siete días. Son siete años. Jueves... para entonces hará ya tiempo que habrá sucedido.» Jueves... ¿quién podía pensar con tanta anticipación?

—Naturalmente —dijo—. ¿Dónde?

—Aquí. A las seis.

—Bueno, vendré. Buenas noches, Rolande.

—Buenas noches, Ravic.

Ocurrió cuando estaba colocando el separador. Fue algo rápido, sorprendente, ardoroso. Titubeó un momento. La roja cavidad abierta, el leve vapor de los paños calientes, húmedos, que mantenían levantados los intestinos, la sangre que se escapaba de las arteriolas junto a las pinzas... vio de pronto a Eugénie que lo miraba interrogante, vio la cara de Veber, grande, con todos los poros y cada pelo del bigote bajo la luz metálica... se recobró y siguió trabajando serenamente.

Cosió. Sus manos cosían. La herida iba siendo cerrada. Sentía el sudor que fluía de sus axilas y corría a lo largo de su cuerpo.

—¿Quiere usted acabar de coser? —preguntó a Veber.

—Sí. ¿Ocurre algo?

—No. El calor. No he dormido bastante.

Veber sorprendió la mirada de Eugénie.

—Pasa a veces, Eugénie —dijo—. Aun con los maestros.

La sala osciló un instante. Un cansancio atroz. Veber seguía cosiendo. Ravic lo ayudaba automáticamente. Tenía la lengua espesa. La garganta como algodón. Respiraba muy lentamente. Amapolas, pensó vagamente. Amapolas en Flandes. Rojo, vientre abierto. Rojo, de amapolas abiertas, secreto impúdico, vida, tan prieta, las manos armadas de bisturíes, contracciones a lo largo de los brazos, contacto magnético, muy alejado de una amenaza de muerte. «No puedo operar más. Antes deberá haber ocurrido eso.»

Veber pintó la herida cosida

—Listo.

Eugénie dio manivela para hacer descender la mesa de operaciones. Suavemente, la camilla se deslizó hacia afuera.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Veber.

—No. Tengo que irme. He de arreglar un asunto. ¿Hay algo que hacer aquí todavía?

—No —Veber miró a Ravic con extrañeza—. ¿Cuál es la causa de su apuro? ¿No quiere tomar un vermut con soda o alguna otra cosa fresca?

—Nada. ¡Tengo que salir volando! No sabía que fuese ya tan tarde. Adiós, Veber.

Salió rápidamente. Taxi, pensó cuando estuvo afuera. Taxi, pronto. Vio venir un «Citroen», y lo detuvo.

—¡Al «Hotel Prince de Galles»! ¡Rápido!

«Tengo que decirle a Veber que deberá arreglarse por unos días sin mí —pensó—. Así no es posible. Me volveré loco si durante la operación pienso de pronto que ese preciso momento pudiera llamar Haake.»

Pagó el taxi y cruzó con rapidez el hall. Parecióle una eternidad la espera del ascensor. Siguió por el ancho corredor y abrió su cuarto. El teléfono. Levantó el auricular como si fuera un enorme peso.

—Habla Van Horn. ¿Ha preguntado alguien por mí?

—Un momento, señor.

Ravic aguardó. La voz de la telefonista contestó:

—No. No hay ninguna llamada.

—Gracias.

Morosow apareció por la tarde.

—¿Has comido? —le preguntó.

—No. Te he esperado. Podemos comer juntos aquí.

—Es un disparate. Llamaría la atención. Nadie en París come en su cuarto cuando no está enfermo. Yo me quedaré aquí. A esta hora no telefona nadie. Todo el mundo come.

Es una costumbre sagrada. Si, con todo, llamase, yo seré tu *valet*, le tomo el número y le digo que tú estarás de vuelta dentro de media hora.

Ravic vaciló.

—Bueno —dijo luego—. Estaré de vuelta en veinte minutos.

—Tómate tiempo. Ya has esperado bastante. No te pongas ahora nervioso. ¿Vas al «Fouquet»?

—Sí.

—Hazte servir del «vouvray 37» abierto. Acabo de beberlo. Primera clase.

—Bueno.

Ravic descendió en el ascensor. Con rapidez cruzó en línea oblicua la calle y recorrió la terraza. Luego atravesó el restaurante. Haake no estaba allí. Se sentó a una mesa vacía que daba sobre la calle George V, y pidió *boeuf a la mode*, ensalada, queso de cabra, y una jarra de vouvray.

Mientras comía se observaba. Se esforzaba por notar que el vino era liviano y algo espumoso. Comía con lentitud, miraba a su alrededor, contemplaba el cielo, como si fuera una bandera de seda azul tendida sobre el Arco de Triunfo; pidió luego café, paladeó su gusto amargo y encendió lentamente un cigarrillo. No quería apresurarse; permaneció todavía sentado un rato observando a la gente que pasaba. Luego se levantó, cruzó en dirección al «Prince de Galles» y se olvidó de todo.

—¿Cómo estaba el vouvray? —interrogó Morosow.

—Bueno.

Morosow sacó un tablero de ajedrez de bolsillo.

—¿Jugamos una partida?

—Sí.

Colocaron las piezas en los agujeros del tablero. Morosow se sentó en un sillón; Ravic estaba sentado en el sofá.

—No creo que pueda permanecer aquí más de tres días sin pasaporte —dijo.

—¿Ya te lo han pedido en la portería?

—Todavía no. A veces piden pasaportes con visado a la llegada. Por eso vine de noche. El *groom* nocturno no preguntó mucho. Le dije que necesitaba una habitación por cinco días.

—En los hoteles caros no son tan quisquillosos.

—Si vienen a pedirme mi pasaporte, la cosa se pondrá difícil.

—Por el momento no vendrán. Me he informado en el «George V» y en el «Ritz». ¿Te has anotado como americano?

—No. Como holandés de Utrecht. No corresponde del todo al nombre alemán. En consecuencia, lo he cambiado un poco por precaución. Van Horn, no Von. Suena igual, si Haake pregunta.

—Bueno. Creo que la cosa resultará, a pesar de todo. Al fin, tú no has alquilado una de esas habitaciones baratas. No se ocuparán de ti.

—Es de esperar que no.

—Lástima que hayas dado el nombre de Horn. Sé de una cédula de identidad, válida por un año todavía. De un amigo mío que murió hace siete meses. Lo denunciaron en la

Morgue como refugiado alemán sin documentos. Así salvamos y conservamos válida la cédula. Para él no significa nada estar enterrado en alguna parte como Josef Weiss. En cambio, aquí ya han vivido dos emigrados con sus documentos. Ivan Kluge. No es un apellido ruso. La fotografía es borrosa, de perfil, sin sellar, fácil de remplazar.

—Es mejor como está la cosa ahora —dijo Ravic—. Cuando salga de aquí, no habrá ya ningún Horn ni documentos.

—Hubiera sido más seguro a causa de la Policía. Pero ésa no vendrá. No va a los hoteles donde se paga más de cien francos por una habitación. Conozco a un refugiado que vive desde hace cinco años en el «Ritz», sin documentos. El único que lo sabe es el portero de noche. ¿Has pensado qué harás, si, con todo, los sabuesos te llegaran a interrogar?

—Naturalmente. Mi pasaporte está en la Legación argentina, a la espera de visado. Prometeré conseguirlo para el día siguiente. Dejo entonces aquí el baúl y no vuelvo más. Tengo tiempo para eso. La primera averiguación vendrá de la administración, no directamente de la Policía. Sólo que, en ese caso... no habrá ya nada que hacer.

—Cuajará.

Jugaron hasta las ocho y media. —Vete ahora a cenar —dijo Morosow—. Yo esperaré aquí todavía. Después tengo que irme. —Comeré aquí más tarde.

—Es una insensatez. Ve ahora y come una buena porción. Si el tipo llamara, probablemente tendrás que beber primero con él. Es mejor entonces que hayas comido bien. ¿Sabes ya adonde lo llevarás?

—Sí.

—Es decir, si él quiere todavía ver alguna cosa o beber.

—Sí. Conozco bastantes lugares donde nadie se ocupa de uno.

—Vete ahora a comer. No bebas. Como platos pesados, grasos.

—Bien.

Ravic cruzó nuevamente hasta el «Fouquet». Tuvo la sensación de que todo aquello no era real. Lo había leído en un libro, o lo había visto en una película cinematográfica, o lo había soñado. Primero recorrió otra vez ambos lados del «Fouquet». Las terrazas estaban atestadas. Examinó mesa por mesa. Haake no estaba en ninguna parte.

Comió en una mesa pequeña, cerca de la puerta, de modo que podía atisbar la entrada y la calle. A su lado dos mujeres conversaban sobre Schiaparelli y Mainbocher. Un hombre de barba rala estaba con ellas y no decía nada. Al otro lado varios jóvenes franceses hablaban de política. Uno estaba por la *Croix de Feu*, y otro era partidario de los comunistas... los demás se reían de ambos. Entretanto, todos contemplaban a dos americanas, seguras de sí mismas, que tomaban vermut.

Ravic observaba la calle mientras comía. No era tan necio como para no creer en casualidades. Sólo en la buena literatura no había casualidades... la vida estaba llena de las más estúpidas. Permaneció media hora en el «Fouquet». Era más fácil que a mediodía. Paseó una vez más por una esquina de los Campos Eliseos, y luego regresó al hotel.

—Aquí tienes la llave de tu coche —dijo Morosow—. Lo he cambiado. Ahora es un «Talbot» azul con asientos de cuero. El otro los tenía de pana. El cuero es más fácilmente lavable. Es un cabriolé que se puede usar abierto o cerrado. Pero deja siempre las ventanillas abiertas. Si tienes que disparar dentro del coche cerrado, hazlo de modo que la ventanilla abierta quede detrás, para que la bala no deje rastros en el coche. Lo he alquilado por dos semanas. De ninguna manera lo lleves en seguida al garaje. Déjalo en una de las calles laterales que siempre están llenas de coches. Que se ventile. Está ahora en la calle de Berri, frente al «Lancaster».

—Bueno —asintió Ravic. Puso la llave junto al teléfono.

—Aquí están los papeles del coche. Registro de conductor no pude conseguir. No quería preguntar a demasiadas personas.

—No lo necesito. En Antibes conduje siempre sin él.

Ravic puso los papeles junto con la llave.

—Esta noche debes estacionar el coche en otra calle —dijo Morosow.

«Melodrama —pensó Ravic—. Mal melodrama.»

—Así lo haré. Gracias, Boris.

—Quisiera poder ir contigo.

—Yo no. Estas cosas las hace uno solo.

—Sí. Pero no te arriesgues y no le des ninguna oportunidad. Despáchalo, y se acabó.

Ravic sonrió.

—Ya me lo has dicho una docena de veces.

—Nunca es demasiado insistir. Es increíble la cantidad de disparates que se le meten en el cráneo a uno en los momentos críticos. Así sucedió con Volkovsky, en Moscú, el año 1915. Tuvo repentinamente su puntillo de honor de cazador. Aquello de no matar a sangre fría, y demás. Fue muerto de un tiro por un miserable. ¿Tienes bastantes cigarrillos?

—Un centenar. Y aquí puedo pedir de todo por teléfono.

—Ven a mi casa y despiértame si ya no estoy en la puerta del «Schéhérazade».

—Iré, de cualquier modo. No importa lo que pase.

—Bien. Hasta luego, Ravic.

—Hasta luego, Boris.

Ravic cerró la puerta al salir Morosow. De pronto, el cuarto quedó en silencio. Se sentó en un extremo del sofá. Observó las tapicerías de las paredes. Eran de género azul, recuadradas con varillas. Las conocía mejor al cabo de dos días que las de otras habitaciones en que había vivido muchos años. Conocía los espejos, conocía el terciopelo gris del piso con la mancha oscura junto a la ventana, conocía cada línea de la mesa, de la cama, de las fundas de los sillones, conocía todo hasta sentir náuseas; sólo el teléfono le era

El «Talbot» estaba estacionado en la calle Bassano, entre un «Renault» y un «Mercedes-Benz». El «Mercedes» era nuevo y llevaba matrícula italiana. Ravic maniobró para retirar su coche. Estaba tan impaciente, que no advirtió bien cómo lo hacía; el parachoques posterior del «Talbot» rozó el guardabarros izquierdo del «Mercedes», donde dejó una raspadura. No se preocupó por ello. Sin detenerse se dirigió hacia el bulevar Haussmann.

Iba velozmente. Era bueno tener el coche en su poder. Era bueno contra el negro desaliento que le pesaba como cemento en el estómago.

Eran las cuatro de la madrugada. Habría debido esperar más tiempo. Pero de pronto, todo le había parecido insensato. Haake había olvidado, probablemente, hacia tiempo el pequeño episodio. Quizá ni siquiera habría vuelto a París. Tenían allí ahora otras cosas que hacer.

Morosow estaba en la puerta del «Schéhérazade». Ravic estacionó el coche a la vuelta de la esquina y regresó. Morosow lo vio llegar, expectante.

—¿Te— comunicaron mi llamada?

—No. ¿Por qué?

—Llamé hace cinco minutos. Ahí adentro hay un grupo de alemanes. Cuatro hombres. Uno de ellos se parece a...

—¿Dónde?

—Junto a la orquesta. Es la única mesa con cuatro hombres. Puedes verla desde la puerta.

—Bueno.

—Ocupa la mesa pequeña, la del costado de la entrada. La he hecho reservar.

—Bien, bien, Boris.

Ravic se detuvo en la puerta. El local estaba oscuro. La luz del reflector daba de lleno sobre la pista de baile. Una cantante estaba allí, ataviada con vestido plateado. El angosto cono de luz era tan potente que no era posible reconocer nada a su alrededor. Ravic miraba fijamente en dirección a la mesa próxima a la orquesta. No podía distinguirla. El blanco resplandor se interponía.

Se sentó a la mesa situada junto a la puerta. Un mozo le trajo una jarra de vodka. La música parecía arrastrarse. La dulzona bruma melódica reptaba y reptaba; con lentitud de caracol: *J'attendrai. J'attendrai.*

La cantante hizo una reverencia. Resonaron los aplausos. Ravic adelantó el cuerpo. Esperaba que se apagara el reflector. La cantante se volvió hacia la orquesta. El gitano asintió y preparó su violín. El címbalo lanzó unas escalas asordinadas. La segunda canción fue *La chapelle au clair de la lune*. Ravic cerró los ojos. La espera era casi inaguantable.

Se enderezó nuevamente, mucho antes de que la canción terminara. El reflector se apagó. Las luces de las mesas se avivaron. En el primer momento sólo distinguió contornos imprecisos. Había tenido demasiado tiempo de la vista fija en el reflector. Cerró una vez más los ojos y volvió a abrirlos. Encontró la mesa en seguida.

Lentamente se recostó en el respaldo del asiento. Ninguno de aquellos hombres era Haake. Permaneció largo rato en esa posición. De pronto, se sintió terriblemente cansado. Cansado detrás de los ojos. Cansancio que avanzaba en ondas desiguales. La música, el subir y bajar de las voces, el ruido amortiguado, lo aturdían después de la tranquilidad del cuarto del hotel y de la nueva decepción. Era como un calidoscopio adormecedor, suave hipnosis que envolvía las células cerebrales rudamente trabajadas por la espera.

En cierto momento, en el débil vaho tenecoso en que se movían los danzantes, vio a Jeanne. El rostro abierto, ávido, estaba echado hacia atrás, la cabeza junto al hombro del compañero. No experimentó nada al verla. «Nadie puede serle más extraño a uno que un ser humano a quien se ha amado una vez», pensó con fatiga. Una vez roto el misterioso cordón umbilical que une a la fantasía con el objeto, podía quizá relampaguear todavía de uno hacia el otro, con fluorescencias como de astros espectrales; pero era una luz muerta. Excitaba, pero ya no encendía... nada fluía ya en uno u otro sentido. Echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo de la banqueta. Sobre abismos, una minúscula intimidad. La tenebrosidad del sexo con todos sus dulces nombres. Flores estrelladas sobre un mar, en el que uno se hundía al querer arrancarlas.

Se enderezó. Tenía que salir de allí para no dormirse. Llamó al mozo.

—¿Cuánto es?

—No hay nada que pagar —dijo el mozo.

—¿Cómo...?

—No ha tomado usted nada.

—¡Ah, es cierto!

Dio al hombre una propina, y salió.

—¿No? —preguntó afuera Morosow.

—No —respondió Ravic.

Morosow lo miró.

—No sigo más —dijo Ravic—. Es un maldito y ridículo juego del escondite. Hace ya cinco días que espero. Haake me dijo que nunca está más de dos o tres días en París. De acuerdo con eso, ya debe de haberse ido nuevamente, si es que en realidad ha estado aquí.

—Vete a dormir —dijo Morosow.

—No puedo dormir. Vuelvo ahora al «Prince de Galles», saco mi equipaje y dejo la habitación.

—Bueno —dijo Morosow—. Entonces te encontraré allí mañana a mediodía.

—¿Dónde?

—En el «Prince de Galles».

Ravic lo miró.

—Sí, naturalmente. Digo disparates. O tal vez no.

—Espera aún hasta mañana por la noche.

—Bien. Veré. Buenas noches, Boris.

—Buenas noches, Ravic.

Ravic pasó con el coche por delante del «Osiris».

Lo estacionó a la vuelta de la esquina próxima. Lo espantaba la idea de ir a su habitación del «International». Quizá pudiera dormir unas horas aquí. Era lunes. Día tranquilo para los burdeles. El portero no estaba afuera. Probablemente no habría casi nadie ya.

Rolande estaba de pie cerca de la puerta, y abarcaba con la vista el gran local. La caja de música atronaba en el salón casi vacío.

—No hay gran cosa, hoy, ¿verdad? —preguntó Ravic.

—Nada. Sólo ese aburrido que queda ahí. Lascivo como un mono, pero no quiere subir. Tú conoces esa clase de tipos. Quería, pero tenía miedo. De nuevo ótro alemán. En fin, ha pagado. No puede tardar mucho.

Ravic dirigió una mirada indiferente hacia la mesa el hombre estaba sentado dándole la espalda. Dos muchachas se hallaban con él. Cuando se inclinó hacia una de ellas tomóle ambos pechos con las manos, Ravic le vio la cara. Era Haake.

Oía hablar a Rolande como desde una nube. No entendía lo que ella le decía. Notó solamente que él había retrocedido y estaba parado en la puerta, de tal modo que sólo podía ver justamente el borde de la mesa y, por su parte, no podía ser visto...

—¿Un coñac? —oyó por fin la voz de Rolande a través de la nube.

El chillido de la caja de música. Todavía la vibración, el espasmo del diafragma. Ravic clavóse las uñas en las palmas de las manos. Haake no debía verlo allí. Y Rolande no debía saber que él lo conocía.

—No —oyóse decir a sí mismo—. He tomado ya bastante. ¿Alemán, dices? ¿Lo conoces?

—No tengo ni idea —Rolande se encogió de hombros—. Todos parecen iguales. Créeme, éste nunca ha estado aquí antes. ¿No quieres realmente tomar nada?

—No. Vine sólo a echar un vistazo... —sentía que Rolande lo observaba, y se esforzó por parecer tranquilo.

—En realidad, sólo quería saber cuándo es tu noche —prosiguió—. ¿El jueves o el viernes?

—El jueves, Ravic. Vendrás, ¿verdad?

—Por supuesto. Sólo quería estar bien seguro.

—El jueves a las seis.

—Bueno. Seré puntual. Era todo lo que quería saber. Ahora tengo que irme. Buenas noches, Rolande.

—Buenas noches, Ravic.

La noche blanca, zumbando repentinamente. No más casas..., espesura de piedra, selva de ventanas. De pronto, la guerra nuevamente, patrullas reptando por la calle solitaria. El coche, donde estar agazapado, el motor en marcha, acecho del enemigo. ¿Derri— barío de un balazo, cuando saliera? Ravic miró a lo largo de la calle. Unos pocos coches. Luces amarillas. Gatos que cruzaban corriendo. Debajo de un farol, lejano, algo que parecía una policía. El número del coche, el estampido del disparo, Rolande que un momento antes lo había visto... Le parecía oír a Morosow: «No arriesgues nada, nada. Ése no vale la pena.»

Ningún portero. Ningún taxi. ¡Bueno! Los lunes solo había pocos viajes a esa hora. En el momento que ocupaba su mente llegó ruidosamente un «Citroen» que se detuvo ante la puerta. El chófer encendió un cigarrillo y bostezó ruidosamente. Ravic sintió grandes estremecimientos. Esperó.

Reflexionó si debía descender y decir al chófer que no había ya nadie adentro. Imposible. Despacharlo, pagándole, con un encargo cualquiera. Para Morosow. Sacó del bolsillo un papel, escribió unas líneas, lo rompió, volvió a escribir diciéndole a Morosow que no lo esperara en el «Schéhérazade». Firmó con un nombre cualquiera...

El taxi se puso en marcha y partió. Lo miró irse aguzando la vista, pero no podía ver nada. No sabía si Haake había subido al coche mientras él escribía. Puso rápidamente el coche en primera velocidad. El «Talbot» dobló la esquina, en persecución del taxi.

Por el vidrio de atrás no veía a nadie. Pero Haake podía estar sentado a un costado. Lentamente se adelantó al taxi. En la oscuridad del fondo no era posible reconocer nada. Se quedó atrás y volvió a avanzar, tan próximo como le fue posible, junto al otro coche. El chófer se volvió y comenzó a insultarlo.

—¡Eh, idiota! ¿Quieres encerrarme?

—Un amigo mío está en tu coche.

—Borracho estúpido —bramó el chófer—. ¿No ves que el coche está vacío?

En ese momento, Ravic vio que la banderilla del taxímetro estaba levantada. Viró rápidamente y regresó a toda velocidad.

Haake estaba parado en el borde de la acera. Hizo señas con la mano.

—¡Taxi!

Ravic se acercó y frenó.

—¿Taxi? —inquirió Haake.

—No. —Ravic asomó la cabeza por la ventanilla—. Hola —dijo.

Haake lo miró. Frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Creo que nos conocemos —dijo Ravic en alemán.

Haake se inclinó hacia delante. La desconfianza desapareció de su rostro.

—Dios mío... Señor Von...

—¡Justamente! ¡Justamente! ¡Señor Von Horn! ¡Naturalmente! ¡Qué casualidad! Hombre, ¿dónde ha estado usted metido todo este tiempo?

—Aquí en París. Venga, suba. No sabía que estuviera ya de vuelta.

—Le he telefonado varias veces. ¿Ha cambiado usted de hotel?

—No. Sigo siempre en el «Prince de Galles». —Ravic abrió la portezuela—. Suba. Lo llevo. Es difícil conseguir taxi a esta hora.

Haake apoyó un pie en el estribo. Ravic sintió su aliento. Vio la cara congestionada, roja.

—«Prince de Galles» —dijo Haake—. Maldición, sí, ¡ése era! ¡«Prince de Galles»! He estado llamando constantemente al «George V» —rió ruidosamente—. Nadie lo conocía a usted allí. ¡Ahora comprendo! ¡«Prince de Galles», naturalmente! Me he confundido. No llevé conmigo mi vieja libreta de apuntes. Creía tenerlo en la memoria.

Ravic no desviaba la vista de la puerta. Pasaría todavía un rato antes de que alguien saliera. Las muchachas debían mudarse primero de ropa. A pesar de todo, debía procurar que Haake subiera lo antes posible al coche.

—¿Pensaba usted entrar ahí? —preguntó Haake desaprensivamente.

—A eso me disponía. Pero ha de ser demasiado tarde.

Haake sopló ruidosamente por la nariz.

—Usted lo ha dicho, amigo. Yo fui el último. Están cerrando el negocio ahora.

—No importa. Como quiera que sea, es aburrido. Vamos a alguna otra parte. Suba.

—¿Hay todavía algún lugar abierto?

—Por supuesto. Lo verdaderamente interesante empieza ahora. Éste es sólo para turistas.

—¿De veras? Yo creía..., éste es en verdad el summum.

—En manera alguna. Hay otros mucho mejores. Éste es sólo un burdel.

Ravic oprimió levemente el acelerador varias veces. El motor zumbó y luego se aplacó. Había calculado bien; Haake ascendió con pesadez y se dejó caer a su lado.

—¡Qué placer volver a verlo! —exclamó—. Un verdadero placer.

Ravic extendió el brazo por delante de él, y cerró la portezuela.

—Yo también tengo mucho gusto.

—¡Burdel interesante ése! Un montón de muchachas desnudas. ¡Y la Policía lo permite! En su mayoría deben de estar enfermas, ¿no?

—Es posible. Naturalmente, en estos lugares nunca se está seguro.

Ravic puso en marcha el coche.

—¿Existen lugares absolutamente seguros? —Haake despuntó un cigarro de hojas—. No me agradaría volver a casa con una gonorrea. Por otra parte, se vive una sola vez.

—Sí —dijo Ravic, y le aproximó el encendedor eléctrico.

—¿Adonde iremos?

—¿Qué le parece una casa de citas para empezar?

—¿Qué es eso?

—Una casa donde damas de la sociedad buscan aventuras.

—¿Qué? ¿Verdaderas damas de la sociedad?

—Sí. Mujeres que tienen maridos demasiado viejos. Mujeres que tienen maridos demasiado aburridos. Mujeres cuyos maridos no ganan suficiente dinero.

—Pero, cómo... ésas no pueden, simplemente... ¿Cómo está organizado eso?

—Las mujeres van allí por espacio de una o varias horas. Como a un cóctel o a una reunión nocturna. Algunas también se hacen llamar y luego van. No es, naturalmente, un burdel como los de aquí de Mont—martre. Conozco una casa muy linda, en medio del Bois. La propietaria tiene el aspecto que pudiera tener una duquesa. Todo es de lo más distinguido, discreto y elegante.

Ravic hablaba pausadamente y tranquilo, con respiración lenta. Se escuchaba a sí mismo charlar como un guía de turistas, pero se esforzaba en seguir hablando, para ganar serenidad. Las arterias de sus brazos temblaban. Tenía el volante firmemente, con las dos manos, para dominar el temblor.

—Usted se asombrará cuando vea los salones —dijo—. Los muebles son todos auténticos, antiguos los gobehnos y las alfombras, el vino seleccionado, la vajilla finísima, y con las mujeres está uno absolutamente seguro, naturalmente.

Haake exhalaba el humo de su cigarro. Se volvió a Ravic.

—Oiga usted, querido señor Von Horn, todo eso suena a maravilla; sólo hay una cosa que me preocupa: seguramente no es barato.

—No es nada caro.

Rió Haake jovialmente y algo embarazado.

—¡Depende de lo que se entienda por caro! Nosotros los alemanes, con nuestras pocas divisas...

Ravic negó con la Cabeza.

—Conozco muy bien a la dueña. Me debe servicios. Nos considerará como huéspedes especiales. Si usted va allí, será como amigo mío y probablemente ni le dejarán pagar. A lo sumo unas pocas propinas..., menos de lo que paga por una botella de vino en el «Osiris».

—¿Es posible?

—Ya verá usted.

Haake se acomodó en el asiento.

—¡Demonio, eso es extraordinario! —miró a Ravic con amplia sonrisa de satisfacción—. ¡Parece que usted sabe hacer bien las cosas! ¡Debe de haber sido un gran servicio el que le ha hecho usted a esa mujer!

Ravic lo miró. Lo miró a los ojos.

—Las casas de esta clase tienen a veces dificultades con las autoridades. Ligeras tentativas de extorsión. Entiende usted lo que quiero decir, ¿no?

—¡Por supuesto! —Haake se quedó un momento pensativo—. ¿Tiene usted tanta influencia aquí?

—No mucha. Unos cuantos amigos en puestos influyentes.

—¡Ya es bastante! Podríamos emplear bien eso. ¿Quiere que conversemos alguna vez al respecto?

—Por cierto. ¿Cuánto tiempo se va a quedar usted todavía en París?

Haake rió.

—Parece que siempre he de encontrarlo en el momento de partir. Tomo el tren a las siete y media de la mañana —miró el reloj del coche—. Dentro de dos horas y media. Se lo iba a decir ahora. Tengo que estar a esa hora en la estación del Norte. ¿Tendremos tiempo?

—Tiempo sobrado. ¿Tiene usted que pasar antes por el hotel?

—No. Mis valijas ya están en la estación. Dejé el hotel esta tarde, así me ahorro un día. Con nuestras divisas... —volvió a reír.
Ravic notó de pronto que él también estaba riendo. Oprimió con fuerza el volante. «Imposible —pensó—. ¡Esto es imposible! Va a suceder algo que lo impida. Tanta casualidad es imposible.»

El aire fresco le disipó a Haake los efectos del alcohol. Su voz se hizo más lenta y arrastrada. Se arrellanó en su rincón, y empezó a dormir. Su mandíbula inferior se aflojó y los ojos se le cerraron. El coche se internó en la silenciosa oscuridad del Bois.

Los faros volaban como fantasmas blancos delante del coche, y arrancaban árboles espectrales de las tinieblas. El aroma de las acacias entraba a raudales por las ventanillas abiertas. El rehilarse de las gomas sobre el asfalto, suave, continuo, como si no quisiera acabar nunca. El motor con su zumbido familiar, profundo y silencioso en el aire húmedo de la noche. El reflejo de un pequeño estanque, la silueta de los sauces, más claro frente a las oscuras hayas. Praderas cubiertas de rocío, anacaradas, descoloridas. La Route de Madrid, la Route de la Porte St. James, la Route de Neuilly. Una casa dormida. El olor del agua. El Sena.

Ravic siguió a lo largo del bulevar del Sena. Iluminadas por la luna navegaban, a alguna distancia una de la otra, dos barcas negras. En la más alejada ladraba un perro. Traídas por el viento, se oían voces. En la cubierta anterior de la primera barca ardía una luz. Ravic no detuvo el coche. Lo mantuvo a la misma velocidad, para no despertar a Haake, y siguió a lo largo del Sena. Había pensado detenerse allí. Era imposible. Las barcas estaban demasiado cerca de la orilla. Dobló en la calle de la Ferme, alejándose del río y regresando hacia la alameda de Longchamps. Siguió por ésta hasta dejar atrás la alameda de la Reine Marguerite y entró entonces en las avenidas más angostas.

Cuando volvió el rostro hacia Haake, vio que los ojos de éste estaban abiertos. Haake lo miraba. Había levantado la cabeza sin volverla, y miraba a Ravic. Sus ojos brillaban como bolitas azules de vidrio a la luz del tablero. Fue como un contacto eléctrico.

—¿Se ha despertado? —preguntó Ravic.

Haake no respondió. Miró a Ravic. No se movió. Ni siquiera sus ojos se movieron.

—¿Dónde estamos?

—En el Bois de Boulogne. Muy cerca del «Restaurant des Cascades».

—¿Cuánto tiempo hemos andado ya?

—Diez minutos.

—Hace más tiempo.

—Apenas.

—Antes de dormirme miré el reloj. Hace más de media hora que andamos.

—¿De veras? —dijo Ravic—. No creí que fuera tanto. Pronto llegaremos.

Haake no apartaba los ojos de Ravic.

—¿Adónde?

—A la casa de citas.

Haake se movió.

—Volvamos —dijo.

—¿Ahora?

—Sí.

Ya no estaba borracho. Estaba despejado y despierto. Su expresión había cambiado. Su jovialidad y su bonachonería habían desaparecido. Ravic volvió a ver ahora por primera vez la cara que conocía, la cara que se le había grabado en el cerebro para siempre en la cámara de torturas de la Gestapo. Y, de repente, desapareció la irritación que sintiera constantemente desde que había encontrado a Haake..., la sensación de que quería asesinar a un extraño que en realidad nada tenía que ver con él. Había tenido en su coche a un desaprensivo bebedor de vino y había buscado en vano los motivos en la cara del hombre..., los motivos que estaban ante todo en su cabeza, fuera lo que fuera lo que tratara de pensar. Ahora, repentinamente, eran los mismos ojos que había tenido ante sí, cuando despertaba de los desmayos en su agonía de dolor. Los mismos ojos fríos, la misma voz fría, suave, penetrante.

Algo se removió bruscamente en él. Era como una corriente eléctrica que invertía los polos. La tensión seguía siendo la misma, pero la vibración, la nerviosidad, la incertidumbre, se dirigía en corriente continua hacia una sola meta, y no existía ya nada más que eso. Los años se desmoronaban como ceniza, el local con sus muros grises estaba de nuevo allí, las lámparas blancas sin pantalla, el olor a sangre, cuero, sudor, tortura y miedo...

—¿Por qué? —preguntó Ravic.

—Tengo que volver. Me esperan en el hotel.

—Pero usted dijo que sus efectos estaban ya en la estación.

—Y lo están, efectivamente. Pero tengo todavía algo que hacer. Lo había olvidado. Regresemos.

—Bueno.

Una semana atrás, Ravic había recorrido el Bois una docena de veces en todas direcciones; de día y de noche. Sabía dónde se hallaba. Pasaron unos minutos. Dobló entonces por un estrecho sendero hacia la izquierda.

—¿Marchamos de regreso?

—Sí.

El olor espeso del aire debajo de los árboles, a través de los cuales no pasaba el sol durante el día. La oscuridad más densa. La luz más clara de los reflectores. Ravic vio por el espejo cómo la mano izquierda de Haake se retiraba de la portezuela, lentamente, con precaución. «Dirección a la derecha —pensó—, ¡gracias a Dios, este "Talbot" tiene la dirección a la derecha!» Tomó una curva, sostuvo el volante con la mano izquierda, hizo como si se balanceara en la curva, apretó a fondo el acelerador al entrar en el camino recto. El coche avanzó y unos pocos segundos después frenó con toda su fuerza.

El «Talbot» se clavó en su sitio cabeceando. Los frenos chillaron. Ravic se mantuvo en equilibrio, con un pie sobre el acelerador y el otro apoyado contra el panel de la carrocería. Haake, cuyos pies no tenían punto de apoyo, y que no había esperado el frenazo, cayó hacia delante. No pudo sacar a tiempo la mano del bolsillo y dio con la frente contra la junta del parabrisas y del tablero de instrumentos. En el mismo momento, Ravic le dio un golpe en la nuca, justamente en la base del cráneo, con la pesada llave inglesa que había sacado del bolsillo lateral de la derecha.

Haake no se enderezó. Resbaló lateralmente hacia abajo. El hombro derecho contuvo la caída. Sostenía el cuerpo contra el tablero de instrumentos.

Ravic siguió viaje en seguida. Cruzó la avenida y apagó los faros. Siguió marchando y esperó para saber si alguien habría oído el chillido de los frenos. Reflexionó si debía arrojar del coche a Haake en alguna parte y ocultarlo entre los matorrales, si alguien venía. Se detuvo finalmente cerca de un cruce, apagó las luces y paró el motor. Saltó del coche, abrió el capot y la portezuela del lado de Haake, y escuchó. Si alguien venía, podía oírlo y verlo desde lejos. Tendría tiempo suficiente para arrastrar a Haake detrás de algunos arbustos y fingir que se había producido algún desperfecto en el motor.

El silencio parecía un estrépito. Era tan repentino e incomprensible, que zumbaba. Ravic apretó los puños hasta causarse dolor. Sabía que era su sangre que zumbaba en sus oídos. Respiró profundamente, con lentitud.

El zumbido se transformó en murmullo. En medio del murmullo sonaba un estridor que iba creciendo. Ravic escuchó con toda su atención. Se hacía más fuerte, metálico... y de pronto notó que eran grillos, y que el murmullo había desaparecido. No quedaba más que los grillos en el despertar de una mañana sobre una estrecha pradera, oblicua, frente a él.

El trozo de pradera aparecía bañado por el fulgor de la aurora. Ravic cerró el capot. No había tiempo que perder. Tenía que terminar antes de que aclarara demasiado. Miró a su alrededor. El paraje no era bueno. Ningún paraje del Bois era bueno. A lo largo del Sena estaba demasiado claro. No había contado con que se hiciera tan tarde. Dio algunas vueltas con el coche. Había oído unos rasguídos, unos rasguños, y luego unos gemidos sordos. Una de las manos de Haake se arrastró por la portezuela abierta y arañó el estribo. Ravic se dio cuenta de que tenía todavía la llave inglesa en la mano. Tomó a Haake por el cuello de la chaqueta, tiró de él de modo que la cabeza quedara libre, y le dio otros dos golpes en la nuca. Los gemidos cesaron.

Se oyó un martilleo. Ravic quedóse inmóvil. Vio entonces que era un revólver que había caído desde el asiento sobre el estribo. Haake debía de haberle tenido en la mano antes de que el coche frenara. Ravic lo arrojó dentro del coche.

Agudizó nuevamente el oído. Los grillos. El trozo de pradera. El cielo que se aclaraba y retrocedía. Poco rato más y saldría el sol. Ravic abrió la portezuela, sacó a Haake afuera a tirones, dio vuelta el asiento delantero y trató de empujar a Haake entre los asientos delantero y posterior, sobre el piso del coche. No fue posible; el sitio era demasiado estrecho. Dio vuelta alrededor del coche y abrió el baúl de equipajes. Rápidamente lo vació. Volvió entonces a sacar a Haake y lo arrastró hasta el extremo posterior. Todavía no estaba muerto. Era muy pesado. El sudor le corría a Ravic por el rostro. Consiguió introducir el cuerpo, comprimiéndolo, en el baúl de equipajes. Lo introdujo como un feto, con las rodillas levantadas.

Recogió del suelo las herramientas, una pala y el gato, y los colocó delante, en el coche. Un pájaro empezó a cantar en un árbol cercano. Se estremeció. Le pareció más sonoro que cuando había oído jamás. Miró la pradera: también se había puesto más clara.

No podía arriesgar nada. Volvió atrás y levantó a medias la tapa del baúl de equipajes. Colocó el pie izquierdo sobre el parachoques posterior, y mantuvo la tapa medio abierta con la rodilla, solamente lo necesario para poder introducir las manos por debajo. Si venía alguien, parecería que trabajaba inocentemente en algo, y podía dejar caer la tapa inmediatamente. Debía recorrer un largo trecho todavía. Y antes tenía que matar a Haake.

La cabeza estaba cerca del rincón derecho. Podía verla. El cuello estaba blando; se sentía todavía el pulso de las arterias. Rodeó estrechamente con las manos la garganta de Haake y las mantuvo así firmemente.

Parecía que transcurría una eternidad. La cabeza se sacudió un tanto. Muy poco. El cuerpo trató de estirarse. Parecía que estuviera prisionero en las ropas. La boca se abrió. El

pájaro empezó a lanzar nuevamente su canto estridente. La lengua salió fuera, gruesa, saburrosa. Y de pronto, Haake abrió un ojo. Brotó hacia fuera, pareció adquirir luz y vista, pareció desprenderse y avanzar hacia Ravic..., luego el cuerpo cedió. Ravic lo mantuvo sujeto algún rato. Y todo terminó.

Cayó la tapa. Ravic caminó todavía unos pasos. Notó entonces que le temblaban las rodillas. Se apoyó contra un árbol y vomitó. Sentía como si le arrancaran el estómago. Trató de contenerse, fue inútil.

Cuando levantó la vista vio venir a un hombre que cruzaba la pradera. El hombre le echó una mirada. Ravic se quedó inmóvil. El hombre se acercó. Caminaba con paso lento, descuidado. Iba vestido como un jardinero u obrero. Miró a Ravic al pasar. Ravic escupió y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Encendió uno y aspiró el humo. El humo era cáustico y le quemaba la garganta. El hombre cruzó la avenida. Miró el lugar donde Ravic había vomitado, luego el coche, y después a Ravic. No dijo nada, y Ravic no pudo advertir nada en su rostro. Desapareció más allá del cruce del camino, avanzando con paso lento.

Ravic esperó todavía unos segundos. Después cerró la tapa del baúl y puso el motor en marcha. No podía hacer nada más en el Bois. Era de día. Tema que dirigirse a St. Germain. Conocía los bosques de allí.

Al cabo de una hora se detuvo frente a una fon— dita. Sentía mucha hambre y la cabeza pesada. Estacionó el coche frente a la casa, donde había dos mesas y varias sillas. Pidió café con *brioche*s, y se fue a lavar. El lavabo despedía un olor hediondo. Pidió un vaso y se enjuagó la boca. Luego se lavó las manos y regresó.

El desayuno estaba sobre la mesa. Oía como todos los desayunos, las golondrinas volaban por encima de los tejados, el sol colgaba en las paredes de las casas sus primeros gobelinos dorados. Algunas personas se dirigían a su trabajo, y detrás de las cortinas de cuentas del *bistro*, una sirvienta con la falda arremangada, fregaba las baldosas. Era la mañana estival más apacible que Ravic había visto desde mucho tiempo atrás.

Bebió el café caliente. Pero no podía decidirse a comer. No quería tocar nada con las manos. Se las miró. «Es insensato —pensó—. ¡Maldición! No quiero adquirir complejos. Tengo que comer.» Tomó otra taza de café. Sacó un cigarrillo y tuvo cuidado de no llevarse a la boca el extremo que había tocado con los dedos. «Esto no puede seguir así»; sin embargo, no comió. «Primero tengo que liquidar esto definitivamente», resolvió en su interior. Se levantó y pagó.

Un rebaño de vacas. Mariposas. El sol sobre los campos. El sol en el parabrisas. El sol en la capota. El sol en la tapa de metal luciente de la maleta del coche, donde estaba encerrado Haake... muerto sin haber sabido por qué y por quién. Debía haber sido de otro modo...

«—¿Me reconoces, Haake? ¿Sabes quién soy? —vio ante sí la cara enrojada.

«—No, ¿por qué? ¿Quién es usted? ¿Nos hemos encontrado antes ya alguna vez?»

«—Sí.

«—¿Cuándo? ¿Nos hemos tuteado? ¿En la Escuela de Cadetes, quizá? No recuerdo.

«—No, no recuerdas Haake. No fue en la Escuela de Cadetes. Fue más tarde.

«—¿Más tarde? Pero usted ha vivido en el extranjero. Y yo nunca he estado fuera de Alemania. Sólo en estos dos últimos años, aquí, en París. Tal vez en el prostíbulo.

«—No. No fue en él. Y tampoco aquí. ¡En Alemania, Haake!»

Barreras. Vías de tren. Un jardincito, atestado de rosas, flox y girasoles. Espera. Un tren negro, perdido, bufando en la mañana interminable. Reflejados en el parabrisas, vivientes, los ojos como moluscos, que en la maleta del coche se llenaban del polvo que caía por las rendijas.

«—¿En Alemania? ¡Ah, comprendo! En una de las reuniones del partido. Nuremberg. Creo recordar. ¿No fue en el Nürnberger Hof?»

«—No, Haake —decía Ravic hablando pausadamente en dirección al parabrisas, y sentía cómo la pesada onda de los años retornaba—. En Nuremberg, no. En Berlín.

«—¿Berlín? —El rostro sombrío, cruzado por reflejos adquiría una expresión ligeramente impaciente y jovial—. ¡Vamos, hombre! ¡Descúbrase de una vez! ¡No se oculte de ese modo, y no me tenga tanto tiempo en esta tortura! ¿Dónde fue?»

En los brazos ahora, la onda que ascendía desde la tierra.

«¡En la tortura, Haake! ¡Precisamente! ¡En la tortura!»

Una risa, indecisa, precavida.

«—Déjese de bromas, hombre.

«—¡En la tortura, Haake! ¿Sabes ahora quién soy?»

La risa, más indecisa, más precavida, amenazante.

«—¿Cómo he de saberlo? Veo a miles de hombres. No puedo recordar personalmente a cada uno. Si usted alude a la Policía Secreta del Estado...

«—Sí, Haake, la Gestapo.»

Encogimiento de hombros. Acecho.

«—Si usted ha sido interrogado allí alguna vez...

«—Sí. ¿Te acuerdas?»

Nuevo encogimiento de hombros.

«—¿Cómo he de acordarme? Hemos interrogado a miles...

«—¡"Interrogado"! ¡Torturar, golpear hasta la inconsciencia, magullar riñones, quebrar huesos, arrojar a los hombres como bolsas a los sótanos, sacarlos nuevamente, destrozarse los rostros, triturar testículos..., a eso llamáis vosotros "interrogar"! Los espantosos gemidos de los que ya no podían gritar... ¡"Interrogar"! Los lamentos entre desmayo y desmayo, los puntapiés en el vientre, los rodillos de caucho, los látigos... ¡Sí, a todo eso llamabais vosotros inocentemente "interrogar"!»

Ravic miraba con fijeza la cara invisible en el parabrisas, por el cual se deslizaba en silencio el paisaje con mieses, amapolas y cuadros de rosas...; la miraba con fijeza; sus labios se movían y decían todo lo que él había querido decir y no había dicho, y que alguna vez tenía que decir.

«—¡Quietas las manos, o de lo contrario te derribo de un balazo! ¿Te acuerdas del pequeño Max Rosen— berg, que, con el cuerpo hecho trizas, estaba tendido a mi lado en el sótano, y trataba de destrozarse la cabeza contra el muro de cemento para no ser "interrogado" nuevamente...? "Interrogado", ¿por qué? ¡Porque era democrático! Y Willmann, que orinaba sangre—y ya no tenía dientes y sólo un ojo, después de haber sido "interrogado" durante dos horas por vosotros..., "interrogado", ¿por qué? Porque era católico y no creía que vuestro Führer fuera el nuevo Mesías. Y Riesenfeld, cuya cabeza y espalda semejaban masas de carne cruda, y que nos imploraba que le abriéramos las arterias mordiéndoselas, porque él, desdentado, ya no podía hacerlo por sí mismo, después de haber sido "interrogado" por ti..., "interrogado", ¿por qué? Porque era un contrario a la guerra, y no creía que el mejor medio de poner de manifiesto la cultura, fueran las bombas y los lanzallamas. ¡"Interrogado"! Sí, a miles habéis "interrogado" vosotros... ¡Quietas las manos, puerco! Y ahora, por fin, te tengo en mi poder, y vamos a una casa de gruesos muros enteramente aislada. Y allí te "interrogaré" yo..., lentamente, lentamente, durante días enteros, según el método Rosenber, el método Willmann, el método Riesenfeld, exactamente como nos lo habéis enseñado vosotros. Y luego, después de todo eso...»

Ravic advirtió de pronto que el coche marchaba velozmente. Levantó el pie del acelerador. Casas. Una aldea. Perros. Gallinas. Caballos pastando, galopando, con los cuellos tendidos, las cabezas en alto, paganos, centauros, fuerza de vida. Una mujer sonriente, con un canasto de ropa. Piezas de ropa de todos los colores agitándose en las cuerdas, banderas de felicidad prestada. Uno cuantos niños jugando delante de las puertas. Veía todo eso como separado por una pared de vidrio, muy cerca e increíblemente lejos, lleno de belleza, de paz y de inocencia, dolor— samente fuerte y separado de él, y ahora inalcanzable para siempre a causa de esa noche. No lo lamentaba... era así, eso era todo.

Marchaba despacio. La única posibilidad de ser detenido, era cruzar las aldeas a escape. El reloj. Hacía cerca de dos horas que andaba. ¿Cómo era posible? No lo había advertido. No había visto nada, solamente la cara a la que hablaba...

St. Germain. El parque. Rejas negras delante del cielo azul, y después los árboles. Árboles. Avenidas de árboles. Un parque de árboles, esperado, deseado, y de pronto el bosque.

El coche se deslizaba más despacio. El bosque se elevaba como una ola verde y dorada, se levantaba a derecha e izquierda, desbordaba el horizonte y lo envolvía todo... incluso el veloz y brillante insecto que zigzagueaba dentro de él.

El suelo estaba blando y cubierto de exuberante vegetación. Era un paraje muy apartado del camino. Ravic dejó el coche a un centenar de metros, de manera que pudiese verlo. Tomó luego la pala y empezó a cavar. Era fácil. Si alguien llegaba y veía el coche, podía ocultar la pala y regresar como un paseante inofensivo.

Cavó bastante hondo como para tener suficiente tierra con que cubrir el cuerpo. Luego acercó el coche. Un cuerpo muerto es pesado. Sin embargo, avanzó con el coche sólo en el trecho donde la tierra era dura, para no dejar las huellas de los neumáticos.

El cuerpo no estaba todavía rígido. Lo arrastró hasta el agujero de tierra y empezó a arrancarle las ropas formando con ellas un montón. Fue más sencillo de lo que pensaba. Dejó tendido el cuerpo desnudo, tomó las ropas, las metió en la maleta del coche y condujo el vehículo de vuelta. Cerró las puertas y el baúl de equipajes y llevó consigo el martillo. Tenía que contar con que el cuerpo sería descubierto por casualidad, y quería evitar toda identificación.

Por un momento le fue difícil regresar. Sentía un impulso casi irresistible de dejar el cadáver tendido, subir al coche y desaparecer. Se detuvo y se dio vuel: ta. Junto al tronco de una haya, a pocos metros de distancia dos ardillas se perseguían. Sus pieles rojizas relucían al sol. Siguió avanzando.

Hinchado, azulado. Extendió un trapo de lana empapado con aceite sobre el rostro de Haake, y comenzó a golpearlo con el martillo. Después del primer golpe se detuvo. Parecía muy ruidoso. Luego siguió golpeando rápidamente. Al cabo de un rato, levantó el trapo. La cara era una masa informe cubierta de sangre negra coagulada. «Como la cabeza de Riesenfeld», pensó. La cabeza de Riesenfeld era algo peor: aún vivía.

El anillo de la mano derecha. Lo sacó y arrojó el cuerpo a la fosa. La fosa era un tanto corta. Dobló las rodillas sobre el vientre. Luego echó la tierra encima, con la pala. Fue una operación rápida. La pisonó con los pies y colocó los trozos de musgo que antes había recortado con la pala. Se adaptaron bien. Sólo se veían todavía los bordes, si uno se agachaba. Arregló nuevamente los arbustos.

El martillo. La pala. El trapo. Los puso junto con las ropas en el baúl de equipajes. Regresó entonces una vez más, lentamente, buscando rastros. No encontró ya casi ninguno. Del resto se encargarían un poco de lluvia y unos cuantos días de crecimiento.

Cosa singular: los zapatos de un hombre muerto. Los calcetines, la ropa. El traje no tanto. Los calcetines, la camisa, la ropa interior; marchitos ya, espectrales, llenos de un aura muerta simultáneamente con el hombre. Era horroroso tocarlos y buscar los monogramas y los rótulos de la sastrería.

Ravic procedió rápidamente. Los recortó. Luego hizo con todo un lío y lo enterró. Estaba a varios kilómetros de distancia del sitio en que había enterrado el cadáver. Lo suficientemente lejos para evitar que ambas cosas fueran halladas al mismo tiempo.

Siguió andando hasta llegar a un arroyo. Tomó los rótulos recortados y los envolvió en papel. Luego rompió la libreta de apuntes de Haake en pequeños trozos y registró la

cartera. Contenía dos billetes de mil francos de la cuademilla de pasajes para Berlín, diez marcos, algunos papelitos con direcciones y el pasaporte de Haake. Ravic se metió en el bolsillo el dinero francés. En un bolsillo había encontrado también varios billetes de cinco francos.

Contempló un momento el cuademillo de pasajes para Berlín. Era curioso ver aquello: para Berlín. Lo rompió y lo agregó a lo demás. Contempló largamente el pasaporte. Tenía vigencia por tres años y visado válido por casi dos años aún. Era una tentación conservarlo y vivir con él. Ello estaba de acuerdo con el género de existencia que llevaba. No lo hubiera pensado dos veces si no hubiese ofrecido peligro.

Lo rompió e igualmente el billete de diez marcos. Conservó las llaves, el revólver y el recibo del baúl. Quería reflexionar sobre si debía retirar el equipaje, para borrar todo rastro en París. Había encontrado el recibo del hotel y lo había roto.

Lo quemó todo. Tardó más de lo que había juzgado, pero tenía consigo papel de diario, para quemar los trozos de género. Esparció las cenizas en el fl arroyo. Luego registró el coche para ver si había sangre. No encontró nada. Lavó cuidadosamente el martillo y la llave inglesa y acomodó nuevamente las herramientas en la maleta del coche. Se lavó las manos lo mejor que pudo, sacó un cigarrillo y permaneció un rato sentado fumando.

El sol se filtraba oblicuamente a través de las grandes hayas. Ravic permanecía sentado y fumaba. Estaba vacío y no pensaba en nada.

Sólo cuando viró nuevamente, entrando en el camino que lleva al castillo, pensó en Sibila. El castillo, blanco, se destacaba en el claro estío bajo el cielo eterno del siglo XVIII. Pensó de pronto en Sibila y, por primera vez desde aquel entonces, no trató de oponer resistencia al recuerdo y de hacerlo a un lado y reprimirlo. No había ido nunca más lejos en sus recuerdos que hasta aquel día en que Haake la había i hecho entrar. No había llegado más lejos que hasta el miedo y el espanto enloquecido dibujados en su rostro. Todo lo demás se había desvanecido. Y nunca había llegado más lejos que hasta la noticia de que ella se había ahorcado. Nunca lo había creído; era posible..., pero, ¿quién podía saber lo que había ocurrido antes? Nunca había podido pensar en ella sin sentir en su cerebro el espasmo que convertía sus manos en garras, y se extendía como aro que le oprimiera el pecho, incapacitándolo durante días para escapar de la roja niebla de impotente anhelo de venganza.

Pensó en ella, y de pronto el aro, el espasmo y la niebla habían desaparecido. Algo se había disuelto, una barricada había sido quitada del camino, el rígido cuadro de espanto comenzaba a moverse, perdiendo el aspecto de algo firmemente congelado que había tenido durante esos últimos años. La boca contraída comenzaba a cerrarse, los ojos perdían su fijeza rígida, y la sangre volvía suavemente a colorear el rostro de blancura caliza. No era una máscara de miedo... Volvía a ser la Sibila que él conocía, la que había vivido con él, aquella cuyos delicados pechos había sentido, y que durante dos años había alentado en su vida como una noche de junio.

Desde el fondo de los recuerdos subían de pronto días..., noches..., como lejanos fuegos de artificio ya olvidados más allá del horizonte. Una puerta clausurada de su pasado, cubierta con una costra de sangre, se abría de repente fácilmente y sin ruido, y detrás se veía nuevamente un jardín y no una mazmorra de la Gestapo.

Hacia ya más de una hora que Ravic marchaba con el coche. No regresaba a París. Se detuvo en el puente que cruza el Sena detrás de St. Germain, y arrojó al agua las llaves y el revólver de Haake. Después levantó la capota del coche y siguió andando.

Corría en una mañana de Francia. La noche estaba casi olvidada, y había quedado como a decenas de años atrás. Lo que había ocurrido pocas horas antes, se había hecho ya borroso..., pero lo que había estado sumergido durante años surgía misteriosamente y se acercaba. Y no estaba ya separado por un abismo.

Ravic no sabía qué ocurría en su interior. Había creído que se había de sentir vacío, cansado, indiferente, excitado..., había esperado sentir náuseas, la necesidad de una muda justificación, ansias de alcohol, de emborracharse, de olvidar..., pero no esto. No había esperado estar liviano y suelto, como si hubiera caído un cerrojo de su pasado. Miró a su alrededor. El paisaje se deslizaba a ambos lados, procesiones de álamos elevaban hacia el cielo, como antorchas, su júbilo verde. Recostados, se extendían los campos de amapolas y centauras. Azules. De las tahonas de las aldeas salía el aroma del pan fresco, y por las ventanas de una escuela llegaban hasta él voces infantiles que cantaban acompañadas por un violín.

¿Qué había pasado hacía sólo un rato, al pasar por ahí? ¿Hacia Un rato, unas pocas horas, una eternidad? ¿Dónde estaba la pared de vidrio? ¿Dónde la sensación de alejamiento? Se habían disipado como la niebla ante el sol que se eleva. Volvía a ver a los niños jugando en los umbrales de las puertas, veía a los perros y a los gatos dormitando al sol, veía la ropa de todos colores agitando al viento, los caballos pastando, y todavía la mujer, con broches en las manos, estaba en la pradera colgando largas filas de camisas. Lo veía y formaba parte de todo ello, ahora más que muchos años antes. Algo se derretía en él, y se elevaba blando y húmedo; un campo quemado empezaba a verdecer, y alguna cosa oscilaba en su interior hasta alcanzar gradualmente gran equilibrio.

Estaba sentado en el coche y experimentaba una sensación de gran tranquilidad. Apenas osaba moverse para no ahuyentarla. Crecía y crecía a su alrededor, subía y bajaba, se sentía tranquilo, y todavía no lo creía enteramente. Y, sin embargo, lo sentía, y sabía que era así. Había creído que la sombra de Haake se sentaría a su lado y le clavaría la mirada... y ahora ocurría que su vida había vuelto, estaba sentada a su lado, y lo miraba. Dos ojos se cerraban, dos ojos que durante muchos años habían estado muy abiertos en el exigido y acusado en silencio inexorablemente. Una boca adquiría expresión plácida, y dos brazos, extendidos hacia delante en actitud de espanto, caían finalmente. La muerte de Haake había disipado la muerte del rostro de Sibila... que revivió por un momento, y empezó luego a hacerse impreciso. Podía estar tranquilo, al fin, y se esfumó. No regresaría nunca más. Los álamos y los tilos lo cubrían delicadamente, y entonces no quedó más que el verano y el zumbido de las abejas, y un cansancio claro, fuerte y desvelado, como si durante muchas noches no hubiese dormido, y en adelante hubiera de dormir mucho tiempo o acaso nunca más.

Dejó el «Talbot» estacionado en la calle Poncelet. En el momento de silenciar el motor y descender, sintió cuán cansado estaba. No era el flojo cansancio de la marcha; era una hueca, vacía y exclusiva voluntad de dormir. Echó a andar en dirección al «International», y el caminar suponía un esfuerzo. El sol le pesaba como una viga sobre la nuca. Recordó que tenía que desocupar su habitación del «Prince de Galles». Lo había olvidado. Estaba tan cansado que reflexionó un momento si no debía dejarlo para más tarde. Después se dominó y fue en un taxi hasta el «Prince de Galles». Luego de pagar la cuenta, casi se olvidó de hacer bajar su maleta.

Esperó en el hall, que estaba fresco. A la derecha, en el bar, había varias personas sentadas tomando martinis. Por poco no se durmió antes de que llegara el botones. Le dio propina y tomó un taxi.

—A la estación del Este —dijo. Habló con voz tan alta que el portero y el botones pudieron oírlo.

Lo hizo detener en la esquina de la calle de la Boétie.

—Me he equivocado en una hora —dijo al chófer—. Es demasiado temprano. Párese aquí, delante del *bistro*.

Le pagó, bajó su maleta, se dirigió hacia el *bistro*, y vio cómo el taxi desaparecía. Regresó entonces, tomó otro taxi, y fue hasta el «International».

No había nadie abajo, salvo un muchacho que dormía. Eran las doce de la mañana. La patrona estaba almorzando. Ravic llevó él mismo la maleta, a su cuarto. Se desvistió y abrió la ducha del baño. Se bañó larga y cuidadosamente. Luego se friccionó con alcohol. Eso lo refrescó. Vació la maleta y acomodó en su sitio las cosas que contenía. Se vistió con ropa interior limpia, y se puso otro traje. Bajó entonces a buscar a Morosow.

—En este momento iba a verte —dijo Morosow—. Hoy es mi día libre. Podemos ir al «Prince de Galles»... —Se detuvo y miró a Ravic con más atención.

—No es necesario ya —dijo Ravic. Morosow lo miró—. Concluido. Esta mañana. No me preguntes nada. Quiero dormir.

—¿Necesitas algo más?

—Nada. Todo está arreglado. Suerte.

—¿Dónde está el coche?

—En la calle Poncelet. Todo en orden.

—¿Nada más que hacer?

—Nada. Me ha asaltado de pronto un condenado dolor de cabeza. Quiero dormir. Bajaré más tarde.

—Bueno. ¿No hay nada más que arreglar?

—No —dijo Ravic—. Nada más, Boris. Resultó sencillo.

—¿No has olvidado nada?

—Creo que no. No. Ahora, no puedo rumiarlo. Primero tengo que dormir. Más tarde. ¿Te quedas aquí?

—Naturalmente —dijo Morosow.

—Bien. Entonces bajaré luego.

Ravic volvió a su habitación. Sintió de pronto un fuerte dolor de cabeza. Se detuvo un momento frente a la ventana. Debajo de él brillaban los lirios del emigrado Wiesenhoff. Enfrente, la pared gris con las ventanas vacías. Todo había terminado. Era justo y bueno, y así debía ser, pero había terminado, y no había continuación. No había nada más. Nada más se abría ante él. Mañana era una palabra sin sentido. Frente a su ventana caía rápidamente el día.

Se desnudó y se bañó otra vez. Puso las manos largo rato en alcohol, y las dejó al aire. La piel se estiró alrededor de las articulaciones de los dedos. Tenía la cabeza pesada, y su cerebro parecía rodar suelto adentro. Buscó una jeringa de inyecciones y la hirvió en un pequeño calentador sobre el alféizar de la ventana. El agua borboteó un rato. Recordó el arroyo. Sólo el arroyo. Abrió dos ampollas y aspiró con la jeringa el contenido claro como el agua. Se dio la inyección y se tendió en la cama. Al cabo de un rato tomó su vieja bata de dormir y se cubrió con ella. Era como si tuviese doce años y estuviese cansado y solo en la soledad peculiar del crecimiento y de la juventud.

Despertó a la hora del crepúsculo. Una luz rosada pálida cubría los techos de las casas. Desde abajo subían las voces de Wiesenhoff y de la señora Goldberg. No podía entender lo que hablaban. No lo deseaba tampoco. Tenía el estado de ánimo de tin hombre que ba dormido por la tarde sin estar acostumbrado a ello...; desprendido de todas las vinculaciones y maduro para un suicidio rápido y sin sentido. «Quisiera poder operar ahora —pensó—. Un caso difícil, casi desesperado.» Se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día. Sintió de pronto un hambre atroz. Los dolores de cabeza habían desaparecido. Se vistió y bajó.

Morosow estaba en su cuarto, sentado a la mesa, en mangas de camisa, ocupado en resolver un problema de ajedrez. La habitación estaba casi vacía. En una pared colgaba un traje de uniforme. En un rincón había un icono alumbrado por una vela. En otro, una mesa con un samovar. En un tercero, una nevera moderna. Era el lujo de Morosow. En ella

mantenía frío el vodka, los alimentos y la cerveza. Delante de la cama había una alfombra turca.

Morosow se incorporó sin decir palabra, y trajo dos copas y una botella de vodka. Llenó las copas.

—«Subovka» —dijo.

Ravic se sentó a la mesa.

—No quiero beber, Boris. Tengo sólo un hambre atroz.

—Bueno. Vamos a comer. Entretanto —Morosow hurgó en la nevera y sacó pan negro ruso, embutido, manteca y una latita de caviar...— ¡toma esto! El caviar es un obsequio del *chef* del «Schéhérazade». Puedes comerlo con confianza.

—Boris —dijo Ravic—, no hagamos comedia. Encontré al hombre delante del «Osiris», lo maté en el Bois, y lo enterré en St. Germain.

—¿Te ha visto alguien?

—No. Tampoco delante del «Osiris».

—¿En ninguna parte?

—En el Bois pasó un hombre por la pradera. Cuando todo estaba terminado. Lo tenía dentro del coche. No se podía ver nada más que al coche y a mí, que estaba vomitando. Yo podía estar borracho y haberme indispuerto. Nada extraordinario.

—¿Qué has hecho con las cosas?

—Las enterré. Recorté los rútolos y los quemé junto con los documentos. Conservo su dinero y el recibo de su equipaje, de la estación del Norte. Ya había dejado su habitación del hotel, y pensaba partir esta mañana.

—¡Demonios! Eso se llama suerte. ¿No quedaron rastros de sangre?

—No. No hubo casi sangre. He dejado mi cuarto del «Prince de Galles». Mis cosas están de nuevo en su sitio. Es probable que las personas con quienes tenía relaciones supongan que se ha marchado. Si retiráramos el equipaje de la estación, no quedaría ningún rastro de él.

—En Berlín notarán que no llega, y harán averiguaciones aquí.

—Si el equipaje no aparece, no sabrán adonde se ha dirigido.

—Lo sabrán. No ha utilizado su boleto de coche— cama. ¿Lo has quemado?

—Sí.

—Quema entonces el recibo también.

—Podríamos mandarlo a la Oficina de Equipajes, y hacer que despachen las maletas para Berlín o para cualquier otro punto, contra reembolso.

—Es la misma cosa. Es mejor quemarlo. Si quieres ser demasiado listo sospecharán más. En esta forma ha desaparecido, simplemente. Eso suele ocurrir en París. Investigarán y conseguirán saber dónde fue visto por última vez. En el «Osiris». ¿Estuviste adentro?

—Sí. Un momento. Lo vi. Él a mí no. Lo esperé entonces afuera. Allí no nos vio nadie.

—Pueden averiguar quién estuvo a la misma hora en el «Osiris». Rolande recordará que tú estuviste allí.

—Voy a menudo. Eso no significa nada.

—Es mejor que no te pregunten nada. Emigrado, sin documentos, ¿sabe Rolande dónde vives?

—No. Pero conoce la dirección de Veber. Él es el médico oficial. Rolande abandona su colocación dentro de pocos días.

—Averiguarán dónde está.— Morosow se sirvió una copa—. Ravic, creo que será mejor que desaparezcas por una semanas.

Ravic lo miró.

—Eso es muy fácil decirlo, Boris. ¿Adónde?

—A cualquier parte, donde haya gente. Vete a Cannes o a Deauville. Aquello está ahora en plena temporada, y puedes pasar inadvertido. O si no a An— tibes. Tú ya conoces aquello y nadie te pedirá allí pasaportes. Entretanto, yo siempre podré saber por Veber y por Rolande si la Policía te ha buscado para interrogarte como testigo.

Ravic negó con la cabeza.

—Lo mejor es quedarse donde tino está, y vivir como si nada hubiera pasado.

—No. Esta vez, no.

Ravic miró a Morosow.

—Yo no huyo. Me quedo aquí. Eso es parte del asunto. ¿No lo entiendes?

Morosow no respondió a eso.

—Por lo pronto, quema de una vez el recibo del equipaje —dijo.

Ravic sacó el papel del bolsillo, lo encendió y lo dejó quemar en el cenicero. Morosow tomó el platillo de cobre y arrojó la ceniza por la ventana.

—Así, pues, esto estaría liquidado. ¿No llevas nada más de él encima?

—Dinero.

—Muéstramelo.

Examinó los billetes. No había señales en ellos.

—Esto es fácil de arreglar. ¿Qué piensas hacer con él?

—Puedo enviarlo al fondo de refugiados. Anónimamente.

—Cámbialo mañana y envíalo dentro de dos semanas.

—Bien.

Ravic guardó el dinero. Mientras lo doblaba, cayó de pronto en la cuenta de que había estado comiendo. Echó fugazmente una mirada a sus manos. Era curioso todo lo que había pensado por la mañana. Tomó otro pedazo del fresco pan negro.

—¿Dónde comeremos? —preguntó Morosow.

—En cualquier parte.

Morosow lo miraba. Ravic sonrió. Era la primera vez que sonreía.

—Boris —dijo—, no me mires como mira una enfermera a alguien en quien teme un colapso nervioso. He hecho desaparecer a una bestia que hubiera merecido un tratamiento mil veces peor. He dado muerte a docenas de hombres en mi vida, que no tenían nada que ver conmigo, y he sido condecorado por ello. Y ni siquiera los he matado en combate leal, sino que los he seguido a hurtadillas, los he acechado, desde atrás, cuando nada sospechaban; y eso era la guerra y algo muy honroso. Lo único que me anudó la garganta unos minutos fue que no se lo pude decir antes al tipo en la cara. Fue un deseo estúpido. Ahora está liquidado, y ya no torturará más a ningún ser humano. Después del hecho he dormido, y todo me resulta ahora tan extraño como si lo leyera en un diario.

—Bueno. —Morosow se abotonó la chaqueta—. Vamos entonces. Tengo necesidad de beber algo.

Ravic alzó la vista.

—¿Tú?

—¡Sí, vo! —exclamó Morosow—. Yo —tuvo un ligero titubeo—. Hoy es la primera vez que me siento viejo.

La fiesta de despedida de Rolande empezó a las seis en punto. Duró sólo una hora. A las siete se reanudó nuevamente el trabajo.

La mesa había sido tendida en una sala contigua. Todas las mujeres estaban vestidas. La mayoría llevaban trajes negros de seda. Ravic, que sólo las había visto siempre desnudas o con unos pocos trapos livianos, tuvo dificultad en reconocer a muchas de ellas. Sólo media docena había quedado en el gran salón para casos de emergencia. A las siete se mudarían para ser servidas a su vez. Ninguna de ellas se habría de presentar en traje profesional. Eso no era una disposición de Madame; ellas mismas lo habían querido así. Ravic no había esperado otra cosa. Conocía la etiqueta de las prostitutas; era más estricta que la de la alta sociedad.

Las muchachas habían hecho una suscripción y le habían regalado a Rolande seis sillones de mimbre para su restaurante. Madame le había obsequiado una caja registradora, y Ravic dos mesas de mármol para acompañar a los sillones. Era el único extraño al personal, en la fiesta. Y el único hombre.

La comida empezó cinco minutos después de las seis. Madame ocupaba la cabecera. A su derecha estaba sentada Rolande, y a su izquierda Ravic. Seguía luego la nueva gobernanta, la gobernanta auxiliar y después las filas de muchachas.

Los fiambres fueron excelentes. Foiegras de Estrasburgo, *pâté maison*, con jerez añejo. A Ravic le pusieron una botella de vodka. Aborrecía el jerez.

Siguió después una *vichysoise*, de primerísima calidad. Luego Turbot con Meursault 1933. El Turbot era de la clase del que servían en «Maxim». El vino era liviano y bastante nuevo. Sirvieron después *vichysragos* verdes, delgados. Vinieron luego los pollos asados y tiernos, una ensalada elegida, con una pizza de ajo y para acompañar todo ello, Château St. Emilion. En el extremo principal de la mesa bebieron una botella de Romanée Conti 1921. «Las muchachas no aprecian esto», dijo Madame. Ravic lo apreciaba. Le trajeron una segunda botella. A cambio de ello, renunció al champaña y a la *mousse* de chocolate. Acompañando al vino, comió con Madame queso de Brie, bien mantecoso, con pan blanco fresco, sin manteca.

La conversación durante la comida fue la de un pensionado de niñas. Los sillones de mimbre estaban adornados con cintas. La caja registradora resplandecía. Las mesas de mármol brillaban. Había un ambiente de melancolía en el local. Madame vestía de negro. Llevaba joyas. No demasiadas. Prendedor y anillo. Piedras selectas blanco azulado. No llevaba diadema, aunque ya era condesa. Tenía buen gusto. A Madame le gustaban los brillantes. Declaraba que las esmeraldas y los rubies constituían riesgos. Los diamantes eran seguros. Conversó con Rolande y con Ravic. Había leído mucho. Su conversación era entretenida, fácil y espiritual. Citaba a Montaigne, a Chateaubriand y a Voltaire. Sobre su rostro inteligente, irónico, brillaba el cabello ligeramente teñido de azul.

A las siete, después del café, las muchachas se levantaron como dóciles colegialas. Dieron las gracias cortésmente a Madame y se despidieron de Rolande. Madame se quedó todavía un rato. Hizo traer un Armagnac, como Ravic no había bebido otro en su vida. La «brigada» de emergencia, que había estado de servicio, entró entonces. Lavadas, menos pintadas que durante el trabajo, vestidas con traje de sarao. Madame esperó hasta que las muchachas se sentaron y estuvieron por el Turbot. Con cada una de ellas cambió unas palabras, y les agradeció que hubieran sacrificado la hora anterior. Se despidió entonces con gracia.

—Rolande, la veré todavía antes de que se vaya...

—Seguramente, Madame.

—¿Puedo dejarle el Armagnac aquí? —preguntó a Ravic.

Ravic le dio las gracias. Madame salió, con el continente de gran dama de pies a cabeza.

Ravic tomó la botella y se sentó al lado de Rolande.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó.

—Mañana, sobre las cuatro de la tarde.

—Estaré en la estación.

—No, Ravic. No es posible. Mi novio llega esta noche. Viajamos juntos. ¿Comprendes que no debes ir? Le extrañaría mucho.

—Naturalmente.

—Tenemos que elegir mañana temprano algunas cosas, y remitir todo antes de partir. Ésta noche me mudo al «Hotel Belfort». Bueno, barato, limpio.

—¿Vive él también allí?

—Por supuesto que no —dijo Rolande sorprendida—. No estamos casados todavía.

—Es verdad.

Ravic sabía que nada de eso era comedia. Rolan— de era una burguesa, había tenido una profesión. Que fuera pensionado de niñas o prostíbulo, daba lo mismo. Había desempeñado su oficio, y ahora eso había terminado, y volvía a su mundo burgués, sin llevar consigo al mismo ni sombra del otro. Con muchas prostitutas ocurría lo mismo. Muchas de ellas se convertían en excelentes esposas. Ser prostituta era una profesión seria, no un vicio. Esto las resguardaba contra la degradación.

Rolande tomó la botella de coñac, y sirvió otra copa a Ravic; luego sacó un papelito de la cartera.

—Si alguna vez quieres salir de París, aquí tienes la dirección de nuestra casa. Puedes ir cuando quieras.

Ravic miró la dirección.

—Hay dos nombres —aclaró ella—. Uno es para las dos primeras semanas. Es el mío. Después será el de mi novio.

Ravic guardó el papel.

—Gracias, Rolande. Por ahora me quedo en París. Además tu novio seguramente se sorprendería si yo cayera de repente, como llovido del cielo.

—¿Dices eso por mi deseo de que no vayas a la estación? Eso es otra cosa. Esto te lo doy para el caso de que alguna vez te veas obligado a salir de París. Precipitadamente. Para eso.

Él la miró.

—¿Por qué?

—Ravic —dijo ella—, tú eres refugiado. Y los refugiados tienen a veces dificultades. Entonces es bueno saber dónde se puede vivir, sin que la Policía se preocupe.

—¿Cómo sabes que soy refugiado?

—Lo sé. No lo he dicho a nadie. A nadie aquí le importa. Conserva mi dirección. Y si alguna vez la necesitas, ven. En nuestra casa nadie investigará.

—Bueno. Gracias, Rolande.

—Hace dos días estuvo la Policía aquí. Preguntaron por un alemán. Querían Saber si había estado aquí.

—¿De veras?

—Sí. La última vez que tú estuviste, él estaba aquí. Probablemente tú no te acuerdas. Uno gordo, calvo. Estaba sentado a una mesa con Yvonne y Clarisse. La Policía preguntó si había estado aquí, y si había estado alguien más.

—No tengo idea —dijo Ravic.

—Seguramente, tú no paraste mientes en él. Yo, naturalmente, no dije que tú habías estado un momento aquí esa noche.

Ravic hizo un gesto aprobatorio.

—Es mejor así —declaró Rolande—. De ese modo no se les da ocasión a los polizontes de preguntar por sus pasaportes a gentes inocentes.

—Naturalmente. ¿No dijo lo que quería?

Rolande se encogió de hombros.

—No. Y a nosotros en realidad no nos interesa tampoco. Le dije que nadie había estado aquí. Eso es una norma antigua entre nosotros. Nunca sabemos nada. Es mejor. El policía no mostraba tampoco mucho interés.

—¿No?

Rolande sonrió.

—Ravic, hay muchos franceses a quienes se les da un ardite lo que le ocurra a un turista alemán. Tenemos bastante que hacer con nosotros mismos —se incorporó—. Tengo que irme. Adiós, Ravic.

—Adiós, Rolande. Esto no va a ser lo mismo sin ti.

Sonrió ella.

—En seguida, no, quizá; pero sí muy pronto.

Salió para despedirse de las muchachas. Al pasar contempló una vez más la caja registradora, los sillones y las mesas. Eran obsequios prácticos. Los imaginaba ya en su café. En particular la caja registradora. Significaba ingresos, seguridad, hogar y bienestar. Rolande titubeó un momento; luego no pudo resistir más. Sacó unas monedas de su cartera, las colocó junto al aparato y empezó a teclear. La máquina zumbó, indicó dos francos cincuenta, la gaveta se abrió de golpe y Rolande se cobró a sí misma con sonrisa de felicidad infantil. Las muchachas se acercaron y rodearon la caja. Rolande hizo una segunda operación de cobranza. Un franco setenta y cinco.

—¿Qué se podrá obtener en su negocio por un franco setenta y cinco? —preguntó Marguerite, que tenía además el sobrenombre *el Corcel*.

Rolande reflexionó.

—Un *dubonnet*, dos *pernods*.

—¿Cuánto cuesta un *amér picón* y una cerveza?

—Setenta céntimos —Rolande tecleó. Cero francos, setenta céntimos.

—Barato —dijo *el Corcel*.

—Tenemos que cobrar más barato que en París —declaró Rolande.

Las muchachas armaron los sillones de mimbre alrededor de las mesas y se sentaron en ellos con precaución. Se alisaron los vestidos de sarao, y de pronto se convirtieron en parroquianas del futuro café de Rolande.

—Sírvanos tres té con galletitas, señora Rolan— de —dijo Daisy, una delicada rubia que tenía gran aceptación especialmente entre los hombres casados.

—Siete francos ochenta. —Rolande hizo funcionar la caja—. Lo siento mucho, pero las galletitas son muy caras.

Marguerite, *el Corcel*, en la mesa vecina, alzó la cabeza después de un momento de profunda meditación.

—Dos botellas de pommery —pidió triunfante. Quería a Rolande, y deseaba demostrárselo.

—Noventa francos. Buen pommery.

—Y cuatro coñacs —resopló *el Corcel*—. Hoy es mi cumpleaños.

—Cuatro francos cuarenta —la caja hizo un ruido característico.

—¿Y cuatro cafés con «besitos»?

—Tres francos sesenta.

El Corcel, entusiasmada, no quitaba la vista de Rolande. No sabía qué otra cosa pedir.

Las muchachas se apretujaron alrededor de la caja.

—¿Cuánto es en total, señora Rolande?

Rolande les mostró la boleta con cantidades impresas.

—Ciento cinco francos con ochenta.

—¿Y cuánto de eso es ganancia?

—Treinta francos, más o menos. Eso es debido al champaña que deja mucho.

—Bueno —dijo *el Corcel*—, ¡bueno! ¡Así debe andar siempre!

Rolande volvió junto a Ravic. Tenía los ojos brillantes, como sólo pueden brillar cuando están encendidos por el amor o por el lucro.

—Adiós, Ravic. No olvides lo que te he dicho.

—No. Adiós, Rolande.

Salió, enérgica, erguida, serena... El porvenir era sencillo para ella, y la vida buena.

Estaba sentado en el «Fouquet», con Morosow. Eran las nueve de la noche. La terraza estaba atestada de gente. A lo lejos, detrás del Arco de Triunfo, lucían dos faroles, con una luz blanca, muy fría.

—Las ratas huyen de París —dijo Morosow—. En el «International» hay tres habitaciones desocupadas. Esto no ocurría desde 1933.

—Vendrán otros emigrados a ocuparlas.

—¿De qué clase? Teníamos rusos, italianos, polacos, españoles, alemanes...

—Franceses —dijo Ravic—. De las fronteras. Fugitivos. Como en la última guerra.

Morosow alzó su copa, y vio que estaba vacía. Llamó al mozo.

—Otra jarra de Pouilly.

—¿Cómo marchan tus asuntos, Ravic? —preguntó luego.

—¿De rata?

—Sí.

—Las ratas también necesitan ahora pasaportes y visados.

Morosow lo miró con desaprobación.

—¿Has tenido acaso alguno hasta ahora? Sin embargo, estuviste en Viena, Zurich, España y París. Ahora ha llegado el momento de que desaparezcas de aquí.

—¿Adonde? —preguntó Ravic. Tomó la jarra que había traído el mozo. La copa estaba fresca y empañada. Echó en ella el vino—. ¿A Italia? Allí está la Gestapo esperando en la frontera.

—A Suiza.

—Suiza es muy pequeña. Estuve tres veces en Suiza, y todas las veces, al cabo de una semana, la Policía me había atrapado, y me enviaba de vuelta a Francia.

—Inglaterra. Desde Bélgica, como polizón.

—Ni pensarlo. Te pescan en el puerto, y te envían de vuelta a Bélgica. Bélgica no es país para emigrados.

—A los Estados Unidos no puedes ir. ¿Qué tal sería México?

—Repleto. Y además, sólo es posible con algún documento.

—¿No tienes absolutamente ninguno?

—Hay varios certificados de absolución de prisiones, en las que estuve encerrado por cruzar ilegalmente fronteras. No es precisamente lo mejor. Como es natural, los rompí siempre en seguida.

Morosow calló.

—La huida es cosa terminada, viejo Boris —dijo Ravic—. Siempre llega un momento en que eso termina.

—¿Sabes lo que ocurrirá aquí si estalla la guerra?

—Por supuesto. Campos de concentración franceses. Serán malos porque no hay nada preparado.

—¿Y luego?

Ravic se encogió de hombros.

—No hay que conjeturar con demasiada anticipación.

—Bueno. Pero ¿sabes lo que puede ocurrir cuando aquí todo sea un caos, y tú estés en un campo de concentración? Los alemanes pueden atraparte.

—A mí y a muchos otros. Tal vez. Es posible también que nos suelten en tiempo oportuno. ¿Quién puede saberlo?

—¿Y después?

Ravic sacó un cigarrillo del bolsillo.

—No hablemos de eso hoy, Boris. Yo no puedo salir de Francia. En cualquier otra parte es peligroso e imposible. Y tampoco quiero marcharme más.

—¿No quieres marcharte más?

—No. He reflexionado sobre ello. No te lo puedo explicar. No tiene explicación. No quiero marcharme más.

Morosow quedó en silencio. Miró por encima de la multitud.

—Allí está Jeanne —dijo.

Estaba con un hombre en una mesa bastante alejada, sobre la calle George V.

—¿Lo conoces? —preguntó a Ravic.

Ravic se dio vuelta.

—No.

—Parece cambiar con bastante rapidez.

—Persigue la vida —respondió Ravic con indiferencia—. Como la mayoría de nosotros. Sin aliento, para no perder nada.

—También puede dársele otro nombre.

—Así es. Pero es la misma cosa. Desasosiego, viejo. La enfermedad de los últimos veinticinco años. Nadie cree ya que pueda envejecer apaciblemente con lo ahorrado. Todo el mundo olfatea el olor del incendio y trata de apresarlo lo que puede. Tú no. Tú eres el filósofo de las diversiones sencillas. —Morosow no contestó—. No entiende nada de sombreros —dijo Ravic—. ¡Mira lo que lleva en la cabeza! En general, tiene poco gusto. Ésa es su fuerza. La cultura debilita. En último término lo que importa en definitiva es solamente el puro impulso vital. Tú mismo eres un magnífico ejemplo de ello.

Morosow sonrió irónicamente.

—Déjame mis modestas alegrías, tú, caminante de las alturas. El que tiene gustos sencillos, gusta de muchas cosas. Nunca está con las manos vacías. El hombre de sesenta años que corre tras el amor es un idiota que quiere ganar donde los demás juegan con cartas marcadas. Un buen prostíbulo da paz al ánimo. La casa que yo frecuento tiene dieciséis mujeres jóvenes. Por poco dinero soy allá un bajá. Las caricias que recibo son más auténticas que aquellas por las cuales solloza más de un esclavo del amor. Esclavo del amor, he dicho.

—He comprendido, Boris.

—Bueno. Entonces acabemos de beber este Pouilly fresco y liviano. Y respiremos el aire argentino de París mientras no esté apeestado.

—Eso haremos. ¿Has visto que los castaños florecen por segunda vez este año?

Morosow asintió. Señaló el cielo, donde Marte, rojizo y grande, brillaba sobre los oscuros tejados.

—Sí. Y parece que ése está más cerca de la Tierra ahora que nunca, desde hace muchos años —rió—. Pronto hemos de leer por ahí la noticia de que en alguna parte ha nacido un niño con una señal en forma de espada. Y que en alguna otra parte ha llovido sangre. Sólo falta el misterioso cometa de la Edad Media para completar el cuadro de presagios.

—El cometa está ahí —Ravic apuntó a los escritos luminosos corredizos sobre el edificio de un diario, que parecían perseguirse sin descanso, y a la multitud silenciosa que estaba delante, con las cabezas echadas hacia atrás.

Siguieron sentados un rato. Un acordeonista se instaló en el borde de la acera y tocó *La Paloma*. Aparecieron los negociantes de alfombras con *keskans* echados sobre los hombros. Un muchacho vendía pistachos entre las mesas. Todo tenía el aspecto de siempre... hasta que llegaron los vendedores de diarios con las últimas ediciones. Inmediatamente les fueron arrebataadas de las manos, y segundos después, la terraza, con todos los diarios desplegados, parecía como sepultada bajo un enjambre de gigantescas polillas blancas, exangües, que con suave batir de alas, se posaran voraces sobre sus víctimas.

—Ahí va Jeanne —dijo Morosow.

—¿Dónde?

—Allá enfrente.

Jeanne cruzaba oblicuamente la calle, en dirección a un coche gris, abierto, estacionado sobre los Campos Eliseos. No vio a Ravic. El hombre que la acompañaba dio la vuelta alrededor del coche y se sentó al volante. No llevaba sombrero y era bastante joven. Manióbró hábilmente con el coche para sacarlo de la fila. Era un «Delahaye» bajo.

—Lindo coche —declaró Ravic.

—Lindas ruedas —respondió Morosow resoplando—. Honrado y aguantador Ravic —agregó con fastidio—, hombre desplazado y de mentalidad centro— europea: «¡Lindo coche!» Maldita cochina..., eso sí que lo entendería yo.

Ravic sonrió.

—¿Qué más da? Cochina o santa... siempre es únicamente lo que uno hace de ella. Tú, con tus dieciséis mujeres, no comprendes eso; tú, pacífico parroquiano de prostíbulos. El amor no es un negociante que quiere recuperar sus inversiones. Y la fantasía sólo necesita unos ganchos de dondp colgar sus velos. Que aquéllos sean de oro, de latón, o que estén herrumbrosos, no le importa. Donde se engancha, se engancha. Arbustos espinosos o rosales... cuando sobre ellos cae el velo de luna y madreperla, se convierten en cuentos de *Las mil y una noches*.

Morosow bebió un trago de vino.

—Hablas demasiado —manifestó—. Por otra parte, no todo eso es exacto.

—Lo sé. Pero, en la tiniebla total hasta un fuego fatuo es luz, Boris.

El fresco llegaba con pies de plata desde la Etoi— le. Ravic rodeó con la mano la copa de vino empañada. Estaba fresca debajo de su mano. Su vida estaba fresca debajo de su corazón. El aliento profundo de la noche lo sostenía, y con él llegaba la profunda indiferencia para con el destino. Destino y porvenir. ¿Cuándo había sentido ya algo parecido? En Antibes, recordó, cuando supo que Jeanne lo abandonaría. Era indiferencia que se convertía en serenidad. Como la decisión de no huir. De no huir más. Era todo uno. Había tenido venganza y amor. Eso bastaba. No era todo, pero era tanto cuanto un hombre podía pedir. Ya no había esperado esas dos cosas. Había matado a Haake y no había abandonado París. No lo abandonaría más. Era todo uno. El que aprovechaba una oportunidad, tenía que correr un riesgo. No era resignación; era la tranquilidad de una resolución superior a la lógica. La oscilación se hacía detención. Algo ya estaba en orden. Uno esperaba, se concentraba y miraba a su alrededor. Era como una confianza mística, para la cual se concentraba la existencia antes de una cesura. Ya nada tenía importancia. Todos los ríos se detenían. Un lago elevaba su espejo en la noche, y la mañana mostraría hacia dónde habría de volcarse.

—Tengo que irme —dijo Morosow mirando el reloj.

—Bueno. Yo me quedo todavía, Boris.

—Quieres llevarte las últimas noches, antes del crepúsculo de los dioses, ¿no?

—Exacto. Todo esto no volverá.

—¿Es tan grave eso?

—No. Pues nosotros tampoco volvemos. El ayer está perdido y no hay lágrimas ni ruegos que lo hagan volver.

—Hablas demasiado. —Morosow se puso de pie—. Sé agradecido. Eres testigo del fin de una centuria. No ha sido una buena centuria.

—Fue la nuestra. Hablas demasiado poco, Boris.

Morosow apuró su copa, de pie. La puso luego sobre la mesa con tanta precaución como si fuese de dinamita. Y se limpió la barba. Iba de paisano, de pie ante Ravic, grande e imponente.

—No creas que no comprendo por qué no quieres irte —dijo pausadamente—. Comprendo muy bien que no quieras marcharte tú, fatalista almacenador de huesos.

Ravic regresó temprano al hotel. En el vestíbulo vio sentada a una menuda figura perdida que, al entrar él, se levantó nerviosa del sofá, con el impulso peculiar de ambas manos. Observó que una de las piernas del pantalón no tenía pie. En su lugar asomaba del mismo un muñón sucio y astillado.

—Doctor..., doctor...

Ravic lo observó más detenidamente. A la incierta luz del hall vio el rostro de un muchacho, iluminado por amplia mueca de satisfacción.

—¡Jeannot! —exclamó sorprendido—. ¡Es claro, si es Jeannot!

—¡Exactamente! ¡Siempre el mismo! He esperado aquí toda la noche. Esta tarde conseguí su dirección. Ya antes había procurado obtenerla de esa vieja bruja, la enfermera principal de la clínica. Pero siempre me decía que usted no estaba ya en París.

—Es cierto que he faltado de aquí un tiempo.

—Esta tarde, por fin, me dijo que usted vivía aquí. Entonces vine en seguida. —Jeannot estaba radiante.

—¿Le ocurre algo a tu pierna? —preguntó Ravic.

—¡Nada! —Jeannot se dio unas palmadas en el muñón de madera como quien lo hace sobre el lomo de un perro fiel—. Absolutamente nada. Todo está perfecto.

Ravic observó el muñón.

—Veo que tienes lo que querías. ¿Te has arreglado con la Compañía de Seguros?

—No del todo mal. Me han concedido una pierna mecánica. Sobre el precio de la misma me hicieron un quince por ciento de descuento. Todo está en regla.

—¿Y la lechería?

—Por eso he venido. Hemos abierto el negocio. Es pequeño, pero nos arreglamos. Mamá es la que vende. Yo hago las compras y las cuentas. Tengo buenos proveedores.

Directamente del campo.

Jeannot fue cojeando hasta el raído sofá, y trajo un paquete envuelto en papel marrón y bien atado.

—¡Tome, doctor! ¡Para usted! Le he traído esto. Nada extraordinario. Pero es todo de nuestro negocio... El pan, la manteca, el queso, los huevos. Cuando alguna vez no tiene uno ganas de salir, esto puede ser una buena comida, ¿no?

Miraba ansiosamente a Ravic en los ojos.

—Esto es siempre buena comida —dijo Ravic.

Jeannot asintió complacido.

—Espero que el queso le guste. Es de Brie y algo de Pont l'Évêque.

—Son mis quesos favoritos.

—¡Magnífico! —de puro gusto, Jeannot se golpeó con fuerza en el resto de la pierna—. El Pont l'Évêque fue idea de mamá. Yo creí que usted preferiría el de Brie. El de Brie es más para hombres.

—Los dos son de primerísima clase. No podríais haber acertado mejor. —Ravic tomó el paquete—. Gracias, Jeannot. No es frecuente que los enfermos se acuerden de su médico. Por lo general vienen solamente para regatear algo de su cuenta.

—Los ricos, ¿no? —dijo Jeannot con gesto malicioso—. Nosotros no. En definitiva, le debemos a usted todo. Si la pierna sólo hubiese quedado rígida, no habríamos logrado casi nada.

Ravic lo miro. ¿Creía el muchacho acaso que le había amputado la pierna por hacerle un favor?, pensó.

—Jeannot, no podíamos hacer otra cosa que amputar —dijo.

—Seguramente. —Jeannot guiñó un ojo—. Es claro —se caló la gorra sobre la frente—. Tengo que irme. Seguramente mamá me está esperando ya. Hace mucho rato que salí de casa. Y tengo todavía que hablar con alguien por un nuevo Roquefort. Adiós, doctor. Espero que todo sea de su agrado.

—Adiós, Jeannot. Gracias. Y mucha suerte.

—Suerte hemos de tener, seguramente.

El pequeño saludó con la mano y salió cojeando, seguro de sí mismo.

Ravic desenvolvió el paquete en su cuarto. Buscó y encontró un viejo calentador de alcohol, que desde años atrás no utilizaba. Encontró también un paquete de alcohol sólido y tina pequeña sartén. Tomó dos cubos de combustible, los colocó en el calentador y los encendió. Ardieron al punto con llama azul. Puso un trozo de manteca en la sartén, cascó sobre

la misma dos huevos y los revolvió. Cortó luego en rebanadas el pan blanco y crujiente, puso unos, diarios a guisa de mantel sobre la mesa, desenvolvió el Brie, sacó una botella de Vouvray, y empezó a comer. Desde tiempo atrás no hacía tal cosa. Decidió comprar al día siguiente una regular cantidad de paquetes de alcohol sólido. Podía llevar consigo fácilmente el calentador a un campo de concentración. Era plegable.

Ravic comió lentamente. Probó también el Pont l'Évêque. Jeannot tenía razón: era una buena comida.

—El éxodo de Egipto —dijo el doctor en filología y filosofía, Seidenbaum, dirigiéndose a Ravic y Morosow—. Sin Moisés.

Delgado y amarillo, estaba parado junto a la puerta del «International». Afuera cargaban sus efectos las familias Stern, Wagner y el soltero Stolz. Todos juntos habían alquilado un carro de mudanzas. Bajo la clara tarde de hallaban en la calle varios muebles. Un sofá dorado tapizado de Aubusson, varios sillones dorados haciendo juego y una alfombra nueva Aubusson. Era de propiedad de la familia Stern. A esos muebles se agregó una enorme mesa de caoba. Selma Stern, mujer de rostro marchito y ojos aterciopelados, la cuidaba como gallina a sus polluelos.

—¡Cuidado! ¡La tabla! ¡No me hagan ningún rasguño! ¡La tabla! ¡Con precaución! ¡Con precaución!

La tabla estaba encerada y lustrada. Era uno de los objetos sagrados por los cuales las amas de casa arriesgan la vida. Selma Stern revoloteaba alrededor de la mesa y de los dos mozos, que la sacaron del hotel con total despreocupación y la depositaron afuera, en el suelo.

El sol brillaba sobre la tabla. Selma Stern se inclinó sobre ella con un paño de limpiar. Nerviosamente pulía las puntas. Cual un espejo oscuro, la tabla reflejaba su cara pálida... como si una milenaria antepasada la mirara interrogante desde el espejo del tiempo.

Los mozos salieron con un aparador de caoba.

Estaba asimismo encerado y lustrado. Uno de los hombres giró demasiado pronto y una de las puntas del aparador rozó la puerta del «International».

Selma Stern no gritó. Se quedó sólo como paralizada, la mano con el paño en alto, la boca entreabierta, como si se hubiera petrificado en el momento de llevarse a la boca el paño de limpiar.

Josef Stern, su marido, pequeño, con anteojos y el labio inferior colgante, se le acercó.

—Vamos, Selmachen...

Ella no lo veía. Miraba fijamente al vacío.

—El aparador...

—Vamos, Selmachen. Tenemos los visados...

—El aparador de mi madre. De mis padres...

—Vamos, Selmachen. Una raspadura. Una raspa— durita sólo. Lo principal es que tenemos los visados...

—Eso queda así. Eso no se puede quitar nunca más.

—Madame —dijo el mozo que no entendía nada, pero que sabía bien de qué se trataba—, embale usted misma sus cosas. Yo no soy quien ha hecho la puerta tan estrecha.

- *Sales boches* —dijo el otro.

Josef Stern se encrespó.

—No somos *boches* —dijo—. Somos emigrados,

- *Sales refugés* —dijo el hombre.

—¿Ves tú, Selmachen, qué ocurre ahora? —dijo Stern—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué desagrados no hemos tenido ya con tu caoba! De Coblenza salimos con cuatro meses de atraso porque tú no te podías separar de ella. Eso nos costó dieciocho mil marcos de más, en derechos de huida del Reich. Y ahora estamos aquí en medio de la calle, y el barco no espera.

Dio vuelta la cabeza y miró con aflicción a Morosow.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió—. *Sales boches! Sales refugés!* Si le digo ahora que somos judíos, dirá *sales juifs*, y entonces será el acabóse.

—Déle dinero —dijo Morosow.

—¿Dinero? Me lo arrojará a la cara.

—Ni pensarlo —replicó Ravic—. El que insulta así es siempre sobornable.

—Es contrario a mi manera de ser. Recibir ofensas y encima pagar por ello.

—Las verdaderas ofensas empiezan sólo cuando se hacen personales —declaró Morosow—. Esa fue una ofensa general. Devuelva usted al hombre la ofensa dándole una propina.

En los ojos de Stern brilló una sonrisa.

—Bien —dijo a Morosow—. Bien.

Sacó unos billetes y se los dió a los mozos. Ambos los recibieron desdeñosamente. Stern guardó su cartera del mismo modo. Los mozos se miraron. Empezaron entonces a cargar las sillas Aubusson. Deliberadamente dejaron el aparador para el final. Cuando lo cargaban, le dieron una vuelta, y el costado derecho rozó el carro.

Selma Stern tuvo una contracción convulsiva, pero no dijo nada. Stern ni lo vio. Estaba ocupado en recontar sus visados y sus documentos.

—Nada hay con apariencia más lamentable que los muebles en la calle —declaró Morosow.

Ahora estaban allí las cosas de la familia Wagner. Unas cuantas sillas, una cama, que impresionaba como algo impúdico y triste, así, en medio de la calle. Dos baúles con ropas. Etiquetas de hotel, de todos los colores, pegadas en los baúles... Viareggio, el «Gran Hotel Gardone», el «Adlon», Berlín. Un espejo giratorio con marco dorado, en el cual se reflejaba la calle. Utensilios de cocina..., no se comprendía para qué habría de llevarse eso a América.

—Parientes —explicó Léonie Wagner—. Parientes en Chicago han hecho todo esto por nosotros. Nos han enviado el dinero. Y han obtenido el visado. Sólo un visado de tránsito. Después deberemos seguir para México. Parientes. Parientes nuestros.

Estaba avergonzada. Se sentía como un desierto, mientras sobre ella se posaban las miradas de los que quedaban. Por eso quería irse cuanto antes. Ella misma ayudaba a meter las cosas en el carro de mudanzas. Respiraría cuando hubieran dado vuelta a la primera esquina. Y comenzaría la nueva angustia. ¿Zarparía el vapor? ¿Los dejarían desembarcar? ¿No los mandarían de vuelta? Era siempre una angustia tras otra. Desde hacía años.

Stolz, el soltero, no poseía casi otra cosa que libros. Un baúl con ropas y una biblioteca. Impresos originales, ediciones antiguas, libros nuevos. Era contrahecho, pelirrojo y callado.

Un grupo de los que quedaban se iba reuniendo lentamente en la puerta y delante del hotel. La mayoría no decía nada. Miraban simplemente las cosas y el carro con los muebles

- *Auf Wiedersehen*, pues —dijo Léonie nerviosa. Todo estaba cargado—. *O goodbye* —rió con irritación—. *O adieu*. Hoy ya no se sabe más...

Empezó a estrechar algunas manos.

—Parientes de América —explicaba—. Parientes. Nosotros solos naturalmente nunca hubiéramos...

Pronto se interrumpió. El doctor Ernest Seidenbaum tocó en el hombro.

—No importa. Unos tienen suerte y otros no.

—La mayoría no —dijo el emigrado Wiesenhoff—. No importa. Buen viaje.

Josef Stern se despidió de Ravic, Morosow y de algunos otros. Sonreía como alguien que hubiera cometido una estafa a un Banco.

—Quién sabe todavía lo que resulta. Tal vez sintamos nostalgia de volver al «International.»

Selma Stern estaba ya en el coche. El soltero Stolz no se despidió. No iba a América. Tenía documentos sólo para Portugal. Consideró que eso era demasiado insignificante para una escena de despedida. Sólo saludó con la mano cuando el coche arrancó.

Los que quedaban permanecían allí como gallinas mojadas por la lluvia.

—Ven —dijo Morosow a Ravic—. ¡Vamos a «la catacumba!»! ¡Esto clama por calvados!

Apenas se habían sentado, cuando los demás entraron. Entraron en tropel, como hojas arrancadas por el viento. Dos rabinos, pálidos, con barbas ralas; Wiesenhoff, Ruth Goldberg, el autómatas del ajedrez Finkelstein, el fatalista Seidenbaum; un grupo de matrimonios, media docena de niños; Rosenfeld, el poseedor de los impresionistas, que, a pesar de todo, no había podido irse; unos pocos adolescentes y algunas personas muy ancianas.

Era todavía demasiado temprano para la comida, pero parecía como si ninguno de ellos quisiera encerrarse en la soledad de su cuarto. Se acurrucaban juntos. Estaban silenciosos, casi resignados. ¡Todos habían tenido tanto infortunio! Nada importaba ya casi.

—La aristocracia ha partido —dijo Seidenbaum—. Aquí celebra su sesión la asamblea de los condenados a perpetuidad o a la muerte. ¡El pueblo elegido! ¡Los predilectos de Jehová! Especial para *pogroms*. ¡Viva la vida!

La gruesa camarera alsaciana trajo el calvados. Seidenbaum se caló los lentes.

—Ni siquiera eso puede hacer la mayoría de nosotros —declaró—. Emborracharse concienzudamente. Estar libres del infortunio durante una noche. Ni eso siquiera. Los descendientes de Asuero. El mismo, el viejo andariego, desesperaría. Hoy día, sin documentos, no llegaría muy lejos.

—Beba usted también —dijo Morosow—. El calvados es bueno. La patrona no lo sabe todavía, a Dios gracias. De lo contrario, elevaría el precio.

Seidenbaum hizo un signo negativo con la cabeza.

—Yo no bebo.

Ravic miraba a un hombre, de barba bastante larga y que a cada momento sacaba un espejo y se contemplaba en él, luego miraba un pasaporte, y al poco rato repetía los mismos gestos,

—¿Quién es ése? —preguntó a Seidenbaum—. Hasta ahora nunca lo había visto aquí.

Seidenbaum torció la boca.

—Es el nuevo Aaron Goldberg.

—¿Cómo es eso? ¿Tan pronto se ha vuelto a casar la mujer?

—No. Le ha vendido el pasaporte del difunto Goldberg. Dos mil francos. El viejo Goldberg tenía barba gris; es por eso que el nuevo se la deja crecer también. Por la fotografía del pasaporte. Vea cómo se tira de ella una y otra vez. No se atreve a utilizar el pasaporte antes de tener una barba parecida. Es una carrera contra el tiempo.

Ravic observó al hombre que tiraba nerviosamente del estropajo de su rostro y lo comparaba con el pasaporte.

—En todo caso puede decir que la barba se le ha quemado.

—Buena idea. Se lo voy a decir —Seidenbaum se quitó los lentes y empezó a balancearlos—. Cosa macabra —dijo sonriendo—. Hace dos semanas era un negocio redondo.

Ahora Wiesenhoff está envidioso y Ruth Goldberg está confundida. El genio demoníaco rigiendo los documentos. En el documento ese hombre es su marido.

Se incorporó y se acercó al nuevo Aarón Goldberg.

—El genio demoníaco rigiendo los documentos... Me gusta. —Morosow se volvió hacia Ravic—. ¿Qué haces hoy?

—Kate Hegstroem parte esta noche en el *Nor— mandie*. La conduciré hasta Cherburgo. Tiene su coche propio. Yo lo traeré de vuelta y lo llevaré al garaje, a cuyo dueño se lo ha vendido.

—¿Puede viajar?

—Naturalmente. No la afecta. El buque tiene buen médico. En Nueva York... —se encogió de hombros y apuró el resto de su copa.

El aire de «la catacumba» estaba pesado y como muerto. El local no tenía ventanas. Debajo de la palmera artificial, cubierta de polvo, estaba sentado un matrimonio anciano. Se hallaban sumidos en una tristeza que los rodeaba como un muro. Estaban inmóviles, tomados de la mano, y daban la impresión de que ya no podrían levantarse más.

Ravic tuvo de pronto la sensación de que toda la miseria del mundo estaba encerrada en aquel espacio subterráneo, donde faltaba la luz. Las lamparillas eléctricas, enfermizas, colgaban amarillas y marchitas de las paredes y hacían el ambiente todavía más desolado. El silencio, los murmullos, el hervor de los documentos cien veces doblados y desdoblados, el recuento, el mudo estar ahí sentados, la desamparada espera del fin, el poco valor convulsivo, la vida mil veces humillada, que ahora, arrinconada, espantada, no podía ya seguir adelante..., de pronto lo percibió, podía olerlo, olió el miedo, el miedo final, gigantesco y silencioso, lo olió y comprendió dónde lo había oído antes..., en el campo de concentración, adonde arreaban a las gentes desde las calles, sacándolas de sus lechos y las hacían estar en las barracas esperando saber qué iba a ser de ellas.

A su lado, a una mesa, había dos personas. Una mujer con el pelo dividido en dos crenchas. Delante de ellos estaba de pie un niño de unos ocho años. Había dado vueltas escuchando las conversaciones de las mesas y ahora había regresado junto a ellos.

—¿Por qué somos judíos? —preguntó a la mujer.

La mujer no contestó.

Ravic miró a Morosow.

—Tengo que irme a la clínica.

—Yo también tengo que irme.

Subieron la escalera.

—Lo que es demasiado es demasiado —dijo Morosow—. Te digo esto como ex antisemita.

La clínica era un lugar alegre en comparación con «la catacumba». Aquí también había dolor, enfermedad y miseria...; pero aquí ello tenía por lo menos una especie de lógica. Se sabía por qué las cosas eran así, qué se podía y qué no se podía hacer. Eran hechos. Se los podía ver y se podía tratar de ponerles remedio.

Weber estaba sentado en su consultorio, leyendo un diario. Ravic lo miró por encima del hombro.

—Grandes novedades, ¿no? —dijo.

Weber arrojó el diario al suelo.

—¡Esa banda de corrompidos! ¡Deberían colgar al cincuenta por ciento de nuestros políticos!

—Al noventa —declaró Ravic—. ¿Ha sabido usted algo acerca de la mujer internada en la clínica de Durant?

—Está bien. —Vbcr sacó nerviosamente un cigarro—. Para usted esto es sencillo, Ravic. Pero yo soy francés.

—Yo no soy nada. Pero sólo quisiera que Alemania estuviera tan corrompida como Francia.

Weber lo miró.

—Estoy disparatando. Discúlpeme usted —se olvidó de encender el cigarro—. ¡No puede haber guerra, Ravic! ¡No puede haberla, sencillamente! Son ladridos y amenazas. ¡A última hora algo ha de suceder! —calló. Toda su anterior seguridad se había esfumado—. En último término, tenemos la línea Maginot —dijo casi implorando.

—Naturalmente —dijo Ravic sin convicción. Había oído eso mil veces. Las conversaciones con franceses terminaban casi siempre así.

Weber se enjugó la frente.

—Durant ha enviado su fortuna a América. Me lo ha dicho su secretaria.

—Típico.

Weber miró a Ravic con ojos fatigados.

—Y no es el único. Mi cuñado ha cambiado sus títulos franceses por americanos. Gastón Nerée tiene su dinero en dólares, guardado en una caja de seguridad. Y dicen que Dupont tiene varios sacos de oro enterrados en su jardín —se incorporó—. No puedo hablar de esto. Me niego a ello. Es imposible. Es imposible que se pueda traicionar y vender a Francia. Cuando el peligro amenace, todo se arreglará. Todo.

—Todo —dijo Ravic sin sonreír—. Incluso la industria y los políticos, que ya ahora hacen negocios con Alemania.

Weber se dominó.

—Ravic, hablemos..., hablemos más bien de otra cosa.

—Bueno. Voy a conducir a Kate Hegstroem hasta Cherburgo. A medianoche estaré de vuelta.

—Bien. —Weber respiró con fuerza—. ¿Qué... qué ha preparado para usted, Ravic?

—Nada. Me llevarán a un campo de concentración francés. Será mejor que los alemanes.

—Jamás. Francia no va a encarcelar a refugiados.

—Esperemos a ver. Es natural, y no hay nada que objetar a ello.

—Ravic...

—Bueno. Esperemos. Ojalá tenga uslcd razón. ¿Sabe usted que desalojan el Louvre? Mandan los mejores cuadros al centro de Francia.

—¡No! ¿Cómo lo sabe usted?

—Estuve allí esta tarde. Las vidrieras azules de la catedral de Chartres ya están también embaladas,

Ayer estuve allá. Fue un viaje sentimental. Quería verlas una vez más. Ya habían sido retiradas. Hay un aeródromo demasiado cerca. Habían colocado ya nuevas ventanas. Como el año pasado, cuando la Conferencia de Munich.

—¡Ya ve...! —Weber se aferró a eso inmediatamente—. Entonces tampoco sucedió nada. Hubo gran excitación y después llegó Chamberlain con el paraguas de la paz.

—Sí. El paraguas de la paz está todavía en Londres..., y la diosa de la Victoria está todavía en el Louvre... sin cabeza. Y allí se queda. Es demasiado pesada para transportarla. Tengo que irme. Kate Hegstroem me espera.

Resplandeciendo en medio de la noche con mil luces, el *Normandie* estaba atracado al muelle. Fresco y salado llegaba el viento desde el mar. Kate Hegstroem ciñóse el abrigo. Estaba muy delgada. Su rostro no tenía ya casi otra cosa que huesos, sobre los cuales se estiraba la piel, y en medio, grandes hasta espantar, los ojos como estanques oscuros.

—De buena gana me quedaría —dijo—. Se hace de pronto tan difícil irse...

Ravic la miró sorprendido. Ahí estaba el imponente buque, con la planchada iluminada como si fuera de día. Oleadas de gentes subían, muchas de ellas con tal premura como si temieran llegar demasiado tarde. Ahí estaba, reluciente, el palacio flotante, y ya no se llamaba *Normandie*, se llamaba «Escapatoria», «Huida», «Salvación»; era para decenas de miles de seres humanos, en mil ciudades y cuartos e inmundos hoteles y sótanos de Europa, una inalcanzable Fata Morgana de la vida. Y ahora, alguien a quien la muerte le roía las entrañas decía junto a él con suave y encantadora voz: «De buena gana me quedaría.»

Todo ello no tenía sentido. Para los emigrados del «Internacional», para los mil «Internacionales» de Europa, para todos los acosados, los torturados, los fugitivos, los amenazados, esto hubiera sido la tierra prometida. Se hubieran desplomado, hubiesen sollozado, hubieran besado la escalerilla y creído en milagros, si hubieran tenido el pasaje que una mano cansada agitaba junto a él; el pasaje de una persona que, como quiera que fuera, corría hacia la muerte, y que decía con indiferencia «De buena gana me quedaría.»

Un grupo de americanos se acercó. Lentos, cordiales, bulliciosos. Nada en el mundo los apremiaba. La Embajada los había instado a embarcarse. Discutían el punto. ¡Era una lástima, en realidad! Hubiera sido *jun* seguir viendo las cosas de cerca. ¿Qué podía pasarles en verdad? ¡Ese embajador! ¿No eran neutrales? ¡Una lástima, en realidad!

Ráfaga de perfume. Joyas. Las luces de los diamantes. Unas horas antes habían comido en «Maxim», por un precio ridículamente barato en dólares, con un Corton 29 además y un Pol Roger 28 como final. Ahora en el barco, se instalarían en el bar a jugar al *backgammon*, bebiendo whisky..., y ante los Consulados las largas filas de hombres desesperanzados, el olor de la angustia mortal, como una nube, sobre unos pocos empleados agobiados de trabajo, el consejo de guerra constituido por un secre— tarífico que decía

siempre: «No» con la cabeza..., «no, falta el visado; no, imposible»; la muda condena de mudos inocentes... Ravic miraba el barco, que no era ya un barco, de pronto era un arca, la última arca que se disponía a deslizarse huyendo del diluvio, del diluvio al cual se había podido escapar una vez, y que ahora se preparaba a alcanzarlo a uno.

—Es tiempo de que suba, Kate.

—¿Sí? Adiós, Ravic.

—Adiós, Kate.

—No es necesario engañarnos uno al otro, ¿no le parece?

—No.

—Sígame pronto...

—Seguramente, Kate. Pronto...

—Adiós, Ravic. Gracias por todo. Me voy ahora. Subiré allá arriba y le haré señas. Quédese aquí hasta que el barco salga y saludeme con la mano.

—Bueno, Kate.

Subió lentamente la planchada. Su figura se balanceaba apenas. Su figura, más enjuta que todas las que la rodeaban, pura en su estructura, casi sin carne, tenía la negra elegancia de la segura muerte. Su rostro era audaz, como la cabeza de un gato de bronce egipcio..., sólo contorno, aliento y ojos.

Los últimos pasajeros. Un judío, cubierto de sudor, con abrigo de piel en el brazo, casi histérico, con dos mozos, gritando y corriendo. Los últimos americanos. Luego, la escalerilla fue retirada lentamente. Una sensación extraña. Retirada irrevocablemente. El fin. Una estrecha franja de agua. La frontera. Sólo dos metros de agua..., pero ya la frontera entre Europa y América. Entre la salvación y la ruina.

Ravic buscaba a Kate Hegstroem. En seguida la encontró. Estaba en la borda y hacía señas con la mano. Él la saludó a su vez.

El barco no parecía moverse. La tierra firme parecía retirarse. Poco. Era algo apenas perceptible. Y, de pronto, el albo buque estuvo libre. Se cernía sobre el agua oscura, contra el cielo oscuro, inalcanzable. Kate Hegstroem ya no era reconocible, nadie era ya reconocible, y los que quedaban en tierra se miraban en silencio y perplejos, o con falsa alegría, y se retiraban apresurados o al cabo de largo rato.

El coche corría en la noche de vuelta a París. Los setos y las quintas de frutales de Normandía pasaban velozmente. La lima pendía oval y grande del cielo nebuloso. El barco estaba olvidado. Sólo quedaba la campiña. La campiña, la fragancia del heno y las manzanas maduras, la quietud y la profunda paz de lo irremediable.

El coche marchaba casi sin ruido. Marchaba como si la gravedad no tuviera poder sobre él. A un lado y otro se deslizaban casas, iglesias, aldeas, las manchas doradas de los *estaminets* y los *bistros*, un curso de agua reluciente, un molino y luego, nuevamente, el contorno plano de la llanura, sobre la cual el cielo se abovedaba como concha gigantesca, en cuyo nácar lechoso la luna brillaba cual una perla.

Era final y cumplimiento. Ravic ya había experimentado lo mismo antes, algunas veces, pero ahora llegaba por entero, poderoso e ineludible. Penetraba en él y nada le resistía.

Todo flotaba ingrátido. Lo futuro y lo pasado se encontraban y ambos estaban libres de deseos y dolores. Nada era más importante y más fuerte que lo demás. Los horizontes estaban en equilibrio y en un momento determinado los platillos de la existencia eran iguales. El destino no era nunca más fuerte que el valor sereno que se le oponía. Cuando se hiciera insoportable uno podría matarse. Era bueno saberlo, pero también era bueno saber que nunca se estaba completamente perdido mientras hubiera vida.

Ravic conocía el peligro. Sabía adonde iba y sabía también que, al día siguiente volvería a defenderse..., pero esa noche, en esa hora del regreso desde un monte Ararat perdido hasta el olor a sangre de la verdadera destrucción, todo carecía repentinamente de nombre. El peligro era peligro, y sin embargo no lo era; el destino era sacrificio y a la vez la divinidad a la que se ofendaba el sacrificio. Y el mañana era mundo desconocido.

Aquello estaba bien. Lo que había sido y lo que vendría. Era suficiente. Si había de ser el fin, bien estaba. Había amado a un ser y lo había perdido. Había odiado a otro y lo había matado. Ambos lo habían liberado. Uno había hecho revivir sus sentimientos; el otro había borrado su pasado. Nada había quedado sin cumplirse. No había ningún deseo más; ningún odio y ninguna queja. Si aquello era un nuevo comenzar, comenzaría. Sin expectativa, preparado a muchas cosas, sin más que la sencilla fuerza de la experiencia, que estaba fortalecida y no destruida, comenzaría. Las cenizas habían sido aventadas, los puntos paralizados revivían, el cinismo habíase tomado fuerza. Bien estaba eso.

Más allá de Caen aparecieron los caballos. Largas columnas en la noche, caballos, caballos, como sombras bajo la luz de la lima. Luego los hombres, en columnas de a cuatro, con envoltorios, cajas de cartón, paquetes. El comienzo de la movilización.

No hacían ruido casi. Nadie cantaba. Apenas cambiaban alguna palabra. Marchaban silenciosos en la noche, como columnas de sombras, al costado derecho del camino para dejar espacio a los vehículos. Ravic fue dejándolos atrás. «Caballos», pensó. Caballos. Como en 1914. Ningún tanque. Caballos.

Se detuvo en una estación de gasolina e hizo llenar el depósito de gasolina. La pequeña localidad tenía aún las ventanas iluminadas, pero estaba casi silenciosa. Una columna la cruzaba. La gente la seguía con la vista. No la saludaba.

—Yo parto mañana —dijo el hombre del surtidor. Su rostro franco de aldeano estaba tostado—. Mi padre murió en la última guerra. Mi abuelo en 1871. Yo parto mañana. Es siempre lo mismo. Lo venimos haciendo desde hace siglos. Y es inútil, tenemos que ir nuevamente.

Abarcó con una mirada la gastada bomba, la casita contigua y la mujer que se mantenía en silencio, de pie, a su lado.

—Veintiocho francos treinta, señor.

Otra vez la campiña. La luna. Lisieux. Evreux. Columnas de hombres. Caballos. Silencio. Ravic se detuvo ante un pequeño restaurante. Afuera había dos mesas. La patrona declaró que no había ya nada que comer. Una comida era todavía una comida a pesar de todo, y en Francia tortilla y queso no constituían una comida. Finalmente se dejó convencer, y puso también ensalada y café, y una jarra de vino común.

Ravic estaba solo delante de la casa color rosa, comiendo. Sobre las praderas se deslizaba la neblina. Unas ranas croaban. Había inmensa quietud. Sólo desde el piso alto de la casa llegaban las voces de un altavoz. Una voz. La voz habitual, tranquilizadora, confiada, desesperanzada y totalmente superflua. Todo el mundo la escuchaba y nadie le creía.

Pagó.

—Están oscureciendo París —dijo la patrona—. Lo acaban de decir por radio.

—¿De veras?

—Sí. Por precaución contra ataques aéreos. Por la radio dicen que todo se hace por precaución. Que no habrá guerra. Que se está negociando. ¿Qué piensa usted?

—No creo que haya guerra.

Ravic no sabía qué otra cosa podía contestar.

—Dios lo quiera. Pero ¿de qué servirá?, los alemanes tomarán Polonia. Después pedirán Alsacia— Lorena. Después colonias. Y luego alguna otra cosa. Siempre algo más, hasta que nos entreguemos o tengamos que ir a la guerra. Entonces es casi mejor que sea inmediatamente.

La patrona volvió con paso lento hacia la casa. Una nueva columna descendía por él camino.

El resplandor mortecino de París en el horizonte. Oscurecido... París sería oscurecido. Era natural, pero sonaba como algo singular: París oscurecido. París. Como si oscurecieran la luz del mundo.

El suburbio. El Sena. El trajín de las calles pequeñas. Pujante la avenida que conducía directamente al Arco de Triunfo, el cual, pálido y todavía iluminado, se elevaba entre la luz brumosa de L'Étoile, y detrás de él, siempre relucientes bajo la luz plena, los Campos Elíseos.

Ravic respiró hondo. Descendió por la avenida.

Marchaba a través de la ciudad, y entonces se dio cuenta de pronto: la oscuridad ya había comenzado a tenderse sobre ella. Como puntos sarnosos en una piel brillante, brotaban aquí y allá manchas de tinieblas enfermas. El fuego abigarrado de los avisos luminosos estaba roído en algunos lugares por largas sombras, que se agazapaban amenazadoras entre escasos y tímidos rojos, blancos, azules y verdes. Algunas calles estaban ya enteramente oscuras, como si negros gusanos las hubieran recorrido y hubiesen aplastado en ellas todo brillo. La calle George V, ya no tenía ninguna luz; en la avenida Montaigne moría en aquel momento. Edificios que de noche arrojaban cascadas de luz hacia las estrellas, mostraban ya sus frentes desnudos y grises. Una mitad de la avenida Víctor Emmanuel III se hallaba a oscuras; la otra, en cambio, estaba todavía iluminada... como un cuerpo semiparalizado por la agonía, con una mitad ya muerta y la otra todavía llena de vida. La enfermedad se filtraba por todas partes, y cuando Ravic regresó a la plaza de la Concorde, su amplio redondel había muerto también.

Los Ministerios estaban pálidos y descoloridos, las guiraldas de luces habían desaparecido, los tritones y nereidas danzantes de las noches blancas de espuma habían quedado rígidos sobre sus delfines como informes masas grises; los juegos de agua no funcionaban, las aguas móviles oscurecidas; y el obelisco, otrora luminoso, se alzaba plomizo, en el cielo que se oscurecía, como el dedo amenazador e impotente de la eternidad. Y por todas partes pululaban como microbios las pequeñas lamparillas eléctricas del servicio antiaéreo, de color azul pálido y apenas visibles, y se extendían con su resplandor mortecino, como una tuberculosis cósmica, sobre la ciudad que se aletargaba silenciosamente.

Ravic hizo entrega del coche. En taxi se dirigió al «International». Delante de la puerta estaba el hijo de la dueña encaramado en una escalera, colocando una lamparilla azul. La iluminación de la entrada sólo había sido siempre la suficiente como para distinguir el letrero de la fachada, pero ahora la poca luz azul no bastaba para ello. No iluminaba la primera mitad; podía leerse sólo «national», y ello con dificultad.

—Es una suerte que llegue usted —dijo la dueña—. Hay una que se ha vuelto loca. En el número siete. Lo mejor será que salga de la casa. No puedo albergar a locos.

—Tal vez no esté loca. Quizá sea sólo un colapso nervioso.

—¡Es igual! Los locos deben ir a un hospicio. Ya se lo he dicho. Naturalmente, no quieren. ¡Cuántas molestias causan! Si no se tranquiliza tendrá que irse. No es posible que siga así. Los otros huéspedes tienen que dormir.

—No hace mucho alguien enloqueció en el «Ritz» —dijo Ravic—. Un príncipe. Después, todos los americanos querían ocupar su habitación.

—Eso es distinto. Es enloquecer por esnobismo. Eso es elegante. No como la locura causada por la miseria.

Ravic la miró.

—Usted entiende la vida, Madame.

—No tengo más remedio. Soy buena persona. He recibido a los refugiados. A todos. Bueno; he ganado dinero con ellos. Moderadamente. Pero una loca que grita, es demasiado. Si no se calma tendrá que marcharse.

Se trataba de la mujer cuyo niño había preguntado por qué eran judíos. Estaba sentada en la cama, acurrucada en extremo, y se cubría los ojos con las manos. El cuarto tenía todas las luces encendidas. Sobre la mesa había, además, dos candelabros con velas.

—Cucarachas —murmuraba la mujer—. ¡Cucarachas! ¡Cucarachas negras grandes, brillantes! Ahí, en los rincones, ahí están, miles, incontables, enciendan la luz, enciendan la luz, de lo contrario vendrán, luz... luz... ahí vienen, ahí vienen...

Gritaba y se acurrucaba más aún, con las piernas encogidas, los brazos extendidos y los ojos vidriosos y desorbitados. El marido procuraba tomarle las manos.

—Pero no hay nada, mami, no hay nada en los rincones...

—¡Luz...! ¡Luz...! Ahí vienen... cucarachas...

—Tenemos luz, mami. Hay luz, mira. ¡Hasta velas sobre la mesa! —sacó una linterna del bolsillo e iluminó con ella los rincones iluminados del cuarto iluminado—. No hay nada en los rincones, mira cómo alumbro, no hay nada... nada...

—¡Cucarachas! ¡Cucarachas! Ahí vienen, todo está negro de cucarachas, salen de todos los rincones. ¡Luz! ¡Luz! Suben por las paredes. ¡Ahora ya caen desde el techo!

La mujer respiraba estertorosa, y alzaba los brazos sobre la cabeza.

—¿Cuánto tiempo dura ya ésto? —preguntó Ravic al marido.

—Desde que oscureció. Yo había salido. Hice nuevas diligencias. Me habían dicho que en el Consulado de Haití... Llevé al niño conmigo. Como siempre, fue inútil, un desengaño más, y cuando regresamos, ella estaba sentada allí y gritaba...

Ravic tenía preparada la inyección.

—¿Había dormido antes?

El marido lo miró desconsolado.

—No sé. Siempre estubo tranquila. No tenemos dinero para llevarla a un sanatorio. No tenemos tampoco..., nuestros documentos no bastan. Si al menos cesara de proferir gritos. Mami, no ocurre nada. Yo estoy aquí, Sigfried también, el doctor está aquí, no hay cucarachas.

—Cucarachas —interrumpió la mujer—. ¡De todos lados! ¡Cómo huelen! ¡Cómo huelen!

Ravic le dio la inyección.

—¿Ha tenido ya algo semejante alguna vez?

—No. Nunca. No lo comprendo. No sé por qué habla precisamente de...

Ravic alzó una mano.

—No se lo recuerde. Dentro de unos minutos se sentirá cansada y se dormirá. Es posible que haya soñado con esos... y se haya despertado asustada. Quizá mañana cuando despierte no se acuerde de nada. No se lo haga recordar. Haga como si nada hubiera pasado.

—Cucarachas —murmuró la mujer, soñolienta—. Gordas, grandes...

—¿Necesita toda esta luz?

—La encendimos porque clamaba constantemente por luz.

—Apague la principal. Deje encendido el resto hasta que esté profundamente dormida. Dormirá. La dosis es bastante fuerte. Pasaré mañana a las once de la mañana.

—Gracias —dijo el hombre—. Usted no cree...

—No. Estas cosas suelen suceder hoy en día. Con un poco de cuidado durante los próximos días, y no demostrar demasiadas preocupaciones...

«Es fácil decirlo», pensaba, mientras subía a su cuarto. Encendió la luz. Junto a su cama estaban sus libros. Séneca, Schopenhauer, Platón, Rilke, Lao Tse, Li-Tai-pe, Pascal, Heráclito, una Biblia, otros libros... lo más riguroso y lo más leve, muchos de ellos en ediciones populares, como para alguien que está de camino y no puede llevar muchas cosas consigo. Eligió lo que habría de llevar. Después revisó las demás cosas. No había mucho que romper. Siempre había vivido preparado para que, de pronto, lo fueran a buscar. Su vieja manta, el sobretodo... le servirían como buenos amigos. El veneno en el hueco guardapelo, que ya antes había llevado consigo al campo de concentración alemán —la seguridad de que lo tenía y lo podía utilizar en cualquier momento le había permitido sobrellevar mejor la situación—; se lo metió en el bolsillo. Era mejor tenerlo consigo. Le daba seguridad. No se sabía lo que ocurriría aún. Podía ser atrapado nuevamente por la Gestapo. Sobre la mesa había todavía media botella de calvados. Bebió una copa. «Francia —pensó—. Cinco años de vida inquieta. Tres meses de prisión por residencia ilegal. Deportado cuatro veces. Regreso. Cinco años de vida. Había algo bueno.»

Sonó el teléfono. Lo descolgó soñoliento.

—Ravic... —dijo alguien.

—Sí.

Era Jeanne.

—Ven —dijo. Hablaba lentamente y en voz baja—.

Inmediatamente, Ravic...

—No...

—Tienes que venir...

—No. Déjame tranquilo. No estoy solo. No iré.

—Ayúdame...

—No puedo ayudarte...

—Ha ocurrido algo... —hablaba con voz quebrada—. Tienes que hacerlo... en seguida...

—Jeanne —dijo Ravic con impaciencia—, ya no es tiempo de comedias. Ya hiciste una vez esto conmigo, y caí en la trampa. Ahora sé a qué atenerme. Déjame en paz. Ensayá con algún otro.

Interrumpió la comunicación sin esperar respuesta, y procuró conciliar nuevamente el sueño. No lo logró. El teléfono volvió a sonar. No descolgó. Sonó largamente en la noche gris y desolada. Tomó una almohada y cubrió con ella el aparato. Siguió sonando ahogadamente, y luego cesó.

Ravic esperó. No volvió a llamar. Se levantó y encendió un cigarrillo. No le encontraba gusto. Lo apagó. El resto de calvados estaba todavía sobre la mesa. Sorbió un trago y lo arrojó. «Café —pensó—. Café caliente. Con manteca y *croissants* frescos.» Conocía un *bistro* que permanecía abierto toda la noche.

Miró el reloj. Había dormido dos horas, pero ya no estaba cansado. No tenía objeto caer en un segundo sueño pesado, y despertarse molido. Se dirigió al cuarto de baño y abrió la ducha.

Oyó un ligero ruido. ¿De nuevo el teléfono? Cerró los grifos. Alguien golpeaba. Golpeaban a su puerta. Ravic se puso su albornoz. Los golpes se hicieron más fuertes. No podía ser Jeanne; hubiera entrado. La puerta no tenía echada la llave. Esperó un momento antes de abrir. Si fuera ya la Policía...

Abrió. Afuera estaba un hombre a quien no conocía, pero que le recordaba a alguien. Vestía smoking.

—¿El doctor Ravic?

Ravic no contestó. Miraba al hombre.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—¿Es usted el doctor Ravic?

—Mejor será que me diga lo que quiere.

—Si es usted el doctor Ravic, debe venir en seguida a casa de Jeanne Madou.

—¿Qué sucede?

—Ha tenido un accidente.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó Ravic sonriendo incrédulo.

—Con un arma —dijo el hombre—. Un disparo...

—¿Está herida? —preguntó Ravic, sonriendo todavía. «Tentativa de suicidio, simulada probablemente —pensó— para asustar a este pobre diablo.»

—Se muere, Dios mío —murmuró el hombre—. ¡Venga usted de una vez! Se muere. ¡Yo he disparado sobre ella!

—¿Qué?

—Sí... yo...

Ravic ya se había quitado el albornoz y recogía sus ropas.

—¿Tiene usted un taxi abajo?

—Tengo mi coche...

—Maldición... —Ravic volvió a ponerse el albornoz, tomó su cartera, sus zapatos, su camisa y su traje—. Puedo vestirme en el coche... vamos... rápido.

El coche marchó a toda velocidad en la noche lechosa. La ciudad estaba totalmente oscurecida. No había calles, sólo una lejanía fluyente y brumosa, de la cual emergían demasiado tarde y perdidas, las lamparillas azules antiaéreas... como si el coche corriera sobre el fondo del mar.

Ravic se vistió y calzó. Puso el albornoz, con que había salido, en un rincón del asiento. No tenía calcetines ni corbata. Inquieto, miraba fijamente la oscuridad. No había objeto en preguntar nada al conductor. Éste conducía con total concentración, muy rápido y atento por entero a la dirección. No tenía tiempo de decir nada. Sólo podía lanzar el coche a un lado y a otro, desviarse, evitar accidentes, y tratar de no extraviarse en la oscuridad des acostumbrada. «Quince minutos perdidos —pensó Ravic—. Por lo menos quince minutos.»

—Vaya más rápido —dijo.

—No puedo... sin faros... hay que mantenerlos apagados... defensa aérea...

—Enciéndalos ¡qué diablos!

El hombre encendió los grandes faros. Algunos policías gritaron en las esquinas. Un «Renault» encandilado casi se les echó encima.

—¡Vamos... adelante! ¡Más rápido!

El coche se detuvo con un frenazo lento frente a la casa. El ascensor estaba abajo, con la puerta abierta. En algún piso alguien hacía sonar furiosamente el timbre. El hombre no había cerrado la puerta probablemente cuando había salido precipitadamente. «Bueno —pensó Ravic—, esto nos ahorra unos minutos.»

La cabina ascendió. Ya otra vez se había desarrollado la misma escena. ¡Nada había sucedido entonces! Nada sucedería tampoco esta vez... El ascensor se detuvo repentinamente. Alguien se asomó por la mirilla y abrió la puerta.

—¿Qué significa esto de detener tanto tiempo el ascensor abajo?

Era el hombre que había hecho sonar el timbre. Ravic lo empujó hacia afuera y cerró violentamente la puerta.

—¡En seguida! ¡Tenemos que subir primero!

El hombre quedó lanzando improperios. El ascensor siguió subiendo. El hombre del cuarto piso siguió oprimiendo el timbre con furia. El ascensor se detuvo. Ravic abrió rápidamente la puerta antes de que el hombre de abajo pudiera hacer una tontería y consiguiera hacer descender de nuevo el ascensor con ellos adentro.

Jeanne estaba tendida sobre la cama, vestida. Traje de noche, cerrado hasta el cuello. Plata con manchas de sangre. Sangre en el piso. Allí había caído. El idiota la había acostado luego en la cama.

—¡Quieta! —exclamó Ravic—. ¡Quieta! Todo irá bien. No es muy grave.

Cortó los breteles del traje y los deslizó con precaución hacia abajo. El pecho estaba ileso. Era en el cuello. La laringe no podía estar herida; de otro modo no hubiera podido telefonar. La arteria estaba intacta.

—¿Duele? —preguntó.

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí...

—Eso pasará pronto...

La inyección estaba lista. Encontró los ojos de Jeanne.

—No es nada. Sólo contra los dolores. En seguida cesarán.

Le puso la inyección y retiró la jeringa.

—Ya está —se volvió hacia el hombre—. Telefónea a Passy. Pida una ambulancia con dos hombres. En seguida.

—¿Qué es? —preguntó Jeanne con dificultad.

—Passy 2741 —repitió Ravic impaciente—. ¡Pronto! ¡Rápido! ¡Vamos! ¡Tome el teléfono!

—¿Qué es..., Ravic?

—Nada de peligro. Pero aquí no podemos hacer un examen. Tienes que ir a una clínica.

Ella lo miró. Su rostro estaba embadurnado.

El *rimmel* había goteado de las pestañas, y el carmín de la boca se había corrido, de un lado, hacia arriba. Un lado de la cara tenía aspecto de payaso de circo barato, y el otro, con el negro extendido debajo del ojo, el de prostituta cansada, gastada. Por encima fulguraba la cabellera.

—No quiero que me operen —murmuró.

—Veremos. Quizá no sea necesario.

—¿Es...? —enmudeció.

—No —dijo Ravic—, no es grave. Pero allá tenemos todos los instrumentos.

—Instrumentos...

—Para el examen. Ahora voy a... no duele...

La inyección hacía su efecto. Los ojos perdieron su dureza angustiosa, mientras Ravic la examinaba con cuidado. El hombre volvió.

—Ya viene la ambulancia.

—Llame a Auteuil. Es una clínica. Quiero hablar.

El hombre desapareció obedientemente.

—Tú me ayudarás —murmuró Jeanne.

—Naturalmente.

—No quiero sufrir dolor.

—No tendrás dolores.

—No puedo... no puedo soportar... —se ponía soñolienta. Su voz bajaba de tono—. No puedo, sencillamente...

Ravic observó el orificio de entrada de la bala.

Ninguno de los grandes vasos estaba afectado. No había orificio de salida. No dijo nada. Colocó un vendaje compresivo. No dijo lo que temía.

—¿Quién te tendió en la cama? —preguntó—. ¿Fuiste tú?

—Él...

—¿Has... podías caminar?

Los ojos se volvieron, asustados, abandonando, su mirar velado.

—¿Qué...? ¿Es...? Yo... no; no podía mover el pie. Mi pierna... ¿qué es, Ravic?

—Nada. Lo suponía. Todo volverá a normalizarse.

El hombre apareció.

—La clínica...

Ravic se dirigió rápidamente al teléfono.

—¿Quién está ahí? ¿Eugénie? Una habitación... sí... y telefónea a Veber —miró hacia el dormitorio y añadió en voz baja—: Prepare todo. Debemos trabajar inmediatamente. He pedido una ambulancia. Un accidente... sí... exacto... sí... dentro de diez minutos...

Volvió a colgar el auricular. Se detuvo un momento. «La mesa. Una botella de crema de menta, mejunje repugnante, copas, cigarrillos perfumados con rosa, horribles. Una mala película cinematográfica, un revólver sobre la alfombra, sangre también aquí, nada de ello es verdad; pero ¿por qué estoy pensando esto?» Era verdad... y entonces comprendió también quién era el hombre que había ido a buscarlo. El traje de hombros rellenos, el pelo cepillado, alisado con fijador, el ligero olor de «Chevalier d'Or— say», que lo había irritado durante el viaje, los anillos de las manos... era el actor, de cuyas amenazas se había reído. Buena puntería: «No ha hecho la menor puntería», pensó luego. Para tales impactos no se podía apuntar. Con esa precisión sólo se podía hacer blanco cuando no se tenía ni la más remota idea de hacerlo y no se quería hacerlo.

Volvió. El hombre estaba arrodillado junto a la cama. Estaba de rodillas, naturalmente; no podía ser de otro modo. Hablaba, se lamentaba, hablaba, las sílabas rodaban unas tras otras...

—Levántese —le ordenó Ravic.

El hombre se incorporó obediente. Distráido, se sacudió el polvo de las rodillas del pantalón. Ravic lo miró en el rostro. ¡Lágrimas! ¡Todavía eso!

—¡Yo no quería herirla, señor! ¡Se lo juro, no quería herirla, no quería, fue una casualidad, una ciega y desgraciada casualidad!

A Ravic le dio náuseas. ¡Ciega casualidad! ¡Un poco más y empezaría a hablar con yambos!

—Ya lo sé. Vaya ahora abajo a esperar la ambulancia.

El hombre quiso decir algo.

—¡Vaya! —exclamó Ravic—. Tenga listo ese dichoso ascensor. Dios sabe cómo vamos a hacer para bajar la camilla.

—Tú me ayudarás —dijo Jeanne soñolienta.

—Sí —dijo él, sin ninguna esperanza.

—Tú estás ahí. Siempre estoy tranquila cuando tú estás.

El rostro embadurnado sonrió. El payaso hacía una mueca. La prostituta sonreía pensosamente.

—Bebé, yo no quise... —dijo el hombre desde la puerta.

—Fuera —dijo Ravic—. ¡Maldición, váyase!

Jeanne se mantuvo un rato tranquila. Después abrió los ojos.

—Es un idiota —dijo con una claridad sorprendente—. Claro que no quería... el pobre infeliz... sólo quería fanfarronear —en sus ojos había una expresión singular, casi ladina—.

Tampoco yo lo creí nunca... lo he... cargado con ello...

—No debes hablar.

—Cargado... —los ojos se le cerraron casi por completo—. Eso soy yo, Ravic..., mi vida... no quería herir... hiere... y...

Los ojos se cerraron totalmente. La sonrisa se extinguió. Ravic se volvió atento hacia la puerta.

—No podemos introducir la camilla en el ascensor. Es demasiado estrecho. A lo sumo inclinada.

—¿Pueden hacerla girar en los descansos de la escalera?

Los enfermeros salieron.

—Tal vez. Tendremos que levantarla muy en alto. Será mejor que la atemos.

La sujetaron firmemente. Jeanne estaba medio dormida. Por momentos lanzaba gemidos. Los enfermeros salieron del piso.

—¿Tiene usted la llave? —preguntó Ravic al actor.

—Yo... no... ¿por qué?

—Para cerrar la casa.

—No. Pero hay una llave en alguna parte.

—Búsquela y cierre —los enfermeros se afanaban en el primer descansillo.

—Traiga el revólver también. Puede tirarlo afuera.

—Yo... voy... a entregarme a la Policía. ¿Está herida de gravedad?

—Sí.

El hombre empezó a sudar copiosamente. La transpiración le brotó tan repentinamente por los poros, como si debajo de su piel no hubiera otra cosa. Volvió al apartamento.

Ravic siguió a los enfermeros. La escalera tenía una iluminación que duraba sólo tres minutos y después se apagaba. En cada piso había un botón para encenderla nuevamente.

Los enfermeros bajaban con bastante facilidad las escaleras. Los virajes en los descansos eran dificultosos. Tenían que levantar la camilla en alto sobre sus cabezas y sobre la baranda para dar la vuelta. Las sombras oscilaban enormes en las paredes. ¿Cuándo había ocurrido lo mismo? «En alguna parte había sucedido ya la misma cosa...», pensó Ravic azorado. Después cayó en la cuenta. Con Raczinsky, allá, al principio.

Se abrían las puertas, mientras los enfermeros se gritaban uno a otro y la camilla arrancaba trozos de argamasa de las paredes. Caras curiosas aparecían en las mirillas, pijamas, cabellos desgreñados, caras abotagadas por el sueño, batas de dormir, de color púrpura, verde cardenillo, con flores tropicales...

La luz se extinguió otra vez. Los enfermeros gruñeron en la oscuridad y se detuvieron.

—¡Luz!

Ravic tanteó en busca del botón. Palpó un seno, olió un mal aliento, algo rozó sus piernas. La luz brilló nuevamente. Una mujer de pelo amarillo lo miraba. Su cara colgaba en adiposos pliegues cubiertos de *coldcream* lustroso, y con una mano mantenía cerrado un peinador de *crêpe* de China. Parecía un rechoncho bulldog en cama de encajes.

—¿Muerta? —preguntó con ojos brillantes.

—No.

Ravic siguió adelante. Algo chilló, bufó. Un gato dio un brinco.

—¡Fifi! —la mujer se agachó, con las torpes rodillas separadas—. Dios mío, Fifi, ¿te han pisado?

Ravic siguió bajando las escaleras. Debajo de él oscilaba la camilla. Veía la cabeza de Jeanne, que se movía al compás de los movimientos de los enfermeros. No podía verle los ojos.

El último tramo. La luz se apagó nuevamente. Ravic corrió hasta el descanso para buscar el botón. En ese momento zumbó el ascensor, y, como si bajara del cielo, pasó la jaula iluminada en la oscuridad. En el canasto de alambre dorado estaba el actor. Se deslizaba en silencio, ininterrumpidamente, pasando por delante de Ravic, por delante de la camilla, como una aparición. Había hallado el ascensor arriba y lo había utilizado para alcanzarlos con mayor rapidez. Era razonable, pero producía un efecto fantasmagórico y

apostosamente a él.

Ravic levantó la vista. Él temblor lo había abandonado. No sentía ya las manos sudorosas debajo de los guantes de goma. Se los había cambiado dos veces. No restaba más que superar el momento.

Veber estaba frente a él.

—Si usted quiere, Ravic, llame a Marteau. En quince minutos estará aquí. Usted puede ayudarlo y él operará.

—No. Es demasiado tarde. Yo tampoco podría. Y mirar, menos todavía.

Ravic tomó aliento. Ahora estaba tranquilo. Empezó a trabajar. La piel, blanca. «Una piel como la de cualquiera», dijo para sí. La piel de Jeanne. Una piel como la de cualquiera.

Sangre. La sangre de Jeanne. Sangre como la de cualquiera. Tapones. El músculo desgarrado. Tapones. Precaución. Adelante. Una hilacha de brocado de plata. Hilos. Adelante. El conducto de la herida. Esquírlas. Adelante. El conducto que sigue, sigue...

Ravic sentía que la cabeza le iba quedando vacía. Se incorporó lentamente.

—Ahí, vea usted..., la séptima vértebra...

Veber se inclinó sobre la herida.

—Esto tiene mal cariz.

—Mal, no; sin esperanza. Aquí no hay nada que hacer.

Ravic se miró las manos. Se movían dentro de los guantes de goma. Eran manos fuertes, buenas manos que habían cortado miles de veces y recompuesto cuerpos destrozados. A menudo con éxito y a veces, no. En ocasiones habían hecho posible lo que era casi imposible, una probabilidad sobre cien; pero ahora, ahora que todo dependía de ellas, eran inútiles.

No podía hacer nada. Nadie podía hacer nada. Allí no había nada que operar. Estaba de pie, con los ojos clavados en el rojo orificio. Podía hacer llamar a Marteau. Marh au diría la misma cosa.

—¿No hay nada que hacer? —preguntó Veber.

—Nada. No haría más que abreviar el proceso. Debilitarla. ¿Ve usk-d dónde está alojado el proyectil? No puedo siquiera extraerlo.

—El pulso salta, sube... ciento treinta... —dijo Eugénie detrás de la pantalla.

La herida se puso ligeramente grisácea, como si soplara un aliento de oscuridad sobre ella. Ravic tenía ya en la mano la inyección de cafeína.

—¡Coramina, rápido! ¡Suspenda la anestesia! —administró la segunda inyección—. ¿Cómo está ahora?

—Igual.

La sangre mantenía su matiz plomizo.

—¡Tenga lista una inyección de adrenalina y el aparato de oxígeno!

La sangre se puso más oscura. Era como si por afuera pasaran nubes y arrojaran sus sombras sobre ella. Como si alguien estuviera frente a las ventanas y corriera las cortinas.

—Sangre —dijo Ravic desesperado—. Necesitamos una transfusión de sangre. Pero no conozco el grupo.

El aparato empezó a trabajar.

—¿Nada? ¿Qué pasa? ¿Nada?

—El pulso desciende. Ciento veinte. Muy débil.

Volvió la vida.

—¿Ahora? ¿Mejor?

—Lo mismo.

Esperó.

—¿Ahora? ¿Mejor?

—Mejor. Más regular.

Las sombras desaparecieron. Los bordes de la herida perdieron su palidez. La sangre era nuevamente sangre. Era todavía sangre. El oxígeno hacía su efecto.

—Los párpados tiemblan —dijo Eugénie.

—No importa. Ya puede despertarse. —Ravic efectuó el vendaje.

—¿Cómo está el pulso?

—Más regular.

—Por un pelo... —dijo Veber.

Ravic sintió un peso en los párpados. Era sudor. Guesas gotas. Se incorporó. El aparato zumbaba.

—Dejémoslo todavía.

Dio una vuelta en torno a la mesa y permaneció allí un momento. No pensaba en nada. Miraba el tanque de oxígeno y el rostro de Jeanne. Éste se contraía. No estaba muerta todavía.

—El *shock* —dijo Veber—. Aquí hay una muestra de sangre. Tenemos que mandarla. ¿Dónde podremos conseguir sangre?

—En el Hospital Americano.

—Bueno. Tenemos que intentarlo. Será inútil. Sólo una prolongación —observaba el aparato—. ¿Tiene usted que dar parte a la Policía?

—Sí —dijo Veber—. Debería hacerlo. Vendrán aquí entonces dos empleados que lo interrogarán a usted. ¿Desea usted eso?

—No.

—Bueno. Tenemos tiempo hasta mediodía para pensarlo.

—Basta, Eugénie —dijo Ravic.

Las sienes tenían nuevamente algo de color. El blanco grisáceo estaba ligeramente coloreado. El pulso era regular, débil y nítido.

—Podemos volverla a su habitación. Yo me quedaré aquí.

Ella se movía. Una mano se movía. La mano derecha se movía. La izquierda no se movía.

—Ravic —dijo.

—Sí...

—¿Me has operado?

—No, Jeanne. No fue necesario. Solo hemos limpiado la herida.

—¿Te quedas aquí?

Cerró los ojos y volvió a dormirse. Ravic fue hasta la puerta.

—Tráigame un poco de café —dijo a la enfermera de la mañana.

—¿Café con panecillos?

—No, café solamente.

Se volvió y abrió la ventana. La mañana lucía pura y radiante sobre los tejados. Los gorriones reñían en las canaleras de los desagües pluviales. Ravic se sentó en el alféizar de la ventana y se puso a fumar. Echaba el humo por la ventana.

La enfermera entró con el café. Él lo puso a su lado y lo bebió. Fumaba y miraba por la ventana. Cuando quitaba los ojos de la mañana luminosa y miraba hacia adentro, el cuarto parecía oscuro. Se levantó y fue a observar a Jeanne. Dormía. Su rostro había sido lavado y estaba muy pálido. Los labios casi no se veían.

Tomó la bandeja con la cafetera y la taza, y, las llevó afuera. La dejó sobre una mesa de la galería. Afuera había olor a cera y a pus. La enfermera pasó con un balde lleno de vendajes usados. En alguna parte zumbaba un aspirador de polvo.

Jeanne empezó a estar inquieta. Pronto despertaría de nuevo. Despertaría con dolores. Los dolores aumentarían. Podía vivir todavía tanto unas horas como unos días. Los dolores llegarían a ser tan intensos que las inyecciones dejarían de ser eficaces. Ravic salió en busca de una jeringa y ampollas. Cuando Volvió, Jeanne abrió los ojos. Él la miró. —Dolor de cabeza —murmuró ella. Él aguardó. Ella trató de mover la cabeza. Parecía tener pesados los párpados. Movía con dificultad los globos de los ojos.

—Esto es como si fuera plomo... —despertó más—. No puedo aguantarlo... Le dio la inyección. —En seguida estarás mejor... —Hace un rato no me dolía tanto... —ella movió la cabeza—. Ravic —murmuró—, no quiero sufrir... Yo... prométeme que no sufriré... mi abuela... yo la vi... yo no quiero eso... y no le sirvió de nada... prométeme...

—Te lo prometo, Jeanne. No tendrás muchos dolores. Casi ninguno.

Ella apretó los dientes. —¿Alivia pronto?

—Sí... pronto. En pocos minutos... —¿Qué tengo... en el brazo...?

—Nada. No lo puedes mover. El movimiento volverá.

—Y mi pierna... mi pierna derecha... Trató de encogerla. No se movió.

—Es la misma cosa. Jeanne. No te muevas. Volverás a estar bien.

Ella movió la cabeza.

—Yo quería precisamente empezar... a vivir de otra manera... —murmuró.

Ravic no contestó. No había nada que contestar.

Quizá fuera verdad. ¿Quién no se proponía eso siempre?

Volvió nuevamente la cabeza, desasosegada de un lado a otro. La voz monótona, forzada.

—Qué bueno... que vinieras. ¿Qué hubiera ocurrido sin tí?

—Sí...

«Sería lo mismo —pensó él desesperadamente—. Lo mismo. Cualquier chapucero hubiera sido bueno para esto. Cualquier chapucero. La única vez en que hubiera podido utilizar todo lo que sé y he aprendido es inútil. Cualquier mediquillo hubiera podido hacer lo mismo. Nada.»

Lo supo al mediodía. Él no le había dicho nada, pero ella lo supo de pronto.

—No quiero ser una lisiada, Ravic... ¿Qué pasa con mis piernas? Ninguna de las dos puede ya...

—Nada. Podrás caminar como siempre, una vez que te levantes.

—Una vez que me levante. ¿Por qué mientes? No necesitas...

—No miento, Jeanne.

—Sí, mientes... tienes que hacerlo... Pero no debes dejarme aquí tendida... cuando no sea otra cosa... que dolores. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Si se hace demasiado fuerte, tienen que darme algo. Mi abuela estuvo... tendida cinco días... gritando. Yo quiero eso, Ravic.

—Tú no sufrirás así. Tú tendrás pocos dolores.

—Si se hacen demasiado fuertes, debes darme bastante. Que baste para siempre. Tienes que hacerlo... aunque yo no quiera... o aunque ya no me dé cuenta de nada... Lo que te digo ahora, vale. Después... prométemelo.

—Te lo prometo. No será necesario.

La expresión angustiada desapareció. Su semblante reflejó de pronto una gran serenidad.

—Tú puedes hacerlo, Ravic —murmuró—. Sin tí... ya no estaría entre los vivos.

—¡Qué tontería! Naturalmente que estarías.

—No. Entonces yo quería... cuando tú primero me... yo no sabía ya adónde... tú me has... dado este año. Fue... tiempo regalado —volvió con lentitud la cabeza hacia él—. ¿Por qué no me quedé contigo?

—Fue culpa mía, Jeanne.

—No. Fue... yo no sé...

El mediodía, aéreo, se alzaba ante la ventana. Las cortinas estaban corridas, pero la luz penetraba por los lados. Jeanne estaba sumida en el sopor de las drogas. Quedaba poco de ella ya. Unas cuantas horas la habían devorado como lobos. El cuerpo debajo del cobertor parecía más plano. Su resistencia se esfumaba. Alternaba entre el sueño y la vigilia; a veces estaba casi inconsciente, otras totalmente despejada. Sus dolores se hicieron más agudos. Empezó a gemir. Ravic le aplicó otra inyección.

—La cabeza —murmuró—. Se pone peor.

Al cabo de un rato empezó a hablar otra vez.

—La luz... demasiada luz... me quema...

Ravic fue hasta la ventana. Encontró una persiana de rollo y la bajó, y juntó bien las cortinas. La habitación se quedó casi a oscuras. Volvió y se sentó al lado de la cama.

Jeanne movió los labios. —Dura... tanto tiempo... ya no alivia, Ravic... —Dentro de unos minutos...

Estaba tranquila. Las manos reposaban como muertas sobre el cobertor.

—Tengo... mucho... que decirte...

—Más tarde, Jeanne...

—No. Ahora... ya no hay tiempo. Mucho... que aclarar...

—Creo que sé la mayor parte, Jeanne...

—¿Lo sabes?

—Creo...

Las ondas. Ravic podía ver cómo la recorrían los calambres espasmódicos. Ambas piernas estaban ahora paralizadas. Los brazos también. El pecho se levantaba todavía.

—Tú sabes... que yo siempre sólo contigo...

—Sí, Jeanne...

—Lo otro era sólo... inquietud...

—Sí, lo sé...

Quedó tendida un rato. Respiraba penosamente.

—Es curioso —dijo entonces con voz muy baja—

... es curioso... que se pueda uno morir... cuando ama...

Ravic se inclinó sobre ella. No había ya sino oscuridad... y el rostro.

—No fui buena... contigo —murmuró.

—Fuiste mi vida...

—Puedo... quiero... mis manos... nunca más... podré... abrazarte...

Él vio cómo se esforzaba por levantar los brazos.

—Tú estás en mis brazos —dijo—. Y yo en los tuyos.

Ella dejó de respirar un momento. Sus ojos estaban totalmente ensombrecidos. Los abrió. Las pupilas estaban muy dilatadas. Ravic no sabía si lo veía.

- *Ti amo* —dijo ella.

Hablaba en la lengua de su niñez. Estaba demasiado cansada para emplear la otra. Ravic tomó sus manos sin vida. Algo en él se desgarraba.

—Tú me has hecho vivir, Jeanne —dijo él acercándose el rostro de ojos extáticos—. Tú me has hecho vivir. Yo no era más que una piedra. Tú me hiciste vivir...

- *Mi ami?*

Era la pregunta de un niño que se va a dormir. Era el último cansancio después de todos los demás.

—Jeanne —dijo Ravic—, amor no es un término para ello. No es suficiente. Es sólo una pequeña parte, es sólo una gota en un río, una hoja en un árbol. Hay tantas cosas más...

- *Sono stata... sempre con te.*

Ravic le retuvo las manos, unas manos que ya no sentían las suyas.

- *Du warst immer mit mir!* dijo él sin notar que, de pronto, se había puesto a hablar en alemán—. Tú siempre estabas conmigo, ya te amara, ya te odiara, ya pareciera indiferente... Nada cambiaba nunca. Tú estabas siempre conmigo y en mí...

Siempre habían hablado entre sí en una lengua prestada. Ahora, por primera vez, hablaba cada uno en la suya, sin saberlo: las barreras de las palabras caían, y se entendían uno al otro mejor que nunca. —*Baciami...*

Besó los labios ardientes, secos. —Tú siempre has estado conmigo, Jeanne... siempre...

- *Sono... stata... perduta... senza di te.* —Yo estaba más perdido sin tí. Tú eras toda la claridad y la dulzura y la amargura... Tú me has electrizado, y te has dado a mí y me has devuelto a mí mismo. Tú me has hecho vivir.

Jeanne permaneció unos minutos totalmente inmóvil. Ravic la observaba. Los miembros estaban muertos, todo estaba muerto. Sólo los ojos vivían todavía, así como la boca y el aliento. Él sabía que los músculos auxiliares de la respiración serían atacados paulatinamente por la parálisis. Apenas si podía hablar aún: estaba ya jadeante, rechinaba los dientes, el rostro se desfiguraba. Luchaba; con la garganta acalambreada, trataba todavía de hablar; los labios temblaban. Estertores, estertores profundos, horripilantes, y a través de ellos irrumpió finalmente el grito:

—Ravic, ¡ayúdame...! ¡Ayúdame...! ¡Ahora! Él tenía ya preparada la jeringa. La tomó rápidamente e introdujo la aguja bajo la piel. Así ella no tendría que asfixiarse lenta y penosamente durante largo rato, cada vez con menos aire. No tendría que sufrir incesantemente. No la esperaba otra cosa que dolor. Nada más que dolor. Quizá durante horas...

Los párpados temblaron. Después se quedó tranquila. Los labios cedieron. La respiración se detuvo.

Descorrió las cortinas y arrolló la persiana. Después se acercó nuevamente a la cama. El rostro de Jeanne se había vuelto rígido y extraño.

Cerró la puerta y fue a la administración. Eugénie estaba sentada junto a una mesa con fichas de enfermos.

—La paciente del número doce ha muerto —dijo él.

Eugénie hizo un movimiento de cabeza sin levantar la vista.

—¿Está el doctor Veber en su cuarto?
—Creo que sí.
Ravic avanzó a lo largo del corredor. Algunas de las puertas estaban abiertas. Siguió hasta el cuarto de Veber.
—El número doce ha muerto, Veber. Puede usted llamar a la Policía
Veber no levantó la vista.
—La Policía tiene algo más importante que hacer ahora.
—¿Qué cosa?
Veber le mostró una edición especial del *Matin*. Tropas alemanas habían invadido Polonia.
—Tengo noticias del Ministerio. La guerra será declarada hoy mismo.
Ravic dejó el diario.
—Así es, Veber.
—Sí. Esto es el fin. ¡Pobre Francia!
Ravic permaneció un rato sentado. Todo estaba vacío.
—Es algo más que Francia, Veber —dijo después.
Veber lo miró extático.
—Para mí es Francia. Eso es bastante.
Ravic no contestó.
—¿Qué va a hacer usted? —preguntó al cabo de un rato.
—No sé. Probablemente iré a mi regimiento. Esto... —hizo un ademán vago—. Alguien deberá hacerse cargo de ello.
—Usted lo conservará. En la guerra se necesitan hospitales. Lo dejarán aquí.
—No quiero quedarme.
Ravic se volvió.
—Éste será mi último día en la clínica. Creo que todo está en orden. El caso de matriz ha sanado; la vesícula biliar sigue bien; el cáncer es caso perdido, una nueva operación no tiene objeto. Eso es todo.
—¿Por qué? —preguntó Veber cansado—. ¿Por qué es éste su último día?
—Nos detendrán en cuanto sea declarada la guerra. —Ravic comprendió que Veber quería decir algo—. No discutamos sobre eso, lo harán.
Veber se sentó en su silla.
—No sé nada más. Tal vez. Quizá tampoco se luce. Entregar el país así... Ya no se sabe nada.
Ravic se levantó.
—Volveré esta noche, si todavía estoy libre. A las ocho.
—Sí.
Ravic salió. En la antesala encontró al actor. Lo había olvidado por completo. El hombre se levantó de un salto.
—¿Cómo está?
—Ha muerto.
El hombre lo miró espantado.
—¿Muerta? —en actitud trágica se llevó las manos al corazón y se tambaleó.
«¡Maldito comediante!», pensó Ravic. Había representado tan a menudo algo parecido, que volvía a su papel cuando aquello le ocurría a él mismo. Pero quizás era sincero, y los gestos de su profesión sólo revoloteaban estúpidamente alrededor de su dolor real.
—¿Puedo verla?
—¿Para qué?
—¡Tengo que verla una vez más! —el hombre se oprimía el pecho con ambas manos. Sostenía en las mismas un sombrero hongo de color marrón claro con ribete de seda—. ¡Comprenda usted! Es necesario...
Tenía lágrimas en los ojos.
—Oiga usted —dijo Ravic con impaciencia—, es mejor que desaparezca. La mujer está muerta, y nada puede hacerse. Arréglese usted solo. ¡Váyase al demonio! A nadie le interesa que le impongan a usted un año de prisión o que lo absuelvan dramáticamente. De todos modos, dentro de unos años se pavoneará usted por ello ante otras mujeres, para conseguir las. ¡Fuera, idiota!
De un empujón lo puso en la puerta. El hombre vaciló un momento. Junto a la puerta se dio vuelta.
—¡Bestia desalmada! *Sale boche!*
Las calles estaban llenas de gente. Arracimada como uvas estaba la multitud ante los grandes anuncios luminosos móviles de los diarios. Ravic fue hasta el jardín del Luxemburgo. Quería estar unas horas solo antes de que lo detuvieran.
El jardín se hallaba vacío inundado por la cálida luz de una tarde de fines de verano. En los árboles se insinuaba levemente el otoño..., no el otoño que marchita sino el que madura. La luz era oro, y el azul una última bandera de seda —del verano.
Ravic estuvo sentado largo rato. Vio cómo la luz cambiaba y cómo las sombras se alargaban. Sabía que eran las últimas horas que estaría libre. Si se declaraba la guerra, la dueña del «International» no podía ocultar ya a nadie. Pensó en Rolande. Tampoco Rolande. Nadie. Tratar de seguir huyendo en tales circunstancias sería exponerse a ser considerado como espía.
Se quedó sentado hasta entrada la noche. No estaba triste. Ante él pasaban caras, caras y años. Y luego la última cara rígida. A las siete se fue. Abandonaba el último resto de paz, el parque invadido paulatinamente por las sombras, y tenía conciencia de ello. Apenas hubo andado algunos pasos por la calle, vio las ediciones extraordinarias. La guerra estaba declarada.
Comió en un *bistro* que no tenía radio. Después volvió a la clínica. Veber le salió al encuentro.
—¿Puede usted hacer todavía una cesárea? Ha entrado un caso.
—Naturalmente.
Fue a cambiarse de ropa. En el camino se topó con Eugénie. Ella se mostró sorprendida al verlo.
—¿Usted tal vez no me esperaba ya? —preguntó él.
—No —respondió ella mirándolo de manera singular. Después pasó rápidamente a su lado.
La cesárea fue un caso sencillo. Ravic la hizo casi sin pensar. Varias veces sintió sobre él la mirada de Eugénie. Sentía curiosidad por lo que acaso le ocurría.
El niño berreo. Lo bañaron. Ravic miró la roja carita que gritaba y los minúsculos dedos. «No llegamos al mundo con una sonrisa», pensó. Lo pasó a la enfermera ayudante. Era varón.
—Quién sabe para qué guerra viene éste ahora —dijo.
Se lavó. Veber se lavaba junto a él.
—Ravic, si realmente llegara a ser detenido, ¿quiere comunicarme inmediatamente dónde se encuentra?
—¿Por qué quiere ponerse en dificultades, Veber? Ahora es mejor no conocer a gente como yo.
—¿Por qué? ¿Porque usted es alemán? Usted es un refugiado.
Ravic sonrió tristemente.
—¿No sabe usted que los refugiados son siempre la piedra entre las piedras? Para el país de origen son traidores. Y para el extranjero siguen siendo nativos del país de origen.
—Eso me es indiferente. Quiero que usted quede en libertad lo antes posible. ¿Quiere indicarme a mí como referencia?
—Si usted lo desea.
Ravic sabía que no lo haría.
—Es una idea horrible. ¿Qué va a hacer usted allí?
—Para un médico hay trabajo en todas partes. —Ravic se secaba las manos—. ¿Quiere hacerme un favor? ¿Quiere ocuparse del entierro de Jeanne Ma— dou? Yo ya no tendré tiempo.
—Naturalmente. ¿Hay alguna otra cosa que arreglar? ¿Sucesión o algo así?
—De eso puede hacerse cargo la Policía. Yo no sé si tiene parientes en alguna parte. Además, eso carece de importancia.
Se vistió.
—Adiós, Veber. Fue una linda época la que he pasado con usted.
—Adiós, Ravic. Tenemos todavía que abonarle la cesárea.
—Pague con ello los gastos del entierro. Éste, como quiera que sea, ha de costar más. Voy a dejarle dinero para eso.

—De ninguna manera, en ninguna manera, Ravic. ¿Dónde quiere usted que se la entierre?

—No sé. En cualquier cementerio. Aquí le dejo el nombre y la dirección. —Ravic escribió los datos en un bloc de facturas de la clínica.

Veber puso el apunte debajo de un pisapapeles de cristal con una oveja de plata.

—Bien, Ravic. Creo que dentro de pocos días yo también me habré ido. Mucho no habríamos podido operar, de todos modos, no estando usted ya aquí —salió con Ravic.

—Adiós, Eugénie —dijo Ravic.

—Adiós, señor Ravic —ella lo miró—. ¿Va usted al hotel?

—Sí, ¿por qué?

—Oh, nada, sólo pensaba...

Estaba oscuro. Delante del hotel se hallaba detenido un camión.

—Ravic —llamó Morosów desde el interior de un zaguán.

—¿Boris? —Ravic se detuvo. —La Policía está en la ratonera. —Me lo imaginaba.

—Tengo conmigo la cédula de identidad de Ivan Kluge. Ya sabes, la del ruso muerto. Es válida por año y medio todavía. Ven conmigo hasta el «Shéhé— razade». Le cambiaremos las fotografías. Te buscas luego un nuevo hotel y eres emigrado ruso.

Ravic negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado, Boris. En tiempos de guerra no hay que andar con documentos falsos. Es mejor no tener ninguno.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy al hotel.

—¿Lo has pensado bien, Ravic? —preguntó Morosow.

—Sí, muy bien.

—¡Maldición! ¡Quién sabe adónde te van a meter!

—En todo caso no me van a entregar a Alemania. Eso ya pasó. Tampoco me deportarán a Suiza. —Ravic sonrió—. Será la primera vez en siete años que la Policía quiere conservarnos, Boris. Ha sido necesaria una guerra para llegar a esto.

—Se dice que están instalando un campo de concentración en Longchamps. —Morosow se estiró la barba—. Para esto tuviste que huir de un campo de concentración alemán... para venir a parar ahora a uno francés.

—Quizá nos dejen pronto en libertad nuevamente.

Morosow no respondió.

—Boris —dijo Ravic—, no te preocupes por mí. En la guerra se necesitan médicos.

—¿Con qué nombre harás que te detengan?

—Con mi verdadero nombre. Aquí lo usé sólo una vez hace cinco años. —Ravic permaneció silencioso un momento—. Boris —dijo luego—, Jeanne ha muerto. Un hombre le disparó un tiro. Está en la clínica de Veber. Debe ser enterrada. Veber me lo ha prometido, pero no sé si lo llamarán antes. ¿Quieres ocuparte de ello? No me preguntes nada; di que sí y listo.

—Sí —dijo Morosow.

—Bueno. Adiós, Boris. Toma lo que puedas usar de mis cosas. Múdate a mi habitación. Tú siempre querías tener mi cuarto de baño. Ahora me voy. Adiós.

—M... —exclamó Morosow.

—Bueno. Después de la guerra te buscaré en el «Fouquet».

—¿De qué lado? ¿Campos Elíseos o George V?

—George V. Somos idiotas. Heroicos idiotas rematados. Adiós, Boris.

—M... —repitió Morosow—. No nos atrevemos si— auiera a despedirnos decentemente. Ven acá, idiota.

Besó a Ravic en ambas mejillas. Ravic sintió el roce de la barba y el olor a tabaco de pipa. No era agradable. Dirigióse al hotel.

Los emigrados estaban en «la catacumba», de pie. «Como los primeros cristianos», pensó Ravic. Los primeros europeos. Un hombre vestido de civil estaba sentado ante un escritorio, debajo de la palmera artificial, y tomaba los datos personales. Dos policías guardaban las puertas, por las cuales nadie pretendía huir.

—¿Pasaporte? —preguntó el hombre de paisano a Ravic.

—No.

—¿Otros documentos?

—No.

—¿Ilegalmente aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Huí de Alemania. Fue imposible obtener documentos.

—¿Nombre?

—Fresenburg.

—¿Nombre de pila?

—Ludwig.

—¿Judío?

—No.

—¿Profesión?

—Médico.

El hombre escribió.

—¿Médico? —preguntó después y tomó un papel—. ¿Conoce usted a un médico llamado Ravic?

—No.

—Debe vivir aquí. Hemos recibido una denuncia.

Ravic lo miró. «Eugénie», pensó. Ella le había preguntado si iba al hotel, y se había mostrado tan sorprendida de que todavía estuviera en libertad...

—Ya le dije yo que no vivía nadie de ese nombre —manifestó la patrona, que estaba junto a la puerta de la cocina.

—Cállese —dijo el hombre, de mal humor—. De todos modos, usted será castigada por no haber comunicado que alojaba a esta gente.

—Me enorgullezco de ello. Si se castigan los sentimientos humanitarios ¡siga adelante!

Pareció que el hombre iba a contestar, pero se contuvo haciendo un gesto de renuncia. La patrona le clavó la vista en forma desafiante. Estaba bien protegida y no temía nada.

—Empaque usted sus cosas —dijo el hombre a Ravic—. Ponga ropa blanca y algo de comer para un día. También una manta, si la tiene.

Un policía subió con él. Las puertas de muchos cuartos estaban abiertas. Ravic tomó su maleta, que ya estaba hecha mucho antes, y una manta.

—¿Nada más? —le preguntó el policía.

—Nada más.

—¿Lo demás lo deja aquí?

—Lo demás lo dejo aquí.

—¿Esto también? —El policía señaló la mesa próxima a la cama, sobre la cual estaba la imagen de la Virgen de madera, que Jeanne le había mandado al principio al «International».

—Eso también.

Bajaron. Clarisse, la sirvienta alsaciana, le entregó un paquete. Ravic observó que los otros tenían paquetes iguales.

—Comida —explicó la patrona—. Para que no se mueran de hambre. Estoy convencida de que no hay nada dispuesto allá donde van ustedes.

Tenía la vista clavada en el hombre vestido de paisano.

—No hable demasiado —dijo éste fastidiado—. Yo no he declarado la guerra.

—Éstos tampoco.

—Déjeme tranquilo —miró a los policías—. ¿Listos? Lívenlos afuera.

El oscuro pelotón se puso en movimiento. Ravic distinguió al hombre con la mujer que había visto cucarachas. El hombre sostenía a la mujer con el brazo que tenía libre. Debajo del otro llevaba una maleta, y en la mano, otra. El niño también llevaba maleta. El hombre miró a Ravic como implorando. Ravic hizo un gesto afirmativo.

—Tengo instrumentos y remedios conmigo —dijo—. No tenga miedo.

Subieron al camión. El motor roncaba. El vehículo se puso en marcha. La patrona estaba en la puerta y saludaba.

—¿A dónde vamos? —preguntó alguien a uno de los policías.

—No lo sé.

Ravic se hallaba de pie junto a Rosenfeld y al falso Aaron Goldberg. Rosenfeld llevaba un rollo debajo del brazo. Dentro estaban el Cézanne y el Gau— guin. Su rostro estaba contraído.

—El visado español —dijo—. Caducado antes de que yo... —se interrumpió—. El ave de mal agüero voló —dijo luego—. Markus Meyer. Ayer para América.

El vehículo trepidaba. Todos estaban de pie, apretujados unos contra otros. Apenas pronunciaban palabra. Viraron en una esquina. Ravic descubrió al fatalista Seidenbaum. Estaba enteramente aplastado contra uno de los rincones.

—Aquí estamos otra vez —dijo. Ravic buscó un cigarrillo. No encontró ninguno. Pero recordaba haber puesto bastantes en la maleta.

—Sí —asintió—. El hombre puede soportar muchas cosas.

El vehículo siguió un trecho por la avenida Wagram y dobló en la plaza de L'Étoile. En parte alguna se veía luz. La plaza era toda oscuridad. Estaba tan oscuro, que no se podía distinguir ni siquiera el Arco de Triunfo.

FIN

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

14/01/2012

notes

[\[1\]](#) Tú siempre estabas conmigo.-N. del T.